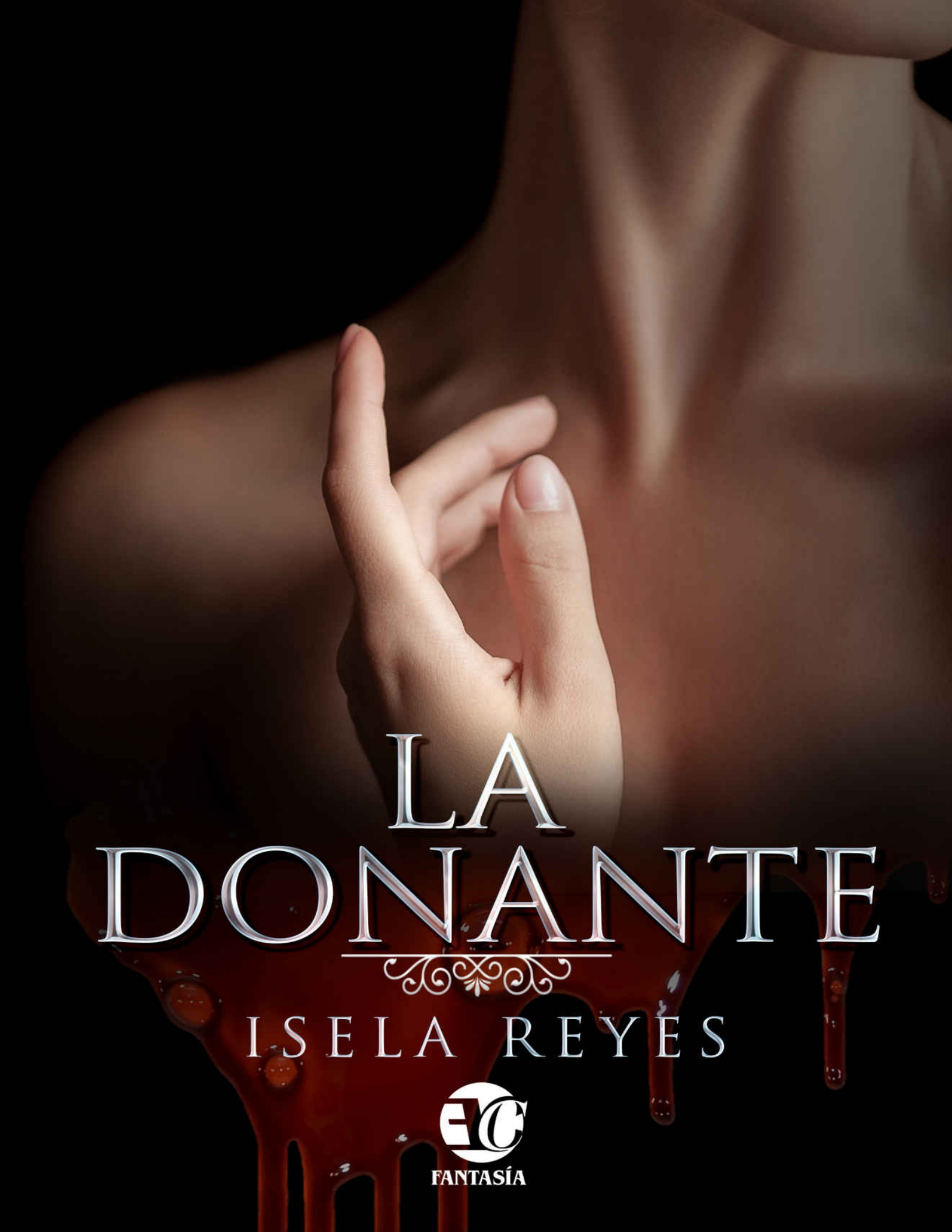

LA
DONANTE
ISELA REYES
FANTASÍA

LA DONANTE

Isela Reyes

© 2019 ISELA REYES
© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo:Group Edition World
Dirección:www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

ISBN: 978-84-17832-47-6 Déposito Legal: T-458-2019 Primera edición: Junio de 2019

Ilustración de portada: EDICIONES K Maquetación: OGEW
Corrección:RMGEW

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo

público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Group Edition World S.L
Calle Sant Antonio, 18, cunit, 43881, Tarragona

Dedicada a mi hermana, Erendi.

Por sus ideas, por ayudarme a darle vida a esta historia.

Prólogo

La tercera guerra mundial comenzó en el año 2027. Pequeños desacuerdos se convirtieron en intensas disputas, las cuales terminaron siendo el detonante de la casi extinción de los humanos. Lo que se inició como un enfrentamiento entre dos líderes acabó dividiendo al resto del mundo en dos bloques. Las grandes y pequeñas potencias no tardaron en elegir bando, enviando a sus mejores hombres y armas, y olvidándose completamente de los civiles. Los primeros ataques destruyeron ciudades enteras dejando miles de muertos y heridos. Pero eso no detuvo a ninguno de los dos bandos. El siguiente paso fue bloquear y colapsar las comunicaciones del enemigo inutilizando los satélites e imposibilitando así la transmisión de información con los aliados. Los caminos y edificios se redujeron a escombros intransitables; la muerte y el hambre emergieron provocando que la desesperación reinara. Sin embargo, eso no fue suficiente y el deseo de destrucción superó la razón y finalmente, uno de los participantes, mostró al mundo que no existía enemigo pequeño lanzando la que sería la primera arma biológica. Esto no solo acabó con su rival, sino que arrasó el continente americano, donde todavía vivía más de la mitad de los supervivientes del mundo hasta ese momento. Llevando así a la raza humana al borde de la extinción.

El caos prevaleció durante los siguientes años, en los cuales los campos perdieron la fertilidad, los animales comenzaron a morir y el agua potable escaseó. Los sobrevivientes lucharon por hacerse de las pocas cosas que aún eran funcionales y así una nueva guerra empezó. Sin un gobierno, ni bandos que proteger, solo provocada por el instinto de supervivencia.

Pero todos ignoraban que lo peor estaba por venir. Nadie previó la aparición de los vampiros. Las criaturas que todos creían eran una fantasía se convirtieron en seres reales y malvados. Los primeros supusieron una absoluta sorpresa para los humanos, ya que no tenían claro qué intenciones traían. Después llegaron hordas que sembraron el terror y el pánico en una deteriorada raza humana, la cual aún luchaba entre ella por los pocos recursos que quedaban y que no podía ser rival para criaturas sobrehumanas sedientas de sangre. Era inútil luchar. Durante el día podían escapar, pero al caer la

noche no había lugar donde esconderse. Los gritos y lamentos desesperados eran la antesala de la muerte que la luz de un nuevo día dejaba al descubierto.

Cuando la raza humana pensó que había llegado su fin, un nuevo grupo de vampiros llamados "*fundadores*" apareció. Eran vampiros de sangre pura con habilidades especiales, extremadamente intimidantes y con la facultad de poder caminar durante el día a la luz del sol. Estos vampiros eran temidos incluso por los de su misma especie. Los fundadores ofrecieron paz a los humanos, una especie de alianza para la supervivencia de ambos grupos. Era un hecho que para existir necesitaban la sangre y al mismo tiempo los humanos necesitaban su protección. Algunos declinaron la oferta, pero la mayoría estaba demasiado atemorizada como para resistirse, así que aceptaron quedar bajo su mandato. Las condiciones eran sencillas, ellos no beberían sangre sin el consentimiento previo del humano y los tratarían como iguales.

Así fue como una nueva sociedad nació. Una sociedad que ha prevalecido más de 500 años, gobernada por vampiros y sustentada por humanos.

Esa es la historia que todos cuentan, una en donde estos vampiros son nuestros nobles salvadores, pero no todo es como parece. Ellos simplemente aprovecharon nuestra debilidad para someternos, ya que la realidad es que nunca hemos sido iguales. Somos el último eslabón de la cadena, un grupo débil que con el paso de los años se ha deteriorado cada vez más hasta el punto de agachar la cabeza y obedecer.

¿Realmente nuestro único propósito en la vida es servirles?
No, yo no estoy de acuerdo.

Capítulo 1

Año 2563

Siento el sudor resbalar por mi cara y el dolor en mis brazos por el esfuerzo, pero no me detengo, mi determinación es mucho más grande que cualquier molestia. Flexiono ligeramente las rodillas antes de moverme. Con un grito contenido intento nuevamente golpear el dorso de Alain o al menos su brazo, pero solo me encuentro con un espacio vacío y tropiezo. Me tambaleo evitando con bastante dificultad la caída, pero no el golpe en mi espalda.

Se acabó, me tiene. ¡Maldición!
—Suficiente —lo escucho decir, al mismo tiempo que re- tira su mano de mi espalda.

Me gustaría culpar al suelo irregular o el cambio de arma, ya que ahora no se trata de las espadas improvisadas de madera o las que son delgadas, pero no es nada de eso. Me giro despacio viendo como deja caer su propia arma y da un par de pasos atrás.

Gruño sintiéndome frustrada. Con mi actual nivel no podría contener siquiera a un repudiado, mucho menos proteger a alguien.

—No he conseguido ni siquiera rozarte —me quejo, sin ocultar mi malestar.

Por mucho que él diga que esto solo es un pequeño entrenamiento, es demasiado frustrante ni siquiera arañar su ropa. Como él ha hecho con la mía. Normalmente soy mejor que eso, pero hoy me he ganado un par de buenos cortes que tendré que curarme antes de llegar a casa.

Alain sonríe, luciendo complacido y tranquilo, dejando atrás su postura de combate. Sorprendentemente, la mayoría de las veces su actitud es tan relajada y tan bromista, que nadie creería lo bueno que es luchando.

—Tranquila. Has mejorado… —definitivamente, no coincido con su comentario—, pero te distraes fácilmente y lo más importante —eleva uno de

sus dedos, agitándolo de un lado a otro—, te dejas llevar por tus impulsos.

—No lo hago… —protesto débilmente pasándome el bra- zo por la frente.

—Lo haces, Gema. —Sacude la cabeza, pero su expresión sigue siendo tranquila. El hecho de que no se muestre enojado me hace sentir peor—. Cuando atacas, debes tener la cabeza fría, saber dónde quieres golpear y no pensar en fallar, porque no puedes permitirte hacerlo. Esas cosas no te van a avisar ni van a esperar a que logres darles.

—Ya lo sé —digo molesta. No con él, sino conmigo mis- ma.

Está en lo cierto, en las últimas semanas hay una sola cosa que llena mi cabeza y que me mantiene distraída, pero es algo que, sin importar nuestra amistad, no puedo admitir.

Le entrego la espada antes de comenzar a ordenar mi pelo y cambiar mi ropa, y me limpio los rastros de sudor con las mangas de mi viejo atuendo. Tengo el tiempo justo para llegar a la tienda. Mi ocupación no es algo pesado ni muy complicado, soy muy afortunada, lo admito, aunque eso es básicamente gracias a la amistad que tengo con Lina y a la paciencia de su padre, Albert.

—¿Cómo sigue tu madre? —Mis manos se congelan, jus - to cuando termino de reemplazar el viejo vestido que uso para practicar, pero me obligo a continuar.

—Un poco mejor. Aunque ya sabes, nadie quiere correr el riesgo. —Me encojo de hombros, queriendo aparentar nor- malidad.

—Seguro que la admiten de vuelta una vez que se recupe- re. —Me alivia comprobar la ausencia de sospecha en sus ojos. —Eso espero.

Los créditos que se requieren para los alimentos han incrementado y mis hermanos comienzan a crecer y tener más necesidades, no solo de ropa o comida. Me molesta la idea de que tengan que trabajar siendo tan jóvenes. Realmente me gustaría algo mejor para ellos. Para toda mi familia.

—Si necesitas algo…

—Lo sé. —Asiento, sin dejarlo terminar. Él no se encuen - tra mejor que nosotros, aunque no dudaría en darnos lo poco que tiene, y es justamente por eso que no lo aceptaría—. Por ahora estamos bien. Gracias. —Hago una pausa, antes de cam- biar de tema—. ¿Sabes algo de Aquiles?

—No. —Sacude la cabeza, su expresión volviéndose se - ria—. No se ha dejado ver en las últimas semanas. —Patea un par de piedrillas, con la punta del zapato, haciéndolas salir disparadas—. Parece que le da igual que las personas sigan mu- riendo o desapareciendo y que nadie haga nada.

—Claro. Mientras él este cómodo y a salvo… —digo sin contenerme y eso le hace sonreír.

—¿También piensas eso? —Me mira con algo de diver - sión. Es justo esa actitud, que muestra incluso en los peores momentos, lo que me gusta de él y por lo que es uno de mis dos mejores amigos.

—Si —admito, mis ojos fijos en el muro que nos separa de ellos, uno que dista demasiado de la pobre excusa que se supone nos mantiene seguros—. Es más que obvio, por desgracia no podemos hacer nada.

—Solo espera un poco más —dice haciendo una pausa, como si pensara en algo—, puede que los deseos de Pen se cum- plan más pronto de lo que crees.

—Eso sería genial, créeme, sería la primera en alistarme en ese ejército.

Ambos sabemos que son muy pocas las posibilidades que tenemos de ganar, ya que sin importar que los superemos en número o que no sean justos, la mayoría de las personas prefieren no arriesgarse.

—Cuento con ello. —Me dedica una mirada, que no sé cómo interpretar y luego sonríe volviendo a ser el chico bromista—. Ahora ve, antes de que llegues tarde.

—Sí. Nos vemos. —Hago un gesto con la mano, antes de encaminarme hacia la ciudad.

Nuestro lugar improvisado de reunión se encuentra en los límites de la

ciudad, en la parte más alejada del pequeño muro que la rodea.

Miro alrededor, asegurándome de que no hay nadie que preste atención a mi persona y comprobando que, como de costumbre, la guardia brilla por su ausencia. Las patrullas solo salen una o dos veces al día del muro mayor, en otras ocasiones ninguna, y eso ha permitido que tanto repudiados como impuros ataquen a las personas más pobres. Aquellos que como mi familia no podemos más que rezar por las noches y esperar que el sol emerja, al menos eso nos mantiene seguros por unas pocas horas.

Vampiros

Nadie sabe con exactitud de donde vinieron o sí estuvieron siempre ahí en las sombras, esperando que falláramos. Tam- poco tenemos la certeza de si todos los mitos acerca de ellos son verdad. Lo que es un hecho es que son reales y no solo eso, que tienen el control del mundo, mejor dicho, de lo que queda de él. Parece algo irónico. ¿Cómo fue que llegamos a este punto? Sencillo. Nuestro propio egoísmo nos llevó a un paso de desaparecer y como somos, me corrijo, éramos su único alimento, decidieron “ayudarnos”. Nunca lo he creído del todo. Lo que hicieron con nosotros no fue ayudarnos, solamente miraron por sus intereses… Sin nosotros, no existirían.

—¡Disculpa! ¡Oye! —La voz molesta del vampiro que tengo delante de mí me trae de vuelta a la realidad. Es un tipo de mediana edad, alto y muy pálido, sus ojos tienen un color rojizo, pero no tienen la intensidad que siempre busco en ellos.

—Lo siento. ¿Necesita algo más? —pregunto colocando dentro de la canasta sus compras. Él tuerce el gesto y mueve la cabeza a los lados, evidentemente con disgusto.

—No —contesta con irritación.
Bajo la mirada y le entrego sus cosas, intentando no tocarlo cuando me da los créditos.

El antiguo sistema económico dejó de ser útil cuando terminó la guerra, y se tuvo que buscar una alternativa. Ahora se usan créditos de cambios.

—Regrese pronto —digo con un intento de sonrisa, esfor- zándome por mostrarme amable.
—No lo creo. —Lo escucho decir mientras se da la vuelta y cruza la puerta demasiado rápido para seguirlo con la mirada.

Me golpeo la frente. De nuevo lo he hecho. He molestado a otro cliente. Y puesto que ellos son los principales consumi- dores, si sigo así, van a despedirme.

—Parece que tú y ellos no pueden llevarse bien —mur- mura Lina divertida, apareciendo detrás de mí.

—Eso parece —contesto encogiéndome de hombros y to - mando el trapo para limpiar el mostrador que hace menos de 5 minutos limpié. Tiene razón, por más que lo intento, sencilla- mente no puedo verlos con buenos ojos. Y cada vez es más di- fícil fingir. Menos mal que en esta ocasión es ella quien ha sido testigo de mi pésima venta y no su padre. Él no es tan tolerante o lo toma con humor.

—¿Por qué los odias tanto, Gema? —pregunta mirándo - me con verdadera curiosidad. Creo que no tiene sentido negar su cuestionamiento.

—Es complicado. —No tiene sentido entrar en detalles, tanto Lina como su padre son partidarios de ellos, como lo hace la mayoría de las personas que viven en este sector de la ciudad, a quienes no les importa servirles, así que nunca entenderían mis argumentos y lo que es peor, si contaran a la guardia mi forma de pensar, podría terminar en prisión. Por traición, alterar el orden o ser una rebelde.

—Ellos no te han hecho nada para que los odies, Gema. —Dejo de fingir limpiar y la miro con incredulidad.

—¿Estás segura de que no han hecho nada? —pregun - to pausadamente, esperando no traicionar mi sentir y dándome cuenta que desde esta parte de la ciudad es difícil ver por lo que muchos pasan cada noche.

—Pues si —dice titubeante—. Todos sabemos que ellos nos salvaron...

“Salvaron” no es la palabra que usaría, ya que eso claramente fue a conveniencia. Algo muy distinto a lo que piensa la clase que dispone de recursos y no tiene que pensar qué comerá mañana.

—De otros vampiros —le recuerdo. Pone los ojos en blanco y se cruza de brazos.

—Y de nosotros mismos, admítelo. —Sé que hubo gue - rras y que intentábamos destruirnos, pero, aun así, ellos aprovecharon para imponerse. Somos sus marionetas, sus sirvientes, además de su alimento. Los recursos de los que disponen provienen de todo el trabajo que hacemos—. Si no hubieran inter- venido, las nuevas ciudades no existirían y hubiéramos muerto a manos de esos seres inmundos.

—Ellos también son vampiros —insisto con una pequeña mueca.
Existen tres tipos de vampiros: Fundadores, subalternos e impuros.

Los Fundadores son vampiros de sangre pura, los primeros en existir. Son todo un misterio, no sabemos cómo fue que se formaron, pero sabemos que de ellos procede el resto. Son criaturas con habilidades extrañas, respetados y temidos por los demás vampiros. (Alguna vez, alguien aseguró que con la mirada podían hacer arder a otros. Creo que las personas exageramos un poco, pero no hay duda de que son raros). Prácticamente ningún humano puede verlos. Ellos viven dentro del muro mayor, que encierra el corazón de la ciudad, donde solo otros vampiros pueden ingresar. Yson quienes tienen el control de las nuevas tres ciudades existentes: Erbil, situada en lo que anteriormente se conocía como Libia; Cádiz, en territorio de Rusia; y Jericó, entre los límites de lo que fue Alemania y Polonia. Todas llevando nombres de antiguas ciudades emblemáticas, o eso he leído.

Los Subalternos son vampiros de estatus intermedio. Ori - ginalmente fueron humanos que tras ser mordidos por fundadores sufrieron una transformación. Ellos representan un medio de comunicación entre fundadores y humanos. Siguen las órdenes de los fundadores, quienes parecen ser una especie de mentores para ellos. La mayoría son amables (o al menos eso aparentan), se encargan de las tareas más importantes, como la seguridad, dirección de los servicios médicos, fabricación de fármacos y todo lo referente a la tecnología (o lo que queda de ella). Viven dentro del muro mayor o en la parte aledaña a

este y no tienen habilidades especiales. Es decir, tiene los característicos colmillos, la velocidad y palidez, pero sus ojos son menos intensos que los ojos de los fundadores. Eso permite diferenciarlos.

Por último, los vampiros con los que ningún humano desea encontrarse: Impuros. Son el resultado de la mordida de un subalterno a un humano. Son criaturas irracionales, salvajes y que lo único que buscan es alimentarse, sin importarles nada. No siguen reglas, ni una jerarquía, son puro instinto. Debido a sus ataques, fue que se crearon las ciudades y los muros que las rodean, sin embargo, no han dejado de atacar los límites, buscando conseguir alguna presa o asesinar a los humanos que deciden abandonar las ciudades. Razón por la cual, no podemos escapar o simplemente marcharnos.

—No son iguales, Gema —refuta Lina—. Además, hay otros, esas cosas que comen humanos.
Cierto. Me olvidaba de la otra amenaza para nosotros. —Repudiados —murmuro en voz baja, un estremeci- miento recorriendo mi espalda.

Son criaturas deformes que se alimentan de carne humana. Los repudiados son el resultado de la mutación que el virus R provoca en los humanos, uno de los tantos que surgieron como resultado de la tercera guerra y que con el paso de los años se volvió más agresivo. Cuando una persona se infecta, pierde todo su lado racional y se convierte en un ser violento y hambriento. No son tan rápidos como los vampiros, pero si fuertes y enormes.

—¡Exacto! ¿Qué me dices de ellos? No son vampiros.

—¿Quién asegura que no es obra de ellos? —farfullo arre - pintiéndome casi al instante, no solo por su expresión, también por el carraspeo que me hace pegar un salto.

Albert, el padre de Lina está junto a la puerta y me mira con evidente reproche.
No debí decir eso.

—No deberías decir eso, Gema —concuerda en voz baja, desviando la mirada hacia el exterior. Siento el rostro arder y precisamente porque alguno de ellos pueda escucharme. *Idiota.*

—Yo... —Padre e hija niegan.

—Por hoy es todo —anuncia Albert, recobrando la com - postura, al tiempo que hace girar el cartel que pende de la puerta del establecimiento—. Ve a casa. Es tarde.

Conservo mis argumentos, porque sin importar mis sospechas, no puedo soltarlas como si nada. Tomo mis cosas, soy consciente de que me he dejado llevar por el malestar y he dicho todo lo que no debería decir una buena ciudadana. Miro a Lina, quien articula “no te preocupes” y me guiña el ojo. Ojalá tenga razón. No puedo perder el trabajo en estos momentos.

—Con permiso —digo desplazándome hacia la puerta. —Nos vemos mañana —contesta él, aliviando mis temo- res.

Espero unos metros, antes de darme con la palma de la mano en la frente. Idiota, soy una gran idiota. ¿Por qué siempre tengo que decir lo equivocado? Creo que un día de estos terminará por despedirme si no logro controlarme.

Sin embargo, es algo difícil, más allá de las limitantes con las que vivimos, están todas las personas que han muerto y también aquellas que han enfermado, porque no importa lo que digan, podría hacer mucho de lo que dicen.

Avanzo despacio por la calle observando con detenimiento esta parte de la ciudad. Comprobando que humanos y vampiros parecen convivir en armonía, aunque si miro con detenimiento, es como si al mismo tiempo, ellos nos dejaran atrás. No avanzamos, estamos varados, a la espera de que ellos marquen la marcha, de que den la orden. Es deprimente, especialmente para quienes debemos arreglárnoslas con lo poco que tenemos.

Mi padre razón en muchas cosas, en decir que debemos odiarles. No estoy segura si les odio, aunque siempre he sentido una repulsión por ellos, que es más fuerte que yo. Quizás se debe a ese encuentro, a esa mirada, a esa voz que siempre aparece en mis pesadillas desde que era una niña.

***

Jamás olvidare la primera y única vez que vi un fundador. Tenía seis años. Ese día, salí deprisa de la escuela, era el cumpleaños de papá y me moría por decorar su pastel, como mi madre me lo había prometido. No debía demorar, tenía que llegar antes de que mi padre lo hiciera. Así que crucé la distancia que separaba la escuela de mi casa, mis pies se movían a toda velocidad, sin preocuparme nada más y así fue como terminé chocando con alguien. Al elevar mi rostro, tras caer al suelo, me encontré con un hombre un poco mayor, llevaba un traje negro, sombrero y gafas oscuras. Era la persona más elegante que alguna vez hubiera visto.

—Lo siento —me disculpé.
Él se inclinó ofreciendo su mano, la cual acepte de buena gana poniéndo*me de pie.*
—Hay que tener cuidado —susurró quitándose las gafas.

Vi sus ojos y me paralic é. «No te acerques a ellos», las palabras de advertencia de mi padre llegaron a mi mente, pero mi cuerpo no me obedeció, permanecí inmóvil frente a él.

Era un vampiro de sangre pura. Un fundador. No había nadie cerca, solo él y yo, y no era rival para alguien tan peligroso.
Él se inclinó sobre mi cuello, cerré los ojos, esperando que lo hiciera, pero solo olisqueó mi pelo y retrocedió.

—Eres tan joven, pero... pareces tan dulce. —Jamás ol - vidare el color tan intenso que tenían sus ojos, tampoco esa mirada escalofriante, que parecía indagar en lo más profundo de mi cabeza. Había algo extraño en él, no solo era la manera en que me observaba, era su voz, el aura, era hipnótico y repul- sivo. Hermoso y peligroso—. Tu sangre será un banquete para cualquier vampiro.

Tras decirlo, se colocó de nuevo las gafas e incorporán - dose, se marchó. La extraña sensación me acompañó de regre- so a casa y ha continuado dentro de mí. Desde luego que nunca les conté a mis padres lo que había visto y mucho menos lo que había dicho.

***

Salgo de la zona media de la ciudad y empiezo a vislumbrar las pequeñas viviendas que marcan la parte más pobre, algunas incluso con tejados o paredes improvisados. Parecen tan frágiles, como si bastara una brisa para tirarlas. Pensar en las personas que viven en ellas me hace saber lo afortunados que somos, nuestra casa es firme y no estamos tan cerca del límite. Aunque eso no es ninguna garantía.

Me acerco a la improvisada valla que rodea la casa mirando a Mai, mi hermana pequeña, quien sacude una manta, en uno de los lazos que usamos como tendederos. Ella vuelve el rostro, saludándome. Tiene 12 años, al igual que Taby, su mellizo.

—¿Cómo está mamá? —pregunto esperando recibir bue - nas noticias, hace un par de días que comenzó a tener algunos malestares. Creímos que era gripe, hasta que se iniciaron los vómitos.

Ella niega ligeramente, alejándose de la puerta. —Mal —dice en voz baja, volviendo la mirada al inte- rior—. Hoy vomitó sangre.

Sangre.
Las alarmas se encienden en mi cabeza.
—¿La has tocado? —inquiero examinándola.

—No, claro que no. Lave con mucha agua y desinfectante como me dijiste.

—Menos mal —asiento tomándola de la mano y mirán - dola con ternura. Mai aún es joven, sin embargo, puesto que mi padre y yo trabajamos, ella y Taby son quienes cuidan de mi madre—. Iré a verla. Gracias. —Sonríe dirigiéndose a la parte trasera.

Me siento mal por hacerla responsable de mi madre, pero necesitamos los créditos.
—¿Gema? —Soy recibida por la voz de mi madre.

—Aquí estoy. —Muevo la cortina que separa el pasillo de su habitación y entro. No puedo evitar que mis ojos vayan directo al piso, donde aún quedan remanentes de agua. Sé que Mai se esforzó, pero aún es visible la mancha. Tendré que lavar de nuevo—. Hola, mamá. ¿Cómo te sientes? —Me esfuerzo

en sonreír, intentando no ver el suelo.

—Mejor —asegura poniendo su mejor expresión. No obstante, sé que miente.

Su rostro ha perdido ese tono saludable, sus ojos se ven más apagados y los vómitos han comenzado a menguar su peso. Mi madre siempre ha sido hermosa, destacando por ese cabello rubio que compartimos Mai y yo con ella, aunque sus ojos son claros y no azules como los nuestros.

No la cuestiono por lo ocurrido, comento cualquier tontería y espero a que se quede dormida para limpiar de nuevo. Las horas trascurren y su semblante continúa pareciendo más pálido. Esto es muy malo.

—Voy a llevarla a la clínica mañana —informo a mi pa - dre. Levanta el rostro hacia el cielo, hoy no hay nubes, así que algunas pequeñas estrellas pueden distinguirse—. Se pondrá bien —susurro tocando suavemente su brazo.
—Intentaré pedir algunos créditos adelantados.

Niego al instante. Aun no terminamos de ponernos al día con los que necesitamos la última vez que se enfermaron los mellizos, sería una locura, podríamos perder lo único que tenemos y vernos obligamos a movernos a la parte más alejada.

—Tengo algunos, no te preocupes. —Me mira con tanta tristeza, que tengo que reunir todas mis fuerzas para no derrumbarme y llorar. Es demasiado el miedo que siento, pero él no necesita saberlo.

—¿Crees...? —Las palabras se atoran en su garganta y la voz le tiembla.

—No, papá. Sé que no es eso —digo con firmeza—. Los síntomas son distintos a los que todo el mundo dice. Mamá se pondrá bien. —Asiente ligeramente y vuelve a poner sus ojos en el cielo.

El virus R es nuestra pesadilla, algo realmente horrible. Acaba con tu humanidad, te transforma en un ser monstruoso. No se conoce con precisión como se contrae o como es que ataca. Me pregunto si es que ellos lo saben, pero no quieren decirlo, de ese modo mantienen el control y temor entre las

personas. Descarto el pensamiento y vuelvo a pensar en mi madre. ¿Qué voy a hacer si lo tiene? ¿Qué haremos? Quiero creer que no es así, pero... la idea me aterra. Una vez que se contrae, no hay marcha atrás, a menos que tengas mucha influencia o dispon- gas de muchos créditos y desde luego, nosotros no los tenemos. Miro mis manos con un sentimiento creciente de impotencia.

Discretamente observo las personas que desfilan por el pequeño pasillo de la clínica. Es medio día, he pedido permiso para acompañar a mi madre. Evidentemente he tenido que mentir, si Albert supiera que mi madre podría estar infectada, me despediría sin pensarlo. Esa es otra de las consecuencias del virus. Como nadie sabe a ciencia cierta cómo se adquiere, cuando un miembro de una familia se infecta, es como si todos los demás también lo hicieran. Los parientes son obligados a mudarse a la parte más lejana de la ciudad, donde se convierten en blanco fácil para los impuros y los mismos repudiados. En algunas otras ocasiones, simplemente son expulsados de la ciudad. ¿A dónde van o que pasa con ellos? No tengo ni idea, nadie lo dice, pero tampoco vuelve a verlos.

Eso ocurrió con Pen, mi otro mejor amigo desde la infancia. Sus padres se convirtieron en repudiados y él tuvo que marcharse. Supongo que era preferible a exponer a los demás, aunque fue demasiado triste. Él fue quien me enseñó a usar la espada y darme cuenta de algunas cosas que pocos quieren ver. Siempre decía que algún día los destruiría, que reuniría un ejército para enfrentarlos y acabaría con todos. «Créeme, Gema, voy a matarlos y luego me casaré *contigo*». No puedo evitar sonreír al recordarlo. Tenía solo 9 años, pero parecía tan con- vencido de que lo haría. Él sabía de mi temor hacia ellos y lo convirtió en rencor. Pen es el único que conocía sobre aquel encuentro…

—¿Ella es tu madre? —pregunta un hombre señalando con la cabeza a mi madre, quien está acompañada por una enfermera al fondo del pasillo. Le dedico una ligera sonrisa a mi madre, que justo en ese instante me mira, antes de desaparecer de mi vista. Me incorporo del banquillo, mirando al tipo con cautela. Lleva un uniforme de enfermero, un traje en color azul oscuro, pero hay algo en su expresión que me produce desconfianza.

—Sí —respondo sin quitarle la vista de encima. —Parece bastante mal —murmura hundiendo las manos en los bolsillos—. ¿Sabes que podría...?

—¡No! —lo interrumpo agitada, mi perturbación traicio - nándome y su mirada lo confirma—. No lo tiene —aseguro tra- tando de sonar convencida.

Él se encoge de hombros y mira a lo lejos, como confirmando que nadie nos presta atención.

—Hoy en día no hay mucho problema si se detecta en la etapa inicial —comenta como si supiera que es un hecho—. Existe un tratamiento especial para eliminarlo antes de que se disperse o comience la segunda fase.

Le miro completamente sorprendida. No tenía idea de que fuera posible. Quiero preguntarle, pero me recuerdo que debo mantener mis palabras.

—No lo tiene —repito, pero él me ignora y continúa ha- blando.

—Es un poco difícil acceder a él, necesitas demasiados créditos. —Lo supuse. No los tengo y eso es lo que más me preocupa—. Veo que eres lista —susurra repasándome de pies a cabeza—. Dime, ¿qué harías si lo tuviera?

Doy un paso atrás.
—No lo tiene —insisto con terquedad.

—Yo podría ayudarte a conseguirlo. —¿Qué pretende este hombre? ¿Por qué su insistencia? Saca un pequeño trozo de papel de su ropa y me la ofrece—. Si te interesa o cambias de opinión, entrégale esto a cualquier enfermera y podrás contactarme. Imagino que la vida de tu madre vale lo suficiente para hacer cualquier cosa, ¿cierto?

—No voy a venderme —afirmo sosteniendo el papel, que tiene un par de letras extrañas.
Desde luego existe quien no duda en cambiar créditos por favores que no son simplemente limpiar su casa o lavar su ropa. Levanta una ceja y sonríe burlón.
—Nadie ha dicho que tienes que vender tu cuerpo. Diga- mos que se trata de una parte de ti que no te afectaría.

—¿Sangre?
Me dedica una enorme sonrisa.

—Piénsalo —dice señalando la nota en mi mano—. ¿No quieres salvar a tu madre de ser una abominación? —Se estre- mece falsamente y se va.

Me quedo quieta mientras se aleja.

¿Dar mi sangre? No es algo que hubiera pensado, pero realmente no tengo nada que pensar, desde luego que haría cualquier cosa, pero no, no puede ser, mi madre estará bien, ella no puede tenerlo. Por favor que no lo tenga.

ISELA REYES

Capítulo 2



Ninguna de las dos habla, mientras caminamos rumbo a la casa, pero es evidente que hay demasiado en nuestras mentes. Después de que terminara su chequeo, el médico pidió hablar conmigo a solas, solo para confirmar mis peores temores. Mi madre tiene el virus R. Ha dicho que se encuentra en la fase inicial, que podemos detenerlo, salvarla, pero… ¿Cómo? No tenemos los medios. El papel que guardo dentro de mi ropa pareciera quemar y reclamar mi atención con cada paso que doy. Lo sé, solo hay un modo de conseguir las cosas aún más difíciles, como los tratamientos y es convirtiéndote en un donante. Lo mismo ha sugerido el médico, aunque no de manera directa como el otro hombre, ha insistido que debo hacer todo para conseguirlo. Ni todos los créditos que podamos reunir con mi padre bastarían y solo seríamos puestos en la mira.

—¿Qué debería preparar de comer? —pregunta entusias - mada, cuando estamos alcanzando la zona exterior de la ciudad, haciendo que la mire.

—Tienes que descansar —digo logrando mantener mi voz tranquila.

—Estoy bien.
«No, mamá. No lo estás», pienso con pesar.

—El médico dijo que necesitas reposo. —Él prefirió no hacerle saber su condición, pero por la manera en que mi madre me mira, sé que lo intuye—. Mai se puede hacer cargo.

—Es solo una niña, Gema. —En eso concordamos, no obstante, en este mundo la niñez termina demasiado rápido, nunca se es demasiado joven para luchar por tu vida—. Tú tam- bién eres muy joven para pasar por esto —murmura como si adivinara mis pensamientos—. Lo siento.

Me obligo a parpadear y mirar alrededor. Algunas personas intercambian cosas por alimentos, otras cargan sus cosas, intentando venderlas en la zona cercana al muro.

—Pronto seré mayor y Mai es muy inteligente. Y lo más importante, mamá, no tienes por qué disculparte.

—Ustedes son tan especiales, demasiado especiales. — Los gritos son tan repentinos, como el movimiento agitado de las personas, que comienzan a correr en nuestra dirección. Sujeto a mi madre del brazo, viendo los rostros llenos de temor y como el caos se desata—. ¿Qué está pasando? —pregunta al mismo tiempo que frenamos, apartándonos de un par de hombres.

—¡Repudiado! ¡Hay un repudiado! —la voz ahora es cla- ra y hace que todo tenga sentido.

Mi primer pensamiento es enfrentarlo, pero el brazo que sostengo me hace detenerme. Tengo que sacar a mi madre de aquí.

—Tenemos que irnos —grito, esperando hacerme escu - char por encima de las voces desesperadas; sin embargo, mi madre no se mueve—. ¡Mamá!

Giro el rostro, siguiendo su mirada, y lo veo. Una enorme figura, que prácticamente ha dejado de ser humana. Sus mo- vimientos son torpes y descontrolados, su enorme hocico está manchado de sangre. Corre detrás de un par de personas, sus garras barriendo el espacio que los separa. Si los

alcanza, los matará. Tengo que hacer algo, pero no tengo un arma o espada.

—¡Corre! —ordeno a mi madre, recogiendo un pedazo de madera cercana a mí y avanzo, sin pensarlo dos veces. Ruego internamente para que mi improvisada arma resista.

—¡Gema! ¡¿Qué haces?! —grita ella intentando detener- me, pero consigo librarme y echo a correr.

Elevo la tabla como si de una espada se tratara, fijando mis ojos en su cabeza, si lo aturdo lo suficiente, podre termi- narlo o al menos tener oportunidad de buscar alguna otra cosa. Pero no hay tiempo, prácticamente se encuentra sobre ellos. No llegaré a tiempo.

—¡Oye! —la voz de una mujer se escucha sobre el tumul - to y parece capturar la atención de la criatura, que se detiene de golpe—. ¡Aquí! ¡Mírame! —Lentamente se vuelve, observán- dola. Ella está a solo un par de metros de la cosa; es una chica, no puede ser mayor que yo, su ropa está rasgada y manchada de sangre. Sostiene un arma, una de las viejas armas de pólvora, su cuerpo tiembla mientras se acerca a la bestia. Quiero gritarle que se aleje, pero no parece temerle—. Lo siento, Aldo —sollo- za elevando el cañón y sin titubear, le dispara en el pecho. El animal se tambalea y gruñe, pero no ataca. Por un instante creo ver un atisbo de humanidad en sus ojos; ella no espera, cambia su enfoque, apuntando a la cabeza del repudiado. Se desploma pesadamente, elevando una cortina de polvo. La chica también se deja caer de rodillas y para mi desconcierto, pasa su mano por el rostro deforme del repudiado—. Lo lamento tanto —mur- mura, su expresión es fiera, pero llena de dolor.

Todos se congelan, mirándolos. Realmente es increíble lo que acaba de hacer. Sonrío ligeramente, impresionada y admirada por su valentía.

Contengo el aliento, sin adivinar lo que pretende, mientras lentamente levanta su brazo y apunta a su propia cabeza. ¡Bam!

El sonido ahogado se escucha, junto con una lluvia de exclamaciones y ella cae al piso. ¡Imposible! Se ha disparado a sí misma.

Trago saliva y retrocedo, dejando caer la tabla que aun sostenía. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿Gema? —Miro a mi madre, luce más pálida que antes y su preocupación es más que evidente. ¿Qué estoy haciendo? Soy yo quien debería estar alentándola a ella y no al contrario.

—¿Estás bien? —Asiente, tomando mi mano, doy una mi - rada al par de cuerpos que rápidamente han rodeado los curiosos—. Vámonos. —Tiro ligeramente de ella, abriéndome paso entre toda la multitud, aun intentando procesar lo sucedido.

Lo llamó Aldo. Ella lo conocía, por eso lo hizo.

—¿Podrías hacerlo? —la pregunta me toma por sorpre - sa y mis pies se detienen, encontrándonos a poca distancia de nuestra casa. Hemos dejado al repudiado y esa chica atrás, casi sin darme cuenta.

—¿Qué cosa? —finjo no entender lo que quiere decir. Tardíamente me di cuenta de lo que podría implicar para ella lo ocurrido.

—Lo que hizo esa chica. ¿Lo harías, Gema? —Sacudo la cabeza, siguiendo el hilo de sus pensamientos. La sola idea de asesinar a mi propia madre me parece aberrante, no podría. Ten- go grabada la expresión de esa chica, el dolor y desesperación que su mirada transmitía.

—Tendría que estar muy desesperada.

—O querer demasiado a esa persona. —Es verdad, a na - die le gustaría ver convertido a un ser amado en una bestia, pero no puedo darle la razón—. Una vez que te conviertes, dejas de ser esa persona.

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber, mamá? —la enfrento.
—Si yo...
—No —la interrumpo, liberando su mano—. Eso no pa- sará.

—Escúchame.
—No, mamá —repito negando.

—Por favor. —¿Por qué dice eso?—. Si me convierto en uno de ellos... mátame —Desvío la mirada. ¿Cómo podría ha- cerlo?

«Eres una llorona. ¿Cómo vas a matarlos si te pones a llorar?», los reproches de Pen vienen a mi mente. No debería comportarme así, pero matar a tu familia. Eso... no estoy segura si pudiera hacerlo. Suspiro intentando controlarme.

—Ella debía hacerlo, pero tú estarás bien —farfullo re- pentinamente molesta, pero más resuelta que nunca.

—No puedes saberlo.
—No pasará, mamá. Tú no lo tienes.
—Gema…

—Dejemos el tema —pido mirando a todas partes, menos a sus ojos. Nunca he sabido mentirle—. Será mejor ir con Taby y Mai. Deben estar preocupados. —Acelero mis pasos. Esca- pando de sus palabras.

¿Matarla? No. Eso no pasará , no puede. ¿Qué sería de Mai y Taby? ¿Qué sería de mi padre? No. Haré lo que sea, lo que haga falta, pero mi madre no terminará como ese hombre.

De mi parte, he decidido dejar el tema por la paz, pero mi madre no parece dispuesta, por fortuna debo volver a la tienda. No obstante, sé que insistirá, lo ha susurrado mientras cruzaba la puerta. La conversación no ha terminado.

—¿Y cómo está tu madre? —pregunta Lina sin apartar la mirada de uno de sus tantos juguetes. Un pequeño dispositivo que emite sonidos intermitentes y luces de colores. Una versión de un viejo videojuego.

Después de todo el caos que azotó la tierra, muchas cosas se perdieron, entre ellas los portátiles, teléfonos móviles, tabletas, IPod y toda la gama de aparatos que estaban al alcance de todos y que funcionaban con satélites. La gran caída, así lo llaman en algunos libros de historia. Ahora son raros y difíciles de conseguir, evidentemente, los vampiros son quienes tienen acceso a ellos. Sin embargo, muchos de ellos han dejado de tener uso.

—Mucho mejor —digo apilando los lápices de colores en el estante. Me gusta este lugar, hay tantas cosas que nunca podría permitirme, pero de las cuales aprendo, especialmente de los libros.

—¿Qué tiene? —Mi mano se paraliza y no puedo evitar que los nervios me invadan, soy mala mintiendo.

Desde luego que preguntaría y aunque sigue sin apartar los ojos de sus manos, parece estar pendiente de mi reacción y a la espera de mi respuesta. Abro la mano permitiendo que los lápices se desplacen por mis dedos, mientras invento una respuesta convincente.

—Infección en el estómago —miento de nuevo, evitando a toda costa mencionar algo que lo relacione con el virus R. Es muy común que las personas del otro lado de la ciudad enfermen del estómago, porque estamos mucho más expuestos.

—Que mal. ¿Y ya está siendo tratada? —su voz es dema- siado crítica y de nuevo me pone en alerta.

Es una garantía que al saberlo me despidan, no importa que seamos amigas, todo el mundo tiene miedo. Y no la puedo culpar. En las últimas semanas, contando hoy, van 15 casos de repudiados. Algo poco habitual. Antes ocurrían uno o dos ataques en meses, pero con el pasar de los días, aumentan y con ellos el temor de contagiarse.

—Comenzará mañana. —Odio hacer esto, pero no puedo perder mi empleo ahora. Necesitamos demasiado los créditos.

—Me alegro —suspira claramente aliviada y me dedica una pequeña sonrisa, dejando caer sus manos sobre sus piernas—. Mi padre estaba un poco preocupado —confiesa con una mirada apenada—. Ya sabes, por todo lo que ha pasado. —Se escoge de hombros.

—Entiendo. —Coloco el ultimo puñado de lápices en su lugar y me acerco al mostrador, moviendo el resto de las cosas que tengo que ordenar. El local es el almacén más surtido, al menos con cosas que no entran en lo estrictamente básico y es justo por eso que la mayoría de los clientes son vampiros.

—Por cierto —susurra dejando de lado su juguete—, ¿es - cuchaste que pasó hoy? —Un escalofrió me recorre la espalda. ¿Cómo podría no hacerlo? No puedo olvidar su rostro, su mirada y el temblor de sus manos y lo que hizo después de matarlo. Cierro los ojos, aprovechando que estoy de espaldas a ella, y tomo aire, intentando componerme.

—Sí. Estábamos cerca cuando ocurrió. —En dos segun- dos la tengo a mi lado, sus ojos brillan llenos de curiosidad.

—¿Y? —pregunta ansiosa—. ¿Cómo fue? Todo el mundo comenta lo que hizo esa chica. ¿Es cierto? —Asiento muy a mi pesar. Lina se lleva la mano a la boca—. Increíble.

—Más bien... horrible —murmuro sacudiendo la cabeza y tomando un par de pequeños morrales.
—¿En serio? —Me sigue por el lugar, observando como los coloco en su sitio.
—Sí.

—¿No te dio miedo? —Me giro y la miro a los ojos—. Todo el mundo dice que son horribles. ¿Cómo era ese? Nunca he visto uno.

Claro. La zona media de la ciudad está ajena a muchas cosas. Entre ellas, los ataques. Aquí la guardia siempre vigila y rara vez se ven afectados.

—¿Podríamos cambiar de tema? —pregunto con un gesto cansado.

—Creí que te emocionaría hablar del tema. —Tiene ra - zón. Pero no ahora. No después de saber lo de mi madre, no después de lo que me ha solicitado—. No eres tan valiente como pareces, ¿eh? —bromea con una sonrisilla.

Resoplo, mirando al techo y regreso al mostrador. —Eso temo —contesto encogiéndome de hombros—. No es lo mismo la teoría que la práctica.
—Tranquila. Incluso a la guardia le dan miedo. —Asiento con la mirada en los artículos sobre el mostrador. No tiene idea. —Lina.
—¿Qué? —No sé porque le pregunto esto, porque es un hecho, pero necesito saber más al respecto.

—¿Has escuchado sobre los donantes? —pregunto dis- traídamente, como si realmente no me importara.
—¿Quién no? —responde dejándose caer en su asiento—. Por aquí es muy sonado. ¿Por qué lo preguntas?
—Es que cuando estaba en la clínica, escuché algo y nada —me encojo de hombros—, me dio curiosidad.
—¿Curiosidad o asco? —La miro sorprendida y ella ríe—. No es tan malo como parece.

—¿Qué quieres decir? —pregunto pasando mi lengua por mis labios, que se han vuelto secos de pronto ante la escena de su boca en mi garganta.

—Eso. No es algo del otro mundo, Gema. Yo conozco a un par de donantes y ellos viven muy, pero ¡muy bien! —expli- ca haciendo énfasis.

—¿De verdad? —No me lo creo, lo poco que sé al res - pecto es lo que ella dice. Se supone que muchos lo hacen por ese motivo, dejar la vida miserable de un humano y subir un peldaño.

—Sí.
—¿No están débiles o enfermos? —Suelta una risilla mi- rándome con una expresión compasiva.
—¡No, Gema! Ellos son personas normales, no cambian nada. Sólo donan la sangre y listo.

—Pero… ¿Y los otros? —inquiero realmente confundi - da—. ¿No se dejan morder? —Me toco el cuello instintivamen- te. Lina ahora se dobla de la risa y sacude la cabeza.

—¡No! Claro que no. Eso ya no se usa, va en contra de las normas. —Hace una pausa, meditándolo—. Ni siquiera los que son exclusivos.

—¿Exclusivos?
—Ajá.
—Nunca he escuchado de ellos.

—Porque no suele hablarse mucho, pero uno de los cono - cidos de mi padre lo fue. Verás, lo que ocurre con un donante normal, es que suelen acudir a la

clínica, donde les extraen sangre y esta se les entrega a los receptores. Creo que ni siquiera los conocen, lo que sí, es que reciben muchos créditos por ello.

Es lo que necesito.
—¿Y los exclusivos?

—Ahí viene lo interesante, Gema. —Sus ojos parecen brillar de emoción, inclinándose ligeramente sobre el mostrador—. Ellos no solo reciben créditos, también propiedades o alguna otra posesión. Hay rumores de que no solo pueden vivir cerca del muro mayor, también dentro.

—¿Qué?

—Es lo que dicen. Además, de que tienen un trato espe - cial de parte de la guardia. Son casi intocables. Y te caerías de espaldas de saber la cantidad de personas que están interesadas.

Así que ese hombre no mintió. Está decidido, mañana tengo que buscarlo.

—Mejor no saber —farfullo alejándome y siguiendo con mis tareas. No necesito saber más, porque aunque convertirme en un donante es lo último que habría pensado, parece mi única opción.

ISELA REYES

Capítulo 3



Tras la cena, me dirijo fuera de la casa. No puedo mirar a mi madre y fingir que nada pasa, necesito pensar y también decirle a mi padre. Me siento junto a la cerca, observando las luces de la ciudad, que después de lo sucedido parecen más vivas, lógicamente todo el mundo se mantiene alerta. Somos nosotros mismos quienes debemos velar por nuestras familias, la guardia solo se encargó de los cuerpos, hizo un par de recorridos por los límites de la ciudad y volvió a desaparecer.

—No puedo creer que los guardias no estuvieran allí — escucho decir a mi padre, sentado a mi lado. Mi madre le ha contado lo que vimos esta tarde, omitiendo para bien o para mal nuestra pequeña discusión—. Aunque no debería sorprenderme, hace mucho que se olvidaron de nosotros. Son unos malditos. Solo se preocupan por ellos.

Lo contemplo con curiosidad. Él nunca se ha contenido a la hora de expresar su disgusto por ellos, más que eso, es como si tuviera grandes motivos para odiarlos y para asegurarse de que nos mantenemos alejados. Cuando le hablé

hace un par de años de la oferta del padre de Lina, se opuso rotundamente, argumentando que estaría expuesta a ellos y no me habría permitido aceptar si no hubiera sido por la intersección de mi madre. ¿Qué diría sobre mis planes? El odio es algo que nos ha incul- cado desde que tengo uso de razón. Temo decirle la situación de mi madre, pero necesito contar con alguien.

—¿Qué pasa, hija? —pregunta tocando mi hombro—. Has estado muy callada y tu madre no dejo de mirarte durante la cena.

Guardo silencio un instante, buscando las palabras correctas.
—Hay algo que no te he contado.
Inquieto se vuelve hacia mí, no dudando en tomar mi mano.
—Me lo imaginé. ¿Qué sucede? ¿Qué dijo el médico? —

Trago saliva, luchando contra el nudo que bloquea mi garganta. Puedo mantenerme fuerte delante de todos, pero no con él, que siempre ha sido mi confidente, que siempre parece entenderme.

—Lo tiene —digo con un hilo de voz, pero lo suficiente alto para que me escuche.
Se ha quedado inmóvil, completamente rígido y veo el miedo en sus ojos, con una mezcla de profundo odio. —¿Estás completamente segura?

—Eso temo. El médico aseguró que haría más pruebas, pero… prácticamente me pidió prepararnos y buscar algún tipo de ayuda.

—Debemos... esperar… —balbucea inquieto, negándose a la posibilidad.
—Papá. —Le miro seriamente—. No podemos perder el tiempo, si queremos salvarla, tiene que tomar un tratamiento. Eso parece derrotarlo aún más.
—No tenemos créditos. —Me duele ver tanta impotencia en su rostro, así como la vergüenza.

—Escúchame... —pido manteniendo la calma, queriendo darle una esperanza—. Hallaremos una forma de poder pagarlo. No podemos darnos por vencidos, ella no lo hace. Nos necesita, debemos ser fuertes.

—Tienes razón —murmura frotándose el rostro—. Lo ha- remos. Salvaremos a tu madre.

—Lo haremos —confirmo, optando por no hacerle saber mis planes. Lo amo, igual que a mi madre y en este momento tengo que callar para salvarlos a ambos.

A pesar de ser mala mintiendo y de odiarlo, creo que comienza a convertirse en mi nuevo hábito, uno que posiblemente utilizaré bastante en los próximos meses. Tendré que buscar una manera de explicar los pinchazos en mis brazos, aunque claro, eso es mil veces mejor que las heridas en mi cuello. Anoche tuve una horrible pesadilla. De nuevo esos intensos ojos carmín, se encontraban suspendidos sobre mi cama, susurrando mi nombre y mostrando unos enormes colmillos, para después morder mi cuello, desgarrando mi piel, como si fuera cualquier pedazo de tela. Sé que esa no es la forma en que lo hacen, Lina lo dijo, pero creo que he escuchado demasiados rumores al respecto y eso me predispone.

Despejo mis pensamientos y me detengo delante de las puertas de la clínica. El edificio rectangular de dos plantas, sin nada particular, con una extensión de no más de 20 metros. Algo que definitivamente no es suficiente para atender a todas las per- sonas de la parte media y más alejada de la ciudad. Solo existen dos centros médicos en Jericó, pero la otra clínica es de uso exclusivo para la clase alta y los vampiros. Quizás ahí sea donde tenga que llevar a mi madre.

Inspiro profundamente, sintiendo crecer la aprensión dentro de mi pecho. Solo dispongo de treinta minutos antes de entrar al trabajo, he tenido que decirle a mi madre que me necesitaban antes de la hora por algunas entregas, pero en realidad necesito contactar con ese hombre.

—¿Te has decidido? —Su voz en mi espalda, me sobre - salta. Me giro, topándome con su expresión divertida. Es un hombre algo robusto y bajo, lleva el mismo traje que ayer—. Has venido a eso, ¿no?

—Sí. —No puedo perder tiempo, las pruebas estarán lis- tas mañana, pero el resultado es prácticamente positivo.

Asiente acercándose.
—Sígueme.

Me conduce dentro del edificio, donde al ser temprano no hay muchas personas, además de que nadie parece prestarnos atención. Avanzamos hasta el fondo, deteniéndose frente a una puerta con la leyenda “Pruebas médicas”. Me indica que entre y empuja la puerta. Hay un par de camillas y tres chicas que pare- cían ordenar el material y que, al vernos, se quedan inmóviles.

—Tómale muestras —indica a la más joven de ellas. Es bajita, su pelo es corto y de color claro.
—¿Cuántas necesitas? —pregunta tomando un par de tu- bos de uno de los carritos de metal.
—Es una entrega especial.
La chica se detiene, evidentemente sorprendida. Tras dar- me un asombrado repaso, cambia los tubos.

—Entiendo. Toma asiento. —Me señala una de las cami - llas, pero mantiene sus ojos en él, como si tuvieran una conversación mental.

Él se apoya en la pared, cruzando los brazos sobre el pecho, en tanto que las otras chicas siguen en sus labores. Me centro en ellas y en todas las cosas almacenadas en uno de los rincones, ignorando el ligero ardor que provoca la entrada de la aguja en el brazo.

El proceso es rápido y en menos de lo esperado, nos encontramos de nuevo en la entrada.

—¿Qué sigue? —quiero saber, mientras me aseguro de que la manga de mi blusa cubre el pequeño parche, que tendré que tirar en un par de horas, para no dejar rastro.

—Esperar —responde hundiendo sus manos en los bolsi - llos de sus pantalones azules, mirando hacia el muro a mi espalda—. Si alguien se interesa por tu sangre, te contactaré. —Me detengo, reprimiendo mi malestar, pero dándome una mirada disgustada.

—¿Si alguien se interesa? —arrastro las palabras. ¿Deben darme el visto bueno?
—Tranquila —dice con una sonrisa ladina—. Estoy segu- ro de que así será, pero debemos seguir el procedimiento.

—¿Cómo puedes estar seguro? —cuestiono sin ocultar mi malestar. Procedimiento o no, yo necesito seguridad. Desearía que las pruebas fueran negativas, pero a pesar de lo que dijo el médico, ni siquiera él lo creía.

—Confía en mí. No hay muchas chicas como tú —contes - ta encogiéndose de hombros—. Me pondré en contacto contigo más pronto de lo que esperas.

Mi madre necesita ese tratamiento, no puedo esperar, pero demostrar mi desesperación no hará que las cosas ocurran más rápido.

—De acuerdo —farfullo resignada y un tanto decepcio- nada.

Por primera vez, deseo que lo que dijo aquel fundador sea verdad y mi sangre sea un banquete. Todo sea por salvar a mi madre.

La mañana trascurre en calma total, Albert se ha marchado desde temprano y Lina se ha ubicado detrás del mostrador, entretenida en sus cosas, como siempre.

Trato de actuar normal, de mantener mis pensamientos al margen de la situación de mi madre y de las muestras de sangre. Voy de un lado a otro limpiando y atendiendo a las escasas personas que ingresan en el establecimiento, ya que es Lina quien se encarga de los vampiros y eso se lo agradezco enormemente. Creo que después del último incidente, no desea perder más clientes. No obstante, es demasiado complicado no pensar en ello.

La campanilla se escucha y mentalmente me preparo para mostrarme amable y saludar al cliente, no importa quien sea, necesito una distracción.

—Bienv... —mis palabras mueran al verlo. ¿Qué hace aquí?

—Esto es urgente —anuncia entrando y tomándome del brazo—. Alguien de dentro ha pedido verte. —Miro tan sor- prendida, como desconcertada al enfermero. ¿Dentro? Tardo un momento en entender a lo que se refiere. ¿Alguien dentro del muro mayor?—. ¿Me has escuchado? —inquiere sacudiendo ligeramente mi brazo, la urgencia dibujada en su cara.

—Espera… —mi voz es un mero susurro, soy consciente de que Lina sigue

en alguna parte.
—No tenemos tiempo. Vamos —demanda, tirando de mí, claramente no dispuesto a esperar.

Me resisto. No puedo irme con él en este momento. Miro a Lina, quien ha dejado de prestar atención a su aparato y nos observa, con evidente interés. Él aun viste su uniforme y su ac- titud resulta más que sospechosa. No puede ser más evidente y me deja en una mala posición, pero debo ir.

—Lina…

—Tranquila —asiente con una sonrisa—. Yo me encargo. Si mi padre regresa antes que tú, le diré que fuiste a hacer una entrega.

—Gracias. —No sé qué más decir y tampoco hay tiempo, prácticamente soy arrastrada fuera y luego me hace avanzar por la calle—. ¿Sabes que podría perder mi empleo? —le hago sa- ber, pero me ignora y resopla de nuevo.

—Olvídate de eso. Si lo que pienso es verdad, no tendrás que volver a trabajar en tu vida.

Eso no me alivia, al contrario, dispara mis nervios. Es alguien dentro del muro mayor, lo que quiere decir, que se trata de un fundador.

Lucho contra el pánico, contra el temor que me genera ese recuerdo. Hay espacios en blanco acerca de mi niñez, pero ese sigue tan claro como si hubiera ocurrido ayer.

—Eso espero —digo cuando me mira por encima del hombro y como una forma de infundirme valor. No espero realmente nada, solo quiero que mi madre de salve, solo eso.

A medida que nos acercamos, la diferencia de estilo de vida es notable. Las pequeñas e improvisadas casas de una planta han pasado a elegantes viviendas que tienen incluso tres o cuatro plantas, la calle se ha convertido en algo más delicado y conservado, no hay tierra o piedras sueltas. Pero no es solo la apariencia, sino porque las únicas criaturas que se observan moverse por la calle son vampiros. Ni siquiera nos prestan atención, caminan

despreocupados, portando elegantes atuendos, que contrastan con su piel pálida y sus ojos rojizos. Desde luego que para ellos somos inferiores, aun cuando los superemos en número. La cantidad de ellos no varía, ya que no pueden reproducirse y tampoco convertir más humanos. Esa es una de las leyes, una de las pocas buenas.

Cuando recién se formaron las ciudades, no había muchas normas y bastante caos, así que muchos vampiros transformaban humanos por simple afición y obviamente a largo plazo eso trajo problemas. No todos tenían el control suficiente para no atacar a los humanos, algunos subalternos incluso también crearon a impuros. Así que ahora está prohibido por la ley, sin embargo, las enfermedades es otro mal que nos aqueja y que sumado a los ataques de los impuros y repudiados se encargan de mantener un número equilibrado entre ambas especies. Supongo que eso ha evitado que nos rebelemos. El temor aun nos rige. Me pregunto si no lo hacen apropósito, si es justo ese el motivo de que sea tan difícil conseguir los tratamientos.

—Casi llegamos —anuncia el enfermero, sacándome de mis pensamientos, sigo sin saber su nombre. El pedazo de papel que me dio solo tenía un par de letras y no es como si hubiéramos tenido muchas oportunidades de conversar.

Me concentro en lo que ha dicho, elevando la mirada para contemplar el imponente muro que nos separa.

Es la primera vez que estoy tan cerca y desde aquí resulta realmente impresionante, debe medir unos cincuenta metros, quizás más. Dudo que algún vampiro sea capaz de alcanzar esa altura, ni siquiera un fundador, entonces, ¿por qué siendo tan poderosos e inmortales necesitan estar tan protegidos? Nunca lo había pensado antes. ¿Por qué mantenerse tras esas paredes?

—Espera aquí —me indica al estar frente a la puerta que da acceso al interior del muro. Es grande y parece de un metal muy resistente. Contengo una mueca, porque puedo jurar que ninguno de ellos ha movido un dedo para tener todo lo que los rodea.

El enfermero avanza, acercándose al par de guardias, quienes le indican que pase y luego me miran con atención.

No pasa demasiado tiempo, antes de que regrese y me indique que me acerque. Titubeo, a lo que me mira con irritación, recorriendo la distancia, para tomarme del brazo y hacerme cruzar las puertas.

—Vamos —gruñe.

Comienza a molestarme que me toque y tire, como si no fuera capaz de hacerlo por mi cuenta, pero me guardo mis protestas, no estoy en la mejor posición.

Avanzamos por el pasillo, tiene el techo circular, las paredes son de un tono gris, el suelo es liso y de un blanco reluciente que temo manchar. El ligero apretón me hace mirar al frente y verla. Es una mujer vestida con un traje negro, está junto a la puerta, al final del pasillo. Es alta, su cabello oscuro se encuen- tra perfectamente recogido en la parte baja de cabeza, su vestimenta muestra su esbelta figura y el tono negro de las prendas resalta su palidez. Nos observa fijamente, tan fija que pareciera una estatua, pero sus ojos con ese toque rojizo me hacen saber que es uno de ellos.

—Es ella —indica él, deteniéndose. La mujer asiente mi- rándome con desdén, como si no mereciera su atención. —Únicamente ella puede pasar —anuncia con voz indife- rente—. Espera afuera.
—Pero... —balbucea desconcertado, sin aflojar su agarre a mi brazo. Él no parecía esperar la respuesta.

—Solo ella —repite con más severidad y eso basta para que él retroceda un paso, dándome una mirada ansiosa. Me suelta y con la cabeza me indica que vaya.

Titubeo. Estar en este lugar es perturbador y entrar sola…

—Ve —murmura arrugando la frente, obviamente disgus - tado—. Esperaré aquí —asegura haciendo hincapié en “aquí”, pero eso no me alivia.

—¿Vendrá o no? —pregunta la mujer estudiándome con sus fríos ojos—. No me hagan perder el tiempo.
Él parece adivinar mi indecisión, así que libera mi mano y empuja ligeramente.

—Tu madre —me recuerda y eso diluye mis dudas. —Sígueme —ordena ella, comenzando a avanzar.

Cruzamos la puerta junto a la que se ubicaba, y nos movemos por un pasillo similar, solo que este es de un color más claro y está iluminado con pequeñas lámparas colocadas a los costados. No hay ventanas, ni decoración de ningún tipo. Es completamente gris y parece no terminar. Giramos un par de veces hasta encontrar otra puerta.

Se detiene un instante y sus largos dedos la empujan con un movimiento casi imperceptible, haciéndola ceder. Doy un paso y me quedo maravillada con lo que vislumbro.

Increíble. Hay árboles. Grandes y verdes árboles.

Un par de ellos se encuentran en el centro del lugar, que está rodeado por corredores con puertas iguales a la que acabamos de cruzar.

—No te detengas —gruñe mirándome impaciente un par de metros más delante de donde me he quedado inmóvil.

Asiento y rápidamente le doy alcance. Arruga la nariz mirando mis pies. Ya había notado que ella no hace el menor soni- do y en un espacio tan vacío soy mucho más ruidosa.

No digo nada. Ella entrecierra los ojos y finalmente se pone en movimiento. Cruzamos el pequeño patio y entramos en una de las otras puertas, la cual nos conduce por un nuevo pasillo. Esto parece un laberinto. Avanzamos unos metros hasta que llegamos a una nueva serie de puertas, abre la primera y me indica que ingrese. Lo hago, tomando nota de que esta puerta parece de madera con algunos grabados.

Contengo la respiración, pero dentro no hay nadie, salvo una enorme mesa con varias sillas, las cuales tienen una cubierta aterciopelada. El terciopelo es algo que he visto algunas veces pero que nunca lo he tocado.

—Espera aquí —ordena antes de cerrar la puerta.

Miro unos segundos la puerta, no muy segura de cómo debería sentirme al estar sola. Echo un vistazo rápido a la estancia y luego me froto las manos recordando el motivo de mi presencia. En cualquier momento aparecerá el fundador que podría tener la vida de mi madre en sus manos. Es tan irónica la situación, toda mi vida mi padre se ha esforzó en mantenernos alejados y, sin embargo, ahora dependo de ellos.

Intento infundirme valor, pero cada segundo que pasa mis manos se vuelven más inquietas. Me acerco a la única ventana, pero la sensación de ser observada me hace volverme.

Un escalofrío me recorre y un jadeo se queda atrapado en mi garganta.

Se encuentra junto a la puerta, sus ojos de un intenso carmín me observan. Hay curiosidad y algo más y mi estómago parece caer, pero me obligo a no retroceder. Tal como lo pensé, es un fundador. Nunca podría olvidar la extraña sensación que su presencia produce.

ISELA REYES

Capítulo 4

Un fundador.



El intenso rojo de sus ojos es el mismo que siempre busco, pero no es solo eso, es el aura que pareciera rodearlo. No es como aquel vampiro que conocí cuando era una niña, es más joven, demasiado, podría ser solo un par de años mayor que yo. Su rostro es perfecto, sus rasgos finos y delicados, pálido, pero es su expresión imperturbable lo que hace que se forme un nudo en mi estómago.

Me observa fijamente desde la puerta. Ni quisiera lo he escuchado entrar.
Avanza e instintivamente retrocedo, nuestros ojos conectados.
—Respira —susurra con voz sutil, su expresión inaltera- ble.

Ni siquiera me había dado cuenta de que retenía el aliento, mi mente grita que corra, pero mi cuerpo parece no responderme.

Me muevo torpemente, mi brazo hace contacto con una de las sillas. Antes de

que pueda decir algo, su mano rodea mi cintura, pegándome a su pecho, manteniéndome inmóvil.

El tiempo parece detenerse con sus ojos concentrados sobre mi cuello.
¿Qué está haciendo? Quiero gritar, salir corriendo de este lugar, pero no puedo. Me siento aletargada.
Ladea la cabeza con sus ojos fijos en mi garganta, puedo ver su nariz moverse como si estuviera olfateando.

«Tu sangre será un banquete para cualquier vampiro». Es como esa vez, solo… que ahora no soy una niña. Me preparo para golpearlo, pero me libera tan rápido como me ha tocado, poniendo distancia entre los dos. Parece tan sorprendido y desconcertado como seguramente lo estoy yo.

—Deberías tener cuidado —dice recuperando su expre- sión serena.
No contesto, mi voz tampoco responde.

Ahora comprendo lo que todo el mundo dice de ellos. Son extraños e intimidantes, verdaderamente intimidantes, pero, sobre todo, rápidos. Ni siquiera lo he visto moverse.

—Por favor. —Señala las sillas—. Toma asiento. Miro de él a la puerta. No estoy segura si debo quedarme, pero no estoy en posición de considerarlo.

Busco la silla que he derribado para encontrarla perfectamente en su lugar. ¿En qué momento lo hizo? Lucho contra mi desconcierto y me acomodo sobre la suave superficie. Él me imita, por fortuna en el otro extremo de la mesa. Su actitud emite seguridad y tranquilidad. Su vestimenta es completamente negra e impecable.

—¿Te han sido explicados los términos del trato? —¿Trato? —repito estúpidamente y niego, porque real- mente no lo sé.

—Eso imagin é. —Apoya las manos sobre la mesa y echa ligeramente el cuerpo hacia el frente—. En este caso no se trata solo de suministrar sangre, como los donantes normales. Sino de un trabajo personal.

—¿Un trabajo? —Debo realmente parecer una estúpida, pero no entiendo

nada. El enfermero aseguró que sería fácil conseguir los créditos y no tendría que hacer nada más que entregar mi sangre.

—Sí. Serías mi donante personal.
—¿Qué implica exactamente?

Parece reflexionar un instante. Sigue poniéndome nervio - sa la manera en que me mira, pero más que eso, el impulso que siento de ir hacia él.

—Las condiciones difieren considerablemente —comien-za—. La principal es que debes permanecer dentro del muro.

—¡¿Qué?! —mi voz es un gritillo estrangulado, al tiempo que me pongo de pie, casi haciendo caer de nuevo el asiento. Imposible. ¿Cómo explico a mi familia eso?
—Tendrías todas las comodidades y lo que necesites.

—Ese no es el problema. Yo no puedo…
—¿No has hecho la solicitud? —Su comentario me hace mirarlo—. Si no es así, puedes marcharte.

—No… Es decir, sí, sí lo hice. —Me obligo a dejarme caer en la silla para no salir corriendo—. Pero, ¿por qué? —pre- gunto moderando mi voz. Mentalmente me recuerdo el motivo de mi presencia y lo importante que es.

—Es una manera de evitar especulaciones. Además de asegurar tu salud.

Claro, que no contraiga el virus.
—¿Algo más?

—Tomaría directamente de tu vena. —Ladea su cabeza, examinándome con detenimiento—. No lo sabías —afirma apo- yando la espalda en el respaldo. Mi rostro debe decir todo el horror que me provoca. Podría vivir con él, de alguna manera encontraría una excusa, pero pensar en sus colmillos perforando mi piel, revive ese recuerdo—. Está bien si deseas marcharte —su tono de voz es similar a un suspiro de decepción—. Parece que la persona que te ha traído, no te ha explicado de la forma correcta.

No me muevo. No hay otra forma de conseguir el tratamiento, no al menos antes de que sea tarde. ¿La vida de mi madre vale incluso esto?

Ahora entiendo por qué debo quedarme dentro. Si alguien me viera con la marca sabría que está fuera de la ley. Levanto la mirada y lo observo.

—¿Eso no va en contra de las leyes? —mi pregunta es un mero susurro, pero no tiene problemas para escuchar. —Será un trato entre tú y yo, nosotros pondremos las re$_{glas.}$
Trago de nuevo saliva. Imaginar su boca en mi cuello me resulta repugnante. No creo poder ser capaz de soportarlo.

—¿Eso es todo? —Por pura fuerza de voluntad, me man - tengo fija en la silla, no dispuesta a perder esta oportunidad. No hay nada que no haría por mi madre, incluso si va en contra de lo que siempre he creído.

—Sí. Como te dije, tendrías todo lo que necesites aquí y desde luego, aquello que desees. —Se incorpora sin apartar la vista de mis ojos y sin acercarse—. Dime, ¿qué es lo que deseas?

—Salvar a mi madre. Tiene el virus R y el medico dijo que hay un tratamiento que podría ayudarla.

—¿Fase inicial? —Asiento—. Haría los arreglos inme - diatamente. Mientras más rápido pueda ser ingresada será menor el tiempo.

Es cierto, ni siquiera he preguntado lo más importante. —¿Por cuánto tiempo?
—Un año.
—¿Un año? —¿Solamente un año?

—El tratamiento es un poco lento, para evitar daños se- cundarios.

De nuevo, no tenía idea de eso.
—¿Y cuánto tiempo tendría que ser su donante? Parece considerar la respuesta.

—Probemos por un año, después de ese tiempo, ajusta - remos los términos.

—Me parece justo—. Haré que la clínica principal la atienda y reubicaré al resto de tu familia.

—¿Por qué? —cuestiono negando. Siento que cada cosa que haga por mí será un crédito aumentado a mi deuda y poco más de mi sangre.

—Es lo mejor. Si llegara a correrse la voz de su enferme- dad, estarían expuestos.
Me muerdo la lengua, odiando que se adelante a los detalles que debería considerar y que ni siquiera había pensado.

—Bien. —No puedo negar que siempre haya querido que estén lo más lejos posible de los límites de la ciudad, fuera del alcance de los impuros y repudiados.

—¿Algo más que desees? —Arrugo la frente. ¿Acaso no le parece suficiente? Un tratamiento por un año debe ser dema- siado costoso, ¿O es un truco?
—No.

—Piénsalo. Se puede agregar. Si aceptas, tendrás que mu- darte mañana.
—¡¿Mañana?! —Asiente y yo quiero morirme. ¿Mañana? Es demasiado pronto, pero… puede que sea lo mejor para mi madre.

—Se puede…
—¿Cuándo comenzaría el tratamiento mi madre?

—En este preciso instante, si lo deseas. —Parpadeo per - pleja. Todo parece demasiado bueno—. Sé que esto no es sen- cillo, por eso mismo pienso recompensarte lo mejor que pueda.

¿Recompensarme? Si yo fuera como Lina o cualquier otra persona, estaría más que encantada, pero eso no me importa. Debo pensar que mentira diré.

—Está bien.
—No necesitas traer nada contigo.
—¿Nada?

—Nada. La ropa, artículos de higiene, alimentos, todo lo que requieras se te

proporcionará. Aunque si prefieres traer algo, puedes hacerlo.

—De acuerdo. —No hay otra salida.

—Muy bien —asiente y al instante la puerta se abre. La misma mujer que me ha conducido aquí, entra con una carpeta que coloca sobre la mesa y mirándome me ofrece una pluma—. Firma y tendremos un acuerdo. —Me acerco despacio y tomo la pluma.

Miro las letras que brillan sobre un papel reluciente, el más blanco que haya visto antes. Sonrío con amargura al pensar que estoy a punto de entregarle mi vida a cambio de dinero. No, no es dinero, esto es por la vida de mi madre y por el bienestar de mi familia. Aunque sea alguna especie de trampa o tenga su lado malo, es suficiente y más de lo que podría pedir.

Con la mano temblorosa, hago chocar la punta de la pluma sobre el papel y lentamente escribo mi nombre.
—¿No quieres leerlo? —Niego sin mirarlo, dejando caer la pluma, que rápidamente la mujer recoge.

—Ha dicho que hará lo que desee, con eso estaría cum - pliendo su palabra. —Afirma moviendo la cabeza y mira a la mujer, quien toma el contrato y se marcha. No ha necesitado decirle nada para que aparezca y para que se marche tampoco. ¿Cómo lo hace?—. ¿Puede comenzar mañana el tratamiento? —Ahora mismo resultaría muy sospechoso y necesito hablar con mi padre. ¿Qué voy a decirle?

—Entendido. Pediré que busquen una casa para... —Mi padre y mis dos hermanos.

—Entonces, tenemos un trato, Gema —dice alargando mi nombre, provocando un estremecimiento en mi espalda. —Sí —balbuceo—. ¿Puedo irme?
—Claro. —Su voz me provoca un nuevo estremecimiento que ignoro apretando con fuerza mis dedos.

La mujer de antes me espera y me indica el camino. Cruzo la puerta sin saber cómo he recorrido los pasillos. Apenas avanzo un par de pasos, cojo aire un

par de veces intentando controlarme. Estoy a punto de vomitar, todo parece girar. La magnitud de lo que acabo de aceptar me golpea con fuerza. No solo le entregaré mi sangre, viviré dentro del muro, rodeada de ellos. Tengo que hacerlo, debo hacerlo.

No he visto al enfermero. Después de salir de mi aturdimiento, lo busqué, pero no estaba por ninguna parte. El guardia dijo que se había marchado, pero él aseguró que me esperaría. Qué raro.

He pasado por la clínica antes de volver a la tienda y he hablado con el médico, no hay duda. Es el virus R lo que tiene mi madre. No ha tenido que insistir en el tratamiento, me he anticipado asegurándole que lo hará, aunque no le he dicho que lo recibirá en la clínica principal. Espero que ese vampiro cumpla su palabra.

Para mi alivio, Lina no ha preguntado al respecto, aunque le he explicado que el enfermero ha venido a buscarme por la infección de mi madre y un nuevo medicamento que le aplicarán. He aprovechado para darles las gracias por todo, puesto que ya no voy a poder trabajar en la tienda. Albert no ha ocultado el alivio que le ha dado saberlo, supongo que la infección no le ha convencido. Aunque Lina se ha portado muy bien e incluso ha dicho que si necesito algo cuente con ella.

Mientras camino de regreso a casa, no puedo evitar detenerme y mirar hacia el corazón de la ciudad. La enorme construcción pareciera destacar más que de costumbre. Como si estuviera esperándome a mí, como si me mirara con ironía. Su pálido y perfecto rostro viene a mi mente y esa extraña sensación que tuve al tenerlo cerca. Inspiro con fuerza, preparándome para hablar con ellos. Mentiras desde luego, no deben saber lo que haré. Especialmente mi padre. Él los odia más que nadie.

Mañana a esta hora estaré ahí, dentro de esas enormes paredes.
—Hola —saludo a Mai, quien aparta su mirada del pe- queño fogón y me sonríe.
—¿Cómo te fue? —pregunta limpiando sus manos en un pequeño trapo.
—Bien —contesto acercándome para ayudarle con la cena—. ¿Qué preparas?
—Se encoje de hombros.

—Sopa. —Me indica que me incline un poco—. Hoy no se ha sentido bien —susurra mirado la cortina que separa el dormitorio.

Me limito a asentir.
—¿YTaby? —Resopla y niega.

—Según él, entrenando. Asus amigos se les ha metido en la cabeza que aprenderán a usar la espada para enfrentar impuros y ya lo conoces.

—Sería bueno que aprendiera.
Sonríe ligeramente y niega.

—Yo no soy buena con eso —asegura adivinando mis pensamientos.

—Mai.
—¿Qué?

—Cuidarías siempre de ellos, ¿verdad? —Me mira extra - ñada, pero asiente lentamente con la cabeza. Deja escapar un suspiro, pero no dice nada. Me acerco y la abrazo.

—Tú también lo harías, ¿cierto, Gema? —pregunta de es- paldas a mí.

—Sí. Siempre.
Aprieta ligeramente mi mano y suspira.

—Hay algo que tengo que decirles —digo antes de que se levanten de la mesa. Miro principalmente a mi padre, quien se ha puesto inquieto—. Conseguí otro trabajo.

—¿Otro trabajo? —pregunta mi madre extrañada. Asien- to, frotándome nerviosamente las manos—. ¿Y la tienda?

—Renunci é. —Todos me miran alarmados—. Este traba- jo es mejor. Necesitamos dinero para tus medicinas —explico sin permitir que repliquen—. Está muy bien pagado.

—Hija. —Mi padre parece alarmado.

—No es nada malo —aseguro dedicándole una media sonrisa—. Será limpiando. Lo único malo es que es un trabajo de planta. —Ahora sí que todos se han quedado mudos. Mai parece comprender mis palabras de esta tarde.

Es lo único que he podido pensar. No creo que sea bueno hacerles saber que estaré dentro del muro, al menos no a mi madre, ni a los gemelos, pero de esta forma justifico mi ausencia.

—Gema —susurra mi madre llevándose la mano al pe- cho.
—Es una gran oportunidad, mamá. Además, lo más im- portante eres tú.

Las mentiras fluyen una tras otra, no sé si quiero conven - cerlos a ellos o a mí misma. Mis padres no dicen nada, mucho menos los gemelos. Les ha tomado por sorpresa, pero saben que no hay nada que discutir al respecto.

Espero a que se vayan a la cama y con una mirada, le indico a mi padre que necesito hablar con él afuera.

—No tienes que hacerlo —dice sacudiendo la cabeza. No me gusta lo afligido que luce su rostro, pero sin duda es mejor no exteriorizar los pensamientos.

—No hay problema. En realidad, no tendré contacto con ellos. —Sabe que estaré dentro del muro—. Solo limpiaré. —Aun así… es peligroso —murmura sacudiendo la cabe- za, como si quisiera decir algo más.
—Papá. —Tomo su mano—. Podremos salvar a mamá, eso es lo más importante.
—Pero…

—Yo estaré bien, debo irme a primera hora para que el tratamiento no demore. Mañana llévala a la clínica principal, ahí la tratarán.

—Gema… —parece querer decir algo, pero hay cierta re- signación en sus ojos, como la había en los ojos de mi madre. —Estaré bien —repito—. En cuanto pueda los visitaré y estaré al pendiente de mamá.
—Ojalápudiera hacer algo más —dice frotándose los ojos con el dorso de la mano. Me muerdo los labios para no llorar. —Lo harás —afirmo con una

sonrisa amarga—. Cuidarás de los gemelos mientras no estemos con ustedes.

—Hija.
—Volveré, papá. Es solo por un tiempo. Lo prometo.

Me duele mentirle, pero no hay otra forma. Quizás no re - grese nunca. Y soy consciente de ello. En un año podría estar muerta y nadie diría nada, pero no importa si puedo hacer algo por ellos.

La noche ha pasado demasiado rápido, a pesar de no haber dormido nada. Me detengo a un par de metros de la casa. Observo la camisa de mi hermano que pende sobre el impro- visado tendedero. Me seco el par de lágrimas que se escapan y me doy la vuelta caminado hacia el corazón de la ciudad. Hacia donde se encuentra ese vampiro. Es temprano, aun el sol no aparece en el horizonte. Creo que es mejor irme ahora, no quiero despedirme y ponerme a llorar. Ha sido bastante difícil no hacerlo con mi padre, al escucharlo culparse por no ser capaz de darnos más. Algo que no es cierto. Nos ha dado lo que puede, pero esto supera todo.

—¡Gema! —la voz de mi madre hace que me detenga. Vuelvo la mirada, descubriendo que camina de prisa, vestida solo con su camisón. Me abraza con fuerza y de nuevo tengo que tragarme las ganas de llorar.

—Te vas a enfermar —susurro débilmente respondiendo su gesto.
—No te has despedido —reprocha.

—No es como si me fuera para siempre —digo con una sonrisa nerviosa—. Además, anoche les dije que me iría tem- prano. —Se aparta y me toma de las manos.

—Sí, pero aún no me lo has prometido —La miro descon- certada—. Sabes a lo que me refiero.
—Mamá —jadeo comprendiendo a que se refiere. —Por favor, hija. —Niego intentando retroceder, pero sus manos aferran las mías.
—Vas a recibir tratamiento —le recuerdo, pero aumenta la presión sobre mis manos.

—Lo sé, pero necesito que lo prometas.

—No…
—Por favor, Gema.

Hay cierta inquietud en su mirada que no me gusta. Sus - piro y asiento. Ahora sé que no ocurrirá nunca eso. Así que no tiene nada de malo que lo prometa algo que no pasará.

—Lo prometo.
—Hazlo bien —insiste mirándome con severidad.

—Te prometo que lo haré. Si te conviertes, yo haré lo mismo que esa chica. ¿Contenta?
—Gracias —susurra con una sonrisa que no comprendo. La idea no debería gustarle—. Pase lo que pase, te amo, hija. —Tengo que irme. —Libero mis manos de ella y comien- zo a caminar a toda prisa, sin mirar atrás.
Te pondrás bien mamá. Lo sé.

La misma vampiresa que vi ayer, me conduce al interior. Como si supiera que venía, me ha esperado en la entrada y ahora nos movemos por otro extremo del pasillo. Los únicos sonidos que se escuchan son mis apresuradas pisadas intentando seguirla. Es evidente que no le agrada hacer esto. Abordamos una cabina que comienza a ascender, obligándome a aferrarme al barandal que la rodea. Al abrirse me encuentro frente a un enorme ventanal, que me deja boquiabierta. El centro del muro, pero más que eso… ¡Vampiros! Caminan por lo que parece ser la plaza central. Desde aquí, lucen tan normales, pero en una versión elegante y perfecta. Todos se muestran despreocupados y tranquilos, pero no solo eso, tengo un panorama completo del interior del muro. Hay edificios de varios tamaños, con el mis- mo aspecto frío que la habitación donde estuve antes. Este sitio es más grande de lo que parece desde afuera y mucho más moderno. Parece otro mundo.

—Por aquí —indica con impaciencia. R ápidamente la sigo por el pasillo hasta otra puerta. Parece distinta a las que hemos visto—. Adelante —dice empujándola y cediéndome el paso.

Con recelo avanzo y de nuevo me quedo sorprendida ante lo que contemplo. Este lugar es impresionante. Es una casa, pero enorme. Hay tres sillones de piel en el centro, junto con una pequeña mesa de cristal, una enorme lámpara

de cristal que pende del techo y cortinas en el lado izquierdo cubriendo un ventanal. El suelo es de un tono oscuro pero reluciente, tanto que permite ver mi reflejo.

—Llegaste —su voz me hace saltar y soltar mi bolsa, que cae al suelo. La vampiresa la toma, pero no me la entrega. Aunque dijo que no necesitaba nada, tenía que traer algunas cosas para que mis padres no sospecharan, pero ahora sé que sobran. Jamás se igualarán a lo que hay aquí—. Pasa —dice señalando los sillones.

Con paso lento me acerco con la intención de permanecer de pie, pero mi cuerpo tiene planes propios y me dejo caer sobre uno de ellos frente a él. Me siento incómoda estando bajo su mirada, pero más que eso, las palabras de mi padre cobran sentido al ver las comodidades con las que viven.

—Aquí vivirás —comenta señalando el lugar y al instante siento ganas de negarme.

—¿Esta es tu casa? —Asiente inclinando ligeramente la cabeza, poniéndome nerviosa. La idea de compartir el techo es inquietante—. ¿Están hechos los arreglos para el tratamiento de mi madre? —Un pequeño gruñido viene de la mujer, quien en- trecierra los ojos como si quiera abalanzarse sobre mí—. Quiero saber todo de ellos. Aunque no pueda verlos —explico mode- rando un poco las palabras, pero mirándolo con determinación. Ha dicho que haría lo que le pidiera y eso es solo lo justo. No pediré nada más que no me corresponda.

—Puedes retirarte Anisa —le indica a la mujer, quien des - aparece con mis cosas. Casi quiero correr detrás, pero no tengo ni idea de a donde ha ido.

—Por supuesto —responde sin inmutarse por mi acti- tud—. ¿Eso es todo?

Creo que a diferencia de ayer que estaba impresionada y abrumada, ahora me siento un poco más valiente y con la fuerza para encararlo. Se supone que esto es un trato, así que ambas partes podemos exigir.

—Sí. —No he pensado en más. Aunque tampoco quiero lujos.
Cruza sus largas piernas, sin apartar sus ojos de los míos. —Bien. Te daré

algunas indicaciones, que deberás seguir. —Abro la boca sorprendida.

—¿Hay más? —cuestiono con una mueca de desagrado, casi podría jurar que parece divertirlo, aunque puede que solo lo haya imaginado. No he visto demasiados cambios en su expresión desde ayer. Salvo… ese primer acercamiento, del cual no dijo nada.

—Desde luego. Lo primero es cuidar tu alimentación... Te someterás a exámenes periódicos y deberás seguir todas las recomendaciones que el medico te dé.

—No pensé que fuera tan complicado —murmuro para mí misma.
—Te dije que sería como un empleo. No exageraba, Gema. —Ya veo. —Oculto el escalofrió que me recorre ante la mención de mi nombre.

—Mi deber es cuidar de ti. — Casi podría jurar que real - mente le importa, pero… siempre me han dicho que ellos son incapaces de sentir. No como lo haría una persona normal—. Tampoco puedes dejar esta casa.

Lo suponía.
—No hay problema.
—Te indicaré cuando te necesite.

Le sostengo la mirada, admitiendo que eso será más temprano que tarde.
—Dijo que tomaría directamente de la vena, pero… —Intentare que no sea molesto para ti. No te preocupes por ello.

Mi respiración se vuelve irregular, he aceptado, pero no estoy segura si podré hacerlo. El temor y repulsión oprimen mis entrañas. Mi desagrado hacia ellos es algo tan arraigado a mi cabeza, que no puedo evitarlo.

—Aun puedes dar marcha atrás.
¿Y dejar que mi madre se convierta en un repudiado? No.

—Tenemos un trato —le recuerdo—. Lo haré —digo apa- rentando determinación.
—De acuerdo. Ahora instálate. Nos vemos en la cena. — Se marcha por la misma puerta que hemos llegado.

—Si yo fuera tú, no le hablaría de esa manera al señor Re - gan —escucho decir a la mujer. Sintiendo la sangre abandonar mi cara. ¿Ha dicho Regan?

—¿Él es Armen Regan? —balbuceo atónita.
Ella mueve la cabeza asintiendo. Tiene que ser una broma.

—¿No lo sabías? —pregunta con una sonrisa burlona. Niego dejándome caer sobre el sillón—. Ahora que sabes que estás con tu gobernante, será mejor que moderes tus palabras y dejes esa actitud pretensiosa. Él puede ser muy tolerante, pero yo no voy a permitir que le faltes al respeto. —La miro atónita, pasando por alto su amenaza. Sigo sin creerlo—. ¿Quieres ver tu habitación? Tienes que cambiarte de ropa.

ISELA REYES

Capítulo 5



Armen Regan. No es otro que uno de los fundadores principales o los primeros, como algunos les llaman. Es bien sabido que, aunque existen cinco familias importantes, son tres quienes tienen el control de las ciudades: Danko, Abdón y Regan. Ahora entiendo todo el lujo con el que vive, pero no logro comprender lo caprichoso que resulta el destino. ¿Por qué tenía que ser él?

—¿Me sigues? —pregunta de mala gana la mujer al ver que no me muevo. Obligo a mi cuerpo a incorporarse y a se- guirla por uno de los tres pasillos que tiene la sala principal, se trata del izquierdo. El techo es alto, hay algunos ornamentos y cuadros en las paredes—. Esta será tu habitación —dice deteniéndose delante de una enorme puerta de madera. La abre con facilidad y me indica que entre.

Inspiro antes de entrar. Es grande. Puede que incluso más que mi casa. Hay una enorme cama al fondo, sobre una pequeña plataforma circular. Las sabanas son blancas y tiene dos cojines del mismo color.

—¿Estás segura? —inquiero sin creérmelo.

—Puedes guardar tus pertenencias ahí. —Me giro hacia el pequeño baúl que señala, junto a un enorme perchero que está repleto de vestidos de todos tipos. Largos y cortos. En su mayoría de color perla o beige, es decir, todos de colores claros. Algo que contrasta con la ropa que ellos usan—. Dúchate y cámbiate. Saldremos más tarde.

La miro con desconfianza. ¿Salir?
—Él ha dicho que no puedo salir de aquí —le recuerdo. Su gesto se endurece y niega.

—El señor Regan —habla haciendo énfasis en "señor". Sé que tengo que llamarlo así, pero aún no me acostumbro—. Es necesario que tengas una consulta médica, así que vendré a las tres. ¿Has comido? —No respondo, pero desde luego que no lo he hecho—. Te traeré algo. —Sin esperar que conteste, sale de la habitación.

Es enorme.
Camino por el lugar. Además de la cama ubicada al fondo, del lado derecho hay una mesa con un par de sillas y del izquierdo un mueble con un espejo y frascos de todo tipo. Me acerco a la única ventana que se encuentra cerca de la cama. Descorro la cortina, pero descubro que la ventana se encuentra sellada.

Doy media vuelta y me dirijo al otro extremo, a la puerta que se encuentra junto al perchero y la abro. El baño. Es igual de impresionante. Todo es blanco y parece brillar de lo limpio. Hay una bañera en medio de la habitación, al fondo una ducha y un espejo sobre el lavabo. ¿Serácierto que no pueden reflejarse? No debería estar pensando en eso, no me importa. Observo el lavabo, donde hay más frascos. Tomo uno y lo olfateo. Huele a cerezas. Creo que a Mai le encantaría tener uno de estos. Pensar en ellos, aunque hace solo unas horas que salí, me hace sentir un poco culpable y al mismo tiempo decidida. Aunque también me hace reflexionar sobre el hecho de no volver a verlos.

Estoy en manos de la persona más importante de la ciudad, aunque ha dicho que cumplirá su palabra, si decide no hacerlo, dudo que pueda hacer algo al

respecto.

Armen Regan.

¿Por qué de todos los vampiros que existen, tenía que ser él? Esto es tan absurdo y aterrador, como la reacción que genera en mí.

Salimos de la casa a la hora exacta que había anunciado. Mientras avanzamos hacia la reja que separa la casa del resto de los edificios, confirmo que vista desde afuera es aún más impresionante y resalta del resto. Porque no es plana, ni gris. Tiene un color blanco. Es extraño, pero a esta hora parece no haber nadie fuera.

—Camina —gruñe la mujer moviéndose con rapidez. Acelero mis pasos y la sigo al interior de un edificio, que parece una especie de clínica.

Dentro predomina el color blanco, hay subalternas altas y pálidas vestidas con atuendos azules que se mueven de un lado a otro. Al ver a mi acompañante desvían la mirada. Parecieran temerla, curioso. Al entrar en una de las habitaciones mis ojos no dan crédito a lo que ven.

—Son humanos —murmuro al ver a un grupo de perso- nas, en su mayoría mujeres sentadas sobre una fila de camillas.

—Son donantes —explica en voz baja. Mis ojos siguen las marcas en sus cuellos, confirmando que... Todos las tienen. Así que esto es algo normal—. Vamos. —Me sobresalta su tac- to, pero ella lo ignora y me arrastra por el lugar, apartándome del resto de personas. Me hace sentar en una camilla dentro de un cubículo privado y retrocede mirándome con una mueca—. Todos los fundadores tienenopción de tener a alguien particular. No te sorprendas —gruñe justo antes de que una pareja entre.

No debería sorprenderme, he comprobado que no todo es como suponemos, pero sigue siendo sorprendente el grupo de personas que, a diferencia de mí, parecen tan indiferentes.

—Lamento la demora —dice un hombre, ubicándose de- lante de mí. Está claro que se trata del médico.

—El señor Regan me ha indicado que la traiga —contesta la vampiresa.

—Por supuesto —responde indicándole a una enfermera que se acerque—. Tenemos que evaluarla. —Me mira con cu- riosidad y a diferencia de Regan, no me gusta el brillo de sus ojos.

Varios minutos después me encuentro sentada en el pasillo. Me han "evaluado". Medido, pesado y hecho algunas preguntas. Ahora espero a que mi acompañante recoja mis suplementos alimenticios para marcharnos. Mientras espero, aprovecho para observar a las personas salir. No lucen mal. Sus mejillas están rosadas y sus brazos están regordetes. Sus ropas son elegantes, algunas incluso llevan joyas grandes y brillantes y una buena cantidad de maquillaje. Nadie parece incomodo al tratar con el resto de los vampiros. Sin embargo, hay algo extraño en ellos. Sus ojos parecen vacíos y sus sonrisas son realmente aterradoras. Es cierto, a primera vista pareciera que están bien, pero no es así. ¿Qué les sucede?

—Vámonos —escucho decir a Anisa. Con rapidez me pongo de pie evitando que me toque de nuevo.

—Entonces… —murmuro una vez que cruzamos las puer - tas—. ¿Este lugar es exclusivo de donantes? —inquiero curiosa, pero ella me ignora y acelera la velocidad de sus zancadas.

Tonta. Desde luego que no me lo dirá. Es más que eviden- te que no le agrado.

—Hay algunas cosas que tengo que recordarte —dice en - tregándome la pequeña bolsa de la clínica—. Harás tres comi- das. La primera a las ocho de la mañana, la segunda a las dos de la tarde y la cena a las siete de la noche. A las seis regresa el señor Regan, pero siempre está ocupado. No debes molestarlo, ni hacer ruido cuando él se encuentre en la casa. Irás solo cuando él te lo pida. ¿Entendido?

Ella es más exigente que él.
—¿También me darás órdenes? —pregunto un poco mo- lesta con su actitud.
Entiendo que no soy mas que una molesta humana, a la que debe vigilar, pero no es algo que haya pedido.

Le sostengo la mirada, pero da la vuelta y se va.

No debería de hacer eso, bien podía romperme el cuello de un solo movimiento, pero su hostilidad despierta mi lado rebelde.

Mentalmente repaso lo que he visto en esa clínica. Tengo demasiadas dudas. ¿Por qué hay tantos donantes? ¿Qué pasa con el sustitutivo?

El sustitutivo se fabrica a base de sangre humana, pero en grandes cantidades y es con lo que se alimentan los vampiros o eso se supone. Porque me queda claro que en este lugar no se hace mucho uso. Alain tenía razón, ocultan más de lo que imaginamos. Ellos podrían tomarnos y nadie diría nada. Les resultaría muy fácil ocultar las muertes con un ataque de impuros o repudiados.

Tumbándome de espaldas sobre la cama de mi habitación, miro al techo, reflexionando sobre qué otras cosas no sabemos.

El sonido de unas campanas me hace abrir los ojos e incorporarme, mirando desorientada la habitación. ¿Son las seis de la tarde? Me he quedado dormida. El sueño se va tan rápido al pensar en verlo y en si beberá. Es el motivo por el que estoy aquí, no debería ni preguntar.

—El señor Regan requiere verte. —Dirijo la mirada hacia la puerta, donde se encuentra esa mujer. Despacio me incorporo, alisando mi ropa y pelo. Ella no espera ni dice nada, así que la sigo. Pasamos de largo la sala y caminamos por unas escaleras hacia la planta baja. Entramos en el comedor—. Aquí —indica retirando la silla.

¿Por qué me trata así? Antes me ha ignorado y tratado con la punta del pie.
—Espero que la habitación haya sido de tu agrado.

Mis ojos lo encuentran, ubicado en la otra punta de la mesa. Lleva otra ropa diferente a la de esta mañana. Una camisa gris y unos pantalones negros. Un atuendo menos formal, pero que lo hace lucir igualmente bien. Algo en lo que ni siquiera debería reparar.

—Sí —murmuro, moviéndome incómoda.

La mujer coloca tres platos delante de mí. Uno hondo que contiene algo parecido a una sopa, otro con un trozo de carne y el último con muchos vegetales.

Tenía poca hambre, pero al verlo las ganas de comer se han ido.

—Adelante —ordena con sutileza. Hay algo en él que me impulsa a obedecer y al mismo tiempo llevarle la contraria. Además, de no ser capaz de dejar de mirarlo. Cierto que no he conocido muchos chicos, pero él es simplemente hermoso y no es una situación normal.

Tomo la cuchara y la introduzco en el líquido, pero solo eso. No puedo apartar mis ojos de él, notando que no tiene comida delante, solo una copa con un líquido rojizo.

—¿Tú no comes? —Sus labios se curvan ligeramente y quiero golpearme mentalmente por preguntar algo tan tonto. Supongo que soy yo la cena, ¿verdad? Giro la cuchara sin decidirme a comerlo.

—¿Qué pasó con Irina? —pregunta dirigiéndose a la mu - jer que esta junto a la puerta. Esta es una de las pocas veces que lo veo dirigirse a ella con palabras. He notado que solo se dedi- can miradas, como si con ello se entendieran. Bastante curioso. ¿Realmente usas su menta para comunicarse?

—Llegará mañana a primera hora, señor. —Él asiente sin dejar de mirarme.
—¿Cómo han ido las pruebas? ¿Qué ha dicho Melnik?

—Todo en orden. Le dio un par de suplementos alimenti - cios, ya que está un poco baja de peso y también vitaminas. Los resultados no mostraron nada anormal en su sangre, está limpia. *Sangre.* Escuchar la palabra provoca que deje caer de golpe la cuchara. Una sensación de pánico oprime mi pecho y debo obligarme a respirar. Es como aquella ocasión cuando era niña. Mis pensamientos me trasportan a ese lugar…

—Puedes retirarte, Anisa. —Su voz me saca de mi enso - ñación. Hay cierta aprensión en su mirada, aunque su expresión no se altera. Ella desaparece al instante y yo trago saliva. ¿Lo hará ahora?—. No tienes por qué parecer tan asustada. Jamás te atacaría.

—No tengo miedo —miento, luchando por sostenerle la mirada.

—Come.
—No tengo apetito.

—Apenas has comido hoy, eso no puedo permitirlo. — Abro la boca para protestar, pero se anticipa—. Sé todo lo que ocurre contigo. Eres mi responsabilidad.

—¿Por eso la has puesto a vigilarme? —Lo acuso sin mo - lestarme en ocultar mi irritación—. No voy a huir. Si eso es lo que te preocupa.

—No lo he sugerido. ¿Te ha tratado mal?
Sacudo la cabeza, porque sin importar su indiferencia y miradas, no ha hecho nada malo.
—¿Qué le pasa a esas personas? —No he dejado de pen- sar en ello y mi pregunta refleja cuanto me inquieta. Él relaja su expresión, mientras su dedo acaricia el borde de su copa.

—¿Te refieres a los donantes?
—Sí.

—Ninguno está aquí contra su voluntad. Ni siquiera tú. —Lo sé y eso es lo que me enfurece. Supongo que, del mismo modo, todos ellos son movidos por la desesperación.

—¿También les pagan?

—Por supuesto. Todos tienen un acuerdo y su cuidado forma parte de eso. —Sacudo la cabeza. Lucen bien físicamen- te, pero sigo pensando que hay algo raro—. Respecto a Anisa, ella no te vigila. Está aquí para atenderte y cuidar de ti.

—No necesito que me cuide. Puedo hacerlo yo sola. Frunce el ceño y niega.

—No voy a discutirlo. Ella se quedará contigo. —Es ener - vante su calma—. Termina tu cena. —Empujo sin querer con demasiada fuerza el plato, que termina expulsando el líquido y salpicando la mesa.

¡Oh no!
Palidezco. No solo por el desastre que he hecho, sino por lo que representa el acto. Rebeldía.
—Yo…

—Las cosas no tienen por qué ser inc ómodas para ninguno de los dos —su voz no se altera, pero hay cierta dureza en su mirada—. Has aceptado por voluntad propia y yo no pienso obligarte. Aun puedes marcharte.

Se pone de pie, dándome la espalda.
—¿No beberás? —pregunto con un hilo de voz. —Estoy dándote una salida.
—Ambos sabemos que no la tomaré —admito. —En ese caso, aun no estás lista —contesta sin mirarme.

—¿Y si nunca lo estoy? —Su espalda se tensa un poco, quizás está furioso, pero es algo que debo considerar. No puedo estar lista, ni hoy, ni mañana, tal vez nunca. Es ese sentimiento irracional que siento por ellos.

—Ya veremos. —Lo veo marcharse, sin mirarme de nue- vo. Dejándome sin aliento.
No es temor exactamente lo que despierta en mí. ¿Por qué me afecta tanto?

Son las siete de la mañana y ya estoy en pie. Por un instante estuve a punto de saltar de la cama y correr para preparar el desayuno, pero al ver donde estoy, recordé que no puedo hacerlo. Me entretengo en el baño un buen rato y me visto antes de que sean las ocho. No sé si tendré que verlo. Tomo un profundo respiro y abro la puerta.

—¡Buenos días! —canturrea la chica que tengo delante de mí. Es bajita, delgada, con el cabello corto y de color castaño—. Soy Irina —dice ofreciéndome la mano y con recelo la tomo—. Tú eres Gema, ¿cierto?

—Irina —la voz de Anisa me hace girar en su dirección, tiene cara de fastidio y mira a la chica, quien no deja de sonreír—. Compórtate.

—No seas pesada. —Niega agitando la mano—. Como te decía. Soy Irina y seré tu cocinera.

—¿Cocinera? —Asiente con movimientos energéticos de cabeza. A pesar de ser uno de ellos, es muy expresiva y no parece querer asesinarme con la mirada. Cosa que no puedo decir de Anisa. Ya no se molesta en ocultarlo, especialmente cuando no está él.

—Sí. Te lo explicaré mientras preparo el desayuno. ¿De acuerdo? —La miro un poco preocupada.
—El señor Regan se ha marchado —comenta Anisa, como si supiera que justo pensaba en ello.

—Vamos. —Irina me toma del brazo para mi desconcier - to y me conduce por las escaleras, cruzando el comedor, hasta la cocina. Incluso su tacto no es tan repugnante como el de Anisa o quizás es solo la intención de su gesto—. Quédate aquí. —Retira un banquillo y me empuja con suavidad para que me acomode.

La cocina es reluciente y tiene todo tipo de aparatos y utensilios que son impresionantes.
—Creí que Anisa sería la única persona que estaría aquí —digo aprovechando que ella no nos ha seguido.
Niega y se gira hacia el horno.
—No es tan buena cocinera como yo y ese es justo uno de mis deberes con la familia Regan. Cuidar de sus donantes. ¿Donantes? Desde luego que no soy la primera. —¿Han sido muchos? —Se gira y me mira con curiosi- dad.

—Eres la primera en 200 años. Y me refiero a los do - nantes de su padre. El último fue hace más de 25 años. —¿Su padre? No tenía idea. Es decir, no tenemos todos los detalles—. No estés preocupada, el señor Regan es bueno.

—¿De verdad? —No ha sido malo, pero no confío del todo.
Ella se inclina ligeramente, con cierto aire confidente que nuevamente me sorprende.
—En mejores manos no podrías estar. Puede ser un poco reservado, pero nunca haría algo para lastimarte.
No puedo negarlo, ha sido bastante tolerante y hasta amable.

—¿Como Anisa? —Ríe y sacude la cabeza.
—No es mala, en el fondo —comenta con una risilla. —Me odia.

Deja de moverse y apoyándose en la mesa suspira sonoramente.

—No somos de tu agrado, ¿cierto? —su afirmación me deja perpleja—. Tranquila, Gema. Es algo normal. Ustedes nos odian y nosotros a ustedes —dice agitando las manos—. Cosas de nuestra naturaleza y el temor a lo que no conocemos.

—¿Tú también nos odias? —Es lo único que acierto a preguntar.

—No. Ni la mayoría de quienes rodean al señor Regan. —¿Por qué?
—Él es distinto, quiere crear armonía entre ambos grupos. —No se está esforzando mucho que digamos —farfullo.

—Él solo no puede hacerlo. Hay muchos otros y ellos no son tan amables o racionales.
—Basta de charlas —interrumpe Anisa—. Esas cosas no le importan y no necesita saberlas. Limítate, Irina.
Irina pone los ojos en blanco, pero Anisa no cambia su expresión de malestar.

Con Irina en la casa, el tiempo trascurre más rápido. No me ha dejado ayudarle porque dice que es su trabajo, pero me ha contado algunas anécdotas y explicado a detalle sus recetas. Su comida es realmente deliciosa.

Inquieta miro el reloj a la espera de que marque las seis. Necesito hablar con él sobre algunas cosas, así que lo espero en la sala. Falta un cuarto de hora... la puerta se abre y aparece alguien que no es él. Es un vampiro alto y también joven, pero de aspecto estricto.

—Señor Haros —saluda Anisa con una reverencia acer - cándose a donde me encuentro, pero él levanta su mano y ella se queda inmóvil.

—Déjalo, Anisa. Solo tengo un poco de curiosidad — murmura con una sonrisa maliciosa, mientras avanza a mí. Me pongo de pie y retrocedo. No me agrada y su expresión me indica que tampoco yo le agrado. Anisa parece inquieta, pero no se ha movido—. Así que tú eres su nuevo juguete. No eres tan impresionante como pensé.

—No soy un juguete —replico y eso provoca que su son- risa crezca.

—Sabes hablar. La mayoría de los juguetes no hablan y los que lo hacen, no sirven. —Parece molesto y sus movimien- tos me indican que no me gustaría lo que él haría.

—¡Haros! —la voz de Regan nos hace volver la mirada a los tres.
—Llegaste, Armen —masculla sacudiendo la cabeza—. ¿No deberías estar ocupado?
—Suficiente —reprende interponiéndose en su camino.

—Oye, solo vine a visitar a mi mejor amigo. —Eleva las manos—. Solo quería saludarla —canturrea dedicándome una mirada despectiva.

—Anisa. Llévala a su habitación. —En un segundo tengo a Anisa sujetando mi brazo y conduciéndome por el pasillo. —Es un poco parlanchina —escucho decir al tipo mien- tras nos alejamos—. Deberías deshacerte de ella.

—No eres tú quien me dirá que hacer. ¿Aqué has venido? —Eso es lo último que logro escuchar, antes de que Anisa abra la puerta y me empuje.

—Quédate aquí y no hagas ruido —dice con una expre- sión extraña, cerrando la puerta.
¿Qué ha sido eso?

ISELA REYES

Capítulo 6



Otro fundador. Los ojos del extraño tienen el mismo tono que los de Regan, aunque son más fríos, casi crueles, tanto como su actitud y palabras. Algo curioso, es la sensación que transmite, es diferente, intimidante, pero no perturbadora.

Me siento como si fuera algún tipo de mascota que deben mantener oculta.

Camino por la habitación y luego me siento en la cama, repito las acciones un par de veces, pero la puerta continúa sin abrirse. Parece que no habrá cena, lo cual me parece muy bien, mi apetito ha desaparecido. Me incorporo y camino hasta el guardarropa, tomo un blusón y comienzo a retirar el vestido que llevo puesto. Creo que debería dormir o tratar de hacerlo.

Retiro la sabana y me acomodo, mirando al techo y pensando en mi familia, en lo que estarán haciendo a esta hora. Me gustaría saber si mi madre fue ingresada y si como aseguró, ellos tienen una nueva vivienda. ¿Habrá aceptado mi padre? Definitivamente ya deben saber que no fue un simple

trabajo como les dije. Sé que debí decirles la verdad, pero nunca habrían aceptado. Especialmente mi padre.

Me giro mirando hacia la pared, limpiando un par de lágrimas que resbalan por mis mejillas.

Aunque en apariencia puedo mostrarme fuerte, no es sencillo. Nunca me había alejado de ellos, mucho menos sin saber si volveré a verlos. Todo lo ocurrido en estos últimos días, ha sido demasiado. Estoy tan confundida. «Vamos Gema, tienes que ser fuerte. Esto es por ellos, solo por ellos, por mamá». Me paso el brazo por los ojos, luchando contra las ganas de llorar. Debo ser fuerte, puedo hacerlo.

En algún momento me he quedado dormida, pero recobro el sentido al percibir su presencia. Es algo que comienzo a identificar. Se encuentra junto a la puerta, sus ojos carmín brillan en la oscuridad de la estancia. Trago con dificultad y me incorporo hasta estar sentada sobre la cama. ¿Ha venido a beber? La idea acelera mi corazón y me genera un nudo en mis entrañas.
—¿Pasa algo? —inquiero ante su silencio.

—No quise despertarte. La visita se ha prolongado más de lo esperado. Me disculpo.
—Entiendo. —Siento curiosidad, pero no estoy en una posición donde deba pedir explicaciones.

—¿Te gustaría comer un pequeño bocadillo? —Estoy bien. —Asiente pensativo.
—No tienes que preocuparte. No volverá a acercarse a ti.

—¿Eso quiere decir que volverá? —Probablemente no es la mejor pregunta, pero me gustaría estar preparada y también saber si debo esconderme cada vez que lo haga.

—No muy frecuentemente.

Me gustaría preguntar si vienen muchos fundadores, pero me muerdo la lengua y simplemente espero se marche. No lo hace.

Él es tan extraño, tan sereno, pero de alguna manera altera mis pensamientos y mi cuerpo.

—¿Beberás? —Me humedezco los labios, intentando no mostrar pánico. Puedo sentir mi corazón latir con fuerza, pero me obligo a mantenerme quieta.

Un depredador, así es como muchos los definen, sin duda aplica. Irían sin problemas detrás de ti.

—Lo haré cuando dejes de mirarme como si estuviera a punto de atacarte. —Gira sobre sus pies y se detiene al llegar a la puerta—. Buenas noches, Gema.

Me desplomo sobre la cama. No puedo entenderlo.

—Entonces... ¿todos los fundadores pueden controlarlos? —pregunto sorprendida tras escuchar la afirmación de Irina res- pecto a lo ocurrido ayer con Anisa y ese fundador.

Desde luego que me pareció extraña su actitud sumisa, que solo permaneciera quieta, pero tiene sentido. No pueden ir contra ellos.

—No todos y no es como controlar —explica con cal- ma—. Es una compulsión de atender sus órdenes.

—¿Es por la sangre? —Ella sonríe asintiendo. Cada ins - tante me cuesta más verla como uno de ellos, creo que, si no fuera por sus ojos, pensaría que es humana.

—Sí, la sangre les otorga poder sobre nosotros…

—¿Podrías dejar de contarle sobre nosotros? —gruñe Anisa entrado a la cocina. Irina pone los ojos en blanco y la ignora.

—No seas pesada.
—¿Y exactamente quién es ese vampiro?
Regan es el más poderoso, es quien tiene el mando.

—El señor Haros —reprende Anisa con una mueca—. Ja- más te dirijas a él de otra forma o no te gustará su reacción.

—En eso lleva razón ella —afirma Irina—. Una vez se le ocurrió a un sirviente decirle “tú” y no quedó rastro de su ropa. —Me atraganto con el agua y empiezo a toser.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir?
—Pues...

—¡Suficiente! —exclama Anisa interponiéndose entra ambas. Se observan unos segundos como si estuvieran hablando.

Irina suspira y vuelve la mirada hacia la mesa. —El asunto es que no debes acercarte a él. No le gustan los humanos.
—¿Ni para comerlos? —Anisa gruñe ante mi ironía, pero Irina sonríe negando.

—No. Ni siquiera para eso. Él prefiere el sustitutivo. —Se encoge de hombros—. Creo que es de los pocos que no beben sangre humana, al menos no directamente como el resto.

Me muerdo el labio.
—¿Recibe muchas visitas?

—Eso no es asunto tuyo, limítate. —Anisa me mira con desagrado—. Tu único trato será con el señor Regan, así que no olvides dirigirte a él de ese modo —me reprende, a lo que Iri- na hace una mueca—. Además, no te gustaría conocer al señor Zayn.
—Relájate, Anisa. El señor Regan no está aquí.

—Eso no importa. Deberías reprenderla y no estar me - tiéndole ideas —gruñe saliendo furiosa de la cocina, dejándo- nos solas.

Creo que ella pasa las veinticuatro horas enojada. —¿Quién es Zayn?

—Su nombre es Rafael Zayn —dice en voz baja—. Es menos agresivo que Haros, pero también tiene su carácter. Ytal como ha dicho Anisa, no es

alguien a quien te gustaría conocer.

—Regan dijo que nadie se me acercaría.
—No lo harán, aunque es posible que los veas. Solo debes evitarlos.
Eso no tiene que decirlo.

Ha pasado una semana sin salidas o visitas. Comienzo por acostumbrarme a la compañía de Irina y a la indiferencia o malestar de Anisa. Inesperadamente, no ha tomado sangre, ni tampoco lo he visto demasiado, coincidimos solo en la cena y no dice gran cosa. Él solo me mira y yo lo imito. Es tan extraño.

Estoy un poco inquieta, no tengo nada que hacer durante el día, por lo que el tiempo me parece eterno. Tampoco sé nada de mi familia y han pasado casi diez días. Debería haber alguna novedad. Necesito hablar con él.

Salgo de la habitación encontrándome con él en la sala. —¿Podemos hablar?
—Por supuesto. Sígueme.

Me conduce hasta el que parece ser su estudio, donde pasa gran parte del tiempo que se encuentra en la casa o eso creo. Como el resto de la casa, es enorme, hay tres grandes estantes repletos de libros, su escritorio junto a la ventana y al otro lado un sofá.

—Por favor —indica una se las dos sillas delante de su escritorio.

Lentamente me acomodo frotando mis manos con nerviosismo. Él parece esperar que hable, eso solo me pone más inquieta.
—Quisiera saber cómo han ido las cosas con mi familia.

Al elevar la mirada, encuentro sus ojos fijos en mi cuello. Él parece darse cuenta y se remueve en su asiento. Son pocas las reacciones que he visto y aunque debería temer, hay una pequeña agitación en mi pecho ante la idea de que beba. Es la anticipación de algo que irremediablemente ocurrirá.

—Tal como fue acordado. Tu madre se encuentra comen - zando el tratamiento, en tanto que el resto de tu familia fue instalada en una de las viviendas cercanas al muro.

Me muerdo el labio. No puedo imaginar la reacción de mi padre, aunque sin duda ha tenido que aceptar por el bien de mis hermanos y mi madre.

—Gema… —Reacciono ante su susurro, me he perdido en mis pensamientos y ahora se encuentra inclinado a mi costado. Hay cierta vacilación en su mirada—. ¿Puedo hacerlo?

Trago, llevando de nuevo sus ojos a mi cuello. —Para eso estoy aquí —digo sin apartar mi mirada de su rostro.
Despacio toma mi mano, empujando el tejido del vestido hacia arriba, dejando mi muñeca al descubierto.

Escucho el latido de mi corazón en mis oídos, pero no me muevo, observando cómo se inclina pasando su nariz por mi piel.

Un estremecimiento me recorre y un jadeo sale cuando la punta de su lengua toca mi pulso.

Mis ojos se cierran, no quiero ver cuando lo haga, pero los abro cuando lo siento moverse. El aliento abandona mis pulmones cuando entierra su rostro en la curva de mi cuello y sus manos van a mi espalda. Instintivamente trato de alejarlo, pero me aprisiona su boca en mi garganta.

—Armen… —mi débil voz parece hacerlo reaccionar y se aleja tan deprisa que me sujeto a los brazos del asiento.

—Lo siento —murmura sacudiendo la cabeza, como si intentara despejar su mente—. Será mejor si vuelves a tu habitación.

No necesita repetirlo, prácticamente salgo corriendo, mi corazón tan desbocado como mis pasos. ¿Qué ha sido eso?

Tras el episodio en su estudio, su ausencia se alarga por una semana más. No estoy segura como me siento, pero en más de una ocasión me encuentro mirando su asiento vacío cada noche. Como si una parte de mí… lo extrañara.

—¿Costura? —pregunta Irina, mirándome como si me hubiera salido otra

cabeza.

Lo que ella ignora, es que es tanta mi desesperación por prácticamente no hacer nada más que ser alimentada y esperar, que he pensado en tejer algunas prendas o bufandas para mis hermanos. Eso es mucho mejor que estar mirando la pared o tratar de tomar siestas. Dudo que me permita entrenar o hacer un poco de actividad física.

—Sí. Un poco de lana o tela —explico con gestos que la hacen reír.

—Sé lo que son, Gema. Es solo que me sorprende que lo practiques. —Me encojo de hombros. Resulta mas económico hacer las prendas, así que mi madre nos ha enseñado a Mai y a mí.

—Podría ayudarte a lavar las cortinas.

—Ni lo pienses. Veré que puedo conseguir —asegura lim - piándose las manos en un trapo—. Aunque conociendo a Anisa, no estoy segura si pensará que estoy armándote con agujas.

Ella sonríe, pero puedo entender su punto. Anisa no confía en mí.

—Puedo solo bordar. No lastimaría a nadie con una aguja. Asiente pensativa.
—Lo intentaremos. —Me guiña el ojo.

Para mitad de la tarde me encuentro en mi habitación trazando figuras sobre la tela y pensando qué colores de hilos quedarían mejor.

La puerta de la habitación se abre tan inesperadamente que me toma por sorpresa. Es él. Su rostro parece un poco más pálido que de costumbre y su mirada es extraña. Me quedo rígida, sin saber que decir. Avanza lentamente mirándome fija- mente. Un escalofrió recorre mi espalda y siento esa sensación extraña que me perturba. Retrocedo mientras se acerca, hasta que mis piernas chocan con el borde de la cama. Un pequeño grito escapa de mi boca cuando su cuerpo se lanza sobre el mío y me tumba sobre la mullida superficie.

—Espera… —protesto inútilmente tratando de apartarlo.

—Lo siento. —Hay un poco de reconocimiento en sus ojos, antes de que de nuevo parezcan ausentes—. Cierra los ojos —susurra mostrándome por primera vez sus afilados colmillos.

Chillo. Terror recorriéndome de pies a cabeza. Resistirme solo prolongará el momento, así que obedezco y contengo la respiración. Una de sus manos sujeta las mías sobre mi cabeza y la otra hace girar mi cara a un costado para darle acceso a mi garganta.

Me quedo inmóvil, a la espera, consciente de cómo se aproxima. Un dolor punzante me escuece cuando penetra la piel. Me muerdo los labios y lucho por no gritar o moverme. Sus labios succionan con ansia, puedo sentir como mi sangre fluye hacia su boca.

Cierro los ojos con más fuerza, justo cuando una serie de imágenes extrañas invade mi cabeza. No reconozco ninguna. Emergen y desaparecen demasiado rápido. Hay sangre, oscuri- dad, muerte, dolor. ¿Qué ha sido eso?

Él continúa sobre mí y mi cuerpo ha deja do de resistirse completamente. ¿Cuándo acabará? Me parece que ha sido demasiado tiempo. La habitación comienza a dar vueltas y el techo se desdibuja. Me falta el aire y todo da vueltas...

No tengo claro que ha pasado ni cuánto tiempo ha trascurrido. Estoy sobre mi cama, debajo de las sabanas, Irina está a mi lado. Dice cosas que no puedo escuchar o eso me parece.

—¿Gema? —Parpadeo, intentando moverme—. Hey, tó- malo con calma —indica ayudándome a sentarme.
—¿Qué pasó?
—¿No lo recuerdas? —pregunta mirándome preocupada, pero es justo el ver sus ojos lo que trae las cosas a mi cabeza.

Armen, sobre mí, tomando mi sangre.
Lo hizo.

Niego cuando intenta tocarme y haciendo a un lado la manta, corro hacia el baño. Pongo seguro y observo mi imagen en el espejo. Mis ojos se posan

sobre su marca y el pequeño moretón alrededor.

Soy como todos los que vi en la clínica. Mis pies pierden la fuerza y mis rodillas golpean el mármol, provocando un sonido hueco. Pero no siento dolor, no siento nada. Es como si estuviera adormilada, como si me hubieran anestesiado. Las lágrimas resbalan por mis mejillas, pero mi voz no sale. Un miedo irracional me paraliza.

Trato de regular mi respiración.
Esto es por mi madre. Para salvarla, pienso intentando convencerme, pero no ceder a la sensación de repulsión.

Me inclino sobre el retrete y vomito todo lo que comí el día anterior. Me duele el cuerpo por las arcadas que me hacen doblarme, pero no me detengo hasta que lo único que sale de mi boca es saliva. Tiro de la palanca y apoyo la cabeza en el borde.

Soy patética.
Desde el principio sabía que esto pasaría, ¿Por qué actúo de esta manera? Mi cabeza es un lío.

Logro ponerme de pie y abro la llave del agua. Me tomo unos minutos, simplemente viendo el agua caer, antes de colocarme debajo de ella, sin importarme la ropa que llevo puesta.

—Gema —susurra Irina mirándome con preocupación. No sé cómo ha logrado entrar, pero la tengo a un lado—. Debe- rías salir del agua.

—Sabía que no resistiría —dice con indiferencia Anisa, quien permanece fuera de mi visión.

—Cállate. No estás siendo de ayuda.
—Debería enviarla de regreso y no perder el tiempo.

—¿Acaso has olvidado como suele ser la primera vez? —Anisa no contesta.
Irremediablemente presto atención a su conversación. ¿La primera vez? Cierto. Antes de ser subalternas, fueron humanas.

—Solo convéncela de salir de ahí o tendré que usar mis métodos. He tenido suficiente de su drama. —Irina suspira y sonríe al notar que la miro.

—Por favor —pide ofreciéndome su mano—. Creo que estás limpia. Debes salir. —Tiene razón, mis manos y pies han comenzado a ponerse arrugados. Me pongo de pie y casi me caigo de bruces, pero ella es más rápida y me sostiene aprovechando para sacarme y cubrirme con una toalla—. No deberías estar haciendo esto, estás débil —susurra secándome el pelo.

—¿Es menos doloroso la segunda vez? —pregunto con la voz ronca. Me mira sorprendida, pero al comprender mi pregunta sus facciones se relajan.

—Para mí no hubo segunda vez —dice sin emoción, antes de sacarme la ropa—. Es fácil, pero no debes olvidar el motivo por el que estás aquí.

No hay ironía en sus palabras, ni malicia. Eso me ayuda a componerme. Mi madre. Solo eso debo tener en mente.

Permanezco todo el día en mi cama, sin ánimos de levantarme. Irina insiste en que debería comer algo, pero estoy segura de que si lo hago vomitaré. No puedo y tampoco quiero hacerlo.

La puerta se abre e instintivamente me pego a la cabecera. No es él. Anisa avanza con una cosa cuadrada en las manos.

—Toma —dice ofreciéndomela. La miro sin aceptarla. Resopla y niega—. Tómala —gruñe obligándome a sostenerla y entonces veo lo que hay en ella.

¡Mi padre!
Los ojos se me llenan de lágrimas al verlo. Pongo el dedo contra la pantalla, añorando poder abrazarlo, escucharlo.

—Hay más —indica deslizando sus dedos y mostrándo - me ahora una imagen de mis hermanos. Me cubro la boca y sollozo—. Tu madre está internada, no hay acceso de ningún tipo, lógicamente, pero está recibiendo tratamiento —dice con su habitual tono insípido, sin embargo, aun así escucharlo me es de gran ayuda—. Si quieres permanecer aquí, será mejor que dejes de lado tus sentimentalismos. —La miro perpleja, hasta ahora se ha

limitado al cruzar palabras conmigo—. Lo que él te hizo no se compara con lo que otros pueden hacer. —Mueve sus dedos y la imagen que aparece me paraliza—. Le rompió el cuello mientras lo hacía —describe con palabras lo que mis ojos ven—. Irina tiene razón en algo. El señor Regan es el mejor que pudiste encontrar y tu actitud lo hace sentir mal.
—¿Qué quieres decir?

—Nada. Pero tomando en cuenta tu carácter, esperaba un poco más de ti. Él ha dicho que respetará si deseas marcharte. —Toma el aparato de mis manos y se va.

Por mucho que no me guste, ella tiene razón, tengo que mentalizarme. Esto es solo el comienzo. Y no, no puedo irme, ya no.

ISELA REYES

Capítulo 7



Soy un lío de sentimientos y pensamientos, recordando lo ocurrido esa noche. Él no actuaba como de costumbre y lo que ha dicho Anisa me ha dejado confundida.

Debo superar el miedo irracional que siento, no puedo dar marcha atrás. Mis padres han hecho tanto por mí, esto no debería ser nada.

Obligo a mi cuerpo a moverse y salir de la cama. No es momento para acobardarse. Inspiro un par de veces más intentando controlar mis nervios. Me recojo el pelo en una coleta y tomo el primer vestido que encuentro. No me miro al espejo, pues no deseo dar marcha atrás al ver mi imagen que me recordará lo sucedido. Salgo de la habitación y me dirijo al comedor. Cruzo el pasillo y desciendo la escalinata. Ahí está él. Me observa mientras bajo.

No le tengo miedo, pero no estoy segura de lo que siento al verlo. Lo primero que noto es que no hay colmillos intimidantes y su mirada parece tranquila. Algo muy distinto a lo que vi. Además de que su rostro tiene un tono menos

pálido, al igual que sus labios que lucen ligeramente rosados. Parecen haber cobrado vida.

—Toma asiento —dice con voz tranquila, al darse cuenta de que me he quedado inmóvil en el último escalón. Bajo la mirada avanzando hasta llegar a la silla. Me acomodo torpemente y un segundo después Irina coloca un plato delante de mí—. Es algo ligero —explica con la mirada en su copa—. Te sentara bien para el estómago. —Sabe que vomité—. No has comido nada en todo el día. —Levanto la vista y nuestros ojos se encuentran. Un nudo se me forma en el estómago y por primera vez bajo la mirada huyendo de la intensidad de sus ojos carmín—. Inténtalo.

Doy un par de sorbos ignorando su presencia, aunque es imposible. Puedo percibir su mirada y esa sensación que provoca en mí.

—Te debo una disculpa —su declaración me sorpren - de—. No sé suponía que fuera así. —Espero que diga algo más, pero no lo hace—. Puedes irte si lo deseas.

—Voy a quedarme —susurro levantando la mirada de mi regazo e intentando parecer segura. Su rostro apacible hace imposible adivinar sus pensamientos. No puedo saber que pasa por su cabeza y eso me llena de incertidumbre.

—Sabes que puedes irte cuando lo desees —repite. No lo creo, aunque lo asegure. O tal vez lo haría, pero eso significaría que su ayuda también se iría.

—Lo sé, pero tenemos un trato y pienso cumplirlo. —Es lo único que se me ocurre decir.
—Nuevamente me disculpo. Por favor, come.

Retira la silla y se marcha. Dejo escapar un suspiro aliviado, cuando la sensación de inquietud que me provoca desaparece. Aun no me sobrepongo, ni siquiera puedo mirarlo, pero debo hacerlo. Tengo que hacerlo.

No sé qué ocurre, ni donde me encuentro. Estoy en una habitación fría y oscura. No puedo moverme y me duele dema- siado el cuerpo, creo que tengo rotos los huesos. Escucho el llanto de alguien. Alguien a quien yo conozco y que quiero ayudar, pero no puedo hacerlo. Estoy desesperada, tengo miedo,

un miedo que se esparce por todo mi cuerpo.

«Viene por mí, viene por mí», pienso desesperada. *Ese pensamiento se repite en mi cabeza. ¿Quién viene? ¿Quién llora? ¡No entiendo nada!*

La puerta se abre y una sombra se proyecta contra la pared. Es un hombre. Pero no puedo verlo, mi postura no me lo permite y no puedo girar mi rostro.

—¡Eres tú! —susurra una voz siniestra que me paraliza. Es el fin...

Me incorporo de golpe sobre la cama. ¿Qué ha sido eso? Me llevo la mano al pecho, intentando respirar. No sé qué ha pasado. Tengo el rostro empapado de sudor y mi cuerpo tiem- bla. Una pesadilla. Ha sido solo una pesadilla. De pronto soy consciente de algo. Está aquí. Puedo sentirlo. Levanto la mirada y distingo sus ojos entre las sombras.

—Gema —susurra mientras se acerca, trago saliva y re- trocedo hasta golpear la cabecera de la cama con mi espalda.

—¡No te acerques! —chillo histérica. Las imágenes del sueño y el recuerdo de su boca sobre mi piel me provocan pánico. No quiero que lo haga ahora, no quiero que me toque.

—Todo está bien —musita con voz tranquila.
—¡No! ¡No lo está! —protesto moviendo la cabeza, cu- briéndome con la manta.

—Gema. —El sonido de su voz tiene algo extraño—. Cal - ma, todo está bien. —Es como si diluyera mi miedo—. Ven — pide extendiendo su mano hacia mí.

Mi cuerpo obedece, a pesar de que no lo quiero cerca y de que mentalmente no he procesado la orden. Me arrastro entre las sabanas y bajo de la cama. Mis pies descalzos avanzan lentamente hasta que estoy frente a él. Es la primera vez que estamos tan cerca y que no me cohíbe su mirada. Puedo ver su rostro perfecto y notar lo alto que es.

—Tranquila —susurra deslizando su mano por mi rostro. Suspiro al sentir su

piel ligeramente fría, pero por alguna razón me resulta agradable su caricia. Da un paso y sus brazos me rodean, impregnando mis pulmones con su aroma—. Todo está bien —dice con dulzura mientras me toma en brazos y se asien- ta sobre la cama. Acunándome como si fuera un niño pequeño. Debería tener miedo, pero no es así. Su cercanía, su olor, su mirada, su voz, todo me resulta reconfortante, es como si aliviara mis temores—. Estoy aquí, descansa. —Mis parpados se cierran casi al instante y de pronto el sueño me reclama.

Tengo la sensación de haber dormido mucho tiempo, me siento relajada y el pánico que sentí la mañana anterior ha desaparecido por completo. Abro los ojos sin moverme y parpadeo unos segundos, procesando lo que ocurrió en mis sueños. Fue solo un sueño, ¿no? De ninguna forma podría sentirme segura con él, menos en sus brazos. Sin contar el hecho de que él no me trataría de esa manera.

—¡Buenos días! —saluda Irina entrando a la habitación con una bandeja de comida—. Espero que tengas mucha ham- bre. Te preparé... ¡Gelatina con frutas! Pruébala. —Asiento de- dicándole una sonrisa forzada. No tengo mucho apetito, pero no deseo hacerle un desprecio. Después de que se toma tantas molestias conmigo. Tomo la cuchara y miro el plato sin mucho ánimo—. Anda —me insta. Tomo un pequeño pedazo y me lo llevo a la boca—. ¿Qué tal?

—Deliciosa —admito en voz baja. Sus ojos rebosan de entusiasmo. Lo que me recuerda la conversación que tuvimos en el baño—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Si te la comes toda, s í —señala la gelatina—. No has comido bien estos días y eso no es bueno. Más tarde tendrás que ir a la clínica.

Me congelo. ¿La clínica?

—Estoy bien. No creo que puedan ayudarme—susurro para mí misma. Es cierto que mi ánimo ha mejorado, pero aún no me acostumbro a la idea de que él beba de mi sangre, mejor dicho, de que lo hará de nuevo.

—Entonces —dice cambiando el tema—, ¿qué es eso que quieres saber?

—Muevo la cuchara por el plato con nerviosis- mo. Quizás no le apetezca hablar del tema y quizás estoy siendo demasiado entrometida.

—¿Cómo fue?—Al entender a qué me refiero, su sonrisa se transforma en una línea rígida y sus ojos se tornan duros, justo como lo hizo ayer al mencionar que para ella no hubo una segunda vez. No he dejado de pensar en ello.

—¿Eso quieres?—Asiento y su boca se relaja un poco—. Gema, tú no vas a convertirte —dice mirándome de un modo compasivo.

—Lo sé, pero...
—Tienes curiosidad, ¿cierto?

—S í —contesto un poco avergonzada por ser tan entro- metida, pero no sé, de alguna forma me ayudaría a entender—. De acuerdo, te contaré —chasquea la lengua y mira al techo—. ¿Cómo puedo explicarlo? —Se acomoda junto a mí, con expre- sión ausente—. Ocurrió mucho antes que la guerra. Bastante tiempo. Mis padres tenían una granja en un pequeño pueblo. Yo era bonita y tenía algunos pretendientes, pero había un hombre en particular que disfrutaba molestándome y diciéndome cosas… poco decentes. Esa noche, me retrasé en el pueblo y volví casi cayendo la noche. Era arriesgada y no temía a nada, así que cuando me di cuenta de que alguien me seguía, creí que era el hombre que me molestaba siempre. Estaba lista para defenderme, pero no tenía idea. Todo fue muy rápido, ni siquiera lo vi venir. Alguien me golpeó tan fuerte que me lanzó varios metros al frente hasta que me impacté contra un árbol. El golpe fue tal que incluso pude escuchar el sonido de mis huesos al romperse. —Sus manos se crispan y su mirada se cristaliza—. Yo no podía moverme, así que aprovechó para acercarse y beber hasta que se cansó. Después simplemente se fue, dejándome ahí, a punto de morir. Creí que sería todo y moriría, pero de nuevo me equivoqué. Pasaron unas horas, antes de que el ardor invadiera mi cuerpo. Era como estar ardiendo por dentro, un dolor verdaderamente insoportable. Recuerdo que grité y lloré desesperada, pero era inútil, no había nadie y quizás fue lo mejor. De pronto, como por arte de magia, mis huesos se repararon y el dolor, el frío, el miedo, todos desaparecieron. Había cambiado.

—¿Qué hiciste? —Sonríe de lado y acaricia una pequeña pulsera que lleva en

la mano izquierda.

—No sabía qu é debía hacer. Ni siquiera entendía qué había ocurrido, pero era consciente de que algo era diferente, aunque no era capaz de pensar con claridad. Entonces, lo vi. Habría muerto si él no me hubiera encontrado.

—¿Armen? —aventuro, pero niega con una sonrisa me- lancólica.

—No. Su padre —aclara—, Henryk Regan. Él fue quien me encontró esa noche y me llevó con él. Regan me enseñó normas de supervivencia y a lidiar con los problemas que implicaba la transformación. Aun no existía el protector, ni el sustitutivo, nada de eso. Así que tenía que permanecer lejos del sol y beber sangre humana por las noches. —Trago saliva y ella ríe—. Pero eso lo he dejado, te lo aseguro.

—Debió ser... difícil. —Por no decir, horrible. —En parte, pero cuando cambias ves todo distinto y te sientes superior.
—¿Es difícil? ¿Dejas de sentir?

—No mentiré, cuesta acostumbrarse. Cuando te transfor - mas, poco a poco vas perdiendo tu lado humano. Dejas de sentir calor, frío, hambre, dolor. Los recuerdos, las sensaciones, los sentimientos, todo desaparece gradualmente. Quizás es por eso por lo que muchos se vuelven indiferentes a los humanos. — Eso tiene sentido. Ellos no sienten nada, por eso no les importa el dolor ajeno.

—¿Qué pasó con tu familia?

—Por supuesto no pude acercarme a ellos, quienes me dieron por muerta. Pero a menudo los miraba, los seguía y los cuidaba. Mis hermanos se casaron, tuvieron hijos, luego mis padres murieron y así sucesivamente. Hará unos trescientos años que el último descendiente que sobrevivió a la guerra murió. Suena tonto ¿verdad?, pero me gustaba seguir el rastro del linaje de mi familia. No sé —Se encoje de hombros y sacude la cabeza—. Me hacía pensar que había alguien que compartía lazos conmigo, además de aquel ser que me convirtió. —Irina es un subalterno, lo que significa que el vampiro que la mordió fue un fundador. De lo contrario sería un impuro, pero ¿por qué la abandonó?

—Era un fundador, ¿cierto?

—S í. Sé lo que piensas, que fue muy cruel. Lo sé. Te pue- do decir que no todos son iguales. Así como algunos humanos son mezquinos y ambiciosos, algunos lo hacían por diversión y preferían seguir por su lado, sin reglas. Como te dije, somos faltos de emociones y eso nos vuelve seres fríos y distantes. A diferencia de los humanos, estamos bien solos.

—¿Por qué siguen órdenes de los sangre pura? —Sonríe y ladea la cabeza—. Sé que dijiste que no pueden ir en contra, pero…

—Por los lazos que nos unen a ellos.
—¿Lazos?

—Sí. Cuando te transforman se crean lazos, es algo como... el vínculo entre madre e hijo, por decirlo así. Tú lo si- gues y obedeces aun en contra de tu voluntad. Algunos no fueron amables, como el vampiro que me lo hizo a mí, sin embargo, su naturaleza les impide dejarlos. Claro que ese lazo se rompe cuando muere y entonces puedes servir por voluntad a otro.

—¿Otro?
—Sí. Todos los fundadores ejercen cierto poder sobre el resto de nosotros. Como lo que hizo Haros con Anisa. —¿Quieres dejar de hablar de mí? —gruñe la mencionada entrando en la estancia.

—¡Uy! Eres una pesada. —A pesar de la expresión in - diferente de Anisa, puedo ver como mira a Irina con algo de sorpresa. ¿No sabía sobre su transformación?

Miro sus expresiones, ninguno de los donantes parece sentirse mal, mucho menos asqueado con la situación. Algunos, incluso sonríen mientras intercambian palabras con las personas de al lado, como si estuvieran en cualquier otro lugar, como si no tuvieran preocupaciones, como si fueran felices. ¿Soy la única rara?

—Vamos. —Desvío la mirada de ellos, encontrándome con Anisa, quien me mira impaciente para marcharnos de la clínica.

El medico ha dicho que tengo que comer para reponerme y me ha dado más vitaminas, pero aseguró que no hay ningún problema, que puede hacerlo cuando desee.

¿Cuánta sangre tienen que beber para que te transformes? ¿Qué es lo que provoca el cambio? Ninguno de los donantes que he visto parece estar a punto de cambiar. ¿Debería preguntarle a Irina?

La curiosidad es mala y sé que a Anisa no le gusta que haga preguntas, pero no puedo evitarlo. Además, escucharla me ayuda a no pensar que estoy sola en este lugar.

«Su olor».

No lo había notado antes, pero desde que tuve aquel extraño sueño, donde me abrazaba y sostenía, lo percibo. No solo el suyo, también el de Irina y Anisa. Los tres tienen un olor que resulta muy agradable. Sin embargo, el olor de Armen es especialmente dulce y atrayente. Cada vez que estoy cerca de él siento el impulso de olfatearlo como a un plato delicioso o una loción. ¿Por qué? Comienzo seriamente a cuestionar la claridad de mi mente y que aquello fuera un sueño. Pero, es imposible, él sigue comportándose distante y frío conmigo.

Han pasado dos semanas desde que lo hizo y no ha men - cionado nada sobre hacerlo de nuevo, pero lo he descubierto en dos ocasiones mirando mi cuello. No sé si es por mi actitud que no lo hace o porque piensa que no estoy en condiciones. Aunque él mencionó que yo no debo decirle cuando y que sabría si estaba lista. ¿Lo estoy?

Suspiro acomodando mi pelo antes de salir hacia el comedor para la cena. Me siento inquieta y no sé exactamente el porqué. Camino despacio, procurando que mis pisadas sean silenciosas, ellos no hacen el mínimo sonido al andar, excepto cuando desean hacerse notar. No sé cómo lo hacen. Desciendo el primer escalón con el mismo cuidado. Levanto la mirada y me congelo ante lo que contemplo.

Anisa tiene el cuello descubierto y está ligeramente inclinada sobre Armen, quien se mantiene inmóvil. Es como si...

—¡Gema! —exclama Irina alertándolos de mi presencia. Ella se aparta y él se remueve sobre su asiento. Ambos dirigen la atención hacia mí. No comprendo su mirada, pero es claro que a Anisa no le ha gustado mi llegada—. ¿Qué haces ahí? — inquiere con el mismo tono de voz.

Estoy a mitad de la escalera, pero solo quiero regresar por donde he venido. Aparto la mirada, sintiéndome incomoda, extraña después de lo que he visto. Es como si me acabaran de golpear en el estómago.

—Retírate —ordena Armen. Anisa, sin decir nada, pero no demasiado feliz se marcha. Eso no me hace sentir mejor. Ni siquiera sé que hago aquí.

Miro a Irina, quien me hace señas para que baje. Defini - tivamente, no tengo apetito, pero es la única en quien confío. Me peleo con mis piernas para que avancen, aferrándome con fuerza al barandal para no caer. Son solo algunos peldaños, pero me parece eterno llegar al final.

—¡Por favor! —canturrea empujándome de los hombros para que ocupe mi lugar—. Te preparé algo delicioso —asegura colocando un par de platos frente a mí y rompiendo el incómodo silencio.

—Gracias —contesto a regañadientes, sin levantar la mi- rada.

No sé porque ahora me siento irritada, molesta. ¿No dirá nada? ¿Una explicación? Aunque no debería desear una explicación de su parte. Lo que haga con Anisa no es mi asunto. ¿Qué estoy pensando? Ni siquiera debería importarme.

—¿Quiere más vino, señor? —pregunta ella con el mismo tono que se dirige a mí. Un poco forzado.

—No, Irina. Gracias —responde de inmediato. —Para servirlo.
Esto es incómodo, muy incómodo.

—Buenas noches —se despide poniéndose de pie y ha- ciendo más ruido del normal.
Si intenta que lo mire, pierde el tiempo. No pienso hacerlo.

—¡Qué descanse, señor! —contesta Irina mientras yo permanezco en silencio—. ¿Qué ocurre? Casi no has probado bocado.

—Lo siento.
—¿No te ha gustado? —pregunta inclinándose a mi lado.

—No, no es eso —aseguro sintiéndome culpable. Sonríe de lado y niega.
—No te preocupes —golpea ligeramente mi brazo, incor- porándose—. No pienses demasiado. Mejor descansa. —Sí. Buenas noches. —Me despido y subo deprisa las escaleras, sin importarme el sonido de mis pisadas.
Cierro la puerta y respiro aliviada. No vendrá, se ha despedido.

Me arrastró hasta la cama sin muchos ánimos. No dejo de pensar en lo que vi hace un momento. La mirada de odio que Anisa me dedicó y la expresión de él. ¿Acaso hay algo entre ellos? ¿Algo que no es sólo beber? Parecía tan íntimo, tan… No, no puede ser, bueno y si lo fuera, supongo que no tiene por qué importarme. Porque no me importa.

Sentada en la sala, observo los rayos del sol entrar por el enorme ventanal, que Irina ha descubierto ligeramente. Esta mañana estamos solas. Es un alivio no tener que verla después de lo que ocurrió en el comedor anoche. No dejo de darle vueltas.

Desvió la mirada, hacia Irina, que retira las cenizas de la chimenea.
—¿Puedo preguntarte algo? —Irina esboza una sonrisa y se apoya en la repisa de la chimenea.
—Estoy esperándolo desde anoche —asegura sacudién- dose las manos.
—¿Qué? —balbuceo sorprendida y ella deja escapar una risilla.
—Es sobre Anisa y el señor Regan, ¿cierto? —Bajo la mirada avergonzada, sintiendo arder el rostro.
—¿Cómo lo has sabido? —¿Tan evidente soy? —¡Fácil! Vi tu cara y lo incómoda que parecías durante el resto de la cena.
—Bueno... —No tengo excusas, desde luego que estaba incómoda.

—No pasa nada. Sé que eres curiosa y a mí me encanta explicarte. —Suspira y se relaja, dejando de lado el plumero. ¿No le incomoda hablar de ningún tema?—. Verás, el intercambio entre señor y sirviente es muy común, quizás más de lo que te puedes imaginar.

—Pero ustedes son...

—Sí, somos vampiros y por eso mismo, a nosotros no nos ocurre nada. Podemos darle sangre a nuestro señor periódicamente y continuar como si nada. Eso entre otras cosas, que no necesitas saber —murmura con una sonrisa de lado.

—¿Tú...?
—No, yo no tengo señor. ¿Recuerdas?
—Lo siento. —Sacude la cabeza, restándole importancia.

—Escucha, Gema, esto es algo que pocos saben, pero que creo que necesitas conocer. —La miro intrigada y un poco in- quieta—. Los fundadores son especiales, tienen muchas venta- jas sobre el resto de nosotros, pero al mismo tiempo tiene una enorme debilidad.

—¿Qué quieres decir? —Suena contradictorio. —Ellos necesitan consumir sangre humana más que no- sotros.
—No entiendo. Ambos beben sangre, ¿no? Y has dicho que…

—Sí, pero cuando se desarrolló el sustitutivo, se descu - brió que no funciona de la misma manera en ellos que en nosotros. Las raciones son suficientes para nosotros los subalternos, pero no para los fundadores.

—Por eso existen los donantes.
—Exacto. Su cuerpo comienza a debilitarse si no be- ben periódicamente sangre humana y como te lo dije antes, el señor Regan llevaba más de doscientos años sin ingerirla. Últimamente está más débil, así que él necesita consumirla. Por eso Anisa se ofreció para que bebiera de su sangre. Que, aunque no es igual a la tuya, también ayuda.

—¿Por qué me dices esto? —Sonríe de lado, encogiéndo- se de hombros.

—Para que no malinterpretes lo que viste.
—Yo no...

—Y no me digas que no lo hiciste, porque tu cara fue única —dice señalándome con el dedo—. Fue como si quisieras salir corriendo o…

golpear a Anisa.

Me siento como una tonta.

—Pero… ¿por qué no me lo pidió? —Ahora sueno des - esperada, algo que desde luego no ocurre. Es solo pensar que podría prescindir de mí.

—No desea forzarte, Gema. Además, estuviste varios días sin comer prácticamente nada y parecías querer salir corriendo cada vez que lo veías. No sé exactamente qué pasó, pero no desea presionarte, está dándote tiempo.

—No puede ser —lamento en voz alta y ella me mira in- trigada.

—Gema, en la vida hay que aprender, que no todo es blanco o negro. No todos los vampiros somos crueles y malvados. Y tampoco quiere asesinarte. Es un trato ¿recuerdas? Tú le proporcionas tu sangre y él cuida de ti. Es sencillo.

—Lo siento, yo...
—Está bien. Ya te dije que a mí no me importa que seas sincera, de hecho, me agrada.

—¿Y ahora qué debo hacer?
—¿Qué quieres decir? —pregunta curiosa.

—Me refiero a... a la sangre, a que lo haga de nuevo. — Sus labios se curvan ligeramente.

—No sé. Quizás deberías decirle que lo haga. —¿Bro - mea? No puedo decirle que quiero que lo haga de nuevo—. O quizás… le tome la palabra a Anisa y no necesite de ti. ¿Quién sabe? —Se da la vuelta y comienza a limpiar de nuevo.

¿No necesitar más de mí? Eso no puede pasar, sino estoy aquí, mi madre no recibiría el tratamiento. Irina tiene razón, tengo que hacer algo, debo decirle. Aunque quizás piense que he perdido la razón. Ciertamente, comienzo a creer que lo he hecho.

Sigo el movimiento rítmico del péndulo del reloj, mientras el sonido de las

campanas indica que son las seis. Inspiro con fuerza, fijando mis ojos en la superficie grisácea. Antes de que suene el último tintineo la puerta se abre. No parece sorprendido al verme esperando, pero permanece quieto.

—Hola —mi voz suena nerviosa e insegura. Rayos. *Tranquilízate, Gema*. Avanza un par de pasos, pero no dice nada. ¿Quiere que continúe?—. Bueno... yo… —¿Por qué me mira así? Esto no ayuda—. Solo quería decirte, que… puedes hacerlo —digo precipitadamente antes de cambiar de idea.

—¿Qué cosa? —pregunta con tranquilidad, acrecentando mi titubeo.
—Beber —susurro señalando mi cuello como si no fuera obvio.
—¿Segura?

—Estoy segura —contesto tratando de parecer segura. Hay cierta ansiedad en sus ojos que traiciona su habitual expre- sión serena.

—Esta noche, después de la cena —anuncia mirándome a los ojos.
—Sí —balbuceo antes de que se marche. Bien, está he- cho, ahora debo mentalizarme.

ISELA REYES

Capítulo 8



Observo mi imagen en el espejo, en el mismo en el que Irina no se refleja y que me muestra una chica con aspecto ra- diante. Extraño. No es mi ropa, ni mi pelo rubio, son mis ojos. Aliso nerviosamente la tela del vestido, es sencillo, mi cabello está recogido en un simple moño. Me siento nerviosa, sé lo que pasará. Mojo mi rostro un par de veces, intentando no pensar demasiado y acobardarme.

—Todo está bien —repito en voz baja, observando el li - gero rubor en mis mejillas y el brillo de mis ojos—. Solo será un momento.

Espero no desmayarme. Eso sería vergonzoso. ¿Por qué me preocupa eso en estos momentos? No me gustan las cosas que siento últimamente.

Salgo del baño, mi cuerpo reaccionando a su presencia justo antes de que entre en la habitación. Lleva una camisa blanca con el cuello desabrochado y fuera del pantalón. Su aspecto es despreocupado y su expresión serena que contrasta con la mía. No dice nada, ni mira mi atuendo, sus ojos permanecen

en los míos.

Su aparente silencio pareciera decir demasiado. Armen Regan es un fundador tan misterioso que despierta algo en mí que nunca había sentido y no se trata de simple curiosidad o del odio que siempre me ha inculcado mi padre.

—Aún puedes marcharte —dice avanzando despacio. Lo miro desconcertada, extrañada por su comentario. ¿Quiere que me vaya?

—He dicho que me quedar é —respondo un poco dolida, por su insistencia. Mi primera idea es que ha optado por aceptar la oferta de Anisa o encontrar a alguien más.

Eso no sería bueno para mí, por mi madre y porque… la idea no me gusta.

Se detiene y desvía la mirada hacia mi cuello.
—Lo sé, pero no me gustaría repetir lo mismo que la oca- sión anterior. Así que seré franco, si bebo de ti en este momento me temo que no podré dejarte ir, aunque lo desees. No hasta que se cumpla el plazo de nuestro contrato.

Me tomo un momento para reflexionar sus palabras, dán - dome cuenta por primera vez de que los límites entre mis propósitos se han desdibujado. Yaunque eso debería preocuparme, no lo hace.

—Lo he asumido —retrocedo hasta el borde de la cama, sentándome, en una clara invitación—. Puedes hacerlo cuando gustes.

Mantengo la mirada en el suelo, su cuerpo colocándose junto al mío. Espero que tome mi mano, pero no lo hace, su dedo dibuja mi clavícula. Me concentró en no moverme y no perder la cabeza. No obstante, hay algo distinto a la ocasión anterior, no es solo su aroma, su toque.

—Esto no debería ser así.
—¿Qué quieres decir? —Su respuesta es su lengua desli- zándose por mi piel, sus manos sosteniendo mis hombros.

Me empuja suavemente hasta que mi espalda toca la cama y el peso de su cuerpo roza ligeramente al mío. Soy consciente de cada parte de nuestros

cuerpos tocándose, de la proximidad de nuestros rostros.

—Gema —susurra sujetando mi barbilla—. Mírame. — Lo hago. Veo sus ojos. Hay algo en ellos que me atrapa, no puedo apartar la mirada—. Solo tú y yo. —Se inclina sobre mi cuello hasta que su boca roza nuevamente mi piel. No puedo evitarlo, cierro los ojos absorbiendo cada sensación—. Me gus- ta tu corazón —murmura provocando un escalofrío que recorre mi espalda—. No tengas miedo. Esta vez será distinto. —Em- puja con delicadeza mi rostro hacia un costado para tener completo acceso y lo hace. Hunde sus colmillos.

El dolor es una presión ligera que resulta placentera, demasiado. Es como si la sensación se esparciera por todo mi cuerpo, por cada espacio. Jamás había sentido algo así, calidez, calma... No quiero que se detenga, me gusta más de lo que debería. Aprieto la tela de las sabanas reprimiendo el impulso de moverme. Sus labios desaparecen demasiado rápido, dejándome vacía y confusa. Abro los ojos inquieta, encontrándolo de pie junto a la cama con la mano en los labios.

—Descansa —ordena y como si pesaran demasiado mis parpados, mis ojos se cierran.

¿Qué pasó anoche? No estoy segura. Todo parece confu - so, como si una bruma cubriera las imágenes. Puedo recordarlo todo, pero se siente como si lo viera desde afuera. No dejo de pensar en la sensación que parece recorrer aun mi cuerpo. Es como comer chocolate o darte un baño tibio, te sientes eufórico y relajado. Así me siento.

—¿Gema? —dice Irina pasando la mano frente a mis ojos. —Lo siento —me disculpo torpemente mirándola apena-da.
—Uhm... has estado muy rara toda la mañana. —¡No! —exclamo demasiado alto, confirmando sus pa- labras y ella sonríe.
—Seguro.
—¿Puedo hacerte una pregunta? —Asiente con una son- risa.
—Creo que si no la hicieras, ahora si creería que algo no va bien. Adelante.
—¿Por qué es distinto lo que hacen con los donantes y lo que te hicieron a ti?
—¿Quieres saber cómo ocurre la transformación? ¿Es eso?

—Sí. —Espero una mala reacción de su parte, pero solo asiente.

—De acuerdo. ¿Qué has escuchado al respecto? —Que su mordida hace que ocurra el cambio.

—Bien. Los vampiros tenemos una sustancia que es como una especie de ponzoña o veneno, la cual se puede pasar a través de los colmillos. —Me llevo la mano al cuello y ríe—. No contigo, descuida —murmura negando—. Te explico. Los vam- piros controlamos a voluntad esa ponzoña, que se asemeja a la que usas algunos animales sobre sus presas. Es decir, podemos beber sangre en pequeñas porciones sin transmitirla a su cuerpo, es como lo hacen con los donantes.

Por eso no cambiamos y se hace en pequeñas tomas. —Entiendo.

—Para que el cambio ocurra, es necesario que se inyecte la ponzoña en su torrente sanguíneo, de manera que afecte todo el cuerpo —explica muy seria—. Y para eso hay dos formas. Una de ellas, es hacerlo de forma gradual, en pequeñas dosis, provocando un cambio lento; y la otra manera, es como se hizo conmigo, extraer la mayor parte de la sangre hasta llevar al borde de la muerte, ahí el cambio es rápido, por consiguiente, muy doloroso.

—¿Supiste alguna vez de ese vampiro? —Sus ojos brillan con una expresión ausente.
—No. Nunca. Y quizás fue mejor así. De lo contrario no estaría aquí, ¿cierto?

—Tienes razón —contesto justo cuando el sonido de la puerta anuncia la entrada de Anisa. No me ha dirigido la palabra en todo el día y parece estar de malas. Es como siempre, pero un poco más evidente. ¿Es por lo que pasó con Armen?

—Tenemos que salir —dice a Irina, a manera de orden. Ella asiente y se limpia las manos para retirar el delantal que lleva puesto.

—Ahora voy. —Anisa sale sin mirarme—. No le hagas caso —susurra Irina con una mirada cómplice.

—¿Me quedar é sola? —pregunto siendo consciente de lo que implica su

partida. Sería la primera vez y supuse que nunca ocurriría.

—Sí. Solo debemos hacer una diligencia y volvemos. No tardaremos. De todos modos, estás segura. Hay personal afuera y nadie puede entrar.

—No lo decía por eso. —Sonríe de lado y niega.

—No creo que quieras huir —dice muy segura y mi cara arde—. Tranquila. No pasa nada. Yo no sé nada. —Me guiña el ojo y desaparece por la escalera.

Permanezco con la mirada en lo alto, sin saber qué hacer. Miro la estancia pulcra y ordenada. No hay nada que pueda hacer ahí. Resignada me dirijo a mi habitación. Mis intentos de hablar con Armen sobre ponerme una tarea, algo que hacer durante el día, no han sido fructíferos en todas estas semanas. Porque no ha habido oportunidad de cruzar más de dos frases con él. ¿Debería intentarlo de nuevo? No es que crea que ahora las cosas serán distintas, pero, me aburro demasiado. Es abrumador el silencio.

Sin tener nada mejor que hacer, saco las cosas de mi armario y empiezo a ordenarlas de nuevo. Es lo mejor que he encontrado. Tomo un vestido y lo aliso con esmero… El sonido de pisadas en el pasillo me pone alerta y me corta la respiración. No es posible que sean ellas porque nunca las escucho caminar y no hace demasiado que salieron. Desesperada busco algo que usar. Tomo la lámpara y miro la puerta. Contengo la respiración, viendo como el pomo se mueve y comienza a abrirse.

No creo lo que veo.
Un humano.

Es un chico, alto y un poco fornido, tiene el cabello rubio oscuro y sus ojos claros me miran con curiosidad. Creo que ambos lo hacemos. Supongo que no esperaba ver a un humano dentro y desde luego que yo tampoco.

El sonido de una puerta abriéndose y la voz enérgica de Anisa, rompen el silencio. ¡Oh no! Si lo encuentra aquí lo ma- tará. No debería estar aquí. Dejo la lámpara y me acerco a él. Poniendo mi dedo sobre mis labios le indico que permanezca en silencio. Ellos tienen el oído muy desarrollado y pueden escuchar nuestras voces a gran distancia, eso me lo ha contado Irina. Me mira

con desconfianza, pero sin duda también la ha escuchado y está asustado. Lo tomo del brazo y lo empujo al fondo del armario. El chico obedece sin decir nada. Arrojo un puñado de vestidos sobre su cabeza, cubriéndolo por completo justo cuando Anisa entra. Se detiene y me observa frunciendo el ceño.

—¿Has visto a alguien? —Imito su gesto y me cruzo de brazos. En lo que debe ser la mejor de mis actuaciones.

—Define alguien. —Ignora mi respuesta y sus ojos reco - rren el desastre que he hecho por todo el suelo. Hace una mueca de disgusto y se gira.

—Olvídalo. —Sale rápido y da órdenes a quien sea que está afuera. Dice algo sobre “revisar el resto de la planta y el jardín”. Entra de nuevo, ahora escrutando mi rostro—. No salgas de tu habitación y recoge eso. —Desaparece tan pronto como llegó.
Pasan unos segundos antes de que todo vuelva a ser silencioso como de costumbre. El movimiento de ropa me toma por sorpresa. Retrocedo mirando como el chico emerge. Me mira de pies a cabeza y con una inclinación se marcha antes de que sea capaz de decir algo.

¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha logrado entrar? Se supone que hay demasiada seguridad por todo el lugar. Pero lo que más me intriga, es que me ha dado la impresión de conocerlo. Sus ojos se parecen a los de... ¿Pen? No, imposible. Mejor dicho, ¿qué haría Pen en la ciudad? Hace años que se marchó. Debí imaginarlo o desear verlo en ese chico.

Intento olvidarme de eso, pero la inquietud de saber si podrá escapar no me deja tranquila.

—¿Hubo problemas? —pregunto a Irina mientras orde - na la mesa para la cena. Mira en dirección al despacho donde Armen se encuentra y sacude la cabeza. Supongo que no debe contarme.

—¿Por qué dices eso? —contesta fingiendo.

—Es que... —No puedo decir que vi a Anisa, quizás la metería en problemas—. Temprano escuche mucho movimien- to.

—¡Ah, eso!
—Hubo un intruso —Armen aparece en el pasillo—. Lo estaban buscando —explica acercándose a su asiento. —¿Un intruso? —pregunto fingiéndome sorprendida. —Sí —contesta sin mayores detalles. No puedo preguntar qué era porque me delataría.
—¿Y lo atraparon?
—No. —Qué alivio—. Pero lo encontrarán —sentencia con expresión severa.
—¿Sirvo la cena? —inquiere Irina, evitando que continúe cuestionando.
—Sí.

La cena transcurre en silencio y el asunto del chico no se menciona. En realidad, nunca se dice una palabra, salvo Irina, pero ella evita mirarme y permanece en la cocina todo el rato. Contrario a lo que esperaba, Irina no dice una palabra sobre el chico, ni siquiera cuando nos quedamos solas al mediodía. ¿Por qué tanto misterio? No es que siga pensando que podría ser Pen, sé que no lo es, pero prefiero pensar en ello que en lo que me ocurre con Armen. Su olor y presencia me provocan inquietud. Es extraño, como si todos mis sentidos estuvieran sobre él. Su aroma, sus movimientos, su rostro, no puedo apartar los ojos de él. ¿Qué me ocurre? ¿Me estoy volviendo loca? Y por si eso no fuera suficiente… Ahora lo deseo, deseo que lo haga, que beba.

—Entonces, ¿están bien? —Anisa pone los ojos en el cie- lo y resopla.

—¿Acaso no los estás viendo? —Tengo en mis manos el mismo aparato que me mostró la ocasión pasada. Hay fotos de mi familia. Mai y Taby sonriendo por la calle, mi padre traba- jando en la entrada de una casa. Sé que no es donde vivíamos, este lugar parece ser próximo al muro—. Tu madre sigue en la clínica, debe permanecer aislada, pero el médico ha dicho que todo va bien.

—Gracias —digo con sinceridad.
Me mira como si la acabara de insultar.

—No es a mí a quien tienes que agradecer. —La toma de mis manos y sale.

Su actitud ha mejorado un poco los últimos días, pero sigo sin agradarle del todo. Retiro la manta para acostarme. Las cosas están marchando bien y eso me reconforta. Mis ojos van del techo a la puerta.

Armen.
Me incorporo ligeramente y lo miro.

—Me alegro de que te quedaras —dice cerrando la puer - ta, acercándose a una de las sillas. No hemos cruzado muchas palabras desde la última noche, pero su afirmación me sorpren- de. ¿Alegrarle?

—¿Por qué? —formulo la pregunta antes de darme cuen- ta.
Él mueve ligeramente la cabeza.
—No deseaba tener a nadie más y posiblemente, si no te hubieras quedado, no lo habría hecho.
Sus palabras parecen sinceras, pero me cuesta creerlas. Él tiene el poder para tomar lo que desee y nadie se interpondría. —No puedo explicarlo, pero eres distinta, Gema. —¿En qué sentido? —La comisura de sus labios se curva tomándome por sorpresa.
—En muchos.

—¿Qué pasó la primera vez? —susurro mirando mis de - dos, que juguetean con la manta. No he dejado de pensar en su extraño comportamiento.

—A veces, cuando la sed es demasiada, te nubla los sen - tidos. Especialmente cuando ha pasado mucho tiempo sin alimentarte.

—¿Cuándo lo harás de nuevo? —la pregunta parece casi una exigencia y quiero golpearme. ¿Por qué lo he dicho en voz alta?

—Aunque ya no pareces querer salir corriendo, debo ser cuidadoso. La primera vez bebí demasiado.

—¿Por eso perdí el sentido?
—Sí. Es difícil pensar contigo cerca.

—¿Por qué has venido? —inquiero enfrentando su mira- da.

—Quizás solo quería verte.
—O tal vez solo quieres beber.
—¿Debería hacerlo ahora?

No contesto vocalmente, solo me tumbo de nuevo en la cama.

Dejo mis manos a mis costados y ladeo la cabeza hacia la izquierda. Tal y como lo ha hecho él. Su cuerpo se mueve sobre el mío sin tocarme. Su aliento golpea mi piel enviando una descarga por todo mi cuerpo.

—Relájate —susurra con voz aterciopelada. Suspiro al sentir sus labios rozarme el cuello—. Gema. —Deposita un par de besos antes de succionar suevamente. Su acción pareciera ir directamente a entre mis piernas. ¡Oh! El ligero dolor de sus colmillos penetrando me escuece unos segundos, pero nuevamente hay algo más. Esa sensación placentera ahora es más intensa, más profunda. Mis manos sujetan sus hombros, subiendo hasta su cabeza y tirando ligeramente de ella, como si quisiera cercarla más. Sus manos se mueven por mi dorso. Jadeo de un modo extraño—. Eres tan dulce. —Su lengua lame a consciencia, esa sensación nueva se agolpa en mi estómago y otras partes que nunca imaginé. Todo mi cuerpo tiembla y mi corazón se acelera aún más—. ¿Estás bien? —Abro los ojos y verme reflejada en los suyos me enloquece.

La forma en la que nuestros cuerpos están sobrepuestos, la excesiva cercanía, su fragancia, sus labios… Sin ser consciente de lo que hago incorporo medio cuerpo, impulsándome de sus hombros, hasta que toco sus labios. Están tibios y son suaves. Aumento la presión sobre ellos, sintiendo como si algo en mi interior despertara. Tiro de su ropa buscando profundizar, mi lengua toca sus labios, el pequeño toque es como accionar un interruptor. Su boca toma la mía, sus manos suben y bajan por mis costados, pero tan rápido como ha comenzado, se termina.

Armen se encuentra de pie, a cierta distancia. Me mira sorprendido, cubriendo su boca con el dorso del brazo.
¿Qué he hecho? ¡Lo besé!

ISELA REYES

Capítulo 9

¿Por qué lo he hecho?



Me llevo las manos al rostro, reviviendo de nuevo lo ocurrido anoche. Armen no dijo nada después de apartarse de mí, como si le hubiera quemado, simplemente se marchó, dejándome tan desconcertada y avergonzada. No entiendo porque lo hice, aunque lo que sentía mi cuerpo no me abandonó hasta mucho tiempo después.

Es casi de mañana, aunque quizás debería tratar de dormir un poco.

De todas formas, ni siquiera sé lo que siento. Si lo pienso con detenimiento, quizás solo fue cosa del momento, de lo que sentí cuando su lengua recorrió mi piel, del efecto de sus palabras, de la forma en la que me miró. En todo caso, sería su culpa. ¿Por qué no usó simplemente mi muñeca como había dicho? ¿Por qué tiene que mirarme de ese modo?

Apoyo la cabeza en la almohada esperando que el sueño me atrape y darle un

descanso a mi cabeza. Lo que ha pasado no tiene por qué cambiar las cosas.

Estoy en un extenso valle, justo al pie de unas monta - ñas. El viento helado golpea con violencia mi cuerpo. Tiemblo abrazándome a mí misma. Miro el cielo, que está cubierto por enormes nubes negras. Parece que caerá una gran tormenta en cualquier momento. Debería regresar, odio las tormentas. Me doy la vuelta intentando alejarme, pero solo consigo dar un par de pasos, antes de que mis pies se hundan en el lodo. Bajo la mirada hacia el suelo y descubro lo que cubre mis pies. «¡Sangre! ¡Es sangre!». Retrocedo intentando apartarme, pero resbalo y caigo sobre el líquido rojizo. Mis ojos buscan instintivamente con lo que he tropezado y el corazón se me detiene. «¡Dios mío! ¡Un cuerpo!». Me levanto de inmediato, solo para descubrir que hay más cuerpos, de pronto todo está cubierto por cadáveres. Están por todas partes y su sangre forma un enorme charco alrededor de mí. ¿Qué es esto?

—Esto eres tú —susurra una voz escalofriante—. La muerte. ¡Muerte!

Abro los ojos de golpe, jadeando ruidosamente. Miro alrededor, encontrándome con la claridad de la habitación. ¡Otra pesadilla! Respiro varias veces intentando tranquilizarme y recordándome que es solo un sueño. Esto no es normal, pero se ha sentido tan real, tan vívido. Sorprendida, compruebo que es casi medio día. Salgo de la cama, notando como las manos me tiemblan y el corazón me late a toda prisa. Entro al baño y tomo una toalla. Me limpio el rostro que está bañado en sudor, bajo por mi cuello, mi mano se detiene justo sobre su marca. ¿Por qué he tenido otro sueño? No vi nada esta vez cuando lo hizo, ni la anterior, pero esta pesadilla ha sido como la primera vez. Cuando vi esas imágenes que luego se mezclaron en aquel extraño sueño. ¿Qué significan? Estoy segura de que no son mis sueños, nunca he visto esos lugares, ni sentido algo igual. En ellos hay tantos sentimientos mezclados. Miedo, desesperación, dolor, impotencia, odio.

¿Recuerdos? Ahora que lo pienso… ¿ Así fue convertido? No le había dado importancia antes, pero eso tendría sentido. La sensación de tener el cuerpo roto, el miedo que sentí al ver la sombra y escuchar esa voz, se parece a lo que Irina describió. Si es así, ¿por qué pude verlo y por qué ahora tengo estos sueños? Todo es extraño, debería preguntarle, pero ni siquiera sé si continuaré aquí después de lo que ha ocurrido esta noche.

¡Ay Gema! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?
Enciendo la ducha, desnudándome mientras el agua se templa.
—Pensé que nunca despertarías —dice Irina al verme aparecer en la cocina.
—Lo siento.
—No era un reproche, es solo que sueles madrugar. ¿Todo bien?

No estoy segura si debería contarle, me siento lo suficien - temente estúpida como para que alguien más me lo haga saber. La expresión de Armen ha hecho que me arda el rostro. En mis casi dieciocho años, nunca he tenido ningún contacto de ese tipo con hombres, mis prioridades siempre han sido mi familia. Sé poco o nada de relaciones, pero… lo que sentí, fue…

Me gustaría pensar que es solo el encanto de un vampiro lo que me hace actuar fuera de mí. Pero no estoy tan segura. —No sé qué hacer —confieso frotándome las manos. —¿Qué quieres decir? —Me cubro el rostro con las ma- nos y sacudo la cabeza.

—He hecho algo muy malo. —Porque su actitud así me hace sentirlo. Debería sentirlo de ese modo yo también, pero… creo que mi cabeza ha perdido el sentido común.

—¿Algo muy malo? —pregunta cambiando el tono de voz. ¿Acaso no se los dijo?—. Gema —dice retirando mis ma- nos de mi rostro, sin ser brusca—. Explícame, ¿quieres? ¿Qué fue exactamente lo que hiciste?

—Bueno...
—Dilo —presiona ante mi silencio—. Sabes que puedes confiar en mí. No voy a juzgar.

—Yo... lo besé —susurro demasiado bajo, esperando que no me escuche. Aunque eso es casi imposible. Observo su ros- tro que permanece sereno unos segundos.

—¿Hiciste qué? ¿Puedes repetirlo? —Niego incapaz de pronunciarlo. Abre la boca y parpadea un par de veces—. ¿De verdad? —pregunta procesando mi confesión. Asiento débil- mente.

Irina parpadea varias veces y lucha por contener una sonrisa. Esto no tiene

gracia.

—No sé por qué lo hice —aseguro, sintiéndome tonta—. Te juro que no quise hacerlo. —Se cubre la boca, pero sus ojos me indican que está sonriendo.

—Tranquila, es algo normal —dice restándole importan- cia.

—¡¿Normal?! ¡No! No es nada normal.
Irina toca mi brazo, negando con la cabeza.

—Lo es. Incluso yo de vez en cuando, cuando veo a un chico guapo tengo ganas de...

—¡Irina! Estoy hablando en serio.
—Yo también —afirma dejando de reír—. Escucha, Gema. Eres una humana. Los humanos tenemos, porque también lo fui, instintos primitivos. Eres joven y bonita, y el señor Regan es muy atractivo. No hay nada de malo en eso.

—Pero…

—Lo sé. Es un vampiro y toda esa cuestión de humanos odiando a vampiros. ¿Y? —Eleva y deja caer las manos—. No pasa nada. Fue solo un beso, ¿no?

—Sí.
—Bien. Ahora dime algo, ¿te gustó? —pregunta inclinán- dose ligeramente.
—¡¿Qué?! —¿Gustarme? Estoy muerta de miedo. ¿Cómo puedo pensar en ello?
—Vamos. Puedes decírmelo.

—Irina. Quise morirme cuando vi su cara, ¿Cómo puedo pensar en eso? —Sonríe abiertamente aumentando mi congo- ja—. No es gracioso. Por favor no te burles.

—Te equivocas. Lo es y no me estoy riendo de ti —dice sin dejar de reír, pero se detiene ante mi mirada—. Escucha. Regan es el gobernante de esta ciudad, y siempre se ha apegado a las leyes. La más importante de ellas, es no mezclarse con los humanos. ¿Sabes lo que eso significa?

—Por supuesto que lo sé. —No puedo dejar de pensar en ello.

—De acuerdo. Entonces, trata de comprenderlo. Nunca quiso un donante para evitar esto, así que debe estar muy desconcertado. Porque dime algo, ¿respondió al beso? —Boqueo, sin poder emitir sonido alguno—. Creo que eso responde la pre- gunta. Probablemente que tenga miedo.

—¿Por qué habría de tener miedo?

—Porque ha roto una de las leyes. Y es uno de los funda - dores mas estrictos en ese aspecto que he conocido, después de Danko, aunque esa es otra historia.

—¿Me enviará de regreso?
—Mmm... No lo creo. Pero, seguro te dará un sermón. Como dije, es demasiado tradicional.

—¿Qué hago?
—Nada. Esperar. Es solo un beso, Gema. No pasa nada. —Acabas de decir que nunca rompería las reglas.

—Siempre existe una primera vez. Además, él es la máxi - ma autoridad. No hay nadie que le diga qué está mal. Porque solo nosotros lo sabemos, ¿no?

—Sí.
—No lo pienses tanto. Es solo deseo y ocurre a menudo entre los donantes y receptores. Te sorprendería.
—¿Qué quieres decir? —Se inclina y mira hacia la puerta.

—Hay un fundador que tiene una relación con su donante, pero no digas nada. ¿Entendido? —Asiento sorprendida—. Es un secreto a voces, pero todos fingen no saber nada.

—¿Por qué me dices eso? —Se encoge de hombros.

—Respeto mucho al señor Armen y le tengo mucho ca - riño como a su padre. Él no ha tenido una vida sencilla y qui- zás necesite esto tanto como tú. —Me quedo perpleja. ¿Está sugiriendo que…?

—¿Qué cosa?
—Disfrutar un poco.
—Yo no...

—¿No? ¿Estás segura de que no lo deseas? —Sonríe de lado—. He visto la forma en que se miran y esa tensión entre los dos. Rayos, casi me pongo cachonda, solo con verlos.

—Irina… —La miro escandalizada, pero ella ríe. —Aveces hay que tomar lo que podemos. ¿Qué te lo im- pide? ¿Tu odio por los vampiros? ¿O es que existe alguien más? No es que exista alguien, pero… ¿Por qué estoy cuestionándolo?
—¿Podemos cambiar de tema? —Sonríe ligeramente. —De acuerdo. Cambiemos de tema. ¿Qué quieres que te prepare de comer?

Disfrutarlo. Es absurdo. No he venido para eso y ni siquiera debería considerarlo. “Normal”. No lo es. Aunque a Irina le cause gracia, esto es serio y su ausencia lo demuestra.

Armen no ha estado durante la cena desde hace dos noches, afortunadamente tampoco he visto a Anisa, creo que ella podría leerlo en mi rostro.

—¿Quieres un poco más? —pregunta Irina apoyada en el marco de la cocina. Niego apartando ligeramente el plato—. El señor quiere verte en su despacho.

Me congelo al instante, mirándole con temor. Ella se aproxima, apoyando su mano en mi hombro.

—Dijiste que no era malo —farfullo amedrentada. —Lo sé —se encoge de hombros—, solo ve.

Retiro la silla, poniéndome de pie. No tengo opción, tarde o temprano tendría que verlo.

Lentamente asciendo las escaleras y avanzo por el pasillo. ¿Estará molesto? Irina dijo que no suele hacerlo, pero… ¿Por qué otra razón pediría que lo vea ahí?

Me detengo frente a la enorme puerta de madera. Llamo una vez, mientras aspiro.

—Pasa. —Empujo suevamente la puerta, encontrándolo sentado detrás del escritorio. Doy un par de pasos al interior, sin evitar observar la estancia repleta de libros—. Por favor. Siéntate.

—Prefiero estar de pie —contesto deteniéndome a buena distancia del mueble.
—Gema. —Hay cierta advertencia, pero no me muevo.

—Estoy bien. —Mientras más lejos est é, mejor, sobre todo porque su olor comienza a afectarme y mis pensamientos han regresado a lo ocurrido la otra noche. Su presencia me abruma demasiado.

—¿Estás molesta? —Lo miro extrañada. ¿Molesta? Bue - no, quizás un poco. Su manera de mirarme, de marcharse sin decir nada y desaparecer por días ha sido preocupante.

—No hablemos sobre eso.
De pronto no tengo ganas de recordarlo y admitir lo tonta que he sido.

—Creo que es necesario —afirma poniéndose de pie. Su ahora indiferente actitud me molesta. A veces desearía que fuera un poco mas expresivo, saber a lo que me enfrento.

—¿Sobre cuál parte? —Le sostengo la mirada en un re - cordatorio de su huida—. ¿Dónde me miraste como si hubiera asesinado a alguien? O ¿cuándo te fuiste...?

—Gema —interrumpe y niega. Me muerdo el labio conte - niéndome. ¿Qué estoy haciendo?—. Acepto que actué como no era debido, pero lo que pasó no estuvo bien —dice sin mostrar emoción alguna.

—Lo sé.

—Me sorprendiste. Aunque no fuiste la única que actuó. —No, no lo hice y es justo eso lo que sigue torturando mis en- trañas.

—No entiendo qu é me pasa —admito en voz alta. —Estás confundida.
—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres sentarte? —Niego obstinadamente. Deja es - capar un suspiro—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué nos resulta tan sencillo tomar nuestra sangre? —Se apoya en el bor- de del mueble—. ¿Qué es eso que nos hace ser tan peligrosos para los humanos?

—¿A qué te refieres? Es obvio que ustedes son más fuer- tes que nosotros, aunque quisiéramos resistirnos, no podríamos.

—Esa no es la verdadera razón. —Continua cuando per - manezco en silencio, intrigada por la implicación de sus palabras—. Además de nuestro olor atrayente, nuestra saliva tiene sustancias que son como una especie de droga. Esas sustancias provocan algo similar a un orgasmo, por lo que la persona no se resiste, ni siquiera cuando está a punto de morir. Es una forma de manipular a tu víctima. Y tiene el mismo efecto que las drogas, mientras más las consumes, más crece tu dependencia.

Eso explica porque deseo que lo haga, porque me siento atraída por él.

—Es por eso por lo que los donantes parecen no tener vo - luntad —murmuro recordando las personas que vi en la clínica. Ellos parecían extraños, como fuera de la realidad.

Armen asiente.

—Al igual que la ponzoña, podemos controlarlo hasta cierto punto, pero para no tener problemas, todos lo hacen y eso les quita lentamente voluntad y crea dependencia. Justamente por ello, los contratos no pueden tener periodos largos.

—Eso... es horrible. —Lo miro con los ojos muy abier - tos—. ¿Eso lo haces conmigo? —pregunto conteniendo la res- piración.

—La primera vez que tom é tu sangre, no lo hice, por eso te resultó desagradable. No ejercí ningún efecto en tu cuerpo, ni en tu mente, porque estaba un poco fuera de mí. —Hace una pausa, como esperando que diga

algo, pero no tengo palabras—. La segunda vez...

—Lo hiciste —afirmo—. Por eso dijiste que no habría marcha atrás.
—Correcto y lo que pasó la otra noche...

—¿Qué pasó la otra noche? —inquiero mirándolo con du - reza. No fue solo el cambio de su voz, sino lo que hizo con su lengua al terminar.

—No lo sé —admite desviando la mirada hacia el venta - nal—. Intento no afectarte, porque no deseo que termines como todos ellos, pero...

—Pero yo actué raro —termino por él.
—Pero parece que no está funcionando, sin duda eran los efectos. Aunque no lo desee estoy afectándote.
—¿Por eso me has evitado?

—No lo he hecho, solo estaba dando un poco de tiempo —dice mirándome de nuevo—. Yo no te he traído para eso, va en contra de las reglas. —Mi mente procesa sus palabras, mien-tras un sentimiento extraño me oprime el pecho. ¿Decepción?

—Lo entiendo —digo en voz baja, mirando mis manos. —Las relaciones entre humanos y vampiros son imposi- bles por muchos motivos.
Sé las respuestas, porque las he creído durante toda mi vida, pero no puedo evitar preguntar.
—¿Cuáles?
—Comenzando por el hecho de ser diferentes y siguiendo con las reglas sobre no relacionarte. —Niego ligeramente. —¿Quieres que me vaya? —Se pasa la mano por el rostro y niega.

—No. —Hay tanta determinación en sus ojos—. Pero no creo ser capaz de seguir resistiéndome a ti. —Mi corazón empieza una marcha forzada, no solo por la implicación de su afirmación, también por la forma en que me mira—. No quiero tomar ventaja, no quisiera que actuaras influenciada. —Lenta-mente se aproxima, tomando mi mano—. Por ahora, descan- sa. Hay algo que debo atender, pero hablaremos de nuevo. — Asiento débilmente, mientras su mano acaricia mi rostro. Es un toque tan leve, pero no ayuda a mis confundidos sentimientos.

Deseo. No hay dudas sobre lo que dijo Irina, mi respuesta a Armen es bastante peculiar. Nunca he deseado a un hombre, esos pensamientos no han tenido espacio en mi cabeza. Pero Armen no es cualquier hombre, vaya, ni siquiera es uno y eso hace aún más complicadas las cosas, eso debería frenarme, pero no lo hace.

Las horas transcurren en medio de un silencio absoluto, que extrañamente me resulta tranquilizador. Irina sabe que algo pasó anoche, pero no ha preguntado al respecto. Menos mal. No soportaría admitir que estoy perdiendo la cabeza.

Desde luego que no podía quedarme toda la vida encerrada, pero enfrentarme a su ausencia es incómodo. Ha pasado más de una semana y no lo he visto. ¿No necesita alimentarse? Supongo que piensa tomarse su tiempo para darme espacio o quizás solo no desea verme. Me gustaría saber si ahora ha considerado enviarme de regreso. Sería lo más lógico, aunque resultaría terrible, al menos para mí. ¿He echado todo a perder? ¿Les he fallado? El pensarlo me aterra, pero no tengo idea de qué puedo hacer para remediarlo, ¿decir que podemos fingir que no pasa nada?

Doy vueltas sobre la cama, intentando conciliar el sueño, pero es inútil. No puedo dormir. ¿En qué momento he olvidado a mi madre y mi familia? No debería importar yo, solo ellos. Suspiro y me incorporo, saliendo de la cama.

Tengo sed. Considero la opción de encender la luz e ir, pero es posible que llame la atención y alguien venga.

Me muevo en la oscuridad, intentando recordar donde se encuentra cada cosa para no golpearme o hacer ruido. Consigo llegar a la puerta y recorrer el pasillo es aún más fácil, no hay nada en mi camino. Despacio me acerco a la sala, pero me detengo de golpe.

Puedo sentirlo aún sin verlo.

Es Armen. ¿Qué hace aquí? Una sensación de vacío se instala en mi estómago y mi corazón comienza un ritmo apresurado.

—¿No puedes dormir? —pregunta en voz baja, carente de emociones. Casi

puedo imaginar su rostro inexpresivo, el mismo que me resulta desesperante.

—Tengo sed —contesto apartándome de la pared para avanzar, pero tropiezo, golpeándome contra algo. Intento retener lo que sea que esté a punto de caer, pero su mano es más rápida.

—Puedo encender la luz —dice sosteniéndome. —Bien —acepto a regañadientes. Al final de nada ha ser- vido tratar de pasar desapercibida.

—No te muevas —indica liberándome, pasan unos se - gundos antes de que la estancia se ilumine, cegándome momentáneamente.

—Gracias.
—Te acompaño. —Estoy tentada a negarme, pero simple- mente continúo.

No importa tenerlo a mi espalda, incluso eso me hace sentir más nerviosa. En medio de mi premura, mis pies se enredan y tropiezo.

—Cuidado. —Él rodea mi cintura, evitando que caiga y también pegándome a su torso.
—Gracias —murmuro liberándome, pero él me sostiene, haciéndome descender los últimos peldaños.

Es solo hasta que toco el suelo firme, que su mano se apar - ta y echo de menos ese pequeño toque. Verdaderamente estoy perdiendo la cabeza.

Sin problemas entro en la cocina, mirando desorientada, me parece incluso haber olvidado donde se colocan los vasos. No hay ninguno a la vista y tenerlo a mi espalda no ayuda a mi confundida mente

—¿Por qué no quisiste encender la luz? —pregunta mo - viéndose hasta uno de los muebles, tomando un vaso y llenándolo de agua.

Su camisa se encuentra un poco más abierta que de costumbre, su cabello completamente despeinado.
—No quería molestar.
No contesta. Me ofrece el vaso, lo acepto, mis dedos rozando los suyos.
—Lo siento —balbuceo tomándolo, retirando con rapidez mi mano.

El roce de sus dedos me agita, están más fríos que de costumbre.
—No hay problema.

—Gracias —murmuro acercando el borde a mis labios. Doy un largo sorbo, intentando controlar mis emociones—. No has venido a cenar —digo sin poder evitarlo, necesitando obte- ner unas cuantas respuestas.

—He estado dando un poco de tiempo.
—¿Tiempo?

—Pensando. —Sus ojos van a mi cuello—. ¿Puedo ha- cerlo?

No ha bebido, por eso la falta de calidez en sus manos. —Sí —contesto sin dudar.

Se inclina ligeramente, sujetando con un brazo mi cintura y retirando el pelo con la otra. Estamos tan cerca, demasiado. Sus rodillas tocan mis piernas, su torso encaja con mi pecho…

—Respira, Gema —musita con voz amable. Su alien - to golpea mi boca, provocando un jadeo involuntario. Intento apartarme, pero él me retiene.

Trato de no perder la cabeza, convenciéndome de que solo es por la sangre, porque así debe ser, pero… lo hace. Presiona sus labios sobre los míos. Dejo de respirar. De pensar. De resistirme. «¿Por qué? Ha dicho que no era correcto». Espero que se aleje, pero no lo hace. Su boca se mueve despacio, provocando una sensación cálida por todo mi cuerpo. Su lengua toca la mía, disparando toda clase de sentimientos. Gimo, sintiendo como su brazo me funde con su pecho.

Rompe el beso, recorriendo lentamente la curva de mi cuello. Me aferro a sus hombros y arqueo la espalda cuando mordisquea. Sus labios presionan, succionando. Respiro con dificultad, luchando por mantenerme en pie. Es tan intensa la sensación que recorre mi cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta sin romper la cercanía. Asiento torpemente agitando la cabeza, pero mis piernas opinan lo contrario y ceden. Con facilidad me toma en brazos. —Por esto es mejor en la cama, ¿cierto?

—balbuceo sin- tiéndome aletargada.

—Sí.
Comienza a moverse, llevándome con facilidad.

Aun cuando podría hacer en segundos el camino, se toma su tiempo ascendiendo y recorriendo el pasillo. Estar en sus brazos me hace sentir segura, no sé exactamente qué pasa entre los dos, pero por ahora no quiero pensar en ello. Lo único que sé, es que me gusta sentir sus labios en los míos, me gusta que sus brazos me sostengan. Me gusta él…

Y aunque la verdad debería asustarme, no lo hace.

Me deposita con suavidad sobre la cama y cubre mi cuerpo con la manta. Suspiro cuando se aparta, consciente que lo que ha pasado esta noche, no se repetirá. No ha dicho nada, así que es posible que se arrepienta.

Espero que se marche, pero enciende la lámpara, dejándome ver su rostro.
—No estas obligada a nada, pero ¿está bien si lo hago de nuevo? —pregunta claramente refiriéndose al beso.

—S í —susurro poco convencida. Me gustaría comprobar que lo que sentí en la cocina, no fue producto de mi imaginación o del momento, pero no lo sé. Suspira y cierra los ojos con expresión atormentada—. Armen —digo sentándome, atrevién- dome a tocar su rostro, así hace que me mire—. Entiendo lo que dijiste y no es la razón por la que estoy aquí. Solo… puedes hacer como la primera vez. Funcionará. —Tiene que hacerlo, no puedo irme.

—No creo que sea posible —contesta acercándose otro poco—. No suelo guiarme por impulsos, pero contigo nada re- sulta como debería. Te deseo tanto, Gema.

—Entonces… hazlo.

Negar que el sentimiento es recíproco, sería mentir. Me he sentido atraída por él desde la primera vez que nos vimos en esa habitación y el deseo ha crecido con cada día que pasa.

Sus labios reclaman suavemente mi boca, su cuerpo empujándome sobre la cama, hasta que estoy acostada, él se aproxima, suspendiendo su cuerpo sobre el mío. Mi pecho se agita y me falta el aire.

—Mírame. —Enfoco sus ojos y sintiendo un extraño hor - migueo en el estómago—. ¿Qué es lo que deseas, Gema? Díme- lo. —Las palabras se atoran en mi garganta—. ¿Gema?

—A... ti —Su rostro sereno no cambia, tampoco hay re- proche en su mirada.

—¿Estás segura? Si hacemos esto, no habrá marcha atrás. —Asiento tirando ligeramente de su ropa. Su boca acaricia la mía y un ligero jadeo escapa de mi pecho—. Te daré lo que de- seas —susurra con voz grave.

Sus manos bajan los tirantes del camisón y sus labios recorren despacio mi clavícula. ¡Dios! Esto es... maravilloso. Reparte mordiscos y mis jadeos se vuelven demasiado altos, casi obscenos. Nunca he estado con nadie, pero no creo que esto pueda compararse.

Siento mi sangre bullir y mi piel quemar, algo que contrasta con su tacto.
—No creo poder detenerme —murmura sobre mi piel. Sacudo la cabeza rápidamente. No, no quiero que pare.

Atiende a mi negativa y desciende por mi cuello sin escalas, directo a mis pechos. Sus colmillos rozan la tela, bajándola a su paso. Me agito desconociéndome a mí misma, presa de un deseo insano, algo que me rebasa. No soy yo, tampoco es mi razón, es mi cuerpo el que actúa, quien lo anhela. Sus manos me desnudan con extrema delicadeza, fijando sus ojos en mi pequeña figura. Sus dedos palpan mi piel, erizándola a su paso. Se detiene un instante, para despojarse de la ropa. Tímidamente contemplo su cuerpo perfecto, antes de que tome de nuevo mis labios, besándome con intensidad. Al tiempo que explora mi cuerpo. Subiendo despacio por mis piernas, por mi vientre, hasta trazar la curva de mis pechos.

—Gema —susurra mirándome a los ojos, antes de tomar- me.

ISELA REYES

Capítulo 10



Las relaciones entre humanos y vampiros siempre me parecieron algo asqueroso. No imposible, porque, aunque son pocos los casos, han existido. Pero ahora mismo no es algo que me importe. Esto es increíble. Armen es cuidadoso, no es que tenga aspecto rudo, pero me queda claro que es fuerte. Se desliza entre mis piernas sin dejar de besar mi cuello, creo que realmente le gusta. Mi cuerpo tiembla bajo el suyo, al tiempo que somos uno mismo.

—Armen… —escucho mi voz, que suena extraña, ajena.

El calor se agolpa entre mis piernas y mi cuerpo comienza a temblar. Ansiosa busco sus labios, sujetando con ambas manos su rostro y aunque titubea, responde mi torpe beso. Gimo cuando su lengua profundiza y una corriente me parte en dos. No hay marcha atrás, ahora no solo mi sangre le pertenece, también mi cuerpo.

Empuja un par de veces más, antes de apoyar todo su peso sobre mí. Mis manos acarician sus hombros, abrazándome a él, no deseando que se marche.

Permanecemos quietos un momento, hasta que se remueve, obligándome a abrir los ojos. Entre la bruma que cubre mi mente, me doy cuenta. De nuevo tiene una expresión diferente, parece preocupado. Dice algo, pero mi cuerpo esta exhausto y mis párpados se cierran inevitablemente. No sé qué ha dicho, no sé más de mí.

Su olor llena todo el ambiente, haciendo que sonría. Me giro sobre la cama y me encuentro con su rostro imperturbable. ¿Estoy soñando?

—Gema —dice con esa voz apacible.
¡¿Es real?!

Completamente desconcertada retrocedo, tirando de la sabana. Armen está de pie junto a la cama, podría jurar que no se ha movido de aquí desde que me quedé dormida, pero es evidente que no es así. Hay claridad, es de mañana, y él lleva ropa limpia. ¿Qué hace aquí? Me ruborizo al ser consciente de mi estado, pero me equivoco, porque estoy vestida. ¿Él lo hizo? ¿En qué momento? ¡Dios!

—¿Estás bien? —Parpadeo aún confusa. ¿Qué quiere de - cir? Se acerca, sentándose sobre el borde de la cama. Parece tan intimidante y un poco molesto. ¿Qué pasa? ¿Hice algo mal?—. ¿Por qué no me lo dijiste? —Su pregunta suena a acusación.

—¿Qué cosa? —pregunto intentando comprender sus pa- labras. Cierra los ojos y niega.

—Que nunca habías estado con nadie —¡¿Qué?! Siento mi rostro arder de la vergüenza. Quiero meter la cabeza debajo de la almohada. ¿Por qué me dice eso? No es ningún pecado, además, lo último que una chica como yo puede permitirse es complicar las cosas para su familia.

—No creo que debiera ir contando mi intimidad —debato un poco alterada. ¿Es lo primero que puede decir?

—Pude lastimarte.
«¿Lastimarme?». Su afirmación me deja en blanco.

—Estoy bien —aseguro—. De verdad —balbuceo al ver una expresión extraña cruzar su rostro. No está molesto, sino preocupado—. Yo no creí que tuviera que decirlo —digo a rega- ñadientes desviando la mirada. Esto es demasiado bochornoso. ¿Decirlo? Ni siquiera pensé en ello.

—Gema —Roza mi brazo provocando que mi cuerpo se estremezca—. ¿Estás segura que te sientes bien?
¿Realmente le preocupo? Suspiro.
—Sí —contesto sin poder evitar acariciar su mejilla. Pa- rece consternado ante mi atrevimiento, pero no dice nada.

—Tengo que irme —anuncia retirando con suavidad mi mano—. Pero hablaremos más tarde. —Aprieto los labios hasta formar una línea—. ¿Gema?

—Entendido —respondo de mala gana.
Lo veo salir y sacudo la cabeza. Es tan extraño y difícil de descifrar. ¿Quién lo entiende? ¿Está enojado o preocupado?

Bajo de la cama y entro al baño. Me coloco frente al espejo, observando mi imagen. No hay nada diferente en mí, sigo siendo la misma, salvo que mis ojos tienen un brillo peculiar. Muevo el cuerpo, sintiéndome perfectamente. ¿Qué le preocu- pa? Fue cuidadoso, demasiado y tampoco es como si fuera a romperme. ¿Cuándo he perdido el pudor y el desagrado por él? ¿Realmente es solo por el intercambio que siento esto?

—Buenos días —saludo entrando en la cocina. Irina me mira sorprendida, pero con una sonrisa en los labios.

—Madrugaste —señala examinándome con la mirada. Me encojo de hombros y me acerco a uno de los bancos—. ¿Todo bien?

—Sí —contesto rápidamente.

—Me qued é inquieta —murmura entrecerrando los ojos. La miro desconcertada—. Por lo que pasó con el señor Armen y lo decaída que estabas ayer.

—Oh —Lo había olvidado—. Creo que se han arregla- do… un poco las cosas.
No estoy segura de ello, pero… ¿Qué puedo decirle?

—Me alegra saber que aun sigues aquí. —Sé que lo dice de verdad y eso me alivia. Irina es casi como una amiga, si es que puede existir algo así entre humanos y vampiros. Ycomien- zo a creer que tiene razón. No todos son tan malos, pero aun así, la situación para muchos humanos no es distinta. «¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué me he olvidado de ello?»—. ¿Gema?

—¿Eh? ¿Qué pasa? —Sonrío torpemente al notar que me observa con curiosidad—. ¿Quieres que te ayude?

—Sabes que no puedes hacerlo. Así que mejor ponte có - moda, casi está listo el desayuno —Hago una mueca, pero per- manezco quieta—. Hoy tienes buen aspecto —declara antes de darme la espalda.

El día transcurre con normalidad. Me la paso en mi habitación, mirando el techo o dormitando. No he tenido noticias de mi madre. El médico dijo que llevaría al menos tres meses el tratamiento, pero me gustaría saber cómo va todo. Ya debería haber alguna novedad.

Me siento un poco inquieta. Sé que nada ha cambiado con Armen, salvo lo que hemos acordado, pero no sé cómo se comportará. Aún tengo presente sus palabras “hablaremos más tarde”. ¿Me reprenderá por no haberle dicho que no había estado con nadie antes?
Entro en el comedor. No puedo evitar que mis ojos se claven en él. Parece tranquilo y me sigue con la mirada mientras me acomodo al otro extremo de la mesa.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con normalidad. Hago una mueca, entendiendo a que se refiere. ¿No puede esperar? —Bien —digo sin saber muy bien cómo puedo expresar la forma en la que me siento.

Él me afecta de mil formas y ahora me basta con tenerlo cerca para querer tocarlo. Su rostro se contrae y cambia su postura, mirando hacia lo alto de la escalera.

—Llegamos justo para la cena.
¡Haros!

Y no está solo. Otro vampiro de cabello rubio y aspecto atlético lo acompaña. Sus ojos se centran en mí, mientras desciende.

—¿Qué hacen aquí? —cuestiona con brusquedad Armen, situándose a mi lado, de manera protectora.

—Tranquilo. Solo vinimos a charlar. ¿Verdad, Rafael? — El vampiro no responde, continúa mirándome de un modo por demás incómodo.

—Vamos a mi despacho —ordena Armen sin moverse—. ¡Ahora! —Ambos ascienden de nuevo las escaleras y desapare- cen—. Termina tu cena en tu habitación —dice y se va.

¿Qué ha sido eso?
—Gema —Irina aparece con una bandeja y me indica que la siga. Extrañada asiento.
—¿Todo bien? —pregunto intentando bajar lo más posi- ble mi voz.

—S í. Como te comenté, en ocasiones el señor Regan tiene visitas —comenta de forma neutra, haciéndome saber que no puede hablar con libertad. Empuja la puerta de mi habitación y me cede el paso—. Termina tu cena y descansa —Me guiña el ojo y se marcha.

Qué raro.

Me acomodo en la mesa y despacio ceno. Recojo los platos y después de asearme, me meto a la cama. Silencio. Es todo lo que percibo, eso y una tensión poco habitual.

Me levanto esperando poder verlo, pero se ha marchado. No vino anoche a mi habitación. ¿Realmente todo va bien? No sé qué esperaba que ocurriera, pero es evidente que esto no cambia las cosas. Es solo parte del trato, le doy mi sangre y él me da... niego y me pongo de pie. Tengo que dejar de pensar en eso, no vine por ello.

—¿Quién era ese hombre? —pregunto sin ocultar mi cu- riosidad. Irina sonríe ligeramente.

—” *Hombre*”.
—Bueno...

—Ya entendí —interrumpe con una risilla—. Su nombre es Rafael pertenece a una de las familias más importante de la cuidad. Es un fundador de segunda clase y parte del consejo de la ciudad. Pero más que eso, ¿recuerdas que te hablé de alguien que mantiene una relación con su donante? —La miro con los ojos como platos—. Así es. Es él.

—¡¿Él?!

—Sí. Es por eso que el señor Regan prefirió que te retira - ras en cuanto llegó. Él tiene un largo historial de chicas huma- nas. Y actualmente mantiene a una con él.

—Vaya.

—De todos modos. Cuando ellos aparecen por aquí, es mejor no interrumpir. Ambos tienen un carácter particular. — Sonríe de modo misterioso acariciando sus labios.

—Lo creo.

Suspiro de nuevo. No sé qué esperar cuando lo vea. Ter - mino de cepillar mi cabello, recordando la expresión de ese vampiro. ¿Historial con mujeres? ¿Eso significa lo que estoy pensando? ¿Armen tendrá uno? Irina dijo que no había tenido donantes en doscientos años, pero… eso no significa que se privara de compañía. No me agrada la idea.

Bajo la escalinata, descubriendo a Anisa junto a él. Al verme no oculta su expresión de desagrado hacia mí. Ayer no la vi en todo el día y ahora parece realmente tener ganas de golpearme. Si Irina sabe sobre el beso, quiere decir que ella también. Y si mis sospechas son ciertas, ella me odiará aún más. Tal vez debí preguntarle a Armen. Sería demasiado ruin de mi parte tenerlo cuando está con ella.

—Me retiro —dice haciendo una reverencia y desaparece. —Toma asiento —Lo miro titubeante, antes de ocupar el asiento. Torpemente me acomodo justo cuando Irina aparece.

Ceno en silencio, mientras él agita su copa y le da pequeños sorbos. Irina se retira después de recoger la mesa y él me indica que lo acompañe.

—Ayer no pudimos conversar del todo —dice acomodán - dose en la enorme silla de piel que se encuentra detrás de su escritorio.

—S í. —De nuevo prefiero quedarme de pie y aunque pa- rece no agradarle, no dice nada—. ¿No debo acercarme a ellos? —pregunto generalizando y no refiriéndome exactamente a Ra- fael. Me mira un poco sorprendido—. Lo digo por cómo me pediste que me retirara.

—Así es. Ninguno se atreverá a tocarte, pero ambos son un tanto particulares y no quiero que te falten al respeto. —Entiendo.
—¿Cómo te encuentras? —La pregunta que intentaba evitar.
—Bien.

—Bien —repite ausente—. De todos modos, si hay al - gún problema necesito que me lo digas. —Lo miro horrorizada. ¿Decirle?

—Pero...
—Tengo que cuidar de ti. No es una petición, es una or-$_{den.}$
—En ese caso, no tengo nada que decir —farfullo.

—Puedes retirarte —dice tomando unos papeles de la mesa. No me muevo. ¿Simplemente quiere que me vaya?—. ¿Pasa algo? —inquiere levantando la vista.

Esperaba que dijera algo más.
—Yo... —Se pone de pie y se acerca a mí.
—Dime.
—Solo…

Su mano sujeta mi nuca, uniendo de nuevo nuestros labios. Su lengua abre mi boca y jadeo ruidosamente. En dos segundos estamos en el sofá. Mis manos

sobre su pecho y las suyas en mis costados. Su boca baja por mi barbilla hasta mi cuello.

—Gema. —Percibo su ansia y su deseo, el mismo que me invade. Entonces, ¿Por qué se contiene?

—Hazlo. —No lo repito. Sus colmillos se clavan en mi piel y su boca succiona con suavidad. Me aferro a sus hombros, gimiendo por lo placentero que resulta sentirlo beber. El tiempo parece detenerse, solo escucho el sonido de mi corazón, solo siento sus labios.

Armen levanta el rostro, mirándome fijamente. Paso la mano por sus labios, limpiando los restos de mi sangre y lo atraigo de nuevo hacia mí.

Lo beso con intensidad, mientras sus manos comienzan a quitarme la ropa y hacer lo propio con la suya.
—No quiero lastimarte —murmura separándose ligera- mente. Sacudo la cabeza, mirándolo anhelante.
—Estoy bien.

Separa mis piernas, sus dedos ascendiendo, tocando mi sexo. Se mueve sin romper el contacto visual, hasta que lo siento penetrarme. Jadeo aferrándome a su espalda.

Me froto los ojos y lentamente consigo abrirlos. Bostezo perezosamente, removiéndome entre las sabanas. No sé qué hora es, pero debe ser tarde. Bajo de la cama y me sorprende ver que casi es medio día. ¿Por qué Irina no me ha despertado? Tomo la bata y salgo de la habitación, reviso la sala y el come- dor. No hay nadie. Qué raro.

Regreso a la habitación y tras darme un baño y cambiarme de ropa, voy a la cocina. Sobre la encimera esta lista la comida y una nota. Me apresuro a tomarla:

Tuvimos que salir. Desayuna, regresaremos antes de la hora de la comida.
Irina.

«¿Salir? ¿Adó *nde?*». Inquieta por su repentina ausencia, apenas soy capaz de probar bocado. Todo esto es muy extraño. Es la primera vez que se van así de pronto. «¿Habrá entrado al- guien de nuevo? ¿Será el mismo muchacho que vi? Espero que no, es demasiado arriesgado. Aquí nada es como puede pensarse».

Limpio y lavo los platos, a pesar de que se supone que no debo hacerlo, antes de regresar a mi habitación. Pero al llegar a la sala, me quedo de piedra. Hay alguien junto al ventanal, aparentemente observando oculto por las cortinas.

—¿Quién eres? —cuestiono en voz alta. Da un salto y me apunta con una especie de arma. «¡Es el mismo chico!». Su mano baja lo que sostiene, hasta depositarla en el suelo y una sonrisa familiar se acentúa en sus labios.

—Eres Gema. ¿Cierto?
No puedo creerlo.

—¡¿Pen?! —Asiente abriendo los brazos y avanza hacia mí.
—No me has olvidado —dice alegremente mientras me estrecha con fuerza. ¡Es él! ¡Pen!

—No lo puedo creer —susurro respondiendo a su efusivo abrazo—. ¿De verdad eres tú? —inquiero mirándolo de pies a cabeza. Estira su mano y retira el cabello que cubre mi cuello. «¡La marca! ¡Oh no!». Al instante su sonrisa desaparece y retro- cede. «¡No! ¡No!»—. Pen... —balbuceo horrorizada.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta apretando los puños y negando.
Trago saliva y exhalo.
—Es difícil —digo cerrando los ojos, negándome a ver la decepción en su cara.

—Explícalo, Gema —ordena con voz demandante. Un abrumador sentimiento de culpa me invade. Esto no era lo que hubiera deseado. Verlo en estas circunstancias.

—Lo sé —murmuro bajando la mirada—. Supongo que te decepciono.

—Entonces, explícame para que lo comprenda. Debes te - ner una buena explicación para permitirlo. —Siento ganas de llorar. No ha cambiado. Sigue odiándolos.

—Era esto o ver a mi madre convertida en un repudiado. —Su expresión se torna comprensiva.

—Lo siento. —De nuevo me abraza.
Un par de lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Es una ironía, ¿verdad? —susurro con amargura—. Es- toy aquí, dándole mi sangre.
—Voy a...
—¡No, Pen! —exclamo aterrada. Miro la puerta y recuer- do que ellas pueden aparecer en cualquier momento. —Gema…
—Debes irte —digo empujándolo—. No deberías estar aquí. —No quiero imaginar lo que pasaría. Esto no está bien. —Ven conmigo —pide mirándome esperanzado. La oferta la habría aceptado sin dudar, si no estuviera en esta situación.
—No puedo hacerlo —niego retrocediendo—. Por favor, vete. No quiero...
—No he olvidado nuestro juramento. —Un escalofrió me recorre el cuerpo ¿A qué se refiere exactamente?
—Pen.
—Voy a sacarte de aquí de alguna forma. Ya lo verás, Gema —declara lleno de determinación.

Toma su arma y echa a correr por las escaleras. ¿Por dón - de ha entrado? ¿Por qué se arriesga de esta manera? Espero que logre salir. Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

«¿Juramento? ¡Ay no!». Le hice dos promesas cuando éramos niños, pero no creo poder cumplir ninguna de ellas: matarlos y casarme con él.

No puedo hacerlo después de haberme entregado a Armen.

Entro a mi habitación y tomo un vestido limpio. Yo no puedo percibir el aroma de Pen en mi ropa, pero seguro que ellos lo harán. Escucho voces en la sala. ¿Pen? ¡Dios! Deposito el vestido en el cesto de ropa sucia y me dirijo a

la sala.

—Es que... —Irina deja de hablar al verme. Ambas pare- cen agitadas, algo poco normal en ellas.

—¿Qué sucede? —pregunto intrigada. Intercambian una mirada sin responder. «¿Pen? ¡No, por favor no!»—. ¿Qué es? —insisto desesperada.

—De todos modos, lo sabrá —farfulla Anisa, volviéndose hacia mí.
—¡Anisa! No lo hagas —advierte Irina, pero ella la igno- ra dando un paso en mi dirección.

—Hubo un ataque de impuros en la ciudad.
¡Impuros!

—¡¿Qué?! —Me llevo las manos a la boca. ¿Un ataque? ¡Mi familia!

ISELA REYES

Capítulo 11



Los impuros son seres que no razonan. Matan sin piedad, sin importarles si se trata de niños, mujeres o ancianos. Ellos solo buscan sangre. El primer ataque de impuros fue cuando yo tenía diez años. Era poco más de media noche. Los gritos y llantos se escuchaban por todas partes. Mi madre nos sacó de la cama y corrimos hacia el corazón de la ciudad intentando encontrar protección con ellos. Una gran ironía. Esa fue la primera vez que las palabras de Pen cobraron sentido. Eran los vampiros quienes nos intentaban asesinar y a quien debíamos recurrir para salvarnos. Algo ridículo. Mientras corría con mis hermanos en brazos, me sentí impotente, inútil al ver morir a las personas que conocía o que al menos había visto alguna vez en la calle. Esa noche mucha gente murió y otra desapareció. Esa noche quise hacer algo más que escapar, esa noche me decidí aprender a usar un arma y poder defender a mi familia.

Contengo la respiración mientras observo el rostro de Irina, quien se acerca y me sujeta por los hombros al notar mi expresión de pánico.

—No hubo heridos, tranquila —asegura con voz tranqui - lizadora y siento como el alma me regresa al cuerpo. «¡No hubo heridos!», repito mentalmente.

—Pero lograron alcanzar el muro —murmura Anisa mi- rando hacia la ventana.

—¿El muro? —pregunto atónita. Eso es... Eso es casi im - posible. Tuvieron que cruzar toda la ciudad sin ser vistos porque la guardia los habría frenado. ¡Imposible!

—Como lo oyes —dice de mala gana.
—Pero… ¿Y los guardias?

—La guardia estaba dormida —responde Irina con expre - sión socarrona, sacudiendo la cabeza. La miro desconcertada y ella pone los ojos en blanco—. No sabemos cómo es que no se dieron cuenta, ni siquiera se percataron hasta que se marcharon.

—¿Cómo?
—Los impuros no hicieron nada.

—Simplemente llegaron y se marcharon —murmura pen - sativa Anisa—. Esto es muy extraño y no me da buena espina. —Por supuesto que es extraño. ¿Cuál era su propósito?

—¿No atacaron a nadie? —Anisa me mira como si fuera una tonta—. Ellos no hacen eso —continuo—, van directos a por las personas.

—¿Y tú qué sabes? —cuestiona con una mueca de desa- grado.
—Los he visto atacar —digo encogiéndome de hom- bros—. Vivo en la parte más próxima al límite de la ciudad.

—Tuviste suerte entonces —comenta con malicia y po - niéndose de pie abandona la estancia. Miro a Irina, quien sacude ligeramente la cabeza.

—No le prestes atención. Está de malas porque no pudo seguir su rastro.

—¿Su rastro? —pregunto sorprendida—. Espera, ¿Ani - sa es una

rastreadora? —Miro por donde ha desaparecido. ¡No puedo creerlo!

—Sí —responde con una sonrisa divertida.

Existen varios rangos o clases de guardias entre los vampiros. Se trata de vampiros subalternos con habilidades especiales. Hay algunos que son del tipo vigía, estrategas y rastreado- res. Ellos trabajan para los fundadores y se encargan de eliminar a los impuros o posibles amenazas para la ciudad. No son como el resto de los subalternos, son más rápidos y fuertes.

—Anisa es una de las mejores rastreadoras. —Ahora en - tiendo su aire de superioridad y su afán de hacerme sentir menos.

—¿De verdad? —musito sin salir de mi asombro. —Sí. Por eso nos pidieron que fuéramos a investigar.

—Entonces, tú también eres una rastreadora. —Se encoge de hombros restándole importancia.

—Algo así. Digamos que tanto Anisa como yo, somos de las más experimentadas en cuanto a confrontaciones con impuros. En mi caso —dice cruzándose de brazos—, por un tiempo me dedique específicamente a perseguirlos y exterminarlos.

—¿Perseguías a los impuros?
—Sí. Ellos no desean seguir las normas y por lo tanto re- presentan una amenaza para todos. Incluidos nosotros.

—Entiendo. —Siempre pensé que los fundadores eran quienes controlaban a los impuros para atacar a las personas y así mantenernos bajo control. Pero de nuevo me he equivocado.

—¿Tuviste miedo? —inquiere divertida. Creo que fue mejor que no estuvieran, porque no sé qué habría pasado con Pen. ¡Pen! ¿Habrá logrado escapar? Me preocupa lo que pueda hacer.

—No, es solo que me sorprendió un poco estar sola. —No pasa nada. Hay guardias afuera, el señor Regan nunca te dejaría sola si estuvieras en peligro.

Fuerzo una sonrisa. «Si supieras».
—¿Todo bien?

—¿Eh? —Levando el rostro, encontrándome con su aten - ta mirada. He estado distraída casi todo el día. El encuentro con Pen y el asunto de los impuros me tiene inquieta—. Lo siento, no escuché —contesto torpemente.

—Casi no has probado bocado. —Doy un vistazo a mi plato confirmando sus palabras, está intacto.
—Lo siento —murmuro tomando un bocado de vegetales.

—No tienes que preocuparte por tu familia. Ellos están seguros. —Me sorprende su comentario y no puedo evitar de- mostrarlo—. Sé que son importantes para ti —explica con aire tranquilo.

—Gracias. —Tomo otro bocado y me atrevo a hablar—. Pero ¿cómo es posible que llegaran hasta el muro?

—No lo sabemos —contesta poniéndose de pie—. Pero no tienes que preocuparte por eso —Camina a lo largo del co- medor y se detiene junto a mí—. ¿Terminaste?

—Sí. —No creo poder comer realmente.
—Ven. —Me ofrece su mano. Titubeo un instante, pero la acepto, permitiendo que me ayude a ponerme de pie—. Ellos no pueden entrar.

—¿Y las personas? —Se detiene y me observa fijamente. Mi voz ha sonado como un claro reproche. Quizás no debería decirlo, pero que afirme que estaremos bien no me hace sentir mejor. Afuera hay demasiadas personas inocentes contra las que sí pueden ir—. Ellos no pueden defenderse.

—Para eso está la guardia. —Niego recordando las pala - bras de Irina y lo que yo misma he presenciado en varias ocasiones.

—Algunas veces no llegan a tiempo. —Me muerdo el la - bio y suspiro—. ¿Escuchaste de la chica que asesino a un repu- diado y luego se quitó la vida?
—No responde, continúa mirán- dome. Aunque creo que la respuesta es evidente—. Supongo que no.

—Todo lo que ocurre en esta ciudad, lo sé —dice con fir- meza—. Y tomaremos medidas respecto a ese asunto.

—¿Cómo qué? —pregunto con interés.
—Aún no se ha discutido.

—Bueno... ¿Qué hace especial este lugar? —Ha dicho que ellos no pueden traspasar el muro, porque va en contra del poder que ejercen sobre ellos—. ¿Por qué no hacer lo mismo con toda la ciudad?

—¿Qué quieres decir? —Me mira interesado, provocán- dome una sensación extraña que ignoro.

—Podrían construir un refugio que sea similar al muro —Porque evidentemente jamás dejarían que los humanos se re- fugiaran aquí—. Un lugar donde los humanos puedan resguar- darse de los ataques. No lo sé —murmuro sintiéndome tonta. Desde luego que eso no le importa, ¿o sí? No responde—. Pero es extraño, ¿no? —farfullo intentando cambiar de tema.

—¿El qué?
—Que no hicieran nada. ¿Por qué tomarse la molestia de venir y atravesar toda la ciudad, y solo marcharse?

—Tengo entendido que fueron solo dos y que por eso lo - graron burlar la guardia. Quizás tuvieron miedo —dice avan- zando de nuevo. Menos mal que no dice nada sobre mi tonto comentario.

—Pero tenían muchas posibles víctimas a mano. ¿Por qué no tomar a nadie?
—¿Hubieras deseado que lo hicieran?

—¿Qué? ¡No! —niego rápidamente—. Lo que digo es que... no es su comportamiento habitual. Ellos siempre atacan para llevarse a alguien.

—Parece que sabes mucho de nosotros —comenta mien- tras nos detenemos frente a su despacho.

—No mucho —replico intentando parecer despreocupa - da. Pero tiene razón, he investigado por curiosidad sobre ellos desde hace años—. Solo lo que la

gente comenta.

—No todo es verdad, Gema —musita con aire pensati - vo—. Tengo que terminar unos asuntos, ¿quieres hacerme com- pañía? —pregunta mirando la puerta. ¿Compañía?

—Sí —digo sin dudarlo y sintiéndome un poco emocio- nada. Es la primera vez que conversamos de verdad.

Asiente empujando la puerta y me conduce hasta el sillón de piel. El cual evoca imágenes un tanto acaloradas de la otra noche. Tengo que dejar de pensar en eso.

—Ponte cómoda. No tardaré. —Obedezco intentando mantenerme quieta mientras él se acomoda en su escritorio.

Lo miro embelesada. Es realmente apuesto. Sus labios delgados y pálidos, su nariz respingona y su mandíbula cuadrada. Si no fuera por sus ojos o por la expresión fría de su cara podría ser un humano muy guapo. Desvío la vista, intentando no resultar demasiado evidente.

No sé en qué momento me he quedado dormida. Siento como sus dedos acarician mi mejilla con suavidad, mientras mi cabeza está apoyada sobre uno de los brazos del mueble.

—Te llevaré a la cama —anuncia tomándome en brazos.

Tengo muchos pensamientos desde la noche en que estu - vimos juntos. Pensamientos que he intentado reprimir con todas mis fuerzas. ¿Por qué? Porque esto es algo imposible. ¿Realmente esto que siento se debe a las sustancias que inyectó en mí? ¿Por qué me siento cada día más apegada a él? Inspiro el aroma de su cuello y me abrazo con fuerza a él.

—No puedo dejar de pensar en ti —susurro contra su piel. Se detiene un instante, pero no contesta. Lo que provoca una punzada de decepción. ¿De verdad no siente lo mismo?—. ¿Es normal? —Intento quitarle importancia, sintiéndome de nuevo ridícula.

—Quizás —responde con indiferencia. «¿Quizás? ¿Qué significa?».
—¿Por qué? ¿Has vuelto a hacerlo? —inquiero refirién- dome a manipular mi mente y mi cuerpo.
No dice nada. Entramos en mi habitación y me deposita sobre la cama. ¿Por qué no contesta?

Sé que esto no puede ser amor, porque se supone que lo odio y porque ni siquiera creo que pueda llegar a ser recíproco. Me giro, dándole la espalda y me limpio un par de lágrimas que ruedan por mis mejillas. ¿Por qué estoy llorando? ¿Por qué me duele su actitud indiferente? Él no siente nada, es algo que de- bería tener claro pero que mi tonta cabeza no comprende. Cierro los ojos con fuerza, tratando de reprimir mis sentimientos.

—Gema —lo escucho nombrarme, pero no me muevo. No quiero verlo ahora.

No sé qué estoy haciendo. “Deseo”, “Amor”, “Necesidad”. ¿Cuál es en realidad? ¿Qué es realmente lo que siento? Nada. No puedo y no debo sentir nada. Estoy aquí por una sola razón y punto. Tengo que dejar de pensar en ello.

—¿Qué ocurre? —pregunta Irina mientras limpia la sala. Niego manteniendo la mirada perdida en algún punto de la pared. Anoche Armen se fue al no obtener respuesta de mi parte. Hoy por la mañana no me buscó. Me siento demasiado idiota por tener sentimientos por él.

—¿Alguna vez estuviste enamorada? —Deja de moverse y me mira fijamente.
—No estoy segura. —Se acerca y me observa, ladeando el rostro—. ¿Qué pasa?

—No lo sé —confieso dejando caer las manos en mis pier - nas—. Sé que no debe ser, pero no puedo evitar que mi corazón se agite cada vez que lo veo.
—No dice nada. Suspiro frustrada porque es la única respuesta a la que llego una y otra vez.

—Entonces...
—No sé —repito derrotada—. Pero no tiene importancia, él no responderá.

—Y eso es lo peor de todo.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquiere frunciendo el ceño—. ¿Es porque se supone que no tenemos sentimientos? —Abro la boca para replicar, pero la cierro de nuevo. Yo misma dije eso.

—Él no ha dicho nada.

—Gema. Creo que no has aprendido nada en todo el tiem - po que has estado aquí. —Bajo la mirada apenada. Tiene razón. Ellos también expresan sentimientos, aunque no de forma tan clara como nosotros. Y ella es el mejor ejemplo.

—Yo no...
—Escucha. Los sentimientos de los vampiros son incluso más fuertes que los de un humano.
—¿Qué quieres decir? —Eso es imposible. Siempre están serios o muestran indiferencia.

—Eso. Adiferencia de un humano, que puede experimen - tar varios enamoramientos a lo largo de su vida. Cuando un vampiro elige a alguien, es para la eternidad.

—Pero dijiste que Rafael... —Niega con expresión horro- rizada.

—No, para él no es así y para muchos vampiros tampoco. Pero el señor Regan es diferente. Deberías ver un poco más allá de tu nariz y darte cuenta de las cosas.

—Irina... —Anisa atraviesa a toda velocidad la estancia y toma el pomo de la puerta.
—¿Qué ocurre? —pregunta mirando a Anisa. Intercam- bian una mirada y ella se va—. Quédate aquí.
—¿Qué pasa? —cuestiono poniéndome de pie, descon- certada al ver que Irina se aproxima a la puerta.
—Problemas. No hagas nada de mis labores —advierte fingiéndose severa y cruza la puerta a toda prisa.

No me gusta nada esto. ¿Qué ha pasado? ¿Otro ataque? ¿A plena luz del día? No, eso no puede ser. Los impuros solo atacan de noche.

Me quedo a mitad de la sala, caminando de un lado a otro, mirando la puerta, a la espera de que entren en cualquier momento. ¿Y si fue Pen? La idea me llena de miedo. Voy hacia mi habitación, pero por suerte no hay nadie. Escucho voces y rápido me dirijo de nuevo a la sala. Son ellas.

—Esto no pasaría si no fuera por ella —grita furiosa Ani- sa.

—¿Quieres bajar la voz? —pide Irina con voz queda. —¿Qué ocurre? —pregunto mirándolas alternadamente.

—Nada, Gema —contesta Irina con una expresión incómoda.
—”Nada” —farfulla Anisa fulminándome con la mirada.

—Anisa, basta —la reprende Irina, pero parece que esta vez no se va a callar. Sus ojos rojizos se entrecierran, mientras se aproxima a mí.

—¡No! —dice levantando los brazos—. Estoy harta de tener que quedarme con ella, cuando yo debería estar en otra parte.

—Con Armen —digo sin pensar. Sus ojos parecen despe- dir fuego, la he terminado de poner furiosa.

—¡Por favor, basta! —suplica Irina, pero Anisa no retro - cede, ni yo tampoco aparto la mirada. Tiene que ser eso. No hay más explicaciones.

—Ustedes los humanos son una molestia —escupe las pa- labras con odio—. Si no tuviéramos que protegerlos...

—Tú también fuiste un humano —le recuerdo. —Por desgracia —resopla negando.

—¿Por qué nos odias tanto? —pregunto intentando com- prenderla. Sacude la cabeza y da un paso hacia mí.
—Te equivocas, no los odio a todos. —¡Por supuesto que no!

—Solo a mí, ¿cierto? —Suelta una carcajada y niega. —No tienes idea, niña.

Crees que el mundo gira sobre ti.

—Eso no es verdad —protesto molesta ante su actitud burlona. ¿Qué le he hecho yo?
—Anisa, detente —insiste Irina.

—¿Por qué me odias tanto? —cuestiono. Me mira con una sonrisa irónica y sin que pueda contenerme digo lo que he pensado desde que vi aquella escena en el comedor—. Es por- que estás enamorada de él, ¿verdad? —Su rostro se transforma en una mueca furiosa y se lanza contra mí.

—¡No! —grita Irina. Por instinto muevo mi brazo y para mi sorpresa, logro bloquear su golpe. Sus ojos expresan tanto desconcierto como el que siento yo.

—¡Anisa! —Uriel nos observa con expresión inmutable desde la puerta. Ella no se aparta, ni parece menos molesta ante su presencia—. Anisa retírate —ordena con voz autoritaria.

Anisa titubea, pero aparta el brazo y se marcha.

—Gema, ¿estás bien? —pregunta Irina con preocupación. ¿Estoy bien? No sé qué hice. Ni siquiera sé cómo logré adivinar su golpe o resistirlo.

—Tú también retírate —demanda Uriel. Irina levanta el rostro, pero no se mueve.
—Lo siento, pero...

—No voy a hacerle nada. Trae hielo para su brazo —dice mirándome. Irina frunce los labios, evidentemente poco convencida.

—De acuerdo —murmura dedicándome una mirada in- tranquila.

—¡Espera! —exclama Uriel—. Una cosa —Irina lo mira antes de marcharse—. Si tienes quejas sobre la guardia, bien podrías aportar ideas en lugar de solo criticar.

Irina parece tan sorprendida como yo. ¿Cómo lo sabe? ¿Nos escuchó?

—Con gusto, señor Haros —afirma con una sonrisa y des - aparece por el pasillo que conduce hacia la cocina. Uriel avanza hacia mí, mirándome burlón.

—Vaya con el juguetito, tiene agallas —se burla. Bajo mi brazo, pegándolo a mi costado notando que comienza a doler—. ¿Cómo hiciste eso? —pregunta con autentico interés.

Se a lo que se refiere. No fue algo instintivo del todo. —He entrenado un poco —digo sin pensarlo.

—Interesante —comenta sujetando su barbilla—. Podría enseñarte a pelear...
—¡No! —Armen entra como un rayo y se sitúa entre los dos—. Tú no harás nada.
—Oye, Armen —protesta Uriel, levantando las manos—. Hablo solo de enseñarle a defenderse.
—He dicho que no —repite con convicción.

—Creo que es una buena idea. —De nuevo la puerta se abre y ahora es Rafael quien entra, pero no está solo. Una chica humana lo sigue.

—Debieron avisarme de que habría reunión de jugue - tes —Uriel se mofa mirando a la chica, la cual lleva puesto un ajustado vestido rojo—. Rafael, ¿quieres que enseñe al tuyo a defenderse? —pregunta con tono sarcástico. El rubio tuerce el gesto, pero no responde—. Creo que sería complicado. No parece tener tanta energía como esta.

—Deja de referirte a ella de ese modo —protesta Armen. —Señor Regan —Irina aparece con una bolsa con hielo. —Lleva a Gema a su habitación, Violeta las acompañará.

—Entendido. —Me toma del brazo y mira a la chica quien, sin apartar los brazos del pecho, cruza la estancia y nos sigue, evidentemente incómoda.

¿A qué se refiere Uriel con enseñarme a defenderme? ¿Por qué haría él algo así? Esta chica, ¿es la donante que tiene una relación con Rafael? Ella no parece como el resto de las personas que vi. Su mirada es normal. ¿Qué ha pasado para que Anisa esté tan molesta? ¿Realmente tiene una relación con

Armen? El solo pensarlo me duele. ¿Por eso no puede corresponderme?

ISELA REYES

Capítulo 12



Irina empuja la puerta de mi habitación y me conduce hasta el tocador.

—Tráeme algo de beber —pide la chica sin amabilidad. Noto el desagrado en el rostro de Irina, algo totalmente inesperado. Conmigo ha sido muy amable desde que llegué aquí. Irina sujeta mi mano y niega.

—Levanta —me ordena colocando mi brazo sobre el mueble, poniendo la bolsa de hielo justo sobre el golpe.

No soy una experta en pelea, pero Pen y Alain me enseñaron lo básico, como bloquear los golpes y algunos ataques para poder defenderme. Después de que Pen se marchara, fue Alain quien me ayudó a practicar en los ratos libres. Obviamente, a escondidas de mi familia. Y únicamente para los repudiados, puesto que estamos muy lejos de enfrentar a los vampiros.

—Estoy bien —aseguro dedicándole una ligera sonrisa, al tiempo que trato de retirar el hielo.

—No seas terca, mantenlo ahí un rato. Te dolerá más tar - de, te lo puedo asegurar. —No quiero discutir con ella. Dejo que coloque de nuevo la bolsa de hielo y mantengo el brazo inmóvil. Irina asiente y mira de reojo a la chica—. Ahora regreso con su bebida —dice saliendo de la estancia, dejándonos solas.

A pesar de que es una humana y debería sentirme familiarizada con ella, no es así. Hay algo en su persona que no me ins- pira confianza. No es como el resto de los donantes que he visto, pero tampoco parece muy amigable. Camina por la habitación observando todo con detenimiento, manteniendo una expresión de desagrado. ¿Cuál es su problema? ¿Desorden, suciedad? Imposible. Irina limpia la habitación y yo también lo hago cuando tengo oportunidad, no hay nada fuera de su lugar.

—Es demasiado simple —murmura de pronto—. Debe - rías pedir una cama más grande y obviamente, una habitación más amplia. Tu guardarropa es demasiado ordinario —dice ti- rando de uno de los vestidos.

—Para mí, está bien —digo en voz baja. Se gira y me mira con una mueca de disgusto.

—No seas ingenua. —Sonríe con malicia y sacude la ca - beza, haciendo que sus rizos negros se agiten—. Al menos de- berías obtener algo más que esto —señala el lugar con la mano, como si fuera insignificante—, por todo lo que tienes que so- portar.

Miro horrorizada la puerta. Aunque estén a unos metros, estoy segura de que nos escuchan perfectamente. ¿No lo sabe? —No deberías decir eso —susurro lo más bajo que puedo. Ella agita la mano con desdén mientras se acerca a la ventana. —¿Por qué te tienen encerrada? —pregunta tirando del candado—. ¿Eres una presa?
—No.

—Eso parece. —Se encoge de hombros—. Los odio — masculla dejándome atónita—. Y él lo sabe, si es lo que te pre- ocupa. Se lo he dicho varias veces.

Parpadeo sin saber que decir. ¿Qué le sucede?

Es cierto que yo también lo he dicho o dado a entender, pero es distinto. En este momento hay tres vampiros de sangre pura en la sala y dos subalternos en alguna parte de la casa, no debería decir eso.

—Pero... —balbuceo tratando de pensar una manera de arreglar las cosas. Pero no creo que haya algo que justifique su afirmación.

—¿Sabes? Él solo ve en mí a la mujer que am ó y que murió. Quiere un reemplazo. Es lamentable —comenta con sar- na—. Dime, ¿tú no lo odias? —Irina aparece en la puerta con un vaso que contiene alguna especie de bebida.

—Aquí tiene su bebida —dice inc ómoda, luchando por no arrojárselo en la cara. Noto como se contrae su siempre despreocupado rostro y como sus dedos presionan la superficie de cristal. Lo ha escuchado. Desde luego que lo ha hecho.

—Lo digo en serio —continua la chica tomando un sorbo de la bebida—. Deberías pedirle más cosas a cambio. Después de todo, estás con el —arruga la nariz y niega— vampiro más poderoso de la ciudad...

—¡Violeta! —Su nombre se escucha antes de que Rafael aparezca en la puerta. Su rostro parece agitado y su mirada es furiosa. Sin embargo, ella no se inmuta.

—Bueno... ya está aquí —comenta mirándome con ex- presión burlona. ¿Cómo puede actuar así? ¿No tiene miedo?

—Hora de irnos —interrumpe él con brusquedad y ella gruñe irritada. ¿Será posible que la lastime? ¿Debería hacer algo?

—Escucha mi consejo, toma todo lo que puedas —susu- rra y avanza hacia la puerta.
Pasa junto a él sin molestarse en mirarlo. Qué extraña es.

Reparo en Rafael, quien continúa junto a la puerta, mirándome fijamente. Parece como si quisiera decirme algo, pero Irina se mueve bloqueando mi visión.

—Se ha puesto rojo —comenta levantando mi brazo.

—Pero no duele —miento aún aturdida por la presencia de ese vampiro. Pero tengo que aceptar que el malestar ha aumentado.

—Pudo romperlo —dice con gesto reprobatorio—. No debiste provocarla de esa manera.

—Yo... —Sé que no debería haberlo dicho, pero su acti - tud me molesta. Ha sido grosera desde que llegué y siempre está con él. Es evidente que le gusta.

—Sabes a lo que me refiero —Es la primera vez que pare- ce molesta conmigo. Suspiro.

Tiene razón, me dej é llevar y dije algo que estaba fuera de lugar. Pero ella comenzó. La forma en la que se refirió a los hu- manos y a mí me enojó demasiado. Ypuesto que no le he hecho nada, la única explicación era esa. Armen.

—Irina —digo con la mirada perdida—. Nunca te he pre - guntado esto, pero ¿existe alguna forma de matar a un vampiro? —Deja caer mi brazo y me mira horrorizada.

—Gema...

—No es por ella, es solo curiosidad. —No sé porque justo ahora me viene a la cabeza esa pregunta. Así como otras muchas.

—Prepara la comida. —Armen entra en la estancia y mi estómago da un vuelco ¿Me ha escuchado? ¿Está molesto? Bajo la mirada a mi brazo. Ni siquiera me atrevo a verlo a los ojos.

—En seguida. —Irina sale deprisa y él cierra la puerta.

¡Ay no! Avanza despacio pero no lo miro. Mantengo la mirada en mi brazo. No es solo por lo que ha ocurrido con Anisa, también por mi comportamiento. He actuado como una ton- ta, como una niña caprichosa. Él nunca me ha ofrecido otra cosa que no fuera sexo y yo he esperado más, eso sin mencionar los comentarios de esa chica y la pregunta que le he hecho a

Irina. Sí, seguro está furioso.

—Mírame. —Mi cabeza se mueve por inercia ante la de - manda que su voz transmite. Sin apartar la mirada, acerca su mano y toca mi brazo—. Hablaremos más tarde de esto —dice con gesto severo.

—Sí —susurro mordiéndome los labios.

Contengo el aliento, esperando que se marche cuanto antes, pero lentamente se inclina hasta besar mi cuello. La sensación de vacío en mi estómago aumenta. Jadeo intentando permanecer inmóvil, pero mi cuerpo responde a su presencia. Quiero tocarlo.

—Fue una imprudencia lo que hiciste —murmura erizan- do mi piel.

—Yo no pienso lo mismo —interviene Uriel. Esta apoya - do en el marco de la puerta, cruzado de brazos y con expresión indiferente. ¿En qué momento llegó? Me pongo rígida ante su escrutinio, pero Armen no se inmuta—. Sigo pensando que po- dría entrenarla...

—Tú entrenas a la guardia, no a ella. Así que olvídate de eso —dice con severidad. Me gustaría decirle que quisiera intentarlo, pero dudo mucho que las intenciones de él sean buenas.

—Y tú, deja de jugar delante de mí. Es desagradable — gruñe desviando la mirada.

No entiendo su comentario, hasta que siento como Armen baja despacio por mi cuello, colocando su oído sobre mi pecho. Se queda de ese modo un instante y luego levanta el rostro, es tan ligero el roce de sus labios sobre los míos, pero basta para acelerar mi corazón. Podría jurar que ha sonreído al notar mi exaltación, pero no estoy segura. Se aparta de inmediato y de nuevo su rostro luce imperturbable.

—Vamos. Tenemos asuntos que atender —dice dirigién- dose hacia la puerta. Uriel se gira y ambos se marchan.

Armen es todo un misterio. Toco donde hace un momento estaba su cabeza y

luego acaricio mis labios. Esto no debe ser, pero mientras más intento convencerme de ello, la necesidad crece de forma desmedida. El encanto de un vampiro es realmente peligroso. Tengo que dejar de pensar en él de esta forma.

—Me retiro señor —murmura Anisa en cuando me ve aparecer en las escaleras. No me mira, pero su postura me indica que sigue molesta, aunque no con Armen.

Bajo en silencio y me acomodo en la silla, justo frente a él.
—¿Cómo está tu brazo? —pregunta llevándose la copa a los labios. No respondo, sigo atenta su movimiento—. ¿Gema? —Bien —balbuceo avergonzada bajando la mirada.

No parece haberle llamado la atención a Anisa por haber intentado golpearme y eso me hace sentir un poco decepcionada. No es que quisiera que lo hiciera, porque en realidad no ha sido gran cosa, pero creí que le importaba un poco.

—¿Segura? Tal vez deberías ir al médico —Niego de in- mediato. Ir a ese lugar me deprime.
—Estoy bien.

Termino la cena más rápido de lo normal, a pesar de que no tengo apetito. Pero no me siento de ánimos para aparentar que todo va bien. Porque no es así. Me disculpo y salgo deprisa del comedor, él no dice nada y eso me alivia. Espero que, así como a Anisa no le ha dicho nada, tampoco me diga nada a mí.

Sentada en el borde de la cama muevo lentamente mi brazo. Esta bastante dolorido, pero no parece haber fractura o algo parecido. Si Pen me hubiera visto, seguro que se hubiera sentido orgulloso. Cuando practicábamos, siempre fallaba y terminaba llorando. Eso le molestaba, pero al final siempre terminaba con- solándome.

—Gema. —Aparto mis ojos de mi brazo, mirando a Irina en la puerta—. Quiere verte en su despacho. —Asiento obser- vando mi aspecto—. Estás bien —afirma con una ligera sonrisa.

—No... —No es que quiera impresionarlo. Todo lo con - trario, mi atuendo es demasiado ligero. Ni siquiera me he colocado la bata.

—Tranquila —dice acercándome para empujarme—. No lo hagas esperar. Anda.

—Pero…
Pone los ojos en blanco y me ayuda a ponerme la bata. —Listo. Ve.

Despacio camino por el pasillo. Di por hecho que ya no me llamaría y estaba a punto de irme a la cama. ¿Va a reprenderme? ¿Por qué no dijo nada durante la cena?

Me detengo y miro la puerta.

—Pasa —dice antes de que mi mano toque. Empujo la puerta y entro. Está de pie, con las manos en la espalda y mirando por el ventanal. Siempre mantiene las cortinas corridas, pero hoy están abiertas. Es la primera vez que veo el cielo nocturno, el reflejo de la luna se refleja sobre su figura—. Ponte cómoda —ordena y para variar, mi cuerpo atiende sus palabras—. De la misma manera en la que le he dejado claro a Anisa que no podía repetirse lo de esta tarde, te lo digo a ti. —Se gira, clavando sus ojos en los míos—. Ella está para cuidar de ti, pero tú tampoco puedes faltarle al respeto.

—Porque es más importante que yo, ¿verdad? —mascu- llo con sorna.
—Gema —reprende. Su actitud aumenta mi enojo. Segu- ramente voy a lastimarla. Como si pudiera hacerlo. ¡Idiota! —He comprendido, señor —murmuro con sarcasmo, pero lo pasa por alto.

—Puedes retirarte.
«Ni mucho menos me voy a ir todavía».
—Antes me gustaría saber algo. —Me mira cauteloso. —Dime.

—¿Anisa y tú...? —¿Por qué estoy preguntando esto? ¿Realmente importa?
—¿Qué?

Sí, sí importa. Porque si ellos dos están juntos, no puedo seguir intimando con él. Aunque debí considerarlo desde el principio.

—¿Tienen una relación?

—No —contesta con rapidez—. ¿Fue por eso que se en - fadó? —pregunta extrañado. ¿Acaso no lo sabía? ¡No puede ser!—. ¿Qué fue exactamente lo que pasó? —Ahora me siento ridícula—. Dime.

—Le dije que me odiaba porque estaba celosa. —Su ex- presión se torna fría. No le ha gustado.

—No es así. Te lo puedo asegurar —dice acercándose a mí y suavizando sus facciones—. Gema —Se sienta a mi lado—. Ella no me ve de esa manera.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque la conozco. —Su respuesta no me convence en absoluto—. Escucha —pide al notar mi mueca—. Ella es la úni- ca persona a la que he convertido.

—¡¿Qué?! —Esto no lo esperaba. ¿La única? ¿En más de doscientos años?

—Lo que la une a mí son los lazos que se forman entre señor y sirviente. Por eso ella siempre está cerca de mí. Pero es solo eso.

Eso explica un poco las cosas.
—Pero me odia —balbuceo torpemente.

He quedado como una tonta. Definitivamente no debería pedirme que venga aquí. Siempre digo algo inapropiado.

—No es así. Puedo asegurarte, que para ella es como si fuera alguna especie de mentor, nada más. Anisa tiene un carácter complicado y con los últimos acontecimientos está muy inquieta.

—¿Le preocupa más que un humano entre al muro que un ataque de impuros? —pregunto irritada. Es absurdo. —No, pero... —Deja la frase inconclusa, algo poco habi- tual en él.
—¿Qué? —Hay algo que no quiere decirme. ¿Qué ocu- rre?—. ¿Qué paso hoy? ¿Por qué salieron deprisa?

—Nada en particular —responde mirando la ventana. Nunca había notado la melancolía que sus ojos transmiten. Pero justo ahora, que mira a la nada, parece tan triste.

—¿Estás bien?
—Ven aquí. —Tira de mi mano, hasta colocarme sobre sus piernas. Retira mi cabello y hunde su rostro en mi cuello.

—No haces esto solo por obligación, ¿verdad? —inquiero sosteniéndome de sus hombros. Sintiendo como mi necesidad de él se diluye poco a poco.

—Si no quisiera estar contigo, podría utilizar muchas formas para persuadirte y no hacerlo. ¿Exactamente qué es lo que quieres que te diga? —pregunta levantando el rostro, mirándome interrogante—. Desde que te vi por primera vez, supe que te quería y no solo como donante. —Mi respiración se vuelve irregular ante la magnitud de sus palabras.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tu corazón me gustó, tus ojos azules como el cielo y tu cabello como el sol —dice tomando un mechón de mi pelo—. Eras especial, Gema, lo sigues siendo. Puedo verlo en tus ojos.

Es cierto que desde que lo vi provocó algo extraño en mí. Recuerdo el escalofrío que recorrió mi espalda, pero en ese instante estaba demasiado perturbada como para pensar en algo más.

—Eres un misterio, Armen —susurro acariciando su ros- tro.

—Soy un vampiro, Gema. No tiendo a ser muy expresivo. Pero si lo que te preocupa es que pueda lastimarte, no debes hacerlo. Yo voy a protegerte, sin importar lo que pase.

—¿Por qué? —Él no tiene la necesidad de preocuparse por mí, es solo un trato.

—Porque eres mía. —Niego ligeramente. Aunque por dentro hago una fiesta. No puedo creer que haya dicho eso. «¡Suya!».

—No, mi sangre es tuya —corrijo serena.
—Mientes. —Pone su mano en mi pecho, justo sobre mi corazón—. Gema, tu eres mía.

Sé que tiene razón, todo le pertenece, es por eso que no pude irme cuando Pen me lo pidió. Ahora lo entiendo. Me inclino y pruebo sus labios.

—Espera. —Me toma en brazos y sale del despacho, pero no se dirige a mi habitación.

—¿Adónde vamos?
—Hoy dormirás conmigo.
—¿Contigo? —pregunto estupefacta. ¿Habla en serio? —Sí —dice sin más.

Nunca antes he estado en su habitación, ni siquiera cerca de ella. Así que no puedo evitar mirarla con asombro y curiosidad. Es realmente enorme, pero a diferencia de lo esperado, tiene pocas cosas. Una cama muy grande, cubierta por una manta roja y almohadas del mismo tono. Un escritorio, un mueble con libros y el armario.

Avanza directo a la cama, depositándome con suavidad y se aparta. Sus manos tiran de su camisa y despacio comienza a quitarse el resto de la ropa. Permitiéndome mirar su cuerpo, como en pocas ocasiones he podido hacer. Es hermoso.

—Te deseo, Gema —murmura haciendo que las ganas se concentren entre mis muslos. Sube a la cama y comienza a desnudarme sin ocultar el hecho de deleitarse al contemplarme—. Eres hermosa. —Sonrío ruborizándome. Jadeo cuando separa mis piernas y se inclina sobre mi pecho—. Yeres mía, solo mía.

«Lo soy», pienso buscando sus labios.

ISELA REYES

Capítulo 13



No es como la primera vez, ni como la anterior. Es algo muy distinto, más íntimo, más profundo. No es solo deseo, no es obligación y lo siento en la forma en que acaricia mi piel. Provocando que cada parte de mi cuerpo se estremezca de una forma deliciosa. Sus ojos no pierden detalle de mi rostro, de mis expresiones, mientras sus manos recorren mis piernas, hasta llegar a mi centro. Gemidos contenidos escapan de mi boca, al mover su mano entre mis muslos. ¡Dios!

Su boca atrapa uno de mis pezones. Jadeo al sentir como su lengua saborea lentamente y da paso a sus dientes, que lo torturan de un modo por demás placentero. Arqueo la espalda dándole más acceso, pidiéndole que no se detenga. Quiero más, necesito más.

—Tranquila —susurra al notar mi ansia. Es demasiado complicado contenerme. Cierro los ojos loca por lo que provoca en mí. Por algo que nunca imaginé poder sentir.

Abandona mis pechos, que al instante se sienten necesitados, pero cuando sus dientes mordisquean mi cuello pierdo el hilo de mis pensamientos. Me aferro a la manta, esperando sentir ese ligero dolor que se ha convertido en algo indispensable. Pero no lo hace, se mueve alrededor de mi cuello y sube por mi barbilla hasta encontrar mi boca. Es un beso suave, lento y exquisito que calma mis ansias.

Sin dejar de besarme, se desliza en mi interior. Despacio, sumamente cuidadoso. Jadeo y muerdo sus labios al sentir como toca lo más profundo de mi ser. Se queda quieto unos segundos observando mi reacción y cuando nota como me acoplo a él, lentamente se mueve. Toda la presión se concentra entre mis piernas y en mi vientre. El deseo es casi doloroso, insoportable. Empujo las caderas y siento como sus labios esbozan una sonrisa ante mi atrevimiento. Quisiera ver su cara, ver esa ex- presión divertida que nunca muestra, pero estoy sumida en las profundidades de lo prohibido, del placer que me regala.

El sudor baña mi cuerpo y siento los espasmos previos al orgasmo.

—¡Armen! —gimo al sentirme al borde del precipicio. —No te contengas, Gema —me apremia con voz ronca.

Acelera la cadencia de sus movimientos mientras asalto con desesperación su boca. Él simplemente me deja ser, me da lo que pido y al mismo tiempo toma mi corazón. Soy suya. Completamente suya.

Esto es por demás irreal. Estoy en su cama, desnuda entre sus brazos, deleitándome con la vista de su pecho. Y aunque no debería, me siento segura, me siento realmente bien. Me enamoré de mi enemigo, de un vampiro.

Armen Regan, el gobernante de Jericó, un vampiro frío, el cual ha admitido desearme y al que le gusto, aunque no ha dicho que me ame. Creo que eso es un poco precipitado, si lo pienso detenidamente. Pero yo no puedo contener lo que despierta en mí y eso me deja en desventaja.

Deslizo la punta de mi dedo por su amplio pecho y sonrío ante la suavidad de su piel.

—Iremos al infierno —susurra.

Levanto la mirada y confirmo que está despierto. Me ol - vidaba que ellos pueden estar tan inmóviles y no demostrar reacción alguna. Sus ojos con esa intensidad que los caracteriza, y a la cual comienzo a acostumbrarme, me miran con curiosidad.

¿Infierno? ¿Existe?

Para ser sincera, hace mucho que dejé de creer en Dios. Y parece que la mayoría de las personas también lo han hecho. Pero que sea precisamente él quien lo menciona me desconcierta.

—¿Infierno? —inquiero en voz baja.

—Sí, Gema. —Est á serio como de costumbre, pero sus ojos expresan auténtica preocupación. De nuevo lo he juzgado mal. Desde luego que ellos sienten y creen. Como lo dijo Irina, una parte de ellos continúa siendo humana.

—No me has obligado a nada —declaro sin dejar de aca - riciar su pecho—. En todo caso, soy yo quien lo hizo. —Besa mi nariz y cierra los ojos.

—¿Quieres hablarme de tus pesadillas? —Me toma por sorpresa su pregunta. Pero ahora que lo recuerdo, él me ha visto despertar en mitad de la noche—. Anoche tuviste una —parpa- deo aún más confundida. ¿Anoche? Imposible.

—No lo recuerdo —pienso en voz alta. Armen escruta con detenimiento mi rostro. Quizás piense que intento ocultar- lo, pero digo la verdad. Es la primera vez que no recuerdo haber despertado, ni siquiera haberlo soñado. Me mira expectante, esperando que continúe, pero estoy en blanco por mucho que trate de recordar.

—¿Qué fue lo que viste?

—Los anteriores sueños fueron raros… —Sin que lo es - pere, mi mente me muestra la imagen de una mujer y un niño. ¿Quiénes son? No recuerdo haberlos visto. ¿Eso fue lo que soñé anoche? Pero... ¿Quién es ella? Una

parte de mí teme preguntar. ¿Y si Armen amó a alguien como Rafael?

—¿Raros? —pregunta sacándome de mi reflexión. Asien - to, tratando de concentrarme en describir los sueños anteriores, puesto que no estoy segura de qué fue lo que vi anoche.

—En el primero de ellos me encuentro en una habita - ción oscura y fría. No puedo moverme, creo que tengo algunos huesos rotos… —Y tengo mucho miedo ¿Eso lo sintió él?—. Afuera hay alguien que llora y pide ayuda... —La voz de una mujer—. Pero yo no puedo hacer nada más que escuchar y eso me angustia —¿Acaso esa mujer y ese niño eran su familia?

— ¿Qué más? —Intento no denotar mis pensamientos tormentosos, pero no puedo evitarlo. Debo suponer que él tuvo antes a alguien.

—Luego la puerta se abre y un hombre aparece diciendo “eres tú” —Su rostro se endurece y cierra los ojos. Como una pieza de rompecabezas, todo parece encajar—. Fue así, ¿ver- dad? —Asiente ligeramente sin cambiar su expresión aturdida.

Siento pena. El dolor y el miedo que ese sueño evocaba era demasiado. Él lo experimentó.

No lo dudo, rodeo su cuello atrayéndolo hacia mí. Él con - tinúa con los ojos cerrados y no opone resistencia. Quisiera ali- viar su sufrimiento, pero no hay manera. Comienzo a repartir pequeños besos por todo su rostro.

—¿Qué haces? —pregunta mirándome desconcertado. —Cuando era pequeña, mi madre hacía esto para recon- fortarme cuando algo me afligía —Me siento un poco tonta. Pero él sonríe ligeramente y se coloca sobre mí.

—Tu presencia me basta para eso —expresa besándome con intensidad—. No hay mucho que contar, Gema —dice in- terrumpiendo el beso para mirarme—. Y no es algo que quiera compartir.

—Entiendo —respondo sin denotar la decepción que me invade ante sus frías palabras.
Bueno, sigue siendo Armen ¿Qué esperaba?

—Pero... —Acaricia mi pelo y frunce el ceño—. Esto no es normal.
—¿Qué cosa? —inquiero preocupada.
—Que tengas esos sueños —Me mira fijamente, como si pudiera encontrar la respuesta en mi rostro—. No hay forma.

—Creo que los veo cuando lo haces.
—¿Cuándo bebo? —Parece aún más desconcertado.

—Sí. La primera vez que lo hiciste, fueron solo borrones y sensaciones extrañas. Creí que era el miedo —admito apena- da—. Pero luego vino la pesadilla y fue más claro.

—Eso es imposible —murmura sacudiendo la cabeza. ¿Imposible?
—¿Por qué? —Niega y sale de la cama, sin dejar de obser- varme como si fuera algún bicho raro—. No lo he inventado…

—Lo sé —contesta pensativo—. No hay forma de que lo sepas, pero... ¿Por qué no me lo dijiste antes? —Me encojo de hombros.

—Apenas me dirigías la palabra.

—Tienes razón. —Se sienta de nuevo en la cama y tira de mi—. Ven —Sin sentir vergüenza, dejo que me acune en su regazo, a pesar de estar desnuda.

—¿Es malo que vea tus recuerdos?
—No. Es solo que nunca he escuchado nada igual —ex- plica cubriéndome con la sabana.

—¿Tú no ves los míos?
—No.

—Oh. —Besa mi cabeza y se pone de pie, conmigo en brazos.

—Hora de vestirnos. Ellas no tardarán en llegar. —¿No están en la casa? —Mueve la cabeza.

—Quería tenerte para mí y si ellas estaban, nos escucha - rían. —Escondo el rostro en su pecho. Corrección: me escu- charían. Porque soy yo quien grita—. No pasa nada —afirma mirándome con ternura. Aliviando un poco la

tensión que sus palabras han formado. ¿Por qué puedo ver sus recuerdos en esos sueños?

Sus palabras me han dejado inquieta. «¿Por qué puedo ver sus recuerdos?». La pregunta se repite, acompañada de otras. «¿Y porque él no puede ver los míos? ¿Qué significa?». Y no solo eso. Tampoco puedo dejar de pensar en lo que no logro recordar del todo. ¿Quién es esa mujer y ese niño? Ahora me siento culpable por no contarle antes. ¿Irina sabrá como lo convirtieron? ¿Anisa? No, no me atrevo a preguntarle. Además, conociéndola, no me lo diría, aunque lo supiera.

—¡Buenos días! —saluda Irina con efusividad.

—Hola —contesto un tanto nerviosa. Me he duchado y cambiado, y ahora sentada frente al tocador, cepillo distraídamente mi pelo.

—¿Cómo te sientes? —Me ruborizo al instante. ¿Lo sabe? —Yo... —balbuceo.
—¿Empeoró? —inquiere sujetando mi brazo.

—¡Oh, mi brazo! —murmuro torpemente. No sé porque he creído que se refería a otra cosa.

—Por supuesto —comenta sin darse cuenta de mi expre - sión de alivio—. No parece tan mal. —Lo mueve un poco, con cuidado. Ni siquiera me acordaba de la pelea con Anisa, mejor dicho, del golpe—. Tienes solo un pequeño hematoma y el hue- so parece intacto. —Sonríe y me mira divertida.

—¿Qué? —pregunto a la defensiva.
—No eres tan frágil como pareces. —La miro sorprendi- da y ella ríe—. No me malinterpretes. Es solo que no pareces alguien que sepa pelear. —Eso mismo dijo Alain, la primera vez que me vio. Pero no creo que haya sido solo eso.

—Creo que Anisa se contuvo. —Asiente pensativa.

—Puede ser. Pero si no hubieras bloqueado el golpe, al menos te hubiera enviado al suelo y quizás hasta dejado inconsciente. Habría dado justo en tu

nariz —dice dando un golpecito con la punta del dedo.

—No lo dudo —murmuro mirando la mancha negruz- ca—. Irina.

—¿Sí?
—¿Qué pasa con esa chica?

—¿Te refieres a esa bruja de Violeta? —Mejor no podía haberlo dicho, pero en ella suena tan extraño. Irina es de esas... bueno, parece ser de las personas que nunca podrían odiar a nadie—. Disculpa que hable así, pero esa chica es un dolor de cabeza.

—Pude darme cuenta. Es un poco... altiva. —Su aire de superioridad y su expresión son chocantes. Muy extraña y atrevida. YArmen se quejaba de mí.

—¿Sabes? Antes de que llegaras aquí estuve trabajando con ellos. Es tan exigente y arrogante como no puedes imaginar. Ya diferencia de ti, a ella no le importa denotar su odio por nosotros.

—Yo no te odio —afirmo un poco apenada, por la primera vez que lo admití.

—Lo sé, Gema. Pero cuando llegaste lo hacías, ¿cierto? —Sí. —No puedo mentir.

—En realidad, comprendo sus reacciones con nosotros. Es algo normal. Pero ella es demasiado, pero más que eso, es una oportunista que se aprovecha del señor Zayn.

—Zayn —susurro extrañada.
—Sí, ese es su apellido. Rafael Zayn. A veces olvido lla- marlos con respeto, pero no se lo digas.
—No lo haré, pero ¿no dijiste que él era...? —«Un obse- sivo con las humanas», pienso para mí misma.

—Sí, ¡lo es! —me interrumpe—. Con todos se comporta como un abusivo, pero como todo el mundo, tiene una debilidad y esa chica lo aprovecha. Al principio era tímida, callada, no rompía un plato, pero cuando se dio cuenta de lo que podía obtener, no se detuvo. Ycomo sabe que Rafael la protege,

siente que puede hacer lo que quiera, incluso insultarlo.

—Ya veo.

—Tú no eres así, ¿verdad? —La miro sorprendida y niego de inmediato. Ella ríe—. Es broma y respecto a lo que dijiste ayer sobre como matarnos...

—Irina, lo siento de verdad —digo apenada.
—Tranquila.
—Era solo curiosidad. Te lo aseguro.

—No pasa nada. De hecho, lo sabrás hoy. Pero no seré yo quien te lo explique.

—¿Lista? —Dirijo mi mirada hacia la puerta. Desde don - de Uriel nos observa—. Hola, juguete de Armen —dice levan- tando ligeramente la mano—. Espero que tu brazo este bien, porque a partir de hoy comenzaremos tu entrenamiento.

—¡¿Qué?! ¿Entrenamiento? —Miro interrogante a Iri - na, quien mantiene la expresión serena sin apartar la mirada de él—. Pero Armen...

—Dio su consentimiento —interrumpe restándole impor - tancia—. Puedes preguntarle a ella —afirma señalando a Iri- na—. Quien estará con nosotros.

—Es cierto, Gema —contesta Irina, más seria que de cos - tumbre—. No tienes nada de qué preocuparte. —Asiento débil- mente.

Esto es totalmente inesperado. ¿Por qué razón quiere enseñarme a defenderme de ellos?

Es la primera vez que utilizamos los pasillos por los cuales llegué. Abordamos un ascensor y luego cruzamos un par de puertas.

—Llegamos —anuncia entrando primero. Miro a Irina y ella pone los ojos en blanco, moviendo la cabeza. Es una habitación enorme y carente de muebles. Tiene algunas cuerdas que penden del techo, varias colchonetas y otros objetos en una de las esquinas—. Obviamente —dice caminando por el espa- cio—. No puedes llevar el mismo entrenamiento que el resto de la guardia.

Así que esta será la sala donde practicarás.

—¿Hay más? —Niega e ignora mi pregunta avanzando a uno de los estantes.
—Al menos otros dos —responde Irina—. Y son más grandes y avanzados que este.

—No necesitas simuladores y nada de esas cosas —ase - gura Uriel—. Dime, ¿sabes cómo matar a un vampiro? —Miro dudosa a Irina, quien asiente.

—Pues... sé que con fuego y con una estaca en el cora - zón —Ambos ríen sin ocultarlo. Frunzo el ceño y me cruzo de brazos—. ¿No es verdad?

—Eso es sólo un mito —asegura tomando una estaca de madera—. Veras, la estaca no nos mata. Solo nos mantiene en un estado de letargo temporal. Pero para lograr hacer eso, tienes que asestar justo en el corazón —niega arrojando hacia el techo la estaca—. Entenderás que es casi imposible, sin ofender —dice falsamente sujetándola antes de que toque el suelo.

—Por otra parte —comenta Irina—. Es verdad que el fue - go nos afecta, pero tendríamos que estar inmovilizados, ya que rápidamente buscaríamos agua o alguna manera de extinguirlo y no lo conseguirían.

—La forma más precisa de matar a un vampiro es cor - tando su cabeza o perforando su pecho, para luego quemarlo o destruir su cuerpo por completo.

—Así es como eliminamos a los impuros —dice Irina con una sonrisa. Lo que me recuerda su comentario sobre dedicarse a eliminarlos.

—Pero no es algo sencillo para un humano —murmura Uriel—. Y te lo demostraré. Irina.
—¿Si? —contesta mirándolo divertida.
—Pelea conmigo. —Esboza una sonrisa irónica y niega, cruzándose de brazos.

—Con todo respecto, pero no creo poder ganarle, señor Haros. —Sus palabras parecen divertir a Uriel, quien también la mira con una mueca burlona.

—Prometo no usar más que mi cuerpo. —La sonrisa de Irina se tuerce.
—De acuerdo —responde avanzando hacia el centro. —No te contengas —sugiere dirigiéndose al centro del lugar.
—No lo haré.

Se sitúan uno frente al otro. Uriel mantiene una postura relajada; mientras que Irina se inclina ligeramente hacia delante, con ambas manos en posición defensiva.

—¿Lista? —pregunta socarrón.
—Sí. —Ni siquiera veo en que instante se mueve. Está sobre Uriel y lanza un golpe a su rostro.

—Demasiado… —dice apareciendo detrás de ella—. Lenta —Irina se gira, pero de nuevo esquiva su golpe—. ¡Len- ta! —repite tomando su pie derecho, arrojándola contra la pa- red. Ahogo un gritillo al imaginarme el impacto, pero para mi sorpresa, con un ágil movimiento logra aterrizar en cuclillas, como un felino.

Uriel niega con una sonrisa burlona, que ella responde, arreglando su cabello. En una fracción de segundo, se mueve y está de nuevo sobre él. Esta vez golpea con fuerza, obligándolo a defenderse con un brazo.

Uriel intenta esquivar sus golpes, que parecen más intensos.

—¿Es todo? —se mofa. Irina sonríe de lado y sin que lo espere, impacta sobre su pecho haciéndolo retroceder hasta golpear la pared.

—Nunca subestime a su rival, señor —musita con la mano sobre el cuello de Uriel, quien no parece impresionado. —Creo que después de todo, serás un poco de ayuda. —¿Gracias? —pregunta con ironía, pero él ya ha dejado de prestarle atención. Camina hacia mí.

—Ahora te mostraré las armas —anuncia oprimiendo unos botones en la pared. Miro a Irina, quien no se ha movido, ni tampoco ha apartado la mirada de Uriel. Ahora que lo noto, parece tan distinta cuando estamos cerca de él—. Esta es una espada —dice Uriel, obligándome a mirarlo.

—¿Una espada? —Asiente. Solo una vez vi una, aun - que era distinta—. Eso no los lastima —comento frunciendo el ceño. Su cuerpo es duro y la historia cuenta que las armas de los humanos nunca fueron capaces de lastimarlos, por ende, también nos rendimos a ellos.

—Te equivocas —asegura deslizando su dedo por el filo, permitiendo que una pequeña gota de sangre brote—. Esta es especial. Es la aleación de los metales más resistentes, que llamamos gratia. Es capaz de degollar con un solo golpe a un vampiro. —Me la ofrece—. Tómala.

—Debe ser pesada —murmuro indecisa. Niega e insiste.

—Aunque no lo creas, es bastante ligera. —La sujeto con - firmando con sorpresa sus palabras—. Está diseñada para ser poco pesada, tanto que incluso un humano pueda usarla.

Miro la espada fascinada. Es realmente ligera, ni siquiera tengo que hacer esfuerzo alguno para sostenerla. Es bastante larga, posiblemente más de un metro, no es como las convencionales, la parte central es un poco curva y más amplia.

—Aprenderás a usarla —dice lleno de convicción y mi- rándome con interés—. Veo que sabes usar una de esas.

—Un poco —confieso moviéndola. Pero esta no es como las viejas espadas que tenemos nosotros y con las que pretendemos hacerles frente.

—Eso facilitará las cosas.

—¿No tienes miedo? —pregunto sin pensarlo. Frunce el ceño—. De mostrarme como matarlos. —Veo la burla en su mi- rada.

—No lo harás. Y no hago esto por ti, sino por Armen. Si te quedas a su lado, tendrás que aprender a defenderte y no ser una carga.

—¿Defenderme? —cuestiono—. ¿De qué?
—De Anisa, por ejemplo —comenta con sarcasmo.

No obstante, sé que no es a ella a quien se refiere. ¿Carga? ¿Defenderme?

¿Qué está pasando realmente? ¿Por qué Armen dio su consentimiento para que aprenda a pelear? Algo no va bien.

ISELA REYES

Capítulo 14



A pesar de su aspecto elegante y su carácter arrogante, Uriel ha resultado ser muy bueno peleando. Lo mismo que Irina. Me ha costado seguir sus movimientos y algo me dice que no estaban haciéndolo al máximo. Me queda claro que un humano está lejos de poder igualarlos. Lo que me lleva a preguntarme, ¿qué gana él con este entrenamiento? No creo poder siquiera tocar su ropa.

Espero mientras él e Irina intercambian algunas palabras, un poco apartados de mí. Jamás imaginé que existieran este tipo de lugares, creí que los vampiros eran hábiles por naturaleza. Camino por un costado y me detengo frente a la puerta ubicada en el extremo contrario. Está un poco abierta, lo que me permite escuchar voces. Acorto la distancia, impulsada por la curiosidad y miro a través de la abertura. Es otra sala de entrenamiento. Hay algunos varones, todos portan el uniforme de la guardia y por supuesto, todos son vampiros. Antes me cuestionaba el hecho de que solo ellos pudieran custodiar la ciudad, enfrentando a los impuros y repudiados, pero ahora entiendo por qué nunca nos han considerado para formar parte de la defensa.

No seríamos capaces de hacer mucho.

—¿Nos vamos? —inquiere Irina detrás de mí. Me giro rá - pido, descubriendo que me mira divertida—. Son guapos, ¿ver- dad? —pregunta dando una mirada por encima de mi cabeza—. ¡Sangre fresca! —dice con un sonoro suspiro. No puedo evitar una expresión horrorizada y ella se echa a reír con ganas. Captando la atención de varios de ellos.

—Mejor vámonos —pido incómoda.
—¿Qué? Es solo en sentido metafórico. —Sonrío forza- damente, pero no contesto.

Cruzamos la puerta y entramos a uno de los pasillos por los que hemos llegado. Uriel se ha marchado, pero ha dicho que me espera mañana al medio día y que tengo que ser puntual, puesto que tiene muchas ocupaciones. Dudo mucho que lo haya dicho de esa forma, pero he captado que no puedo hacerle perder el tiempo.

—Entonces —comienzo a decir una vez que estamos próximas a la casa—, ¿Uriel dirige la guardia?

—Sí. Siempre ha sido del tipo guerrero y cuando se es - tableció el orden en las nuevas ciudades, quedó al frente de la guardia. Es cierto que no son muy amigables, pero son bastantes confiables.

—Ya veo —murmuro tratando de no detonar mi interés, pero no he pasado por alto lo que dijeron durante su pelea—. ¿A qué te referías cuando dijiste que no podrías ganarle?

Irina sonríe y niega.
—Exactamente a eso —dice con tranquilidad—. Un sub- alterno está lejos de ser oponente para un sangre pura. —¿Por sus habilidades especiales? —Se detiene y me mira elevando una ceja, sonriendo de lado.

—¿Has escuchado sobre eso también? —pregunta más divertida que sorprendida. ¡Qué vergüenza! Espero no estar equivocada, como cuando mencioné la estaca y ambos rieron. Si le contara todo lo que suponen las personas, seguro que no podría parar de reír.

—Sí. Se dicen muchas cosas sobre ustedes —respondo sin dar detalles particulares.

—Es de suponer —comenta sin cambiar su actitud des - preocupada—. Pero antes de que preguntes algo más, tengo que decirte que sobre eso no puedo decirte nada.

—¿Por qué? —balbuceo—. ¿Es algo secreto?

—Más o menos —dice retomando la marcha—. En reali - dad, prácticamente nadie conoce con exactitud las habilidades de cada uno de los fundadores. Pero no hay duda de que las poseen y créeme, no querrás verlas.

—¿Tan malo es?
—Algo así. —«¿Sera verdad que pueden hacer arder cualquier cosa que tocan?».
—¿Sabes? Me cuesta creer que no puedas ganarle —ha- blo con sinceridad— Eres increíble.
—No tanto —niega con modestia.
—Lo digo en serio, Irina. Tus movimientos y la veloci- dad. ¡Fue increíble!

—Creo que él no se ha tomado las cosas muy en serio. —Aunque no lo haya hecho, tú eres muy buena.

—Es cuestión de entrenamiento. —Se encoge de hom - bros—. Pero he de aceptar que casi estoy al nivel de Anisa — dice con orgullo.

Supongo que Anisa es de las mejores. No por nada está con Armen. Aún sigo pensando que ella siente algo por él. Aunque después de lo que pasó anoche, me queda claro que él no lo hace y eso me alivia.

—Pero... —Se detiene y me mira divertida.

—¿Por qué trabajo cocinando? —Se anticipa a mi pre - gunta. No parece ofendida, sonríe ampliamente—. Es debido a que tengo un pequeño problema.

—¿Problema? —Frunzo el ceño. ¿Qué problema podría tener? Lo ha hecho

muy bien, demasiado.
—Sí —dice suspirando sonoramente—. Suelo perder el control cuando me concentro demasiado en la pelea.

—¿Pierdes el control? —Mi voz denota la sorpresa que su afirmación provoca. ¿A qué se refiere? Ellos no pierden el control como los impuros y durante la demostración, me pareció que en todo momento estaba bien. Incluso retando a Uriel con la mirada.

—Exacto. Me olvido de todo y... —Niega con expresión seria—. Elimino a quien este frente a mí. No importa que sea compañero o enemigo. —No puedo evitar estremecerme ante su confesión. Irina se percata de mi reacción y hace una mueca, sacudiendo la cabeza—. Jamás te lastimaría a ti. Créeme, Gema.

—Te creo —contesto con poca seguridad muy a mi pesar y eso parece ofenderla.

—Hablo en serio —insiste relajándose—. Como te dije antes. Mi fuerte son los impuros, solo con ellos ha ocurrido. Nunca he asesinado a un humano y no lo haría si fuera consciente. Justo por eso, trato de evitar estar en acción, a menos que sea realmente necesario. O cuando se trata de misiones de rastreo. Ya que para ello no tengo que enfrentar enemigos. —¿Por qué te ocurre? —Se encoje de hombros.

—No lo sé. Simplemente pasa. —Mira el techo y suspira de nuevo—. En una ocasión, mientras perseguía a un grupo im- puros no pude detenerme. Anisa tuvo que someterme a la fuerza y traerme de regreso. Me mantuvieron inmóvil varios días y después regresé a la normalidad, esa fue la ocasión que estuve peor. Ni siquiera recordaba haber visto a Anisa o entrar en la celda. Mi mente se desconectó por completo. Las otras veces no fueron tan malas, bastaba con que gritaran mi nombre o me amenazaran para hacerme reaccionar.

—¿Le ocurre a todos los vampiros? —pregunto un poco inquieta. La idea de que todos puedan sufrirlo resulta preocupante.

—No —contesta rápidamente—. A ninguno que yo co - nozca, solo a mí

—dice con amargura, desviando la mirada—. No sé si se debe al vampiro que me convirtió o que no tengo un señor de sangre a quien servir.

—¿Por los lazos?

—Sí. Pero no solo son los lazos, Gema. Los fundadores tienen la capacidad de controlar tu oscuridad, tu instinto asesino natural. Lo que nos separa de los impuros es una línea tan delgada, que cualquier subalterno podría terminar como ellos sin un señor.

—No creí que fuera tan complicado. —Su sonrisa vuelve a aparecer.

—Es un poco, cierto. Pero dejemos eso de lado y mejor démonos prisa —murmura empujando la puerta dejando a la vista una Anisa con expresión poco amigable.

No bajo la cabeza a pesar de la intensidad de su mirada, ni retrocedo. Armen ha dicho que le ha ordenado no volver a hacerlo y supongo que ella seguirá aquí. Así que debo llevar las cosas tranquilas. Por él.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Irina acercándo- se a ella, como si fuera a darle un abrazo.

—En la ciudad —masculla con indiferencia. Noto como la incomodidad se apodera de Irina. Quien mueve la cabeza y me mira de reojo.

—¿Quieres algo de beber, Gema? —asiento siguiéndola a la cocina. Quedarme con Anisa no me parece la mejor opción. —¿Y Armen? —pregunto al entrar al comedor. Siempre está aquí antes que yo.

—Llegar á un poco tarde —informa Anisa, quien se en- cuentra apoyada en la pared—. Ha dicho que debes comer y que se reunirá contigo en la sala.

«¡Lo veré!». Sonrío inevitablemente y suspiro mirando mi plato.

Ha sido un día bastante entretenido, si lo comparo con los anteriores. Creo que después de todo, el entrenamiento no me viene mal. Aunque no logre hacer mucho, será mejor que estar aquí sin hacer nada.

Termino mi cena, toda, sin dejar nada y subo las escaleras intentando parecer tranquila, pero la risa de Irina me indica que he fracasado. No puedo esperar para verlo, es la verdad. Lo he echado de menos. Me acomodo en uno de los sillones y miro hacia la pared opuesta a la puerta, justo sobre la chimenea, donde se encuentra un enorme cuadro de él.

—Gema. —Aparto la mirada de la pared, dando un res- pingo al encontrarlo sentando junto a mí.

Pareciera que lleva bastante tiempo en su sitio, cosa que es imposible, hace un segundo que desvié la mirada. Su brazo descansa en el respaldo y sus piernas están cruzadas.

—Llegaste —digo conteniéndome para no arrojarme so - bre él. Asiente y mira detrás de mí, donde Anisa aparece con una copa de vino, que le entrega y luego desaparece de nuevo.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento? —pregunta dándole un sorbo a su bebida.

—Bien —balbuceo sin estar segura de dar detalles—. Pero ¿por qué cambiaste de opinión? —No he dejado de pensar en que algo no va bien, sobre todo esa última frase de Uriel—. ¿Pasa algo malo?

—Nada —contesta sin cambiar la expresión de su rostro. —Entonces… ¿Por qué?
—Como entenderás, soy alguien que tiene más enemigos

que amigos, por el simple hecho de estar al frente de la ciudad. —«Nunca lo había visto de ese modo»—. No estoy diciendo que algo vaya a ocurrirte —se apresura a aclarar—, pero vi tu interés cuando Uriel lo mencionó.

—Bueno... —¿Lo notó? Creí que ni siquiera me había mi - rado—. Nunca sabíamos cuando aparecería un repudiado y yo tenía que proteger a mis hermanos.

—Entiendo. Tómalo como un pasatiempo, aunque si pre- fieres...

—¡No! —niego al instante—. No, en realidad, me gusta la idea —aseguro.

Me mira fijamente sin parecer convencido—. Uriel se ha portado bien.

—Sabe que le cortaría la cabeza si no lo hace. —Aunque por la forma de decirlo parece no tener auténticas intenciones de hacerlo, su mirada me indica lo contrario. Es su amigo e Irina dijo que era muy fuerte. No quiero pensar que ellos pudieran enfrentarse, mucho menos por mi culpa.

—Entonces... —digo tratando de disipar la tensión—. ¿Es algo exclusivo para mí? —Sus labios se curvan ligeramente.

—¿Crees que alguno de los demás donantes quisieran ha - cerlo? —pregunta sin esperar una respuesta—. Ellos viven en la comodidad y no se preocupan por eso. No son tan inquietos como tú, Gema. —«¿Inquieta?» Supongo que se podría decir que lo soy.

—¿Puedo preguntar algo más?
—Por supuesto.

—¿Sabes algo de mi madre? —Deja la copa sobre la mesa del centro y relaja su postura.

—Sé que aún está en tratamiento. Es algo normal —expli - ca al ver mi expresión de pánico—. Limpiar a una persona lleva su tiempo, Gema.

—Sí, algo escuch é. —Es lo único que puedo responder. No sé por qué justo en este instante viene a mi mente ese absurdo juramento que le hice y que espero no tener que cumplir. Sé que no lo haré, pero… por primera vez, la actitud de mi madre me resultó extraña.

—Primero se tiene que limpiar su organismo y luego ve - rificar que no haya mutaciones en su ADN, que permitan su reincidencia.

—¿Pueden hacer eso?
—Es en lo que trabajan los médicos.

—¿Eso quiere decir que saben cómo actúa? —Se supone que no es así y que por eso no se puede controlar.

—En términos generales, sí. Pero como cualquier virus, tiene patrones

distintos de ataque dependiendo de cada persona. Por lo tanto, me temo que no es posible desarrollar una vacuna o un método eficaz para erradicarlo por completo. Como lo estás pensando en estos momentos. —Me muerdo el labio. Adivinó mi pensamiento.

—Supongo que, de saberlo, ya la habrían hecho —digo en voz baja—. ¿Te incomoda que haga tantas preguntas?

—En absoluto —afirma acercándose a mí—. Me gusta escucharte. Además, entiendo que eres muy inteligente y eso despierta tu curiosidad.

—¿Es un cumplido? —pregunto mirando sus labios, per- diéndome un poco en ese efecto que ejerce sobre mí.

—Lo es. Ven aquí. —Tira de mi mano y roza mis labios—. Puedo asegurarte que no tienes nada de qué preocuparte. Tu ma- dre se recuperará y estará a salvo, como el resto de tu familia.

—Gracias —susurro antes de que sus labios cubran por completo los míos, callando mis palabras y frenando mis pensamientos.

Una casa. Hay una hermosa casa de madera delante de mí. Un enorme árbol se encuentra a un costado, de una de las ramas cuelga un columpio. No sé porque, pero estoy escondida entre los arbustos. A pesar de ello, puedo ver perfectamente la puerta principal y también escucho como su risa rompe el silencio. «Me gusta escuchar su risa», pienso mientras me acerco otro poco. Como si pudiera sentir mi presencia, la puerta se abre y ella emerge. Moviendo su largo cabello castaño. «Ahí está la mujer que amo». Sus ojos, ahora parecen distintos a los que tanto me gustan. No es la misma, me mira con temor. «Evelyn me teme». No puedo soportarlo…

Me llevo la mano al pecho, intentando regular mi respiración.

¿Otro sueño? Miro entre la oscuridad, pero de nuevo estoy sola en mi habitación. Hago las sabanas a un lado y corro hacia el baño. Tomo una bocanada de aire y abro el grifo. Refresco varias veces mi rostro, intento apartar su imagen de mi mente.

¿La mujer que amo? ¿Se trata de un recuerdo de Armen como los anteriores? ¿Él amó a esa mujer?

Esto es completamente inesperado. Aunque ahora que lo pienso, no sé mucho de él. Es el gobernante de la ciudad, uno de los vampiros más poderosos, pero… de su historia sé poco. Y solo por esos sueños. No estoy segura si me gustaría pregun- tarle.

Suspiro y con pereza me acomodo de nuevo entre las sábanas, dirigiendo una mirada hacia la superficie de la puerta. ¿Por qué ahora? Él no bebió esta noche. Esto es extraño. Me cubro el rostro con la almohada y cierro los ojos, tratando de alejar todo lo relacionado a esos sueños.

—Veo que no tuviste una buena noche —murmura Irina mientras me acomodo sobre el banquillo de la cocina.

—Algo así —respondo bostezando de nuevo. No pude sa - carme de la mente la imagen de esa mujer. Era hermosa. Alta, delgada, de piel blanca, pelo castaño y largo, y unos grandes ojos cafés. ¿Debería preguntarle a Armen? No, quizás crea que estoy celosa. Sobre todo, después de la discusión con Anisa. No debo.

—Hoy te preparé una sopa de verduras y jugo de naranja —explica con una enorme sonrisa.
—Gracias —asiento centrando mi atención en la comida. —¿Seguro que estás bien? Recuerda que tenemos entrenamiento.

—Lo sé. —Y espero que eso me ayude a dejar de pensar en lo que vi. No sé si me gustan más esos sueños aterradores o saber que hubo alguien a quien él amó. Y si eso es verdad, entonces no tengo posibilidades. «Cuando un vampiro elige a alguien, es para la eternidad».

«¡Corre! ¡Corre!».

Es lo único que escucho decir a Uriel durante más de una hora. Me duelen las piernas, me arde el pecho. Nunca en mi vida había corrido tanto. Me desplomo sobre la colchoneta, sudorosa y jadeante.

—Tienes una pésima condición —recrimina mirándome con los brazos cruzados. Parpadeo un par de veces y noto como su rostro se altera. Ya no me mira a los ojos, su mirada está fija en mi pecho, que sube y baja con rapidez.

—¿Puedo mostrarle algo? —pregunta Irina bloqueando su visión. Uriel no parece reaccionar, a pesar de que ella ha puesto su mano en su pecho y está demasiado cerca de él—. Señor Haros —repite un poco más alto, consiguiendo que él la mire.

—¿Qué cosa? —murmura.

—Es solo sobre la rutina —dice empujándolo para que retroceda. Lo hace hasta que están a varios metros de donde me encuentro. ¿Qué fue eso? Me incorporo rápido y me limpio el sudor. Dándole la espalda. ¿Acaso... quería beber de mí?—. ¿Gema? —Miro a Irina, que sostiene un palo largo de metal—. Hora de continuar el entrenamiento.

—Sí. —Dejo de lado la toalla y tomo el bastón que me ofrece, pero me detengo al descubrir que Uriel no está—. ¿Se fue? —pregunto sorprendida.

—No lo necesitamos por ahora —contesta con tranquili - dad—. Además, necesita un respiro. —Así que no fue mi ima- ginación, realmente quería hacerlo—. No ha bebido en varios meses y tú... —Frunzo el ceño, esperando que termine su fra- se—. Eres una tentación.

¿Tentación? ¿Por qué soy una tentación? «Serías un banquete para cualquier vampiro». ¿Por qué no puedo olvidar a ese extraño y lo que dijo? Supongo que tenía razón y es por eso que estoy aquí. No me gusta la idea, mucho menos con Uriel. No lo haría, ¿verdad?

Me detengo en seco al ver a Anisa, está en la puerta del baño.

—¿Cuándo es tu período? —«¡¿Qué ha dicho?!». Siento el rostro arder ante tal cuestión.

—¡Anisa! —chilla Irina apareciendo detrás de ella—. ¿Por qué eres tan brusca?

—Dime —insiste ignorándola.

—¿Por qué quieres saber eso? —murmuro pasando junto a ella.

—¿No es evidente? —farfulla obligándome a mirarla—. Necesitamos prever situaciones. —«¿Situaciones?». Resopla y niega mirando de soslayo a Irina.

—Un embarazo —dice ella.

Siento la sangre abandonar mi cara. De ningún modo imaginé que estaría hablando de esto con un par de vampiresas. ¿Embarazo? Un momento…

—¿Eso es posible? —Intercambian una mirada y Anisa retrocede mirándome como si quisiera golpearme.
—En teoría —contesta a regañadientes—. Ustedes han intimado, así que debemos tener cuidado. Eso deberías saberlo.

—La ley es muy estricta —afirma Irina—, y aunque se pasen por alto las relaciones que hay entre vampiros y humanos, concebir está penado por la ley.

—Si llegaras a quedar preñada, no solo harías que fuera removido de su cargo, sino que incluso podrían condenarlo al destierro. —Me quedo pasmada. ¿Destierro?

—No tenía idea —balbuceo dejándome caer frente al to- cador.

—Por supuesto que no —farfulla negando—. Esas son normas internas de los vampiros. Pero ahora que estás con él, debes saberlas para evitar ponerlo en peligro.

—Entiendo —digo en voz baja.

—De verdad que no tienes tacto —resopla Irina, acercán - dose a mí—. No pasa nada, Gema. Es solo precaución. Así que, ahora iremos con el médico.

«¿Medico? ¡No por favor! No de nuevo».

En mi vida me he desnudado para un desconocido que no sea Armen. Por fortuna es una mujer quien me revisa y quien me hace preguntas íntimas. Después de ver al médico, quien indica que todo está en orden, salimos del lugar.

—Píldoras —murmuro mirando la bolsa que Irina sostie- ne.
—Sí —responde mirando entorno a la plaza.

Hoy hay un poco más de vampiros paseando, son más de las cinco de la tarde. Si no los miro con detenimiento es como ver a personas normales, salvo por sus ostentosos atuendos y evidentemente, sus ojos. Hay mujeres, jóvenes y algunos ma- yores. Ellos no parecen ser ágiles y aguerridos como los chicos que vi ayer. Lo que me recuerda de nuevo que no todos son iguales.

—¿Crees que dirá algo? —curiosea Irina mirando a Ani- sa.
—Por supuesto que no. Ni siquiera debería sorprenderle. —Tienes razón. Eso mismo hace Rafael y Dorian, así que ¿por qué el señor Regan no puede?

—Eres astuta —murmura con una sonrisa ladina. Es ex - traño verlas hablar tan despreocupadas. Incluso Anisa parece otra.

—¡Oh no! —exclama Irina. Noto como Anisa también di- rige la mira al frente con expresión tensa.
—¿Por qué tenía que aparecer? —Resopla apretando los puños.
—No tengo idea. Pero más inoportuna no podía ser. —¿Qué pasa? —cuestiono inquieta, pero ninguna me mira.
—Nada. Actúa normal. —Ambas se adelantan ligeramen- te bloqueando mi vista.
—¡Anisa! ¡Irina! —La voz de una mujer me llega, pero no puedo verla, porque ambas me cubren.
—Señorita Nicola —saludan al unísono.
—¿Cómo esta Armen? —«¿Armen?». Después de Uriel y Rafael, es la primera vez que alguien lo llama por su nombre. —Muy bien. Ocupado como siempre —responde Anisa con serenidad.

—Ya veo. ¿Quién es? —inquiere con recelo. Siento un nudo en el estómago. Ambas se apartan ligeramente y entonces me quedo anonadada. ¡Es hermosa! Su cabello está peinado en largas ondas negras que caen sobre sus hombros desnudos. Sus prominentes pechos sobresalen del corsé oscuro que define su diminuta cintura. Labios rojos y una fila de blancos y perfectos dientes—. Así que es la niña con la que ahora se divierte. — Aunque sonríe, su tono es afilado y sus ojos me fulminan.

—Debemos marcharnos —se disculpa Irina haciéndole una reverencia.

—Con su permiso —dice Anisa tomándome de la muñe - ca, al notar que soy incapaz de moverme. Pero estoy demasiado perturbada por sus ojos rojos.

—Díganle a Armen que espero que pronto me invite a su casa o me visite... Como siempre lo hace. —No digo nada. Avanzo como autómata mientras Anisa tira de mí. Incluso me he olvidado de lo dolorida que estaba por el entrenamiento.

Ellas tampoco dicen nada. Caminan de prisa y no se detienen hasta que cruzamos la puerta de la casa.
—¿Crees que sabía que iríamos? —inquiere Irina miran- do por la ventana.
—Lo dudo. Quizás alguien le dijo que estábamos ahí. —No le gustará al señor. —Ambas me observan fijamen- te.
—¿Qué?

—¿Querías conocer a tu rival? —pregunta Anisa—. Aca - bas de verla —dice con crudeza. Ganándose una mirada de re- proche por parte de Irina—. Es de ella de quien debes preocu- parte. No de mí.

—Anisa.
—Es la verdad —afirma divertida—. No soy yo —asegu- ra encogiéndose de hombros.
—No le prestes atención —susurra Irina cogiéndome la mano—. Ella es solo alguien que está interesada en él. —¿Crees que las vio? —inquiere Anisa ahora con expre- sión concentrada, mirando la bolsa que contiene las pastillas. —Espero que no. O de verdad será un dolor de cabeza.

¿Cuántas mujeres o vampiresas hay en su vida? ¿Acaso solo soy su juguete como dijo Uriel? Comparada con ella, no soy nada. Y soy una humana más, alguien a quien puede reem- plazar. ¿Qué estoy haciendo?

ISELA REYES

Capítulo 15



Cuando llegué a este lugar no pensé en algo concreto, salvo vencer mi odio por ellos y entregarle mi sangre, ya que así podría salvar a mi madre. Enamorarme de Armen nunca fue mi propósito, ni siquiera lo imaginé. Mi familia era el único motivo, la razón que me movía para hacer algo tan desagradable. No sé en qué momento me he perdido y no sé dónde terminará esto. Lo quiero y no puedo evitarlo. Es un hecho. Lo que siento es más fuerte que mi razón, más intenso que el odio que siempre había sentido por ellos. Ni siquiera el hecho de que sea uno de ellos me detiene. Pero al saber que hubo alguien y que quizás hay alguien más ahora, me hace cuestionarme lo que él siente por mí. Si es que de verdad lo hace.

—¿Gema? —Me toma unos segundos darme cuenta que Irina me habla. Me observa con expresión preocupada—. ¿Es- tás bien?

«¿Bien? No lo sé». Estoy un tanto sorprendida.

—El señor Regan es respetable —murmura Anisa cam - biando su mueca

burlona, por una serena—. Es solo que no de- bes fiarte de ella —¿A qué viene su cambio de actitud? Hace unos segundos disfrutó diciéndomelo para ver mi reacción.

—No se atrevería a intentar algo —asegura Irina, pero no parece demasiado convencida.

—¿Quieres decir que podría asesinarme? —pregunto comprendiendo el sentido de sus palabras. Me queda claro que yo no representaría un obstáculo para ella, en muchos aspectos más allá de la fuerza, y eso no me gusta.

—No sé —admite Anisa repasándome con la mirada—. Pero es mejor que no te confíes, en ningún sentido —dice mi- rándome a los ojos.

Desvió el rostro, sintiéndome incomoda con la dirección que ha tomado la conversación.

—¿Por qué tienes que ser tan cruel? —reprocha Irina pa - sando su brazo por mis hombros, a manera de apoyo. Puede que tenga razón, Anisa es cruda, pero creo que es preferible que vivir en la ignorancia—. Por supuesto que no lo haría. —No es lo que me preocupa. Ella es muy bonita y es como él, razón por la que no debería preocuparse. Soy una humana y él mismo lo dijo, es imposible que exista algo entre nosotros.

—Tarde o temprano te ibas a encontrar con ella —reitera Anisa con desdén—. Así que deja de lado tus dudas y miedos humanos, no seas un fastidio como ella. —Da media vuelta y desaparece por la escalera. «Dudas y miedos humanos. ¿Acaso ellos no dudan? Es muy injusta su actitud a veces».

—No le hagas caso.
—¿Realmente no tienen algo? —digo en voz baja. Mueve la cabeza y sonríe.

—No. Ella es partidaria de su causa, me refiero a que lo apoyó cuando su padre llegó al poder y cuando él lo asumió. Pero nunca han tenido nada. Aunque como podrás imaginarte, ella tiene intereses personales sobre él. Eso no se puede negar.

—Me di cuenta de ello.

—Olvídate de ella. Mejor ve y descansa un poco. Debes estar dolorida por todo lo que has corrido y mañana será igual o quizás más duro el entrenamiento. —Casi me había olvidado de ello.

—Entiendo —contesto disponiéndome a retirarme a mi habitación. Necesito pensar o quizás no debería hacerlo. —Espera. Toma. —Me ofrece la pequeña bolsa que reco- gió en la clínica—. No olvides ingerirlas todos los días. —Está bien —asiento con una sonrisa forzada.

Aunque no debería importarme que tenga a alguien o que la ame, en realidad sí me importa. Nunca he tenido nada con otro hombre, porque en términos estrictos Pen era solo un niño y lo más lejos que llegamos fue a un beso. Pero éramos solo niños y fue solo en la mejilla. Sin embargo, ella ha dicho que la visitaba y viceversa. La imagen de esa vampiresa sobre Armen me provoca nauseas. Debo dejar de imaginar ese tipo de cosas.

Miro la puerta que se ubica en la parte superior de la casa, justo en una de las paredes de la sala, y que conecta con los pasillos que conducen a las oficinas principales. La misma por la que llegué aquí y por donde cada tarde Armen aparece. Desde luego que él no caminaría por la plaza, cruzando el corazón del lugar para desplazarse. A veces olvido que él es la máxima autoridad de la ciudad. Alguien a quien maldije en muchas ocasiones y que deseé que muriera. Suspiro y llevo mis rodillas a mi pecho, mirando a través del enorme ventanal. Este lugar es mucho más amplio de lo que creí. Por lo que pude ver esta tarde, son bastantes vampiros los que habitan dentro del muro, aunque no tantos como nosotros.

Escucho el ligero sonido metálico de la puerta al desplazarse y lo veo. Mi cuerpo se mueve por inercia, hasta que estoy de pie.

Lo miro expectante. Apenas hace unas horas que nos vimos y ya lo echaba de menos. Mis ojos recorren sus labios, que se curvan ligeramente al percatarse de mi mirada, pero no puedo evitarlo. Armen abre los brazos.

—Ven. —Sonrío y sin dudarlo avanzo hasta que choco con su pecho. Lo abrazo con fuerza deleitándome con su olor.

—Te extrañ é —confieso sin sentir pena. Me sujeta de la cintura y me

conduce hasta el sillón. Donde me hace colocarme sobre sus piernas.

—¿Cómo te fue hoy? —inquiere observándome atenta - mente, como si quisiera comprobar que estoy completamente bien.

—Bien —contesto acariciando su barbilla. Quiero besar- le—. Corrí mucho, mucho —digo encogiéndome de hombros. —¿Pasa algo? —pregunta tomándome por sorpresa.

—No —miento con la mirada fija en mis dedos que si - guen sobre su barbilla. No puedo mirarlo a los ojos, sabría que es mentira.

Aunque me da la impresión, que de alguna forma él lo sabe. Apoyo mi cabeza en su hombro y suspiro. Anisa tiene razón. Es tonto preguntar por eso. No tenemos propiamente una relación y cuestionar cosas de su vida no sería correcto.

—Nicola y yo no tenemos nada —dice sorprendiéndome. Me quedo quieta y trago saliva—. ¿Por qué te cuesta tanto pre- guntarme?

—Yo... —Suspira de forma audible y sujeta mi rostro. Haciendo que lo mire a la cara. Está completamente serio, pero no parece enojado, más bien... ¿Dolido?

—Puedes decirme lo que sea que te preocupe o te moles- te, Gema. No quiero que te sientas incómoda.

—Pero… en realidad, no es nada.
Él niega, claramente no convencido.

—He vivido muchos años y he visto muchas cosas, puedo entender cualquiera que sea el problema. Sabes que soy un poco distante, pero si no me dices lo que sientes, no puedo adivinarlo.

Tiene razón. No es como si pudiera ver dentro de mi ca- beza.
—Lo siento —me disculpo avergonzada—. Es solo que no quiero perturbarte con cosas sin importancia.

—Ella puede ser muy persuasiva, pero quiero que creas en mí cuando te digo

que entre nosotros no ha pasado y no pasará nada. ¿Queda claro? —Asiento.

—Entonces, olvidémoslo —pido intentando cambiar de tema.

—Te diré algo más. —Le sostengo la mirada, deleitándo - me con sus ojos carmín, que en este momento están tan cerca de los míos. Su olor y la forma en la que estamos sentados me desconcentra—. En mi puesto no tengo tiempo para esas cosas. Además, los vampiros rara vez formamos lazos como el matrimonio, como lo hacen los humanos.

—¿Por qué? —Se encoge de hombros.

—Somos seres solitarios, Gema. Al menos, la mayoría. Para nosotros existen otra clase de vínculos que son aún más fuertes. Pero te repito, Nicola y yo no tenemos nada. —Inclino ligeramente la cabeza en señal de afirmación y su expresión se relaja—. Ahora, dime cómo va el entrenamiento.

—Bien —repito en voz baja.
—¿Bien? —cuestiona ladeando el rostro—. No pareces animada.

—¡No es eso! —aseguro abruptamente—. Me gusta. — Desliza su dedo por mi cuello. Involuntariamente cierro los ojos y respiro con dificultad.

— Entonces...
—Como te dije, corrí mucho… y… practiqué con Irina bloqueos.
—Ya veo. ¿No tienes nada que contarme sobre eso? — Abro los ojos de golpe, mirándolo confundida.
—Pues... —¿Uriel? ¿Se refiere a eso? Se inclina y deposi- ta un beso sobre la línea de mi clavícula.
—Quiero que me cuentes todo —susurra a manera de or- den, pero con poca exigencia.
—No pasó nada —balbuceo aferrándome con fuerza a sus hombros.
—¿Te asustó? —Niego.

—Solo me desconcertó un poco. ¿Quería morderme? — Escucho como ríe y rápido retrocedo, mirando embelesada la imagen de su acostumbrado rostro serio, que ahora está adornado con una ligera sonrisa que ilumina su cara.

—No era precisamente lo que quería hacer —dice dejan - do de sonreír—. Pero no volverá a ocurrir. —Lo miro tensa—. Solo he hablado con él —asegura ante mi expresión.

—Gracias.
—Pero debes contarme todo. ¿Entendido?

—Sí. Lo haré —miento de nuevo. No le he hablado sobre el ultimo sueño, ni mis inquietudes. Puede que Nicola no sea nada, pero en esa visión, él admitía que amaba a esa mujer.

Me dejo caer sobre la cama, mirando el techo y pensando en que quizás debí preguntarle sobre la mujer del sueño, pero después del tema de Nicola, creo que sería demasiado para un solo día. Además, él parece ser sincero. Aunque hoy no me ha invitado a su habitación, ni tampoco hemos hecho nada, ha dicho que tiene que ocuparse de algunos asuntos. ¿Qué es lo que hace? Es la primera vez que pienso en ello. Siempre sale temprano y regresa tarde e incluso permanece largas horas dentro de su despacho.

Ruedo sobre la sabana y hundo el rostro en la almohada. Supongo que no siempre podrá estar conmigo. Y es algo a lo que debo acostumbrarme. Cierro los ojos y me obligo a conciliar el sueño.

—Irina —murmuro observando cómo termina de prepa - rar un pastel. Es increíble todas las cosas que sabe preparar y una pena que no pueda compartirlas con Mai y Taby, seguro les encantarían.

—Dime.
—¿Sabes a lo que se refería Armen cuando dijo que Uriel no quería morderme? —Se detiene y me mira sorprendida.

—¿Eso te dijo? —Asiento y ella niega con una sonrisilla. —Vaya.
—¿Qué era? —Ríe por debajo y niega de nuevo. —Verás... los vampiros tienen debilidad por las humanas. —¿Por la sangre? —De nuevo suelta una risilla. —No sé si nunca escuchaste, pero...

—A los vampiros les gusta tener relaciones sexuales con las mujeres humanas. Es algo como deseo —interrumpe Anisa con aire despreocupado.

Irina la mira un tanto molesta, pero no desmiente su afirmación—. ¿No era eso lo que querías decir?

—Sí, pero como siempre no tienes tacto para decir las cosas —resopla indignada.
—Entonces... —balbuceo comprendiendo todo. Anisa suelta una risa burlona al ver mi cara.

—La razón por la que el señor Regan no desea que estén cerca de ti es por ese motivo. Y aunque la mayoría de los fun- dadores tiene a alguien, Uriel al ser la excepción es susceptible a ti.

—Pero...

—Es algo como instintivo —explica Irina quitando hierro al asunto—. Y es la razón por la que se prohibieron las relacio- nes.

—Sí, para evitar la existencia de híbridos —farfulla dis- traídamente Anisa.
—¿Híbridos? —No había escuche sobre ellos. —El resultado entre la mezcla de un vampiro y un huma- no. —Creí que era un mito.
—¿Por qué? —Intercambian una mirada y Anisa niega.

—Porque no pertenecen a ninguna de las dos especies y si es complicada la convivencia entre humanos y vampiros. ¿Qué crees que pasaría con otra más? —cuestiona como si fuera algo obvio.

—De todos modos, el señor Haros no haría nada —asegu- ra Irina con una pequeña sonrisa.
—¿Porque Armen se lo prohibió? —susurro preocupada. —Algo así —responde Anisa con una sonrisa que no comprendo.

Acomodo mi vestido, intentando parecer normal y que no se dé cuenta de que me he arreglado más de lo que acostumbro a hacerlo. Inspiro con fuerza y llamo a la puerta de su estudio. Empujo la superficie de madera y asomo ligeramente el rostro. Está sentado en el sillón, sosteniendo un libro.

—Pasa —dice cerrándolo, para dejarlo a un lado. —¿Te interrumpo? —pregunto mientras avanzo despacio. Hoy no ha estado en el comedor y me

ha inquietado un poco.

—Para nada. Justo estaba terminando algunos asuntos. Ven. —Me ofrece su mano y como niña pequeña sonrío antes de sujetarla. Gustosa me siento a horcajadas sobre él, como lo he hecho las últimas semanas—. Estaba leyendo algo sobre tus sueños. —Me tenso al escucharlo.

—Dijiste que no era normal, ¿cierto? —murmuro jugue - teando con el cuello de su camisa. No quiero tocar el tema, pues no deseo recordar ese sueño, ni los sentimientos que tenía por esa hermosa mujer, pero tampoco puedo evitar que los mencione.

—Justamente por ello, estaba buscando algún anteceden- te entre los libros de mi padre.

—¿Has encontrado algo? —inquiero mirando curiosa el libro sobre la mesita de al lado. Armen niega ligeramente, colocando sus manos en mi cintura, provocando un ligero escalofrió en mi espalda.

—No, pero seguiré buscando. Aunque debo aclararte, que no significa forzosamente que sea malo. Es más, para conocer a que se debe.

—¿Quieres que te ayude? —Sigo sin hacer nada gran par- te del día, así que leer ayudaría bastante.

—¿Ayudarme?
—Sí, a buscar entre los libros. —Sonríe.

—Creo que no te lo había dicho, pero puedes disponer de ellos.
—¡¿De verdad?! —exclamo sorprendida. Siempre he gustado de la lectura, al menos los que llegan a mis manos. —Por supuesto.
—¿No temes que sepa algo que no deba? —Mueve la ca- beza con una ligera sonrisa.
—No. La mayoría de ellos hablan del viejo mundo. Antes de la guerra y pocos sobre lo que ocurrió después.

Me encantaría poder saber un poco más sobre el tema. —¿De verdad puedo leerlos?

—Sí, Gema —Su mano asciende por mi espalda hasta al - canzar mi nuca—. Mi dulce Gema —susurra antes de atraerme hacia su boca. Me gusta cuando me llama de ese modo.

Me tambaleo, escapando por casi nada del filo de la es- pada.
—¡Más rápido! —grita Uriel con tono exigente—. Estás descuidando tu defensa.

Ha sido un mes agotador y productivo, el nivel de entre - namiento ha ido en aumento. Y aunque sigo lejos de alcanzar a Irina, ahora puedo moverme con más rapidez, leer algunos de sus movimientos e incluso soy capaz de esquivar sus golpes. También he aprendido a usar algunas armas, todas de tipo pun- zocortante. Puesto que las armas de fuego no surten demasiado efecto en ellos.

—Si sigues así, probaremos con los novatos —anuncia mientras me dejo caer al suelo, apoyando la espalda contra la pared.

Ahora mi atuendo es más discreto y no deja demasiada piel expuesta, desde luego por orden de Armen y como precaución, aunque no ha vuelto a suceder lo de la ocasión anterior. Uriel ha sabido cumplir su papel.

Respecto a Armen, las cosas entre nosotros han avanzado un poco menos rápido que mi entrenamiento. Bebe periódicamente, asegurándose de que esté comiendo bien y también duermo algunas noches con él. Aunque las últimas dos semanas no he podido verlo mucho. Se la pasa trabajando o sale de imprevisto. Siempre sin decir a donde, pero no me siento con la seguridad de preguntar.

—¿Novatos? —cuestiona Irina con el ceño fruncido, quien a diferencia de mí, parece tan normal después de nuestro pequeño combate.

—Por supuesto. Tú eres demasiado blanda con ella. —Iri - na pone los ojos en blanco— Es la verdad. Dime, Gema ¿tienes confianza?

—Pues... —Sinceramente no, he mejorado, pero he de aceptar que Irina no intenta golpearme de verdad—. Creo que puedo intentarlo.

—No tienes que hacerlo —asegura Irina, mirándolo con reproche.

—Si no lo haces, ¿qué crees que pasar á? —me pregunta, pero mantiene la mirada sobre Irina—. Seguirás sin avanzar. —Tiene razón.

—Entiendo. Y quiero hacerlo.
—Muy bien. —Sonríe complacido ante mi determina- ción, aunque Irina niega.
Sé que no lo haría con malas intenciones. O eso espero.

—Cómo te dije antes, puedes negarte —susurra Irina mientras me sirve la cena. Miro la silla vacía del otro lado de la mesa, sin prestar atención a sus palabras.

—Está bien. ¿O no crees que pueda hacerlo? —La tomo por sorpresa. Ha sonado un poco más severa de lo que intentaba. —No es eso, Gema. Has mejorado mucho...
—Pero nunca los igualaré, ¿cierto? —Apoya su mano en mi brazo y niega.
—Solo quiero cuidar de ti. No me malinterpretes. —Lo sé. Y te lo agradezco, pero será bueno probarme a mí misma.

—Puedo aumentar un poco la intensidad.
—Veremos que resulta.
—Eres muy obstinada, ¿sabías? —Sonrío.

Hoy he optado por no molestarlo y meterme temprano a la cama. Estoy agotada y en parte eso me ayuda a no hacerme ideas extrañas. Armen tiene muchas ocupaciones y es normal que no tenga tiempo libre. Él mismo lo dijo. Pero no puedo evitar extrañarlo. Abrazo la almohada, inspirando con fuerza.

Es la misma casa. Avanzo con cautela entre los arbustos. Estoy en la parte trasera, cerca de lo que parece un pequeño estanque. Los rayos del sol crean un efecto que me molesta un poco, pero eso no me detiene. Avanzo lentamente. Hay alguien en la orilla. Un niño. Es pequeño, tendrá máximo 6 años. Viste una camisa blanca y unos desgastados pantalones marrón os- curo. Veo su espalda y su cabello castaño. De pronto se gira y se incorpora por completo, permitiéndome ver un par de hermosos ojos color café. Tiene las mejillas regordetas, teñidas por un ligero color rosado. Es lindo. Al verlo

tengo un extraño sentimiento. Se parece a...

—¡Armen! —Giro de golpe hacia la casa y veo a esa mu- jer. ¿Armen? ¿Este niño se llama Armen? No, no, imposible.

—¡Mami! —exclama el pequeño corriendo hacia ella, pasando junto a mí. Sus ojos y los míos se encuentran. Veo el miedo reflejado en su rostro ante la idea de que pueda lastimar- lo. «Me odia», el pensamiento duele.

—Ven cariño —pide con urgencia. El pequeño corre y se lanza hacia sus brazos.
De pronto una furia irracional se apodera de mí.

«Lo odio. Él me la quitó , *él. Tengo que encontrar la forma de recuperarla, pero mientras ese pequeño viva no lo lograré. ¡Maldito sea!»*.

Abro los ojos sumida en la oscuridad de mi habitación. Me llevo la mano al pecho. Ese pequeño... ¿Era Armen? Se parece tanto, pero... No lo entiendo…

—¿Gema? —Levanto la mirada encontrando sus ojos. Está junto a la puerta. Enciende la luz descubriendo así su expresión preocupada. En un segundo lo tengo a mi lado, pero yo sigo sin poder hablar—. ¿Qué ocurre? —inquiere limpiando mi rostro. Estoy llorando y ni siquiera me había percatado de ello.

Examino su rostro. Su pelo es del tono de ese pequeño y salvo por el color rojo que sus ojos tienen, podría jurar que son los mismos que tenía ese pequeño. Son las memorias de Armen, pero era yo quien observaba a ese pequeño. No hay manera de que sea él… ¡No entiendo!

—¿Gema? —repite sacudiéndome ligeramente. Niego es - condiendo el rostro en su pecho. No puedo deshacer el nudo que tengo en la garganta.

ISELA REYES

Capítulo 16



Armen no dice nada, ni tampoco pide explicaciones. Me abraza con suavidad mientras yo lucho por recobrar la lucidez. Me pide que descanse, asegurándome que todo está bien, dice que debo dormir de nuevo, pero a mí no me apetece hacerlo y repetir lo que he visto. Nos quedamos así por un largo rato. No obstante, mi cuerpo se rinde al cansancio y termino profundamente dormida.

Lentamente abro los ojos. La imagen que descubro me toma por sorpresa. Me quedo rígida mirándolo. Armen sigue a mi lado. Mi cabeza descansa sobre su brazo y la otra mano acaricia mi espalda. Me mira fijamente, con una mezcla de in- quietud y ternura. Con su acostumbrada expresión serena que sus ojos traicionan. Lleva la misma ropa de la noche anterior y parece no haberse movido de aquí. ¿Se quedó conmigo?

—Hola —susurra con amabilidad—. ¿Cómo te sientes? —Mi llanto y su expresión consternada al verme en ese estado vienen a mi mente, provocando que una ola de remordimiento me invada. ¡Qué vergüenza!

—Bien. —Logro responder con un hilo de voz, aleján - dome un poco de él. Asiente y se mueve, retirando su brazo e incorporándose de la cama.

Su presencia provoca sentimientos encontrados. Aun no asimilo del todo lo que vi y sentí.
—¿Quieres agua? —Niego ligeramente.
—¿Qué hora es? —inquiero mirando alrededor. Debe ser bastante tarde. ¿Por qué sigue aquí?

—Hoy me quedar é en casa —anuncia con naturalidad. ¿Quedarse? No puedo evitar la expresión de desconcierto ante su afirmación.

—¿No tienes asuntos que atender? —pregunto sin pen- sarlo, sonando con más brusquedad de la que realmente deseo.

—No. Y tampoco ir ás al entrenamiento.
—¿Por qué? —pregunto de nuevo, totalmente confusa.

—Porque necesitas descansar. Creo que has estado un poco estresada —explica con calma—. Ahora arréglate para de- sayunar. ¿De acuerdo? —Asiento de forma automática mientras abandona la habitación.

Me quedo quieta sobre la cama unos segundos. Creo que llego el momento de contarle sobre los sueños y todo lo que he visto en ellos.

Salgo de la cama y entro al baño. Me ducho y cambio de ropa lo más rápido que puedo. No comprendo el sueño, ni siquiera sé por qué lloré de esa forma. Si Armen es ese niño, ¿entonces de quién es ese sueño que vi? ¿Quién es el hombre que ama a esa mujer si no es Armen? Esto es raro.

Respiro un par de veces y abro la puerta. Avanzó lentamente por el pasillo y al llegar a la sala lo veo sentado en el sofá. Tiene la mirada perdida en el cuadro que cuelga de la pared. Me quedo inmóvil mirándolo. Con Armen es difícil saber lo que piensa o saber lo que siente. Justo ahora no parece molesto, ni desconcertado, su rostro perfecto mantiene esa serenidad que conocí el primer día que estuve en este lugar. Sin embargo, sus ojos son distintos, aún con ese color carmín que puede ser inquietante. Se gira despacio y me mira. Me ha sentido llegar, a pesar de que me he mantenido

quieta.

—Ven, Gema —pide con tono normal. Me acerco despa - cio y opto por acomodarme junto a él. Pongo las manos sobre mis rodillas y miro la costura de su ropa, sin atreverme a ver sus ojos. Los cuales parecen hechizarme y ver en mi interior—. ¿Quieres hablar? —Suspiro y asiento ligeramente—. Te escu- cho. —Tomo aire y desvió la mirada por la ventana.

¿Cómo puedo explicarle lo que vi y sentí? ¿Y que no es el primer sueño que he tenido con esa mujer? Creo que es el tercero, si considero aquella noche que dijo que había tenido una pesadilla, la cual no he podido recordar con claridad.

—Este sueño es distinto a los anteriores —comienzo a explicar en voz baja—. Hay una mujer y un niño. Creo que él eres tú, pero… hay alguien observándolos. —Frunce el ceño.

—¿Qué más? —Trago saliva y trato de recordar los deta- lles del lugar.

—Es como un campo, hay una casa y... —«Él me la qui - tó». Dejo la frase inconclusa. Turbada por ese pensamiento. No había reparado en ese sentimiento de odio hacia el pequeño.

—¿Qué más? —insiste Armen frunciendo un poco la frente.

—Un enorme árbol y un lago en la parte trasera de la casa —balbuceo confundida. Espero que diga algo, pero de nuevo parece sumido en sus pensamientos.

—¿Cómo era la mujer? —Parpadeo desconcertada por su cambio de expresión, parece más inquieto—. Descríbela. Por favor.

Tomo aliento antes de comenzar.

—Su cabello es castaño y largo; piel blanca y ojos grandes de color café. —Se levanta de golpe y se mueve por la estancia. Su rostro es una máscara de confusión y algo más. La conoce.

Lo miro atenta mientras camina de un lado a otro. Reparando en su aspecto,

su cabello castaño y su rostro perfecto... ese niño es él. Veo las similitudes.

—Imposible —susurra al mismo tiempo que la palabra se repite en mi mente. Se detiene frente a mí y me examina como si fuera algo fuera de este mundo. Cosa que comienzo a creer.

—El niño tenía tu nombre —murmuro entendiendo lo que ocurre, aun cuando no tiene sentido.
—Pero no puede ser mi sueño, ¿cierto? —inquiere más para sí mismo.
—Eso creo, pero era como si fuera un hombre. Él los ob- servaba. —Niega y deja escapar un profundo suspiro.

—Espera un momento aquí. —Desaparece dejándome con muchas interrogantes. ¿Qué significa ese sueño? Si no es suyo, ni mío, entonces ¿de quién? ¿Quién? ¿Y por qué lo he visto?—. ¿Es ella? —Levanto la mirada.

Armen esta delante de mí, sosteniendo un colgante. Lo tomo y abro el pequeño estuche. Es ella, esa mujer.
—Sí. —Cierra los ojos y sacude la cabeza a ambos lados. —Esto... ella es mi madre —dice retrocediendo—. No hay forma de que tengas esos recuerdos, ni siquiera yo lo recordaba. —Lo siento. —Niega inclinándose frente a mí.

—No estás haciendo nada malo, Gema. Es solo que esto no tiene lógica.
—Lo comprendo. Si Armen era ese pequeño niño y ella su madre, ¿quién era ese hombre? ¿Y por qué tuve ese sueño? Ese pensamiento sigue inquietándome. No quería a Armen—. Era mi madre.

—Ahora tiene sentido.
—Debiste decírmelo.

—Lo sé, pero… parecía no tener sentido. Los primeros sueños eran sobre ti, así que no entendía.
—No pasa nada, pero si ves algo más, lo que sea tienes que decírmelo.
—Lo haré.
—Así que hoy no fuiste al consejo porque te quedaste a jugar con ella.

¡Uriel!
Está en la puerta, mirándonos con reproche.

—¿Qué haces aquí? —cuestiona Armen sin liberarme ni mostrar la menor intención de hacerlo.
—Es algo urgente. Necesito que vengas conmigo, ahora. —Armen me mira preocupado.
—Estaré bien —aseguro forzando una sonrisa, al ser consciente de que tenemos compañía.

—De acuerdo. —Se pone de pie, dejándome sobre el si - llón—. Descansa, Gema. Recuerda que hoy no tendrás entrena- miento —susurra dándole una mirada rápida a Uriel, quien pone los ojos en blanco y resopla.

—Date prisa, Armen —exige con impaciencia. Los veo cruzar la puerta y me dejo caer sobre el mueble. ¿Qué significan esos sueños?

Algo malo ocurre, no se trata solo de la inesperada presencia de Uriel; Irina y Anisa también se han marchado. Camino de un lado a otro, sosteniendo el medallón que Armen me mostró. ¿Por qué no pude darme cuenta de que ella y él tienen tanto parecido? Mentira. Una parte de mí lo hizo, pero no tenía sentido. Armen era apenas un niño, no había manera de que fueran sus recuerdos, por otra parte, veía a través de los ojos de ese hombre...

—Gema.
«¡Dios mío!».

El corazón me da un vuelco al escuchar su voz. Me detengo, girándome y lo veo. Lleva unos pantalones oscuros, una camisa holgada del mismo tono, su cabello luce despeinado y su barba es abundante. Ha crecido, pero sus ojos siguen teniendo ese brillo infantil y salvaje.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono retrocediendo al darme cuenta lo que significa su presencia. Él avanza mirándome con una sonrisa. Ha aparecido por el pasillo que conduce a la habi- tación de Armen. ¿Cómo es que entró?

—Estás bien —dice con un gesto de alivio. Niego una y otra vez. Esto no es correcto.
—Tienes que irte —murmuro agitada. Niega tomándome de la mano.
—Ven conmigo. Yo puedo protegerlos. —Supongo que se refiere a mi familia, pero no puedo, no puedo irme.

—Pen... —La puerta se abre y una Anisa furiosa entra a toda prisa. ¡Esto no puede estar pasando!
—¡No, Anisa! —exclamo poniéndome delante de él, le- yendo las intenciones de Anisa.
—¡A un lado! —gruñe colérica. Irina entra en ese instan- te, su rostro expresa la misma incredulidad que el de Anisa. —No. —Niego apretando con fuerza la mano de Pen. ¿Qué hago? No quiero que lo maten, pero...
—Está bien, Gema —susurra Pen con tono burlón—. No te tengo miedo, sanguijuela.

Anisa gruñe de un modo salvaje que me hace estremecer. Pen no sabe lo que dice. Estoy segura de que lo matará si dejo que lo toque.

—Anisa —interviene Irina acercándose a ella. —¡Cállate, Irina! —rugue sacudiendo la cabeza—. Voy a arrancarle la cabeza.
—¡Por favor, Anisa! —suplico desesperada, pero ella no parece escucharme.
—Voy a hacerlo pedazos —afirma mostrando sus colmi- llos.

—Quiero ver eso —la reta Pen, aumentando su furia. ¿Cómo puede ser tan imprudente? ¿No comprende las cosas? No, él no ha visto lo que yo, no podría entenderlo.

—¡Vete! —ordena Irina sorprendiéndome. Titubeo, pero sé que es sincera, asiento ligeramente y entonces se mueve. Todo pasa en un instante, Anisa se lanza hacia nosotros, pero Irina logra sujetarla, frenando su ataque—. ¡Ahora! —exclama mirándome de reojo.

—¡¿Qué demonios haces?! —grita Anisa, intentando za- farse.
—¡Gema! —Pen me mira suplicante, pero niego soltando su mano y empujándolo hacia la puerta.

—¡Vete! ¡Vete, Pen! —repito angustiada. Me mira con una expresión que no comprendo, pero echa a correr. La puerta se cierra, pero Irina continúa aprisionando a Anisa, quien parece desear asesinarme.

—¿Qué demonios pasa contigo? —pregunta sacudiendo la cabeza. Abro la boca para responder, pero no es a mí a quien se dirige.

—Es su amigo —susurra Irina muy seria.
—¿Su amigo? —escupe las palabras con odio—. Ese tipo quería matar al señor Regan.

¡¿Qué?!
—Eso... —Niego pasmada. ¡No! Pen no lo haría. —Es la verdad —replica furiosa.
—No... —balbuceo confundida.

—Es cierto, Gema —afirma Irina mirándome con com- pasión.

—Eres una tonta —exclama empujado a Irina—. ¿Por qué crees que vino aquí? —Eso no puede ser—. Y déjame de- cirte que es la segunda vez que lo intenta. —«*No he olvidado mi promesa »*. Esas fueron sus palabras. «*Voy a matar a ese tipo. Ya lo veras*». No, no. ¡No puede ser!—. ¿Por qué lo dejaste escapar? —cuestiona fulminando con la mirada a Irina, quien ni se inmuta ante su expresión aterradora.

—Porque no podemos matarlo después de lo que ha ocu - rrido en la ciudad —contesta con tranquilidad Irina. Anisa bufa y levanta las manos frustrada.

—Eso no importa. Debimos eliminarlo.
—Él nos dio esa orden —le recuerda Irina y ella sacude la cabeza.

—Él no está pensando con claridad. Ysi lo dejamos ir, las cosas no terminarán bien. Ya se lo dije. Ese maldito regresará, ¡debimos destruirlo! —gruñe con expresión severa. La crudeza de sus palabras me hace temblar. ¿Destruir a Pen? Pero...

—¿Qué ha ocurrido en la ciudad? —pregunto preocupa - da. Ambas se miran y niegan, sin responder—. ¿Qué pasó? — insisto teniendo un mal presentimiento.

—Una revuelta —contesta Armen entrando en la estan- cia—. Retírense —ordena observándome.
—Señor... —murmura Anisa. Armen levanta una mano y niega.

—Ahora no, Anisa. Retírate. —Ambas abandonan con rapidez la sala, al

mismo tiempo que Uriel entra en la casa. Él también me escruta con detenimiento.

—Creo que nunca he estado más de acuerdo con Anisa que en este momento —farfulla con desdén. Él también lo sabe. —Uriel —lo reprende Armen sin perder contacto visual conmigo. ¿Está molesto? ¿Qué piensa de lo que ha pasado? —Pero en algo tienes razón, matando a su líder solo em- peoraremos las cosas.
—¿Líder? —pienso en voz alta.
—Sí —asiente él—. Ese tipo parece ser el líder de los re- beldes, quienes han ocasionado una revuelta en la ciudad. —Suficiente, Uriel —interrumpe Armen con voz tranqui- la, nada parecido a su mirada.

—Está bien. Ahora, Gema —dice con tono irónico—. ¿Serías tan amable de explicarnos tu relación con ese niño? —¿Qué está insinuando? ¡Ay no!

—Es mi amigo de la infancia —expreso sin pensarlo—. Crecimos juntos, él fue quien me enseñó a pelear. —Las pala- bras salen de mi boca sin que lo desee. ¿Está manipulándome para saberlo?

—Interesante —murmura con expresión inquieta—. Ten - go que admitir que es bastante hábil para entrar y salir sin ser visto por la guardia. Ni por nadie más. ¿Coincidencia?

—Eso significa que tiene un cómplice dentro —asegura Armen y siento como un escalofrió me recorre de pies a cabeza. No creerán que soy yo, ¿o sí?

—No soy yo —declaro temerosa, pero con voz firme. —Ya sabemos que no eres tú —dice Uriel—. Pero debe haber alguien más. Alguien ha estado ayudándolo.
—Comienza por ahí —dice Armen mirándolo—. Anisa. —Ella aparece y se sitúa a un costado de él—. Ve con Uriel. —Entendido, Señor Regan. —Ambos vampiros salen de- jándome bajo su fría expresión.

—¿Qué está pasando en la ciudad? —Es lo primero que pregunto, sin saber si puedo obtener una respuesta después de lo que ha ocurrido.

—Lo siento, Gema —susurra negando—. No puedo de - círtelo. —Sus palabras duelen más que la actitud de Anisa y Uriel. ¿No confía en mí?

—Jamás te traicionaría.
—Lo sé, pero los demás no. —Bajo la mirada, al borde del llanto—. Lo siento, Gema. —Su mano acaricia mi rostro. —Yo no sabía nada —aseguro—. Yo...

—No pasa nada. —Rodea mi cintura con su brazo, suje - tando mi barbilla con la otra—. Tengo que irme. —Niego, pero antes de que pueda decir algo, desaparece.

¿Por qué tenía que pasar esto ahora? ¿Qué significa la presencia de Pen? ¿Realmente ha intentado asesinarlo? ¿Líder de los rebeldes? ¡Imposible! Aunque... Él juro que acabaría con ellos.

—Gema. —La voz de Irina me hace levantar el rostro de la almohada. No puedo evitar que las lágrimas broten. Me siento tan mal, no porque haya hecho algo malo, sino porque estoy en medio de una situación que nunca imaginé.

Siempre los odié y juré destruirlos, es cierto, pero ahora las cosas son diferentes. Sin embargo, las personas fuera del muro son como yo, son humanos. Pen es uno de ellos y tampoco deseo que le ocurra nada malo. Aunque lo peor es que ahora Armen cree que le he mentido y si Pen realmente quiso asesinarlo es posible que piense que lo sabía e incluso que le ayudé.

—Yo no lo sabía —sollozo incorporándome. Irina suavi- za su expresión y se acerca a mí.

—Tranquila. Nadie te culpa.
—Pero... lo defendí. —Y lo volvería a hacer.

—Es tu amigo. Es comprensible. —Niego con una sonri - sa amarga—. Te contaré algo, Gema —dice mirando a la nada y suspirando—. Poco tiempo después de que me convirtiera, me encontré con un viejo amigo. Más que amigo, sabes a lo que me refiero, ¿no? —inquiere con una sonrisa de lado—.

Él descubrió lo que era y uno de mis compañeros de caza, dijo que debía eliminarlo o nos pondría a todos en peligro. En esa época éramos un mito, así que debíamos guardar las apariencias, pero yo no pude hacerlo. Lo dejé escapar.

—¿Y qué paso? —Sonríe y niega.

—Él habló, pero todos creyeron que había perdido la ra - zón. —Me muerdo el labio—. No es lo mismo, porque ahora todos saben que existimos. El punto es que yo no hice lo que debía, por lealtad o lo que haya sido.

—¿Qué está pasando? —Niega.

—Sabes que me gusta decirte las cosas, pero de verdad que ahora no puedo. —Quisiera insistir, pero ya ha hecho de- masiado.

—Gracias por ayudarlo.
—No lo hice por él —afirma—. Sino por ti.
—¿Tendrás problemas?

—Quizás solo que Anisa no me hable algunos días. ¿Quién sabe? —Se encoge de hombros y acaricia mi brazo—. No te preocupes. Pero creo que deberías ser sincera con el señor Regan. Gema, tú le importas demasiado. No tienes idea de todas las cosas que ha hecho por ti.

—¿A qué te refieres? —De nuevo niega.
—Lo sabrás cuando a su debido tiempo. —Me guiña el ojo y se marcha.

«¿Todas las cosas que ha hecho por mí?». Ha salvado a mi madre, a mi familia, les consiguió una casa nueva, me ha permitido entrenar. ¿Se refiere a eso? ¿Hay algo más? Suspiro sentándome frente al espejo del tocador. Mis ojos están hinchados. No debería ponerme a llorar cuando las cosas no van bien, pero, ¿qué puedo hacer? Ahora no solo está el asunto de los sueños, también la aparición de Pen y lo que ocurre en la cuidad. Todo es un caos. Si al menos pudiera hacer algo para ayudar. Miro la puerta. ¡Los libros! Quizás si logro descifrar mis sueños sería de utilidad. Me pongo de pie y me dirijo a su estudio.

Dejo el libro sobre mis piernas y me froto los ojos. He leído bastante, pero ninguno menciona nada sobre ellos, mucho menos sobre sueños.

—Gema. —¡Armen! Me pongo de pie y el libro cae al suelo. Tan rápido como siempre, llega antes y lo toma. Está delante de mí mirándome atento.

—Volviste —susurro.
—Solo necesito que me digas algo.

—Lo que quieras —respondo sin dudar. No tengo nada que ocultar y no quiero que piense algo erróneo.

—Tú fuiste muy directa —dice con calma, aumentando mi inquietud—, por eso haré lo mismo. —Asiento—. ¿Qué significa para ti ese chico? —Lo miro sorprendida, pero com- prendo perfectamente a que se refiere. Yo pregunté lo mismo respecto a Anisa.
—Es mi amigo.

—No me refiero a eso. ¿Hay algo que no me hayas dicho? —Yo…
—Gema.
—Hicimos un juramento cuando éramos niños.

—¿Qué juramento? —Me muerdo el labio con nerviosis- mo.
—Que los destruiríamos —digo tan bajo como puedo, de- seando que no sea capaz de oírlo.

Eso parece sorprenderlo y puedo imaginarme el porqué, estoy de alguna manera confirmando las sospechas de estar im- plicada en los ataques.

—¿Es por eso que ha regresado? —pregunta con una ex- presión molesta, esa que pocas veces muestra. Niego asustada. —Eso fue hace mucho... Yo no he planeado nada… —No me gusta lo que veo en su mirada.

ISELA REYES

Capítulo 17



Haber dicho esas palabras parece un error garrafal. Han pasado varios días y sigo sin saber de Armen. No ha aparecido en el comedor a la hora de la cena, ni tampoco ha venido a mi habitación a beber. Pero no es solo eso. Aunque Irina trata de actuar con normalidad, noto su inquietud y sus largas charlas se han reducido a monosílabos. Por primera vez desde que llegué aquí me siento sola, me siento fuera de lugar. Esto es muy malo, pues no he podido saber nada sobre lo que ocurre en la ciudad, ni con Pen y ni siquiera puedo pensar en preguntar.

Pen. ¿Realmente piensas cumplir tu juramento? ¿Cómo?

Miro detrás de mí, comprobando que Irina se ha rezagado. Eso es algo bueno. Avanzo hacia donde se encuentra Uriel. El único que sigue siendo el mismo, al menos durante los entrenamientos.

—Llegas temprano —comenta con la mirada en un apara - to que sostiene. Mi entrenamiento no se ha interrumpido, pero de alguna forma siento que se

ha estancado. ¿Siguen creyendo que lo usaré en su contra? Es absurdo.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunto con voz firme. Aparta sus ojos de sus manos, y me observa interesado.
—Dime.

—Dijiste que podría practicar con los novatos. —Una sonrisa torcida aparece en sus labios. Él es todo un misterio. A veces parece alguien sumamente frio e indiferente, pero otras, luce como alguien bastante sádico.

—¿Quieres que aumente el grado de entrenamiento?

—S í —contesto decidida. Puede que Armen no crea en mí y que sea verdad lo que han dicho de Pen, cosa que aún no creo del todo, pero algo de lo que estoy convencida es que debo mejorar y poder ayudar. No quiero ser una carga como dijo Anisa.

—¿Por qué? —Frunce el ceño, cruzándose de brazos. —Dijeron que habían querido asesinarlo... —Deja esca- par una risa siniestra.
—¿Yquieres protegerlo o ayudar a que lo maten? —¿Qué? Quiero abofetearlo. ¿Cómo puede sugerir eso?

—¡No! —exclamo escandalizada—. Jamás haría algo así. —Ladea el rostro, manteniendo una expresión incrédula. ¿Tam- poco cree en mí?

—Son de los tuyos, Gema —me recuerda sin ironía—. Sería lógico que estuvieras de su lado. Eso sin tomar en cuenta que curiosamente desde que llegaste aquí, han comenzado esos ataques. —Me quedo de piedra. Imposible.

—No lo sabía —balbuceo. Su rostro se torna burlón—. Pero...

—Y el hecho de que ese tipo sea tu amigo. —No puedo evitar demostrar mi desasosiego. Todo parece apuntarme, pero no es así. No lo es. Durante todos estos años creí que Pen había muerto o que nunca volvería a verlo.

—Yo no lo traicionaría, nunca podría hacerle eso... ya no —digo en voz baja.
—¿Por qué no? —inquiere curioso. Ni siquiera yo estoy segura de esa

respuesta.
—Gracias a él mi familia está a salvo. —Se pasa la mano por los labios.

—De acuerdo. —La puerta del otro extremo se abre. Un vampiro de cabello oscuro y muy alto entra—. Vamos a probar cuánto has avanzado y si estás lista para practicar con los novatos. Así que pelearás con él —dice señalándolo—. Es un impuro que quiere tu sangre así que no tendrá miramientos a la hora de atacarte. —Sonríe de nuevo y mira al vampiro—. Sobre todo, porque sabe que lo odias, ¿entendido, Irvin?

—Señor…
—No intervengas, Irina. ¿Lista, Gema? —Asiento, mis ojos fijos en el subalterno.

El vampiro adopta una postura de ataque. Su rostro apacible se torna aterrador. Deja al descubierto sus colmillos y un ronco gruñido escapa de su pecho. Me coloco frente a él, observándolo con detenimiento, intentando leer sus movimientos.

El sonido de sus pies sobre el suelo es lo que me alerta, antes de sentir el impacto de su mano en mi brazo.

—¡Eres lenta! —grita Uriel. Ignoro su burla e intento re - ponerme del golpe, pero de nuevo viene hacia mí. Logro moverme hacia un costado, pero adivina mi movimiento y me golpea en el estómago. Haciendo que ruede por el suelo varios me- tros—. ¡Está sobre ti! —murmura Uriel. Apenas tengo tiempo de moverme antes de que su puño impacte en el suelo, dejando un enorme hueco que me hiela la sangre—. Si te toca, estarás muerta —me recuerda.

Logro ponerme de pie y componerme un poco. Es imposible atacarlo, es demasiado rápido, solo puedo esquivar sus golpes. ¡No puedo tocarlo! Pero tiene que haber una forma. Obligo a mi mente a recordar todo lo que Uriel e Irina me han dicho. ¡El pecho!

—¡Muévete! —exclama de nuevo Uriel. Corro hacia el lado opuesto logrando esquivar su golpe. Me mantengo agachada mientras él me observa con una sonrisa perversa. Es alto, así que quizás si intento un golpe desde abajo tarde en reaccionar—. ¿Te has dado por vencida?

«¡Jamás! ¡Tengo que poder hacerlo!». Empuño mis manos y me lanzo hacia él, quien al mismo tiempo se mueve.

Ha disminuido su velocidad, puedo ver con claridad su cuerpo acercarse. Tal como lo pensé sus manos al moverse de- jan un hueco. ¿Está haciéndolo a propósito? No tengo tiempo para pensarlo, estamos a escasa distancia. ¡Puedo hacerlo! Solo tengo que golpear con todas mis fuerzas sobre el corazón. Eso no lo matará, pero lo dejará aturdido por algunos segundos. Sus manos se preparan para golpearme. ¡Lo tengo!

Un impacto se escucha. Siento como mi cabeza es proyectada hacia tras, al mismo tiempo que un fuerte dolor recorre mi mano. Es como si mis dedos se rompieran. Caigo de espaldas sobre la dura superficie con la visión desenfocada. Siento un ardor recorrer la mitad de mi cara. He logrado golpearlo, pero él también me ha dado en el rostro.

—¡Mierda! —escucho decir a Uriel, mientras su expre- sión atónita aparece sobre mi cabeza.

—¡Gema! —El grito de Irina resuena en el lugar y en un segundo después la tengo a mi lado. Sus ojos están muy abiertos y una expresión de pánico cubre su rostro—. ¡¿Estás loco?! —grita furiosa—. ¿Cómo se te ocurre? —Uriel no dice nada. Su siempre frío rostro parece contrariado. Quisiera reírme justo ahora por la escena. Nunca lo había notado, pero Irina se dirige a él con mucha familiaridad.

—Lo sé —niega—. Armen me matará.

—Tenemos que llevarla a la clínica —sugiere Irina inter - cambiando una mirada con él. No me gusta la idea de estar en ese lugar, además, no creo que sea buena idea por la expresión de ambos.

—Estoy bien —aseguro intentando incorporarme.

—No te muevas —ordena Irina colocando su mano en mi pecho, evitando que me incorpore—. Podrías tener una fractura. —Niego apartando su mano.

—Es solo un golpe —repito con una mueca que es todo menos una

afirmación—. Estoy bien.
—No lo estás —dice Irina fulminando a Uriel, quien solo suspira y mira al cielo.

—Estoy bien —insisto mientras logro sentarme. De in - mediato busco con la mirada al vampiro. Quien está de pie de- trás de Uriel y no se ve afectado. Una enorme decepción se apodera de mí. He recibido un golpe doble y no he conseguido ni siquiera derribarlo—. Está bien —balbuceo negando.

—¿Estás loca? —cuestiona Uriel moviendo la cabeza. Ha entendido lo que pretendía hacer y su expresión me indica lo patético que ha resultado—. Pudo matarte, ¿qué estabas inten- tando hacer? ¿Golpearlo en el pecho? ¿Con qué? —Lo miro desconcertada.

—Uriel —gruñe Irina, pero él la ignora.
—¿A qué te refieres? —murmuro mirando a Uriel.

—Gema —Irina me sujeta con fuerza del brazo, evitando que caiga. Estoy algo mareada aún.
—Tu mano jamás impactará lo suficientemente fuerte como para inmovilizarlo.
—Pero... —Miro mi mano, se ha puesto roja y no puedo moverla. ¡idiota!
—¿Para qué crees que existen las espadas? ¿Por qué no tomaste una? —Estoy boquiabierta. ¿Espada?
—Tú no dijiste que podía usarla. —Bufa sacudiendo la cabeza. Parece realmente irritado.

—Dije que él quería matarte —farfulla—. Regla número uno: eres humano, jamás te enfrentes un impuro sin un arma. Debiste tomar una.

—No me lo dijiste —niego sintiéndome demasiado torpe.

—Por supuesto que no teníaque decírtelo, tú debes pensar antes de actuar. Escucha. —Avanza hacia la pared, donde pen- den las espadas y toma una de ellas—. Esta no es un arma ordi- naria y no sirve solo para cortarlos. Si por alguna razón llegara a romperse. —La gira y toma el mango—. Puedes usarlo para golpearlos. Está hecho del mismo material resistente y especial, si los golpeas con esto, podrás derribarlos y ganar tiempo para asesinarlos o

escapar.

—Nunca lo mencionaste —protesto poniéndole mala cara.

—No creí que llegaríamos a este punto —responde enco - giéndose de hombros—. Además, te dije que eso se podía hacer solo en caso de una emergencia y cuando no arriesgaras tu vida. —Se pasa la mano por el rostro—. Ahora estoy en problemas. —Me encantaría decirle que no lo creo, porque estoy segura de que justo ahora soy lo último que le importa. Pero prefiero reservármelo.

—Dejará un enorme hematoma —murmura Irina, mien - tras coloca un pedazo de carne cruda sobre la mitad de mi rostro. Creo que algo bueno de esto es que ahora ella se comporta menos indiferente. Aun cuando parece preocupada.

—¿Tan mal estuve? —pregunto intentando aligerar la tensión.
—No puedo decirte, porque no lo vi. Pero...
—Estoy bien —digo con una sonrisa que se congela al sentir dolor.

—Gema. No debiste hacerlo, pudiste morir. —Intento que sus palabras no me afecten, pero lo hacen. No puedo morir, no sin saber que mi madre ha sanado y que mi familia está bien. Eso y el hecho de poder verlo me mantienen en pie. A pesar de que él no quiera mirarme.

—Solo quiero poder hacer algo más que esperar. —Lo haces.

—No lo hago. —Me mira comprendiendo a que me refie - ro. Suspira y se pone de pie, dejándome inmóvil sobre mi cama con carne cruda en mi rostro.

—¿Quieres comer...?
—No, no quiero. —Suspira y sale de la habitación.

Miro el techo, mientras las preguntas inundan mi cabeza. No quiero estar así porque mi mente me traiciona.

Nunca me gustado el olor a carne cruda y sin embargo paso el resto de la tarde percibiéndolo. A pesar de las protestas de Irina, me doy un baño y me

niego a cenar. No tengo apetito.

Me miro en el espejo. Mi pómulo esta inflamado y un poco mi ojo izquierdo. Tengo un aspecto lamentable. Suspiro y me encamino hacia la cama. Solo necesito descansar. Mi mano no la ha llevado tan mal. Tengo los nudillos inflamados, pero no duelen demasiado. Tiro de la sabana, pero mi mano se congela al sentir su mirada sobre mí.

¡Armen!

Dudo en mirarlo, pero mi cuerpo decide por mí. Está en la puerta, observándome. Ya debe saberlo. No parece sorprendido al verme el rostro.

—¿Por qué no quieres comer? —¿Ha venido solo por eso? No puedo creerlo. Me giro por completo hacia él. —No tengo hambre —contesto con un poco de molestia.

Es como el primer día que llegué aquí, de nuevo hay tensión e incomodidad entre nosotros. Pero que después de cuatro días aparezca solo para reprenderme por no comer me irrita. ¿Ni siquiera preguntara si me duele? Lucho por sostenerle la mirada, a pesar de que me duele como están las cosas entre los dos. Mi admisión parece haber creado una enorme grieta entre los dos. ¿Realmente piensa que una simple chica puede destruir a los poderosos fundadores?
—Estoy pensando en suspender el entrenamiento.

—¿Qué? —¡No! Eso no.

Avanzo hacia él, pero retrocede como si fuera peligrosa. Me detengo mirándolo desconcertada y dolida. ¿Ni siquiera me quiere cerca? No entiendo.

Dejar de entrenar sería algo insoportable, es lo único que evita que me vuelva loca y que recuerde su distanciamiento. Pero no puedo decir que lo prometió, porque no ha bebido y después de esto, creo que no lo hará. No sé dónde nos encontramos exactamente.

—¿Por qué? —inquiero con la voz ahogada por las emo- ciones que me

invaden. Me muerdo el labio con nerviosismo. Niega y se va.

Retrocedo y me dejo caer sobre la cama conteniendo las ganas de llorar. Creí que le preocupaba, pero parece que me equivoqué. Quizás simplemente no desea que siga aprendiendo cómo pelear. Quizás cree que quiero asesinarlo. ¿Es eso? ¿Por qué no cree en mí?

Tengo muchos sentimientos encontrados. Me duele la ac - titud de Armen, pero no puedo culparlo. Todo parece culparme y, sin embargo, por un instante, creí que le importaba. Por otro lado, está Pen. Debería recordar quien soy, no para intentar hacer algo contra ellos, sino para recordar de parte de quien se supone debo estar. Soy una humana, debería anteponer a los míos, pero... no puedo evitar pensar en Armen. Creo que me estoy volviendo loca.

La mancha sobre mi pómulo parece bastante grave esta mañana, pues el resto de mi piel contrasta con la negrura que presenta. Algo le dará a Irina cuando me vea. Suspiro y ato mi cabello en un moño. Creo que de reflexiones y lamentaciones ha sido suficiente. Hoy tengo que conseguir derrumbar a Irvin a como dé lugar.

—Gema. —Irina entra en la habitación. Sus ojillos rojizos me miran con detenimiento y su rostro parece horrorizado. —¿Podemos irnos? —pregunto impaciente, poniéndome de pie.

—No has comido. —Niego alejándome del mueble. —Si lo hago ahora, podría vomitar. Comeré después — digo restándole importancia. Pareciera querer decir algo, pero no lo hace.

Sonrío aliviada y salgo de la habitación. No deseo comenzar el día con discusiones, no quiero pensar en nada.
—¿Estás segura? —pregunta de nuevo Uriel, mirándome de un modo extraño.

—S í —respondo con firmeza. Niega y señalándome con la barbilla, mira a Irvin. Quien se incorpora del suelo y avanza hacia el centro del lugar.

—No soy responsable —farfulla mirando a Irina, quien a pesar de estar en

contra no dice nada. Asiento y tomo mi espada. No es mía, propiamente dicho, pero es la que he usado desde que comencé a entrenar. Tomo el mango y lo miro—. Él conoce tu intención, así que mejor cambia de táctica —advierte Uriel. Lo he pensado, pero no voy a ceder—. Ni siquiera estas adop- tando una pose de combate, Gema. —Lo sé y ese es el plan. Escucho como resopla—. Sé benévolo, Irvin —murmura.

El vampiro asiente y se mueve. Salto antes de que su pie me alcance, resbala por el suelo y lanzo un golpe. La espada roza su traje, pero de nuevo echa el cuerpo hacia el frente intentando sujetarme por ambos brazos. Golpeo el derecho y lo esquivo. Nos miramos a distancia. Yo respirando agitada y él tranquilo. Sonríe y se mueve.

¡Perfecto! Esta vez no fallaré. De nuevo voy a su encuentro, escucho resoplar a Uriel, pero esta vez lo conseguiré. Veo su mano lista para golpearme. Giro la espada y con el lado opuesto de la cuchilla, golpeo su mano. Retrocede sorprendido evitando el golpe, bajando la guardia. ¡Ahora! Empujo el mango de la espalda con todas mis fuerzas y... ¡Impacto!

Se tambalea llevándose las manos al pecho y cae pesadamente. Me quedo inmóvil mirándolo. Sus ojos rojos están muy abiertos, pero se ha quedado rígido.

—¿Lo... lo maté? —pregunto temerosa.

—No —responde Uriel acercándose a él—, pero tardar á un poco en reaccionar. —Me mira con una sonrisa de lado—. Me has sorprendido, Gema. —Aparto la mirada de Irvin y ob- servo a Uriel. Es la primera vez que me llama por mi nombre—. Sin embargo, esto apenas es el comienzo.

—Lo sé —afirmo llena de confianza. Puedo hacerlo, pue- do aprender a combatirlos.

ISELA REYES

Capítulo 18



No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi cara mientras avanzamos por el pasillo de regreso a la casa. He com- probado que ese vampiro está bien. No es que esperara que no lo estuviera, pero parecía tan rígido que creí que había hecho algo mal. Una vez más he comprobado lo resistentes que son; después de parpadear un par de ocasiones, se puso de pie y caminó como si nada hubiera ocurrido. Increíble. Pero eso no es lo que me tiene feliz, sino el hecho de que he logrado golpearlo. ¡Lo hice!

—¿Qué te hace tan feliz? —inquiere Irina mirándome con el ceño fruncido. Me encojo de hombros mirándola con una sonrisa infantil. Sé que estoy lejos de igualarlos, pero creo que ahora sería capaz de enfrentar al menos a un repudiado.

—Que he conseguido golpearlo. —Sacude la cabeza con expresión reprobatoria—. Nunca imaginé que pudiera hacerlo. —Rápidamente me explico, para evitar que malinterprete mi efusividad—. Ayer mientras intentaba esquivar sus golpes, es- taba convencida de que no lograría ni

siquiera rozarle. Ustedes son realmente rápidos.

—Eso no debería hacerte feliz, Gema —murmura seña - lando mi rostro—. Tienes un golpe horrible. —Niego sin dejar de sonreír. Sé que lo tengo, pero también sé que sanará.

—Supongo que en algún instante saldr é herida, ¿no? — Pone los ojos en blanco y avanza—. ¿Sabes? —digo siguién- dola—. Cuando entrenaba con Alain, fui golpeada un par de veces. —No de la misma forma, pero si terminaba con algunos cardenales en los brazos y piernas—. Sé que es algo que ocurre. —De nuevo una expresión extrañada atraviesa su rostro.

—De verdad que no logro comprenderte, Gema —con - fiesa contrariada—. La mayoría de las mujeres suelen aterrarse cuando ven a uno de nosotros o cuando se sienten en peligro, incluso yo cuando era humana tenía miedo, pero tú no temes. Ni a nosotros, ni a los golpes.

—No es eso, Irina —explico con calma. Desde luego que una parte de mi les teme, aunque tal vez aquel encuentro me ayudó a superar ese miedo. No lo sé, es algo que nunca había pensado—. Es solo que crecí viendo constantes ataques de re- pudiados y algunos de impuros —respondo encogiéndome de hombros—. Ver morir a inocentes no es algo que me guste y por ello decidí que no me quedaría sentada a esperar mi turno, ni el de mi familia.

—Entiendo. Pero aun así, debes ser cuidadosa. Sigues siendo una humana. —Hago una mueca y ella sonríe—. Lo digo en el buen sentido.

—Aunque no lo parezca. Nunca lo olvido, créeme.

Sí, nunca podría olvidarlo. Ser una humana es lo que me trajo aquí, pero también lo que me separa de Armen. Estoy segura que es por eso que se comporta de esa forma tan distante. Recuerdo su expresión cuando lo besé, era algo similar a cuando le dije que lo quería. ¿A que le teme?

—Nos preocupas —susurra captando mi atención. Se de - tiene y mira hacia atrás—. Él ha estado muy preocupado por ti, sobre todo al ver el golpe en tu rostro. —Bajo la mirada y niego. Ni siquiera pareció importarle cuando me vio.

—No lo creo —digo en voz baja.
—Pues te equivocas —asegura—. Se quedó contigo toda la noche. —Levanto de golpe el rostro.
—¿Qué? —Sonríe y se encoje de hombros.

—No digas nada, se supone que no debes saberlo, pero estos días se ha quedado en tu habitación mientras duermes. — Imposible. ¿Por qué?—. Gema, no debe ser fácil para él. Sé que no le eres indiferente, porque lo conozco, pero debes recordar quién es y lo que eso implica.

—Pero...

—Somos vampiros, Gema. No manifestamos nuestras emociones como los humanos y puede que no sea el más experimentado en ese tipo de cuestiones. Pero de algo puedes estar segura, le importas mucho. También lamento haber estado un poco distante, han pasado varias cosas...

—¿Como que creen que soy una traidora?
—No, Gema. No es eso. Pero no puedo decirte más y es mejor irnos antes de que alguien nos escuche. Vamos.

Sin esperar realmente nada camino hacia el comedor. Sé que de nuevo comeré sola, aunque la idea no me agrada. Me acostumbré a estar acompañada por mi familia, a esas pequeñas charlas y bromas. Sin embargo aquí todo es distinto, silencioso y frío. Hoy ha sido un día lleno de emociones, me siento ham- brienta, así que estar sola no me molesta. Además, ¿qué conseguiré si dejo de comer? Supongo que nada y ahora más que nunca tengo que reponer fuerzas.

Desciendo el primer peldaño y me detengo. Sus ojos están sobre mí. Lleva ropa informal, el cabello ligeramente alborotado y agita distraídamente una copa de vino. «¡Respira, Gema!». Me digo a mi misma recobrando la compostura y retomando mi descenso.

«¿Debería decir algo? No, ha sido él quien ha dejado de hablar conmigo, así que creo que tengo que limitarme a guardar silencio y fingir que no está». Retiro la silla y me acomodo. Intento que mis movimientos sean fluidos, pero saberme bajo su mirada provoca agitación en mí. No solo eso. Justo ahora me

doy cuenta de cuanto lo echo de menos. Mi cuerpo reacciona a su cercanía y me obligo a no mirarlo.

—Gema —saluda Irina colocando el plato de comida de - lante de mí, logrando distraerme. Le dedico una media sonrisa y comienzo a comer—. ¿Quiere más vino, señor? —pregunta con tranquilidad. Veo como Armen niega con la cabeza, ella hace una ligera reverencia y se retira.

De nuevo nos quedamos solos. No aparto la mirada de mi plato y como lo más rápido que mis dientes me permiten. Es incómodo, muy incómodo. Los únicos sonidos que llenan el espacio son mis torpes movimientos sobre la comida, aun cuando intento ser cuidadosa.

—Come más despacio —susurra mientras se pone de pie y se marcha. Respiro aliviada una vez que desaparece. Y junto con él, mi apetito también. No me gusta esta situación, pero ¿qué puedo hacer para revertirla? Él parece no creer en lo que dije, ni siquiera respecto a mis sentimientos. Y si él no siente lo mismo, no puedo obligarlo. Sonrío con amargura mientras tomo otro bocado de comida e intento pensar en algo que no sea él, pero eso es como pensar en dejar de respirar.

—¿Cómo está tu mano? —pregunta Irina mientras termi - na de colocar sobre mi rostro un ungüento, el cual se supone ayudara a que desaparezca el hematoma. En realidad no me importa demasiado, pero ha insistido tanto que no he podido negarme.
—Mucho mejor que mi ojo —contesto con tono socarrón.

—Eso es bueno. —Observo mi imagen en el espejo y sus - piro. No he dejado de pensar en la actitud de Armen y a pesar de que ella afirma que le importo, no soporto su indiferencia. ¿No puede simplemente rechazarme?

—¿Por qué no me envía de regreso? —pregunto en voz alta. Si tanto le desagrado ¿por qué mantenerme aquí? Irina deja de deslizar su mano por mi mejilla y me mira sorprendida. Niega y abre la boca, pero la cierra y mira hacia la puerta.

—¿Quieres irte? —Su pregunta provoca una sensación de opresión en mi pecho. ¿Irme? No, por supuesto que no quiero. No porque no desee ver a mi

familia, no puedo hacerlo hasta que haya terminado el tratamiento de mi madre y porque... dejaría de verlo. Pero si él no quiere verme, no tiene sentido seguir aquí. Ya que ni siquiera se ha alimentado. ¿Qué sentido tiene?

—Es incómodo —susurro bajando la mirada. Coloca su mano sobre mi hombro y hace ligera presión.
—Descansa, Gema —dice con una mirada compasiva. Asiento y en silencio la veo salir.

Supongo que él lo ha escuchado. ¿Lo hará? ¿Me enviará de vuelta? Quizás sea lo mejor, aunque mi corazón no opine lo mismo. Me pongo de pie y me acerco a la cama. Tal vez estoy pensando demasiado en ello, así que debo recordar que solo continúo aquí por mi familia y no por él. Pero sobre todo, que me iré cuando él lo decida.

No sé si es por lo que ha dicho Irina esta tarde, que mis ojos se niegan a cerrarse. En cierta forma quisiera comprobar si es verdad lo que dijo sobre él. Me quedo quieta y mantengo los ojos cerrados al escuchar el sonido de la cerradura. «¡Armen!». Puedo percibir su olor tan claramente, el cual se intensifica len- tamente, es como si estuviera a mi lado. ¿Estoy soñando? ¿O solo mi imaginación me juega una broma? Me giro lentamente, aun fingiéndome dormida y siento su cuerpo junto al mío. Mi respiración se vuelve pesada y sin pensarlo, mi mano atrapa su camisa. Espero unos segundos, pero él no se mueve. Deslizo la palma de mi mano por su pecho, deseando confirmar que no estoy soñando, que está conmigo. Me acerco más y hundo el rostro en su pecho. Manteniendo los ojos cerrados en un intento de parecer dormida, para que no se marche. No lo hace, pero tampoco responde. Levanto el rostro despacio, buscando sus labios. Siento como su cuerpo se tensa, pero no se aparta. Rozo sus labios con suavidad, dejando escapar un profundo suspiro. «¡Armen!».

No digo nada, él tampoco lo hace. Simplemente me abrazo con fuerza a su cuello. Deseando que este instante se prolongue. ¿Cómo puede ser que alguien se convierta de pronto en tu todo?

—Vas a lastimarte —susurra. Sonrío, sabe que estoy des - pierta y aun así no se ha marchado. Niego moviendo ligeramente la cabeza y busco de nuevo su boca. Beso sus labios, siendo presa de esa hambre que he contenido estos

días, mientras mis dedos se hunden entre sus cabellos—. Gema .—Mi nombre en su voz es algo agradable, algo que acelera mi corazón.

—Armen. —Sus manos rodean mi cuerpo y me estrechan contra su pecho.
—Descansa —pide acariciando mi espalda—. Voy a que- darme contigo.
—No quiero dormir —protesto—. Temo que al amanecer de nuevo te alejarás, dejarás de mirarme y no me hablarás.

—No lo haré. Hablaremos, pero ahora duerme. —Mi cuerpo se rinde a su orden y mis sentidos se adormecen—. Me quedaré —repite besando mi oído.

Lo primero que busco es su presencia. ¡No está! Alarmada abro los ojos, pero lo encuentro sentado en el borde de la cama. Se ha cambiado de ropa y parece tranquilo.

—Debo irme. —Me incorporo negando—. Pero habla - remos más tarde, lo prometo. —Quisiera replicar, pero ver la claridad en la habitación me hace saber que es demasiado tarde y aun así, él ha esperado a que despertara.

—De acuerdo —asiento de mala gana. Se pone de pie y se inclina sobre mí. Me mira a los ojos, sujetando mi barbilla y me besa en los labios.

—Por favor, no dejes que te golpeen de nuevo —susurra sobre mis labios—. O no me haré responsable. —Se aparta y se marcha. ¿Qué ha sido eso? ¿No me hare responsable? ¡Oh Dios!

—Espero que hoy tengas mucha hambre —dice Irina en - trando con una enorme sonrisa—. He preparado bastante comi- da. —Asiento devolviéndole la sonrisa.

—Vino anoche —digo sin poder contenerme, aun cuando ella ya debe saberlo. Como su rostro me lo confirma. —Te lo dije. Debes tomar las cosas con calma. Anda, date un baño para que comas antes del entrenamiento.

—Sí. —Salto de la cama y corro hacia el baño. Espero que cuando regrese su actitud no haya cambiado y quiera que hablemos de verdad.

El entrenamiento pasa demasiado lento, es la primera vez en todo este tiempo

que no presto mucha atención. Aunque lo que si pude notar fue el cambio de vampiro para practicar. Esta vez no fue Irvin quien luchó conmigo, sino otro vampiro de nombre Bruno.

Espero ansiosa a que el reloj marque la hora de su llegada. Tengo muchos pensamientos, la mayoría escenarios nada positivos, pero prefiero prepararme para lo peor. Indiferencia y distancia.

—Gema. —Miro a Irina, quien está junto a la puerta de mi habitación—. Quiere verte. —Me pongo de pie sorprendi- da, aún faltan unos minutos para la hora—. Está en el estudio. —¿Y porque la ha envidado a ella a buscarme? ¿Por qué no ha venido?

—Sí. —Tomo una profunda respiración y cruzo la puerta. Quisiera preguntarle a ella, pero supongo que no puede hablar, me limito a mirar como mis pies se mueven.

—Tranquila —susurra Irina, guiñándome el ojo al dete - nernos frente a la puerta del estudio. Asiento y veo como se aleja. Siento como si estuviera a punto de ser enjuiciada. Golpeo un par de veces, anunciando mi presencia, a pesar de que seguro me ha escuchado llegar.

—Pasa. —Abro la puerta lentamente. Está apoyado sobre el escritorio, no lleva chaqueta y tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Cierro la puerta y doy un par de pasos—. Hablemos —dice con expresión neutra, lo que me provoca un nudo en el estómago. ¿Me echará?

—Yo... —comienzo a decir, recordándome que debo ser sincera—. No dije eso para que creyeras en mí, sé que dijiste que era imposible, lo sé, pero tú fuiste el primero… y realmen- te... —No lo veo venir, su boca calla la mía mientras me empuja sobre el sillón.

Sus labios son duros, apremiantes, me roban el aliento. Jadeo al sentir su mano levantar mi vestido y como se coloca entre mis piernas.

—Lo sé, Gema —murmura sin dejar de besarme. —Te amo —repito sin temor. Sé que él lo siente, lo sabe aunque no lo diga. Cada caricia, cada beso me lo grita.

—Mi dulce Gema. —Besa mi cuello lentamente y su mano se detiene sobre mi ropa interior. Se detiene, mirándome fijamente—. Lo siento —se disculpa avergonzado. Sonrío y niego atrayéndolo hacia mí, de forma que nos fundimos en un abrazo. Su cabeza sobre mi pecho y mis brazos acunándola.

—Entiendo —susurro.

—No, no lo entiendes, Gema. —Niega levantando el ros - tro. Su expresión serena ahora parece contrariada y sus ojos se mueven inquietos—. Nunca en mi vida había sentido tanto mie- do como cuando pronunciaste esas palabras.
—Me quedo ató- nita ante su abrupta confesión. ¿Miedo por lo que dije? ¿Él? —. Llevo más de seiscientos años como vampiro y nunca sentí nada igual. Jamás pensé que llegaría a sentir esto. —Señala su pecho.

—¿Por un humano? —aventuro. Niega moviendo la ca- beza.

—Por nadie, Gema. Tú me haces sentir vivo, me haces cuestionarme quién soy, lo que soy, lo que debo hacer. Eres demasiado pura, demasiado perfecta para alguien como yo.

—No lo soy —aseguro un tanto sorprendida por como sus palabras suenan. ¿Por qué no cree que es bueno? Es tan perfecto, tan hermoso y no solo eso, es diferente al resto de ellos.

—Lo eres, Gema. Y yo, un vampiro, estoy robando tu co - razón. —Sonríe con amargura y cierra los ojos con expresión atormentada—. Eso no es algo que me haga sentir orgulloso. No quiero condenar tu vida.

—No lo haces, Armen. No me has obligado a nada. —Pero no debí permitir que ocurriera. Esto no debía su- ceder.
—¿Porque está prohibido? —Entre otras cosas.
— ¿Qué cosas? —inquiero intrigada. Suspira deslizando la punta de sus dedos por mi mejilla sana.

—Debes ser consciente de lo que implica lo que soy. He tomado vidas y hecho cosas que tú no aceptarías. Pero cuando me miras de ese modo, justo como lo haces ahora, cuando dices mi nombre, me haces desearte más que a nada en este mundo. Querer tenerte a mi lado y nunca dejarte ir.

—Simplemente es- toy anonadada. No puedo creer que lo diga, que lo admita—. Perdóname por no saber qué responder cuando lo dijiste, pero estaba aterrado.

—Lo siento. —Sacude la cabeza y sonríe ligeramente. —No lo sientas. Yo soy quien lo hace. Me sorprendiste. —Creí que dudabas de mí, por... —musito.

—No lo hago —interrumpe—, pero por favor, no me mientas nunca.
—Nunca —afirmo—. Te lo dije y te lo repito, Armen — digo sosteniendo su rostro entre mis manos—. Te amo.

—Lo sé, yo también lo hago. —Sonrío ante su expresión avergonzada. Supongo que para alguien que nunca expresa sus sentimientos, esto es algo complicado y su cara lo refleja, pero sus ojos no mienten. Me ama. ¡Armen Regan me ama!

ISELA REYES

Capítulo 19



Acerco su rostro al mío y beso con suavidad sus labios. Armen no dice nada, me deja ser, cierro los ojos y suspiro, disfrutando del roce de nuestras bocas, de la cercanía de nuestros cuerpos, de saber que no estoy fuera de lugar y que mis sentimientos no son del todo ignorados.

—Hay algo que tengo que decirte —susurra transmitien - do tensión, la cual enciende la alerta en mi cabeza. Al mirarlo confirmo que algo no va bien. Está inquieto y sus ojos acentúan su intranquilidad. ¿Qué ocurre?

—Dime. —Retrocede llevándome con él, hasta que esta - mos completamente sentados sobre el mueble. Ha colocado mi ropa en su sitio y sostiene con firmeza mis manos.

—Hay problemas en la ciudad. —Lo supuse. Me incorpo- ro mirándolo con detenimiento.
—¿Qué clase de problemas? —Niega desviando la mira- da.

Mi mente imagina los peores escenarios. Siempre han ocurrido conflictos. No solo con los impuros y repudiados, tam- bién en algunas ocasiones disputas entre nosotros y los vampiros, pero la expresión de Armen y todo el hermetismo que han manejado junto con Irina y Uriel me lleva a pensar que no es algo ordinario. No es algo tan simple como una riña. También está el hecho de que Anisa no ha venido. ¿Dónde ha estado todos estos días? Ella nunca se separa demasiado de él.

—Gema... —dice ofreciéndome su mano. Niego retroce - diendo un par de pasos. Por primera vez, rechazo su llamada. Me obligo a no ceder, cruzándome de brazos y lo miro con una mueca de disgusto. No puede dejarme fuera como la ocasión anterior cuando se supone que Pen intentó atacarlo. Además, si hay conflictos en la ciudad, ellos son mi gente y tengo derecho a saberlo.

—Puedo entender cualquier problema que esté ocurrien - do —digo con determinación. Sonríe ligeramente y mueve la cabeza.

—Eso es lo que temo. —Frunzo en ceño, extrañada ante su comentario.
—¿Aqué te refieres? —cuestiono un poco a la defensiva.

—Te lo he dicho antes, eres muy curiosa. —Sacudo la ca - beza mientras mi malestar crece. ¿Está intentando distraerme? ¿Por qué no puede decirlo y ya?

—¿Qué pasa? —insisto con obstinación.
—Tu familia está bien —asegura sin perder la calma. Eso no hace otra cosa que alimentar mis sospechas.

—Armen. —Desde luego que me importa mi familia, pero creo que esto no tiene que ver solo con ellos—. ¿Qué pasa? —Me observa unos segundos y con gesto resignado asiente.

—Hubo otro ataque de impuros y una revuelta de perso - nas al mismo tiempo. —¡¿Qué?! Parpadeo totalmente confundi- da. ¿Al mismo tiempo? Son las últimas palabras las que captan mi atención. ¿Qué trata de decir?

Asiente despacio, confirmando mis pensamientos. ¡Eso no puede ser!
—No —murmuro sacudiendo la cabeza—. Eso es impo- sible.

—¿Por qué? —Lo miro ofendida. ¿Realmente piensa que los humanos se han aliado a esas cosas? No, ¿por qué harían eso? No, sencillamente no.

—Los impuros jamás se unirían a los humanos. Eso no tiene sentido. Somos su alimento. —Se pone de pie y avanza hacia el ventanal.

—Lo sé, pero en las dos ocasiones que han entrado a la ciudad, alguien también ha penetrado el muro y ese alguien es humano. —¡No! ¡No! Mi mente lucha por encontrar argumen- tos que puedan refutar lo que ha dicho—. Es demasiada coinci- dencia —susurra—. ¿Cómo es que ellos sabían que los impuros atacarían? —pregunta sin esperar una respuesta. "Demasiada coincidencia". Ahora comprendo la actitud de todos conmigo. Supongo que ningún donante podría ayudarlos a llegar a Armen, solamente yo. Pero en todo caso, ¿no resultaría más lógico que los impuros se unieran a los de su misma especie, en vez de a nosotros? No, eso no tiene lógica, ninguna.

—¿Fueron los que intentaron asesinarte? —Gira despa- cio, observándome sorprendido—. Estoy enterada. —Sí.
—¿Te hicieron daño? —Ladea el rostro, frunciendo el ceño.

—¿Te preocupas por mí?
—¿Qué?

—De todas las cosas que podrías preguntar, has pregun - tado por mí. ¿Te preocupo? —Acorto la distancia y sujeto su rostro, mirándolo con reproche. No hay burla en sus ojos, pero me sorprende que no se dé cuenta de lo que significa para mí.

—¿Cómo puedes preguntar algo así? Por supuesto que me preocupo. ¿No lo sabes? —cuestiono dolida.

—Soy una sanguijuela. —Abro la boca para protestar, pero ¿ha dicho sanguijuela? ¿Cómo lo sabe? ¿Me escuchó decirlo?

—Nunca he dicho eso... —Sus labios se curvan ligera - mente, formando una de esas escasas sonrisas que iluminan su rostro. Coloca sus manos sobre las mías, que aun sujetan su rostro, y apoya su frente contra la mía.

—Eres tan mala mintiendo —me acusa sin parecer del todo serio.
—Lo siento...
—Está bien —afirma—. Supongo que en términos gene- rales, ambos tenemos cosas en común.
—Eres diferente. —Niega mirándome con gesto atormen- tado.

—Ya te lo dije. Soy igual a todos. Soy un vampiro. —Es la primera vez que percibo un atisbo de desagrado al pronunciar la palabra. Es como si no le gustara admitirlo en voz alta. No es como Irina o Anisa que sencillamente lo dicen. ¿Acaso Armen no quisiera ser uno de ellos? Nunca antes me planteé esto y recuerdo la forma tajante en la que evitó el tema de su transformación. Aún siento el pavor, la desesperación y el dolor de aquel sueño.
—No, no lo eres, Armen. —Me mira con ternura.

—Bebo de ti y te quiero para mí, ¿no soy egoísta? —Li - bero su rostro y lo abrazo con fuerza. Quisiera borrar el dolor de su expresión, de su voz, de su mirada.

—No, porque yo también te quiero a ti.

—Gema —susurra pegándome a su pecho—. Estoy inten - tando solucionar las cosas de la mejor manera posible. —¿Real- mente es Pen quien está haciendo esto? ¿Será posible que haya hecho una alianza con los impuros para matar a Armen? Me cuesta creerlo, pero siempre fue decidido y sabía cómo convencer a las personas, era un líder nato, lo que se suma a su odio por ellos. Pen perdió todo aquella noche y juró vengarse—. Y si no te conté nada, fue para que no te preocuparas.

—Me preocupo más no sabiendo las cosas. ¿Hay algo que pueda hacer? —Levanto el rostro. Sus facciones se endurecen ante mi pregunta—. Puede que sea una humana, pero he visto que ustedes no son lo que todos creemos. Quizás...

—No te lo he dicho para que intervengas, Gema. Sino para que estés al tanto y sepas que no dudo de ti.
—Pero... —Sacude la cabeza.

—No, nunca pensaría en utilizarte a mi favor. Además, nadie lastimará a un

humano, no pienso comenzar una guerra, quiero solucionar las cosas. Esta ciudad es de ambos. —Sus palabras son sinceras y solemnes. Realmente es un buen líder, le preocupan los humanos también. No solo los suyos.

—Lo sé.
—¿Qué? —inquiere desconcertado. Supongo que espera- ba que dudara, pero no es así.

—Sé que tú no nos odias. —Ahora entiendo los comen - tarios de Irina sobre él—. Creo en ti. —Me mira con un brillo diferente en los ojos y se inclina sobre mi rostro—. No quiero que te pase nada.

—Eres tan dulce. —Sonrío ante su comentario—. Puedo asegurarte que no me pasará nada, pero tampoco quiero que hagas algo. ¿Entendido? —No respondo. No puedo prometer quedarme de brazos cruzados. Ojala tuviera oportunidad de ha- blar con Pen y hacerle entender las cosas, evitar que continúe lo que sea que esté tramando—. ¿Gema? —insiste mirándome con severidad.

—Sí —asiento a regañadientes. Armen relaja su rostro y me toma en brazos.

—Hora de dormir. —Quisiera decirle que no deseo apar - tarme de él, pero supongo que también debe descansar. Me apoyo en su pecho, pasando mi brazo por detrás de su cuello, mientras nos movemos por el pasillo—. ¿Estas cansada?

—No —contesto sacudiendo la cabeza.
—¿Quieres quedarte conmigo? —Levanto el rostro, mi- rándolo sorprendida y con una sonrisa boba en los labios. —¿Puedo? —Me devuelve la sonrisa.
—Sí —responde cambiando la dirección hacia su habita- ción.

—No es sencillo —dice Irina con expresión pensativa, mientras caminamos por uno de los pasillos que conducen a la sala de entrenamientos—. Él debe predicar con el ejemplo, ¿entiendes?

—Sí. —No he podido evitar preguntarle acerca de la gra- vedad que implica la relación entre un vampiro y un humano.

—Entenderás que como están las cosas en estos momen - tos, una relación con una humana no sería bien vista por nadie del consejo y eso implicaría rumores dentro del muro e incluso podrían llegar a las otras ciudades. —No había pensado en ello—. Armen es uno de los tres gobernantes y debe mantenerse apegado a las normas.

—Pero eso es solo en apariencia. —Nos giramos al es - cuchar a Anisa. Está a unos metros de nosotros, apoyada en el muro, con actitud relajada. ¿Dónde estaba?

—Anisa —saluda Irina—. Regresaste. —Se encoge de hombros y con un movimiento de cabeza nos indica que sigamos avanzando.

—Creo que el entrenamiento ha sido bastante entreteni - do, ¿verdad, Gema? —pregunta con tono sarcástico mirando los rastros de mi cardenal.

—No empieces —advierte Irina. Sin embargo, en lo único que puedo pensar en este momento es en Armen y lo que ha explicado—. Mejor dime, ¿cómo han ido las cosas? —Anisa me mira, como pensándolo—. Ella lo sabe.

—Igual —responde un poco sorprendida, supongo que no esperaba que Armen me lo contara—. Los humanos son muy tercos —susurra con malestar—. Dudo que se pueda llegar a un acuerdo. Ese tipo es un necio. —Me dedica una extraña mira- da—. ¿Cómo es que sabe tanto de nosotros?

¿De verdad piensa que se lo he dicho yo?

—¡Hey! —interviene Irina, interponiéndose entre am - bas—. Gema no sabe nada, ese chico dejó la cuidad hace años y justo acaba de regresar. —Ahora es Anisa quien mira sorpren- dida a Irina.

—¿Cómo lo sabes? —Irina sonríe con aire triunfal y se encoje de hombros.
—No olvides que también soy una rastreadora. Tengo mis métodos.
—¿Por qué no me lo dijiste antes? —cuestiona irritada. No le ha gustado que la hiciera quedar mal.

—No estabas aquí cuando lo averigü é, pero dejemos ese asunto para después, el señor Haros debe estar esperándonos. —Me toma del brazo y

avanza—. Vamos, Anisa.

—Este es un verdadero entrenamiento —explica Uriel señalando a un grupo de vampiros que se encuentran en el centro de la estancia. Nos hemos desplazado a la principal sala de entrenamientos. Es el doble de grande de donde suelo hacerlo. Todos me observan con curiosidad, parecen imponentes e inti- midantes enfundados en sus trajes oscuros. Lo primero que noto es que Irvin no se encuentra presente. ¿Me pondrá a pelear con todos ellos? No creo poder hacerlo sin conseguir otro golpe, como se lo prometí a Armen—. Desde luego no participarás. —Aunque lo miro desconcertado, no puedo evitar suspirar ali- viada, lo que le roba una sonrisa torcida. Uriel es un tipo muy extraño y que seguramente hace esto porque disfruta burlándose de mí—. Hoy quiero que observes y analices como es una au- téntica batalla.

«¿Una batalla de verdad?».
—Entendido —contesto atenta. Desde luego que quiero ver como es un enfrentamiento.

—Comiencen. —En un instante, la sala se convierte en un campo de batalla. Los vampiros se separan en dos grupos y comienza a atacarse unos a otros—. Los de la derecha han adoptado el rol de impuros —dice mirándolos con los brazos cruzados sobre el pecho. Me he dado cuenta de ello sin que lo mencionara. Ellos luchan encorvados, mostrando sus colmillos y lanzando gruñidos furiosos y estridentes. Algo muy propio de los impuros. En tanto, que los que representan a los subalternos mantienen la postura erguida, no muestran sus colmillos y usan espadas, moviéndose con agilidad y coordinación. Sus ataques son más acertados—. Obsérvalos son muy bien —murmura sa- cándome de mis pensamientos. Lo hago.

Son rápidos y fuertes, algunos son proyectados contra la pared y sin embargo en menos de dos segundos están atacando de nuevo. Los sonidos salvajes que emiten resultan escalofriantes, así como los chasquidos del impacto de sus cuerpos. Impresionante.

—Dime, ¿crees que un hombre puede ayudar? —Lo miro molesta.
—¿Te burlas de mí? Eso es imposible.

—Te equivocas, Gema. La respuesta es sí, es posible. Si observas con

detenimiento, hay algunos rezagados. —Levanta el dedo y señala a una pareja que parece apartada del resto—. Míralos. Los impuros tienden a agotarse con rapidez, debido a que no controlan su energía. —¿Es lo que hacen los subalter- nos? ¿Por eso sus movimientos son más controlados?—. Y ahí es donde tú podrías funcionar.

—¿Yo? —pregunto sorprendida.

—Debes analizar la escena —dice ignorando mi descon - cierto—. Puedes hacer dos cosas. Ayudar rescatando a un caído o terminar a un impuro que este rezagado. —Desvió la mirada de su apacible rostro y confirmo sus palabras. La pareja aparta- da, ahora luce mucho más débil. Mientras que otro está siendo atacado por dos impuros—. Aunque también podrías poner a salvo a los inocentes. En las batallas no todos son contendientes y eso a menudo lo olvidamos.

—¿Has pensado en esto para mí? —Frunce el ceño y me mira ofendido.

—No eso —dice inc ómodo—. Esas estrategias están di- señadas para quienes no son tan rápidos, pero desde luego que puede funcionar para ti. —Vuelva la mirada al centro del lu- gar—. ¡Alto! —En cuando su voz se escucha, todos dejan de moverse—. Es todo por hoy, ¡fuera! —Todos salen veloces. Ni siquiera pareciera que acaban de pelear—. La diferencia entre ellos y los humanos, es que ellos saben cuándo va en serio.

—Entonces ¿ustedes nunca pelean?

—No mis hombres —dice orgulloso, pero su rostro se descompone y dirige la mirada hacia la puerta. En donde Irvin aparece. No puedo evitar la expresión de sorpresa al ver su cara. Tiene varios golpes en el rostro—. Dame un segundo. —Uriel va a su encuentro, evitando que pueda preguntar qué ha ocurrido.

—¿Impresionada? —susurra Irina acercándose a mí, le dedico una ligera sonrisa, pero no pierdo de vista a Uriel. Irvin le susurra algo y luego desaparece.

—Creo que es todo por hoy —anuncia Uriel, dedicándole una mirada

cómplice a Irina, quien asiente.
—¿Qué ocurre? —cuestiono al ver a ambos vampiros desaparecer.
—Nada. Vamos.
No me sorprende del todo descubrir que Anisa también se ha marchado. Así que Irina y yo regresamos solas a la casa.

Ella no dice nada, parece distraída. ¿Acaso hubo otro ataque? ¿Qué tan mal están las cosas en la ciudad? Desearía poder saberlo, pero sobre todo, hacer algo para ayudar.

Al cruzar la puerta lo veo, Anisa esta junto a él. De nuevo tiene su acostumbrada expresión de pocos amigos mientras que Armen se muestra tranquilo.

—Ven —dice más en forma de petición, que de orden. Avanzó tomando su mano, tira de mí colocándome sobre sus piernas—. ¿Todo bien? —Se anticipa.

—¿Pasa algo? —Frunce el ceño, pero se limita a negar. —No.

—¿Por qué estás aquí? —Sonríe ligeramente acariciando mi barbilla.
—¿No quieres que esté contigo?
—No es eso… Me refiero a que siempre vuelves tarde — balbuceo sintiendo el rostro arder.
—Está noche hay un evento —responde divertido ante mi desliz.

—¿Un evento? —pregunto inquieta. Sé muy poco sobre sus costumbres y dudo que sea algo como lo que los humanos suelen hacer. Aunque hace mucho que no realizamos uno.

—Habrá una cena y quiero que me acompañes. —Pongo los ojos como platos y sacudo la cabeza de inmediato. —Armen... —¿Acaso no le preocupan los rumores? —Ya está preparado tu vestido, no tienes que preocuparte por nada.
—Ojalá fuera el vestido lo que me preocupa. —No creo que sea buena idea —susurro intentando no sonar demasiado apática.

—¿No quieres venir conmigo? —«¡No me hagas esto!», pienso mordiéndome los labios. La idea de acompañarlo me emociona, pero no

quiero causarle dificultades.

—No es eso...

—Puedo asegurarte que no hay ningún problema si vie - nes conmigo —dice muy firme—. ¿Podrías acompañarme, por favor? —Pasa la yema de su dedo por mi mejilla. Mis ojos se cierran, se siente demasiado bien, como si una brisa fresca acariciara mi piel—. Eres hermosa. Lamento no haber impedido que te golpeara.

—No podías hacer nada —contesto manteniendo los ojos cerrados.
—Dime, si te lo hubiera prohibido ¿me hubieras obedeci- do? —Abro los ojos estudiando tu rostro.
—No. —Sonríe.

—Lo imagin é. No quiero que vuelvas a exponerte de esa forma. ¿Escuchaste? —Un segundo. ¿Será posible que tenga algo que ver con el aspecto de Irvin?

—Si de casualidad...
—¿Qué? —No, imposible que él hiciera algo así. —Nada.
—¿Segura?

—¿Sabes que le pasó a Irvin? —Desvía la mirada—. Ar- men…

—Estará bien. Como te lo dije, si alguien te lastima, no puedo prometer hacerme responsable de mis actos. —No tengo palabras. No es que me agrade que lo hiciera, pero esto demuestra que no le resulto indiferente—. Entonces ¿vienes conmigo esta noche? —Me muerdo el labio—. Irina estará contigo en todo momento y nadie se atrevería a hacerte una grosería. Si es lo que te preocupa.

—No quiero que tengas problemas con nadie. —Eso es lo único que me preocupa.

—No tienes nada que temer. Jamás voy a dejar que al - guien te ponga un dedo encima de nuevo. —Suspiro apoyando mi cabeza en su hombro.

—Tampoco quiero que nadie te lastime a ti.
—Nadie lo hará. ¿Vienes conmigo, Gema?
—Sí.

ISELA REYES

Capítulo 20



¡Iré con él a una cena! ¡Una cena de vampiros!

Suspiro dejándome caer sobre el banquillo frente al tocador. He dicho que sí, aceptando acompañarlo. Apesar de no ser algo sencillo, no he podido negarme. Ahora que lo reflexiono, esta es la primera vez que Armen me pide hacer algo por él. Sin embargo, estoy segura de que no podría negarle nada, sin importar qué fuera lo que pidiera. No podría al ver sus ojos suplicantes o si lo hace de la manera en que lo hizo hace un momento. Y aunque he aceptado, tengo miedo. No sé qué tipo de cena celebran ellos. En mi imaginación infantil, tengo la imagen de vampiros vestidos con elegantes atuendos de época, usando costosas joyas, riendo despreocupadamente mientras muestran sus colmillos, bebiendo del cuello de donantes, todo con un toque tenebroso. Me estremezco ante la idea. Imposible. Armen no lo permitiría. Cierro los ojos, sacudiendo la cabeza en un intento de alejar mis absurdas suposiciones. Ellos no viven de esa forma y ya lo he visto, pero no puedo olvidar todas las cosas que se cuentan de ellos en los viejos libros que leía de niña.

Vuelvo mi atención a mi reflejo. Mis ojos parecen tener una luz propia, eso se debe a que ahora estamos bien y esa es la principal razón por la cual debo ir. Es un alivio que los rastros del golpe que recibí prácticamente han desaparecido. Estoy segura que el maquillaje puede cubrirlos por completo. Pensar en eso no logra disminuir la ansiedad. Esta noche estaré rodeada de ellos. Vampiros desconocidos, quizás amigos de Armen, no lo sé. Debo recordar que él me pidió asistir y que lo hago por él.

—¿Qué pasa? —inquiere Irina observando mi expresión desde la puerta. Niego ligeramente sin poder ocultar mi preocupación. La veo acercarse, mirándome con el ceño fruncido—. ¿Gema?

—Estoy nerviosa —miento. Sé que Armen aseguró que nada pasará, pero por alguna razón me siento intranquila y ni siquiera haber visto lo que usaré logra disipar esa sensación de que algo no está en orden.

Pone los ojos en blanco y sonríe.
—No tienes porque. Te puedo asegurar que no comemos —dice a manera de broma, pero mis labios no cooperan y fallo al intentar sonreír—. ¡Vamos, Gema! No es tan malo.

—Lo sé, pero...

—Tranquila. Yo estaré ahí —me recuerda tocándose el pecho con expresión solemne—. Y me aseguraré de que nadie se porte mal contigo. —Saber eso me infunde un poco de valen- tía, pero no dejo de pensar en lo que ella misma dijo antes. Los rumores y el hecho de poder perjudicarlo me preocupa.

—¿Realmente está bien que vaya? —cuestiono. Irina me mira un poco sorprendida.

—Si no lo estuviera, no te llevaría —interviene Anisa, mirándonos desde el marco de la puerta—. Claro, a menos que prefieras que Nicola sea quien le haga compañía, entonces... no vayas. —Sus delgados labios forman una mueca burlona. Pero más que su gesto, lo que ha dicho despierta una extraña sensación en mi pecho que me pone a la defensiva. «Nicola». La vampiresa que está interesada en Armen.

—¿Ella también asistirá? —pregunto sin ocultar mi ma- lestar.

—Por supuesto —afirma con una sonrisa torcida, dando un paso al interior de la habitación y cerrando la puerta—. Casi todos los fundadores estarán ahí.
—¡Fundadores! ¡Dios!

—Definitivamente no debería ir —pienso en voz alta. Anisa ladea el rostro y se dirige hacia la cama.

—Debiste decirle eso cuando te lo pregunt ó y no echarte para atrás ahora —murmura deteniéndose al pie de la cama—. Creo que estaría decepcionado o un poco molesto si le dices eso —comenta pasando el dedo por el dobladillo del vestido. Es una pieza sencilla de seda, color perla, con finos tirantes que tienen pedrería.

¿Molesto? No, Armen aseguró que podía no acompañarlo y que no pasaría nada, pero esa vampiresa iría tras él. ¿Qué hago?

—Pero... —balbuceo intentando procesar las cosas—. Es - tarán todos ahí, ¿no? —pregunto refiriéndome a los vampiros de sangre pura.
—Los que viven aquí —me recuerda Anisa.

¡Cierto! También viven en las otras dos ciudades. En cada una hay cierto grupo de fundadores que gobiernan.

—¿Y los rumores? —Anisa aparta de golpe la vista de la prenda y observa interrogante a Irina, quien me observa desconcertada. ¿Qué ocurre?

—¿Qué rumores? —cuestiona recelosa.

—Sobre Armen y yo —murmuro confundida. Ambas po - nen los ojos en el techo y niegan. Pareciera que no era eso lo que ellas creían que intentaba dar a entender.

—En este momento existen muchas otras cosas en las cuales prestar atención, en lugar de ver a una simple humana como tú —asegura Anisa con desdén—. Sin ofender. —Termi- na la frase mirándome con una mueca nada sincera. Tal como creí, no soy yo, pero ¿qué es?

—¿Te refieres a los ataques y la revuelta de la cuidad? — pruebo. Asiente, nuevamente estudiando mi atuendo.

—S é lo que te estas preguntado, Gema —dice Irina, ha- ciendo que desvié la mirada de Anisa y la mire—. “¿Cómo pueden hacer una fiesta cuando hay problemas en la cuidad?” ¿Cierto? —Asiento ligeramente y ella continua—. Es justamen- te por eso que es necesario tener una distracción.

—¿Qué quieres decir? —No me gusta la forma en la que suenan sus palabras. ¿Distracción? ¿Qué intentan ocultar? De nuevo me pregunto qué tan mal están las cosas. ¿Qué está pa- sando detrás de esas paredes?

—No solo hay problemas fuera —interviene Anisa girán - dose y avanzando hacia nosotras. Su expresión dura me pone nerviosa—. También dentro. —Su afirmación me deja pasma- da. ¿Problemas dentro del muro? Pero...

—Creí que ustedes no tenían rivalidades —confieso. Am- bas se miran y niegan.
—Pues ya ves que no es así —farfulla encogiéndose de hombros—. Aunque no tanto como ustedes. Desde luego.

—En realidad, es solo para intentar congraciar con ellos —explica Irina—. Para aligerar la tensión por los problemas en la ciudad. —Ahora entiendo lo que mencionó Irina sobre la tal Nicola. Desde luego que ellos también tienen rivalidades y les afecta lo que pase con nosotros. Sobre todo a Armen, quien está al mando.

Eso es malo. De alguna manera debería poder encontrarme con Pen. Ellas no dirán nada, Armen tampoco lo hará y Uriel, quizás, pero justo ahora no puedo verlo. Yaunque lograra hablar con él, es uno de ellos. Necesito saber que está pasando realmente.

—Por lo tanto —dice Anisa, sacándome de mi ensimis - mamiento—. No hagas tonterías que puedan afectarlo —advier- te con severidad—. Lo que has aprendido no es para que lo uses en nuestra contra. Espero que eso lo comprendas.

—¡Anisa! —la reprende Irina, pero ella la ignora y aban - dona la habitación,

dedicándome una mirada preventiva—. No le prestes atención —susurra resoplando.

¿No prestarle atención? ¿Cómo puedo hacer eso? Lo que ha dicho es cierto. Tengo que comportarme y no causar problemas, pero sigo pensando que debe haber algo más que pueda hacer para ayudar. Pero ¿Qué?

—Ahora me siento más nerviosa —confieso con una son- risa forzada.
—Nada de eso. —Niega tomándome de los hombros, gi- rándome hacia la cama—. Todo saldrá bien. Ya lo veras.

Eso espero sinceramente. No deseo complicar más las cosas para Armen, tampoco quiero que esa vampiresa tenga oportunidad de poner sus garras sobre él. Niego riéndome de mis propios pensamientos. ¿Por qué pienso en eso ahora?

Armen se ve guapísimo. Lleva un traje negro con una camisa blanca y moño negro. El color hace resaltar la palidez de su rostro, dándole un aspecto enigmático y aún más atractivo. No puedo evitar contemplarlo embobada, a pesar de que se ha dado cuenta de mi presencia y seguramente de la expresión de tonta que tengo al verlo. ¡Es simplemente hermoso! Sacado de un libro, de una historia de príncipes, solo que él es uno muy peculiar, un príncipe de ojos carmín.

—Te ves hermosa —susurra acercándose a mí, ya que continúo sin ser capaz de moverme—. Ese color resalta tu pelo —Asegura tomando mi mano, mientras sus labios se curvan de un modo sensual que agita mi corazón. Mi vampiro sonríe divertido ante el efecto que provoca en mí. Pero yo, una simple mortal, no puedo evitarlo.

—No más que tú —susurro después de luchar con mi tor - pe mente que se niega a cooperar. Sintiendo el rostro arder, bajo la mirada avergonzada.

—Eso de ninguna forma —asegura acercando su boca a la mía—. Nadie como tú, Gema. —Suspiro conteniendo el impul- so de rodear su cuello y colgarme de él, soy consciente de que puedo arruinar su ropa.

Se aparta ligeramente, demasiado rápido para mi gusto, pero sin dejar de

mirarme. Noto a un costado la presencia de Anisa e Irina.

Ambas luciendo atuendos para la ocasión. Anisa lleva el cabello en una coleta alta, que expone su negro y largo pelo, el cual siempre lleva recogido en un impecable moño. Un ligero color rosa cubre sus labios y luce un vestido azul marino hasta los tobillos, manteniendo su aspecto serio. Por otra parte, Irina lleva puesto un vestido, aún más corto que el mío, es de color purpura y resalta sus curvas. Sus labios son de un rojo más intenso que el mío, su cabello corto esta ondulado y peinado hacia la derecha. Son realmente bellas. Su belleza sobrenatural sin duda opaca la mía y ni pensar en las vampiresas que veré en esa cena.

—Nadie como tú —susurra en mi oído tomándome por sorpresa y provocando que mi rostro cambie de color. Sonrío ante tal afirmación aun cuando no lo creo del todo.

—Creo que es hora de irnos —interrumpe Anisa.

Armen asiente ofreciéndome su brazo. Intento controlar mis nervios recordándome que haré lo posible por no llamar la atención. Aunque no es algo sencillo. No tengo idea de lo que haré. No solo se trata de la primera cena de vampiros a la cual asistiré, sino que por si fuera poco, estarán los fundadores presentes, muchos y peor aún, en realidad esta es la primera vez que asistiré a una cena formal.

—S í —digo forzando una sonrisa. Entrelazo mi brazo con el suyo y nos dirigimos a la entrada principal de la enorme residencia. ¡Todo irá bien!

La noche es cálida, aunque sopla una ligera brisa que me hace temblar. Armen se pega un poco más a mí sin parecer afectado por el clima, pero notando mi condición. Desde luego que ellos no lo notan como yo.

—Hay luna llena —murmuro mirando el hermoso cielo despejado, en un intento por olvidarme del frío que siento.

Ninguno responde, pero Armen acaricia mi brazo con suavidad haciéndome saber que me presta atención. Le dedico una sonrisa y sus ojos contestan. Ojala pudiera estar entre sus brazos en lugar de ir en camino hacia donde

quiera que vayamos.

Cruzamos la plaza principal, mientras veo como algunos otros vampiros se dirigen en la misma dirección. Llama mi atención el hecho de que parecen evitar encontrarse con nosotros y ralentizan sus pasos. Sin embargo, ellos no le toman importancia y continuamos avanzando.

El lugar es sumamente elegante, nada comparado con lo que imaginé. Sus atuendos parecen muy elegantes y modernos, usan brillantes joyas, en eso no me equivoqué. Pero la utilería y todo lo demás son sofisticados e impresionantes. Hay un gru- po de músicos que parecen sacados de alguna vieja película. Por descontado que nosotros, los humanos, no tenemos acceso a muchas cosas y la música no es algo que disfrutemos todos los días. Así que no puedo evitar observarlos embelesada.

—Parece que te gusta —susurra Armen rodeándome por detrás. Asiento sin dejar de mirar al hombre que, sentado en un banquillo, toca un enorme instrumento—. Es un piano —dice retirando el pelo de mi cuello, deslizando sus labios por mi piel, cortándome la respiración.

—¡Armen! —jadeo removiéndome un poco nerviosa y acalorada.
—Nadie nos ve —afirma señalando con la barbilla el cen- tro del lugar.

Tiene razón, estamos detrás de uno de las columnas que tiene el salón, justo en una esquina. He permanecido lo más oculta que he podido desde que llegamos, intentando pasar desapercibida, aprovechando que él ha tenido que charlar con muchos de ellos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —reprocho girándome de frente. No me tomó mucho tiempo darme cuenta de que soy la única donante presente. Aunque nadie pareció reparar en mí.

Armen acaricia con suavidad mi mejilla y sonríe. —No tiene importancia. —Pongo mala cara. Claro que la tiene, eso deja mucho que pensar—. La donante de Rafael está aquí también —dice mirando detrás de mí. Sigo la dirección de sus ojos y la encuentro. No parece cómoda, se pasea intentando evitar contacto con ellos. No hay rastro de su sonrisa petulante, ni la actitud altanera que mostró la ocasión anterior. Supongo que ver a tantos vampiros

resulta un poco perturbador, incluso para alguien como ella—. Hoy sabe que tiene que comportarse.

—Pero somos las únicas... —Coloca su dedo sobre mis labios y apoyándome contra el pedestal, me besa.

Sus suaves labios me hacen olvidar que detrás de mí la fiesta continúa, que alguien podría vernos. Pero no puedo evitar desear más. Tiro de su cuello pegándome aún más a él, buscan- do su lengua, enredando mis dedos en sus cabellos y disfrutando del tacto de sus manos en mi espalda. Siento como sonríe sobre mis labios, al mismo tiempo que abro los ojos, notando como un vampiro nos mira con los ojos como platos. Me remuevo incómoda, liberando su ropa. «¡Qué vergüenza!».

—Tu corazón nos delata, Gema —susurra acariciando mi clavícula.
Tiene razón, en este momento parece un caballo desbo- cado.
—Lo siento —murmuro apenada.

—No pasa nada. —Besa mi mejilla y retrocede antes de que Irina aparezca con mi bebida—. Casi termina —dice besan- do mi mano—. Solo resiste otro poco más.

—Está bien.

—Y no tienes por qué estar escondida —dice mirándome divertido, asiento apenada. Libera mi mano y se aleja, un suspiro escapa de mis labios cuando su espalda se confunde entre los atuendos elegantes.

—Aquí tienes —me ofrece Irina.

Tomo la bebida y le doy un pequeño sorbo. Intento no mirarla, pero puedo darme cuenta de que trata de contener las ganas de reír. Seguro que alguien más se ha dado cuenta de lo que hacíamos. ¡Qué horror!

Irina es requerida por un par de subalternos, así que me quedo sola. Los segundos se han convertido en minutos y comienzo a inquietarme. Aun siento esa sensación extraña que me ha acompañado toda la tarde. Contemplo a los invitados, parecen relajados bebiendo y charlando. Mis ojos se posan sobre

Violeta. Está cerca de la puerta, sigue mostrándose nerviosa, quizás más que cuando llegó. No me apetece hablar con ella, pero en este momento me incomoda demasiado la mirada curiosa de una de las vampiras a mi costado. No tengo mucho que pensar.

Camino junto a la pared, tratando de evitar llamar la atención, acercándome a donde se encuentra. Para mi sorpresa, Violeta abandona el lugar. Sin proponérmelo la sigo. No debería hacerlo, pero algo me impulsa. Es la única silueta desplazándose en las calles desiertas. Tal como lo dijo Anisa, prácticamente todos están dentro del salón.

Abro la boca para llamarla, antes de que continúe alejándose, pero me detengo al ver que habla con alguien. Un vampiro. El ligero brillo rojizo de sus ojos resalta en la penumbra que lo cubre. Violeta parece molesta, agita los brazos y señala al frente. Él le entrega algo metálico y luego desaparece. Perma- nece quieta observando su mano, levanta el rostro lanzando una mirada a todos lados, pero no parece percatarse de mi presencia a unos metros de ella. La luna se ha ocultado y prácticamente el lugar está en completa oscuridad. Murmura algo inaudible y avanza de nuevo.

Sé que debería volver y olvidarme de ella, quizás solo pretende volver a la fiesta, pero mis pies comienzan a moverse. ¿Adónde va? ¿Quién era ese vampiro y qué le ha entregado?

Violeta acelera sus pasos haciendo perceptible el sonido de sus zapatos. Se ha alejado completamente de la plaza, acercándose a donde se ubica la puerta trasera del muro por donde ingresan los suministros y otras cosas que provee a la cuidad. Espero ver a los guardias, pero no hay nadie custodiando y ella no frena. Se detiene delante de las enormes puertas de metal. ¿Qué intenta hacer? ¿Se marcha?

Contengo la respiración, observando como introduce la llave en la cerradura y retrocede, haciendo girar la palanca. Poco a poco la abertura crece y entonces veo lo que hay detrás de las puertas. «¡Dios santo!». El grito se congela en mi garganta y mi cuerpo se paraliza.

«¡Impuros!».

Violeta sonríe viendo cómo se lanzan al interior del lugar. Retrocedo, pero no lo suficientemente rápido, uno de ellos me descubre. Siento pánico al verlo dirigirse hacia mí.

—¡Gema! —Irina aparece de la nada y lo arroja contra el suelo. Tomándome del brazo y haciéndome retroceder—. ¿Qué hiciste, Gema? —La miro horrorizada. ¿Cree que he sido yo? ¡No!

No tengo oportunidad de responder, el impuro se recupera y la ataca.

—¡Maldición! —gruñe antes de arrancarle la cabeza. Mis ojos se salen de las cuencas ante la imagen—. Van a la fiesta — murmura sacudiendo las manos. Confirmo sus palabras al ver las puertas. Salvo el vampiro que nos atacó el resto ha desaparecido en dirección del salón.

—No fui yo —niego sacudiendo la cabeza. Cierra los ojos y farfulla algo que no puedo comprender.

—Escúchame —pide tomándome de los hombros—. ¿Recuerdas dónde está la sala de entrenamientos? —Asiento ligeramente—. Ve, busca a Irvin y avisa a la guardia de su pre- sencia. No sé dónde están todos. ¿Crees poder hacerlo?

Gritos aterradores rompen el silencio. Nos miramos y siento rápidamente.
—Lo haré.
—No te preocupes, estarás bien, Gema. Regresaré a buscarte —asegura y se marcha.
Miro las sombras de los edificios evitando fijarme en el cadáver decapitado tendido a menos de un metro de mí. «Concéntrate, Gema».

Me doy la vuelta y salgo en dirección a las salas de entrenamiento. Solo lo he visto una vez desde afuera, pero creo poder encontrarlo. Tengo que hacerlo.

Llegar no es difícil. Lo complicado es ignorar lo que debe estar ocurriendo en esa cena y peor aún, descubrir que no hay nadie aquí. Recorro el lugar, pero es inútil. Me quedo inmóvil al escuchar voces, pero sobre todo, sus pisadas. No son ellos. Me oculto por instinto y me quedo de piedra al ver quienes acaban de entrar. «¡Humanos!».

—¡Rápido! —cuchichea uno de ellos. Alto y de espaldas anchas.
—No te preocupes, ellos están haciendo su parte —res- ponde otro.

Me llevo las manos a la boca, sin poder dar crédito a lo que escucho. «¿Haciendo su parte? ¿Era verdad? ¿Los humanos se han aliado con los impuros? ¡No puedo ser!». Cierro los ojos y niego en silencio.

Tiene sentido. Es por eso que Violeta ha abierto la puerta y que los ataques coincidían. ¡Dios mío!

Tengo que avisarles, contárselo a Armen. Desesperada espero hasta que se han marchado y sin pensármelo, tomo una espada y corro hacia la salida, en dirección al salón. Tengo que ayudar.

Todo es un caos y para mi sorpresa, los impuros han co - brado algunas vidas. Los elegantes fundadores yacen sobre la alfombra, sus pechos perforados y gargantas destrozadas. Miro al grupo que permanece en un rincón. «¡Dios mío! No todos ellos saben pelear y la guardia no ha aparecido».

Entre las figuras que se mueven de un lado a otro, mis ojos buscan a Armen, pero me resulta imposible.
—¿Dónde está la guardia? —cuestiona Anisa antes de cercenar la cabeza de un impuro.

—No están en ninguna parte —contesto sin saber qué ha - cer. Gruñe y mira al mismo grupo que segundos antes captó mi atención.

—Ellos no saben luchar —dice negando—. ¿Crees po - der sacarlos de aquí? —No esperaba su pregunta, pero la idea ha cruzado mi mente también. Asiento poco convencida, apretando con fuerza mi espada—. Vamos —Anisa se abre paso y llegamos a ellos, quienes la miran aliviada—. Vayan con ella. —Me miran con recelo—. ¡Es una orden!

Todos se apartan de la pared, dispuestos a seguirme. Con su ayuda no tenemos problemas en salir del lugar.

—Llévalos a un lugar seguro —dice mirándome fijamen - te. No espera respuesta, cruza de nuevo las puertas del salón donde continúa la lucha.

No pierdo tiempo, nos dirigimos hacia el lado opuesto de las puertas. No sé a dónde llevarlos pero debo alejarlos lo más posible.

Veo su sombra emerger de uno de los edificios, freno ele- vando mi espada.

—Una mascota —se burla mostrándome su boca bañada de sangre. Escucho las exclamaciones temerosas de quienes me siguen.

—No se muevan —susurro. Mientras fulmino con la mi - rada al impuro. ¿Mascota? ¿Por qué todos quieren llamarme de alguna forma desagradable?

—Voy a beber tu sangre —amenaza dando un paso al frente, empuño la espada lista para recibirlo. Puede que no lo haya puesto en práctica, pero algo seré capaz de hacer.

Me muevo al mismo tiempo que él. Esquiva mi golpe pero permite que lea su ataque y sin pensarlo, perforo su pecho. Sus ojos se abren demasiado y antes de que se reponga, extraigo la hoja de metal y con un golpe certero, le corto la cabeza.

Es la primera vez que lo hago y me quedo con una sensación desagradable. Las manos me tiemblan, creo que voy a vomitar. No obstante, los rostros pálidos que me observan me recuerdan que no debo ser débil. No están a salvo aún.

—Vamos —digo firme, pero no soy capaz de dar dos pa - sos antes de que un par de ellos aparezcan. «¡No voy a poder con ellos!».

Levanto mi espalda y me preparo pero algo desconcertante ocurre. ¡Comienzan a arder! Y en una fracción de segundo se convierten en cenizas.

—No deberías ser tan temeraria, Gema. —«¡Uriel!». Lo miro sorprendida y agradecida. No esperaba verlo. Sonríe de forma torcida y baja su mano que tiene un aspecto extraño. ¿Lo ha hecho él? ¿Los hizo arder? ¿Es de quien habla la gente, quien maneja el fuego?—. Vamos, llévalos dentro. —Señala un edifi- cio a un par de metros.

—¿YArmen? —pregunto preocupada.

—Él está mejor que yo, te lo aseguro —responde con una mueca—. Ahora entra, no pierdas el tiempo. —Asiento, vién- dolo alejarse.

¿Quién hubiera pensado que Uriel me salvaría la vida? Suena irónico, pero es así. Ahora solo tengo un pensamiento. ¡Armen! ¿Cómo estará?

ISELA REYES

Capítulo 21



Hay demasiado caos. Los gruñidos y estruendos resultan espeluznantes. ¡Es horrible! No comprendo porqué Violeta lo ha hecho. Peor aún, Irina cree que he sido yo quien ha abierto la puerta y los ha dejado entrar. ¡Yo! Esto es malo, sobre todo porque ella debe pensar que aún los odio. ¿Lo hago? No estoy segura, pero por mucho que los odiara, jamás haría algo así. ¡Nunca! En este tiempo he conocido otra cara de ellos, algo que los acerca a nosotros. Aunque sean criaturas sobrenaturales, todos fueron alguna vez humanos y conservan una pequeña parte de ello.

Empujo la puerta del edificio que me ha indicado Uriel y les pido que entren. No titubean, cruzan el umbral con rapidez y se colocan al fondo. Hay una pequeña lámpara encendida, permitiéndome verlos. En su mayoría son mujeres y algunos varones mayores. Todos tienen la mirada de ese intenso color car- mín. Son fundadores. Supongo que al tener muchos subalternos que los protejan nunca han necesitado aprender a defenderse y su aspecto lo indica. Su ropa se mantiene intacta.

Cierro la puerta, colocando una de las sillas contra ella, intentando bloquearla. Sé que eso no los detendrá, pero no sé qué más puedo hacer. Apago la luz y me quedo frente a la puerta, sin disminuir la presión sobre la empuñadura de la espada.

—Ellos pueden encontrarnos aun sin luces —murmura alguien detrás de mí. Cierro los ojos, ignorando su comentario.

Eso lo sé, pero de alguna forma creo que es lo correcto o quizás es solo que no deseo ver sus rostros. No los conozco y no me siento cómoda.

Me concentró en la puerta y en los sonidos que llegan del exterior, en pensar que él está bien. Todo parece similar a lo que escuché aquel día que Uriel hizo enfrentarse al grupo de vampiros en la sala de entrenamientos. Solo que quizás varias escalas por encima.

Me parecen eternos los minutos que transcurren, quizás sean solo segundos pero no estoy segura. Detrás de mí no escucho nada, pero puedo sentirlos y olerlos. De nuevo compruebo mi teoría, cada uno tiene un aroma particular. Algunos incluso tienen impregnado el olor de sus donantes.

«¿Cómo puedo saber todo eso? No estoy segura».

Un ligero murmullo me saca de mis cavilaciones. Es el sonido de tacones que golpean contra las baldosas. «¿Violeta?». Levanto mi espada lista para cualquier cosa, pero distingo su voz dando indicaciones. «¡Irina!».

La puerta se abre con fuerza arrojando la silla que antes he colocado a un lado, como si no fuera más que un trozo de papel. ¡Maravilloso!

—¡Gema! —Sus ojos rojos brillan en la oscuridad. Rápi - do enciendo las luces, descubriendo que sonríe y que la expresión acusadora que vi antes ha desaparecido por completo—. Entren —dice haciéndose a un lado.

Un buen grupo de vampiros ingresa y se reúne al fondo del lugar, donde se encuentra el resto de ellos. Ahora que observo el entorno, descubro que estamos en lo que parece ser una residencia muy elegante.

—¿Estás bien? —La miro sorprendida. Su impecable ves - tido presenta algunos cortes; tiene manchas de sangre en el cuello y las manos—. No es mía —explica al notar que la observo.

—Sí. —Es todo lo que acierto a decir. Tira de mí lleván- dome a un costado de la puerta.
—¿Seguro que estás bien? —pregunta examinándome de pies a cabeza.

—Sí, Anisa nos ayudó a salir —explico.
—Lo vi, pero... ¿no te encontraste con alguno de ellos?

—Sí, pero Uriel me salv ó. —Una sonrisa traviesa curva sus finos labios, asiente y mira hacia la puerta con expresión pensativa.

—No es tan malo como a él le gustaría ser —dice con tono socarrón.

—¿YArmen? —inquiero en voz baja intentando no deno - tar el miedo que siento. Sé que es fuerte y que al ser el gobernante seguramente lo habrán protegido.

—No te preocupes por él, está con Anisa. —Asiento re- cordando la increíble destreza con la que ella se libró de dos impuros para que pudiéramos abandonar el salón.

—Yo... —Niega rápidamente adivinando mis pensamien- tos.

—Lo sé —susurra interrumpiéndome y tras dar una mira - da rápida detrás de mí, sacude de nuevo la cabeza. Recordándome que no estamos solas y que no debo mencionar el tema. Me quedo quieta a la espera.

Sus ojos se mueven por la superficie de madera, pero sé que no está mirando en realidad la puerta, sino tratando de saber lo que ocurre afuera. Ojala pudiera escuchar lo mismo que ellos. Supongo que es algo absurdo, pero en ciertos casos resulta útil.

Los gritos y gruñidos cesan, sumiendo la ciudad en un silencio sepulcral. Los susurros y suspiros de alivio llenan la estancia donde nos encontramos. ¿Qué ha pasado?

—Todos están muertos —explica Irina al notar mi des- concierto. La miro sin ocultar mi sorpresa.

Irina abre la puerta y después de dar indicaciones, todos comienzan a marcharse. Me hago a un lado, evitando el contacto visual con ellos, manteniendo la vista en mis pies y la línea roja que atraviesa mi vestido. Sangre. Pero no es la única. Mis manos también tienen residuos de ella.

La sangre de aquel impuro al que asesiné. Después de todo lo que ha pasado y aun no puedo creerlo. ¿De verdad lo hice?

—Fuiste muy valiente —asegura Irina mirándome con una sonrisilla—. Y no te preocupes por lo que dije antes. — Abro la boca pero niega—.Ya hablaremos después de ello. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Están bien? —Uriel aparece en la puerta. Su ropa tam - bién está manchada de sangre y desaliñada. Su mano izquierda aún tiene un aspecto extraño y la derecha sostiene una espada, pero lo que capta mi atención son sus ojos. Tienen un extraño tono, más que eso, la expresión de su rostro me paraliza.

—S í —responde Irina colocándose delante de él, blo- queando mi visión de su rostro—. Iré contigo —dice mirán- dome por encima del hombro—. Quédate aquí un momento, Gema. No tardo.

Quiero protestar, pero me detengo al ver como Irina lo hace retroceder empujándolo en el pecho y él parece resistirse. Lo toma de la mano y se aleja con él. Me quedo junto a la puerta hasta que desaparecen por la calle. El frío de la noche me hace temblar, me abrazo a mí misma y suspiro. Que terrible noche.

Observo como todo el lugar parece desquiciante, alterado. Las luces se han encendido por completo. Vampiros con traje de la guardia se mueven de un lado. Supongo que por fin aparecie- ron. Eso es algo demasiado extraño. ¿Dónde estaban? Algunos vestidos de civiles lloran o parecen hacerlo. Otros gritan moles- tos. De nuevo me parece que no son tan distintos, están serían

las reacciones de nosotros.

Desvío la mirada y comienzo a caminar por la calle, justo por donde Irina y Uriel desaparecieron. Me detengo al final de la calle y distingo sus siluetas en la oscuridad del callejón. ¿Están peleando? Estoy lista para intervenir pero hay algo que me detiene. La forma en la que ella se aferra a sus hombros y como echa la cabeza hacia atrás. A primera vista pareciera que él intenta golpearla, pues mantiene su cuerpo aprisionado contra la pared y su espalda parece rígida, sin embargo Irina cierra los ojos y se entrega, como tantas veces lo he hecho yo.

Poco a poco Uriel se inclina más sobre su cuello, hasta que sus dientes se hunden en su piel. Trago saliva y retrocedo. No debería estar observándolos.

—Necesita reponerse. —Me giro bruscamente al escu - char su voz a mis espaldas. Rafael está a unos pasos de mí—. Necesitaba sangre, la suya o la tuya —continua señalando con la cabeza hacia el callejón. A diferencia de Uriel o Irina, mantiene un aspecto impecable, ni siquiera parece haber estado ahí.

—¿Por qué? —pregunto curiosa ante su comentario. ¿Quería mi sangre? ¿Por eso se ha ofrecido Irina?

—Porque ha utilizado el fuego. —Frunzo el ceño, pero la imagen del par de impuros ardiendo delante de mí me hace comprenderlo. Tal como pensé, fue Uriel quien lo hizo—. Aho- ra la necesita con urgencia para sanar su mano.

—¿Qué haces aquí? —Siento la mano de Uriel sobre mi hombro. No lo he sentido llegar, está a mi lado. No me pasa desapercibida la manera hostil en la que mira a Rafael—. No deberías estar contando los secretos de otros. ¿Te apetece que diga algunos tuyos?

Rafael sonríe con lascivia y siento como Uriel se tensa ante su gesto.

—Será mejor llevar a Gema a la casa —interviene Irina apartándome de Uriel y dedicándoles una mirada preventiva—. Ustedes también deberían ocuparse de sus asuntos.

—No sabía que ahora te divertías con... —se burla Rafael mirando con desdén a Irina.

—Ser á mejor que cierres la boca antes de que cambie de parecer y organice una carne asada aquí mismo. —¿Qué les su- cede? Antes lucían tan amigables, pero ahora es palpable el odio que despide el uno por el otro. ¿No eran amigos?

—¿Crees poder hacerlo? —lo reta. «¿Qué le ocurre a Ra- fael?». Uriel tensa la mandíbula y aprieta los puños. —¡Suficiente! —La voz autoritaria de Armen se escucha y ambos se ponen rígidos.

Anisa camina detrás de él, quien también luce desaliñado, pero no tiene manchas de sangre ni heridas visibles. Aunque su rostro luce más pálido. Ni siquiera soy consciente de que he acortado la distancia. Me lanzo sobre él sin importarme estar en plena calle.

—¿Estás bien? —pregunto acunando su rostro entre mis manos y mirándolo ansiosa.

—Sucio —responde rodeándome con el brazo pegándo - me a su cuerpo. Me acaricia la mejilla y aparta la vista de mí. Observa detrás de mí y frunce el ceño—. Quiero verlos a pri- mera hora en mi casa y que sea la última vez que los escucho discutir. —Mira a Rafael, negando—. Hay algo de lo que tienes que ocuparte. —El vampiro no dice nada, simplemente desapa- rece y su partida dispara la tensión. Uriel se encoge de hombros.

—Me ocuparé de la guardia. —Armen asiente con un mo- vimiento de cabeza—. No digas nada —niega y se marcha.

Armen suspira y sacude la cabeza.
—Par de necios. —Me mira y me toma en brazos—. Hora de irnos. —Da media vuelta en dirección de la casa—. ¿Estás bien?

—Yo pregunté primero. —Me dedica una media sonrisa. —Creo que eso responde mi pregunta —murmura diverti- do. Me recuesto sobre su pecho y suspiro aliviada.

Lo primero que noto es que la temperatura de su cuerpo es menor que de costumbre y parece cansado. «Necesita reponer fuerzas».

—Creí que algo malo te había pasado.

—Nunca, Gema. Ahora menos que nunca puedo morir. —Lo que sus palabras dejan entrever me agita. ¿Por mí? No, puede que lo diga por la ciudad y por lo que ha ocurrido esta noche. Me pregunto, ¿cómo le afectará esto? ¿Debo decir que vi humanos acompañándolos? ¿Debo decir quien abrió la puerta? ¡Dios!

Armen se detiene a mitad de la sala y me deposita sobre el suelo. Me observa con atención de nuevo y roza mis labios. —Ayúdala a limpiarse —pide mirando de reojo a Irina—. Y tú también hazlo.
—Sí, señor —responde ella.
—Te espero en mi habitación. —Asiento y lo veo dirigir- se al despacho.

—Vamos, Gema —susurra Irina tomándome del brazo. No puedo evitar mirar su cuello. La marca prácticamente ha desaparecido. Ellos sanan con mayor rapidez, sin duda una ventaja—. No es tan malo como parece —afirma.

—Lo siento —digo avergonzada al ser descubierta mi- rándola.

—Está bien —asegura con expresión relajada. Empuja la puerta y va directa al baño. Me remuevo sobre mis pies observándola por la abertura de la puerta.

—¿Qué quiso decir Rafael con que necesitaba sangre? — Veo como se queda inmóvil—. ¿Es por usar sus habilidades? —Sale del baño y me observa dudosa.
—Sí.

—Él quemó a los impuros —musito.
—Lo sé. Esa es su habilidad especial. Uriel es capaz de utilizar el fuego.
—¿Puede quemar cualquier cosa? —Niega acercándose al armario y comenzando a revisar la ropa.
—No, solo a otros vampiros.

—¿Repudiados? —De nuevo niega y tras tomar un vesti- do regresa a donde me encuentro.

—Ellos no son vampiros, Gema. Por lo tanto, no les afec - ta. Las habilidades de los fundadores solo surten efecto en otros vampiros, aunque hay excepciones, pero no que yo sepa.

—Impresionante —susurro.

—Sí, pero es un arma de doble filo. —La miro sin com - prender—. ¿Recuerdas lo que te explicamos sobre el fuego? — Asiento—. Es algo que nos mata. Así que cuando Uriel lo usa, su cuerpo se debilita. —Ahora entiendo el aspecto extraño de su mano—. Para muchos es una bendición, pero para él no. —Des- de luego que no debe serlo.

—Entiendo. ¿Por eso aprendió a pelear, para evitar usar-lo?

—Correcto. —Ahora comprendo. Debe ser difícil para Uriel—. Como te conté alguna vez, las ventajas de un fundador son contraproducentes. El uso de sus habilidades demanda mucha fuerza vital, así que cuando las usan tienen que alimentarse para reponerse. El problema surge cuando no se tiene un donante, como es el caso de él. —Me llevo la mano a la garganta al recordar cómo me miraba y lo que insinuó Rafael.

—¿Él pensaba...?

—Por supuesto que no, pero eso es más fuerte que su ra - zón. El hambre aumenta a tal grado que no pueden detenerse. Sin embargo, Uriel es muy fuerte y no lo habría hecho. Te lo aseguro.

—Por eso te ofreciste tú.

—Sí, puedo hacerlo algunas veces sin problema —res - ponde encogiéndose de hombros—. Ahora al baño. El señor te espera.

Irina se marcha en cuanto termino de vestirme y yo me encamino hacia la habitación de Armen. Me detengo y llamo una vez. No sé por qué me siento nerviosa.

—Adelante —lo escucho decir. Empujo la puerta y me asomo.

—Hola —susurro con una sonrisa tímida. Armen está de pie a mitad de la habitación. Se ha cambiado de ropa, luce informal y parece tranquilo.

—Pasa. —Cierro la puerta y avanzo despacio. Noto la in - quietud que sus ojos reflejan. No sé qué decir después de lo que ha pasado—. Ven —pide. Tomo su mano y dejo que me abrace. ¡Armen! Su olor me embriaga, cierro los ojos y me relajo—. Lamento que hayas tenido que pasar por esto —se disculpa con sinceridad.

—No es tu culpa —aseguro acariciando con suavidad su espalda.

—Lo es. Soy responsable de la ciudad, debí evitarlo. — Niego levantando el rostro. Su expresión se ha tornado triste. Cada vez que alguna persona moría por el ataque de un repudiado o impuro me entristecía, lo mismo que el resto de los humanos, supongo que justo ahora le ocurre lo mismo. Esas personas eran de los suyos y debe ser difícil—. Es mi culpa.

—No es verdad —insistió sintiéndome culpable—. No había forma de que lo evitaras. —Me muerdo el labio y tomo valor para confesarlo—. Alguien abrió las puertas del muro y los dejó entrar. —Bajo la mirada a su pecho—. Fue Violeta. — Odio hacer esto, delatar a uno de los míos, pero no puedo igno- rar lo que he visto y más aún, lo que pudo ocurrirle a Armen—. No pude detenerla... Cuando comprendí lo que intentaba... — Sacudo la cabeza, arrepentida.

—Está bien —dice sujetando mi barbilla. No hay repro - che en sus ojos y eso me alivia un poco—. Era de esperarse. No te preocupes.

—No lo está. Muchos murieron… —digo al recordar los cuerpos que vi en el salón—. No lo está, no está bien. —Toma mi rostro entre sus manos y pega su frente a la mía.

—No pienses en eso, Gema. Por favor, no quiero verte así —suplica afligido. Debo consolarlo, no preocuparlo. Asien- to intentando parecer normal. Armen esboza una sonrisa débil y me mira—. ¿Bailamos?

—¿Qué? —lo miro desconcertada. Antes de que pueda responder, la música llena la habitación. Es la misma melodía que tocaba aquel hombre. Armen sujeta una de mis manos y me toma de la cintura—. Nunca lo he hecho —confieso completa- mente rígida.

—Yo te enseño. —Abro la boca para protestar, pero co - mienza a movernos por la estancia. Las notas musicales son una mezcla melancólica y rítmica. Mis pies siguen el compás de los suyos, es como si flotara—. Me hubiera encanto hacer esto en el salón —susurra. Está intentando distraerme. Yo debería ser quien lo consuele y no al contrario.

—Me gusta más de este modo —aseguro sonriendo—. ¿Cómo se llama? —pregunto refiriéndome a la música. —Vals de Amelie. ¿Te gusta?
—Sí. —Intento pensar en alguna otra cosa, algo para rom- per el silencio—. ¿Cuántos años tienes?

—Uhm... —Una chispa de diversión se refleja en sus ojos—. Ese es un secreto. Lo que si te puedo asegurar es que soy mucho más viejo que tú. —Niego pasando mis brazos por detrás de su cabeza.

—Bebe —digo ladeando la cabeza—. Lo necesitas. —Creo que un día de estos tendré que llamarle la atención a Irina por hablar de más.
— ¡No, Armen! Yo quiero saber todo sobre ti, quiero que confíes en mí.

—Lo hago. No puedes hacerte una idea de cuánto, Gema. —Entonces, bebe. —Vacila, pero su ansia es palpable. Irina tenía razón, lo necesita.

Sus labios rozan mi piel y mi cuerpo tiembla. Echaba de menos esta sensación, la expectativa de sentirlo probarme. Sus colmillos se hunden en mi cuello y me entrego al placer de su mordida.

Los tres están en la sala desde muy temprano. Irina me ha pedido que vaya, quieren hablar conmigo. Eso me pone nerviosa. Me miran al entrar y Armen extiende su mano en mi dirección.

—Hiciste un gran trabajo anoche —comienza a decir Uriel. Su expresión ha regresado a la normalidad y parece altivo como de costumbre. Ahora que sé su secreto no puedo evitar verlo de otra manera. No es frío, ni indiferente

como creí, es alguien que lleva una vida complicada—. Los protegiste.

—No hice mucho en realidad —Niego.

—Te equivocas. Pero no es el asunto que nos compete. —Desvía la mirada hacia Armen y Rafael—. Está claro que al- guien tuvo que abrir la puerta e invitarlos a entrar.

—Fue Violeta —dice Armen muy serio.
—¿Así que fue ella? —murmura Uriel con una mueca de desprecio. No parece sorprendido.
—¿Están seguros que fue ella? —inquiere Anisa, bastante molesta.

—Gema —Armen me da un ligero apretón en la mano. —Yo vi cuando lo hizo —digo sin atreverme a mirarlos. —Entonces no hay más que decir.

—¿Dónde está? —pregunto sin pensarlo. Todos guardan silencio, tensos. ¿Qué le ha ocurrido?
—Muerta —responde Rafael con una expresión que no puedo descifrar.

—Le destrozaron la garganta —explica Uriel encogién - dose de hombros. Me estremezco ante sus palabras—. Creí que había sido una coincidencia, pero ahora me queda claro que quien le ordenó hacerlo también se tomó la molestia de eliminarla para evitar que conociéramos su identidad.

—Estamos en ceros —gruñe Anisa. El recuerdo de la no- che anterior llega con claridad a mi mente.

—Había un vampiro —comienzo a decir en voz baja, cap - tando su atención—. Un vampiro le entregó las llaves a Violeta. —Los ojos rojizos se centran en mí—. No pude verlo por la os- curidad, pero sus ojos eran ligeramente rojos, era un subalterno.

—Evidentemente —farfulla Rafael—. Un fundador no lo habría hecho.
—La pregunta es, ¿quién es el traidor? —cuestiona Uriel. —Esto es terrible —admite Rafael con gesto completa- mente serio.

—Lo es —concuerda de nuevo Uriel, clavando sus ojos en Armen—. Porque

está claro que sin importar quién sea, quie- re tu cabeza.

¡Oh no!

ISELA REYES

Capítulo 22



Las cosas están muy claras a pesar de que contradictoriamente resultan demasiado incongruentes. Ese ataque iba dirigido a él, quieren la cabeza de Armen. Es lógico. Armen es el gobernante, es el líder y si lo derrotan podrán hacer caer su régimen. ¡Dios mío! Pen siempre lo decía. «Córtale la cabeza a la serpiente y lograrás destruirla». Ese siempre fue su lema. ¡No hay duda, es él!

—Así que debemos aumentar tu seguridad —declara Uriel con expresión autoritaria. Miro a Armen llena de pánico, no quiero que le ocurra nada. Él mantiene la mirada fija en Uriel y Rafael, que permanecen del otro lado de la mesita de centro, con rostros inescrutables. Sin embargo, siento como su mano reafirma su agarre sobre la mía, intentando reconfortarme.

—No —contesta manteniendo la serenidad de su ros - tro—. Lo que debemos hacer es proteger a los humanos. Ellos también corren peligro…

—Ellos no necesitan nuestra ayuda —protesta Rafael con desprecio—. Lo

dejaron muy claro anoche, están con esos mal- ditos. —Me trago el nudo que se forma en mi garganta. Su voz destila odio y su expresión resulta demasiado agresiva.

—Violeta lo estaba —aclara Anisa. Cosa que me toma por sorpresa. ¿Nos intenta defender? No me lo puedo creer. Rafael niega, pero ella continúa antes de que él pueda decir algo—. No sabemos si el resto de ellos también lo están, eso es algo que no podemos dar por sentado. —Suspiro y bajo la mirada hacia mi mano, cubierta por la de Armen. Ojala Anisa tuviera razón, pero yo sé que no es así.

En otras circunstancias hubiera callado para mantenerlos a salvo, pero se trata de la vida de Armen y no puedo permitirlo. La idea de que le ocurra algo es demasiado terrible.

—Había humanos dentro del muro anoche. —De nuevo todas las miradas se concentran sobre mí, haciendo que me remueva incómoda sobre mi asiento. Justo ahora estoy admitiendo una posibilidad que me he negado a aceptar todo este tiempo. Los humanos han hecho una alianza con los impuros. Es prácticamente un hecho, aunque no me guste.

—¿Más humanos? —cuestiona Anisa con la mandíbu - la tensa, volcando toda su atención a mí. Asiento despacio sin apartar la mirada de sus intensos ojos.

—¿Donantes? —inquiere Rafael escrutando mi rostro. Niego y dirijo mis ojos a los de Armen, quien mantiene una expresión serena. Él no parece exigir que hable, más bien espera con tranquilidad, lo que me infunde valor.

—No. Creo que ellos entraron con los impuros. —Re - cuerdo perfectamente sus palabras, eso es más que evidente. La tensión aumenta y casi se puede cortar. Todos mantienen una postura rígida y me observan sin parpadear. Esperan que continúe, así que tomo aire y explico lo que vi—. Cuando fui a buscar a la guardia a la sala de entrenamientos, no había nadie y cuando estaba a punto de salir, los escuché.

—¿Los viste? —Miro a Uriel y sacudo la cabeza.

—Las luces estaban apagadas y por impulso me ocult é creyendo que eran impuros —admito incómoda. «¡Vaya chica valiente soy!».

—¿Qué estaban haciendo? —prosigue Uriel.

—No lo sé —confieso avergonzada por no haber prestado más atención, pero rememoro sus palabras—. Creo que busca- ban algo.

—Armas —gruñe poniéndose de pie acercándose a la ventana. Parece molesto, su ceño está fruncido y mira a la nada con expresión pensativa—. Se llevaron armas.

—Esto no tiene sentido —murmura Anisa—. Ni siquiera saben cómo usarlas. —En cuanto pronuncia esas palabras me atraviesa con la mirada. ¡Maldición! Soy la única a la que han entrenado.

—Hoy mientras registraban el edificio, notamos que va - rias desaparecieron —interrumpe Uriel como si no la hubiera escuchado—. No son una gran cantidad, pero es evidente que era su objetivo. —¡Armas! ¡Que no sea lo que estoy pensando, por favor!

Durante años, los humanos que estábamos inconformes con la situación buscábamos una manera de invertir la situación. De conseguir nuestra libertad y recuperar nuestra antigua vida. Pero teníamos demasiado en contra. Primero, nos superaban en número, puesto que no todo el mundo deseaba llevarles la contraria, nosotros siempre fuimos la minoría. Segundo, no teníamos las mismas habilidades que ellos, ni armas con que defendernos o hacerles frente. Pero ahora las cosas parecen diferentes. Intentan conseguir armas y por si fuera poco, una alianza con los impuros.

—¿No se supone que no estaban del mismo lado? —dice irónico Rafael. Su actitud ha cambiado radicalmente. Ahora su expresión denota desprecio, sus palabras son sarcásticas y malintencionadas. Supongo que es por Violeta. No había pensado, pero ella misma presumió que él la quería por el recuerdo a su viejo amor y eso era algo de lo que ella se valía. Debe ser difícil para él esta situación.

—De todos modos no es gran cosa —afirma Uriel inten - tando parecer

seguro. Rafael le dedica una sonrisa burlona y niega, cruzándose de brazos.

—¿Seguro? —pregunta con tono socarrón que altera la expresión de Uriel.

—No es lo primordial —dice Armen—. Uriel —intervie - ne captando su atención y rompiendo la tensión entre los dos vampiros, que desde anoche parecen estar a punto de golpearse—. Programa una reunión con ellos mañana a primera hora. Necesitamos saber qué es lo que quieren —ordena Armen con voz autoritaria. «¿Qué quieren? ¿Los humanos? Me temo que no será nada sencillo de resolver. ¿Qué era lo que yo deseaba? ¿Que ellos desaparecieran? Sí, porque de ese modo sería libre, tendría una vida distinta»—. También reúne al consejo para esta misma tarde —continua mirando a Anisa—. Necesitamos saber cómo están las cosas dentro y ver qué es lo que haremos.

—Esa es una buena idea —concuerda Uriel.

—¿Qué pasará con los donantes? —pregunta Irina. Ni si - quiera la he visto entrar. Está al fondo de la estancia apartada de nosotros. Hoy luce distinta, lleva el pelo recogido y usa el mismo traje que Anisa—. ¿Los enviarán de regreso? —¿Enviar de regreso a los donantes?

—¿Qué quieres decir? —cuestiono inquieta.
—Algunos vampiros han pedido que sean expulsados del muro —responde Armen. «¿Qué? ¿Expulsar a los donantes?». Eso no lo esperaba. Los donantes ni siquiera son conscientes de su persona ¿Cómo podrían hacer algo en su contra? El nudo se forma de nuevo en mi garganta. ¿Me gustaría que me enviaran de regreso? No, por supuesto que no.

—Todo el mundo está alterado —farfulla Uriel con un gesto de desagrado—. Están exagerando las cosas.

—No estoy de acuerdo —opina Rafael—. Muchos per - dieron a sus familiares anoche y no fue nada agradable. —Uriel arruga la nariz y mueve la cabeza—. Ya sé que a ti no te importa quedarte solo, pero a ellos sí y mucho.

—No me molestes —advierte el vampiro fulminándolo con la mirada y mostrándole los colmillos—. Que busquen otra mascota.

—¿No recuerdas la ley? —dice con petulancia—. No pueden convertir a nadie.
—Cierto.

—Y eso no es todo —asegura Rafael esbozando una son - risa malévola—. Valencia ha presentado de nuevo su anterior petición.

—¿De verdad? —pregunta sarcástico Uriel—. Es un idio - ta. Eso ya fue discutido hace bastante y se acordó que eso es imposible. —¿Qué propuesta?

—El problema es que después de lo ocurrido, el número de partidarios a favor ha aumentado como no te puedes ni imaginar. —Uriel niega resoplando.

—Hay otro problema —informa Irina mirándome con gesto de disculpa.
—¿Cuál? —pregunta Armen cambiando su expresión se- rena.
—Otros doscientos desaparecieron anoche.

—Demasiada coincidencia —farfulla Rafael. Me basta ver sus expresiones para comprender que no se trata de vampiros. Me pongo de pie inquieta, mirando a Irina.

—¿Humanos? —Ella asiente.
—Pero no es lo que te estas imaginando, Gema —se apre- sura a aclarar.
—¿Qué quieres decir? —pregunto a la defensiva—. Di- jiste que desaparecieron —recuerdo.
—No ha sido el mejor termino para explicarlo —murmu- ra Uriel, recriminándola con la mirada, pero ella lo ignora.

—Se han marchado por voluntad propia de la ciudad — explica Armen. «¡¿Qué?! ¿Han dejado la cuidad? ¿Por qué? Esto... ¿Será posible? ¡No!».

—En realidad… —Miro a Uriel—. Se han unido al tal Pen. —¿Pen? Me quedo sin palabras. ¡Pen! ¡Pen! No me lo creo. Aunque ninguno me recrimina, sé que creen que tengo una relación con él y eso hace que las cosas sean incómodas—. Es posible que estén organizando una rebelión —dice sujetándose la barbilla.

—Por eso necesitan las armas —concluye Anisa. Todos permanecen en silencio analizando lo que parece nuevo para ellos. Lo que les he contado ha terminado de encajar las piezas y ahora tienen una idea de lo que sucede detrás de ese muro.

No puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad. Las palabras de Pen eran solo un juego de niños, una mera ilusión, un anhelo imposible que aunque deseaba creer, sabía que no pasaría. ¿Realmente lo está logrando? ¿Ha convencido a las per- sonas? ¿Está preparando una guerra contra los vampiros? ¿De verdad se unió a esos seres? ¿Cómo lo hizo? Ellos no son racionales y somos su alimento. Esto no tiene sentido, no es posible por más que intente comprenderlo. Algo no concuerda.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que no me he dado cuenta en qué instante Armen se ha puesto de pie frente a mí. Me observa con preocupación. No sé qué decir, ni siquiera sé que hacer. Esto es tan irreal, de alguna manera me siento responsable. Yo apoyé este ideal desde los ocho años y sin embargo, ahora todo mi panorama ha cambiado. ¿Por qué? ¿Es solo por Armen? Principalmente, pero también está el hecho de que he visto otro lado de ellos. No obstante, ni Pen ni nadie ahí fuera lo ha hecho y no podrían entenderlo y dudo que quieran hacerlo.

—¿Estás bien? —pregunta inclinándose ligeramente so - bre mí. Niego moviendo la cabeza—. Ocúpense de sus asuntos —ordena despidiéndolos.

—Esta tarde enviaré a dos de mis hombres —informa Uriel resuelto.
—No...

—No hay réplica, Armen —responde con severidad—. Hasta no saber qué pretenden y quién está detrás de esto, tendrás compañía. Recuerda que hay alguien aquí dentro.

—Uriel tiene razón —concuerda Rafael encogiéndose de hombros—. Necesitas a alguien, no solo por ti —dice dedicán- dome una mirada que no sé interpretar. No es precisamente de odio, aunque era de esperarse—. Así que solo acéptalo.

—Irina y Anisa están conmigo —replica Armen sin dejar de mirarme.

—No son suficientes —niega Uriel—. No me malinter- pretes, Anisa —dice sin pizca de arrepentimiento.
—No lo hago —contesta fríamente.

—Entonces eso ha quedado claro. Irina vienes conmi - go —ordena mirándola de reojo, ella asiente caminando hacia él—. Anisa ve con Rafael para arreglar el asunto de la reunión. —Rafael le dedica una sonrisa burlona—. Rafael —gruñe Uriel al percatarse de su expresión—. Sé lo que crees, pero no te equivoques.

—Yo no creo nada —afirma con sorna. Intercambian una mirada y los cuatro se marchan. No tengo ni idea de cuáles son sus pensamientos después de todo esto. Ni siquiera yo sé que pensar.

Armen permanece cerca de mí tranquilo. Lo miro interrogante. Sus ojos trasmiten inquietud, demasiada. Todo lo que acabo de escuchar resulta desconcertante, pero sobre todo, la posibilidad de tener que alejarme de su lado. Aunque al principio supuse que sería un suplicio, no deseo marcharme. No podría.

—¿Qué pasará con los donantes? —pregunto con timidez. Lo más razonable en este instante sería enviarme de regreso con el resto y disminuir un poco los problemas, pero no quiero que lo haga.

—Lo correcto —responde acunando con su mano, mi me- jilla izquierda.
—¿Lo correcto? —Asiente.

—Quienes decidan enviarlos de regreso están en su dere - cho, pero yo no pienso hacerlo. —Sus palabras me alivian—. A menos...

—¡No! —Niego con rapidez colocando mi mano sobre la suya—. No quiero irme —reafirmo acortando la distancia. —Gracias —susurra inclinándose hasta tocar mis labios.

Casi es de noche cuando varios vampiros cruzan la puerta. Me mantengo en el pasillo, lo suficientemente lejos para que no me vean, aun cuando pueden sentirme. Permanezco inmóvil, intentando escuchar. Sé que no debería, pero no me he quedado tranquila después de lo que he escuchado esta mañana.

—Señores —saluda con formalidad y respeto Armen. —Señor Regan —contestan al unísono, con voz autóma- ta.
—Por favor. —Se hace una pausa, pero no se perciben sonidos de movimiento—. Agradezco su presencia. —Es algo extraoficial, ¿cierto? —pregunta uno de ellos, evidentemente incómodo. Su voz lo delata.

—No tanto como eso —responde Rafael—. Más bien, ne - cesitamos discutir acerca de lo que Valencia pretende presentar mañana en el consejo.

—No creo que sea tanto como pretender —responde otra voz, la cual parece más arisca—. Es lo que se debería hacer. —¿Usted cree? —cuestiona Uriel con cierta burla—. ¿Sabe lo que eso provocaría?
—Bueno... —titubea.
—No —responde Uriel—. No lo sabe. En número nos adelantan, si ellos quisieran...

—No son tan fuertes —asegura otra voz. Parece menos hostil, pero transmite inseguridad—. Además, tenemos a la guardia.

—Una guardia que no pudo detener a unos cuantos im - puros —comenta con desagrado Rafael—. Sin ofender, Haros —dice con el mismo tono burlón. ¿Qué ocurre con ellos?

—Señores —interviene Armen mirándolo con severi- dad—. Estamos aquí para encontrar una solución.

—Lo sabemos, Regan —responde una cuarta voz—, pero hasta ahora las cosas no han ido bien y todos comienzan a especular. No puedes culparles por su inquietud.

—Pero la solución no es lo que Valencia pretende —afir - ma Uriel—. Eso solo provocaría más enfrentamientos. No esta- mos en condiciones de eso.

—En eso llevas razón, Haros —concuerda una de las vo - ces. Esta suena más serena y firme—. ¿Se ha intentado mediar con ellos? Quizás ceder un poco en cuanto a lo que piden sea la solución.

—¡No! —exclama la segunda voz, las más áspera—. La solución es justo

como Valencia lo ha planteado.
—Exacto —dice el primer vampiro que había hablado, reconozco su voz—. Lo mejor es esclavitud.

«¡¿Qué?! ¿Ha dicho esclavitud?». El aire se atora en mis pulmones. Echo la cabeza hacia tras, pegándola al muro y cierro los ojos. No puede ser verdad. ¿Esclavitud? ¡Oh Dios, no!

—Eso es absurdo —refuta Uriel con noto agrio.

—¿Por qué? —pregunta la tercera voz—. Ellos viven gra - cias a nosotros.
—¡Engreído! Eso no es del todo cierto. Quienes trabajan y producen todos los recursos para la ciudad somos nosotros.

—Y nosotros gracias a ellos —farfulla Rafael.

—El problema es que ellos han mostrado su postura — señala el cuarto vampiro—. No están dispuestos a seguir bajo nuestro régimen.

—Pero si no son más que...
—La esclavitud no es el camino, señores —dice la quinta voz. De todos ellos parece el más razonable—. ¿Cierto, Regan? —Sí, Mires —responde Armen—. No podemos provocar otra guerra.
—¿Entonces qué es lo que propones? —inquiere con re- celo la primera voz. ¡Ese vampiro no me agrada!

—Pactaremos un acuerdo con ellos...
—¡¿Qué?! —preguntan varias voces indignadas.

—Pero no cederemos en nada que nos pueda perjudicar —dice con convicción, cosa que parece tranquilizarlos pues guardan silencio—. Mañana dialogaremos con ellos y estable- ceremos un acuerdo. A ninguna de las dos partes nos beneficia esto o que las cosas se compliquen aún más.

—Ciertamente —apoya la quinta voz, Mires, como lo ha llamado Armen—. Así que señores, debemos confiar en Regan. —Se escuchan susurros afirmando—. Nunca nos ha fallado. No deben olvidarlo.

—Agradezco su visita, señores —dice Armen—. Los acompaño. —Ni siquiera puedo escuchar sus pasos, solo el so- nido de la puerta al abrirse y cerrarse de nuevo.

—¿Por qué haces esto, Mires? —pregunta Uriel con tono brusco. Creí que él también se había marchado.
—¿Qué quieres decir?
—Conmigo no te hagas el interesante. Siempre fuiste el segundo de Valencia. ¿No es verdad? —El vampiro ríe.

—Siempre tan directo, Haros. Puede que lo haya sido, pero no soy tan ruin como él. Además, Regan parece bastante justo.

—Si eres sincero —interviene Rafael—, eres bienvenido. Sino, déjame recordarte que Armen no está solo.
—¿A qué viene eso? —pregunta expresando desconcier- to—. ¿Crees que voy por Regan? ¿Estás loco?
—Es solo una advertencia —sentencia Rafael bastante serio.

Ellos me desconciertan. Parecen ser tan indiferentes y fríos, pero tanto él como Uriel manifiestan tenerle gran lealtad a Armen y eso me conforta.

—Es malo escuchar a hurtadillas. —Armen aparece de- trás de mí provocándome un susto de muerte.
—¡Armen! —grito llevándome la mano al pecho. Sonríe y niega fingiendo mirarme con un gesto reprobatorio. —Creo que ya no tengo nada que contarte, ¿verdad? — Siento arder el rostro.
—Lo siento —digo arrepentida bajando la mirada. Le- vanta mi barbilla con sus dedos y se inclina sobre mí. —Hora de ir a la cama —susurra rozando mis labios. —¿Y nosotros? —pregunta Uriel provocando que quiera morirme de la vergüenza. ¿Qué hacen observándonos?

—Vayan a sus casas —dice Armen mirando al techo con un gesto cansado. Noto una mirada melancólica de parte de Rafael, que me hace sentir culpable—. Mañana será un largo día.

—Sin duda —concuerda Rafael desviando la mirada. —¿Crees en Mires? —Uriel no parece muy convencido. —No lo sé —responde Armen.

—Debemos tener cuidado —asegura Rafael—. Ese re- pentino interés y apoyo no es bueno.
—No sería tan imprudente.
Rafael y Uriel intercambian una mirada y mueven la ca$_{beza.}$

—¿Quién sabe, Armen? El traidor cree que no sabemos de su existencia. —Me mira a mí—. Porque no te vio ¿cierto? —Confirmo sus palabras—. Eso nos pone un paso por delante.

—No realmente —murmura Armen pensativo—. Ustedes lo han puesto sobre aviso con esas advertencias.
—¡Mierda! —maldice Uriel dando un golpe en la pared. —Vayan a descansar —repite Armen rodeándome con el brazo de la cintura.

—S í. Por cierto, mis hombres están en la puerta. —Ar- men niega pero Uriel le dedica una mirada de advertencia—. Sin peros, Regan. No te preocupes, son de completa confianza y no se acercarán a tu mujer. —Ambos vampiros dan media vuelta y desaparecen. ¿Mujer?

—A la cama —susurra tomándome en brazos caminando hacia su habitación—. Apartir de esta noche dormirás conmigo —explica mirando al frente. ¿Le preocupo cuando es él quien corre peligro?
—Armen —digo acariciando su mejilla.

—Descuida. No pasar á nada. Lo prometí ¿recuerdas? — Asiento conmovida al borde de las lágrimas. Soy yo quien debe protegerle. Debo defender a mi vampiro.

ISELA REYES

Capítulo 23



En solo un par de semanas las cosas parecen haber dado un cambio radical. Algo que parecía imposible ha empezado a ocurrir: los humanos han decidido rebelarse contra los vampiros, quienes nos han gobernado durante más de quinientos años, después de que nuestros propios conflictos y la aparición de los impuros casi nos llevara a la extinción. Resulta difícil creer que ahora humanos e impuros estén aliados para derrocar a los fundadores.

La aparición de Pen, o al menos eso es lo que suponen, ha desatado toda clase de situaciones, las cuales no termino de asimilar. Aunque una parte de mí, mi lado humano, me dice que es lo correcto, lo que yo deseé durante mucho tiempo, ahora sé que no es la manera correcta de hacer las cosas. Salvo algunos vampiros con lenguas mordaces y miradas airadas, el resto de ellos no son tan desagradables. No obstante, soy la única que lo ve de este modo. Ni la misma Violeta pudo verlo. ¿Quién lo habría pensado? Yo, la chica que los aborrecía y no podía evitar una expresión de desagrado cada vez que tenía uno delante, es quien desea proteger la vida del líder de ellos.

Dejo escapar un profundo suspiro y abro ligeramente los ojos, descubriendo que me observa con curiosidad. Gruño perezosamente mientras lucho por mantener los ojos abiertos. Él sonríe y aparta el cabello de mi cara.

—Hola —dice acariciando con suavidad mi mejilla. Son - río al sentir su tacto y me giro por completo hacia él, apoyándome sobre el costado y pasándole el brazo por el dorso. Me gusta estar de este modo, enredados, piel con piel. Me gusta que él sea lo primero que vea.

—Hola —respondo con voz ronca, pegándome a su pe - cho, aprovechando para respirar su olor el cual me encanta y resulta un deleite. Su aroma es embriagador y reconfortante como ningún otro que haya podido percibir.

—¿Dormiste bien? —Su pregunta me sorprende un poco, rompiendo mi burbuja. «¿Tuve pesadillas anoche?» Intento re- cordarlo pero no tengo nada que me confirme el hecho.

—S í —contesto levantando la mirada, deleitándome con el ángulo de su perfecto rostro. Trato de adivinar sus pensa- mientos, pero siempre fracaso, mantiene esa expresión serena—. ¿Estuve inquieta? —Niega mientras la punta de sus dedos sigue el contorno de mi oído, enviando un estremecimiento por todo mi cuerpo.

—No. Solo me preguntaba si no has tenido más sueños. —Sacudo la cabeza con rapidez y entro en tensión. Hace ya algunos días que no tengo ninguna pesadilla, nada, ni siquiera después de que haya bebido. Es raro, pero en parte me alivia. Suficiente incertidumbre se tiene en estos momentos.

—Estuve revisando los libros de la biblioteca, pero nin - guno habla sobre sueños compartidos entre vampiros y donantes —explico dejando escapar un profundo suspiro—. No hay nada como eso. —Es evidente que los donantes existen hace desde mucho tiempo, desde que se fundaron las ciudades, pero no existen muchos registros que hablen del tema.

—Lo sé, tampoco he encontrado nada al respecto. —Los sueños nunca me han preocupado. Es cierto que son desconcertantes y un poco aterradores, pero de alguna manera me acercan a él, a su lado humano, a esa parte que pocas ocasiones deja ver. Armen es tierno conmigo, pero continua siendo un

misterio, una parte de él parece siempre distante. Sé que no le gusta hablar de su vida, recuerdo perfectamente sus palabras respecto a su transformación y el hecho de que no deseara tocar el tema. Aunque no es eso lo que me preocupa, sino ese último sueño. Esa sensación de ser alguien más, alguien que amaba a su madre y a quien no le gustaba Armen—. Pero sigo investigando.

—No te preocupes por eso —susurro pensando en todos los problemas con los que tiene que lidiar en este instante—. No es importante. —Me abraza con fuerza besando mi frente.

—Tienes razón —contesta, pero parece poco convencido. Suspiro ocultado mi rostro en su pecho. Me gustaría hacer algo más por él, pero no sé qué cosa.

Nos quedamos así, abrazados, quietos, en silencio, disfrutando de la cercanía y del momento. No quiero que nada malo le ocurra.

—¿Crees que podría tener una espada aquí? —pregunto en voz baja. Sé que no le gusta la idea, esa fue una de las condicionantes de entrenar, no traer armas a la casa. Pero lo cierto es que si llegara a pasar algo, me gustaría ser útil. Frunce el ceño y niega.
—Gema...

—Lo sé —me anticipo a su negativa—. No pienso luchar con nadie —aseguro acercándome a él—, pero no me gustaría estar de brazos cruzados si algo ocurre.

—No estás de brazos cruzados y si algo ocurre, tienes quien te proteja —explica terminando de ajustar el cuello de su camisa. Me gustaría replicar y recordarle lo ocurrido la otra noche, pero no quiero reprocharle nada.

—Me sentiría más tranquila si la tengo. —Ladea el ros - tro, estudiando mi expresión—. Por favor. Prometo no usarla —Deja escapar un suspiro y sacude la cabeza.

—De acuerdo. —Sonrío emocionada—. Pero no la utili- zarás a menos que sea una emergencia, ¿entendido? —Sí, señor —contesto muy seria y eso

provoca que son- ría.

—Solo una emergencia —repite.
—Sí, sí. Una emergencia.

Armen y Anisa se marchan con los hombres de Uriel cerca de las diez. Tienen una reunión con los representantes de la cuidad. ¿Es posible que se trate de Pen? El representante anterior era un hombre llamado Mateo. El típico lame botas que solo buscaba su bienestar quedando bien con los fundadores. Sin embargo, ahora no sé qué esperar. Solo deseo que las cosas puedan solucionarse de la mejor manera.

—¿Quieres comer algo? —pregunta Irina. No me apetece nada, estoy nerviosa y no dejo de pensar que me gustaría poder hacer algo más para ayudar—. No te preocupes, Gema.

—Ojalá pudiera hacerlo —susurro suspirando—. Me gus- taría ayudar.

—No, Gema —niega rápidamente. Hago una mueca de disgusto—. No hay mucho que podamos hacer en realidad — asegura, pero su respuesta no me convence.

—Pero...

—Te repito que no debes preocuparte. El señor Regan es un excelente mediador y además no tiene intención de perjudicarlos. Te lo puedo asegurar. Hará lo que considere mejor para ambas partes. —No es eso lo que me preocupa, confío en él.

—Lo sé. —Pero no dejo de pensar en toda la situación. Irina sigue vistiendo ese traje negro, lo que me recuerda el hecho de sus pérdidas. ¿Ellos los sepultan?—. Lamento mucho lo que pasó —digo refiriéndome a la entrada de los impuros.

—Nadie pudo haberlo previsto —dice encogiéndose de hombros—. Ni siquiera nosotros sentimos su presencia. —Se lleva la mano a la barbilla y niega con expresión pensativa—. Eso sí que es extraño. En ningún instante pude percibir su olor.

—Lo ocultaron con el olor de Violeta —aventuro recor - dando que esa noche, era la única esencia que percibí cuando me acerqué a la puerta. Ahora que lo pienso, ni siquiera distinguí el aroma de ese vampiro que le entregó la llave. Irina me mira sorprendida.

—¿Cómo sabes eso?
—Porque su olor estaba por todas partes.

—¿Pudiste percibir su aroma? —Me quedo rígida ante la expresión de su rostro. Es como si acabara de decirle que la tierra no es redonda.

—Sí —balbuceo, tengo la impresión de que he hecho algo malo.
—¿Solo de ella? —Niego despacio, sin comprender su reacción.

—De la mayoría de ustedes. Violeta tenía el aroma de Ra - fael impregnado, por eso podía percibirla, sus olores se mezclaban.

—Pero... —Agita la cabeza, abriendo la boca—. Pero eso es imposible —asevera dejándome pasmada. Me observa con detenimiento aumentando mi inquietud—. No lo comprendo. ¿Siempre lo has hecho?

—No, ocurre desde que Armen bebió mi sangre —explico removiéndome incómoda.
—¡Vaya! —susurra relajándose un poco—. ¡Una cone- xión! —exclama mirándome entusiasmada.
—¿Una conexión? —Asiente observándome con deteni- miento.

—Ocurre con algunos humanos cuando se convierten en donantes. Es algo como el vínculo que se establece entre vampiros, solo que un poco menos estricto.

—¿De verdad? —Vaya. Eso es algo sorprendente y que alivia un poco mis inquietudes. Creí que era algo malo.

—Sí. Son casos muy poco comunes, pero han existido. —¿Cómo lo sabes? —Se encoje de hombros.

—Durante una misión conocí a un vampiro que tenía un lazo con un humano.

—¿Cómo era ese lazo? —pregunto intrigada.

—Podían comunicarse sin palabras a pesar de estar a mu - chos kilómetros. —Eso no puedo hacerlo yo—. Y sentían las mismas cosas. Como dolor, miedo y angustia, todo eso. Dime, ¿puedes comunicarte mentalmente con el señor Regan? —Nie- go—. ¿Sientes lo mismo que él? —Nuevamente niego.

—No. —Arruga la frente, mirándome evidentemente de- cepcionada—. Pero tengo sueños donde veo sus recuerdos. —¿Sueños? —Asiento estrujándome las manos con ner- viosismo—. Eso no lo había escuchado antes.
—¿Crees que es malo? —Esboza una sonrisa y niega.

—Creo que nosotros no somos normales, para empezar. Y no creo que sea malo, pero ¿qué dijo él? —Me encojo de hombros.

—Estaba muy sorprendido. —Aun puedo recordar su ex - presión cuando lo mencioné—. Y que tampoco sabía a qué se debía.

—No es para menos que este sorprendido. Él es un poco reservado. —Sin duda—. Pero es interesante.
—¿Qué cosa? ¿El vínculo?

—No, tú —dice señalándome con el dedo. La miro des - concertada—. Tal como lo pensé desde que te vi, eres especial, Gema. —Niego sintiéndome avergonzada.

¿Especial? No, soy demasiado ordinaria.
—No lo creo. Es más increíble hablar telepáticamente como lo hacen algunos .

—En realidad no lo es —comenta encogiéndose de hom - bros—. A veces se te pueden ir las cosas de las manos y es bo- chornoso. —Sonríe como si recordara algo y comprendo a qué se refiere.

—Espera, ¿todos lo hacen? —pregunto sorprendida. Su sonrisa se amplía hasta que sus perfectos dientes quedan a la vista.

—Por supuesto, Gema. La mayoría puede.

—Por eso casi no hablan —afirmo y ella asiente movien- do la cabeza.
—Así es, pero te digo que a veces es complicado aislar tus pensamientos de los demás.
—¿Qué quieres decir? ¿Todos pueden saber lo que pien- sas?

—¡No! —niega riéndose—. Eso sería terrible, sobre todo para mí —farfulla sin dejar de sonreír—. Puedes hacer que otros oigan tus pensamientos, pero también puedes bloquear sus palabras si lo deseas. Sin embargo, tu señor puede entrar en tu cabeza, aun cuando tú no se lo permitas.

—¡¿Qué?! ¿Por el vínculo?
—Correcto. Aunque algunos fundadores no tienen restric- ciones.
—¿Cómo?
—Así como Haros maneja el fuego, algunos tienen la ha- bilidad de manejar la mente, entre otras cosas.

—¿YArmen? —Su sonrisa se congela y sacude la cabeza. —No me corresponde hablarte de eso, Gema. Lo siento.

—Dime algo. —Asiente sin cambiar su expresión. Aun - que no pienso insistir respecto a Armen—. ¿Sus poderes surten efecto sobre los humanos?

—No todos.
No sé definir si eso es bueno o malo. ¿Uriel sería capaz de utilizar sus habilidades si pudiera hacerlo?
—¿Gema? —Irina aparece en la puerta de mi habitación. Frunce el ceño al darse cuenta de lo que hago.

—Solo estaba practicando —explico bajando la espada que ha traído uno de los guardias hace un momento. Llevo dos días sin entrenar, pero me parece una eternidad y después de lo que vi, sin duda debo prepararme más si quiero ser útil.

—No destroces nada —advierte entrecerrando los ojos, fingiendo severidad—. Recuerda que soy yo quien ordena. — Sonrío y niego.

—Descuida. Tendré cuidado.

—Tengo que salir un momento. ¿Estarás bien? —Pongo los ojos en blanco. Creo que soy lo último en la lista de preocupaciones de los demás.

—Tengo esto —le recuerdo elevando la espada.

—No puedes usarla a menos que sea una emergencia — cita las palabras de Armen y ríe al notar mi expresión de disconformidad—. Lo digo en serio, Gema.

—Ya entendí.
—No tardo.

La veo salir y de nuevo empiezo a moverme por la estancia, intentando practicar los movimientos de ataque que vi entre los guardias. Aunque el hecho de llevar un vestido y tener un espacio reducido no es de gran ayuda.

Suspiro y coloco la espada en un rincón. Ojala que la si - tuación se resuelva pronto y todo regrese a la normalidad. No me gusta estar así, inquieta y sin saber nada.

Es un pequeño sonido lo que rompe el silencio de la casa y me pone en alerta. Algo no está bien. Se supone que estoy sola. Por instinto tomo la espada, empujo la puerta y camino despacio por el pasillo. Me detengo antes de vislumbrar la sala. Noto un olor ajeno, hay alguien dentro. Mi corazón se acelera y empuño con fuerza la espada. Doy un paso, alerta y me quedo sin aliento.

—¡Dios! —Lo miro sorprendida y asustada. Ni siquie - ra lo he sentido entrar. Bajo la espada mirándolo avergonzada. Armen apareció de la nada y casi lo golpeo—. ¿Qué...? —No puedo terminar la pregunta.

—¡Ven! —Tira de mi brazo y me coloca detrás de él, justo en el instante en que dos hombres aparecen por las escaleras. «¡Es él!».

—Pen —susurro mirándolo con los ojos como platos.

Ambos usan una espada como la que sostengo lo que confirma mis sospechas. Eran ellos quienes entraron la otra noche a la sala de

entrenamientos. Algo duele dentro de mí ante el descubrimiento. La decepción me invade. No puedo creer que él esté haciendo esto. Aunque no soy quien para juzgarle. Es posible que de no haber ocurrido la enfermedad de mi madre, estuviera con él en estos momentos.

—¡Aquí estas maldito! —exclama el otro hombre acer - cándose amenazante a donde estamos. Pen me observa y se mueve, siguiendo los movimientos de su acompañante.

Armen se mantiene inmóvil, pero sé que está preparado para responder. Estoy segura de que no los lastimaría, no solo porque él no es así, sino porque eso complicaría las cosas. El mismo Uriel lo mencionó antes. Sin embargo, son claras las intenciones de ellos. ¡Esto es horrible! No quiero que ninguno resulte herido. Pen es alguien importante, mi mejor amigo, mi compañero de aventuras, no obstante Armen es mi vida. No puedo permitir que lo lastimen.

—No —digo saliendo detrás de Armen, a pesar de que sujeta mi brazo, mirándome preocupado.

—Gema. —Sacudo la cabeza colocándome delante de él. Él no puede enfrentarlos, porque dificultaría las cosas, pero yo sí puedo hacerlo.

El hombre que acompaña a Pen se frena en seco al verme. Parece atónito, como si acabara de reparar en mi presencia, pero sobretodo de percatarse que no soy un vampiro.

—Una humana —señala mirando a Pen, quien aprieta la mandíbula y sacude la cabeza.

—Una donante —responde prácticamente escupiendo las palabras, como si le quemaran. Lo conozco. Sé cuánto debe dolerle esto y eso me hace sentir culpable. Sus ojos se han tornado fríos al recorrer mi cuello. La marca está fresca, sería inútil ocultarla.

Me mira como si fuera una desconocida, como si fuera su enemigo, aunque supongo que ahora lo soy. Muevo la cabeza sosteniéndole la mirada, intentando hacerle entender las cosas, pero es posible que sea inútil.

—¿Por qué? —pregunto con un hilo de voz. Sus cejas se unen y sus labios forman una línea rígida, indicando su malestar. Como cuando fallaba al intentar atacarlo.

—¿Por qué? —repite con ironía, mirándome ofendido—. Eso debería preguntarte yo a ti, Gema. —Escucho un ligero gru- ñido detrás de mí, cuando pronuncia mi nombre. Siento como Armen acorta la distancia entre los dos colocando sus manos en mi cintura. Gesto que enfurece aún más la expresión de Pen—. Creí que esto era solo por tu madre —reprocha mirando por encima de mi hombro.

Su afirmación me deja sin palabras. No es tonto, se ha dado cuenta. Por el modo posesivo en que me sostiene. —Pen... —Cierra los ojos y niega como si no quiera saber nada. «¡Pen! ¡Lo siento tanto! No puedo cumplir mi promesa». —Aun lado, Gema —ordena levantando su espalda, anti- cipándose al hombre.

—No —contesto con firmeza, empuñando la espada y adoptando una postura de ataque. Veo la sorpresa reflejada en su rostro—. Antes de tocarlo tendrás que pasar sobre mí. —Duele tener que decirle esto, pero no puede ser de otra manera. Su acompañante suelta una risa burlona y niega.

Sé que es absurda mi posición. Armen podría encargarse de ellos, pero no quiero que lo haga, no deseo verlos enfrentarse.

—Creo que has caído en sus garras —masculla Pen mi - rándome con lástima. Ignoro sus palabras y apelo al cariño que nos teníamos, a su noble corazón.

—No hagas esto, Pen —suplico.

—Eres tú quien no debería hacer esto —recrimina dando otro pasó hacia mí. «¡No sigas! ¡Por favor!», pido mentalmente—. Pero no importa, porque yo voy a sacarte de aquí y haré que vuelvas a tus sentidos.

—La guardia viene en camino —dice Armen pegando su pecho a mi espalda y afianzando su agarre a mí. No dejará que lo haga. El rostro de Pen cambia abruptamente de tono y sus ojos parecen despedir fuego—. Deberías

marcharte antes de que lleguen.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, maldita sangui- juela! —vocifera Pen—. Y quita tus manos de ella.
—Esto no funcionará —murmura con nerviosismo su compañero.
—Pen... —susurro mirándolo suplicante. Niega fulmi- nando con la mirada a Armen.

—Bonita forma de cumplir la ley, ¿no, Regan? Se supone que no puedes tocarnos y mira —dice señalándome—. Inclu- so...

—¡Estoy aquí por voluntad propia! —interrumpo moles- ta.

—¡Tú no sabes lo que dices! —espeta mirándome con una mezcla de compasión y enojo, provocando que la culpa crezca de nuevo en mí. Siempre fui alguien admirable, pero ahora me tiene lástima. «¡Pen me compadece!». Siento como Armen se tensa. Está perdiendo el control. Coloco mi mano sobre la suya, intentando retenerlo y tranquilizarlo.

—Por favor —suplico a ambos, a pesar de que miro a los ojos a Pen—. Vete.
—No —niega sacudiendo la cabeza—. No me iré. —¡Tenemos que largarnos, Jensen! —exclama el hombre tomándolo del brazo. Hay sonidos en el pasillo. La guardia.

—Gema, vámonos —ruega ofreciéndome su mano. «¡No lo hagas, Pen!».—Ven conmigo, Gema —«¡Por favor, no!». Observo su mano, esa que me mantuvo en pie y que me condujo cuando era una niña, la misma que me hizo sentir segura.

—Vete —repito reprimiendo las ganas de llorar. Veo el dolor en sus ojos. ¡Dios! Me duele hacer esto, pero no puedo dejar a Armen. Ya no puedo hacerlo, no quiero. Prácticamente el hombre arrastra a Pen por las escaleras, hasta que desaparece el sonido de sus pasos.

—No iré tras ellos —susurra Armen al percatarse de que sujeto con fuerza su mano que aún permanece en mi cintura. Relajo todo mi cuerpo y dejo caer la espada.

—Gracias —digo cerrando los ojos, mientras un par de lágrimas traicioneras resbalan por mis mejillas. Le he fallado y sé que no me perdonará nunca.

—Gema. —Armen me hace girar de frente a él—. ¿Estás bien? —Seca mi rostro con sus manos y se inclina pegando su frente a la mía. Quisiera que no me afectara, pero es como si acabara de darle la espalda a mi propia familia. Pen es mi familia también.

—Sí. —Me abrazo con fuerza a su cintura. Refugiándome en su pecho.

Me gustaría explicarle que Pen no es malo como parece, que es noble y justo, pero lo que acabamos de ver deshecha todos mis posibles argumentos. ¡Las espadas! Y las amenazas de ese hombre confirman lo temido. Ellos quieren la cabeza de Armen, ellos y algún vampiro que los ayuda, pero, ¿quién? ¿Y por qué lo traicionaría uno de los suyos?

La puerta se abre de golpe, Irina y Uriel entran agitados, mirándonos de pies a cabeza y luego recorriendo la estancia. —¿Dónde están? —ruge Uriel avanzando como un felino. —Se han ido —contesta Armen manteniendo inalterable su voz.
—Pero...

—No —Niega—. Dejen que se marchen. —Cierro los ojos y me escondo de nuevo en su pecho. Armen es demasiado bueno y yo no puedo hacer nada por él. Solo ser una carga, como tanto temí.

—Las cosas no han ido muy bien —explica Uriel agitan - do la mano distraídamente—. Los humanos son muy necios y no parecen entender razones —Niega pasándose la mano por la frente.

—¿Qué esperaban? —pregunta Rafael—. Supongo que ahora que tienen algunas armas se sienten inmortales —comen- ta con malicia.

—Pues no lo son —gruñe Anisa. Est á molesta desde que se enteró de lo que pasó. Rafael no lo sabe y Armen ha prohibido mencionarlo puesto que aumentaría la tensión que se experimenta entre los vampiros.

—Dejemos que lo consideren —dice Armen manteniendo la serenidad.

—No creo que lo hagan —murmura Rafael—. Ytampoco tenemos mucho tiempo. En un rato vendrá Yamah.
—¿Y ese para qué? —pregunta Uriel arrugando la nariz.

—Para intentar convencerlo de que est é de nuestro lado —responde de mala gana Rafael, como si no resultara eviden- te—. Mañana se analizará la propuesta de Valencia. Necesitamos partidarios o las cosas se pondrán feas.

Permanezco al margen mientras ellos conversan, aunque Armen me mantiene a su lado acariciando el dorso de mi mano. No ha dicho nada respecto a lo ocurrido, pero noto su inquietud.

—Ellos no se conformarán con nada —replica de mala gana el vampiro llamado Yamah. De nuevo estoy en el pasillo escuchando su conversación, aunque sé que no debería hacerlo—. Y están con ellos.

Lo han intentado convencer de que los humanos no están aliados con los impuros, pero tal como lo sospechábamos, han comenzado los rumores y eso complicará las cosas para Armen.

—Aun no lo podemos confirmar —miente Uriel, puesto que él lo sabe.
—Está más que claro —contesta Yamah.
—Esa era solo una y no sabemos realmente con quién estaba —argumenta Uriel, quien parece cada vez más irritado. Suelta una carcajada burlona.

—¿Quieres decir que alguno de nosotros lo planeó? ¿Qué alguno estaba con esa humana? —se mofa—. Te recuerdo que esa estaba con Rafael.

Alguien gruñe y la tensión parece aumentar. Las cosas no van nada bien, dudo mucho que él acceda a apoyarlos. —No entiendo cómo puedes decir eso, ¿no tienes por amante a una también? —Le recuerda Rafael con sarcasmo. —¡Basta! —los corta Armen con tono energético—. No estamos discutiendo sobre ese asunto.

—Tienes razón en eso, Regan —dice el vampiro—. Así que será mejor que me vaya. Sabes que siempre he estado de tu parte, pero las cosas no pintan bien. Por su culpa mataron a muchos de nosotros y si los humanos están involucrados con esas ratas, creo que está por demás tenerles consideración,

sencillamente debemos someterlos. Tenemos los medios para hacerlo.

—Se trata de evitar una matanza —responde Armen tran- quilo.

—Puede ser que se pierdan algunos, pero los humanos son como conejos. En un par de años tendremos los suministros necesarios para no preocuparnos. —Se hace un incómodo silencio.

Contengo el aliento y cierro los ojos. Es repugnante lo que ha dicho. Estoy temblando ante la crueldad de sus palabras. No estoy segura de si es de rabia o de miedo. Esclavitud. No, no puede ser.

¿Conejos? ¿Suministros? ¿Solo somos eso para ellos? ¡Cretino! ¡Maldito vampiro!
Levanto el rostro al sentir su presencia. No dice nada, me abraza con fuerza y no puedo evitar sollozar.
—No voy a permitirlo —asegura besando mi pelo.

Creo en él, pero las cosas están muy mal. Y por si eso no bastara, también esta Pen. Si ha llegado hasta ese punto, signifi- ca que no dará marcha atrás. Los fundadores tampoco lo harán, eso me queda claro. Tengo que hacer algo, tengo que ayudarlo. Incluso si tengo que hablar con Pen y suplicarle para que ceda.

ISELA REYES

Capítulo 24



Lo observo moverse por la estancia desde la cama. Tal como lo anunció, de nuevo dormiré con él. Me gusta estar aquí, todo tiene su aroma y me hace sentir protegida, segura. Sigo dándole vueltas a la situación que acontece dentro y fuera del muro. Me siento irritada con las palabras de ese desagradable vampiro y al mismo tiempo, no dejo de pensar en el encuentro con Pen. Armen no ha dicho mucho al respecto. Como de costumbre se mantiene reservado y aunque me gustaría preguntarle los detalles de esa propuesta, no deseo importunarlo.

Fijo mis ojos en su figura. Se ha cambiado de ropa y ahora su aspecto es menos formal, cosa que lo hace parecer aún más joven y atractivo. Tiene el pelo revuelto por la ducha y camina descalzo. Lleva unos pantalones flojos y una camisa blanca con un par de botones abiertos en la parte superior, que dejan ver su piel nívea. Armen es tan hermoso, tan perfecto. No puedo evitar devorarlo con la mirada. Aunque de sobra sé que no es un buen momento para pensar en ese tipo de cosas. Me muerdo el labio, removiéndome incómoda entre las sabanas al recordar la conversación con Irina. ¿Qué

pensaría si pudiera leer mi mente?

Aunque eso no importa ahora. ¿Hay riesgo de una guerra y yo pienso en otras cosas? No es eso, desde luego que me preocupa, pero la atracción que siento por él se mantiene latente y verlo de este modo no ayuda demasiado. Instinto primitivo, supongo.

Sin que lo espere, sus ojos enfocan los míos y el calor invade mi rostro. ¿Se ha percatado de mi mirada? Me siento como una niña pequeña siendo atrapada en una fechoría, lo que aumenta el ardor en mis mejillas.

Ladea el rostro y esboza una ligera sonrisa que es casi imperceptible, pero que el brillo de sus ojos delata. ¡Dios! ¿De verdad lo sabe? ¿Sabe lo que pensaba? Se acerca despacio a donde estoy y una sensación de vacío contrae mis entrañas, al mismo tiempo que mi corazón acelera su ritmo.

—¿Pasa algo? —pregunta sentándose en el borde de la cama, mientras estudia mi rostro. Intento contestar, pero me pierdo en la intensidad de su mirada—. ¿Gema? —musita de forma cariñosa.

—¿Eh? —balbuceo denotando mi desasosiego. «Piensa algo, no seas boba, Gema», me reprendo mentalmente—. No realmente, solo pensaba que no has bebido. —Frunce el ceño y niega relajando su expresión, descartando mi idea.

—Estoy bien —afirma encogiéndose de hombros.

Sin embargo, ahora que lo tengo tan cerca, puedo notar que su palidez es más pronunciada y que parece cansado. «Usar sus habilidades los desgasta. Es una arma de doble filo y nece- sitan beber para reponerse». Me arrastro sobre la cama hasta llegar a él, sin perder el contacto visual bajo el tirante de mi camisón y ladeo la cabeza, dejando expuesta mi piel.

—Yo también. —Se cuánto le importa que mi cuerpo est é bien y quiero que le quede claro—. Lo necesitas. —No solo por lo de la otra noche, sino porque está bajo demasiada presión.

Me observa unos segundos. Baja la mirada a mi cuello y mi corazón se

desboca expectante. Armen recorre la curva de mi hombro con las yemas de sus dedos, provocando un escalofrío que sube por mi columna.

—De acuerdo —dice colocando una mano en mi espalda y la otra en mi nuca, de manera que me arrastra hasta que estoy sentada sobre sus piernas. Cierro los ojos al sentir sus labios sobre mi cuello, preparándome para el pinchazo y la succión, pero para mi sorpresa no ocurre. Deposita un beso y luego otro más, se mueve ascendiendo por mi barbilla hasta alcanzar mi boca—. Te necesito —susurra tumbándome sobre la cama cubriendo mi cuerpo con el suyo.

No titubeo. Yo también tengo necesidad de él. Respondo a sus caricias, a la intensidad de sus besos y de su lengua jugueteando con la mía. Gimo al sentir la presión de su cadera contra la mía y me olvido de lo demás. Quiero sentirlo.

Sus manos buscan debajo de la tela de mi blusón, recorriendo mis muslos hasta alcanzar la unión de mis piernas. Un jadeo escapa de mi pecho, pero es callado por sus labios. Se aparta ligeramente, mirándome fijamente. Acuno su mejilla, ex- presándole sin palabras lo que ya sabe. Sonríe mientras sus dedos comienzan a desnudarme y torpemente los míos lo imitan.

Siento como su brazo, sobre el que descansa mi cabeza, se desliza hasta que termino apoyada contra la suave superficie de la almohada. Sin embargo, a pesar de ser cómoda, no tiene comparación. Noto su ausencia al instante. Me muevo y abro ligeramente los ojos, descubriendo que está sentando a mi lado, observándome. Acaricia con ternura mi rostro y a pesar de no desearlo, el sueño me reclama de nuevo, sintiendo sus labios sobre mi mejilla.

Voces alteradas llegan con claridad a mis oídos trayéndome de golpe a la realidad. Abro los ojos, encontrándome con el techo de la habitación de Armen. «¡Armen!». Me giro sobre la cama, percatándome de que estoy sola. «¡Oh no!». Me incorpo- ro y recorro con la mirada la estancia desierta. De nuevo escucho las voces que parecen discutir. Mi pulso se acelera. «¿Ha pasado algo? ¿Dónde está Armen?». Un horrible pensamiento se apodera de mí. «¡No, por favor!». Salgo de la cama, tomo la bata junto a la cama y rápidamente doy con mi espada. Ni siquiera me preocupo por mi aspecto, empujo la puerta y con el corazón a punto de salirse de mi pecho avanzo

hacia la sala de donde provienen los sonidos.

Mis pies descalzos me permiten avanzar de manera silenciosa, sin delatar mi presencia, pero alerta. Estoy muy cerca y ahora escucho con claridad las voces, son Uriel y Anisa. Me relajo un poco y bajo la espada. Sus voces callan justo antes de que entre en la estancia. Todos me observan. Rafael de un modo extraño, pero que no parece odioso. Uriel ladea el rostro y esboza una sonrisa burlona al ver que llevo la espada. Anisa desvía la mirada con indiferencia, como si no valiera la pena. Por su parte, Irina me hace un gesto para que alise mi pelo, mientras intentan reprimir una sonrisa. Armen mantiene una expresión serena. Me aclaro la voz y doy un paso más.

—Hola —digo sintiéndome ridícula, con ganas de dar media vuelta y esconderme.

—Buenos días —responde Armen extendiéndome su mano. Su gesto y su mirada me dan valor para olvidarme de los demás. Avanzo hasta que toco sus dedos. Me sujeta, haciendo que me acomode a su lado y es cuando noto la presencia de los dos guardias, quienes permanecen un poco más apartados.

—¿Qué pasa? —inquiero al notar la tensión que de pronto los rodea. El semblante de todos cambia, pero ninguno responde—. ¿Ocurrió algo? —No me gusta esto.

—Hubo otro ataque —contesta Armen sosteniendo mi mano. ¿Otro ataque? ¿Pen? ¿Impuros? ¡Dios!
—¿Aquí?

—No —contesta Uriel, quien parece demasiado tenso—. En la ciudad. Esta vez se trató de repudiados —explica antes de que pregunte.

—¡¿Repudiados?! —exclamo sorprendida y aterrada. —Muchos de ellos —murmura Anisa, apretando las ma- nos y la mandíbula con fuerza.

—Yúnicamente en contra de vampiros —concluye Rafael con tono irónico. «¿Qué? Imposible»—. Demasiada coinciden- cia, ¿no? —pregunta mirándome fijamente. ¿Qué está sugirien- do? Eso es aún más aberrante que la alianza con los impuros. ¿Repudiados? Absurdo, completamente absurdo.

No puede ser.

—No estamos para analizar las coincidencias —masculla Uriel mirándolo con reproche—. Sino para encontrarle sentido a todo esto.

—¿Qué otro sentido podría tener? —pregunta con sarcas - mo—. Han reclutado repudiamos para usarlos en nuestra con- tra. Ellos saben nuestra debilidad.

—Imposible —niega Uriel.
—Pero ellos solo atacan a los humanos —les recuerdo, aun sin darle crédito a sus palabras.

Anisa mira al techo con gesto de fastidio.
—En teoría —responde Uriel.

—Pero los reportes indican que solo fueron atacados vampiros —informa Anisa, sin ocultar su malestar.

—Nadie puede controlarlos —aseguro rememorando todo lo que se acerca de ellos. Son salvajes, no tienes capacidad de razonamiento, son peores que un animal—. Ni ustedes son capaces, mucho menos nosotros. —Esto no tiene sentido.

—Hipotéticamente —dice pensativa Irina, Uriel la mira con una sonrisa y sacude la cabeza.

—Eso he dicho —farfulla, pero ella lo ignora. —Sin embargo, su trayectoria parece haber sido planea- da. No tiene lógica, pero es lo que ocurrió. Así que debemos suponer que de alguna manera, alguien ha logrado controlarlos y dirigido el ataque a los subalternos.

—Hablas como si fueran cachorros —gruñe Rafael mi- rándola despectivamente. Irina sonríe condescendiente. —Irina tiene razón en algo. Son como animales salvajes —dice Anisa—. Pueden controlarse si se encuentra la manera. —¿Quién se tomaría la molestia? —Uriel parece dema- siado incrédulo. Pero creo que no resulta del todo descabellada.

—La misma persona que se encargó de convencer a esa chica para que abriera las puertas y permitiera el acceso a los impuros —afirma Armen. Todos guardan silencio y lo obser- van—. Los repudiados representan una amenaza para nosotros porque nuestras habilidades no surten efecto en ellos y porque no todos saben defenderse —explica mirándome a los ojos. Su- pongo que soy la única que no lo sabía, por eso se dirige directamente a mí—. Pero como dijiste, ellos ven a los humanos como alimento, así que un humano no podría estar manipulándolos.

—¿Sugieres que es uno de nosotros? —Rafael riñe ante su sugerencia—. ¿Crees que...?

—No, Rafael —responde Armen de forma contunden - te—. Ya te lo he dicho antes, no es así. —Intercambian una mi- rada y Rafael desvía el rostro.

—Entonces no comprendo quién puede ser.
—Un impuro —razona Irina en voz alta y tanto Uriel como Rafael la miran frunciendo el ceño.

—Esos tampoco tienen la capacidad para hacer algo así —debate Rafael—. Son tan primitivos como los repudiados. Imposible.

—No lo sabemos —objeta Armen—. Pero es una posibi- lidad que no podemos descartar.

—Humanos, impuros y ahora repudiados —cita Uriel negando—. ¡Maldición! ¿Qué sigue? —exclama frustrado po- niéndose de pie—. Y por si no fuera suficiente, están esos idio- tas también.

—Lo harán tarde o temprano —murmura Rafael mirando expectante a Armen—. La pregunta es: ¿Qué piensas hacer? Pa- rece un hecho que se apruebe. —La sangre abandona mi cara. «¿Aprobar? ¿Se refiere a la esclavitud? ¡No!».

—¡Esa es otra locura! —El rostro de Uriel expresa fu - ria—. Una que desatará más enfrentamientos e incluso una guerra. —¡Una guerra! Esa posibilidad ha estado pululando en mi cabeza desde anoche y sería terrible. Aunque tengan armas y estén aliados a los impuros, muchos morirían, en

ambos bandos. No quiero ni siquiera pensarlo.

—Son ellos o nosotros —dice Rafael, sin rastro de culpa - bilidad. Supongo que después de lo que pasó con Violeta le da igual lo que suceda con nosotros.

Miro a Armen, quien se mantiene tranquilo, como siempre, sin mostrar lo que siente.
—Tenemos que movernos —dice con determinación.

—¿Qué sugieres? Mires es el único que parece estar de nuestro lado —informa Uriel cruzándose de brazos y girándose hacia nosotros.

—Y con ciertas reservas —apunta Rafael—. Sigo sin creer del todo en él. —Uriel asiente y prosigue.
— El resto no quiere complicarse la existencia debatién- dolo.
—Habla con Nicola y Reus, diles que necesito verlos ma- ñana.

—Una invitación para comer sería mejor —Sugiere Irina, Uriel le dedica una mirada lasciva que de nuevo ignora. ¿Están molestos?

—¿Una comida? —susurra Armen reflexionándolo. —Ayudaría a restarle hierro al asunto. —Armen asiente mirándola con agradecimiento.
—Entonces hagan los preparativos. —Todos asienten y se marchan, dejándonos solos.

Sin decir nada me atrae hacia su pecho y acaricia mi espalda. Las cosas parecen cada instante complicarse más y ahora más que nunca me siento inútil, impotente.
«¡La esclavitud!».

Siempre creí que vivíamos en ella, pero no puedo imaginar lo que esos vampiros tienen en mente. Temo por mi familia, por Pen, por todos ellos, aunque no puedo dejar de lado a Armen. ¿De qué lado se supone debería estar? Me siento perdida.

Miro a Irina moverse por el comedor, colocando una impresionante vajilla con esmero. No tengo idea sobre qué pueden comer ellos. ¿Donantes? Niego

mordiéndome la parte interna del labio, para no decir algo inapropiado.

Nicola. Esa vampira, que se supone va detrás de Armen, vendrá. Irina me ha explicado que es una de las que tiene mayor influencia entre los fundadores y por ello necesitamos su apoyo. Armen y Rafael han entrado en su despacho, en tanto que Anisa y Uriel se marcharon para hacer personalmente la invitación a ambos personajes. Sin embargo, esa vampiresa es quien me inquieta.

—¿Puedo saber qué piensas? —pregunta mirándome di - vertida, colocando una botella de vino. El mismo que siempre bebe Armen.

—No mucho —respondo encogiéndome de hombros. Se acerca a mí y se inclina un poco.
—¿Estás celosa? —No puedo evitar sobresaltarme y ella ríe—. Lo sabía.
—¿Acaso puedes leerme la mente? —inquiero horroriza- da.
—No —niega—, pero eres fácil de interpretar. Yno tienes nada de qué preocuparte. Ya no.
¿Ya no?
La veo desaparecer en la cocina mientras sopeso sus palabras. ¿Antes si, ahora no? No quiero pensarlo.

Entran directamente en el comedor, donde Anisa se encarga de ofrecerles vino y algunos bocadillos ligeros, de aspecto normal, pero cuya composición provoca mis dudas. La tensión es palpable, así como la incomodidad que reflejan sus rostros. Sobre todo la del vampiro llamado Reus. Es algo mayor y de aspecto amable. Nicola por su parte, lleva un traje que no deja mucho a la imaginación en la parte superior, además de la forma en la que mira a Armen, la cual me provoca una punzada de malestar. ¿Acaso quiere comérselo? Creo que hubiera preferido estar en mi habitación, pero Irina insistió en que me quedara en la cocina con ella. Donde debido a la poca distancia, sus voces son perceptibles y quedamos ocultas en el pasillo. Podemos verlos sin que lo noten. Al menos a ella no del todo.

—¿Y bien? —dice Nicola lanzándole una mirada des - carada a Armen. Su voz me enerva. No me gusta—. ¿A qué se debe tu invitación? —pregunta con una sonrisa coqueta—. Hace algunos días te invité a mi casa y rechazaste mi invitación, Armen. —Me quedo de piedra. ¿Lo invitó?—. Así que me sor-

prendió tu urgencia por verme.

—¡Nicola! —reprende Uriel, fulminándola con la mirada, pero ella lo ignora.
—Tú sabes el motivo —contesta Armen dedicándole una mirada penetrante. Ella suspira y bebe de su copa.

—No hay mucho que decir —comenta agitando su copa—. Supongo que has escuchado los rumores que circulan. Abdón viene en camino y todos sabemos que siempre ha deseado tener el poder sobre Jericó.

—Te estás sobrepasando —gruñe Uriel. Ella lo mira y sonríe de forma perversa.
—¿Qué? Eso no es un secreto para nadie.
Siempre existe alguien que desea el poder. Ahora entiendo la tensión y preocupación de todos.

—Las cosas son complicadas —murmura el otro vam - piro—. Regan, si tú te niegas a aprobar la nueva ley, ellos te apartarán de tu cargo. —Contengo el aliento. ¿Apartarlo? No, no pueden hacer eso.

—Las cosas pintan muy mal —comenta despreocupada Nicola—. Se te está yendo de las manos.
—Eso...

—¿A quién engañas, Haros? —interrumpe a Uriel, quien aprieta la mandíbula y le lanza una mirada envenenada—. No han podido contener los ataques. Ni siquiera han podido mantenerlos quietos. Eso no debería resultarte complicado.

—Eso es verdad —murmura Reus—. La guardia no ha hecho gran cosa y ese es otro punto a tratar. —Uriel mira al techo con gesto molesto, pero no replica.

—Seré directa, Armen —dice Nicola inclinándose ligera - mente sobre la mesa—. Mientras tengas a esa niña contigo, no pienso ayudarte. —Uriel gruñe y Reus deja escapar una excla- mación de sorpresa.

—¿Estás bromeando? —se mofa Uriel mirándola con desagrado.

—Este no es asunto tuyo, Haros —farfulla mirándolo con indiferencia—. Y no, no es una broma. —Apoya los codos so- bre la mesa y ladea la cabeza—. Sabes bien cuáles son mis in- tenciones contigo. —Armen mantiene la expresión inmutable, pero puedo darme cuenta que está molesto, más que molesto.

—¡Suficiente! —grita colérico Uriel, golpeando la mesa. Pareciera estar a punto de lanzarse sobre ella. Yo también qui- siera hacerlo. ¿Cómo puede actuar de esa forma? ¿No entiende la situación?

—Continúa —dice Armen. Uriel resopla y se aparta, dán- doles la espalda. Ella sonríe.

—Siendo francos, Armen. Desde que ella llegó, has cam - biado —afirma inclinándose aún más, dejando a la vista su pro- nunciado escote. ¡Quiero golpearla! ¿Por qué tiene que ser ella la ayuda que necesita Armen?—. Comenzando por esa tonte- ría del refugio. —«¿Refugio? ¿De qué habla?»—. Estarás de acuerdo en que eso solo les dio los medios para rebelarse y ahora necesitamos medidas drásticas para recuperar el control.

—Ella tiene razón —interviene Reus. Nicola le dedica una mirada agradecida y mira de nuevo a Armen, sintiéndose más segura.

—Siempre te he respetado, pero como dijo Reus, tienes que admitir que se te han ido las cosas de las manos. Estoy dispuesta a ayudarte y sabes que puedo hacerlo, pero no si ella está aquí.

Cierro los ojos, apoyándome en la pared. Esto no puede estar pasando. Irina frota mi brazo, intentando infundirme ánimos. No obstante, sus palabras hacen eco en mi cabeza. Armen necesita su ayuda, podría perder su cargo, pero ella no lo hará si estoy con él.

Mi cabeza parece un remolino de ideas poco gratas. No quiero separarme de Armen, pero...
La mano de Irina desaparece y su presencia me pone alerta. Está delante de mí, mirándome con preocupación. —Ven conmigo —pide entrelazando nuestros dedos.

Titubeo, pero antes de que pueda decir algo, me conduce hacia el comedor. No hay nadie. Al parecer se han marchado mientras me encontraba perdida en mis pensamientos. Subimos las escaleras y nos dirigimos a la puerta. ¿Saldremos? ¿Adonde?

Caminamos en dirección opuesta a la sala de entrenamientos y a donde he ido con anterioridad. Cruzamos una enorme puerta gris y abordamos un ascensor. Armen presiona un código en la pantalla y el aparato comienza a ascender. Mi corazón late con prisa y su silencio me inquieta, pero permanezco a la espera.

Observo nuestras manos unidas, sintiendo la suavidad y temperatura de su pálida piel.

Armen no es malo, ni siquiera Rafael con ese cambio de actitud, no lo son. Crecí viéndolos como los malos, como los monstruos que nos robaban y esclavizaban; sin embargo lo que vi aquella anoche, lo que he experimentado este tiempo me da otra perspectiva. Esos vampiros muertos, sus rostros atemorizados... Los impuros incluso son una amenaza para ellos y los humanos ahora parecen estar con ellos, sin dejar de lado a los repudiados. Quiero creer que no es así, pero todo está en contra. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo puedo ayudarlo? ¿Cómo?

La máquina se detiene y las puertas se abren. Armen sale llevándome con él, me conduce por un largo pasillo hasta detenernos en otra puerta.

—Por favor —susurra empujando la puerta para que la cruce. Asiento y doy un paso. El viento golpea mi rostro y no me creo lo que veo—. Estamos en la parte superior del muro — explica cerrando la puerta detrás de él.

Me acerco a la orilla y vislumbro la ciudad, pero mis ojos reparan en algo inusual.
—¿Qué es eso? —pregunto señalando en su dirección. Parece una bóveda, es bastante grande.
—El refugio. —Vuelvo la mirada sorprendida recordando las palabras de esa vampiresa.
—¿Refugio? —balbuceo sin dar crédito.

—S í —confirma acercándose a donde me encuentro—. Decidí llevar a cabo tu propuesta —explica encogiéndose de hombros y mirando hacia el frente. Me quedo pasmada. No puedo creérmelo. ¿Construyó mi idea? ¿Por qué?—. Sin embar- go, antes de que pudiéramos tener control sobre ella, él lo hizo. —¿Él? ¿Pen?—. Ahora es su fortaleza. —De nuevo me quedo muda.

Ahora comprendo porque no temen. Tienen donde prote - gerse para hacerles frente. No sé qué decir. Me giro y la observo con detenimiento. Está bastante alejada del muro, justo al otro lado de la cuidad. Apenas logro ver movimientos en torno a ella, pero hay algo más que llama mi atención.

—¿Qué pasó con esas casas? —pregunto señalando otra de las zonas más alejadas, que ahora parece deshabitada. —Son los que se han unido a él. —¿Qué?—. ¿Recuerdas los desaparecidos que Irina mencionó? —Son demasiados.

No parece el mismo lugar que vi por última vez, ni siquiera el de hace algunos años. Este lugar no parece Jericó. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué no los has detenido? —pregunto desconcer- tada.

—¿Qué crees que ocurrirá si lo hago? —murmura sin mi - rarme. Trago, intentando deshacer el nudo que se me ha forma- do en la garganta y niego—. Provocar el pánico en quien aún permanece en la ciudad —dice sin esperar mi respuesta—. Al principio creí que solo buscaban un mejor lugar para vivir, pero desde la última semana han comenzado a atacar establecimientos y a pelear con la guardia. —Es como si una enorme loza cayera sobre mí.

—¡Es mi culpa! —admito en voz alta.
—No, Gema —dice mirándome inquieto. Niego y retro- cedo.
—¡Sí! ¡Sí! —exclamo llevándome las manos al rostro—. Yo te lo sugerí... Yo…

—Y yo te escuch é —contesta con una débil sonrisa. No sé qué hacer, ahora me siento culpable. Ahora entiendo porqué esa vampiresa no me quiere cerca de Armen. Yo y solo yo he complicado aún más las cosas para él. Pero... ¿Cómo iba a pensar que él escucharía mis palabras y que Pen regresaría? ¿Cómo podía pensar que mi viejo propósito se haría realidad?

—Armen... —Lo miro apenada, avergonzada. Él niega abrazándome con fuerza contra su pecho.

—Voy a resolver las cosas, Gema —dice con determina - ción. Pero sé que solo intenta tranquilizarme. No hay manera. No la hay, salvo...

—Yo podría...
—No, Gema. Te repito, que te lo digo para...

—¡No puedes cargar tú con todo! —Niego levantando la mirada—. Déjame ayudarte, por favor —suplico llena de con- vicción. No estoy segura como, pero podría encontrar la manera de hacerlo.

—No —repite con firmeza.
—Pero...

—No quiero que estés cerca de él. —Parpadeo desconcer- tada—. Eres mía, Gema.
—Armen... —Sacude la cabeza y por primera vez su ex- presión tranquila desaparece por completo.

—Él te desea, Gema. —Busco algo que decir, Pen me quiere, pero confirmar sus sospechas no ayudaría. Necesito ha- blar con Pen, necesito hacer algo—. No quiero ni siquiera que te mire. —Lo miro anonadada. ¿Está celoso?

—Soy tuya, Armen —afirmo con rotundidad. Me acerco y lo beso—. Te amo, Armen. Por favor, confía en mí.

—No dudo de ti —responde sujetando mi cintura—. Pero esto no está en discusión. No eres un objeto y yo jamás intentaría utilizarte.

—Quiero hacerlo.
—No.
—Nicola...

—Ella puede decir lo que desee, no voy a escucharla. No puede condicionarme de esa manera.
—Necesitas su ayuda —le recuerdo muy a mi pesar. Re- sopla y sacude la

cabeza.

—Con o sin su ayuda resolveré las cosas. Te lo dije antes y te lo repetiré, no voy a dejarte ir. —Es un alivio escucharlo, aun cuando sea egoísta por mi parte.

—Armen —digo mirándolo suplicante—. Quiero ayudar- te —Cierra los ojos y niega.
—Me ayudas con solo mirarme, Gema —Mi corazón da un vuelco—. Solo te necesito a mi lado.

ISELA REYES

Capítulo 25

¡Sangre! ¡Sangre!



Es sangre, hay demasiada o eso me parece. El color rojo tiñe mi visión, pero no es solo eso, siento como el líquido ca- liente se desliza por mi cuello y también un dolor punzante que me corta la respiración.

—Pronto dejar á de doler —susurra una voz que he escu- chado antes, en alguna parte. ¿Dónde? Intento ver su rostro, pero solo me encuentro con un par de intensas piedras carmín. ¡Un fundador! Sus ojos son fríos como el hielo y destilan demasiado odio. ¿Quién es él?—. Ahora me perteneces.

Abro los ojos desesperada, sintiéndome perdida. Estoy en la habitación de Armen. «¡Una pesadilla!». No he gritado, ni me he incorporado de golpe como otras veces, tampoco hay sudor cubriendo mi rostro. Mi respiración es ligeramente irregular, cosa que delata mi condición. Tengo la boca seca y el estómago revuelto. La bilis sube por mi garganta, me llevo las manos a la boca y salgo a trompicones de entre las sabanas corriendo hacia el baño.

Apenas alcanzo el retrete vomito de forma ruidosa y descontrolada.

—¡Gema! —Al instante, Irina aparece detrás de mí.

Imposible que no me escuchara. Se acerca sujetando mi pelo, mientras los ojos se me llenan de lágrimas por las arcadas que me hacen doblarme nuevamente.

¡Esto es desagradable! Pero no puedo parar. Siento una extraña sensación que me oprime el pecho. Mi cuerpo tiembla fuera de control y estoy a punto de ponerme a llorar. ¿Qué me ocurre? ¿Es por el sueño que tuve? ¿Qué significa?

Soy incapaz de pensar con claridad, pues el vómito no cesa.

—Quizás deberíamos ir al médico —sugiere Irina estu - diando con detenimiento mi rostro. Intento ignorar su mirada y me concentro en terminar de ordenar mi pelo. No tengo idea de que ha pasado. Este sueño es desconcertante. Había miedo, pero algo más, no sé qué. ¿Fue así como convirtieron a Armen?—. ¿Gema? —Niego ligeramente y me giro sobre el banquillo mi- rándola con una sonrisa forzada. Intentando parecer normal y que no me lleve a ese lugar.

—Estoy bien —aseguro manteniendo mi expresión—. Creo que comí mucho anoche y eso me puso mal. —Pone los ojos en blanco y sacude la cabeza.

—Mentirosa. Apenas tocaste la comida. No creas que no me doy cuenta. —Sonrío de verdad y me pongo de pie. —Mírame —digo girando sobre mis pies—. Ya estoy bien. Las náuseas se han ido e incluso tengo apetito. —Estaré observándote —advierte y me indica que salga del cuarto. Asiento gustosa y cruzo la puerta.

Han pasado varios días desde el ataque de repudiados a vampiros, desde que Nicola intentara chantajear a Armen (porque eso fue lo que hizo, ¡zorra!), desde que comprendí la gravedad de la situación. No se trata de una revuelta cualquiera, de una protesta menor. Estamos a nada de un enfrentamiento que podría terminar en una guerra que definitivamente sería el fin.

Nosotros, los humanos, nunca tuvimos una oportunidad para hacernos con el poder. No solo porque teníamos miedo a esas criaturas sobrenaturales que resultaban intimidantes y porque no contábamos con las armas necesarias para hacerles frente, sino porque preferíamos seguir solo sobreviviendo. Sin embargo, Pen ha cambiado todo eso, él y, muy a mi pesar, yo también. Yo y mis ideas, mis sueños. Ni siquiera pensé que Ar- men escucharía mi comentario y más aún, que pudiera llevarlo a cabo. Eso parecía bueno, pero ahora es una piedra que llevo a cuesta. Aunque ninguno de ellos lo admita abiertamente.

Las cosas dentro del muro parecen ir de mal en peor, pero como era de esperarse, nadie me hace partícipe de lo que ocurre, ni siquiera Armen. Lo veo muy poco. De nuevo ha retomado su rutina, se marcha a primera hora del día y regresa muy tarde. Duerme conmigo, sí, me abriga entre sus brazos, también, pero parece ausente la mayor parte del tiempo. Y desde luego, con- tinúa negándose a que intervenga. No deseo marcharme, pero tengo la esperanza de que Pen me escuche. Aunque tampoco deseo empeorar la situación por actuar de forma imprudente. Irina me ha repetido hasta el cansancio que él arreglará las cosas, pero no me gusta lo que veo en sus ojos: ansiedad.

Después de varias charlas que han estado a nada de subir de tono (ambos estamos demasiado tensos), ha accedido a que retome los entrenamientos y eso es un alivio. Necesito mejorar y también despejarme un poco. Me frustra no saber qué pasa y no poder hacer nada. Tengo que ser fuerte y estar bien y centra- da para él. Para mi vampiro.

—Hoy practicaremos técnicas de defensa —explica Irvin caminando en línea recta delante de mí.

Al igual que Armen, Uriel parece no estar disponible y en su lugar Irvin será mi maestro. Irina nos observa apoyada contra la pared. Ella también parece inquieta y ausente por ratos. En algún momento del día desaparece y luego regresa algo irritada, algo poco usual en ella, pero aun así se mantiene amable conmigo. Debería odiarme, pero siempre tiene una mirada cariñosa para mí. Es un claro ejemplo de que los vampiros no son del todo malos.

—¿Me estás escuchando? —cuestiona Irvin frunciendo el ceño.

—Ah... ¡Sí! —Niega y mira por encima de su hombro a otro vampiro. Izan, si no recuerdo mal.

—Si estas desconcentrada, Izan te dará una paliza —ad - vierte con tono severo, cosa que me pone en alerta. Sé que no bromea. Él es tan exigente y duro como Uriel, quizás un poco más—. Vamos. —Me indica que me una al otro vampiro en el centro de la estancia.

Izan es mucho más alto que yo y mucho más amenazante que Irvin. No solo por su complexión robusta, sino por la expresión fiera de su rostro.

Empuño la espada con fuerza y me preparo para resistir su ataque.
—¡Defensa! —grita Irvin justo antes de que los pies del vampiro derrapen contra el piso y se lance sobre mí. —Sigues mejorando, pero... —¡Se lo que dirá! Por mucho que me esfuerzo, no puedo igualarlos y eso es frustrante.

—Sigo siendo muy lenta —termino su frase, haciendo una mueca de disgusto conmigo misma. El vampiro asiente y se acerca a mí para tomar la espada de mi mano. Al principio le temía, pero tanto él como Izan parecen haberme tomado confianza o al menos eso creo. No son expresivos, ni mucho menos, pero a la hora de ponerse a entrenar son muy buenos maestros.

—Debes recordar que esto no es adorno, Gema —dice mirándome con severidad, dejándome de piedra. En un instante me dejé llevar y quise derribar a Izan con una patada. Error. Sujetó mi pie y me envió directo al suelo. ¡Tonta!—. ¡Esto! —Se- ñala el filo del arma—. Es una parte de ti. Tienes que olvidarte de su peso y su tamaño, considérala una extensión tuya.

—¿Como un brazo o una pierna? —inquiere Irina con tono juguetón, intentando quitarle hierro al asunto. Él le lanza una mirada malhumorada y de nuevo me mira.

—Puede salvarte el pellejo. —Sé que habla en serio, así que asiento con firmeza—. Ytú —dice señalando a Irina—. De- berías ayudar en lugar de burlarte. —Ella sonríe, pero de pronto su mirada se dirige hacia la puerta y su sonrisa desaparece.

En un segundo, tengo su espalda delante de mí y al par de vampiros a mis

costados, como si intentaran protegerme. La puerta se abre y entonces su aroma golpea mis fosas nasales. ¡Nicola!

Entra con aire despreocupado acompañada por un vampiro. Es el mismo que la acompañaba la primera vez que la vi. Es alto, delgado, pero de aspecto atlético.

Se detiene a un par de metros y levanta la barbilla mirando con desdén a Irina, quien se mantiene firme.

—¿No piensas obedecerme? —pregunta en voz alta—. Quiero hablar con ella —dice a manera de orden. Veo la tensión en el rostro de los dos vampiros, quienes titubean.

—Lo siento, pero tengo órdenes de no dejarla sola —con- testa con tono cortés Irina.
Sus perfectos labios rojos se curvan de forma maliciosa.

—¿Acaso crees que podría tener interés en ella? —Me irrita demasiado el aire de superioridad que muestra. Sobre todo, después de escuchar la forma tan vil en que se lanzó sobre Armen—. Puedes quedarte si lo deseas.

—Está bien —murmuro tocando el brazo de Irina. Ella me mira incómoda, negando despacio, pero asiento—. Está bien.

A regañadientes los cuatro vampiros se apartan, dejándonos a solas en mitad del salón. Nicola camina despacio alrededor de mí, fingiendo mirar el lugar.

—Me sorprende que aun estés aquí. —¿Qué esperaba? ¿Qué Armen me enviara de regreso? Supongo que eso le ha- bría encantado, pero seguro que debió de arder de rabia cuando supo que no lo haría. Quisiera decirle muchas cosas, pero no me fio de ella, podría utilizar mis palabras contra mí. He visto de lo que es capaz y no voy a cometer una locura—. ¿Sabes? — pregunta sin esperar una respuesta—. Conozco a Armen desde hace muchos años. —«¿Y? ¿Esto te da derecho a tratarlo de esa manera?», pienso apretando las manos—. Sé cuánto le importa mantener su puesto y justo ahora... —Se detiene y me señala—. Gracias a ti, está a punto de perderlo todo —«¡Mantén la calma, no caigas en su juego!», me repito.

—Señorita... —dice Irina.

—¡Calla! Esto no es contigo. —Nicola hace un gesto con la mano que la hace callar. Noto un gesto de dolor en el rostro de Irina y el pánico me invade—. Como te decía —continúa hablando. No aparto la mirada de Irina, quien parece relajarse, pero que me mira con preocupación—. Una vez que pierda el cargo, tendrá que mudarse a Erbil, donde se verá obligado a dar cuentas. —Sus palabras captan mi atención. ¿Transferirlo? ¿Dar cuentas?—. La nueva ley está a nada de ser aprobada, niña —anuncia llena de satisfacción—. Los humanos serán nuestros esclavos en toda la extensión de la palabra. No habrá miramientos, absolutamente ninguna consideración, nada. ¿No te importan los tuyos? —Me mira con sarcasmo—. A mí tampoco me importa lo que pase con ellos, pero sí lo que ocurra con Armen. —Dando un paso al frente, sujeta mi barbilla, obligándome a mirarla a los ojos—. Si de verdad te importa Armen, márchate. Evita que sea degradado y humillado. —El alma se me cae a los pies— La decisión está en tus manos...

—¡¿Qué demonios haces aquí?! —Uriel aparta de golpe su mano y al instante su acompañante aparece mostrando sus colmillos de manera amenazante.

—¡Basta, Seren! —ordena Nicola al vampiro—. Tan amable como siempre, Uriel —farfulla mirándolo con desdén. —Y tú, tan entrometida como siempre —dice sin ame- drentarse—. Escóltala a la salida —dice mirando a Irvin.

—No es necesario —responde ella—. Ya me iba. Vamos, Seren. —Me dedica una última mirada antes de darse la vuelta y comenzar a alejarse.

—Escóltenla —repite mirando a Irina también. Ambos los siguen incluso después de que desaparezcan por la puerta. —¿Gema? —Uriel me toma por los hombros y me obser- va con preocupación.

Esa vampiresa ha sido grosera y prepotente, pero muy a mi pesar, ha dicho la verdad. Ha dicho lo que nadie más quiso hacer. ¿Se aprobará la ley? ¡No, eso no puede ser posible! Si las cosas antes resultaban difíciles, ¿cómo se supone que serán ahora? ¿Qué pasará con los enfermos? ¿Con los niños? No, esto no puede estar pasando. ¿Y mi familia? ¿Todos seremos escla- vos?

La realidad me cae como un balde de agua fría, hundiéndome en la desesperación. ¡Soy una egoísta! Me he olvidado de todos, incluso de mis seres queridos, me he dedicado a intentar vivir algo que no puede ser. “La decisión está en tus manos”. ¿En mis manos? No quiero dejar a Armen, pero...

—¿Gema? —Apenas soy consciente de la voz de Uriel. Levanto la mirada y mi vista se nubla por las lágrimas—. ¿Qué te pasa? —inquiere sujetando mi rostro e inclinándose ligera- mente.

—¡Quita tus manos de ella! —La voz severa de Armen hace que Uriel retroceda al instante como si le hubieran golpeado. Busco a Armen. Nuestros ojos se encuentran y el desconcierto reemplaza el malestar en su cara—. ¡Gema! —Se acerca a mí y me mira con preocupación.

—Idiota —farfulla Uriel cruzándose de brazos—. Solo intentaba saber que ocurría.
—Entonces explícame.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Acabo de llegar. —Armen sacude la cabeza, evidentemente no se lo cree, pero no insiste. Me toma en brazos y lo fulmina con la mirada.

—No más entrenamiento por hoy —dice dirigiéndose a la puerta, donde Irina aparece.
—¡Espera! Necesito a Irina un momento —anuncia Uriel, ella hace una mueca de disgusto y mira a Armen.

—Casi es la hora de la comida —contesta Armen mirán - dola—. Así que no te demores —Irina asiente y abandonamos el lugar.

Sin decir nada, camina con rapidez por los pasillos, hasta que entramos en la casa. Me lleva directo a su habitación.

—¿Qué ocurre? —inquiere sentándose en la cama, acari - ciando mis mejillas. Como si intentara cerciorarse de que todo está en orden. Pero no es así. Niego escondiendo el rostro en su pecho. No termino de asimilar lo que ella ha dicho.

—Se aprobar á, ¿verdad? —pregunto con un susurro. Siento el cambio en su postura, lo que confirma las palabras de esa vampira—. ¡Armen! —sollozo sin poder evitarlo. Me abra- za con fuerza y deja que llore.

—Aun nada está decidido —dice acariciando mi espalda con suavidad—. Nada es definitivo, Gema. —Levanto el rostro, secándome los ojos y veo la determinación que sus palabras expresan reflejada en sus ojos. Esos ojos que ahora son mi con- suelo.

—Ella...
—No sé qué te habrá dicho —niega—, pero te aseguro que encontraré una manera de evitarlo.
—Pero...

—Escucha —pide mirándome con seriedad. ¿Me envia - rá a casa? Quizás debería dejarme ir, eso evitaría tantos pro- blemas—. Mi padre tenía la firme creencia de que era posible lograrlo. —Lo miro sorprendida. ¿Su padre? ¿El vampiro que aparece en mis pesadillas o el biológico? No, tiene que ser ese vampiro—. Él creía que era posible la convivencia de ambos y yo creo lo mismo.

—¿Y dónde está él? —pregunto sin poder contenerme y arrepintiéndome por la brusquedad de mis palabras. Ahora que lo pienso, no lo he visto y di por hecho que había muerto y que por ende Armen había ocupado su lugar, pero ellos son inmortales.
—Él se fue —dice mirando a la nada.

—¿Qué quieres decir? —Suspira.

—Cuando un vampiro desiste de su existencia, simple - mente se marcha. Sin alimento, poco a poco su cuerpo se deteriora o al no utilizar el protector, el sol hará su trabajo. —¿Qué?—. Otros encuentran una forma de morir, como dejando que los impuros se hagan cargo. —Me estremezco ante la imagen que se forma en mi mente.

—¿Eso lo hizo él? —pregunto con un hilo de voz. No me lo puedo imaginar.

—S í —asiente de nuevo con una expresión soñadora—. Hace algunos años

que se fue —No comprendo. La forma en la cual pronuncia las palabras, pareciera que le tuviera cariño, pero lo que siento en esos sueños es completamente diferente. Yo odio a ese vampiro, aun sin conocerlo. Él le hizo daño a Ar- men. ¿Acaso él no lo odia?

—Hablas como si lo quisieras. —Frunce el ceño, mirán- dome confundido.
—¿Qué quieres decir? —Niego apenada.

—Nada, es solo que dijiste que no querías ser uno. —Me observa como si fuese un misterio—. Me refiero al sueño. Dijis- te que no deseabas ser convertido. Y él lo hizo...

—No, Gema. —Niega—. Él nunca me hubiera hecho esto. —Ahora soy yo la que no comprende.
—¿Qué quieres decir? —Sacude la cabeza y me mueve hasta que mis piernas quedan a los costados de su cintura.

—Prefiero no hablar de eso ahora. —Abro la boca, pero su dedo me calla—. Creo que debes descansar. —Lo miro in- trigada.

—Dime algo. —Asiente—. ¿Tú crees que es posible evi- tarlo?
—Comprende mis palabras y una sombra cruza su rostro.

—Sí. —Ojal á hubiera contestado con más seguridad. No puedo culparlo. Ahora mismo intenta protegernos, incluso a costa de su propio bienestar. No es justo, yo no estoy haciendo nada. Soy una carga, como dijo Anisa.

—Quisiera poder hacer algo —susurro y de golpe Irina me mira.
—Gema...
—Lo digo de verdad. Sé que hemos hablado de esto mu- chas veces, pero...

—No hay mucho que se pueda hacer en realidad. —Niego convencida de que puedo hacer algo más que esperar a que esos vampiros nos encierren en una celda y beban de nuestra sangre.

—Yo podría hablar con Pen...
—¡No! —responde de manera tajante—. Eso no servirá de nada.
—¿Qué quieres decir? —Se muerde el labio y mira en torno a la cocina,

como asegurándose que nadie nos escucha. —Él no piensa ceder. —La miro sorprendida al compren- der sus palabras.

—¡Has hablado con él! —afirmo sintiendo una chispa de esperanza. Sé que Pen está molesto conmigo y que quizás me cueste un poco de trabajo, pero lo conozco y sé que me escucharía.

—¡Shh! —me calla—. No, pero lo he visto y escuchado, créeme no está en plan de amigos.
—Llévame con él —suplico. Irina mira al techo y suelta un soplido.

—No.
—Irina.
—Gema. Lo digo de verdad, él no se detendrá.

—Ustedes tampoco —digo muy a mi pesar. El suspiro que deja escapar confirma mis sospechas. No hay marcha atrás.

—Eso me temo, pero si vas, puede que se hagan una idea equivocada. El señor Armen te necesita, no compliques las cosas.

Me muerdo el labio y asiento. Tiene razón. Podrían pensar que estoy de su parte.

Miro el techo de la habitación, que permanece sumida en penumbras. Es tarde, supongo que más de media noche y continúo estando sola en la enorme cama. ¿Dónde está Armen? Sé que está aquí, porque puedo percibir su aroma y sentir su presencia. ¿No quiere verme? ¿Ha reconsiderado las cosas? Aunque me dolería, sería lo más sensato que podría hacer en este momento y no lo culparía. Entiendo su postura, del mismo modo que me importan esas personas, a él le interesa el bienestar de los suyos. Qué difícil es todo, estar en medio del conflicto y de ambos grupos.

Salgo de la cama y sin molestarme en ponerme la bata, camino hacia la puerta. Lentamente avanzo por el pasillo rumbo a la sala. No hay luces, pero puedo ver su figura iluminada por la tenue luz que entra por la ventana. Ha corrido las cortinas y puedo ver el cielo nocturno con claridad.

Está sentando en uno de los sillones. Tiene apoyados sus codos sobre sus rodillas y la cabeza gacha, parece sumido en sus pensamientos. Tanto que ni siquiera se ha percatado de mi presencia. ¡Armen! Está sufriendo.

Odio aceptarlo, pero en este instante, al verlo de esa ma - nera, el pensamiento que he estado luchando por mantener lejos de mi cabeza se apodera por completo de mi mente. «Tengo que marcharme». Solo así podré protegerlo.

—Armen —susurro.
Levanta la cabeza y me observa fijamente. Hay algo en su mirada que parece distinto.

Se pone de pie, sin decir nada ni apartar la mirada avanza hacia mí, acelerando mi pulso y cortándome la respiración. Tiemblo al tenerlo cerca, pero no retrocedo.

—Mi dulce Gema —dice antes de fundir su boca con la mía.

Su beso es exigente, duro y apasionado como ninguno previo. Me empuja contra la pared y siento como sus manos tocan por todos lados. Hay algo salvaje en su forma de tomarme, como si no hubiera mañana, como si esta fuera la última vez. Y quizás sea así. Aparto a un rincón mis pensamientos y sigo su ritmo. Quiero sentirlo, quiero ser suya, solo suya.

Le arranco la camisa de un tirón y muerdo su labio, justo antes de que su boca baje hasta mi cuello y sus colmillos traspasen mi piel.

—¡Armen! —Mi cuerpo se estremece y gimo de placer al sentir la sangre fluir hacia su boca. Clavo mis dedos en sus hombros, aferrándome a su piel. Con un sonoro suspiro se aparta. Me observa de nuevo, analizando mi reacción. No sé qué espera ver, pero lo cierto es que solo puedo pensar en él. Paso mi pulgar por sus labios, limpiando los restos de mi sangre—. Soy tuya —aseguro y acerco su boca la mía.

—Mía —gruñe empotr ándome contra la pared—. Solo mía, Gema —jadea en mi cuello mientras nos fundimos, con- virtiéndonos en uno solo cuerpo.

Quisiera que esta noche no acabara. Quisiera que solo fuéramos Gema y Armen, y no una humana y un vampiro. Pero no puede ser.

ISELA REYES

Capítulo 26



Recuerdo perfectamente el día que conocí a Pen. Me paralicé en el instante en que los gritos alertando sobre la presencia de un repudiado llegaron a mis oídos. No supe qué hacer, a pesar de que en muchas ocasiones mi madre me había dado indicaciones. Tenía miedo, demasiado, simplemente me quedé inmóvil y me preparé para lo peor. Había salido a escondidas de mi casa y mis padres estaban lejos de donde me encontraba, no había forma de que pudieran ayudarme. Todos corrían in- tentando ponerse a salvo, nadie parecía reparar en mi pequeña persona. Entonces su mano sostuvo la mía y me arrastró entre la multitud que se movía de un lado a otro. Él logró ponerme a salvo.

—¡No debes llorar! —me reprendió poniendo mala cara. Era un pequeño no mucho mayor que yo. Cosa que me sorprendió, pues él no parecía tener miedo—. ¿Acaso no eres humana? ¿Por qué lloras? —Era solo una niña. No tenía idea de que ha- blaba en ese instante y lo único que pude hacer fue ponerme a llorar de nuevo—. ¡Te dije que no lloraras! —exclamó enojado, pero inclinándose para abrazarme e intentar consolarme.

Cuando dejé de llorar, todo se había calmado y entonces pronunció aquellas palabras que nunca olvidare. «Lucha por lo que quieres y protege lo que amas». Pen Jensen, solo tenía 7 años, pero era tan valiente como cualquier adulto. Desde ese momento se convirtió en mi héroe, en mi modelo a seguir y después de ese accidente cambié mi manera de ver las cosas.

Quiero a los de mi especie, pero amo a Armen y por eso mismo, debo protegerlo, aunque deba hacer frente a Pen.

Mi cabeza descansa sobre su pecho y mi brazo rodea su torso desnudo, sus dedos juguetean con mi pelo mientras observa distraídamente el techo de la habitación. Ninguno ha dicho nada desde que nos metimos debajo de las sábanas. Sé que algo lo inquieta, lo sentí en su forma de tomarme, y daría todo porque me hiciera partícipe de sus pensamientos. Supongo que el tiempo se agota y no hay nada que hacer al respecto.

—Mañana me reuniré de nuevo con ellos —dicen sin que lo espere. Me incorporo ligeramente, observándolo sorprendida. ¿Verá a Pen?—. Han accedido a realizar un trato. —¿Un trato? Las alarmas se encienden al recordar lo ocurrido con Pen.

Mi mente lucha desesperadamente por descubrir las intenciones de Pen. Esto no me parece algo que él quisiera hacer. No después de haber llegado tan lejos. Algo no encaja. ¿Acaso es...?

—¿Qué clase de acuerdo? —pregunto intentando leer sus pensamientos, ver a través de su acostumbrada serenidad. Niega acariciando mi brazo.

—Aún no lo sabemos. —«No me gusta esto»—. Mañana nos harán saber sus condiciones para poner fin a la rebelión. —Me muerdo el labio para no cometer una indiscreción. Un acuerdo. No me gusta. ¿Es una trampa? ¿Quiere lastimarlo?

—Armen... —Sonríe y me toma de la nuca, acercando mi rostro al suyo.

—No estaré solo —dice anticipándose a mis pensamien - tos. Menos mal. Antes no lo hubiera creído, pero después de lo que pasó con Pen, esto podría ser una farsa para entrar y atacar a Armen. Y la idea me aterroriza. No quiero

que lo lastimen.

—¿Puedo ir...? —Frunce el ceño, no lo esperaba.

—No. —Niega rotundamente, abro la boca para protestar, pero me interrumpe—. Uriel y Anisa estarán conmigo y tam- bién otros guardias. —Me conforta saberlo, Uriel y Anisa son los mejores—. Además, no creo que se atrevan a hacer algo. — Lo miro desconcertada, al darme cuenta de algo que he pasado por alto.

—¿Puedes leer mi mente? —pregunto intrigada. Su sonri- sa crece y sacude la cabeza.
—No. ¿Qué te hace pensar eso? —inquiere divertido. Pego mi frente, a la suya y suspiro.

En estos momentos no sería bueno que él pudiera hacerlo, se daría cuenta. Aunque esa reunión cambia un poco mis planes, si las cosas no resultan favorables mañana, haré lo que he estado pensando toda la tarde. Debo hacerlo, con o sin la ayuda de Irina. Ya lo he decidido.

—Siempre pareces saber lo que pienso —respondo en - cogiéndome de hombros. Su mano se desliza despacio por mi espalda y su boca toca la mía, haciéndome temblar.

—A veces me gustaría poder hacerlo, créeme —susurra acariciando mi mejilla—. Eres un misterio, Gema. —Niego de- jando escapar una risilla tonta. «Imposible. Nadie es más misterioso que Armen Regan».

—No más que tú —refuto con una sonrisa. Niega y me besa, haciendo que mis pensamientos se pierdan.

De nuevo me oculto entre los árboles. Estoy a más distancia de la casa, pero incluso desde aquí puedo olerlo. Tiene su aroma impregnado por todo el cuerpo y eso me irrita. Es infantil y absurdo tener celos de un crío. Pero es justamente él quien me la ha robado.

Avanzo aprovechando que ella está en la cocina y que él se ha desplazado hacia la parte trasera de la casa. En un minuto, estoy detrás de él. Parece

tan ajeno a mi presencia y tan vulnerable. Intenta alcanzar algo, una pequeña pica que flota sobre el lago. Veo su semblante concentrado y como sus diminutos dedos se esfuerzan por tomarla. Es persistente y supongo que debe ser tan inteligente como ella. Cosa que tampoco me agrada. Me acerco despacio, con una firme idea en mente. Es- toy a nada de tocar su espalda, pero justo se gira y sus ojos color café se fijan en mí. ¡Tiene sus ojos! Cierro los míos y desvió el rostro. No quiero verlo. Este pequeño es una parte de ella, lleva su sangre y la de ese miserable.

—¿Señor? —susurra sin parecer asustado. Lo miro de nuevo y la furia se enciende. ¿Cómo se atreve a mirarme de esa manera? Se siente extraño, es como si los ojos de Evelyn fueran los que me observaran.

—¡Armen! —Me giro al escuchar su grito lleno de terror. Ahora no solo son sus ojos, sino la auténtica Evelyn quien me mira. El miedo se refleja en su hermoso rostro. Me teme. ¿Por qué? Nunca antes le he hecho daño, puede que no haya sido demasiado blando, pero eso le gustaba, ¿o no?

Noto que mi mano aún está ligeramente elevada y desde luego que ella se ha dado cuenta de mis intenciones. ¡Soy patético! Pero ella me ha hecho de este modo. Ella y solo ella es responsable.

Podría hacerlo, empujarlo o incluso romperle el cuello, pero... si lo hago, solo conseguiré que me odie más y que se aleje de mí.

—Ven cariño —pide con voz temerosa. El pequeño pasa junto a mí a toda prisa, ajeno a la tensión y a lo que pudo ocu- rrirle.

Es inútil. Jamás podr é *tenerla de nuevo. Ahora solo le importa ese pequeño. Ese pequeño a quien no trato de retener, ahora sé lo que tengo que hacer. Matarlos a ambos, no me hará conseguir nada. Pero si ella ve como si hijo se convierte en alguien como yo, ese será un mejor castigo. Evelyn se arrepentirá de haberme traicionado. Me odiará, pero también a él. Esa será mi venganza...*

Clavo mis ojos en los suyos, haciéndole saber de un modo silencioso mi sentir. Vas a lamentar no haber venido a mí. —Has estado muy distraída —dice Irina mientras termina de limpiar la cocina.

Más que ausente, mi mente está concentrada en otras cosas. No puedo dejar de darle vueltas a esa pesadilla.

El vampiro que amaba a su madre, ¿Fue quien lo convirtió? ¿Por venganza? ¿Para lastimarla? Resulta demasiado perturbador y horrible. ¿Cómo pudo hacer eso? Ahora comprendo aquel sueño, la desesperación de Armen al escuchar a su madre gritar, pero entonces ¿qué pasó con ella? ¡Dios! Que confuso es todo esto. Me gustaría saber, pero a Armen no le gusta tocar el tema y no sé si debería decírselo en estos momentos. Aunque lo más desconcertante son los sentimientos de ese extraño. No logro comprender porqué estoy experimentando los recuerdos de ese vampiro. No lo conozco.

—¿Gema? —llama Irina girándose hacia mí, al no obte- ner respuesta.

—Estoy nerviosa —contesto con una mueca. En parte también mi desconcierto se debe a la reunión que en estos instantes se realiza y de la que dependen muchas cosas.

A pesar de que no lo dijo anoche, hoy también los fundadores definirán que ocurrirá con esa ley de esclavitud, esto depende de lo que ocurra en esa reunión. Eso lo he sabido por Irina, quien ha creído que estoy al tanto de todo y sin pensarlo me lo ha contado. Ahora comprendo la actitud de Armen. No es nada sencillo.

—Todo irá bien —afirma con una pequeña sonrisa. No sé cómo lo hace. Yo estoy muerta de miedo y muy inquieta.

No sé si Armen mintió respecto a poder leer mis pensamientos, pues como si supiera lo que planeo, hoy ha pedido que uno de los guardias se quede con nosotras e Irina tampoco me quita los ojos de encima. Ni siquiera me ha dejado sola cuando me cambiaba de ropa. Aunque tal vez solo se deba a que ha notado mi agitación cuando ha entrado en la habitación.

—Irina... —digo cambiando el tono de voz. Cosa que la alerta y pone a la defensiva.

—Ni hablar, Gema. —Niega mirándome con las manos en la cadera y expresión severa. Sabe que quiero ver a Pen y que después de que me confesó

que estuvo cerca de él, quiero que me lleve—. Ya te he dicho que es imposible.

—Pero... —Se inclina sobre la mesa y sus ojos se clavan en los míos, después de recorrer el lugar con la mirada. —Ni siquiera el señor Regan sabe que yo fui a espiarlo. Y prometiste no decirlo.
—No tiene por qué saberlo —aseguro. Mira al techo y resopla.

—No puedo llevarte y me parece una pésima idea —sen - tencia—. Cuando él señor se entere se pondrá furioso conmigo por arriesgarte. —«Cuando él lo sepa, yo ya no estaré aquí», pienso para mis adentros—. No, Gema —repite dejándome cla- ro que no me ayudará. Me desplomo sobre el banquillo. No tiene caso insistir, no lograré convencerla. Sobre todo si Armen la ha puesto sobre aviso. Así que tendré que hacerlo por mí misma. Recuerdo la puerta que conecta con la ciudad y también he visto donde guardan las llaves—. No sé qué estarás pensando, pero es mejor que desistas —me advierte muy seria. ¿Cómo puede adivinar mis pensamientos? Dejo caer los brazos en actitud derrotada y veo como se relaja.

—Estoy segura de que él me escucharía —murmuro do- lida.

—No lo creo —asegura. La miro con reproche. Yo mejor que nadie conozco a ese chico y sé que me creería a pesar de estar molesto, bueno, en realidad no lo sé, pero quiero creerlo—. Escucha, Gema. Regan ha hecho muchas cosas para mantenerte aquí, sería injusto que te fueras. —Sus palabras se clavan en mi pecho.

Desvío la mirada, intentando no llorar. Tiene razón, pero es justamente por eso que tengo que irme. No puedo complicarle más las cosas. No puedo permitir que sea degradado. No lo valgo.

Los ojos se Irina se desvían hacia la sala y su cuerpo se tensa.
—¡Regresaron! —anuncia en voz alta.

Bajo del banquillo de un salto y corro hacia la sala tan deprisa como mis pies me lo permiten. Me detengo frente a cuatro pares de ojos que me observan de un modo que no puedo interpretar y me desconcierta.

Mis ojos recorren la figura de Armen de prisa, asegurán - dome de que está en perfecto estado. ¡Lo está! Me relajo momentáneamente, pero algo no va bien.

Sus hombros caídos y sus expresiones abatidas me hielan la sangre. ¿Qué ha pasado? ¿No hubo trato? ¿Es eso? Eso signi- fica que la ley de esclavitud se aprueba. ¡Por favor, no!

Uriel es el primero en moverse y dejarse caer en el sofá. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia tras. Rafael camina hacia el ventanal, con las manos en los bolsillos y nos da la espalda. Anisa se coloca al fondo de la estancia y cierra los ojos cruzándose de brazos. ¿Qué ocurre? ¿Por qué nadie dice nada?

Me trago el nudo que se me ha formado y doy un paso hacia donde se encuentra Armen.
—¿Qué pasó? —inquiero en voz baja acercándome a él. Me toma de la mano y me estrecha con fuerza contra su pecho.

Noto la angustia en su cara y la inquietud en su cuerpo, pero no digo nada. Permito que me abrace por lo que me parece una eternidad. En la que solo el sonido de mi respiración se escucha. ¿Qué sucede?

—Armen —digo apartándome ligeramente para mirarlo a los ojos. No puedo resistir más este silencio, necesito saber que ha ocurrido—. Quiero saber —suplico.

—Ellos han accedido a detenerse —explica Uriel. Me giro y lo observo, pero él no me mira.

—¿Acambio de qué? —interrogo inquieta, notando como todos se tensan. ¡Lo sabía! Ha pedido algo—. ¿Qué es lo que ellos piden? —Tiene que ser eso. Pen no se daría por vencido tan fácilmente. No después de entrar aquí e intentar asesinar a Armen. Tiene que haber pedido algo realmente grande o difícil para que luzcan tan decaídos.

—De ti —contesta Armen. Vuelvo la mirada hacia él, sin dar crédito a sus palabras. «¿Qué? ¿De mí? Eso...»—. Te quie- ren a ti —repite y quiero morirme. Niego varias veces. Eso no puede ser.

—¿Por qué? —balbuceo torpemente. Intentando desechar la desagradable sospecha que cruza mi mente. «Yo voy a sacarte de aquí y haré que vuelvas a tus sentidos». ¡Pen! De nuevo intenta cumplir su palabra. ¡Oh Dios mío!

Retrocedo dejándome caer en el sillón. De alguna u otra manera, la responsabilidad recae sobre mí. Nicola quiere que me vaya, solo así ayudara a Armen con los fundadores. Pen quiere que me vaya, así se detendrá el ataque…

—Gema. —Armen se inclina delante de mí y sostiene mi cara—. No hemos aceptado —dice intentando confortarme. No tiene caso. En realidad, no hay mucho que pensar al respecto.

Creo que al final esto es lo mejor. Me queda claro que tengo que irme, que tengo que dejarlo, muy a mi pesar. Sin embargo es lo mejor, él ha hecho mucho por mí, no puedo ser tan egoísta. Esa no soy yo. Hay demasiadas cosas en juego, no solo nosotros.

—¿Cuándo tengo que irme? —Sus ojos se abren por la sorpresa, pero no son los únicos. Todos me miran desconcerta- dos. ¿Por qué les sorprende tanto?

—Gema... —murmura Armen aun estupefacto, luchando por conservar la calma.

—Si esa es la condición para que paren —digo intentando sonar segura—. Acepta —Armen niega y veo como su pecho parece agitarse, mientras la furia emerger en sus ojos. Se aparta de mí y mueve la cabeza—. Ar... —susurro poniéndome de pie e intentando tocarlo, pero él retrocede.

—¡No! —exclama molesto—. No aceptaremos. —Miro a Uriel en busca de apoyo, pero no me mira. Lo mismo ocurre con Anisa y Rafael—. Prefiero...

—¡No! —niego con severidad—. No puedes hablar en serio.
—Lo digo muy en serio —afirma mirándome—. No voy a aceptar que te marches.
—Armen —digo intentando reprimir las ganas de llorar.

—No, Gema. —Mueve la cabeza de un lado a otro—. No puedo pedirte que

elijas entre los tuyos y yo, eso jamás lo haré. Porque tú no quieres hacer esto. —No quiero, pero debo hacer- lo. No hay otra opción.

—Debo irme —repito muy a mi pesar. Armen golpea el muro y su expresión serena se rompe. Baja la cabeza y se inclina sobre la pared. Me duele ver la frustración y desesperación en su hermoso rostro—. ¿Cuándo? —pregunto, pero no responde.

—Tenemos un par de horas para tomar la decisión —ex - plica Rafael. Escucho gruñir a Armen, a manera de protesta, pero no cambia su postura. Me acerco despacio a él.

—Armen. —Toco su hombro y siento como tiembla. Yo tampoco deseo dejarle, no quiero, pero no hay otra manera.

—No puedes estar hablando en serio —masculla moles - to—. ¿Realmente quieres irte con él? —me reprocha, haciendo esto más difícil. «No quiero, Armen. No quiero».

—Es lo mejor para todos. —Se gira y tomándome de la mano me pone contra la pared, aprisionándome con su cuerpo.

—¡No digas que es lo mejor para todos, porque no lo es! —espeta sobre mi rostro. Ignoro la furia que su mirada transmi- te y apoyo mi mano en su mejilla.

—No, no quiero irme con él. Sabes que te amo, Armen y que quiero estar contigo —confieso sin importarme que los demás escuchen—. Pero no se trata de lo que quiera, sino de lo que es lo mejor. Y por eso mismo tengo que hacerlo. —Cierra los ojos sujetando mi mano contra su cara.

—No —susurra hundiendo el rostro en mi cuello—. Yo prometí que te protegería...

—Y lo has hecho. No estoy reprochándote nada —digo levantando su rostro, obligándole a mirarme—. Pero esto es algo que he decidido. —Sacude la cabeza, desesperado—. Tú lo dijiste. —Me duele tener que recurrir a esto, pero no tengo más opciones—. Dijiste que si yo quería... me dejarías ir. —Su

rostro se congela.
—Gema...

—Quiero irme. —Veo el dolor en sus ojos y quisiera gol- pearme a mí misma por ser la culpable—. Déjame ir, Armen. Espero temerosa que se aparte y me rechace, pero no lo hace, de nuevo se inclina sobre mi cuello y me abraza.

—Eres mía y lo serás sin importar lo que suceda —so - llozo sin poder evitarlo, sucumbiendo a la cruda realidad. No poder verlo más. Ya no despertaré a su lado, no disfrutaré de la imagen de su apacible rostro por las mañanas, no sentiré sus brazos alrededor de mi cuerpo, no probaré sus labios. No más.

—Te amo —musito. Levanta el rostro y me besa como si su vida dependiera de ello. Esta es la despedida.
—Voy a recuperarte, Gema. Te lo prometo.

ISELA REYES

Capítulo 27



Odio las despedidas, siempre ha sido así. Ni siquiera qui - se despedirme de mi familia el día que vine aquí y sin embargo, ahora todos están en la sala esperándome. Doy una lenta mirada a mi habitación. No tengo nada que llevar conmigo, puesto que no traje nada, pero necesito un momento a solas con Armen. Sin duda, es aún más complicado decirle adiós a él. Me gustaría pensar que es solo temporal y podremos volver a estar juntos, pero no tengo garantía de ningún tipo. No sé qué me espera afuera, tampoco sé qué ocurrirá aquí dentro una vez que me marche. Hay tantas dudas, pero no debo mostrar mi inquietud, no quiero complicar más el momento.

—¿Puedo llevarla conmigo? —pregunto un tanto tímida, sosteniendo la espada que he usado para entrenar. Creo que es lo único que me gustaría llevar conmigo.

Sus manos rodean mi cintura y su aliento golpea mi nuca.

—Sí. —Asiento tocando con mi mano libre las suyas. Esto es más difícil de

lo que imaginé. No quiero hacerlo—. Pue- des llevar tu ropa también. —Niego. De hecho he cambiado mi atuendo por el que usaba cuando llegué aquí. Un vestido liso de color crema y unas sencillas sandalias.

—No es necesario —digo con suavidad. Es ropa dema - siado ostentosa y estaría fuera de lugar usarla a donde iré—. ¿Y mi familia? —No he dejado de pensar qué pasará ahora que regresaré. El tratamiento de mi madre aún no ha terminado y el resto de ellos ocupaban una casa cerca del muro.

—Están bien. —Hace una pausa y se pega más a mi espal - da—. Tu padre pidió marcharse esta mañana. —«Lo supuse». Lo más probable es que Pen haya contactado con él y desde luego que mi padre no dudó en irse con él, siempre le ha tenido cariño—. Por tu madre no te preocupes, terminará su tratamien- to. —Cierro los ojos y tomo una bocanada de aire. Necesito mantenerme fuerte, tranquila. No debo llorar y ponerle las cosas más difíciles de lo que ya son.

—Gracias —susurro girándome entre sus brazos, hun- diendo el rostro en su pecho—. Gracias por todo.

—En realidad, no he hecho nada por ti —dice con triste - za. Niego rápidamente. Eso no es verdad, él ha hecho mucho más de lo que puede imaginarse.

Cuando acepté venir, no sabía que esperar. Creí que estar aquí sería una tortura, puesto que los odiaba. Tenía miles de ideas preconcebidas, todas desagradables y repulsivas, pero Armen me mostró otro panorama, me enseñó a creer y a amar.

—Te equivocas. Hiciste mucho por mí —contesto en voz baja.
—¿Por ejemplo? —pregunta incrédulo. Sonrío y me ru-borizo ante el recuerdo de los momentos que pasamos juntos. —Cediste a mis deseos. —Su pecho se mueve suavemen- te. Está riendo.

—Eran también los míos, ¿recuerdas? —Eso era compli - cado de saber. Nunca podía saber lo que pensaba o sentía, no lo demostraba de la misma manera que yo.

—Supongo. —Nos quedamos en silencio. No sé muy bien qué decir, no puedo prometerle que regresaré porque es poco probable. No tengo ni idea de en qué términos quedará la relación entre vampiros y humanos. Solo deseo evitar una guerra.

—No tienes que irte —murmura. De nuevo tengo que ins- pirar con fuerza, intentando controlar mis emociones.

—Tengo que hacerlo —afirmo—, pero no significa que mis sentimientos por ti vayan a cambiar —digo con firmeza. No creo poder sentir por alguien jamás lo que siento por él. Desde el instante en que sus labios se posaron sobre mi piel, mi cuerpo y alma le pertenecieron.

—Eso no lo puedes saber —comenta con amargura. ¿Por qué duda? Levanto el rostro y coloco mi mano sobre su mejilla.

—Yo lo sé. Mi corazón es tuyo, ¿recuerdas? —digo esbo - zando una débil sonrisa, que termina en un mero intento y que provoca una mueca de dolor en su perfecto rostro—. Te quiero y te repito que no me has fallado —continuo antes de que protes- te—. Te amo, Armen… —Un carraspeo se escucha en la puerta y sé que el momento ha llegado.

—Lamento interrumpir —dice Uriel completamente se - rio—. Es la hora. —Asiento y miro a Armen, quien mantiene los ojos cerrados y empuña con fuerza las manos.

—Te amo —susurro besándolo con suavidad—. Y te es - peraré. —Retrocedo pero su mano se aferra a la mía. Veo la incertidumbre y desesperación en sus ojos, reflejo de la batalla que libra en estos momentos, pero no hay nada que hacer. Lentamente me aparto y nuestras manos se separan hasta que rompo el contacto.

Me giro y corro hacia la puerta donde Uriel me espera. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no romper a llorar. «¡No llores, Gema! ¡No te atrevas a llorar o echarás todo a perder!».

Llego a la sala, Irina mantiene la puerta abierta. «Puedo hacerlo».
—Mantente a salvo —dice Rafael tomándome por sorpre- sa. Le miro, pero

él continúa mirando por la ventana. Asiento sin saber que decir y continúo caminando. —Espero que te mantengas lejos de ese tipo o iré a por ti —advierte Anisa.

—¡Anisa! —reprende Irina negando, pero ella la ignora. —Lo digo muy en serio, Gema.

Sonrío ligeramente. No me queda duda de que habla en serio. Vaya forma de decir adiós.
—Basta de charlas. Tenemos que irnos —interrumpe Uriel—. Vamos.
Los tres cruzamos la puerta y avanzamos por el pasillo.

Después de discutirlo, he convencido a Armen para que no fuera él quien me acompañara a la puerta principal donde me esperan. No es que no quiera verlo, sencillamente es porque no resistiría y no podría hacerlo si estuviera presente. Creo que es mejor así. Además, sigo pensando que algo está maquinando Pen. Esto es demasiado extraño. Ha pasado demasiado tiempo, me cuesta creer que piense en las promesas que hicimos siendo un par de niños.

—No vayas por ahí queriendo matar impuros, ¡eh! —dice Uriel en forma de broma. Tengo tanto que agradecerle a él tam- bién, pero sé que no desea escuchar algo así, no es de ese tipo.

—Lo intentaré —contesto mirándolo de reojo. Nos detenemos y tras unos segundos, la puerta que conecta con el lugar por donde llegué se abre.

Me toma por sorpresa descubrir que hay varios vampiros ahí. Todos me observan con curiosidad y de un modo extraño. Uno de ellos es Mires y también se encuentra Reus, los recuerdo perfectamente a pesar de haberlos visto solo un par de veces. También están presentes algunos guardias y apartado de todos, el vampiro que siempre acompaña a Nicola.

«¡Esa zorra!» Supongo que ha querido cerciorarse de que me voy. Me pregunto si ahora que me iré ayudará a Armen. Ojala que sea así. Aunque la idea que de que esté cerca de él me irrita.

—Vamos —dice Mires intentando tocarme, pero Uriel se interpone

fulminándolo con la mirada.

—Yo lo har é —responde tomándome del brazo, avanzan- do hacia la puerta. Irina sujeta mi otro brazo y me dedica una ligera sonrisa, al tiempo que frota mi mano.

—Cuídate —murmura guiñándome el ojo.
—Cuídalo —respondo lo más bajo que puedo. Ella asien- te.
La enorme puerta se abre y la luz del sol golpea de lleno mi rostro, cegándome unos segundos. Jericó.

Busco de inmediato su cara, pero no está. Hay al menos 20 hombres frente a mí, pero Pen no está con ellos. Un hombre mayor avanza y me observa con detenimiento.

—Aquí está ella —informa Uriel con tono áspero.

—Muy bien —contesta el hombre sin mostrar temor. «¿Quién es él? ¿No era Pen el líder?»—. Mañana a primera hora firmaremos el acuerdo de paz como fue acordado.

—Eso espero —dice secamente Uriel. Me libera y me hace una señal para que me aleje, pero mis pies se niegan a obedecerme.

—Vamos —pide el hombre, quien parece tener prisa por marcharse.
Esto es incoherente. Es como repetir las cosas, pero a la inversa. Siento hostilidad por esas personas. ¿Por qué?

Les dedico una última mirada a Irina y Uriel, quienes mantienen serenas sus expresiones y avanzo hacia ellos. Mi especie.

El hombre me toma del brazo y me hace caminar. Avanza con rapidez llevándome con él.

—Una espada —comenta observándome con interés. Algo en él no me inspira confianza—. ¿Sabes pelear? —La sos- tengo con fuerza y me concentro en el camino, ignorando su pregunta. Si cree que ayudaré a pelear contra la gente de Armen, se equivoca.

El resto de los hombres caminan en torno a nosotros. Manteniendo cierta distancia de mí. Me miran con recelo y desconfianza. Incluso el hombre no me suelta en ningún instante y no me pierde de vista. Lo dicho, me siento como una extraña, cosa que no debería ser.

Pero supongo que el tiempo que estuve dentro del muro aprendí a verlos como amigos, como alguien en quien confiar. Incluso a Anisa y a Rafael. Ahora no sé cómo actuar con éstas personas.

Bajo la mirada a mis pies. Cada paso que doy me aleja más y más de él. ¿Realmente volveré a verlo algún día? Giro mi rostro hacia el imponente muro, casi podría jurar ver su figura en la cima.

«¡Armen! ¡Mi vampiro! Lo siento tanto, pero lo hago por el bien de todos». Cierro los ojos luchando contra las lágrimas que comienzan a amenazar con derramarse.

—Mira por donde caminas —me reprende el hombre, dando un ligero tirón de mi brazo. Observo al frente y trato de no mirar atrás. No quiero ponerme a llorar.

He estado demasiado concentrada en mi pena que he pa - sado por alto algunas cosas. Mientras caminamos, soy consciente de las marcadas diferencias en el ambiente de la ciudad, desde la última vez que estuve aquí. No hay vampiros, no hay nadie a la vista. Las calles parecen desiertas y se puede respirar el temor. ¿Qué es exactamente lo que ha pasado en estos meses? ¿Cómo ha ocurrido tan rápido?

Ni siquiera hemos llegado a la parte media de la ciudad, que es la zona donde se mezclan humanos y vampiros, y comienzan a observarse casas abandonadas. Me detengo completamente desconcertada, mirando alrededor.
—¿Qué pasó? —pregunto con voz trémula.

—Lo que debía de ocurrir hace mucho tiempo —contesta mirándome de reojo, mientras su pecho se ensancha con orgullo—. Los humanos han despertado.

«Despertado». Quisiera ponerme a reír ante la ironía de las cosas. Yo misma

habría estado feliz hace algunos meses de escucharlo, pero ahora me muero por debatir su postura. Sin embargo, no parece buena idea.

Giro el rostro y noto como el resto de ellos me mira con repudio. No les agrado. Incluso he escuchado calificativos como “la mujer del vampiro” y “la donante”. Me llevo la mano al cuello. ¡Rayos! La marca aún está fresca. Ahora entiendo su modo de verme. Ni siquiera pensé en eso, pero no importa. No es algo de lo que me sienta orgullosa, pero tampoco me avergüenzo, tenía razones de peso para hacerlo.

—Vamos. —De nuevo se pone en marcha, abriéndonos paso entre la parte abandonada de la ciudad.
«Jericó, ¿qué ha pasado contigo?», pienso entristecida.

Poco a poco nos acercamos a donde se encuentra el refugio. Lo observo con detenimiento, es realmente impresionante. No es tan alto, ni tan amplio como el muro, pero parece hecho del mismo material. Es una cúpula de color gris, con grandes columnas junto a la entrada. Recuerdo que Armen comentó que había algo en su construcción que impedía que los impuros pudieran penetrarlo. Aunque supongo que ahora que están aliados, eso no debe preocuparles.

Eso es algo que Pen tendrá que explicarme. Aunque me parece extraño no haber visto a ninguno de ellos desde que salimos. Bueno, supongo que como es de día, ellos no pueden rondar por aquí. Puesto que a diferencia de los subalternos o fundadores, ellos no tienen acceso al protector, ni al sustitutivo, a nada de eso. ¿No lo han obtenido? Supongo que es la razón por la que sus ataques son solo durante la noche o al atardecer.

El lugar está rodeado por una valla, con demasiados vigilantes alrededor de ella, los cuales portan armas de fuego y algunos otros espadas, iguales a la mía. Increíble. Por alguna razón, mientras más veo, más molesta me siento. ¿En qué momento se convirtieron en ladrones?

Cruzamos la puerta y entramos al refugio. Es enorme, mucho más de lo que parece por fuera. Un par de lámparas rectangulares penden del techo. Dentro hay tiendas de campaña improvisadas. También demasiadas personas, todas vestidas con un uniforme tipo militar. En su mayoría son varones. Qué

extraño. ¿Y las mujeres? Tampoco parece haber niños.

—Por aquí.
El hombre me conduce hasta una lona de mayor tamaño, situada en la parte del centro.

Levanta el lienzo y me hace entrar.
«¡Pen!».

Me quedo inmóvil, cuando se gira y nuestros ojos se encuentran. Su barba parece más abundante desde la última vez que lo vi y parece cansado.

—Pueden retirarse —dice al par de hombres que están a su lado. Toman un plano de la mesa y salen de prisa.

Me observa con curiosidad y sus ojos se detienen en mi cuello. Desvío la mirada incómoda, intentando cubrirla con mi pelo.

—Aquí la tienes, Pen —dice el hombre empujándome—. No olvides llevarla con Gibran para que le hagan exámenes. Lo miro ofendida. ¿Exámenes?
—No creo que haga falta —responde Pen sin dejar de ver- me.
—Tenemos que estar seguros de que está limpia. —Arru- ga la nariz, mirándome con desagrado.
—Lo haré.
El hombre asiente y sale, dejándonos solos. Retrocedo y me cruzo de brazos, mirándolo con malestar.

—¿Por qué? —cuestiono a la defensiva.
—Gema...

—¡No! —lo interrumpo. Siento que la sangre me hier - ve—. ¿Por qué me trajiste? ¿Por qué haces esto? —Se pasa la mano por el rostro y mueve la cabeza.

—Cálmate, ¿quieres? —Suelto un gruñido de la impoten- cia que siento—. Escucha...
—¿Tú eres el líder? —Eso es lo que me he estado pregun- tando todo este tiempo, me cuesta creerlo, pero todo lo indica.

—Sí. —Cierro los ojos y niego—. Y no sabes cuánto me costó para que aceptaran traerte, así que es mejor que no hagas locuras. —Lo fulmino con la mirada. ¿Locuras? ¿Y me lo dice él qué ha hecho tratos con impuros? Vaya doble moral.

—Entonces debiste dejarme con ellos. —Sus ojos se tor- nan furiosos y su expresión se endurece.

—No vuelvas a decir eso —advierte echándose hacia de - lante—. ¿Qué te ha pasado? No eres la Gema que yo conozco. —Sus palabras me descolocan por un instante. Tengo que admi- tir que tiene razón, pero mi cambio se debe a un buen motivo.

Tomo aire e intento mantener el control. No ganaré nada discutiendo.
—Ese es el problema, Pen —respondo con sinceridad—. Ya no soy la misma.

—¿Por qué? ¿Acaso olvidaste quiénes son tus enemigos? —Pen...

—¡No! —exclama tomándome de los hombros, acercan - do su rostro al mío. Ha cambiado, ahora es todo un hombre—. Ahora me vas a escuchar, aunque no quieras. Mientras tú vivías con todas las comodidades, comiendo y bebiendo como uno de ellos, sin nada de qué preocuparte, muchos de los nuestros han muerto...

—Pen... —balbuceo confusa ante la dureza de sus pala- bras. ¿De qué está hablando?

—Y no hablo solo de los enfrentamientos. ¿Ya olvidaste cuantas personas mueren en las fábricas? ¿Cuántos mueren por ataques de repudiados e impuros? ¿Ya olvidaste la vida que nos han hecho vivir? ¿Cómo puedes estar de su lado? ¿Cómo puedes ser tan ingenua, Gema?

—¡Ya basta, Pen! —Alain lo aparta de mí, colocándome detrás de él—. La estás asustando. —Pen retrocede tirando de su pelo. Alain se gira, inclinándose ligeramente para mirarme a los ojos. Tiene un gesto de preocupación—. ¿Estás bien? —Ni siquiera puedo responder, las lágrimas que llevo toda la mañana intentando contener escapan de mis ojos sin que pueda evitarlo. «¿Soy una traidora? ¿Una egoísta? Sí, lo soy»—. ¿Gema? —

dice con suavidad intentando limpiar mi rostro, pero me aparto con brusquedad.

—¿Dónde está mi padre? —pregunto recuperando el con- trol sobre mí misma, limpiándome el rostro.
—Él está bien —responde Pen, ahora parece arrepentido, pero yo no quiero mirarlo.

—Llévame con él —pido mirando a Alain, que parece más tranquilo. El mismo que siempre he conocido, algo distinto a Pen.

—Él no se encuentra aquí —contenta Pen, pero lo ignoro. —Alain —insisto mirándolo suplicante.

Se pasa la mano por la cara y resopla, cambiando su expresión.

—Ya est á bien de dramas —dice señalándonos—. Pare- cen los mismos críos que siempre peleaban por una golosina o una fruta —nos amonesta con tono severo—. Si quieres saber algo… —me toma de los hombros, empujándome hacia Pen—. Pregúntaselo a él. Yo no sé nada. —Resopla de nuevo y sale mascullando algo que no logro entender.

Desvío la mirada, negándome a mirarlo. Ha sido muy cruel, a pesar de que una parte de mí sabe que tiene razón, más de la que me gustaría.

—Se encuentra en otro refugio. —Lo miro confundida. —¿Otro refugio?
—Sí.
—No hay otro. —Niega.

—Te equivocas. Hay otro y otras personas. —Abro dema- siado los ojos. ¡Imposible!
—¿Qué quieres decir?

—Eso. Siempre pensamos que fuera de esta ciudad no ha - bía nada, pero estábamos equivocados. Afuera hay personas que han aprendido a enfrentarse a esas sanguijuelas.

Eso no lo esperaba, pero tampoco quiero saberlo ahora mismo.

—Quiero verlo —insisto recuperándome de la sorpresa. —También traeré a tu madre —afirma.

No sé qué decir. ¿Gracias? No, no puedo, estoy molesta y dolida por su forma de hacer las cosas.
—Quiero ver a mi familia, Pen. —Suspira y se acerca a mí, tomándome del brazo aunque intento resistirme. —Más tarde, primero veras al médico.
Me libero de su mano y retrocedo. ¿De verdad piensa hacer esto?
—No estoy enferma. —Levanta una ceja y me mira in- crédulo.
—Es un requisito y te lo repito, puse mucho en juego para traerte. Por favor, no hagas que me arrepienta.
—Sabes lo que pienso al respecto. —Pone los ojos en blanco y me toma del brazo.
—Vamos, pequeña Gema.

—No me llames así. Ya no soy pequeña. —Sonríe diverti - do, evocando tantos recuerdos. Pen. Mi mejor amigo. No puedo creer que sea él. El líder de la rebelión contra los fundadores.

—¿No? —Ladea el rostro y compara nuestras alturas—. Sigues siendo pequeña, desde mi punto de vista.

—¡Eres un tonto! —Imposible no sonreír—. Tienes mu - chas cosas que explicarme —digo poniéndome seria, mientras nos movemos por el lugar.

—Lo har é. Te lo prometo, pero por ahora...
—Tengo que ver al médico —repito con ironía. —Sí.

Entramos a otra de las carpas. Donde un hombre con gafas y bata desgastada, que parece más amarilla que blanca, nos recibe.

—Llegó —dice mirándome con interés.
—Sí —responde de mala gana Pen. Siento que me estoy perdiendo algo en la mirada que intercambian.
—Por favor, recuéstate —pide señalando la camilla.

No me gusta su entusiasmo. Es como si pensara estudiarme como a un espécimen. Miro a Pen en busca de ayuda, pero niega, indicándome que me

tumbe. Bufo irritada y me dejo caer de mala gana, lo que provoca que el vestido se levante un poco.

—¿Tienes otra ropa? —pregunto al notar que mira mis piernas.

—Te conseguiré algo —masculla desviando la mirada hacia el médico. De nuevo intercambian una extraña mirada y luego el hombre se acerca a mí.

—Primero tomar é una muestra de sangre.
«Sangre. ¡Genial!».

Evito mirarlo centrando mi atención en el techo. Siento el pequeño picor de la ajuga al penetrar mi piel, espero sentir como extrae mi sangre, pero siento como algo fluye hacia aden- tro.

—¿Qué...? —Levanto la mirada y lo compruebo. ¡Me ha inyectado algo!—. ¿Pen? —balbuceo confusa, mientras el hom- bre extrañe la jeringa vacía. ¡Oh Dios!

—Lo siento, Gema —se disculpa, acercándose al borde de la camilla—, pero por ahora es mejor así. —Mi cuerpo co- mienza a volverse rígido y mis parpados pesan demasiado. Intento sujetar el brazo de Pen, pero soy incapaz de coordinar del todo. ¿Qué me han hecho? ¿Por qué? Mi voz no sale y la tela de su camisa se escapa de mis dedos—. Descansa, Gema. Cuando despiertes todo será distinto. Te lo prometo.

«¿Qué significa eso?», pienso desesperada. El terror se agolpa en mi pecho, pero no puedo hacer nada. Todo se vuelve oscuridad. ¡Armen! ¡Armen!

ISELA REYES

Capítulo 28



Alguien me llama. No puedo reconocer su voz, pero pronuncia mi nombre.
«¡Gema! ¡Gema!».

¿Quién es? ¿Por qué me nombra con tanta insistencia? ¿Qué quiere de mí? Algo dentro en mi interior se agita al escucharlo, es algo que no puedo definir. ¿Miedo? ¿Tristeza? ¿Ansiedad? ¿Deseo? ¿Qué es lo que es*a llamada me provoca?*

Los párpados me pesan demasiado, lucho por abrir los ojos, pero no lo consigo. Intento moverme, pero tampoco puedo hacerlo, tengo el cuerpo adormecido. «¿Qué me pasa?». Obligo a mi cuerpo a responder y poco a poco logro moverme. Después de lo que me parece una eternidad, soy capaz de mantener los ojos abiertos para encontrarme con un lugar desconocido, un sitio que no he visto antes.

«¿Dónde estoy?». Mis pensamientos son demasiado confusos.

Esta no es la habitación de Armen, ni la mía, esto ni siquiera parece el muro.

Es una habitación sencilla con las paredes cubiertas de un color claro. No hay mucho, un mueble de una pieza, una pequeña mesa y una silla, de la cual pende una chaqueta que por el tamaño deduzco es de un hombre. Cierro los ojos intentando aclarar mis ideas.

«¿Cómo llegué aquí? ¿Qué fue lo que pasó? ¿YArmen?».

Analizo mi condición. Estoy tendida en una cama, una manta ligera cubre mi cuerpo. Desde el exterior llegan sonidos familiares y algunos que me resultan extraños. Me incorporo luchando con la pesadez que aún atormenta mi cuerpo. Logro ponerme de pie y la manta cae a mis pies. Descubro que mi ropa ha cambiado, llevo un vestido oscuro que me llega debajo de la rodilla. Me siento aturdida, no puedo pensar con claridad, pero de pronto las imágenes vienen a mi mente. «¡Es cierto!». Dejé el muro, dejé a Armen, y llegué al refugio donde ese médico me drogó y Pen lo permitió. «Lo siento», esas fueron sus palabras. ¿Por qué exactamente lo siente? ¿Qué significa lo que hizo? Esto es muy confuso, pero me queda claro que no puedo fiarme de él.

La puerta se abre y su figura aparece, despertando una ola de frustración y malestar en mi interior. Aun así, no puedo evitar notar que se ha afeitado y que ahora parece más joven. Lleva puesta otra ropa. Unos vaqueros del mismo color que la chaqueta que se encuentra en la silla, y una camisa de manga corta negra. Un segundo... ¿Esta es su habitación?

—Despertaste —dice con una sonrisa que no respondo. Le dedico una mirada furibunda y camino hacia la puerta. Ten- go que irme de aquí—. Gema. —Ignoro sus palabras y paso de largo procurando no tocarlo. No voy a perdonar lo que me hizo, lo que está haciendo.

Al salir, me encuentro con una pequeña sala, la cual tiene la misma sencillez que la habitación donde me encontraba. Hay bancos ordenados entorno a una pequeña mesita, todos hechos de madera; las ventanas son pequeñas y están cubiertas por una cortina blanca. Pero lo que capta mi atención son los sonidos que llegan del exterior. Risas, gritos alegres.

—Gema —repite Pen intentando acercase.

No lo miro, con paso firme avanzo hacia la puerta. Empu - jo la superficie de madera y me quedo perpleja ante lo que mis ojos contemplan.

«¿Qué es este lugar?».

Tal como lo creí, se trata de niños que corren de un lado a otro. También hay personas que caminan despreocupadamente por el lugar. Hay algunos animales de granja que solo había vis- to en libros viejos. El atardecer tiñe de un color rojizo la escena dándole un aspecto místico.

Con pasos dudosos me alejo de la puerta observando con detenimiento el lugar. No comprendo lo que veo, parece una ciudad ordenada y pacífica. Tranquila. Alrededor hay un muro de un par de metros de alto, tiene púas en la parte superior y lo que parecen ser antorchas, algunos hombres con armas caminan en el borde vigilando los alrededores. Este lugar está muy lejos de ser Jericó. Empezando por el aspecto de las casas. Parecen de madera y barro, son pequeñas pero todas parecen iguales. Lo mismo ocurre con el aspecto de todos, que usan trajes sencillos pero limpios. En su mayoría son mujeres y niños, algo contrario a lo que vi en el refugio.

—¿Qué lugar es este? —pregunto mirando alrededor, siendo consciente de su presencia a mi espalda.

—Algunos lo llaman Esperanza —dice colocándose a mi lado—. Otros, Amal que en árabe significa “esperanza”. —Lo miro con el ceño fruncido. Tengo que admitir que mejor nombre no podría tener—. Es el lugar del que te hablé —explica al no obtener respuesta de mi parte.

—El segundo refugio —murmuro. Claro que he com - prendido a que se refiere, lo que no entiendo es porque me ha traído aquí. Me llevo la mano a la cabeza, esto es demasiado sorprendente y mi cuerpo aún no se repone del todo.

—¡Gema! —Permito que me sostenga, pues mis piernas son incapaces de hacerlo y he estado a punto de caer—. Será mejor volver adentro. —Niego intentando soltarme. Si me sien- to de este modo es su culpa por drogarme, además, tengo que irme.

—Déjame... —protesto resistiéndome.
—Necesitas descansar.

Es inútil, ahora es mucho más fuerte que yo. Aprovechando mi debilidad, me toma en brazos y camina hacia la puerta.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Qué significa este lugar? ¿Quién eres en realidad? —Sonríe ante mi confusión y me dan ganas de golpearlo, así como al mismo tiempo quiero abrazarlo. «¡Cuánto le he echado de menos! Me parece mentira».

Me deja sobre un banquillo y me observa con curiosidad. Sus ojos no han cambiado nada, son tal cual los recuerdo. Incluso ahora enmarcan su rostro dándole un aspecto más maduro, más astuto. Claro que es astuto, me engañó.

—¿Cómo te sientes? —Hago una mueca.

—De verdad que me gustaría abofetearte —suelto y al instante echa el cuerpo hacia atrás como si esperara que lo hiciera. Pongo los ojos en blanco y continuo—. Tú deberías sa- berlo, ¿no? —lo acuso deliberadamente. No parece sorprendi- do ante mi comentario, sabe que tengo razón y eso me enfada más—. ¿Qué me hiciste?

—Nada. —Lo fulmino con la mirada. ¿Piensa seguir min- tiéndome?
—Mentiroso. —Hace una mueca de disgusto y se pasa las manos por el rostro.
—Gema...

—¿Qu é me inyectaste? ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué es este lugar? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué pasó con el trato? ¿De verdad vas a dejar las armas? ¿Me has quitado la ropa tú? —Me mira desconcertado y divertido a la vez.

—Demasiadas preguntas. —Reconozco su voz antes de verlo. Es el médico que ha salido del fondo de la casa—. Creo que la mecánica correcta es hacer una pregunta a la vez y esperar la respuesta. —Resoplo poniendo los ojos en blanco y regreso mi atención a Pen.

—¿Qué ha pasado en este par de horas que he estado in - consciente? —Pen

parece sorprendido. Noto que intercambian una mirada, la cual me inquieta. No volverán a dormirme, necesito respuestas.

—¿Un par de horas? —inquiere extrañado Pen. —Sí, es casi de noche. ¿Qué ha pasado en estas horas?

—Nada relevante —responde el médico encogiéndose de hombros—. ¿Quieres tomar algo? —pregunta ofreciéndome un vaso. Lo rechazo sin pensarlo, aun cuando tengo la garganta seca.

—Responderé todo lo que quieras... —comienza a decir Pen.

—¡No! —lo corto—. Eso ya lo dijiste antes —replico poniéndome de pie—. Quiero respuestas ahora. —Un par de golpes se escuchan en la puerta y ambos dirigen su atención hacia ella, pero yo sigo observándolos. No me van a engañar de nuevo.

Jamás creí que con los de mi misma especie me sentiría de esta manera. Insegura, incómoda, fuera de lugar. No puedo confiar en ellos, no sé qué piensan hacer.

—Pase —dice Pen.

La puerta se abre y tres caras conocidas entran. —¡Gema! —exclama Mai corriendo hacia mí. ¡Dios mío!

La recibo abriendo los brazos, mirando a mi padre, quien tiene los ojos húmedos, y a mi hermano, Taby. ¡Mi familia! Me relajo un poco y le dedico una débil sonrisa. No puedo ignorar el hecho de que estén aquí, de verlos de nuevo.

—¿Por qué haces esto? —digo entrando en la pequeña cocina.

Mi padre y mis hermanos se han marchado hace un momento. Ha sido un encuentro fugaz debido a la hora, no han dicho mucho y yo tampoco he profundizado en ningún tema. Sé que están bien y eso me tranquiliza, aunque no el hecho de saber que creen en Pen. Me han explicado que ellos están viviendo en otra cabaña, así como que debo quedarme con Pen. No me

apetece hacerlo, pero aún no he obtenido una sola respuesta de su parte. Esto comienza a irritarme.

Retira el vaso de su boca y lo coloca sobre la mesa, se gira para mirarme. Parece tan tranquilo que me disgusta. Siento cierta simpatía por él después de saber todo lo que ha pasado.

—¿De qué hablas, Gema? —Me cruzo de brazos y le pon- go mala cara.
—Los has traído para distraerme. —Gruñe haciendo una mueca.

—No sé de qué hablas —afirma dolido por mi brusque - dad. En otras circunstancias me habría importado herirlo, pero estoy muy molesta.

—Sí que lo sabes —le recrimino señalándolo con el dedo—. Antes te pedí verlos y te negaste.

—Necesitábamos...
—Drogarme. ¿No?
—No.

Niego cruzándome de brazos. Increíble que lo niegue como si nada.

—Sí que lo hiciste, pero no importa. Dime, ¿intentas dis - traerme de nuevo? ¿Por qué? ¿Qué piensas hacer esta vez? —Se pone en pie levantando las palmas de las manos para tranquilizarme.

—Lamento haberte sedado, ¿de acuerdo? Lo siento, Gema. —Pongo los ojos en blanco. No me convence—. Si te hubiera pedido que vinieras no lo habrías hecho. ¿O sí?

—No —respondo sin dudarlo.
—¿Lo ves? —Niego—. Gibran dijo que necesitas descan- sar, así que...

—No —Muevo la cabeza de nuevo en señal negativa—. Lo que necesito es que me expliques. ¿Qué es todo esto? —in- quiero señalando el lugar—. ¿Qué va a pasar? —Suspira frus- trado y me señala el banco.

Me conoce y sabe que no se librará de mí tan fácilmente sin darme una explicación convincente.

—Siéntate.
—Estoy bien. Habla.
—Siéntate, Gema —insiste con voz autoritaria. —Te escucho.

—Como quieras. —De mala gana se deja caer en uno de los bancos—. Lamento que empezáramos con el pie izquier- do. —Mantengo inalterable la expresión ante su afán de sonar amigable, cosa que parece afectarle. Se aclara la garganta y desvía la mirada—. Como te expliqué, este lugar es una especie de refugio. Lo encontré poco tiempo después de ser expulsado de Jericó. —Mi indiferencia titubea ante la mención de ese he- cho. Él era solo un adolescente cuando eso ocurrió. No puedo imaginarme lo que tuvo que pasar—. Fue una mera casualidad, supongo. —Se encoge de hombros y prosigue, un poco más ani- mado—. Verás, aquí no solo llegan los expulsados, sino que estas personas han logrado encontrar una forma de vida. Han aprendido a matarlos, a hacerles frente.

—Eso lo entiendo —digo en voz baja. No puedo ignorar los lazos que me unen a él, a mi niñez, a mi lado humano. Verlo hablar de ese modo tan apasionado, tan suyo, me recuerda quienes éramos—. ¿Cómo te convertiste en el líder? —Sacude la cabeza.

—Solo comando la rebelión —aclara con una pequeña sonrisa—. Quien tiene el poder aquí es Aquiles. Ya lo conociste ayer. —Yvaya que si lo hice—. ¿Ycómo ocurrió? Sabes cuánto los odio y lo bueno que era con las armas —dice orgulloso—. Así que me convertí en el mejor y por eso me pusieron al frente, pero no es solo mérito mío. Todos y cada uno de ellos han hecho muchas cosas por esto. Para hacerlo posible.

—”Esto” —murmuro con amargura, pero él parece no es- cucharlo o quizás solo lo ignora.

—¿Por qué te traje aquí? —Se anticipa—. Para que vieras a tu familia, como lo deseabas y para mantenerte a salvo. — Quisiera debatir su argumento, pero es un hecho que ahora no puedo estar con Armen y sin embargo, ¿qué pasa si me busca?

—¿Por qué hiciste ese trato? —inquiero mirándolo a los ojos.

—¿Se supone que debía dejarte en su poder? —recrimi - na—. ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba tu padre? ¿A qué viene todo esto, Gema? ¿De verdad te han lavado el cerebro?

—No, pero sé que no es realmente el motivo por el que lo hiciste. Así que dime que planeas. —Se pone de pie, evitando mirarme a los ojos. ¡Lo sabía! Hay algo más—. Pen...

—Vete a la cama, Gema.
—Esas no son todas las respuestas que necesito. —Es tarde...
—¡Pen!

—¿Qué es realmente lo que te molesta? ¿Qué pueda ha - cerle algo a tu vampiro? —Sus palabras son un golpe bajo—. Te recuerdo que el inmortal es él, no yo. —Sale dejándome con la palabra en la boca.

No entiendo nada y siento que algo no está bien. Todo es confuso. Los ojos de mi padre, el nerviosismo de mis hermanos, la actitud evasiva de Pen. ¿Qué está pasando?

No puedo dormir. Siento como si hubiera dormido durante días, en vez de unas horas. Retiro la manta y camino de un lado a otro. Me llegan susurros desde el otro lado de la puerta. No debería hacer esto... Sí, debo hacerlo.

Abro la puerta y miro la sala, no hay nadie. Las voces parecen venir de la parte trasera de la casa. Avanzo lentamente y con sigilo evitando hacer ruido. He hecho esto antes y con seres que tienen un oído mucho más sensible, así que no me cuesta trabajo escabullirme.

—¿Estás seguro? —cuestiona Pen, denotando escepticis - mo en su voz. Puedo ver su figura frente a la ventana de la habi- tación y apoyado en una mesa se encuentra el médico.

—Sí. Ella está limpia, Pen. —¿Hablan de mí? ¿De verdad me hicieron pruebas? No puedo creerlo. ¿Para eso me sedaron? Me toco el brazo, confirmando que hay un pequeño punto, en realidad parecen varios.

—Tiene la marca. Tú mismo la viste —La voz inquieta de Pen me hacer

reaccionar y prestar atención.

—Sí, pero a diferencia de los otros donantes, ella no tenía rastros de las sustancias que ejercen el efecto de una droga de letargo. Ni tampoco de ponzoña.

—No tiene sentido —masculla irritado Pen—. Eso es im- posible. Todos los demás lo tienen.

—No es del todo imposible, Pen. Por lo que sé, los vam - piros eligen inyectar estas sustancias para controlar a su víctima y así mismo, también deciden no hacerlo.

—¿Estás diciendo que esa sanguijuela la cuidaba? —El hombre se encoje de hombros, retirando las gafas de su cara.

—De cierto modo, sí.
—¡Tonterías!
—No son tonterías...

—No me refiero a que no sepas lo que haces, sino a lo que implica lo que acabas de decir. A ellos no les importa nada. —Pero…

—No me entiendes. —Él lo mira confundido—. Significa que ella ha estado actuando por voluntad propia. —Cierro los ojos ante el dolor que su voz transmite. ¡Pen!

—Eso parece —concede con un suspiro el hombre—. Y creo que deberías...

—No, aún no. Est á débil y muy enfadada. Terminaría ha- ciendo una locura, la conozco muy bien. —Sonrío ante la fir- meza de sus palabras. Me conoce y yo a él, por eso mismo temo que hay algo más.

—Es fuerte. Dudo mucho que el resto de los donantes puedan recobrar la lucidez algún día.

¡Oh Dios! Armen tenía razón.
—Al menos los hemos rescatado —dice Pen cabizbajo.

—Deberías descansar, muchacho. Ha sido demasiado duro todo.

Retrocedo con rapidez, antes de que se despidan y entro a la habitación. Esto es bueno y malo. Pen creía que estaba bajo su influencia y ahora que lo sabe, ¿cómo reaccionará conmigo? Por otra parte, ¿qué es lo que no me ha dicho? ¿Qué ocultas Pen?

Al final me he quedado dormida y ni siquiera sé en qué momento. Al menos no parece que me hayan drogado, puesto que la silla que coloqué en la puerta continúa en el mismo sitio. Hago la cama antes de salir de la habitación. ¿Yahora qué debo hacer? Escucho sonidos en la cocina y entro. No es Pen.

—Buenos días —saluda una mujer de aspecto amable y sonrisa radiante—. Tú debes ser Gema, ¿cierto? —Asiento con un movimiento de cabeza, no sé qué decir—. Pen me pidió que te preparara el desayuno.

—¿Dónde está él?
—Salió —responde dándome la espalda. Preguntar adon- de fue no tiene sentido, puesto que no conozco el lugar.

—¿A qué hora regresa? —Deja de moverse y me mira. —Dentro de dos o tres días.

—¡¿Qué?! —¿Dos o tres días? Observa mi expresión des- concertada.
—Tiene que hacer algunas diligencias. —Niego. No pue- do esperar tanto tiempo.
—¿Adónde fue? —Ahora es ella quien mueve la cabeza, negando.

—Eso no lo sé.
«Mentirosa. Sí que lo sabe, pero no me lo dirá. ¿Acaso fue a Jericó? ¿Este era su plan? ¿Dejarme aquí para que no me entere de lo que pasa? ¡Quiero golpearte, Pen!».

Hacer rabietas no resolverá las cosas, sobre todo porque he visto que ocultaba una jeringa. Seguramente me sedarán de nuevo si lo hago. Además, no conozco a nadie y no confío en ellos. Apenas toco la comida y salgo en busca de mi familia. Dar con su casa no es complicado. Este sitio es pequeño. Habrá menos de 50 casas. Mi padre no está en casa, ni Taby, solo Mai.

—¿Qué tal es la vida aquí? —inquiero mientras le ayudo a colocar la ropa en el tendedero.

—No es mala —dice encogiéndose de hombros y frotán - dose las manos en el vestido. La miro de reojo y noto que la misma mujer, Ivette, nos observa a unos metros. Definitivamen- te Pen le pidió que me vigilara. ¿Qué se cree? —. ¿Quieres ayu- darme con la comida? —pregunta poniéndose de pie.

—Claro. —La sigo dentro de la casa. Conozco a Mai, está nerviosa. ¿Por qué?
Entra a la cocina y antes de que cruce la puerta, tira de mi mano y se lleva un dedo a los labios.
—¿Mai? —balbuceo desconcertada.

—Escucha, Gema. Me pidieron que no dijera nada, pero tienes que saberlo. —Mi respiración se acelera ante la expresión de su rostro.

—¿Qué ocurre? —Mira hacia la puerta y por la ventana antes de volver conmigo. Me pide que me incline ligeramente para hablarme en el oído.

—Ellos tienen a tu vampiro y van a matarlo. —Dejo de respirar. ¿Tienen a Armen? ¡No! ¡No!—. Llevas dos días dormi- da. —¿Qué? ¿Dos días? No puede ser—. Pen los ha derrotado y ahora se ha hecho del muro. En unos días nos mudaremos ahí, mientras tanto, nos pidieron ocultártelo. —Muevo la cabeza fre- néticamente. ¡Armen!

—¿Por qué? —chillo desesperada.

—Porque dicen que est ás de su lado y que no estás bien de la cabeza. —Me muerdo el labio. No puedo creer que mi herma- na me esté diciendo esto, que todos crean eso de mí. Aunque no los culpo. Desde luego que a sus ojos soy una traidora. —Estoy bien —aseguro. Mai sonríe y asiente.

—Lo sé. Te conozco y si fuera malo, no lo defenderías. ¿Verdad?
—Mai.

—Si quieres salvarlo tienes que irte ahora mismo. —No tengo idea de donde estamos, no sé qué hacer—. Jericó esta al norte, a un par de horas a pie.

—¿Sabes que hicieron con mi espada?
—Puedo conseguirla. —Asiento dándole un abrazo.

—Gracias, Mai —susurro emocionada. Me aparto y noto que tiene lágrimas que intenta secarse con el dorso del brazo. —Me alegro de que estés bien, Gema. Te extrañé. —Yo también y cuando esto se arregle, te lo contaré todo, ¿de acuerdo?
—Hay otras cosas que debes saber, pero te lo diré cuando regreses. ¿De acuerdo? —Sonrío. «Ha madurado».
—Bien. Ahora dime, ¿cómo regreso a Jericó? Voy a salvarte Armen y no voy a perdonarte Pen por haberme mentido.

ISELA REYES

Capítulo 29



Puedo entender su odio, yo también los aborrecí durante años, pero que me haya engañado y mantenido drogada dos días y que no haya tenido el valor para decirme las cosas a la cara cuando se lo pregunté, eso no se lo voy a perdonar nunca. Creí por un momento que podría confiar en él, que seguía siendo el mismo, que aún había algo de cariño entre nosotros. Sin embargo, parece que me he equivocado. ¿Está molesto conmigo? ¿Cree que lo traicionaré? Pen no lo comprende. Él no lo sabe y por ende debo darle el beneficio de la duda, no obstante, su comportamiento no se justifica. Incluso usó a mi familia, desea- ría poder llevármelos, pero no puedo, no ahora y cuento con que no los lastimará. Espero no equivocarme en eso también.

—¿Estás lista? —pregunta Mai mirándome inquieta.

Hemos salido por la parte trasera de la casa, puesto que Ivette aún nos vigila, y regresamos a la casa de Pen, donde en una de las habitaciones encontramos mi espada. He tomado ropa de Pen, salir con un vestido y sandalias no es buena idea, recojo mi cabello, intentando parecer un chico. Mi hermana me

ha conseguido un par de botas, me quedan un poco grandes, pero no puedo quejarme. No es momento de titubear. Estamos ocultas detrás de una casa. Solo hay una entrada a la ciudad y está custodiada evidentemente, todos los días al medio día, un carro con suministros ingresa, así que es la oportunidad para salir.

—Sí —asiento.
—Por favor, cuídate, Gema —dice con nerviosismo—. Debes darte prisa y llegar antes del anochecer.

—Lo har é —contesto con una ligera sonrisa, tomando su mano—. Prometo que regresaré por vosotros. —Da un pequeño apretón en señal de afirmación—. Te quiero, Mai —Sonríe.

Mi hermana ha madurado mucho en estos meses, aunque tengo que reconocer que ella siempre fue bastante despabilada para su corta edad. En realidad, las circunstancias te obligan a madurar, no hay tiempo para juegos ni sueños.

Lo que me hace de nuevo pensar en Pen y en la vida tan difícil que tuvo que asumir después de la muerte de sus padres. Aun así, no puedo permitir que lastime a Armen. Él no es como el resto, ni tampoco Irina, Uriel, Anisa... ¿Qué habrá pasado con ellos? ¿Por qué ha terminado en su poder el muro? ¿Anisa no intentó evitarlo? Me cuesta creerlo.

—Suerte —susurra sacándome de mis pensamientos. Suelta mi mano y se adelanta, para poner en marcha su plan.

—¡Una serpiente! ¡Una serpiente! —Sus gritos provocan revuelo entre los pequeños que se encuentran en la calle, quienes comienzan a correr y a gritar a todo pulmón, captando la atención de los guardias. Quienes rápidamente se acercan para investigar que ocurre. Aprovecho para moverme entre los curiosos, hasta llegar a la entrada, donde la carreta se dispone a ingresar. ¡Perfecto!

Corro y ahora que nadie presta atención, me escabullo por uno de los costados del carruaje y cruzo la puerta. La vista del exterior me impacta un instante. «¿Qué lugar es este?». Las voces de los guardias me regresan a la realidad. «¡Tengo que irme!». Corro alejándome de la entrada a toda prisa.

Consigo llegar a unos pequeños matorrales y vuelvo la mirada. Dos guardias han ocupado de nuevo su puesto en la puerta. ¡Rayos!

Tal como lo dijo Mai, el lugar se encuentra en medio de la nada. En una zona desierta. Hay una brecha que conduce hasta la puerta, pero a los costados no hay más que pequeños y escasos matorrales que no tienen ni un metro de altura. Un lugar perfecto. Al no haber vegetación pueden ver todo lo que se aproxime a la ciudad. Impresionante. Miro al frente, donde a unos diez metros de donde estoy comienza la zona boscosa. La cual debo atravesar para poder llegar a Jericó.

«Debes tener cuidado, el bosque es peligroso, hay animales y algunos repudiados. Mantente lo más alejada posible de la montaña, en lo más alto al otro lado se cree que tienen sus asentamientos los impuros».

Impuros. Es extraño. ¿No se supone que ellos están del lado de Pen? Ahora que lo pienso, no he visto a ninguno de ellos. Aunque claro, es de día. Hay muchas cosas que no en- cajan y por desgracia no puedo esperar para saberlas. Necesito llegar a Jericó cuanto antes y rescatar a Armen. Evitar que Pen cometa un grave error.

Observo a los guardias, quienes ahora se encuentran de espaldas a mí. ¡Bien! Tomo mi espada y corro a la máxima ve- locidad que me permiten mis zapatos. No hay mucho donde pueda ocultarme, pero una vez que alcance el bosque, no se molestarán en darme alcance. De eso estoy segura.

El bosque es una contradicción con el terreno árido y desierto que recorrí antes. Hay mucha humedad y la sombra de los enormes arboles le dan un aspecto siniestro. Mientras más avanzo, más oscuro se vuelve. Una ligera neblina envuelve el lugar y los sonidos extraños comienzan a hacerse presentes. Los ignoro y avanzo con cautela, analizando mi entorno, tal como Uriel me enseñó. Aunque la finalidad era aprender, realmente nunca creí que podría poner en práctica el entrenamiento. Me detengo al pie de un grueso tronco. Todo parece igual y no se hacia dónde dirigirme, no puedo ver el sol, que podría servirme de referencia, tampoco puedo saber cuánto tiempo ha trascurrido. Lo único que me queda claro, es que no debo subir la colina.

«¡Armen! ¡Armen! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?». En estos momentos desearía

que pudiera escuchar mis pensamientos. Nunca debí marcharme. Ahora comprendo el plan de Pen. Me usó como distracción para que ellos se confiaran y después ata- co el muro. Tiene que ser eso.

Sacudo la cabeza y de nuevo me pongo en marcha. Las ramas crujen ante el peso de mis pies, lo mismo que las hojas secas. Siento como si caminara en círculos. Observo con detenimiento, intentando grabar los detalles por donde cruzo, intentando descartar la posibilidad. El sonido de agua capta mi atención. ¡Un río! Avanzo rápidamente, pero me detengo.

«¡Un repudiado!».

Está inclinado sobre algo. ¿Una persona? Empuño mi espada, pero los cuernos de algún animal desechan mis pensamientos. Observo como muerde la piel y la desgarra para engu- llirla. La imagen de mi madre viene a mi mente. No, ella jamás se convertirá en algo como eso. El crujido a mi espalda me pone en alerta. Me giro con la espada en lo alto, para confirmar mis temores.

«¡Otro repudiado!».

Emite un gruñido antes de lanzarse sobre mí. Logro esquivarlo, pero de nuevo me ataca. No es rápido, pero ha llamado la atención del otro, quien ahora también se acerca a mí. Esto no es bueno. Corro por la pendiente intentando escapar. Las botas han comenzado a lastimar mis pies y mi velocidad no es muy buena. Tengo que hacerles frente, pero no puedo. Ellos eran per- sonas, no puedo matarlos. Algo golpea mi espalda y me proyecta hacia el frente. Caigo dando tumbos y me golpeo contra una árbol. ¡Rayos! Está sobre mí, por instinto muevo la espada y su cabeza rueda a mis pies. «¡Quiero vomitar!».

No tengo tiempo de eso, el otro repudiado arremete contra mí. La espada escapa de mi mano y ahora lo tengo aprisionándome contra el tronco. Su olor es desagradable y tiene el rostro cubierto de sangre. ¡No puedo perder el tiempo! ¡Armen me necesita! Me deslizo hacia abajo y logro recuperar la espada, hundiéndola en su estómago. Con un horrible graznido retrocede y cae al suelo.

Las manos me tiemblan ante lo que contemplo, nunca antes había matado a una persona. Aunque teóricamente, ellos ya no lo son. Retrocedo, obligándome a no perder el control sobre mí. «Esto es por Armen, por Armen», me repito. Mi nariz percibe otro aroma. «¿Un fundador?». Escudriño el bosque, no los puedo ver, pero sé que se acercan a mí. «¡Dios mío! ¡Impuros! ¡Imposible! ¿A plena luz del día?».

No me lo pienso, corro en dirección opuesta. Deben ser al menos 4 o 5, jamás podría hacerles frente. Escucho el latido de mi corazón en mis oídos, mientras la imagen del rostro de Armen viene a mi mente. «Quiero volver a verlo. Quiero abrazarlo de nuevo. No puedo morir, no aquí, no con ellos».

Uno se mueve por mi costado, me gruñe y me pasa, en dos segundos lo tengo frente a mí, mostrándome sus enormes colmillos.

—¡Sangre dulce! —dice con voz distorsionada, levantan - do el rostro, como si me estuviera oliendo—. Te beberé comple- ta —asegura con una sonrisa diabólica.

No me lo pienso dos veces, elevo la espada y lo ataco.

Esquiva mi primer golpe e intenta golpearme por detrás, pero respondo asestando un golpe que lo parte en dos. Sus ojos se abren demasiado. Tengo que cortarle la cabeza o no morirá. No tengo oportunidad de rematarlo, el segundo de ellos se aproxima. Apenas soy capaz de apartarme. Mira a su compañero y sonríe, inclinándose sobre su cuerpo.

—Será mía —gruñe arrancando la cabeza al otro impuro. Me quedo pasmada ante su acto. Retrocedo, pero una rama se rompe y lo alerta—. Aun no hemos terminado. —Sonríe de un modo aterrador antes de moverse. Logro adivinar su movimiento, pero aun así me golpea en el rostro.

Me levanto al instante, sin embargo, no está. Miro hacia todos lados y entonces percibo a los otros dos impuros a unos metros.

—Arriba —grita antes de caer sobre mí. «¡No!». Me aplasta sobre el suelo, aprisionando mis manos, imposibilitando mi defensa—. Tienes un olor distinto, ¿quién eres? —pregunta acercando su boca a mi rostro. «¡No!

¡No!»—. Eres int... —No termina la frase, alguien lo aparta de mí. No me importa quién lo ha hecho, me hago de mi espada y pego la espalda al árbol, pero me quedo inmóvil al verlo.

Le ha cortado la cabeza al impuro que tenía sobre mí. ¿Me ha salvado?

—Vete —dice con voz ronca. Es un hombre alto y for - nido, de cabello rubio y largo. No puedo ver su cara, pues esta de espaldas. Usa una espada que no es como la mía—. ¡Ahora! —Su voz autoritaria me hace reaccionar. Retrocedo y corro de prisa. Me aventuro a mirar por encima del hombro y veo como se enfrenta a ambos impuros. «¿Quién es? No es un vampiro, pero es tan rápido como ellos…».

¡Maldición, corre!

¿Qué ha sido eso? Es como una voz dentro de mi cabeza. Miro de nuevo al hombre, quien ahora está mirándome. Sus ojos color miel parecen hablarme.

¡Corre, Gema!

Completamente desconcertada lo hago, comienzo a correr a toda velocidad. Sin importarme que algunos arbustos rasguen mi ropa. No me detengo hasta que mis pies duelen y mis pulmones queman. Me apoyo en un árbol y lucho por recuperar el aliento. Levanto la mirada y sonrío. ¡Jericó! Se ve a lo lejos...

«¡No!». Me giro y sus ojos rojos parecen brillar, mientras se pasa la lengua por los labios. «¡El impuro que faltaba!». Está demasiado cerca de mí. Trago saliva y me preparo para enfrentarme a él. Retrocedo, pero el suelo desaparece y resbalo. «¡No!». Ruedo sin control por la pendiente. Mi cabeza golpea contra algo duro y la vista se me nubla. «¡No! ¡No! ¡No! ¡Esto no puedo pasarme! ¡Armen! ¡Armen!».

Escucho un gruñido antes de que todo se convierta en oscuridad. «¡Armen!».

Alguien llora. Puedo escuchar sus sollozos. Son realmente tristes, pero no puedo verlo, es decir, no veo nada. ¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo ver nada? Todo es oscuridad. Mis pies se mueven por instinto y mientras lo hacen, los sollozos se vuelven más nítidos. Me estoy acercando. Parece que

es un niño. Sigo avanzando. No me gusta esto. Es como estar perdida, no sé siquiera por donde voy. Una luz se enciende a unos metros de donde estoy y debajo de ella hay alguien. Es quien llora.

—Disculpa —susurro acercándome despacio. No pue - do ver su cara. Está de espaldas, pero puedo distinguir que se trata de una niña. Tiene el cabello del mismo color que el mío, lleva un vestido blanco y mantiene la cabeza gacha, sus pequeños hombros se agitan cada vez que deja escapar un lamento—. ¿Disculpa? —repito dando un paso más al frente, topándome con una pared traslucida. Parece de cristal. ¿Qué hace una pared de cristal en medio de la nada?—. ¡Oye! — grito golpeando el cristal, intentando captar la atención de la pequeña, que continúa llorando—. ¡¿Estás bien?! —digo con todas mis fuerzas.

Parece haberme escuchado, sus pies se mueven y lentamente comienza a girarse hacia mí.

Aun no puedo ver su cara, sus manos y algunos mechones rubios que caen sobre su frente la cubren. Es menuda y su piel parece muy pálida. ¿Qué le sucede? ¿Por qué llora?

—¿Estás bien? ¿Me escuchas? —susurro con suavidad. Lentamente retira sus manos y me quedo de piedra.

¡Dios! Hay sangre en su boca y sus ojos son rojos, pero no es lo más desconcertante, sino quien es ella. ¡La conozco! Verla es como ver a mi hermana, solo que tampoco es Mai, ¡soy yo!

—¡Mi pequeña Gema! —dice dejando al descubierto sus colmillos—. ¡Mi pequeña Gema!
—¡No! —Grito con todas mis fuerzas. Abro los ojos so- bresaltada, no puedo respirar. ¿Qué fue eso? ¡Esa voz! ¡Esa voz! ¿Por qué me llama? ¿Quién es?

—¿Gema? —Tiemblo de pies a cabeza—. ¡Gema! —Des - concertada miro a la persona que me habla. «Pen». Me sujeta de los hombros y me mira con preocupación. ¿Pen? ¿Dónde estoy?

—¡Suéltame! —grito histérica intentando retroceder. Es - toy demasiado

confundida. No solo por verlo, sino por esa voz. ¿La he escuchado antes? ¿Por qué siento tanto miedo?

—Tranquila —susurra Pen levantando las manos. Miro alrededor. ¿Cómo llegué aquí? Lo último que recuerdo fue el rostro de ese impuro y yo cayendo por la pendiente. Me toco la cabeza y descubro una venda—. Te golpeaste.
—Lo sé. Ahora lo recuerdo.

—¿Dónde estoy? —pregunto notando que de nuevo me cambió de ropa y que este no parece el refugio. Bajo de la cama y lo miro con desconfianza—. ¿Dónde estamos? ¿Tú me quitas- te la ropa? —Su rostro se relaja un poco y sonríe. ¿Cómo puede sonreír?

—Pen. —Una chica morena aparece, Pen la mira sin dejar de sonreír.
—¿Puedes decirle quien le quitó la ropa? —Ella frunce el ceño y me observa.

—Yo —responde con normalidad.
—¿Qué pasa? —pregunta serio.
—Aquiles quiere verte. —«¡Armen!».
—¿Dónde está? —cuestiono sin amabilidad.
—Puedes retirarte, Dena. —Ella asiente y sale.

—¿Dónde está? —repito mirándolo furiosa. La vista se me nubla y tengo que sujetarme a la cama. Maldición. Me duele la cabeza.

—Deberías descansar...
—¡¿Dónde está?! —exclamo perdiendo la calma.

—¿Por qué dejaste el refugio? ¿Cómo fue que lograste cruzar el bosque? ¿Estás loca? ¿Tienes idea...? —No dejo que termine la frase, bajo de la camilla y le doy un golpe en la cara con todas las fuerzas.

—¿Dónde está? —pregunto histérica—. ¿Qué le hiciste? Estamos en el muro, ¿cierto? —Las paredes grises de la habita- ción y los muebles lujosos no podrían ser de otro sitio. Toda cla- se de pensamientos cruzan mi mente, mientras la bilis asciende por mi garganta.

—Gema... —Intenta sujetarme las manos, pero me aparto.

—No sé quién eres, Pen —digo negando—. ¿Por qué me tuviste drogada dos días? ¡Dos días! ¿Cómo pudiste? —cues- tiono colérica.

Suspira y niega.
—Ese no era el plan.

—¿El plan? —escupo la pregunta sin poder creérmelo—. ¿Es que acaso tenías uno que no fuera engañarme? ¡Contéstame! —exijo tirando del cuello de su chaqueta.

—Tu cuerpo estaba demasiado débil y al parecer el efecto de la droga se prolongó. —Me rio con ironía.
—¿De verdad? —pregunto con sorna, apretando los dien- tes—. No te creo.
—Nunca te haría daño.

—Ahora mismo lo haces. ¿Dónde está? —Me da la es - palda y avanza hasta la ventana, empuja las cortinas y deja a la vista el exterior.

—Estamos dentro del muro. —«Eso ya lo sé», pienso mo- viendo la cabeza.
—¿Qué pasó? Tenían un trato —lo acuso. No responde—. Me usaste —digo con amargura.
—Ge...
—¡Era una trampa! Me usaste de distracción para que ellos se confiaran y luego atacaste.

—Lo pones como si fuera un pecado.
—Jugaste sucio.

—¡¿Qué?! —pregunta mirándome molesto—. ¿Jugar su - cio? ¿Y me lo dices tú? —Retrocedo ante la furiosa mirada que me dirige—. Tú que estás de su lado.
—Pen...

—Creí que lo recordabas, que entendías las cosas, pero veo que sigues influenciada por esa sanguijuela.
—La guerra no es la respuesta —susurro recuperando un poco la calma.
Respira un par de veces y cierra los ojos.

—No he hecho nada sucio como dices, ellos estaban listos para recibirnos —dice con firmeza. ¿Estaban listos?—. Y al fi- nal escaparon como las ratas que son. Hemos tomado el control de Jericó y traeremos a los del refugio aquí. Solo estamos recuperando nuestra libertad.

—¿Dónde está? Quiero verlo.
—No, antes tenemos que hablar.

—¿Hablar? ¿Ahora quieres hablar? ¿Para qué? ¿Para de - cirme más mentiras de las que ya he escuchado? No, Pen. Quie- ro verlo ahora mismo.

—¿Realmente solo te importa él? —pregunta dolido. «No, desde luego que no, pero ni mi familia ni nadie más está en la situación de Armen», pienso sin decirlo.

—Yo te llevo. —Alain entra en la estancia y me mira. Noto como Pen aprieta la mandíbula, pero antes de que diga algo salgo—. Vamos. —Me toma del brazo y me conduce por el corazón del muro.

Ahora luce tan distinto. Hay humanos moviéndose de un lado a otro, sacando cosas de las elegantes casas, quemándolas. Hay sangre en algunas paredes y rastros de golpes. No quiero ni pensar qué fue lo que ocurrió. Lo que no comprendo es como pudieron derrotarlos. Sí, lo sé, soy una mala persona. Debería alegrarme de que los humanos hayan ganado, pero no es así.

—¿Cómo rayos cruzaste el bosque? —inquiere Alain mi- rándome intrigado. Me encojo de hombros.

—Tampoco estoy contenta contigo. —Sonríe y niega. —Sigues siendo la misma, aunque Pen opine lo contrario.

Entramos en un edificio que se encuentra en la parte trase - ra del muro, cerca de la puerta por donde entraron los impuros aquella noche. Nunca he estado antes aquí. Alain intercambia unas palabras con el par de hombres que vigilan la puerta y tras abrirla, me indica con la cabeza que entremos.

—¿Cómo llegu é aquí? —pregunto mientras descendemos unas escaleras. No tenía ni idea de que el muro tuviera un subterráneo.

—Te encontraron a las afueras de la ciudad. Estabas in - consciente, con la ropa mojada y un golpe en la cabeza. Pen se puso como loco cuando te vio... —Me aclaro la garganta incómoda.

—¿Qué lugar es este? —digo cambiando el tema. Por ahora no quiero saber de Pen.

—Le importas demasiado a ese tonto. —No digo nada. No tengo nada que decir al respecto. Suspira y mira al frente—. Esto es la prisión. Tiene celdas muy resistentes que no pueden cruzar. No me preguntes porqué, no lo sé. —Ya lo decía yo.

Llegamos al final y tras pasar otros guardias llegamos. Las paredes tienen un tono negro y hay poca iluminación. No tienen mal olor, pero sí parecen frías y deprimentes. Veo algunos vampiros dentro de las celdas, todos son guardias. Me detengo al reconocer a Irvin, quien también me mira, pero con lo que parece ser odio.

—Vamos, est á al final —dice Alain tirando de mí. «¿Irvin me odia? Claro, soy una de sus captores. ¿YArmen?». Me de- tengo ante el pánico que se apodera de mí. «¿Y si no me quie- re ver? ¿Y si me rechaza?». En aquella ocasión creyeron que estaba con Pen y ahora...—. ¿Gema? —murmura mirándome desconcertado—. Vamos. —Dejo que me lleve. No importa si me odia, quiero verlo, quiero saber que está bien.

Alain se detiene y me gira de frente, hacia el interior de la última celda. Contengo el aliento y miro. Mi corazón se detiene, lo mismo que mi respiración, mis ojos se llenan de lágrimas. «¡Ahí está! Armen, mi vampiro ahí está». Tiene la ropa rasgada, manchada de suciedad y sangre. ¡Sangre! Está pálido y tiene varios golpes en el rostro. ¿Qué le han hecho?

—¡Armen! —sollozo sujetando los barrotes, como si qui - siera arrancarlos. Él no se mueve, me observa con su típica ex- presión apacible y el miedo de nuevo aparece, pero mi preocupación por su estado es mayor—. ¡Abre! —exijo a Alain, quien me mira como si tuviera dos cabezas, como si hubiera perdido la razón—. ¡Abre la puerta! —repito tirando de su ropa.

—Gema...

—¡Abre! —digo completamente fuera de mí, pasando la mirada entre él y Armen—. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Abre! —suplico. Titubea, pero inserta la llave, antes de que la retire, empujo la puerta y entro corriendo—. ¡Armen! —sollozo arro- jándome sobre él—. ¡Dios, Armen!

Estoy sobre sus piernas. Rodeando su cuello y acariciando con mis dedos el pelo de su nuca, paso las manos por la espalda, intentando asegurarme de que es real. De que está bien. Verlo en este estado me parte el corazón.

—Lo siento, lo siento —chillo negando.

—Gema —susurra rodeándome la cintura—. Mi dulce Gema. —El alma me vuelve al cuerpo al no ser rechazada. Llo- ro desconsolada y al mismo tiempo aliviada.

ISELA REYES

Capítulo 30



No importa que Alain nos vea, o que el resto de los vampiros sean testigos. Lo abrazo con todas mis fuerzas, como si fuera posible fundirme con él y jamás volver a apartarme de su lado. ¡Dios! ¡Armen, mi Armen, mi vampiro!

Tengo tantos sentimientos encontrados en este momen - to. Estoy feliz de verlo, de poder tocarlo, de sentir sus manos rodeando mi cintura y de escuchar su voz. Creí que esto sería imposible. Pero al mismo tiempo, las condiciones en las que se encuentra me hacen sentir triste, molesta y sobre todo culpable. No debí irme, nunca debí dejarlo. Soy una tonta, tenía que haber imaginado que Pen estaba planeando algo, que no cedería tan fácilmente. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Yno pude evitarlo. Ni siquiera puedo imaginar lo que ha tenido que pasar, por mi culpa.

No puedo creer que el vampiro autoritario e intimidante que conocí hace meses, ahora esté aquí, en una fría celda, encadenado de pies y manos con aspecto deplorable. Siento tanta impotencia. Él no debería estar pasando por esto. No lo merece.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —susurro entre sollozos. Sus - pira y tomándome de los hombros me aparta con suavidad. Me mira, sosteniendo mi rostro entre sus manos. El movimiento hace sonar el metal de los grilletes, no puedo evitar una mueca de disgusto. ¿Por qué lo han tratado de esta manera? Es inhumano, cruel. Realmente me cuestiono quienes son los verdaderos monstruos en estos momentos.

Sin embargo, no logro comprender que ha pasado. ¿Cómo es que los humanos los han derrotado? ¿Qué pasó con la guar- dia? ¿Con Anisa? Aun sin ellos, Armen es fuerte, podría liberarse y salir de aquí, podría hacerles frente. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Acaso sigue intentando encontrar una solución para poder convivir? Tristemente, tengo que admitir que no creo que eso sea posible. No después de la actitud que los humanos han adoptado. Eso me duele, pues Armen lo deseaba de verdad.

—Estás herida —dice acariciando la venda que llevo en la frente. Niego soltando una risa angustiada. ¿Cómo puede preocuparle eso? ¿Cómo puede pensar en mí en estos momentos? Comparado con sus heridas, no es nada. ¡Está mal! Le golpearon lo suficientemente fuerte para que sus heridas aun no hayan sanado por completo. ¡Despiadados!

—No más que tú —respondo sorbiéndome la nariz e in - tentando sonreír, pero solo consigo ponerme a llorar de nuevo. No puedo con esto, no me gusta verle así.

—¿Qué te ocurrió? —pregunta observándome fijamente, mientras una sombra de inquietud cruza su rostro. Niego sin encontrar mi voz, que esta ahogada por el llanto—. ¿Peleaste? —Me paralizo ante su pregunta. ¿Se ha percatado? Seguramen- te tengo el olor de los impuros y él lo ha notado.

—¿Acaso no te dije que no fueras por ahí asesinando im- puros? —Me giro de golpe al reconocer su voz. ¡Uriel!

¡No lo puedo creer! ¡Es él! Se encuentra dentro de la celda de al lado, parece tan mal como Armen, pero al menos está vivo y eso es un alivio.

—Yo también te dije que te cuidaras.

¡Irina! Está sentada junto a Uriel. ¿Qué les ha pasado? Todos tienen muy mal aspecto. Los han lastimado demasiado. Las lágrimas no dejan de brotar al imaginarlo. Lucho por limpiarlas, pero es inútil. Esto es mi culpa.

—Lo siento —murmuro sin saber exactamente porque me disculpo. Si por haberlos abandonado, porque han sido los de mi especie quienes los han lastimado o por llorar como una cobarde.

—Debemos irnos, Gema —anuncia Alain, quien me mira incómodo. ¿Irme? No quiero, no quiero irme. Niego acurrucándome en el pecho de Armen.

—Estoy bien —murmura intentando sonar tranquilo, mientras acaricia mi espalda—. Debes irte.
—No quiero dejarte —digo en voz baja aferrándome con fuerza a su cuello—. Quiero quedarme contigo.
—Este no es lugar para ti, Gema —asegura.
—Ni tampoco para ustedes —replico sacudiendo la cabe- za—. Apuesto a que no has bebido nada.

—¡¡No, Gema!! —exclama alterado Alain, pegándose a los barrotes—. Ni siquiera lo pienses —me advierte negando. Le dirijo una mirada molesta. Armen necesita sangre, está demasiado pálido y lastimado.

—Alain...

—¡No! —sentencia—. Si Pen lo ve... —Ante su mención, noto como Armen se tensa. Lo fulmino con la mirada y calla. Se aclara la garganta y sacude la cabeza—. Recuerda que tenemos que hablar —dice finalmente, obviando su comentario.

“Hablar” ¡Cierto!

Me gustaría quedarme a su lado, pero si quiero sacarlo de este sitio lo antes posible, tengo que hablar con Pen. No tengo idea de que diré para hacerlo entrar en razón, tendrá que escucharme aunque no le guste. Armen no tiene la culpa de lo que ha pasado. Él, más que nadie, quiere la paz y una convivencia entre ambas especies.

—De acuerdo —asiento. Alain retrocede un poco, rela - jándose ante mi disposición. Miro a Armen, quien se mantiene sereno externamente, pues sus ojos expresan inquietud. Pego mi frente a la suya e inspiro con fuerza reteniendo su aroma el mayor tiempo posible. Cuanto lo he echado de menos, parece que llevo una eternidad lejos de él y no deseo que se prolongue—. Voy a sacarte de aquí.

—Estoy bien —repite acariciando mi cara—. No quiero que tengas problemas. —Creo que en realidad lo que le preocu- pa es que esté cerca de Pen.

—Soy tuya —afirmo antes de besarlo. Mis brazos rodean su cuello pegándolo a mí lo más posible. Su lengua acaricia la mía y no puedo evitar gemir ante la añoranza de sentirlo. Sé que me necesita, que necesita mi sangre y yo con gusto se la entregaría, pero ahora necesito estar bien con Pen.

—¡Gema! —farfulla inc ómodo Alain. Suspiro y sin apartar la mirada de Armen, retrocedo lentamente. No digo nada, por medio de mis ojos intento transmitirle mi sentir. «Voy a sacarte de aquí, voy a protegerte».

Escucho como la reja se abre, Alain se mantiene tenso, seguramente creyendo que puede intentar escapar, pero Armen ni siquiera se mueve. No quiere hacerlo y creo saber porqué. ¡Dios! Lo amo demasiado.
Salgo y le dedico una mirada de disculpa a Uriel e Irina, quienes también parecen tranquilos, están encadenados en el fondo de la celda. Algo sin duda extraño para Uriel. ¿Cómo es que ha permitido que le golpeen y lo encadenen? Sé cuánto afecto le tienen a Armen, así que seguramente ellos están aquí por él. Lo que me recuerda a Anisa ¿dónde está ella?

—Vamos —dice Alain intentando tomarme del brazo, me aparto y camino por mí misma. Estoy furiosa y muy enfadada. ¿Cómo han podido tratarlos de ese modo? ¿Cómo?

—¿Qué pasó con los demás? —inquiero mientras co-mienzo a subir los escalones, seguida por él.

—Algunos se han rendido y han decidido cooperar con nosotros, claro que ahora los papeles se han invertido. —Paso por alto el entusiasmo que su voz

transmite—. Otros huyeron y... —Dudo que los fundadores se hayan rendido o decidido colaborar. Dentro de las celdas no había más de 20 vampiros y se trata de guardias.

—Ya entendí —digo entre dientes. ¿Tantos murieron? No, no me lo creo, pero no comprendo que pasó exactamente. ¡Maldito, Pen! ¿Por qué me tuvo que drogar? Otra razón para estar molesta.

—No te precipites —pide Alain al llegar a la entrada del edificio—. Escucha lo que Pen tiene que decirte antes de que exijas algo. —Que bien me conoce. Ojala Pen lo hiciera tam- bién y comprendiera que si los defiendo es por un buen motivo.

—Llévame con él. —Pone los ojos en el cielo y sacude la cabeza.
—Conste que lo advertí.

Lo veo hablando con algunos hombres, quienes lo miran con respeto. Tengo que admitir que siempre tuvo ese poder de liderazgo, de convencimiento, uno aun mayor que Alain. Yaho- ra que es un hombre, parece llevar bien el rol de líder. Ha sabido apoderarse de la ciudad y eso merece respeto, aunque continúo cuestionando sus métodos.

Su rostro gira en mi dirección y su sonrisa se descompone cuando me mira. No sé qué expresión pueda tener en este instante, espero que no piense que recibirá un trato cordial por mi parte, porque no la obtendrá.

—Entremos —pide señalando la misma casa donde me encontraba antes. Entro sin decir nada, no deseo armar una escena delante de los demás. Camino hasta el fondo e inspiro con fuerza preparándome—. Antes de que digas algo, escúchame. —Me giro y me cruzo de brazos. «¡Conserva la calma, Gema!».

—Habla —murmura de mala gana.



—Primero, de nuevo te pido perdón por haberte sedado, nunca quise que durmieras durante dos días. Créeme, estaba preocupado. —Ese es el menor de los problemas ahora mismo.

—¿Qué más? —inquiero con indiferencia, cosa que lo pone tenso.

—Es cierto que mentimos respecto al trato. —Al menos lo admite—. Y que quizás te usamos —¡Quizás!—, pero ellos pensaban hacer lo mismo.

—N...

—Escúchame —exige con severidad, obligándome a per - manecer callada. Podría debatir, pero aunque no me guste, la libertad de Armen depende de él y si discutimos no conseguiré nada.

—Continúa.

—Tenemos contactos en las otras ciudades donde llega - ron los rumores sobre la esclavitud que se ejercería en la ciudad. —Me quedo de piedra. ¿Aese nivel estaban las cosas?—. Tú lo sabías, ¿cierto? —Su pregunta me toma desprevenida. No pue- do negarlo—. Lo sabías.

—Él no pensaba permitirlo —aseguro. Esboza una sonri- sa burlona—. Armen...

—Tu vampiro no iba a poder evitarlo de todos modos. Aun cuando me cueste creer que eso sea cierto, debes recordar que es uno de ellos.

—Pero no es como ellos.

—Como te dije —continúa ignorando mi comentario—. Un ejército de vampiros se dirigía hacia aquí, pero al escuchar que la ciudad había caído en nuestro poder, han desistido y han regresado a su ciudad.

¡Abdón! El vampiro que desea el puesto de Armen. —Volverán —digo sintiendo un desagradable dolor en el estómago. Esto era lo que Armen deseaba evitar, que los demás fundadores se involucraran y que las cosas se globalizaran—. No perderán la cuidad. —¡No puede ser!—. Abdón quiere tener el poder sobre Jericó y ahora que está en manos de humanos no se detendrá. —Me mira asombrado.

—¿Cómo sabes eso?

—Él me lo dijo. —Eso es mentira, pero no tiene por qué saberlo. Sin embargo, me basta con las conversaciones que escuché para deducirlo. Abdón se mantenía al margen porque Armen tenía el poder, pero ahora que ya no está, nada lo detendrá—. Solo has precipitado las cosas, Pen. Has comenzado una guerra —lo acuso agitando la cabeza. Es peor de lo que imaginé.

—No…
—¡Sí! Eso es lo que has hecho. Tú no sabes el poder que tiene un vampiro...

—¡Te equivocas, Gema! —exclama avanzando hacia mí—. ¿Cómo crees que he sobrevivido todos estos años? ¿Eh? —No espera mi respuesta, continúa, mirándome con odio—. ¡Matando! Matando a esas malditas sanguijuelas. Yo no les temo.

—No se trata solo de ti. Hay mujeres y niños...

—Por eso mismo. Estoy cansado de ver la miseria en que vivimos, de ver el dolor y la impotencia grabada en sus caras. Tú también los odiabas y mírate —dice señalándome con des- dén—. Ahora eres su mascota.

—¡Pen!
—¿Qué? ¿Me equivoco? Aunque no te guste y muy a tu pesar, sigues siendo una simple humana, no eres como ellos.

—Te estás pasando —advierto con tono amenazante—. Podrás tener todo el poder que quieras, pero no te da derecho a tratarme de esta manera. Y no se trata solo de ti, sino de todas las personas que creen en lo que haces y que resultarán heridas.

—Todos están listos para hacerles frente. No tenemos miedo, Gema.

—No podrás con ellos. Muchas personas morirán... —¿Yentonces qué debo que hacer? ¿Quedarme de brazos cruzados? ¿Dejar que nos esclavicen y nos usen como alimento? La gente está cansada de eso, ya no quieren seguir recogiendo sus migajas.

—No es la manera de hacer las cosas. No...
—¡Por Dios, Gema! ¡Entiéndelo de una buena vez!

—¡No! El que tiene que entender... ¡Eres tú! —exclamo furiosa—. ¿Cómo puedes hablar así? Dices odiarlos, pero no eres más que un mentiroso.

—¿Qué?
—No finjas. Te uniste a esos seres solo para acabar con ellos.
—¿De qué estás hablando? —pregunta frunciendo el ceño.
—De los impuros.
—¿Qué? —Parece realmente no comprender, pero ya no creo en él.
—Sabes de lo que hablo. Te uniste a los impuros, por si lo olvidaste, ellos también son vampiros.

—¿Estas tomándome el pelo? ¿Te has vuelto loca? —pre - gunta ofendido resoplando agitadamente, como un animal salvaje.

—No mientas —respondo sin intimidarme.

—Nosotros no estamos con lo impuros —afirma Alain entrando en la estancia—. Los odiamos por igual sean del tipo que sean.

—¿Crees que estoy con ellos? —cuestiona Pen, fulmi- nándome con la mirada.

—Mentiría si dijera que no —confieso cruzándome de brazos. Retrocede como si lo hubiera abofeteado—. Yo estuve presente cuando atacaron el muro. —Ambos centran su aten- ción en mí. Pen furioso y Alain expectante—. Fue una donante la que abrió la puerta y muchos de ellos murieron. ¿Fue casualidad que esa noche entraran y robaran armas? No lo creo.

Pen ríe con nerviosismo y camina hacia la ventana, evitando mirarme.
—Increíble. Incluso te han hecho creer eso. Definitiva- mente te lavaron el cerebro —masculla burlón.

—Nadie me ha hecho creer nada —digo lo más tranquila que puedo—. Siempre que ellos atacaban, ustedes lo hacían. Y no me refiero solo esa noche. Ahora, dime si me equivoco.

—Pues no, Gema —niega Alain—. Nosotros solo apro - vechábamos los espacios que sus ataques nos brindaban. Te- níamos gente vigilando en los alrededores y otros cerca de las puertas —explica con calma—. Aunque si eso creían ellos, eso explica porque temían que los atacáramos.

Lo miro desconcertada, pero lo conozco. No está mintiendo. ¡Oh no! ¿Me he equivocado?

—Pen... —digo, queriendo darme golpes contra la pared. Puede que me equivocara, pero él también lo ha hecho, Armen no es culpable.

—¡No, Gema! —exclama girándose violentamente hacia mí—. Ni lo pienses.
—No puedes tenerlo ahí.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué deje que después de todo lo que ha hecho camine tan tranquilo por la ciudad? —Nie- ga—. Esto… —dice señalando alrededor—, es lo que hemos esperado todo este tiempo. Recuperar nuestra vida, nuestra humanidad, ser libres.

—¿A qué precio? ¿Cuántos han muerto? —cuestiono. —¿Preguntas por ellos

o por nosotros? ¿Quién te preocu- pa realmente? —No puedo evitar que sus palabras me afecten. —Estas siendo muy injusto —lo acuso, conteniendo las ganas de llorar—. ¿Realmente crees que no me importan? —No se nota.

—Te equivocas. Claro que me importan y por eso mismo no deseo una guerra. Yo he visto lo que son, lo que pueden hacer y ahí afuera —digo señalando hacia la ventana—, detrás de mu- chas montañas, de kilómetros de bosque o desierto hay muchos más de ellos. ¿Cuantos crees que morirán si ellos regresan? Esta no es la respuesta, Pen.

—Aún estás bajo su poder, por eso no ves claro —mur - mura para sí mismo—, pero lo harás. —Mira a Alain—. Dile a Gibran que venga.

—Pen... —balbucea Alain negando.

—Dile que venga —repite haciendo énfasis en cada pala - bra—. Ella quiere saber la verdad, pues se la daremos. —Alain maldice entre dientes y sale a toda prisa.

—¿De qué verdad hablas? —cuestiono un poco inquieta. No me gusta la expresión de autosuficiencia que muestra. Se apoya en la pared, cruzándose de brazos.

—Una que ya deberías de intuir pues siempre has sido lista.
Me duele el sarcasmo que utiliza, pero mantengo la expresión serena.

—Entonces ilumíname.
—No es nada nuevo. Tu vampiro te ha estado mintiendo. —¿Qué quieres decir?

—Al tomar el control de la cuidad y del muro entramos en sus laboratorios y encontramos muchas cosas. ¿Sabes cuál es el ingrediente principal del sustitutivo?

—Por supuesto que no lo sé. —Sonríe de lado. Quiero golpearlo. ¿Tiene que ser tan cínico?
—Creo que es algo lógico y que, sin embargo, nunca pen- samos en ello. —Hace una pausa, justo cuando la puerta se abre. —Pen. —El medico entra,

mirándome y luego a él. —¿Puedes explicarle cuál es el ingrediente del sustitutivo que alienta a las sanguijuelas?

El medico carraspea y se frota las manos en su bata. —Bueno...
—Sé directo, Gibran —lo insta Pen.

—Mantienen a personas drogadas para extraerles sangre y en base a ella, lo sintetizan.

Retrocedo un par de pasos, mirándolo perpleja. «Eso... eso... es imposible». Se supone que el sustitutivo reemplaza el consumo de sangre y que se obtenía de manera sintética, sin emplear nuestra sangre. Los únicos que aportaban sangre eran los donantes.

—La ley... —balbuceo desconcertada.
—La ley la hacen ellos —dice con amargura—. Así que hacen lo que desean.

—Pero eso no es todo lo que descubrimos —continua el médico con voz monótona—. Para poder obtener grandes can- tidades de sangre, tuvieron que alterar el ADN de las personas empleadas. —¡Dios mío! No solo les extraían sangre, la mani- pulaban. Esto es una pesadilla—. Y esas mutaciones generan el virus R. —Me derrumbo internamente. Eso no puede ser cierto. Es decir, yo siempre los acusé de ser los responsables. No solo porque ese virus únicamente atacaba a los humanos, sino también porque comenzó cuando ellos construyeron sus laboratorios, pero...

—¡Imposible! —digo con un hilo de voz, sintiendo esco- cer los ojos.

—Yo trabajaba para ellos, Gema —admite Gibran—. Sé cómo manejaban las cosas y como las disfrazaban delante de nuestras narices, por eso me uní a Pen, para detenerlos...

Dejo de escucharlo. Mi mente trata de comprender las cosas, de asimilar una realidad que siempre creí y que ahora me niego a aceptar. Si lo que dice es cierto, entonces ¿qué pasa con mi madre? ¿Ella fue usada por ellos?

—¿Y mi madre? —pregunto con la voz ahogada. Ningu - no responde y el pánico emerge. La expresión devastada de mi padre la otra noche viene a mi

mente. ¿Lo sabía? ¡Oh no! No es posible—. Pen... ¿Qué ha pasado con mi madre?

—No lo sabemos. Ella no estaba dentro. —Tengo que sostenerme de la pared para no caerme. Quiero despertar, esto no es real, no lo es—. Registramos todo el lugar y rescatamos a las personas, pero ella no estaba. —Esto no puede estar pasan- do. ¿Armen lo sabía?—. Nos han estado mintiendo todos estos años, tal como tú dijiste. —«Como yo dije». Menuda ironía. No sé qué decir, no sé qué hacer, no sé qué pensar—. ¿Por qué ahora te niegas a ver las cosas? ¿Es por ese tipo? Él te engañó, seguramente sabía lo de tu madre.

—Pen... —balbuceo débilmente. Quiero que pare, no quiero escucharlo, no quiero saber más.

—Él es igual que los demás...
—Detente.
—Mintió…

—¡¡Ya!! ¡Detente! —grito destrozada—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo siento? Lo siento, Pen. ¿Contento? ¿Eso cambia algo? No, no lo cambia. Solo para que te enteres y como bien dijiste, no lo sabía. No sabía nada, si lo hubiera sabido... —Dejo la frase inconclusa.

Salgo de la casa a toda prisa y me dirijo a la entrada del muro. No quiero verlo, no quiero escucharlo, no quiero saber nada de él ni de nadie.

Corro sin rumbo, alejándome tanto como puedo. Sin importarme escuchar mi nombre en varias voces.

Nos usaron, nunca han dejado de hacerlo, ¿mi madre fue una de ellos? ¡Dios mío! Armen era el gobernante, él lo sabía, él, Uriel e Irina, todos lo sabían. ¡Soy una tonta! ¡Soy una completa tonta! ¿Y ahora? ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Qué hago? ¡¿Qué?!

ISELA REYES

Capítulo 31

«Si lo hubiera sabido...».



Supongo que el haberlo sabido no hubiera cambiado mucho las cosas... posiblemente habría ocurrido lo mismo. Lo que siento por él es simplemente más fuerte que mi razón, que mi odio, que todos los impedimentos que existen. Él es diferente, pero nunca dijo ser perfecto. No se puede decir que Armen me mintiera a propósito, puesto que en realidad nunca le pregunté sobre el tema y respecto a mi madre... debe haber una explicación. Sí, una muy buena explicación. Él dijo que estaba bien, aseguró que todo iba bien, prometió que se recuperaría. No mintió ¿Cierto? No lo haría, Armen no mentiría... ¡Ah! ¿Acaso solo intento justificarlo? Sí, tal vez lo hago. ¡Dios! Voy a volverme loca. Quizás estoy equivocada, cegada como afirmó Pen, aún con todo eso necesito saber la verdad. Quiero escucharlo direc- tamente de su boca. Tengo que darle un voto de confianza.

A pesar de todo... tengo que admitir que Pen tiene razón. Me he perdido. Me negué a ver las cosas desde otra perspectiva, sin embargo jamás he estado en

contra de los míos, nunca dejaron de importarme. No importa lo que él diga. Pero ahora mi prioridad es mi madre y proteger a mi familia. Eso siempre ha sido lo primero.

—Deberíamos volver —dice Alain.

Sabía que me había seguido. No lo miro, permanezco sentada en el suelo, con las piernas abrazadas contra el pecho, mirando al horizonte donde el sol prácticamente ha desaparecido. Necesito respuestas. ¿Qué pasó con mi madre? ¿Dónde está? ¿Fue sometida a esas mutaciones?

—¿Es verdad todo lo que han dicho? —pregunto sin espe - rar realmente demasiado. Quizás solo es un intento absurdo de obtener una respuesta diferente, de que esto sea una mala broma. Soy demasiado ingenua, patética seria la palabra correcta.

—Lo del sustitutivo, sí. —Intento no mostrar lo que sien - to. Aunque como bien lo dijo Pen, era algo lógico. Algo que nunca nos detuvimos a analizar—. Yo entré con ellos al lugar y vi los cuerpos sobre las camillas conectados a las máquinas de extracción de sangre. —El estómago se me revuelve al imaginar la escena, peor aún, con la visión de mi madre ahí—. De las mutaciones y demás cosas que Gibran ha dicho, no lo estoy. No sé nada sobre el tema y hasta ahora ellos parecen estar bien.

—¿Ellos?

—Sí, a quienes tenían dentro. Los despertaron y por ahora están en observación. —Eso es bueno, aunque no cambia lo que les han hecho—. Están un poco desorientados, pero están bien.

—Me alegro.

—También es cierto que el expediente de tu madre indi - caba que estaba bajo tratamiento. Ella estaba en otra parte del edificio. —Levanto la cabeza de golpe, observándolo inquieta.

—¿Estás seguro?

—Sí, Gema —contesta golpeando con la punta del pie la tierra, mientras mantiene las manos en los bolsillos—. Creo que intentaban curarla, o al menos eso decían las notas. No lo sé.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Dónde está ahora?

—Eso mismo nos preguntamos. Pen recorrió el lugar de arriba abajo intentando encontrarla, pero no estaba. Cuando entramos todo era un caos, la mayoría de ellos se habían marchado y algunas camillas estaban vacías. No estamos seguros que pasó.

—Llévame ahí —digo intentando ponerme de pie, pero trastabillo.

—¿Estás bien? —pregunta tomándome de la mano. —Se me entumecieron los pies. —Ríe y sacude la cabeza.

—No es para menos, llevas más de tres horas en la misma posición. Vamos. —Tira de mí y me ayuda a caminar despacio. Ni siquiera me había percatado todo lo que me aleje y el hecho de estar junto a la que era mi casa, supongo que mi mente fue la que lo quiso así—. Te llevaré mañana, ahora debemos regresar al muro.

Apenas damos un par de pasos, un sonido estruendoso rompe el silencio del lugar.
—¿Qué es eso? —pregunto mirando alrededor. —¡Mierda! —masculla lanzando una rápida mirada detrás de nosotros—. La alarma —dice mirándome con preocupación. —¿Alarma?
—Impuros. ¿Puedes correr? —Asiento aunque aún siento un ligero cosquilleo en los pies—. Vamos.
—No entiendo —confieso obligándome a caminar. Él sonríe y niega.

—Te dije que no estamos con ellos —dice divertido, pero su semblante se ensombrece—. Desde anoche comenzaron a atacarnos. No son muchos y no atacan directamente, es más como si buscaran algo.

Me detengo de golpe y miro hacia atrás.
—Bloqueador.
—¿Qué? —pregunta confundido.

—Están buscando el bloqueador. —Eso explicaría el he - cho de que me atacaron a plena luz del día en el bosque. De alguna forma lo consiguieron y ahora buscan más.

Los gritos y disparos comienzan a escucharse, demasiado cerca de donde estamos. Alain me mira alarmado y tira con fuerza de mí.

—Corre, Gema.

La adrenalina hace que mis pies se muevan con rapidez. Atravesamos los edificios a toda prisa, hasta llegar a donde va- rios hombres se encuentran, justo a unos metros de la entrada del muro.

—Quédate aquí, Gema —ordena tomando una de las es- padas y volviéndose hacia la ciudad.

—Quiero ayudar. —Se detiene y me mira frunciendo el ceño—. Sé manejar una espada, Alain. —Uno de los hombres me mirada con inquietud, pero los gritos y disparos suben de intensidad. «Se están acercando»—. Déjame hacerlo.

—No me hago responsable de ti —advierte completa - mente tenso. Asiento segura y tomo una de las espadas. Ojala tuviera conmigo la mía, pero no hay tiempo para eso.

—¡Ahí vienen! —grita alguien justo antes de que aparez- can en mi campo de visión.
—¡No deben dejarlos cruzar las puertas! —orden Alain—. ¿Lista?
—Sí —asiento y lo sigo.

Todos están tensos, preparados para repeler su ataque. Las sombras de la noche han caído por completo, cubriéndolos, dificultando nuestra visión, pero puedo sentirlos. Saltan sobre los techos de las casas. Nadie más parece darse cuenta. Veo como derriban a uno de los hombres. «¡No!».

—¡Vienen por arriba! —grito saltando hacia el tejado de una casa.
Puedo olerlos. Pero también percibo un aroma extraño mezclado con el suyo.

—¡Gema! —grita Alain, al verme lanzarme hacia el pri - mero de ellos quien al parecer no se esperaba mi ataque. De un golpe corto su cabeza. La veo rodar por el techo, hasta impactar en el suelo—. ¡Cuidado! —Mi descuido evita que me percate de que otro viene en mi dirección. ¡Rayos!

—¡Abajo! —Pen salta antes de que caiga sobre mí y lo golpea, haciéndolo caer del techo—. ¿Estás bien? —No contes- to, miro hacia el frente. Solo para presenciar como otro de los impuros entierra su mano en el pecho de un chico.

—¡No! —chillo corriendo hacia él, pero es tarde. El im - puro tiene su corazón en la mano y mirándome con una sonrisa burlona lame la sangre que gotea.

—¡Maldito! —exclama Alain atacándolo. Pen por su par- te lucha con el que intentó atacarme.

Estoy lista para ir a por el cuarto, quien esquiva las balas de los hombres ubicados en la puerta del muro, pero algo capta mi atención.

«¡Hay más!».
En un segundo, cambio de dirección hacia el costado del muro, donde otro grupo de impuros parece dirigirse. —¡Gema! —grita Pen al verme. Ignoro su voz y me mue- vo con rapidez.
—¿A dónde vas? —inquiere Alain, también mirándome alarmado.
—¡Hay otros por ahí! —informo en voz alta.

Esto es extraño. Se mueven demasiado lento y pareciera que desean pasar desapercibidos, contrario a los anteriores. ¿Por qué?

Me detengo junto a un edificio que est á frente al muro y entonces los veo. Son tres. Se detienen al verme. Parecen sorprendidos, pero están listos para atacarme. Me observan mostrando sus colmillos de manera amenazante.

—¡Gema! —Pen se detiene a mi lado.

—Están ahí —digo señalando con la barbilla. Extrañado busca entre la oscuridad hasta que los ve. Es fácil encontrar sus ojos a pesar de la poca luz.

Escucho voces acercándose y antes de que pueda moverme, dan media vuelta.
—¡Se van! —grito mientras los veo desaparecer entre las sombras.
—¡De ninguna manera! —Tiro del brazo de Pen, antes de que salga detrás de ellos, evitando que los siga.
—No, puede ser una trampa. —Me mira extrañado, así como la mano que lo sujeta.
—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta Alain acercán- dose a nosotros.
Dejo caer la mano del brazo de Pen y desvío la mirada, sintiéndome incómoda ante su expresión.
—No tengo ni idea —responde Pen, sin dejar de mirar- me—. Pero se han ido.

—¿Por qué estos venían hacia aquí? —Es cierto, ellos no querían atacarnos. “Como si buscaran algo”. Miro el edificio detrás de nosotros.

—¿Los laboratorios? —pregunto señalando la deteriora- da fachada.

—S í —contesta Alain recuperando el aliento. Camino ha- cia la entrada. ¿Será lo que estoy pensado?—. Gema, no debe- rías entrar —ignoro su negativa y empujó las puertas de cristal.

El lugar es enorme, en su mayoría hecho de cristal que ahora luce fragmentado.

—No creo que debas —dice Pen, colocando una mano sobre mi hombro. Paso por alto su gesto y doy un paso más. No me retiene, su mano cae y continúo avanzando.

—Tengo una teoría. —No espero su respuesta y corro ha- cia las escaleras.

Me detengo y miro alrededor hasta que localizo la puerta que conduce a los almacenes. Entro en una amplia habitación. Hay muchos envases sobre un par de mesas que se encuentran en el centro de la habitación, la mayoría está desordenado. Camino hacia uno de los estantes, que están repletos de frascos. Tomo uno y leo la etiqueta.

—¿Qué es lo que estás buscando? —pregunta Alain, de- teniéndose a mi

lado.
—Bloqueador —leo en voz alta. Toma uno de los frascos y lo observa con el ceño fruncido.
—Es la segunda vez que lo mencionas, ¿qué es? —Es lo que les permite caminar bajo el sol. —Alain me dedica una larga mirada silenciosa.
—¿Es lo que buscan?
—Eso creo —digo encogiéndome de hombros registran- do con la mirada el lugar.
—¿De qué hablan? —interviene Pen desde la puerta. Me giro y le muestro el frasco.
—Cuando crucé el bosque me encontré con impuros. — Pen frunce el ceño y sacude la cabeza.
—Era de día.
—¡Exacto! De alguna manera lo han obtenido y ahora buscan más.
—La clínica central —murmura Alain haciendo una mue- ca.
—¡Mierda! —maldice Pen entrando—. Un segundo, ¿te encontraste con ellos? —pregunta furioso.
—Sí, pero...

—Creo que no le costó trabajo deshacerse de ellos, ¿ver - dad? —interrumpe Alain con tono despreocupado—. ¿Dónde aprendiste eso?

—¿Qué cosa? —murmuro confundida.

—Apelear y moverte de esa forma. No creo que haya sido tan buen maestro, no soy tan rápido como tú. —Pongo los ojos en blanco y no puedo evitar mirar a Pen.

—Lavarme el cerebro no es lo único que hizo conmigo —digo con amargura—. Creo que será mejor mover esto antes de que regresen.

—Desde luego. Sería terrible tener esas cosas rondando por ahí de día. Tenemos suficiente de noche.
—Sería un verdadero problema —concuerda Pen suspi- rando.

—¿Cu ándo los traerán? —Ambos me miran sorprendi- dos—. ¿Qué? Estoy enterada de que traerán a los del refugio aquí.

Pen se tensa, lanzándole una mirada interrogante a Alain, quien niega.
—¿Quién te lo dijo? —pregunta inquieto.
—Eso da igual. Te repito que me importan, ahí está mi familia. ¿Lo olvidaste? —digo encarándolo.

—No vamos a discutir de nuevo —advierte Alain colo - cándose entre los dos—. Y tu ayuda sería genial, Gema. Si la teoría sobre los impuros es cierta, no podemos dejar la cuidad sola mañana.

—¿Mañana? —pregunto sorprendida. Esperaba que fuera rápido, pero no creí que tanto.
—Sí, mañana los traeremos —responde Pen con autosufi- ciencia—. Saldrán a primera hora.

—No pueden cruzar el bosque. —Niego de inmediato. —No lo harán —asegura Pen—. Hemos trazado una ruta alternativa para evitar que se internen en el bosque. Tardarán un par de horas más, pero calculamos que llegarán antes del atardecer.

Algo bueno de que no esté tan retirado. ¿Armen sabía de su existencia? Es imposible que no lo notaran.

—El problema es que mientras esas cosas estén por ahí, no podemos dejarlos fuera del muro y tampoco creo que todos podamos instalarnos ahí.

Afuera. Ahora que lo pienso, ¿Quién era aquel extraño que me salvo? ¿Cómo pude escuchar su voz dentro de mi cabeza? Estoy segura de que no lo imaginé. Fue muy extraño.

—¿Qué ocurre, Gema? —Pen me mira preocupado. —Nada. —No tiene sentido mencionarlo. Ni siquiera es- toy segura de que sea real—. Iré con vosotros.
—Yo estaba pensando que podrías quedarte.

—¡No! —lo corta Pen, con brusquedad—. Si quiere ayu - dar puede venir.
—Supongo que cree que podría ayudar a esca- par a Armen. No sé ni siquiera lo que quiero hacer.

Armen. Tengo muchas preguntas en estos momentos, pero lo principal es mi familia y esas personas.
—Pero... —Alain parece pensarlo.

—Tú te quedarás, para que averigües donde los ubica - remos temporalmente. —Alain hace una mueca de disgusto y niega.

—Me cambias por ella —lo acusa con una sonrisa burlo- na. Pen me mira nervioso.
—Muy gracioso —farfulla saliendo. Alain sonríe. —En fin, vamos. Hay que sacar esto de aquí.

—Puedes quedarte aquí —dice señalando una cama. Aun - que Pen insistió en que me quedara con él, prefiero no verlo y terminar discutiendo de nuevo.

Es cierto que cambió su actitud un poco después del ataque de los impuros, pero aún estoy un poco dolida.

—Gracias —respondo con una ligera sonrisa. Confío en Alain. Hasta ahora se ha portado bien conmigo, además me doy cuenta que el resto de las personas me miran con recelo por mis antecedentes.

—¿Quieres verlo? —Me giro de golpe, desconcertada—. Pen se fue a dormir hace rato, puedo llevarte.

Me muerdo el labio. Hace unas horas no habría dudado, pero en este momento no estoy segura. Con todo lo ocurrido esta noche, no he podido reflexionar sobre lo que han dicho Pen y Gibran. No sé qué le diría.

—No.
—¿No? —pregunta sorprendido.

Niego de nuevo comenzando a retirar la manta. Verlo ahora no es bueno. Hay muchas cosas en que pensar. Si es ver- dad lo que Pen ha dicho, no puedo cambiar las cosas. Lo hecho, hecho está. Ahora debo protegerlos, debo proteger a mi familia y encontrar a mi madre. Esa es mi prioridad.

—Mejor llévame a los laboratorios.

—¿Otra vez? —dice haciendo una mueca—. Acabamos de volver.

—Quiero ver donde los tenían. Antes no pude hacerlo. —Porque esa es solo la fachada. La otra parte está abajo. —Llévame.
—Gema...

—¡Por favor, Alain! No haremos nada, solo… quiero ver- lo. —Se lo piensa, rascándose la nuca.
—De acuerdo —asiente con un suspiro—. Pero tienes que ser silenciosa. Hay guardias.
—No te preocupes.
—Te dije que no encontraríamos gran cosa —murmura mientras caminamos entre las camillas vacías.

Es tal como lo dijeron. Al pie de cada cama hay una máquina, la cual aún contiene residuos de sangre. Todas tienen el registro del paciente, en una tablilla de manera. Nombre, edad, peso y todas las anomalías que observan en él.
—¿Dónde estaba mi madre?

—Por aquí. —Salimos de la sala y tras caminar un par de metros nos detenemos delante de otras puertas—. Aquí. —Entro seguida por él. Esta habitación está más despejada. Hay frascos de cristal del tamaño de una persona en el centro, camas junto a la pared y estantes con muchas sustancias en el otro extremo—. Aquí estaba su registro —dice deteniéndose junto a una cama.

—¿Y qué pas ó con él?
—Gibran lo tiene, junto con algunos otros.
—¿Crees que podría verlo?

—Uhm... Es un poco paranoico, pero creo que puedo con- vencerlo o… tomarlo prestado sin que se entere.
—Gracias.
—A cambio tendrás que enseñarme algunos movimien- tos. —Sonrío.
—Claro. Aunque no soy tan buena maestra como Uriel o Irina —afirmo con un nudo en la garganta.
—Son los que están dentro, ¿cierto? —Asiento sin mirar- lo, mientras camino

por la habitación.
—¿Qué pasó exactamente? —pregunto en voz baja—. ¿Cómo es que los vencieron?

—Pues lo que estás imaginándote, Gema. Entramos en el muro tomándolos por sorpresa, los atacamos, aunque… —Hace una pausa y hunde los hombros—. Al final resultó demasiado sencillo. Por ejemplo, ese tipo no opuso resistencia.

«No, no lo haría porque él no es partidario de la violencia». —Ya.

—Tengo que admitir que no parecen tan malos. —Me de- tengo y lo miro atenta.
—¿Tú no crees que son malos?

—Eso es relativo. He conocido a tipos que son malos y son humanos. Así que creo que más que lo que son, las circunstancias son las que nos llevan a estar de un lado u otro. Sin embargo, supongo que no todo tiene que ser blanco y negro. Blanco y negro. Humanos y vampiros.

Cierto, no todo tiene que ser así, pero lo es.
—Cierto —murmuro con una sonrisa amarga—. Debería- mos irnos.
—Sí.

ISELA REYES

Capítulo 32



Hay muchas cosas de las que me arrepiento en estos mo - mentos. No haber estado ahí y haber hecho algo. No puedo ni siquiera imaginarme el dolor de mi padre cuando se enteró. «Hay otras cosas que debes saber, pero te lo diré cuando regreses». ¿A eso se refería Mai? ¿A la desaparición de mi madre? ¡Dios! Si tan solo no hubiera estado dormida... No gano nada lamentándome, pero no tengo ni idea de que debería hacer ahora. ¿Dónde estás, mamá? ¿Qué fue lo que pasó? No pudo desaparecer así como así, tiene que estar en alguna parte. ¿Ysi tuvo miedo e in- tentó esconderse en el bosque? ¡No! La sola idea me aterra, ella no podría con ellos. Quisiera buscar a fondo en cada rincón de la ciudad, pero también necesito ayudar a estas personas. Traer a Mai y Taby a este lugar. ¿Qué harías tú, mamá?

Me giro sobre la cama y cierro los ojos, intentando conciliar el sueño. Estoy cansada, comienzo a resentir los golpes que sufrí y de los que me había olvidado por completo. Mañana será un largo día, necesito concentrarme en ello.

—¡Gema! ¡Gema!

«¿Quién es? ¿Quién me llama?». Miro alrededor. Estoy en medio de un bosque, no es el bosque que cruce, este es menos denso pero por alguna razón resulta aún más aterrador. No llevo zapatos, pero eso no me importa, corro con todas mis fuerzas sin tener una dirección fija. ¿De qué estoy huyendo?

—¡Gema! ¡Ven a mí!
«¿Quién eres? ¿Por qué quieres que vaya?». Busco la voz, pero solo veo árboles, matorrales y hojas caídas. ¿Quién es?

—Mi pequeña Gema —Me detengo de golpe, mi pulso se acelera al ver una figura delante de mí. Es un hombre, es alto y tiene una túnica negra. No puedo ver su rostro, pero sus ojos rojos me hielan la sangre. Tiemblo de pies a cabeza y doy un paso atrás. Tengo miedo—. Mi pequeña Gema... entrégame tu sangre.

—¡No! —Un grito desesperado escapa de mis labios. El pecho me duele, siento que no puedo respirar y el corazón golpea con fuerza. Parpadeo reconociendo la habitación que me asignó Alain. ¡Un sueño!

De nuevo esa voz, la misma de mis últimos sueños. ¿Quién es? ¿Por qué siento tanto miedo?
—¿No puedes dormir? —Me giro de golpe hacia la puer- ta.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono cubriéndome con la manta. No estoy desnuda, pero la camisa es ligera. Pen permanece junto a la puerta, sus ojos me observan con una mezcla de preocupación y desconcierto. ¿Me escuchó gritar?

—¿Qué es lo que ves en tus sueños? —inquiere escudri - ñando mi cara. Me acomodo el pelo sobre el hombro, luchando por aparentar serenidad, pero mis manos me delatan—. Estás temblando.

«¡Dios! Tranquilízate, Gema».

—Te hice una pregunta, Pen —No contesta, mantiene la expresión interrogante. No pienso contarle mis sueños. Miro alrededor. No sé qué hora

es—. ¿Es hora de irnos?

—¿Por qué gritas de esa forma, Gema? —Bajo de la cama y alcanzo mi ropa, que descansa sobre un costado de la cama. Le doy la espalda para comenzar a ponerme la camisa.

—No te importa.

—Estás nerviosa. —Me quedo quieta ante su afirma - ción—. Siempre actúas a la defensiva cuando estás nerviosa o... tienes miedo. ¿Cuál de las dos es?
—Aún se acuerda de eso. Ni siquiera a Armen le he contado sobre esos extraños sueños, contarle a Pen no es una opción.

—Voy a cambiarme —digo cortante—. ¿Puedes salir? —Aunque no lo creas, puedes confiar en mí. Si algo te preocupa...
—Por supuesto que algo me preocupa —respondo levan- tando la barbilla—. Encontrar a mi madre, ¿sabes dónde está? —La encontraremos.

No respondo. No quiero empeorar las cosas. No estoy del mejor humor y ya he dicho bastante. No puedo desquitarme con él.

Suspira y escucho como abre la puerta. «Pen. Ojalá todo fuera como antes».

—¿Est ás lista, soldado? —bromea Alain al verme salir de la casa. Es una de las más pequeñas y solo por ello me siento menos incómoda.

Pongo los ojos en blanco.
—No soy un soldado. —Niego.

Creo que de todos, él parece seguir siendo el mismo y eso es bueno. Y aunque quizás no debería confiar en él, no pue- do evitar hacerlo. Me siento perdida, necesito creer en alguien. Porque ni siquiera puedo hacerlo conmigo misma. He dejado de creer en mí.

—Anoche te portaste como uno de ellos. Recuerda que prometiste enseñarme.
—Lo recuerdo. ¿Y Pen? —Se encoje de hombros. —Creo que alguna mosca le picó, se fue arrojando serpientes por la boca.

«¡Tonta! ¿Por qué tengo que tomarla contra él? Si alguien tiene la culpa, soy yo. Él solo hace lo correcto, lo que yo no pude hacer».

—¿Puedo pedirte un favor? —Sonríe y ladea la cabeza.

—Ya movimos todo el bloqueador. No te preocupes. — Asiento, pero no es eso lo que pensaba pedir. Me acerco un poco más a él, cuidando que nadie nos preste atención.

—Es otra cosa —digo un poco incómoda.
—Los alimentamos con sustitutivo y antes de que no pi- das, no puedo dejarte verlo. —Sacudo la cabeza.
—Tampoco es eso. —Frunce el ceño, cruzándome de bra- zos.
—Entonces…

—¿Podrías buscar a mi madre en toda la ciudad? —Su rostro se torna serio—. Sé que ya lo hicieron, pero no sé, quizás está en algún lugar escondida. No lo sé —digo torpemente.

—Gema. —Pone sus manos en mis hombros y no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas—. Lo siento, pero ya lo hicimos.

—¡Por favor, Alain! —suplico—. Dentro del muro o en los alrededores, quizás no buscaron bien. Ella... Ella debe estar en algún lugar. —Se inclina un poco más y asiente, mirándome con ternura.

—Lo haré, te lo prometo. —Mira hacia la puerta y sus - pira—. Tal vez deberías decirle a Pen que deje que te quedes... —Niego.

—No lo hará, aunque se lo pida. Sabes que piensa que puedo ayudarle a escapar. Además, ya he causado muchos problemas, solo quiero ayudar.

—Tú no has hecho nada, Gema. Esto iba a pasar, aunque tú nunca hubieras entrado en juego. —No digo nada. Sé que intenta confortarme.

—Ge... —La puerta se abre y Pen aparece. Me giro hacia la pared limpiando mi rostro.

—Ya está lista —contesta Alain por mí—. Ahora salimos. —No tarden

—masculla y sale.

«Respira, Gema. Tienes que ser fuerte. Ahora más que nunca».
—¿Estás bien? —Asiento dedicándole una sonrisa forza- da.

—Sí. ¿Harás lo que te pedí? —pregunto esperanzada. —Sí. No te preocupes, lo haré.
—Gracias —digo con sinceridad.

—¿Solo cien hombres? —cuestiona Aquiles mirando la fila que desfila delante de nosotros.
—Sí —responde Pen con tranquilidad, sin mirarlo.

Ese hombre no me gusta. Hay algo en su manera de mi - rarme que me desagrada. Y no tiene nada que ver con el par- ticular olor a azufre que despide su cuerpo, ni con su actitud prepotente. La primera vez que lo vi parecía bastante frío y dejó claro que odia a los vampiros, pero con las personas se muestra autoritario. Aunque no puede con Pen, ese chico no se intimida.

—Somos muy pocos —replica levantando los brazos. —Somos los necesarios, los más ágiles —asegura Pen, mirándolo de reojo.

—Te recuerdo que traeremos un contingente de al me - nos doscientas personas. Son muchos, deberías tener otros cien hombres como mínimo. —Pen se detiene y le dedica una son- risa irónica.

—Precisamente por eso, Aquiles. Si somos demasiados, solo nos estorbaremos los unos a los otros. Además, ya hemos visto que los impuros solo atacan en grupos pequeños. Somos suficientes para hacerles frente, si llegaran a aparecer.

Aquiles hace un gesto de disgusto, pero no insiste. Pen gira el rostro hacia mí, notando que lo observo. Nos miramos un instante y me obligo a desviar la mirada. «Yo siempre voy a protegerte, Gema».

No me gusta ver su preocupación por mí en su cara. «No lo hagas, Pen. Ya no debes hacerlo», pienso acelerando mis pa- sos.

Tres horas después nos encontramos con ellos. Las muje - res y los niños caminan escoltados por los pocos hombres que había en el refugio. Mis ojos recorren los rostros, hasta que encuentro una mano agitándose y una cara conocida que me sonríe. Mai.

—¡Gema! —exclama dándome un abrazo. Detrás de ella está Taby y mi padre. Ambos portan cuchillos ceñidos a la cin- tura.

—Es por seguridad —explica Taby al interpretar mi mira - da. Aún es un niño, no me gusta que use armas. Miro a mi padre, quien asiente con gesto serio.

—Solo ten cuidado. —Sonríe abiertamente, dándole un golpe a la funda del cuchillo.
—Claro. Papá me ha enseñado a usarla, Gema —dice con orgullo.

Se incorpora a la multitud, lo mismo que Mai. Miro a mi padre, quien baja la mirada, caminando junto a mí. No sé qué decir. ¿Qué puedo decirle? Prometí que mi madre estaría bien y no he podido cumplirlo. Me muerdo la parte interna del labio.

—Me alegro que estés bien —dice acercándose un poco más a mí. No es el momento para tocar el tema, lo sé. Esa es su manera de decirlo.

—También me da gusto verlos. —Coloca su brazo sobre mis hombros y me pega a él.
—Todo irá bien, hija. —¡Dios! Esto es difícil. Aumento la presión sobre mi boca para no llorar y miro hacia un lado. —Sí, papá. Todo irá bien.

Algo que aprendí de mi padre fue a sonreír y aparentar tranquilidad aun en las peores situaciones. A veces no teníamos nada que comer o solo un pedazo de pan y aun así él sonreía. Decía que solo debíamos imaginar que era un enorme pastel. Nuestra vida no fue sencilla, ni la de ninguna de estas personas.

«¡Soy una tonta!».

Me olvidé de todo esto. De nuestra realidad, de lo que implica ser humano, de

lo que siempre he querido cambiar. Pen tiene razón, les fallé.

Es raro. Hay demasiada tranquilidad. Los viajeros siem - pre decían que los repudiados rondaban en los alrededores de la ciudad. Razón por la que nadie se atrevía a dejarla, pero en todo el trayecto no he percibido nada. Esto no es normal. El silencio es aún más perturbador.

—¿Qué pasa? —inquiere Pen, acercándose a mí. Me he quedado en la parte trasera del grupo para vigilar.
—No lo sé —Niego inquieta—. Está resultando muy fá- cil.

—¿Qué quieres decir? —Me mira intrigado, siguiendo la dirección de mi mirada, que escruta el bosque que se encuentra a solo algunos metros de nosotros.

—¿Por qué no han atacado?
—Es pleno día, Gema —me recuerda, relajándose un poco.
—Tienen el bloqueador.
—No podemos estar seguros. —Le dedico una mirada mordaz.
—¿Revisaron la clínica central? Ahí también debía haber bloqueador.

—No hemos tenido tiempo —dice entre dientes. —Entonces no tenemos garantía de que no lo tienen. —Pues no han aparecido. ¿No es esa una garantía?

—Yo los vi ayer, Pen —afirmo con gesto cansado—. Ade - más, su olor tampoco se percibe. —Eso es aún más desconcer- tante. Recuerdo perfectamente que ayer su olor estaba por todas partes—. Es como si decidieran no aparecer.

—¿Olor? —cuestiona mirándome con extrañeza. Asien - to volviendo el rostro hacia la arboleda. Toda esta tranquilidad podría ser solo una trampa. Hay muchas personas expuestas, tendrían un festín, ¿por qué no han aparecido? Puede que los impuros no, pero ¿y los repudiados?—. ¿Qué olor?

—Ellos tienen un olor característico, a diferencia de los fundadores, el suyo es desagradable. Como rancio o amargo, no lo sé... —Me muevo incómoda, al notar la forma en que me mira. «He hablado de más. ¡Tonta!». Carraspeo y

me encojo de hombros—. Supongo que he aprendido a reconocerlo después de estar con ellos —miento torpemente.

—Entiendo —murmura sin parecer tener intenciones de continuar tocando el tema. Cosa que agradezco. Que tonta soy, debería cuidar lo que digo. Ni siquiera yo comprendo porque puedo distinguir su aroma, ni que significan esos sueños. Ahora que lo pienso, ¿hay algo malo conmigo?—. Gema —dice sa- cándome de mis pensamientos.

—¿Sí?
—Lamento lo que dije —Observo su rostro, parece since- ro—. Lo siento.

—Tengo que admitir que tienes razón en algunos aspectos —respondo dejando escapar un profundo suspiro—. Pero me dolió tu actitud.

—Lo sé. Pero las cosas no han sido fáciles. —Señala a las personas que caminan a unos pasos de nosotros—. Estas personas confían en mí. Tengo que hacer lo necesario para man- tenerlos a salvo.

—Entiendo y te agradezco mucho lo que haces también por mi familia. Por haberlos traído al refugio. Gracias, Pen. — Niega y sujeta mi mano, tomándome por sorpresa.

—Encontraremos a tu madre —dice lleno de convic- ción—. Algunos hombres siguen su rastro.
—¿Su rastro? —pregunto desconcertada.

—Sí, el rastro de los vampiros que huyeron. —Por un ins - tante creí que se refería al rastro de mi madre. Asiento intentando ocultar la punzada de decepción—. En caso de que ellos la tengan. —No hay razón para eso, a menos... que Armen lo hubiera ordenado.

—Gracias —musito con una ligera sonrisa. Sintiendo una pequeña esperanza. ¿Será posible? Necesito hablar con Armen.

De pie, en la entrada de la ciudad, veo como el contingente avanza lentamente hacia las puertas del muro. Observo con detenimiento los alrededores, cerciorándome de que no hay peligro. Hemos logrado llegar y

sin embargo, ahora me siento más inquieta. Puede que el muro sea resistente, pero no es algo que pueda detenerlos, al menos no a esos fundadores. Suspiro y de nuevo recorro con la mirada el lugar. Un grupo de personas, cerca de la cúpula, capta mi atención. Son pocas, visten con ropas extrañas y parecen no tener intención de seguir a los demás.

—Gema —me llama Pen, quien dirige la mirada hacia donde yo lo hago.
—¿Por qué esas personas no están en el muro? ¿Ni siquie- ra están en la ciudad?

—Son algunos de los que fueron donantes. —Me ten - so ante su respuesta. ¿Los han excluido por eso? No tenía ni idea—. Están ahí por voluntad propia. Hablamos con ellos, pero no quisieron unirse a nosotros.

—¿No temen a los impuros? —pregunto sin creerlo.

—Supongo que no. Créeme, intentamos convencerlos. — Una mujer sobresale del resto de ellos. Es alta, su cabello ligeramente rubio brilla con los rayos del sol, parece mayor, pero su rostro aún mantiene vitalidad. Me mira fijamente mientras sus labios forman una línea tensa, sus ojos pasan a mi cuello y entonces me estremezco. ¿Cómo lo ha notado? La marca tiene días, prácticamente no es visible de lejos—. Ella es Kassia, una especie de líder. Vamos. —Me toma del brazo y me obliga a caminar—. Tenemos mucho que hacer.

—Sí —balbuceo.

Dejo que me lleve. Estoy demasiado desconcertada por la actitud de esa mujer. La manera en que me miró. Aún tengo los vellos de punta.

—¡Uf! ¡Por fin! —jadea Alain, dejándose caer sobre una pila de cajas—. Creí que nunca terminaríamos.

—¿Están todos instalados? —inquiere Pen mirándonos. Por supuesto, una vez que llegamos tuvimos que ubicarlos dentro del muro.

—Pues yo diría que tienen donde dormir, pero eviden - temente no es como si estuvieran en casa, ni mucho menos. Somos muchos con los del refugio y las

casas grandes no son tantas.

El interior del muro ocupa menos de una cuarta parte de la ciudad y con las personas que se han unido ahora somos demasiados para la capacidad que tiene. Incluso las salas de entrenamiento se han utilizado como dormitorios.

—¿Y si utilizamos las casas aledañas al muro? —sugiero apoyándome en el marco de la ventana.
—Mientras los impuros sigan apareciendo no creo que sea buena idea.
—¿La cúpula? —aventura Alain.
—No los detendría —niego analizándolo—. Ysi les pasa- ra algo, tardaríamos en llegar hasta ellos.

—He estado discutiendo sobre el asunto con Aquiles — dice Pen colocando un plano sobre la mesa. Intento no mirarlo, mientras menos cosas conozcan será mejor por ahora. Ninguno confía en mí, eso lo comprobé por la manera en que me miraban todos—. La mitad de la ciudad prácticamente está en ruinas, pero como mencionaste, Gema, las casas junto al muro que los vampiros ocupaban, están en perfectas condiciones. Así que construiremos un segundo muro que abarque el primer plano.

—Eso es genial —dice con ironía Alain—. Pero... —Sí, Alain. Eso significa que tienes que ayudar. —¡Genial! —exclama fingiendo perder el sentido.

—¿Cuándo comenzaría la construcción? —inquiero fro- tándome las manos.

—Mañana. Hoy les he pedido a algunos hombres que re - únan todos los materiales que puedan servir. Así que mañana comenzaremos. Usaremos parte de los cimientos que tiene el refugio para hacerlo resistente.

—¡Más trabajo! —se queja Alain.
—Me gustaría ir a la clínica. —Ambos me miran extraña- dos—. Solo para comprobar lo del bloqueador.

—Yo voy contigo —se ofrece Alain, poniéndose de pie—. Tú aun tienes asuntos que atender —dice mirando a Pen—. No te preocupes. No está muy lejos de aquí y puedo cuidarla.

—No tardéis demasiado. Pronto anochecerá.

Camino ligeramente delante de Alain, no ha mencionado nada sobre mi madre, así que debo suponer que no hay buenas noticias. Lo que me recuerda que tengo que hablar con Armen y también con mi padre.

—Recuérdame exactamente qué estamos buscando — dice mientras recorro los pasillos rumbo al almacén.

—Si se encuentra aquí el bloqueador. Esta clínica abaste - cía a la mayoría de los subalternos, así que debería tener también una buena cantidad.

—Ya veo. ¿Has hecho las paces con Pen? —Me deten - go y le dirijo una mirada asesina—. ¿Qué? El ambiente parece menos tenso entre ustedes. —Lo ignoro y sigo caminando—. Recorrí la mayor parte de la ciudad. —De nuevo me detengo, volviéndome completamente hacia él—. Pero no hay nada.

Oculto la decepción que siento, dándole la espalda. —Entiendo.

—Pero seguiré buscando. Ahora que estamos todos aquí, podemos disponer de algunos hombres.
—No te preocupes. Yo puedo hacerlo.
—Creo que eso me preocupa más. —Niego y echó a an- dar.

—Tendrán trabajo con la construcción del muro. —Cierto, pero aun así, puedo ayudarte.
—Ya veremos.
—Eres terca, Gema.

Me detengo frente a una enorme puerta gris que tiene un letrero que prohíbe la entrada. Empujo la puerta y cede despacio. Intercambiamos una mirada y su rostro se tensa. No necesito entrar para saber lo que ha pasado. Su olor se distingue desde la entrada y se concentra aquí. Avanzamos y encontramos solo estantes vacíos.

—¡Maldición! —gruñe pateando una caja, de la cual cae un frasco. Se inclina y lo toma. Cierra los ojos y lo estruja con fuerza—. ¡Mierda! Es el bloqueador.

—Se lo llevaron —afirmo desplazándome por el lugar. —¡Malditos! ¿Cuándo demonios lo hicieron?

—Quizás durante el ataque al muro —aventuro encogién- dome de hombros.
—Es posible que aprovecharan la confusión. No puedo creer que esas cosas tengan cerebro.
—Tal vez no ellos —murmuro observando el suelo. —¿Qué quieres decir?
—Tal como lo intuí en el bosque. El aroma de un fundador se mezcla con su olor.
—Hay un fundador con ellos.
—¿Qué? —Señalo en el suelo las huellas que sus zapatos han dejado.
—Estoy segura, Alain.

—Pero... —Niega moviendo la cabeza—. Espera un se - gundo. ¿No se supone que se odian? ¿No los atacaron y mataron?

—Sí, pero el aroma de un sangre pura se mezcla con la de los impuros. Eso significa que estuvieron juntos demasiado tiempo o directamente en contacto.

—Déjame entender esto, Gema —pide caminando de un lado a otro—. ¿Estás diciendo que puedes saber eso? ¿Mirando sus huellas?

—No sus huellas, el aroma que estas desprenden —reso- pla y me mira incrédulo—. Lo sé, es un poco raro.
—Bastante. ¿Cómo puedes hacerlo? —Lo miro nerviosa. No debí decirlo—. ¿Gema?
—Ya te lo dije, aprendí a distinguir sus olores. No sé. — Me mira dudoso.
—Si lo que dices es cierto, estamos en problemas. No solo tienen el bloqueador, sino a uno de los fuertes. —Hablando de ello… —digo nerviosa.
—¿Qué? —Me mira entrecerrando los ojos—. ¿Qué es esta vez?
—Necesito hablar con él. —Niega retrocediendo como si le acabara de pedir que asesinara a alguien.

—Gema...
—Por favor, Alain.
—No, Pen se pondrá furioso.

—Él podría tener una idea sobre el fundador y... sobre mi madre. —Me mira

fijamente, pensándolo—. Por favor. Dijiste que querías mi ayuda para resolver el rompecabezas, ¿no?

—De acuerdo. Voy a meterme en problemas, pero confío en ti. ¿De acuerdo?
—Sí.

—Por ahora hay que contarle esto a Pen y evitar que los demás lo sepan o el pánico se desatará.

La pequeña habitación que se usa como su sala de juntas se encuentra a un costado del muro, en la segunda planta de una casa. Alain es el encargado de darle los detalles a Pen, mientras yo observo la ciudad desde la ventana. De algo ha servido mi error y él no parece tan sorprendido cuando le explica como he llegado a esa conclusión.

—¡No! —Niega rotundamente golpeando con fuerza la superficie de la mesa. Le ha contado mi petición de ver a Armen.

—Pen...
—No, Alain.

—Puedes encadenarme a mí también —sugiero hablando completamente en serio.
—No eres tú de quien desconfió, Gema —se apresura a aclarar.
—Tenemos que averiguar sobre ese vampiro. Sé que no te gusta, pero ahora mismo, necesitamos su ayuda.

—No. No importa si es un fundador o lo que sea, pode - mos con ellos —dice muy convencido. «Discrepo». Si se trata de Abdón, nada bueno saldrá. Aun no conozco a ese vampiro, pero incluso Uriel se alteraba cuando lo nombraban.

—Pen —murmura Alain con tono más severo—. Yo me quedare con ella. Además, ya lo ha visto una vez. No le hizo nada y no puedes negárselo.
—Pen aprieta con fuerza la mandí- bula y sacude la cabeza.

—Haz lo que quieras —masculla poniéndose de pie y dando un portazo al salir.

—Lo logramos —celebra Alain con fingido entusiasmo. De verdad que agradezco todo lo que hace por mí, a pesar de no creerme del todo.

—Lamento...
—No importa. Ya se le pasará el enfado. Solo espero que tu vampiro pueda ayudarnos.
«Mi vampiro». Le dedico una sonrisa débil y asiento.

Estoy en una habitación de no más de un par de metros de ancho y largo. Demasiado pequeña o al menos eso me parece al imaginar que él entrara por esa puerta y lo tendré cerca. Debo de mantener la cabeza fría, no estoy aquí solo para verlo, sino porque necesito saber cosas. Alain me ha pedido esperar, puesto que considera que debemos hablar en privado, pero ya no estoy tan segura de que sea buena idea.

La puerta se abre y siento que las piernas me fallan. Viene acompañado por dos hombres, además de Alain. Con una mirada rápida evalúo su aspecto, esta encadenado de las manos y aunque sus golpes prácticamente han sanado, está muy pálido.

—Bien —dice Alain con expresión serena empujándolo ligeramente—. Necesito que hables con él —ordena mirándome muy serio. Supongo que lo hace para que los hombres no sospechen—. Se niega a consumir sustitutivo y yo no quiero cargar con eso en mi conciencia, Gema. —Asiento un poco alarmada por lo que acaba de darme a conocer. ¿No ha consumido nada en estos días?—. Está imposibilitado —afirma tirando de sus cadenas—. Vamos —indica al par de hombres, quienes no salen sin antes dedicarme una mirada de repudio. Genial.

Aunque mi cabeza se niega a mirarlo a los ojos, su sola presencia agita mi corazón. Pero la voz de Pen, gritándome mis verdades se repite en mi cabeza, obligándome a no ceder. Lo amo, pero no debo olvidar como están las cosas en estos momentos.

Ninguno de los dos dice nada, ni tampoco nos movemos. Solo el sonido de mi corazón me delata.

—Lo siento, Gema. —Su voz me hace levantar de golpe el rostro. ¿Por qué

se disculpa? Estudio su mirada, recelosa y el alma se me cae al suelo.

—Tú sab ías lo del sustitutivo. —Espero que niegue mis palabras, pero su cabeza se inclina ligeramente. ¡Lo sabía! Él lo sabía.

ISELA REYES

Capítulo 33



El amor puede ser algo maravilloso y al mismo tiempo algo aterrador. Antes de conocerlo tenía claros mis sentimientos, mis planes o al menos mis ideales, que aunque no pasaban de ser meros sueños, los defendía a capa y espada. Pero eso cambió después de conocerlo, después de entregarle mi sangre y también mi corazón.

Jamás se está lo suficientemente preparado para algunas cosas. Menos para toparte con un muro.

Sabía que al ser el gobernante, era él quien dictaba las órdenes y que por consiguiente, tenía que estar enterado de lo que hacían en los laboratorios y conocer de donde procedía el sustitutivo y las consecuencias que ocasionaba en las personas. Aun así, no puedo evitar que mi rostro exprese la decepción y dolor que siento en estos momentos.

«Tranquilízate, Gema. No solo has venido aquí por eso».

Cierto. Hay muchas interrogantes, las cuales no pueden postergarse. Necesito respuestas, aun cuando éstas no me gusten. Me trago el nudo que tengo en la garganta y respiro hondo. No es momento para perder la dirección.

—Lo sabías, ¿verdad? —susurro intentando mirar a cual- quier parte excepto a su rostro.

—Lamento no haberte hablado sobre ello. —Yo lo lamen - to aún más. Esto confirma las palabras de Pen y no sé si el hecho me hace sentir aún más patética de lo que soy. «¡Eres una tonta, Gema!»—. No es algo de lo que me sienta orgulloso. —Ignoro su comentario y me armo de valor para mirarlo a los ojos. «Necesito respuestas».

—¿Por qué? —cuestiono. Armen me observa de ese modo tan suyo, manteniendo quietud externamente, mientras que sus ojos delatan sus sentimientos. Parece abatido, arrepentido. Me duele verlo en esas condiciones, pero ahora mismo tengo prioridades—. ¿Por qué mentir de esa manera? ¿Por qué? —pregunto con severidad, olvidándome de mis sentimientos y concentrándome en los hechos. Se toma unos segundos para observarme y suspira.

—Porque no había otra forma, Gema —dice sin ápice de emoción en la voz. «¿No había otra forma? Eso…»—. Cuando se estructuraron las ciudades… —continua antes de que pueda replicar—, y se llegó a un acuerdo para dejar de consumir su sangre, se planeó la elaboración del sustitutivo, el cual consistía en una especie de suero que sería fabricado artificialmen- te y nos serviría de alimento —explica con expresión ausente mirando la pequeña lámpara que pende del techo, como si su mente evocara dichos recuerdos—. Se intentó fabricarlo a base de sangre animal y también se probaron otras fuentes como materia prima, pero no funcionó. El suero no tenía los mismos resultados que la sangre humana. Para empezar, no disminuía la sed y nos debilitábamos con rapidez. Eso solo provocó una serie de muertes que alteraron a las personas. Entonces, alguien decidió probar directamente con sangre humana y descubrieron que era viable. El sustitutivo obtenido de nuestra sangre no solo calmaba la sed, también permitía fortalecer nuestro cuerpo por períodos prolongados.

—Pudieron pedirnos sangre —musito. Me mira y mueve ligeramente la

cabeza.

—El problema era que se necesitaban grandes cantidades de sangre para sintetizar el sustitutivo requerido para uno solo de nosotros y ninguno de vosotros estaba dispuesto a entregarla.

—Por eso los alteraron… —murmuro en voz baja—, y los durmieron para que no se resistieran. —Por mucho dinero que se ofreciera, permanecer en esas condiciones y ser alterado no equivale a ser un donante. Nadie lo haría por voluntad propia.

—Gema… —dice con voz afligida, mirándome suplican- te. Niego retrocediendo un paso.

—Nos habéis estado utilizando todo este tiempo, nos ha - béis mentido —digo con amargura. Cierra los ojos y sacude la cabeza.

—Sé que no puedo justificarme. Pero esto no es algo nue - vo o que yo haya inventado, ni siquiera mi padre lo hizo. —Me quedo muda, analizando sus palabras. Los Regan asumieron el control hace cuatrocientos años y nosotros llevamos viviendo bajo su poder más de quinientos. Eso es cierto, el sustitutivo lleva mucho tiempo empleándose—. He intentado revertir las cosas, buscar otra manera...

—¿Por ejemplo? —pregunto con incredulidad. Tengo que ser objetiva.

—El hecho de evitar que se altere su ADN.
—También sabías lo del virus, ¿verdad?

—No, Gema. Los médicos aseguraron que los cambios que se efectuaban eran menores y que lo único que hacían era aumentar la producción de sangre. Aseguraron que no provocaba ningún efecto secundario. Si lo hubiera sabido nunca lo hubiera permitido.

—Pero…

—Doy órdenes, sí, sin embargo no me encargo personal - mente de ejecutarlas. Y como te habrás dado cuenta, no todos son leales. —Su

expresión serena ha desaparecido, parece des- esperado—. Gema. —Mantengo la presión inmutable. Todo lo que ha dicho tiene lógica, pero al mismo tiempo es complicado de asimilar. Ellos necesitan el suero para vivir y no había otra forma que obteniendo sangre de esas personas—. No soy Dios, Gema —dice tomándome por sorpresa. Su rostro expresa dema- siada aflicción—. Yo no los controlo, hay otros además de mí.

—¿Abdón?
—Entre otros.
—¿Quiénes?

—Todo un grupo de fundadores. Aunque estaba al frente de la ciudad, no tenía la última palabra. No cuando se trataba de sus intereses.

—Eso puedo entenderlo, pero…

—Gema, sin sangre no podemos sobrevivir. Es así de sen - cillo. Y aunque suene a excusa, era eso o devorar a una persona diferente cada día, como ocurría antes de la creación del sustitutivo. Nosotros podemos manejar la sed, tenemos esa capacidad, pero los subalternos no. Ellos necesitan dosis continuas o su condición empeora.

—¿Empeorar? ¿Qué quieres decir?

—Si no beben en mucho tiempo, pierden la capacidad de razonamiento, se vuelven frenéticos, como un impuro. —Abro demasiado los ojos y me viene a la mente la guardia e Irina.

— ¿Qué pasa con Irina en estos momentos? —Su rostro se relaja un poco.

—Tu amigo nos ha proporcionado sustitutivo. Gracias a ti. —Esto es realmente complicado. Ellos tienes sus motivos, pero nosotros también los tenemos.

Antes de que se estableciera un gobierno hubo muchos problemas, muertes y enfrentamientos. Nos mintieron, pero en cierta forma, eso permitió que muchos de nosotros viviéramos. El sacrificio de unos fue el futuro de otros.

—¿Por qué no te fuiste? —murmuro.
Armen sonríe con tristeza y mueve la cabeza.

—¿Y me lo preguntas? —Mi corazón se agita, sin poder evitarlo—. No puedo dejarte. Aun cuando sabía que te enterarías y que quizás me odiarías por todo lo que implica mi condición.

—No te odio —replico con rapidez.
—Si lo hicieras, lo entendería. Las cosas que hemos he- cho no son agradables.
—Tú no sabías sobre el virus.

—Eso no cambia las cosas, Gema. —Comprendo que no es culpable del todo y que solo intentaba hacer lo correcto para mantener a los suyos, pero dudo mucho que Pen y los demás puedan entenderlo. Su odio por ellos es demasiado y aunque les intentara explicar todo lo que ha dicho, no me creerían. Puesto que mi opinión carece de valor por el simple hecho de haber sido su donante. No puedo hacer nada para ayudarlo.

—Debiste irte —digo apesadumbrada.
—No pude irme. No sin ti, Gema.

—Han pasado muchas cosas y yo… no sé qué pensar — admito bajando la cabeza. Acorta la distancia que nos separa y me permito disfrutar de la sensación de su mano en mi mejilla. «¿Por qué las cosas tienen que ser tan complicadas? ¿Por qué tenemos que estar en extremos opuesto?».

—Lo siento —susurra sujetando mi rostro con ambas ma - nos. Niego sin encontrar mi voz. Le he echado tanto de menos—. De verdad que lo lamento, Gema. Intenté hacer las cosas de la mejor manera posible, aún intento hacerlo.

—Abdón vendrá, no va a rendirse, ¿cierto? —Afirma con un movimiento de cabeza y de nuevo el pánico me invade al pensar en esas personas, en mi familia.

—Lo detendremos.

—¿Cómo? —No puedo evitar que mi voz denote incredu - lidad. Él no puede hacer nada, no si está encerrado—. Estás aquí y… —Lo miro sorprendida al comprender las cosas—. ¿Sabías lo que pasaría? ¿Sabías que Abdón venía? ¿Por qué…?

—¿Por qué deje que me capturaran? —Asiento confun - dida—. Escucha, Gema —pide en voz baja—. Aunque ellos aparentemente habían aceptado el trato, no pensaban cumplirlo. Ni tu gente, ni los míos. La confrontación era inevitable, sobre todo porque Abdón también venía de camino y sus intenciones no eran nada amigables. Lo único que podía hacer era sacar del muro a los fundadores y…

—Salvar a los tuyos. —Niega.
—No solo se trataba de proteger a los míos, lo que hice fue para evitar un verdadero enfrentamiento.
—Pero…

—Solo algunos se quedaron y fingieron resistirse, pero al final solo ganaban tiempo para que quienes no pelean pudieran salir. Y así crear una pantalla para Abdón.

—¿Qué quieres decir?

—Es evidente que quien está detrás de todo esto quiere mi cabeza, como ya lo había dejado ver con anterioridad. Pude haberlos enfrentado y mantener la ciudad por la fuerza, pero solo les habría dado carta blanca para cometer una matanza. Así que les hice creer que vosotros eráis lo suficientemente fuertes para derrotarme y tomar el control. Ya que, si la ciudad caía en manos de los humanos, no tendrían motivos para venir. Al menos no por ahora.

Eso es increíble y nunca lo pensé.
—Ar… Armen —balbuceo impresionada.

—Volverán como dijiste, pero justo ahora Anisa y Rafael deben estar llegando a Cádiz.

—¿A Cádiz? —La ciudad principal de los fundadores. La más grande y desarrollada tecnológicamente de las tres que existen. Dirigida por Danko.

—Sí. Danko no es partidario de las ideas de Abdón. —¿Crees que nos ayudará? —pregunto con cierta descon- fianza. Puede que no lo sea, pero continúa siendo uno de ellos.

—Intentar án al menos convencerlo. —Acerca un poco más su rostro al mío—. Lo que está pasando aquí no es algo que solo involucre a Jericó, está ocurriendo en las otras ciudades. Esto podría llevar a una guerra.

—Que ustedes ganarían —susurro.
—¿Qué le paso a la chica que conocí? —pregunta mo- viendo la cabeza.

—Ha visto la diferencia entre vosotros y nosotros, Ar - men. Soy realista. —Me abraza con fuerza provocando que sus- pire—. No quiero que nadie muera. No importa si es vampiro o humano.

—No pasará. Ahora dime —dice apartándose ligeramente para verme a los ojos—. ¿Qué hacías en el bosque? ¿Por qué te enfrentaste a impuros?

—Ellos no están con Pen —explico recordando que eso pensaban—. Yo lo he comprobado, de hecho han estado atacan- do la ciudad y…

—Lo sé.
—¿Qué?
—Sé que no están con ellos.
—¿Cómo lo sabes?

—Cuando atacaron el muro estaban solos. Yellos se limi- taron a observar.
—¿A observar?
—Sí. Vi que estaban en los límites de la ciudad pero no hacían nada.
—Vinieron por el bloqueador.
—¿Qué?

—Lo tienen. Yo me encontré con ellos durante el día y aunque no han vuelto a aparecer, anoche intentaron entrar en los laboratorios. —Parece reflexionar—. Además, creo que un fundador está con ellos, he percibido su olor. —Su expresión no cambia como lo esperaba—. ¿También lo sabías?

—Lo temía.

—¿Crees que se trate de Abdón?

—Quizás. El lema de él siempre fue: “Deja que tus ene - migos se enfrenten y termina con el que quede de pie”. Algo que al parecer fue lo que hicieron los impuros.

—Ellos quieren matarte —digo recordando las palabras de Uriel sobre el ataque de la cena.
—Lo sé.
—Tienes que salir de aquí —susurro mirando la puerta. Ellos no harían nada para evitarlo. En esa celda sería presa fácil.

—No.
—¿Qué? Armen…
—Te lo digo y repito, sin ti no me pienso ir.

—Mi familia… —Mi voz se desvanece—. Armen —digo tensa—. ¿Sabes algo de mi madre? —Su rostro se descompone. ¡No puede ser! Tenía una pequeña esperanza de que él la hubie- ra sacado de ahí.

—Ella estaba en la clínica… —Me muerdo los labios y niego. Si evacuaron a los del interior no podían hacer lo mismo con los de afuera, puesto que se habrían dado cuenta de lo que intentaban.

—No estaba.
—Gema…
—Entiendo —aseguro conteniendo las lágrimas.

—Lo siento, Gema —Niego intentando no llorar—. Mi - res se encargó de la evacuación, mentiría si dijera que estoy seguro de que él pudo llevársela. Atacaron antes del atardecer, sin que lo esperáramos y todo se volvió caótico. Ni siquiera pude salir del muro…

—Está bien —afirmo forzando una sonrisa. «¿Y ahora qué hago? ¿Dónde estás, mamá?»—. Solo respóndeme algo.

—Lo que quieras —dice sin dudarlo.
—¿Ella… ella también fue alterada?

—No —responde con firmeza—. Ignoraba las consecuen - cias de la mutación, sé de buena fuente que personas que nunca han sido sometidas a la extracción de sangre desarrollaron el virus. No sé si fue una estrategia para ocultar lo que hacían o si el virus mutó.

—Pero…
—Nunca jugaría con la vida de tu madre, Gema. Te lo aseguro.
—Te creo, pero… —La puerta se abre y Alain entra mi- rándome con una expresión de disculpa.
—Lo siento, pero es hora de irnos, Gema. —Asiento a pesar de que no deseo irme aún.

Me siento un poco aliviada después de todo lo que me ha contado, pero al mismo tiempo, tengo miedo. No solo por lo que ocurra con esos fundadores, sino con mi madre. ¿Dónde está? ¿Qué fue lo que pasó?

—Dame un segundo —pido. Sale de la estancia, cerrando de nuevo la puerta—. No has bebido —digo recordando lo que mencionó Alain.

—Estoy bien.
—Tampoco has probado el sustitutivo. —Sonríe ligera- mente.
—No te preocupes. —Tiro del cuello de mi camisa, de- jando al descubierto mi piel.
—Bebe. —Me mira sin atender a mis palabras—. Armen, por favor. Tienes que alimentarte.

—De acuerdo. —Se inclina y tiemblo al sentir el roce de sus labios—. Haría todo por aliviar tu dolor, Gema —susurra depositando un beso y tomándome de la nuca para fundir nuestras bocas.

—¿Estará bien si no se alimenta? —inquiere Alain mien - tras cruzamos el patio central del muro. El cual ahora está lleno de adultos y de niños que no dejan de moverse de un lado a otro. Todos parecen llenos de esperanza.

—Dijiste que no debía hacerlo, ¿recuerdas? —Suelta una risilla y mueve la cabeza.

—Eso lo dije en la ocasión anterior, no esta. Además ¿realmente pensabas

hacerme caso? —Sonrío—. ¡Lo sabía! Al- gunas cosas no cambian.

—¡Gema! —Mai aparece entre un grupo de mujeres, quienes me dedican una extraña mirada.
—Hola —respondo abrazándola con fuerza. —Yo las dejo —dice Alain comenzando a alejarse. Ni si- quiera he podido darle las gracias.

—¿Cómo están? —pregunto mirando a mi hermana, quien parece haber crecido un poco desde el día que me marché. Antes no pude darme cuenta, pero incluso ha cambiado su forma de vestir y su peinado.

—Bien. ¿Quieres cenar con nosotros?
—Sí.

—Tienes que entender que les resulta un poco extraño — explica mi padre al notar mi incomodidad. Al final he terminado apartada del resto de ellos, ya que no dejaban de cuchichear sobre mí a pesar de que me encontraba a unos pasos de ellos. Creo entender porqué esos donantes prefirieron no unirse. Es desa- gradable ser señalado todo el tiempo—. Se han extendido todo tipo de rumores sobre ti y ese vampiro. —No respondo, bajo la mirada a mis botas llenas de polvo. ¿Qué puedo decir? ¿Mentir?

—Lo siento, papá —me disculpo en voz baja. Noto el cambio en su postura. Sabe que me refiero a mi madre.

—No es tu culpa, hija —responde con suavidad. —Pero…

—Tú no estabas en ese lugar. —«No, estaba dormida gra - cias a Pen»—. Además, Pen está haciendo todo lo posible para encontrarla.
—Yo también saldré a primera hora.

—Gema… —comienza a negar mirándome inquieto.

—Es mi deber y no me pasar á nada —aseguro con una sonrisa fingida. Coloca su mano sobre la mía, que permanece sobre mis rodillas y suspira.

—Creo que has madurado, hija. —Niego ligeramente. —Solo quiero reparar mis errores.

—No, Gema. Tú no has hecho nada malo. Mi deber era protegerlos, a ti, a tus hermanos y a tu madre. Soy yo quien he fallado…

—Papá…
—Déjame terminar —pide tenso—. Para empezar, nunca debí permitir que fueras a ese lugar.

—Yo no fui sincera con vosotros. —Mentí sobre el tra - bajo. No solo porque sabía que se negarían, sino porque la idea de entregar mi sangre en ese entonces me resultaba más que desagradable.

—Sabía que estabas mintiendo… y aun si, no te detuve. —No me gusta ver el tormento en sus ojos. No es su culpa.

—No es tiempo de buscar culpables —lo interrumpo sin ser brusca—. Ahora solo debemos protegerlos —digo mirando a mis hermanos, que parecen tan ajenos a todo, como la mayoría de las personas—. Y en encontrarla. ¿De acuerdo? —Asiente abrazándome con fuerza.

—Solo no te pongas en peligro.
—Te lo prometo.

Me alejo despacio de donde se están quedando provisionalmente. Es tarde, pero me ha hecho bien hablar con mi padre. Tengo fe en poder encontrarla. Mi madre siempre fue lista y sa- bía cómo enfrentar situaciones peligrosas. Aún recuerdo cuando presenciamos a aquella chica que mató al repudiado de un tiro. Yo me quedé paralizada por el miedo y ella estaba lista para ponernos a salvo. Le sorprendería ver que he cambiado y que no temo enfrentarlos.

—Debemos matarlo… —Mis pies frenan al escuchar las voces que parecen poco agradables. Quizás no debería estar es- cuchando conversaciones ajenas, pero la mención de muerte me inquieta.

—Yo también pienso lo mismo. Debemos matar a ese vampiro… —El aire se atora en mis pulmones. «¿Hablan de Armen?». Observo las cinco figuras reunidas en torno a una pe- queña fogata. Todos se han retirado a sus dormitorios y supongo que ellos son quienes están de guardia.

—Sí, él fue quien provocó todo esto —asegura otra voz arrojando un tronco al fuego. Las llamas chispean, dándoles un aspecto diabólico, que acompaña a la perfección su charla.

—No sé por qué le tienen tanta consideración. Debieron matarlo el primer día, ahora que todas nuestras familias están aquí, es más peligroso.

¿De qué están hablando? Armen jamás…
—Quizás deberíamos hablar con Aquiles.
—Pero Pen es quien sabe cómo matarlos.

—Pen no lo hará por esa mujer. —No puedo creer lo que escucho.

—Pero ¿no es la mujer del vampiro?
—Solo su donante.

—¿De verdad crees eso? —se burla. Siento la bilis ascen- der por mi garganta.

—Eso no importa, sino deshacernos de ese vampiro. —¿Y si no quieren hacerlo?

—Entonces… podemos hacerlo nosotros. Nadie protes - tará porque amanezca tieso en su celda. Les haremos un favor. —Me llevo las manos a la boca para no gritar de indignación. ¿Cómo pueden…?

Retrocedo lentamente y corro hacia la entrada del muro a toda prisa. No, no voy a permitir que lo lastimen. No. Tengo que hablar con Pen y Alain. No pueden hacerle eso. En estos momentos él es nuestra única esperanza. Si Abdón viene o los impuros, nosotros no podremos con ellos.

Cruzo la entrada ante la mirada extrañada de los guardias y avanzo hacia la casa donde se está viviendo. Me detengo y coloco la mano en el pomo de la puerta. Necesito calmarme. Tomo una bocanada de aire y…

—No puedes seguir ocultándole las cosas a Gema. —¿Qué? ¿Ocultarme cosas? Es la voz de Alain, quien parece alterado.

—Ella no puede saberlo —replica Pen.

Abro la puerta de golpe ante la mención de mi nombre y entro.

—¿Qué es lo que no puedo saber? —cuestiono con seve - ridad. Pen me mira con los ojos como platos, mientras que Alain se cruza de brazos y niega.

—Gema tiene que saber la verdad —insiste muy serio. La tensión es palpable. ¿Qué está pasando? ¿Qué es lo que no me han dicho?

—¿De qué estás hablando? —pregunto mirándolos a am- bos.
—De nada. —Niega Pen interponiéndose entre los dos, haciéndome retroceder. Miro a Alain por encima de su hombro.

—Dime.
—Alain… —advierte Pen fulminándolo con la mirada.

—¡Ya basta, Pen! —exclama Alain molesto—. Ella tiene derecho a saberlo…

—¡No! —grita furioso Pen girándose hacia él—. Y no te atrevas a decirlo.
—Se me forma un nudo en la garganta ante la idea que cruza mi mente.

—¿Qué es lo que tengo que saber? Pen...
—Se trata de tu madre, Gema —responde Alain. «Que no sea lo que estoy pensando, por favor».
—¿Qué pasa con mi madre? —pregunto alterada—. ¿Sa- ben algo de ella?
—Pen niega tirando de su pelo—. ¿Qué es? —¿Por qué demonios tenías que abrir la boca? —le repro- cha tomándolo del cuello de la chaqueta.
—Ya te dije tiene que saberlo, Pen —contesta con tran- quilidad.
—Díganme —exijo perdiendo la calma. Alain se quita de encima a Pen y camina hacia mí.
—Uno de los chicos la vio internarse en el bosque. —¡No, Dios, no!
—¿Hoy? —Niega—. ¿Cuándo? Tenemos que buscarla… —Me sujeta de los hombros y mueve la cabeza.

—Fue el día que atacamos el muro. —¡No! ¡No! ¡No!—. Ellos entraron en los laboratorios y comenzaron a disparar sin control… —¡Dios mío!

—¡No sabíamos que había personas dentro! —grita fu - rioso Pen—. Nadie lo sabía. —Ninguno de los dos lo miramos. No puedo hacer otra cosa que

imaginar lo angustiada que debió estar mi madre para hacerlo.

—¿Entonces? ¿Qué pasó?
—Creemos que se asustó y… —Me alejo de él.

—Es decir, mi madre lleva más de cuatro días ahí afuera —digo señalando hacia el bosque—. Con esas cosas, ¿y no han hecho nada?

—Gema.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? —Miro a Pen—. ¿Al menos la has buscado? —No responde, evita mi mirada y siento como si un vacío se abriera a mi pies—. No puedo creerlo, Pen.

—Gema…

—¡¿Qué?! —exclamo colérica encarándolo—. Hablabas de mentiras y tú también lo has hecho. —Me doy la vuelta y abro la puerta, pero su mano retiene mi brazo.

—¿A dónde vas? —Me sacudo su mano y le dedico una mirada envenenada.
—Voy a buscarla. Eso debí hacer el primer día.

ISELA REYES

Capítulo 34



Paso junto a él y empujo la puerta, pero no logro salir, su mano se cierra en torno a mi brazo, obligándome a detenerme. —¡Déjame, ir! —protesto liberándome.

—¡No, Gema! —exclama intentando sujetarme de nuevo, me aparto y retrocedo, como si su tacto me quemara. No pienso escucharlo, ahora mismo lo único que me importa es ella.

—No me toques —retrocedo un par de pasos más.
Pen parece desesperado y mira a Alain en busca de apoyo, pero él continua mirándolo con reproche.
—No puedes ir a esta hora... —ordena.

—Tú no, ni ninguno de ellos —digo señalando a los guar - dias que se encuentran a unos metros de nosotros en la entrada del muro—, pero yo sí puedo hacerlo. —Sin esperar una res- puesta de su parte, echo a caminar rumbo a las afueras de la ciudad.

Creer que estaba en peligro era una cosa, pero confirmarlo cambia todo. Sé que mi madre es valiente y decidida, pero...
***

—Pero... —quise replicar, ella coloc ó su dedo sobre mis labios y sacudió la cabeza. Esa noche hubo un ataque, así que nos escondió debajo de la cama. Aún recuerdo como sostenía con fuerza a mis hermanos y como la miraba suplicante, rogándole para que no me dejara ahí, sola.

—Tienes que proteger a tus hermanos, Gema, ese es tu deber. Protégelos. —Ella estaba dispuesta a sacrificarse por no- sotros. A protegernos con su vida. Siempre lo hacía y esa noche salió para evitar que llegaran a nuestra casa.

***

El recuerdo me abruma y la vista se me nubla a causa de las lágrimas que llenan mis ojos. Mi deber era protegerla, yo debía cuidarla, como ella lo hizo cuando yo era una niña, pero no pude hacerlo. ¡No pude!

—¡Gema! —Alain aparece bloqueándome el paso. Niego mirándolo con malestar.
—¡Tú también mentiste! —lo acuso dolida, sin dejar de caminar.

—No, no te mentí. Yo no lo sabía. —Lo miro sin creerlo del todo—. Te lo juro, Gema. Cuando regresaba, escuché que estaba hablando con uno de los hombres. —Le sostengo la mi- rada, intentando descubrir si es sincero—. Me conoces —insiste llevándose la mano al corazón. Hasta ahora ha sido la persona que mejor se ha portado conmigo—, sabes que si hubiera esta- do al tanto te lo habría dicho. —Me derrumbo, dejando que las lágrimas rueden por mis mejillas sin control y que los sollozos escapen de mi boca.

—¡¿Te das cuenta?! —cuestiono alterada—. Tal vez... Tal vez… —La voz se me rompe, ni siquiera soy capaz de decir- lo. «Está muerta».

—Gema —susurra acercándose y abrazándome con fuer- za—. Tranquila.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a decirles a mis hermanos y mi padre?

¿Qué...? —La idea es horrible. La imagen de aquel repudiado que vi en la orilla del rio provoca que emita un sollozo lastimero.

—Lo siento, de verdad lo lamento —susurra con sinceri - dad. Tengo que hacer algo, no puedo abandonarla. Me limpio las lágrimas con el brazo y me aparto lista para retomar mi camino.

—Tengo que buscarla —anuncio dando un paso. —No. —Niega reteniéndome.

—Alain... —gimoteo histérica, pero sus brazos me suje- tan con firmeza.

—No, Gema. Es una mala idea ir a esta hora —replica mirando la negrura bajo la cual se esconde el bosque—. No puedes.

—No puedo esperar —protesto resistiéndome—. Tengo que encontrarla, Alain.
—Podemos encontrarla mañana... —Sacudo la cabeza. Ya han pasado varios días y mientras el tiempo trascurre...

—No, tiene que ser ahora. Tengo que ir...
—No —repite con severidad.
—Alain...

—Si vas ahora no solucionarás nada, sería un suicidio y solo empeorarías las cosas. ¿Quieres dejarlos solos? —Tiene razón. La noche dificulta la búsqueda, no podría hacer mucho y morir solo complicaría más las cosas. Tengo que estar bien para encontrarla—. Por favor, Gema —dice más calmado—. Yo iré contigo. Saldremos a primera hora, ¿de acuerdo? —Lo miro analizando las cosas.

—Está bien —murmuro abatida. Suspira aliviado al notar que he dejado de forcejar.

—Volvamos —Apoya su mano en mi espalda y me em - puja, pero mis pies se quedan inmóviles al percibir su olor—. Gema...

—¡Impuros! —grito girándome para descubrir a uno de ellos. ¡Está

demasiado cerca de nosotros! Alain me mira alarmado.

—¡Mierda! —masculla retrocediendo. Sabe que es inútil. No tenemos espada, no podemos escapar.

El impuro se lanza sobre nosotros, pero antes de que logre alcanzarnos, su cuerpo se convierte en polvo y desaparece como por arte de magia. Ambos nos quedamos pasmados, sin dar crédito a lo que nuestros ojos acaban de ver. Me doy la vuelta y lo veo a unos pasos de nosotros. ¡Armen!

Sus ojos carmesí parecen más intensos, su mano derecha está suspendida en el aire. ¿Fue él?
—¿Estás bien? —inquiere dando un paso hacia nosotros, pero se tambalea.
—¡Armen! —grito corriendo hacia él. Logro sostenerlo y me abraza con fuerza.

—Estoy bien —afirma levantando mi barbilla para verme a los ojos. Está demasiado pálido—. ¿Y tú? —Asiento mirando alrededor, pero por fortuna parece que nadie más se ha percatado de los impuros, salvo Alain. Vuelvo el rostro hacia él, quien aún parece muy sorprendido.

—¿Y los demás? —pregunta fingiendo normalidad. —Se han ido —contesta Armen mirando hacia el bosque. —Joder —murmura Alain incómodo.

—Tienes que beber —digo con urgencia volviendo la mi - rada a Armen. Ha usado sus poderes y en su condición es mucho peor.

—Adelante —dice Alain encogiéndose de hombros—. Yo... vigilaré —Pasa junto a nosotros y se aleja. Tengo muchas preguntas, pero ahora me preocupa más su aspecto.

—Bebe —pido mirándolo suplicante. Acaricia mi mejilla y desliza su mano por mi garganta.

—De acuerdo. —Echo la cabeza hacia tras y entonces siento su respiración en mi cuello. Me aferro a su espalda con fuerza cuando penetra mi piel. Me muerdo los labios y cierro los ojos percibiendo como la sangre fluye hacia su boca, como sus manos se aferran a mi cuerpo—. ¿Estás bien? —pregunta

apar- tándose un poco. Asiento observando aliviada como su rostro ha recuperado un poco su tono habitual.

—Lo siento —se disculpa Alain acercándose—. Pero como podrás imaginarte —dice mirando a Armen—, no puedo dejarte ir.

—Alain... —protesto a la defensiva.

—Está bien, Gema —interviene Armen con tranquili - dad—. Tampoco planeaba hacerlo. —Alain lo mira con dete- nimiento. Aunque intenta ocultar su asombro, sé que esta tan desconcertado como yo

—¿Puedes volver solo o quieres que te lleve de regre - so? —pregunta relajando su postura y noto como Armen sonríe ligeramente—. Supongo que nadie tiene que saber lo que ha pasado, ¿verdad?

—Te lo agradecería —afirma mirándome. ¿Qué está pa - sando entre ellos? ¿Por qué Alain no parece temerle, ni desconfía?—. Después te lo explicaré —susurra inclinándose sobre mi boca—. No puedes exponerte de ese modo —me reprende sin separarse—. Promételo.

—Armen...

—Promételo, Gema. —Suspiro y asiento—. Gracias. —Se aparta dedicándome una sonrisa y entonces desaparece. Miro hacia el muro y luego a Alain. Quien parece demasiado tranquilo.

—Es mejor regresar antes de que alguien venga a buscar- nos —dice tomándome del brazo.

De mala gana dejo que me conduzca hasta la casa donde nos hemos quedado antes. Ninguno de los guardias parece haberse percatado de lo que ha ocurrido, tampoco veo a Pen y eso es algo que agradezco, no quiero verlo. No puedo creer que ocultara algo así. Le pregunté y mintió, él sabe lo importante que es mi madre, sabe lo que significa para mí perderla y ni siquiera por eso me lo dijo.

Alain me ayuda a sentarme sobre la cama y se apoya en la pared, cerca de la

puerta, mirándome con expresión seria. Creo que la hora de las preguntas ha llegado, él también lo vio. Vio como ese impuro se desintegró en una fracción de segundo. Pero ni siquiera yo tengo idea de qué ocurrió. No sé cuáles son las habilidades de Armen. Sé que puede leer la mente de los vampiros y que tiene otras más, pero lo que hizo fue sorprendente.

—Alain... —comienzo, pero niega y me interrumpe.

—Hay algo más que tienes que saber. —De pronto es como si un enorme peso cayera sobre mis hombros. ¿Puede haber algo peor que saber que mi madre podría estar muerta? ¿Qué más me han ocultado?

—¿Hay más? —Asiente inclinándose un poco.

—Están planeando quemarlos. —Me quedo de piedra y la conversación que escuché antes se repite en mi cabeza—. Las personas tienen miedo. Han comenzado a inquietarse y Aquiles no quiere perder el control sobre ellos. —Lo escucho terminan- do de procesar sus palabras—. Debemos encontrar la forma de sacarlo de ahí sin que resulte sospechoso.

—¿Por qué quieres ayudarme? —cuestiono analizando todo lo que ha dicho antes y en este momento. Debería estar cuestionándome sobre Armen o lo que ocurrió. ¿Por qué no lo delató?

Se encoge de hombros.

—Escuch é lo que hablaron. —Lo miro sorprendida y ofendida—. Lo sé, lo sé —murmura levantando las manos en son de paz, con una expresión de disculpa—. Sé que no debía escucharlos, pero necesitaba saber.

—Pero... —Ahora que lo pienso, sin duda Armen se dio cuenta, por eso volvió la mirada un par de ocasiones hacia la puerta—. ¿Estás del lado de Armen? —Sonríe y mueve la ca- beza.

—Ya te lo dije antes, Gema. Al igual que tú, solo quiero evitar que salgamos mal parados. No estoy del lado de nadie. —Está bien. Dime, ¿qué piensas? —Lo miro extrañada, abre la puerta y da un vistazo antes de cerrarla de nuevo. —Escucha, las cosas no pintan nada bien.

—Lo sé. —Mi madre está perdida, pero también se trata de Armen, aunque ha dejado claro que puede salir en cualquier instante. Pero si ellos lo atrapan, las cosas no terminarán nada bien.

—No, no se trata solo de lo que ocurre aquí —aclara re- moviéndose incómodo.
—¿Qué quieres decir? —pregunto inquieta.

—Llegaron noticias de Erbil, han comenzado a esclavizar a los humanos.
—No me lo puedo creer. Armen tenía razón—. Quienes se resisten sencillamente son alimento rápido.

—¡No puede ser! —Esto es peor de lo creí.
—Ynosotros somos su próximo objetivo. ¿Me equivoco? —No. ¿Pen sabe esto?

—Sí. Se lo dije hace un rato, pero ahora mismo cree que somos invencibles y... —Suspira y sonríe con pena—. Aunque no me gusta, tengo que admitir que se equivoca. Tal como lo creí, Regan solo nos dejó hacernos con el control del muro.

—Lo hizo... —confirmo ahora que he visto lo que puede hacer Armen.

—Sí, lo sé. Como él dijo, en cierta forma logró evitar que ellos atacaran. Pero eso significa que en realidad no tenemos la menor idea del poder que tienen.
—Asiento nuevamente.

—Son realmente fuertes y más que eso, rápidos. —Me mira con interés.

—Tú podrías enseñarnos a combatirlos. —Frunzo el ceño, mirándolo como si hubiera perdido la razón—. Para en- frentarnos a los impuros —aclara al notar mi desconcierto. Eso lo pensé antes, pero ahora no creo que sea posible.

—Ellos no confían en mí.
—Supongo. —Se pasa la mano por el pelo y sonríe—. Maldición.
—La única oportunidad que tenemos es confiar en él. — Me mira fijamente, tornándose serio.

—Dime, Gema ¿confías en él?
—Sí, Alain. Tú lo viste, nos salvó a los dos.

—De acuerdo. Entonces necesitamos un plan para sacarlo de ahí sin que tú estés involucrada.
—¿Qué quieres decir?
—Pen no te quita los ojos de encima. Incluso me pidió que te vigilara. —Es obvio.
—¿Por eso siempre estas detrás de mí?
—No solo por eso. No lo malinterpretes. Pero ese no es el punto ahora, sino sacar a tu vampiro.
—¿Has hablado con él? —Asiente.

—Un par de veces, no parece tan malo. En realidad, no conozco a muchos como él, pero sé que le importas y no me queda duda de eso. —Me muevo inquieta y avergonzada.

—No creo que alguien quiera ayudarnos —admito decaí- da.
—Puede que no, pero sé de alguien que quizás desee hacerlo.
—¿Quién? —pregunto esperanzada.

—Te lo diré mañana, por ahora descansa. Partimos a pri - mera hora hacia el bosque —dice abriendo la puerta—. Confía en mí, Gema. —Si Armen lo hace, creo que yo también puedo hacerlo.

—Buenas noches, Alain.

¡Armen! Es lo que único en que puedo pensar. Corro entre las sombras hasta que logro ver su espalda. Está a unos metros de mí. Lo llamo, pero mi voz no sale. Me acerco y aunque me parece correr a toda prisa, la distancia entre ambos no desaparece.

—¡Armen! —logro gritar. Se gira bruscamente hacia mí y lo que veo me llena de horror.
¡Está herido!

La sangre cubre su estómago y sus manos, que intentan contener inútilmente la hemorragia. ¿Qué le ha pasado? Niego intentando acércame, pero gruñe

mostrándome sus colmillos de modo amenazante. ¿Qué le ocurre? ¿Por qué me mira de ese modo? Como si fuera su enemigo. ¿No me reconoce? Bajo la mirada hacia mis manos y descubro que están teñidas de sangre. No es mía... es suya.

Ruedo sobre la cama y me llevo las manos al rostro, el cual está cubierto de sudor. Otra pesadilla, una espantosa. Salgo de la cama y me acerco a la ventana, el sol comienza a despuntar por el horizonte. Me abrazo a mí misma, aun presa del pánico que he experimentado en ese sueño. Yo jamás lastimaría a Armen, no, eso no lo haría. Quizás solo he mezclado lo ocurrido con ese impuro anoche. Sí, debe ser eso.

—Escucha —dice Alain apoyándose sobre la mesa—. Haremos un recorrido por los alrededores de la cuidad —ex- plica mientras señala el mapa—, y luego iremos con la única persona que puede ayudarnos.

—¿Quién es? —Niega—. ¿Podemos confiar en ella? Alain...
—Tranquila. Ya lo veras. Vamos.
—¿Y Pen? —pregunto con una mueca.
—Sabe que no quieres verlo y también le he explicado que haremos una búsqueda en los alrededores.
—Sí. —Tomo mi espada y me dirijo a la puerta.

—Creo que por aquí los sacaron —dice inclinándose jun - to al muro. Nunca antes había visto la parte trasera, por donde atacaron los impuros. Da a un lugar desierto que conecta con otra de las montañas que rodean Jericó.

—Sí —confirmo observando el suelo.

A pesar de que prácticamente se ha desvanecido su esencia, aun puedo percibirla. Ojalá mi madre tuviera un aroma particular que pudiera rastrear, pero a diferencia de los vampiros, ninguno de los humanos la tiene, excepto aquel desconocido del bosque. Él no era vampiro, de eso estoy segura, pero tenía un olor, ahora que lo pienso. Había algo diferente en él. Pude escuchar su voz en mi cabeza, eso no es para nada normal.

—¿Qué pasa? —inquiere al notar que estoy distraída. —Nada —contesto intentando parecer normal. Eso es algo que tampoco he podido contarle a

Armen.
—¿Estás segura? —pregunta incorporándose y apoyando sobre su hombro derecho la espada—. Si hay algo malo... —Estoy bien —aseguro mirando hacia el bosque—. Solo pensaba que puedo hacerlo sola. —Suelta una risilla.
—¿Y dejarte sola? ¿Tan malo me crees? No, Gema. Va- mos. Tenemos un trato. —Pongo los ojos en blanco y lo sigo.

Internarse en el bosque es fácil, sin embargo seguir un sendero, no tanto. Todo parece exactamente igual y el olor a humedad es abrumador.

—Estamos bastante lejos —dice mirando hacia el frente. Llevamos varias horas caminando y sí, estamos bastante lejos de la entrada.

Hasta ahora no hemos encontrado nada. No hay rastros de ellos, ni cadáveres, huellas, nada.
—¿No crees que es extraño? —pregunto tomando un pu- ñado de hojas que dejo caer despacio.
—¿Qué cosa? —inquiere volviéndose hacia mí—. ¿El bosque? Es aterrador.
—No, me refiero a que no hay nada.
—Eso es bueno, créeme. —Se encoge de hombros. Sacu- do la cabeza, parece que no capta la idea.

—Hablo de que este es el lugar donde se esconden, ¿no? —Asiente—. Entonces ¿por qué no hay cadáveres? ¿Rastros? Algo. Todos los que raptaban de la ciudad los traían aquí, pero no hay nada. —Parece entender hacia dónde quiero llegar y ahora sus ojos se mueven por el suelo.

—Tienes razón. No había pensado en eso.

—Desde que entramos no hay nada, ni siquiera rastros. Es extraño. —Me mira pensativo, sin atreverse a decirlo. Suspiro y miro hacia delante. Mi madre no pudo llegar tan lejos—. Tal vez deberíamos regresar —digo muy a mi pesar.

—Podemos avanzar otro rato —concede de buena gana—. Aun es medio día, anda. —Lo miro agradecida.

A pesar de haber caminado durante más de 8 horas, no encontramos rastro de

mi madre, ni de nadie más. Eso sigue siendo desconcertante. Su olor parece ser viejo, como si no hubieran estado aquí en un buen tiempo. Pero es imposible, desde luego, anoche mismo los vimos.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice mientras nos dirigi- mos de regreso a la ciudad.

—Sí.
—¿Lo habías visto antes?
—¿Qué cosa? —pregunto extrañada.

—Lo que hizo anoche con ese impuro —Me detengo mi - rándolo incómoda—. ¿Sabes si puede hacerlo con todos? — Suspiro y muevo la cabeza.

—No lo sé. Es también la primera vez que lo veo —con- testo en voz baja. No me gusta la expresión de su cara.

—Entiendo. —Mira al cielo y sonríe—. Fue increíble. —Pero requiere mucha energía vital para poder hacerlo —explico rápidamente. Si los demás lo supieran, podrían que- rer utilizarlo a su favor.

—Me di cuenta de eso. Aunque, ahora no está en su mejor estado, ¿cierto?
—Sí, pero es igual. Sus habilidades les implican gran es- fuerzo, por eso no suelen usarlas.

—Ya veo.
—¿Puedes mantenerlo en secreto?

—Por supuesto, Gema. Estoy de su lado. —Hasta ahora ha demostrado estarlo, pero me inquieta que pueda cambiar de parecer. No, no debo pensar eso.

—¿Me dirás a dónde vamos? —Sonríe y dirige la mirada hacia la ciudad.

—Su nombre es Kassia —«¡Kassia! La donante». —Una donante —murmuro. Alain me mira sorprendido. —¿La conoces? —Niego.
—La vi cuando volvíamos del refugio.

—Ya veo. Supongo que has escuchado hablar de ella.

—No mucho. Solo que es la líder de quienes fueron do- nantes y que ella y su grupo se negaron a unirse a los demás.

—Sí. Ella es una mujer extraña, dicen que tiene un pacto con un vampiro. —No hay malicia en sus palabras, pero de al- guna manera me hace sentir contrariada—. Se rumoreaba que no solo fue su donante, sino su mujer y que incluso le dio un hijo.

—¿Qué? ¿Un hijo? —Me mira divertido asintiendo.

—Sí, un h íbrido. —Se encoge de hombros—. Eso dicen, pero ya sabes cómo son las personas, algunos exageran las cosas. —Nunca antes ha existido un híbrido, pero que no lo haya, no significa que sea imposible.

—¿Tú qué crees?

—Que son solo leyendas. La ley prohíbe las relaciones y el odio que existe entre ambas razas impiden que eso ocurra. —Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Él nos vio be- sarnos y ahora debe saber que no solo soy la donante de Armen.

—Alain...
—No te estoy juzgando, Gema. Ni te estoy pidiendo ex- plicaciones. Solo te digo lo que se dice de ella.
Supongo que al igual que todos, cree que estamos cegadas por ellos y sus habilidades.

—¿Crees que por eso nos ayudar á? —pregunto un tanto irritada ante como suenan sus palabras. Deja escapar una carcajada y mueve la cabeza.

—No, Gema. Yo creo que ellos no les temen y como tú, conocen su naturaleza. Lo dijiste anoche, nadie de la ciudad querrá ayudarlo. Armen podría dejar el muro por sí mismo, eso ya lo vimos, pero la atención se volcaría hacia ti y tu familia. Necesitamos una distracción y alguien que los saque de Jericó sin que te involucres.

—¿A dónde los llevarán? —No había pensado en eso.

—Por ahora a un lugar que se encuentra a dos días de aquí. Creo que ahí se verá con sus amigos. Algo de eso dijo. Aunque... no quiere irse sin ti, pero tampoco puede quedarse. ¿Lo sabes? —Asiento.

—Yo hablar é con él. Pero... ¿Y tú? —Todo suena dema- siado bien, pero después de todo lo que ha ocurrido, tengo mis dudas.

—Yo me quedo contigo. Por supuesto que sospecharán de ti, pero puedo manejarlos.
—Está bien.
—Tú por ahora debes mantenerte al margen de todo. No levantar sospechas.
—Está bien.

Nos desviamos de la entrada de la ciudad y avanzamos por los límites, justo hacia la parte sur de la ciudad. No cuestiono, camino en silencio. Hay algunas personas que se mueven en torno a lo que parece una cueva. Son las personas que vi la otra ocasión. Los donantes.

Un par de ellos nos ven y salen a nuestro encuentro. Tie - nen el cabello largo ambos, el chico lleva el dorso desnudo y unos pantalones flojos de franela, es alto y musculoso. Ella tiene trenzas y algunos collares extraños, es pequeña y de piel tostada.

—¿Podemos ver a Kassia? —pregunta Alain deteniéndo- se a un par de metros de ellos.
Intercambian una mirada y ella corre hacia la entrada de la cueva.

La mirada inquisitiva del chico se posa sobre mí. Inconscientemente me llevo la mano al cuello recordando la mordida de Armen y noto como sonríe. Sus facciones salvajes se relajan y ladea el rostro sin dejar de verme con curiosidad.

—Dice que pasen —anuncia la chica desde el umbral del lugar.

Alain me indica que lo siga. Corro para mantenerme pegada a él, puesto que el chico no me quita los ojos de encima. La luz disminuye mientras nos

internamos en la gruta, que esta iluminada por algunas antorchas ubicadas sobre las paredes rocosas.

Aunque Alain parece sereno, noto como sus manos se tensan entorno al mango de su espalda. Yo también me siento nerviosa, pero ninguno parece portar armas, ni prestarnos demasiada atención.

Mientras avanzamos, encontramos más personas, de todas las edades y aspectos. Todas llevan ropas que parecen ha- ber sido improvisadas con fragmentos de telas de colores. Sin embargo, hay algo particular en ellos, parecen despreocupados, felices. Hay carpas improvisadas al fondo del lugar, que es bas- tante amplio, mucho más de lo que parece a simple vista. Incluso hay niños, pero todos son humanos.

—Aquí —dice la chica señalando una cortina negra que cubre una sección de la pared. Su mano la aparta, dejando al descubierto un pequeño túnel—. Adelante.

Dudosa doy un paso detrás de Alain y entonces la veo, está sentada sobre una pila de ropa que usa como asiento. Su cabello rubio oscuro parece emitir destellos bajo la llama de un par de antorchas colocadas a sus espaldas y sus ojos negros me examinan con detenimiento.

—Bienvenida, Gema —dice tomándome por sorpre - sa. ¿Cómo ha sabido mi nombre?—. Y Alain, ¿cierto? —pre- gunta mirándolo.

—Eh… Sí —murmura incómodo.

—Pónganse cómodos —pide señalando dos pequeños bancos de madera junto a la cortina, a una buena distancia de ella—. Y díganme, ¿en qué puedo ayudarlos?

Alain es el encargado de explicarle todo, ella asiente con monosílabos o sonidos de consentimiento, todo sin dejar de mirarme. Hay algo familiar en ella, no sé si es su rostro o su olor. Aunque a diferencia de lo que creí, no parece haber tenido contacto con un fundador en mucho tiempo. Pero no hay duda, tiene una esencia mezclada con la suya.

Tal como lo dijo Alain, quizás solo son rumores de la gen- te.

—Comprendo —murmura apenas Alain termina—. Har é lo que me pides. No me costará nada alistar a mi gente para partir esta noche.

—¿Esta noche? —pregunta sorprendido Alain—. No, yo...

—Las cosas deben hacerse rápidas, muchacho. La gente de Abdón ha comenzado a moverse y no solo él. Del otro lado de la montaña parece estar cocinándose algo grande. Ambos quieren la cabeza de Regan y lo que significa tenerla. —Alain se muerde el labio meditándolo y aprieta los puños.

—De acuerdo.
—No te preocupes por nada. Solo debes decirles que es- tén preparados, atacaremos después de medianoche. —No hay problema.
—Tú vendrás con nosotros, ¿verdad? —inquiere señalán- dome con la barbilla.
—No —niega Alain frunciendo el ceño.

—¿Por qué no? Eres su mujer, deberías estar con él. —La mandíbula me llega al suelo. ¿Por qué ha dicho eso? Alain carraspea, evidentemente incómodo.
—Su familia está aquí y la están vigilando.

—Entiendo. ¿Te molesta si hablo con ella un momento a solas? —De nuevo Alain parece confundido ante su pregunta. Me mira preocupado pero asiento. No creo que ella sea peligrosa y yo aún llevo mi espada.

—Respecto al plan...
—Esta noche —dice segura. Alain finge una sonrisa y me dirige una mirada inquieta.
—Te espero aquí afuera. —Sale mirándolos alternada- mente.
Me vuelvo hacia ella, quien sonríe.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Gema —dice des - plazándose de su asiento hacia dónde estoy. Intento no alterar mi expresión, pero es desconcertante la familiaridad con la que se dirige a mí. Estoy segura de no haberla visto antes.

—¿De verdad? —balbuceo nerviosa.

—Sí. Quería saber quién era la mujer de Armen. —De nuevo lo ha llamado por su nombre—. Sí —responde a una pre- gunta que no he formulado en voz alta—. Lo conozco. A él y a su padre. —Abro demasiado los ojos.

—¿Usted...?

—Fui la donante del padre de Armen. —Estoy sin pala - bras—. Claro que de eso hace ya bastantes años, pero aun lo re- cuerdo bastante bien —dice con una mirada llena de añoranza.

—¿Por eso lo ayuda? —No puedo evitar preguntar. Son- ríe de modo cariñoso.

—Por eso y porque mi hijo me lo ha pedido. —La cortina se abre y antes de que entre, lo reconozco—. Te presento a mi hijo, Farah. —Es él, el hombre del bosque—. Aunque creo que ya se conocen. ¿Cierto?

ISELA REYES

Capítulo 35



Por supuesto que lo conozco, pero no puedo creer que sea su hijo.

No me molesto en disimular, lo observo de pies a cabeza, completamente anonadada. Ahora que lo tengo cerca me parece aún más alto de lo que recordaba, sus ojos tienen un particular color miel, su cabello rubio y largo le da un aspecto salvaje. Esto es completamente inesperado.

—¿Eres el hermano de Armen? —pregunto con voz aho- gada. Kassia sonríe moviendo ligeramente la cabeza.

—Solo de sangre —responde él. Su voz es áspera, se ajus - ta a la perfección a su aspecto tosco. ¿Solo de sangre? Claro, él es un híbrido, nacido de la unión entre una humana y un vampiro; y Armen es un humano que fue transformado en vampiro. Ambos comparten la sangre de Regan. Farah da un paso hacia el interior del lugar y al instante retrocedo, intimidada por su aspecto—. Tranquila —dice alzando las manos, reprimiendo una sonrisa.

Me siento un poco ridícula por mi reacción involuntaria, él fue quien me

salvo antes pero...

—¿Cómo es que puedes entrar en mi cabeza? —La pre - gunta le hace sonreír abiertamente y la rudeza de su rostro se suaviza ligeramente. Es tan distinto a Armen, aunque sé que no son realmente hermanos, no puedo evitar compararlos.

—”Entrar en tu cabeza” —repite con aire pensativo—. Yo no diría eso.
—Te escuché —aseguro tocándome la frente—. En el bosque, te escuché dentro.
Hace una mueca y se encoje de hombros.
—Sí, pero no entré en tu mente, solo hice que me escu- charas. Trasmití mis pensamientos.

—¿Cómo?
—Me encantaría responder a todas tus preguntas, pero debes irte o tu amigo se pondrá nervioso. Solo te diré que mi habilidad es similar a la de Armen. Él puede leer y trasmitir sus pensamientos a la mente de otros vampiros; yo lo hago, pero con los humanos. Digamos que es herencia de la sangre que llevamos.

Increíble.
—Aunque tú también pareces ser distinta —comenta su madre observándome con detenimiento. ¿Yo distinta? —No lo creo —difiero extrañada.
—Mi madre tiene razón —coincide él, observándome con interés. Cosa que me hace sentir rara.

—Espera... ¿Eres tú quien me llama en sueños? —Ambos intercambian una mirada y Farah niega con un movimiento de cabeza.

—Te repito que solo proyecto mi voz a tu mente. No pue - do controlar tus pensamientos, ni muchos menos entrar en tus sueños.

—Pero hay otros que si pueden hacerlo —asegura Kassia con una expresión extraña—. ¿Se lo has contado a Armen?

—¿Sobre los sueños?
—Sí.

—Algunos —murmuro inc ómoda. Los últimos me ha sido imposible, hay demasiadas cosas importantes en este momento como para inquietarlo.

—¿Qué es lo que ves en tus sueños, Gema? ¿Cómo es la voz que te llama? —inquiere con cierta fascinación. —Madre... —Levanta la mano, haciendo que su hijo guarde silencio.
—Dime, Gema, ¿cómo son esos sueños? —Tomo aire y trato de rememorarlo, a pesar de lo desagradables que resultan.

—Me veo a mí de niña, siendo un vampiro y también... lastimando a Armen —digo recordando la horrible imagen de esta mañana—. Tengo su sangre en mis manos. —Sus labios forman una línea tensa. Mueve la cabeza, indicándome que continúe—. La voz... me resulta familiar, siento que la he escucha- do antes, pero... no estoy segura. Dice mi nombre y... pide que le entregue mi sangre.

—¿Qué sientes? —Farah pone los ojos en blanco y desvía la atención de nosotras. Al parecer no le llama la atención el tema.

—Miedo, desesperación... es una sensación perturbadora. —Kassia deja escapar un gruñido y camina por el lugar, ante la mirada atenta de su hijo, quien ahora también parece inquieto.

—¿Eso lo sabe Armen? —Niego retorciéndome nervio - samente las manos—. ¿Por qué no? —cuestiona dedicándome una mirada de reproche.

—Ahora mismo es difícil verlo a solas. No he podido ha- blar mucho con él. —Asiente relajándose un poco.

—Debes hacerlo antes de que partamos. Explícale lo que me has contado, todo. No se trata de Farah, ni tampoco creo que sea él, debe tratarse de otro vampiro.

—¿Otro vampiro? —Antes de que pueda responder mi pregunta, la voz de Alain se escucha.

—¿Gema? —Su cabeza asoma a través de la cortina y sus ojos miran un tanto sorprendidos a Farah. Quien permanece apoyado en la pared con aire

despreocupado.

—Te lo dije —masculla el rubio dejándose caer en uno de los banquillos.

—Ya voy —balbuceo mirando de nuevo a Kassia. Ella sabe algo más. No por nada ha puesto esa cara—. Kassia... — Niega mientras parece meditar algo.

—Después, Gema —responde mirando a Alain—. Cuí - dala mucho. —Él asiente sin comprender de qué van sus pala- bras—. Y prepáralos. A media noche entraremos. Vayan.

Salgo dedicándoles una última mirada y ella me sonríe ligeramente, pero transmitiendo inquietud en sus ojos. ¿Otro vampiro? ¿Qué quiere decir? ¿Abdón?

—¿Quién era ese? —pregunta Alain mientras nos aleja - mos de la entrada de la cueva. Me debato entre contarle la verdad sobre su origen, pero sin duda no creo que sea buena idea. Sería agregar otra inquietud a las personas.

Los híbridos siempre han sido una especie de tabú, puesto que no pertenecen a ninguna de las dos razas. Son temidos por ambos grupos, aunque creo que más por los vampiros, puesto que ellos fueron quienes prohibieron su concepción.

—Su hijo —digo restándole importancia.

—Uhm. Vaya sujeto, parece un león con ese cabello. — Me alegro de que no notara el aire extraño que lo rodea—. Y ni hablar del que vimos en la entrada.

—Sí —respondo forzando una sonrisa.

Farah en apariencia es un humano común. Su piel y sus ojos son como los de una persona normal, nada parecido a un vampiro. Incluso su cuerpo es un poco más atlético y robusto que el de ellos. La diferencia radica en que sus sentidos parecen ser más desarrollados y también en la fuerza, que es superior a la de una persona común. Recuerdo como fue capaz de hacerle frente a aquel impuro en el bosque. La velocidad con la que se movía y como respondía a sus ataques. Además de esa habilidad de comunicarse con la

mente.

Pero lo que me inquieta, son las palabras de Kassia. Sabía que se trataba de otro vampiro. He visto sus ojos en la oscu- ridad, su voz es tétrica y me queda claro que no es ordinario, pero, ¿quién es? ¿Y por qué puede entrar en mis sueños?

—Arreglar é las cosas para que lo veas en un rato —co- mienza a decir Alain, ajeno a mis pensamientos—. ¿Puedes ocultar la marca de tu cuello? Diré que tienes que alimentarlo porque está muy débil.

—Puedo hacerlo, pero...

—No te preocupes por Pen. Si mi teoría es correcta, que - rrán hacerlo mañana y quizás piense que será su última cena. —Lo miro horrorizada—. Sé que suena feo, Gema. Pero parece que es así, por eso Kassia no ha querido esperar más tiempo.

—Lo entiendo. —Pero no deja de preocuparme. —Si te pidiera que te fueras con él...

—No puedo, Alain —respondo sin dudarlo. No solo por la esperanza de encontrar a mi madre con vida, sino por el resto de mi familia. Les fallé una vez, no puedo hacerlo dos veces. No quiero dejarlo de nuevo, pero no tengo otra opción—. Él se encontrará con Anisa y Rafael, estará bien —digo intentando convencerme a mí misma.

—La que me preocupa eres tú, Gema —asegura tomándo- me por sorpresa. ¿Yo?

—Pen no me lastimaría. —Puede que haga muchas cosas impulsivamente, pero como él mismo lo explicó, solo intenta protegerlos y sabe que yo también lo deseo. Además, sé que aún me tiene cariño.

—Él no, pero respecto a los demás, no puedo asegurarlo. —¿Tanto me odian? —pregunto sin poder creerlo.

Aunque tampoco puedo culparlos. Está claro que así como yo juzgue a los

donantes antes, ahora me está pasando lo mismo.

—No se trata de odio, Gema. Pero para ellos eres una traidora. Sabían que estabas con él y el hecho de que aceptara intercambiarte para detener la revuelta les dio a entender que eres importante. Si tienen que desquitarse con alguien cuando descubran que se ha ido, lo harán contigo. —Me quedo muda ante la crudeza de sus palabras—. Creo que a eso se refería Kas- sia. Deberías considerarlo, puedes irte con él.

Descarto la idea de inmediato. No puedo hacerlo. No aunque quisiera.

Estamos próximos al muro cuando lo veo. Está apoyado en uno de los edificios, tiene los brazos en el pecho y parece no estar muy contento. Alain suspira y sacude la cabeza.

—Solo dale por su lado —dice entre dientes agitando la mano a manera de saludo.

—¡Por fin llegan! —exclama con ironía, apartándose de la pared y dirigiéndose hacia nosotros. No me detengo, sigo caminando sin mirarlo.

—Estuvimos recorriendo el bosque y los alrededores — escucho decir a Alain con calma, mientras sus pasos me acompañan. Pen no dice nada.

Caminamos un buen tramo en silencio.
—Debieron ir con alguien más —masculla—. Pudo pa- sarles algo. —Suspiro y acelero el paso. Prefiero no comenzar a discutir con él de nuevo. No es el mejor momento, no debo levantar sospechas.

—¿No vas a cenar? —pregunta asomándose por la puerta de la habitación.

Me he pasado el resto de la tarde tumbada en la cama, sin querer ver a nadie. No dejo de pensar en mi madre, en Armen, en Kassia y su hijo.

No cambio mi postura ni retiro mi brazo del rostro al escucharlo. Suspira y entra, percibo sus pasos acercándose.

—Si lo piensas alimentar, debes comer —dice con re - signación. Me incorporo de golpe y lo miro incrédula. Parece arrepentido y mantiene la

cabeza gacha—. Lo siento, Gema. — Hace una pausa y se lleva las manos a los bolsillos de la chaque- ta—. No es que no hubiera querido enviar alguien a buscarla, es solo que cuando me enteré de lo ocurrido, habían pasado varias horas y era de noche. Nadie...

—Entiendo —murmuro desviando la mirada. Nadie arriesgaría su vida—. Solo deja que la busque.

—Por supuesto. —Salgo de la habitación y me dirijo ha - cia la entrada del muro, donde Alain espera. No parece muy contento y me temo que no han ido bien las cosas—. Solo por esta vez —informa a mis espaldas—. Y seré yo quien te acom- pañe. —Me giro de golpe y niego.

—No... —intento decir, pero me interrumpe.
—Eso o nada. Tú decides, Gema. —Me muerdo el labio para no contestarle.
—Pen... —interviene Alain, pero lo fulmina con la mira- da.

—No, Alain —niega con expresión dura—. Ya lo hemos hablado, seré yo quien la lleve. —Si me niego podría ser sospe- choso. No tengo otra opción.

—De acuerdo —respondo con tranquilidad, dedicándole una mirada cómplice a Alain, quien murmura algo y se va.

Aún es temprano. De nuevo, el patio central del muro está repleto de personas que conversan y ríen alegremente. Es la hora de la cena y muchos olores se mezclan.

¡Mátalos!

Me detengo de golpe al escucharlo. ¿Qué ha sido eso? Miro alrededor intentando encontrar de donde proviene la voz que acabo de escuchar, pero salvo algunas miradas de desconfianza que las personas me dirigen, no encuentro esos ojos carmesí que me persiguen en mis sueños.

—Gema. —Pen me mira preocupado y de inmediato in - tento componerme, pero, ¿acaso lo he imaginado?—. ¿Estás bien? —pregunta con insistencia.

—Sí, sí —afirmo con nerviosismo. «Tranquila, Gema. Mantén la calma».

Creo que es solo el estrés. Sí, eso debe ser. Han sido muchas cosas en poco tiempo y mi cabeza aún no ter- mina de procesarlas. Estoy sugestionándome.

—Estás pálida. —Sacudo la cabeza y comienzo a caminar de nuevo.

—Estoy bien. Vamos.
—Tal vez...

—¡No! —exclamo sobresaltada, captando la atención de algunos otros. Pen lo nota y tomándome del brazo me hace avanzar de prisa.

—Gema…
—Puedo hacerlo —aseguro.

—Sabes que no tienes que hacer esto —murmura mien - tras nos movemos—. Si no desea alimentarse con sustitutivo es su problema. Ya no estás obligada a nada.

—Quiero hacerlo —digo con convicción. Aprieta la man- díbula con fuerza, pero no dice nada.
—¡Pen! —saludan al mismo tiempo el par de guardias, que custodian la entrada al edificio.
—Abran —pide sin amabilidad, pasando por alto sus sa- ludos.

Ellos se miran un poco desconcertados por su brusquedad, pero acatan su orden. Pen ni siquiera se los agradece y me hace entrar.

En silencio bajamos las escaleras y de nuevo nos encontramos con otros guardias. Nuevamente sin amabilidad, ordena que abran la puerta y le entreguen las llaves de la celda de Armen. Ninguno de los hombres dice nada, pero me miran inquietos por la expresión furiosa que mantiene Pen.

—No tienes que entrar —intento persuadirlo. —Olvídalo —masculla apretando los dientes mientras in- gresamos.

Todo permanece en silencio y compruebo que parecen exhaustos y demacrados. Mantengo la mirada en el suelo, deseando evitar las miradas de reproche que me lanzan. Observo a Irina y Uriel, quienes tienen un mejor

aspecto y permanecen muy juntos, sentados en el suelo. Ella me dedica una ligera sonrisa. «Pronto saldrán de aquí», pienso deseando que pudieran escucharme.

Nos detenemos frente a su celda. Noto la expresión de malestar en Armen, al percatarse de la mano de Pen en mi brazo. Adopta una postura digna irguiéndose en su lugar y fulminándolo con la mirada.

Pen me libera sin decir nada, inserta la llave en la cerradura y me indica que entre. Lo hago y escucho como cierra de nuevo, pero no se marcha. Retrocede un par de pasos y se cruza de brazos. Suspiro resignada, girándome hacia Armen. Quien permanece sentado, estudiando con la mirada a Pen.

Me acerco a él y sin contenerme me acomodo sobre sus piernas, rodeando su cuello con ambos brazos.
—Te extrañé —susurro esperando que Pen no pueda es- cucharme.
—Que sea rápido, Gema —dice Pen de mala manera. Lo ignoro y acerco mis labios al oído de Armen.

—Está noche van a sacarte de aquí —digo muy bajo. Sé que los demás me escuchan y eso los alertará, para que estén preparados—. Confía en ellos, confía en mí —pido antes de besarlo con pasión desmedida.

Me acerco más a él, quien a pesar de parecer sorprendido corresponde a mi efusividad. Pego mi pecho al suyo, enredando mis manos en su cabello y hundiendo mi lengua en su boca.

—Confía —repito sobre su boca.
—¿Y tú? —inquiere frunciendo el ceño.
—Mi familia —respondo esperando que comprenda. —No me iré sin ti.

—Te encontraré —aseguro apoyando mi frente en la suya—. Te lo prometo.
—Tiro del cuello de mi blusa y ladeo la cabeza—. Hazlo. —Titubea un instante, pero sabe que lo nece- sita, aún está débil.

Despacio acerca su boca a mi piel y hunde con suavidad sus colmillos.
Cierro los ojos, aferrándome con fuerza a sus hombros. —Vendré a por ti si

no vas a buscarme —advierte muy serio. Sonrío y asiento.

—Te amo —articulo antes de ponerme de pie y retroce - der. No le gusta la idea, pero tengo la certeza de que sabe lo que planean. No hay opciones.

—Fue desagradable —farfulla Pen mientras regresamos a la entrada del muro.
—Te dije que no fueras conmigo. —Tira de mi brazo, obligándome a detenerme y mirarlo.

—Gema...
—¿Qué? —digo zafándome de su agarre.

—He hecho todo lo que querías —reprocha molesto—. Incluso he permitido que se alimente de nuevo de ti —dice como si las palabras le quemaran.

—Aun no te das cuenta, ¿verdad? —cuestiono—. Ellos no están afuera, están ahí, dentro, ¿y qué ha pasado? Seguimos muriendo.

—Eso...
—Date cuenta, Pen. Nuestro enemigo ahora es otro. Al- guien que manipula impuros, ¿y quién sabe? Tal vez a los repu- diados también.

—¿Y quién asegura que no intentan liberarlos? —Suelto una risa burlona.
—¿Te escuchaste? Está claro que no desean ayudarlos, ya una vez intentaron asesinarlos.
—Te recuerdo que ellos mismos los crearon.

—Lo sé, no obstante estas personas corren peligro. —No pierdo nada con intentar convencerlo—. Si los destruyes no ga- naremos nada —digo con expresión serena, pero él me mira atónito—. Sí, lo he escuchado. Todo el mundo habla de querer asesinarlos.

—No está en mis manos evitarlo —dice sin ápice de cul- pa. No le importa.
—Mientes. No quieres evitarlo, que es distinto. —Di lo que quieras. Si tu plan es que nos aliemos con ellos, pierdes tu tiempo. No los necesitamos.

—Espero que puedas seguir diciendo eso cuando el ver - dadero enemigo

aparezca y no tenga piedad —murmuro echan- do a correr, dejándolo con la palabra en la boca.

Soy terca, sí, pero Pen es aún peor. No voy a convencerlo, solo espero que no tenga que darse cuenta cuando sea demasiado tarde.

—Es mejor que descanses —dice Alain observándome con gesto cansado. No puedo evitarlo, me muero de los nervios y no he dejado de caminar de un lado a otro.

—No puedo.

—Todo irá bien, Gema. —Voces alteradas se escuchan fuera y siento el impulso de salir corriendo, solo para asegurarme de que no se trata de Armen, pero Alain niega bloqueando la puerta—. Es parte del plan.

Lo segundos trascurren, las voces aumentan de intensidad y un golpe en la puerta me hace dar un respingo. Alain me indica que entre en mi habitación y a regañadientes obedezco.

—¿Qué pasa Pen? —pregunta Alain, fingiendo un boste- zo.
—Algunos impuros en el viejo refugio. ¿Te importaría resguardar la entrada al muro?
Impuros. Por un momento, creí que se trataba de algo referente a Armen.

—Claro que no.
—¿Y Gema?
—Se fue a la cama. No parecía sentirse bien.
—¿Por la mordida? —Alain deja escapar una risilla.

—No, yo diría que fue por ti. Creo que te mencionó entre los insultos que soltó.
Escucho maldecir a Pen y luego cómo la puerta se cierra con un Alain aun riendo. Mentiroso. ¿Cómo puede decirle eso?

Opto por quedarme en la habitación. No me apetece dor - mir, no podría. Los minutos trascurren pareciendo interminables y de pronto las voces cesan, pero Alain aun no regresa. ¿Habrá pasado algo con los impuros?

Me muevo intranquila hasta que unas manos rodean mi cintura.

—¡Armen! —exclamo girándome. Paso de la emoción a la angustia. No debería estar aquí—. ¿Qué haces aquí? —pre- gunto mirando la puerta.

—Ven conmigo, Gema —pide rozando mis labios. Cierro los ojos y suspiro.
—No puedo. —Me aprieta contra él y me besa intentando persuadirme.
—No quiero dejarte. Ya una vez lo hice y terminaste heri- da. —Sonrío y niego.

—Eso no fue tu culpa.
—También tu madre desapareció —dice con pesar. —Tampoco tuviste la culpa.

—Estaba a mi cuidado, debí asegurarme de que la sacaran de ahí.

—Armen...
—¡Por favor!

—Regresan. —Uriel aparece en la ventana—. Tenemos que irnos. —Armen lo fulmina con la mirada, pero Uriel lo toma del brazo y me mira.

—Gema.

—Váyanse. —Armen no parece muy conforme, pero sabe que no cambiaré de opinión. Me acerco y lo beso de nuevo—. Voy a estar bien y te encontraré.

—Vendré por ti, si no es así. —Asiento y me aparto.

—Cuídate, Gema —dice Uriel tirando del brazo de Ar - men para salir por la ventana. Los veo perderse en la oscuridad. Retrocedo dejándome caer sobre la cama.

«Sí, voy a encontrarlo. Puedo hacerlo. Estaré bien. ».

Un jardín. Hay muchas flores, el sol calienta mi piel y la brisa resulta placentera. Avanzo hacia el umbral de la pequeña pero hermosa casita. Hay alguien inclinado junto a unas rosas.

—¿Mamá? —susurro acercándome despacio. —Gema —responde sin mirarme.

—¿Qué haces? —Levanta una mano sosteniendo una planta y me sonríe.

—¿Tú qué crees? —pregunta con una deslumbrante son - risa—. Cultivando flores. —Me relajo un poco al ver la expre- sión feliz de su rostro—. Ven aquí y ayúdame. —Me inclino junto a ella y observo lo que hace—. ¿Recuerdas lo que me pro- metiste? —La miro desconcertada—. ¿Lo recuerdas, Gema?

—¿Qué cosa? —Niega frunciendo la frente.
—No debes olvidar tus promesas, hija. Confío en ti. De- bes cumplir lo que me prometiste.

—Pero... —Sujeta mi mano y me mira muy seria. —Tienes que hacerlo, Gema... Me lo prometiste.…

—¡Gema! ¡Gema! —Alguien grita mi nombre y me sacu - de con brusquedad. Abro los ojos encontrándome con el rostro desencajado de Pen, quien intenta despertarme.

—¿Qué...?
—¿Dónde está? —pregunta sin dejar de zarandearme—. ¿Dónde están?
—Me estás lastimando —me quejo empujándolo. —¿Dónde está? —repite llevándose las manos a la cintu- ra y moviendo la cabeza—. No mientas.
—No entiendo, ¿de qué estás hablando?

—¡Por favor! Sabes de que lo que hablo. Anoche tus vam - piros se escaparon. —Lo miro verdaderamente sorprendida—. No finjas, sé que lo sabías, por eso te despediste tan cariñosamente de él.

—Pen...

—¿No entiendes? Ahora todos quieren tu cabeza. —Tra - go con fuerza justo antes de que la puerta se abra. Aquiles y otros hombres entran.

—¿Ha dicho algo? —Pen niega mirándome preocupado. —Dice que no sabe

nada.

—Ya lo veremos —dice mirándome con malicia—. Agá- rrenla.

—¿Qué? —Dos hombres me toman de los brazos, me re - sisto, pero otro más me ata las manos. Podría pelear pero solo complicaría las cosas y mi espada no parece estar cerca. Miro a Pen en busca de ayuda, pero él me da la espalda.

—Te lo advertí, Gema —susurra fríamente—. Si no estás con nosotros, entonces eres nuestro enemigo. Llévensela.

Dejo de forcejar y permito que me lleven. No puedo creerlo, Pen me ha abandonado. ¿Dónde está Alain? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué pasará con mi familia? ¡Oh Dios!

ISELA REYES

Capítulo 36



Como si fuera un ladrón, me escoltan a través de la puerta trasera del muro. Para mi fortuna aún es muy temprano y no parece haber muchos testigos, el movimiento en el interior es prácticamente inexistente. Me conducen al interior del edificio donde se encuentran las celdas. Las cuales ahora están desiertas. Tal como lo creí, ellos estaban aquí solo por Armen. Espero que todos estén bien y logren llegar a su destino.

—¿Debemos encadenarla? —pregunta uno de los hom- bres, mientras abre la reja de la celda.

Pen niega con la cabeza y el hombre que me sostiene me hace entrar dándome un ligero empujón. Libera mis manos y retrocede rápidamente, como si creyera que fuera a atacarlo. No tengo intenciones de escapar, aun si pudiera hacerlo. Veo como cierran la puerta con llave y me acerco a los barrotes.

—¿Qué pasará con mi familia? —inquiero mirándolo so- lamente a él.

—Ellos estarán bien —asegura. Lo miro con desconfian - za. No tendría por qué hacerlo, no mientras me consideren una traidora. Pen sabe que no le creo de todo y su expresión me lo indica. Se pasa la mano por la frente y niega—. No tienen nada que ver con esto, ¿verdad? —«Pase lo que pase, no admitas que los ayudaste. No tendrás pruebas en tu contra». No respondo. Hace una mueca de disgusto ante mi silencio. Sé que le está cos- tando contenerse y lamento tener que estar del otro lado, pero lo que hago es por el bien de todos. Aun cuando él no lo considere así—. Estarán bien —repite.

No tengo más opciones que creer en él. En este momento, no sé dónde está Alain y preguntar por él sería sospechoso, así que solo queda esperar y afrontar lo que venga. No temo, no por mí.

—Solo mantenlos a salvo. —Sus ojos me miran con re - proche. Supongo que piensa que no debería exigir algo en mi situación, pero no puedo evitarlo.

Sin decir nada, se da la vuelta y se marcha. El sonido de sus pisadas se vuelve más lejano, hasta que el golpe de la puerta lo acalla por completo.

Aunque esto es inesperado, no puedo culparlo. Hace lo que considera correcto y ni siquiera el cariño que nos unió puede evitarlo.

Miro alrededor. Estoy encerrada en este sitio frío. Retrocedo hasta que mi espalda choca con el hormigón de la pared. Me deslizo hasta terminar sentada en el suelo. No tengo ni idea de lo que pasará ahora, solo espero que Armen pueda encontrarse con Rafael y Anisa, que detengan los planes que tiene Abdón y que no se entere de lo que ha pasado. No debe volver por ningún motivo.

Me llevo las manos al rostro y subo hasta mi pelo. Suspiro, echando la cabeza hacia atrás y miro al techo. Con todo el ajetreo, ni siquiera he tenido tiempo de pensar en ese extraño sueño. Me estremezco al recordar las palabras de mi madre. ¿Promesas? Hay dos que me vienen a mente. Proteger a mis hermanos y... sacudo la cabeza intentando no pensar en ella. No, eso no ocurrirá. Ella tiene que estar bien, en algún lugar, esperando que la encuentre. Sin embargo, ahora mismo soy incapaz de buscarla y dudo que Pen quiera hacerlo. No arriesgará a nadie más. Bien por él, siempre ha sido un buen líder.

El tiempo dentro de este lugar parece ir demasiado lento. No hay sonidos y el silencio es abrumador. El olor de sus anteriores huéspedes se percibe aun en el aire, puedo identificar sin problemas el aroma de Armen, a pesar de que estoy a un par de celdas de donde se encontraba. ¿Cómo estará?

El sonido de la puerta abriéndose capta mi atención, me pongo de pie justo cuando aparece frente a la celda. Alain.

—No tardo —dice mirando al guardia que lo acompaña, quien se encoje de hombros y regresa hacia la puerta. Alain coloca en el suelo la bandeja y abre la puerta de la celda. ¿Dónde estaba? ¿Qué ha pasado con Armen y los demás?—. Lo siento —murmura dedicándome una mirada de advertencia. Estoy a punto de preguntar, cuando noto que debajo del plato de comida sobresale un pedazo de papel. Lo miro interrogante, pero solo asiente con un ligero movimiento de cabeza—. Come, necesita- rás fuerzas —Su voz es lo suficientemente alta para que lo escu- chen los guardias. Cierra la puerta y desaparece por el pasillo.

No puede hablar.
Me arrastro hasta alcanzar la bandeja y después de asegurarme que no hay nadie mirando, la tomo. Regreso hasta la pared y la desdoblo:

“Me enviaron a seguir su rastro, por eso no pude estar contigo. Por el momento no puedo hacer nada, espera un poco y te sacaré de aquí. Por tu familia no te preocupes, ellos están bien, aunque ya lo saben. Lo siento”.

Suspiro un poco aliviada, aun cuando sé lo desconcertante que resultará esto para mi padre y mis hermanos. Si antes todo el mundo murmuraba sobre mí, ahora lo hará con mayor razón y eso les ocasionará inconvenientes.

—Escucha —repite con cansancio—. Si nos dices a don - de se dirigen, te sacaremos de las celdas. —¿De verdad creen que lo haré?

—No sé nada —respondo con voz tranquila. Aquiles en compañía de otros hombres que había visto en un par de ocasiones, me mantienen atada a una silla en una habitación apartada, cuestionándome sobre Armen y los demás. Aunque curiosamente, solo parecen tener interés en él. ¿Por qué? No es como si les importaran sus planes, únicamente quieren saber dónde está.

—¿Y piensas que creeremos eso? —pregunta con tono burlón uno de ellos. Tiene la barba larga y su barriga es promi- nente—. Tú estuviste con él y te entregó a nosotros.

—Exactamente —lo interrumpo—. Me entregó. No le importo —gruñe y retrocede analizando mis palabras.

—Yo no estoy tan seguro —masculla Aquiles acercándo - se. Se había mantenido al margen, pero ahora me mira con una sonrisa malintencionada—.Ya veremos si regresa a buscarte. — Los tres sonríen muy convencidos. «Ojalá que se equivoquen».

El día transcurre sin más. Nadie más cruza la puerta, nadie que tenga algo que decir. Apenas pruebo bocado y me hago un ovillo intentando ignorar el frío que se incrementa mientras la noche avanza.

No sé qué hora es, pero me sobresalta el sonido de la puerta. Abro los ojos y descubro que alguien parece haber entrado en la celda, hay una manta cubriéndome y una bandeja de comida cerca de mis pies.

—¡Gema! —Miro horrorizada a mi hermana acercarse a la celda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto desconcertada, niega mi - rándome con ojos llorosos. «¡Odio verla llorar!». Me acerco a los barrotes, al mismo tiempo que lo hace mi padre. Él también parece haber llorado. No quería que me vieran así.

Fulmino con la mirada a Pen, desde luego que ha sido él quien los ha traído. ¿Por qué lo ha hecho? Ignora mi actitud y mantiene la vista en mi hermana, quien se aferra a mis manos.

—¿Estás bien? —susurra con voz temblorosa. Asiento, dándole mi mejor sonrisa.
—Sí, Mai. No llores, estoy bien. —Niega dejando escapar un sollozo, que rompe mi quietud.

—Solo diles lo que quieren, Gema —suplica mi padre. Me muerdo los labios y sacudo la cabeza. No puedo creer que recurra a esto para hacerme hablar.

¡Maldito, Pen!

—Yo no sé nada, papá —contesto con firmeza.

En teoría no es mentira, porque justo ahora no sé dónde se encuentran. Mi padre sacude la cabeza y Pen, con las manos en la cintura retrocede, evidentemente molesto por no conseguir su objetivo.

—¿Por qué los has traído? —ataco en cuanto nos queda- mos solos.

—Estaban preocupados, querían verte.
—¡No! Lo has hecho apropósito.
—No es así, Gema.

—¿Por qué tienes que utilizarlos? ¡Ya te dije que no sé nada!
—Gema...
—¡Vete! —Me giro dándole la espalda. No tiene sentido discutir con él.

—Esa nunca fue mi intención, pero no pude mentirle a tu padre sobre lo que ocurre. Solo quiere lo mejor. —Empuño las manos y golpeo la pared. Me trago el enfado y evito responderle. Eso no me lo creo. ¡Mentiroso!

Suspiro apretando mis rodillas. Hay un olor extraño en el aire.
¡Sangre!

Un segundo… ¿La sangre tiene olor? Por alguna razón lo sé, sé que es sangre lo que impregna el ambiente. Abro los ojos, comprobando que aún estoy dentro de la celda, pero hay algo raro. La puerta está abierta.

No dudo en incorporarme y acercarme, intrigada no solo por lo que percibo, sino por el hecho de que dejaran la puerta abierta. Con paso inseguro salgo de la celda y descubro que la puerta que conduce al exterior también parece estar abierta. Algo no va bien.

Con cautela empujo la superficie de metal, no hay nadie. ¿Adónde han ido los guardias? Que extraño. El aroma se hace más fuerte, pero ahora no está sola, hay un olor a quemado que le acompaña. El corazón me martillea con fuerza mientras subo corriendo los escalones. Giro el pomo de la puerta y

compruebo que también está abierta. Respiro con fuerza y cuando cruzo la puerta, mi corazón se paraliza.

¡Muerte!

Muerte es lo único que encuentro al otro lado. ¡Dios mío! Hay cadáveres por todos lados. ¿Qué fue lo que pasó? Algunas casas arden y otras son cenizas humeantes. Hay cadáveres so- bre el suelo y en algunas ventanas. Todos parecen estar muertos y lo peor... todos son humanos. ¡Mi familia! ¿Dónde están? El pánico se apodera de mí. Desesperada corro hacia el patio central y me detengo al reconocer su pelo.

¡No, por favor, no!

Trago saliva y obligo a mis pies a moverse. Su cuerpo menudo está cubierto por un vestido gris pálido que está completamente manchado de sangre. ¡Su sangre! Las lágrimas emergen nublando mi visión. Sollozo dejándome caer a su lado.

—¡Mai! ¡Mai! —La tomo entre mis brazos y la hago gi - rar. Tiene la garganta destrozada y sus brazos tienen también heridas. La abrazo con fuerza llorando desconsolada, pero en- tonces los veo.

*A unos metros de mí, están Taby y mi padre. Inmóviles, tendidos sobre un charco de sangre. Niego horrorizada. ¡Están muertos! Lo sé, su sangre llena mis fosas y siento que vomitar*é.

—¿Acaso no te lo dije? —Levanto el rostro y me encuen - tro con su pálida figura. ¡No! ¡Esto no puede ser cierto! Mi madre sonríe mientras pasa su mano por su boca, limpiando la sangre que gotea de sus labios—. Te lo advertí —dice dando un paso hacia mí—. Te dije que debías cumplir tu promesa. — Señala hacia sus cuerpos y ríe—. Es tu culpa, Gema. Todo es tu culpa.

—¡No! —jadeo intentando respirar. Agito mis brazos buscando el cuerpo de Mai, pero no está, tampoco hay olor a sangre. ¡Una pesadilla! Solo ha sido una pesadilla.

—¿Otro sueño? —Miro hacia la reja, Pen está sentado en el pasillo, apoyado frente a la celda—. ¿Estás bien? —Intento controlar mi respiración y regresar a la normalidad. Pero es difícil. Ha sido tan real. Su voz, su risa, sus ojos. El olor a sangre, sus cadáveres. Hundo el rostro entre las palmas de mis manos y sollozo en silencio, sin importarme que me vea y escuche. El dolor de perderlos, de saber que fue ella quien lo hizo, ha sido aterrador. ¿Qué significado tienen estos sueños? «Te lo advertí».

—Alain ha afirmado que estabas durmiendo cuando esca - paron. —No lo miro, ni contesto—. Eso te ayuda, pero... —Sus- pira y escucho como se mueve, acercándose—. Gema, esto es importante. Podrían traer un ejército, estas personas morirán... —De nuevo expulsa el aire con un sonido sonoro.

—Tú no crees en m í —susurro—. ¿Serviría de algo que te dijera lo que sé? —Me limpio las lágrimas y lo miro. Su rostro parece impasible—. No es de ellos de quien debes preocupar- te. Vendrán, pero es la gente de Abdón, quien ha comenzado a esclavizar a Erbil. —Sus facciones no cambian ante mi declara- ción—. Lo sabías —lo acuso.

—Ellos están juntos.

—De nuevo te equivocas, Pen. Si realmente te importan… —Abre la boca para replicar, pero lo interrumpo—. Sé que es así, pero debes prepararlos para luchar contra ellos. No tendrán piedad. Para ellos somos como conejos, es suficiente con que algunos de nosotros sobrevivan para volver a tener alimento.

—Pareces tan segura —dice con sarcasmo—. Tanto que pareciera que no estás con uno de ellos. —Esbozo una sonrisa amarga y cierro los ojos, dejando que mi cabeza descanse sobre la pared. No tiene caso.

Lo escucho salir después de unos minutos. No ha dicho nada más y es un alivio. No me siento bien, estoy inquieta. No dejo de pensar en esa pesadilla. Sé que es solo un sueño, pero no deja de ser abrumador. Lo peor es que es el segundo donde aparece mi madre. ¿Qué significa?

Hoy nadie ha venido. Ni Aquiles. Eso es extraño. ¿Real - mente creen lo que ha dicho Alain? ¿O es algo más? Apesar de no tener apetito, me he obligado

a comer. No puedo darme por vencida.

Apoyo la cabeza sobre mis manos y me hago un ovillo, hoy hace un poco más frío que de costumbre y la manta no es suficiente. Estaba acostumbrada al silencio de la casa de Armen, pero ahí siempre estaba Irina o incluso Anisa, sin embargo estar aquí es desquiciante. No saber qué ocurre, ni qué ha pasado me exaspera.

«Mamá ¿dónde estás?».

Hay voces, no, no son voces, son gritos. Gritos desespe - rados. Abro de golpe los ojos. ¿Era un sueño? No, esto no es un sueño. Me levanto y corro hacia la reja. Está cerrada, lo mismo la puerta que conduce hacia las escaleras. No es como en mi sueño, pero... ¡Dios no!

—¡Oigan! ¿Alguien está ahí? —grito intentando captar la atención de los guardias. Golpeo con las manos los barrotes, grito hasta que la puerta se abre. Uno de ellos se asoma, me mira, pero antes de que pueda decir algo, cierra la puerta de nuevo con gesto de fastidio—. ¡No se vayan! ¿Qué está pasan- do?

Ese olor... ¡Oh no! Impuros. Su aroma se ha filtrado por la puerta y no solo eso. También son repudiados.

—¡Por favor! ¡Sáquenme de aquí! —¡No! ¡No! Ha sido solo un sueño, solo un sueño. Mai está bien, Taby y mi padre también. ¡Por favor, no!—. ¡Que alguien abra la puerta! —Gol- peo con todas mis fuerzas el metal hasta que los nudillos comienzan a sangrar.

Fuera los gritos continúan. También hay disparos. Necesi- to salir de aquí, pero ¿cómo?

Continúo golpeando sin importar el dolor de mis manos. La puerta se abre y Alain entra corriendo. Gracias a Dios. —¡Alain! —gimoteo desesperada—. ¿Qué está pasando?

—Tranquila. Ahora mismo te saco. —Mira mis manos y niega—. ¿Estás loca?
—¿Qué está pasando? —Puedo hacerme una idea, pero no sé cómo de grave

pueda ser la situación.

—Impuros y repudiados. Muchos, han logrado entrar al muro. —¡Dios mío! En cuanto abre el candado empujo la puerta y corro hacia fuera—. Espera, Gema. —No puedo esperar, ten- go que encontrarlos.

—¿Sabes dónde está mi familia? —pregunto sin detener- me.

—Mai estaba en la sala de entrenamientos, junto con las mujeres y niños. Tu hermano y tu padre en la puerta principal. —Empujo la puerta y veo algo similar a lo que vi en mi sueño. ¡No! ¡No puede ser!—. Vamos. —Me toma del brazo y me hace correr.

—La puerta trasera. —Señalo al ver como un par de repu- diados corre al interior, lazándose sobre los hombres.

—Está atascada, no hemos podido cerrarla. —Hay hom - bres peleando con repudiados e impuros, quienes con habilidad intentan entrar en los edificios. Como si buscaran algo—. Por aquí. —Me conduce esquivando algunos repudiados. Cortando sus cabezas o abriéndoles el pecho.

—¡Necesito mi espada! —grito por encima del ruido de los disparos, los gruñidos y exclamaciones de dolor que surgen de todos lados. Esto es horrible, nos están venciendo.

—No tengo ni idea de donde está. Aquiles se la llevó de la casa. Lo siento.

—No importa.
—¡Gema! —Mi corazón se sobresalta al escuchar su voz.

—¡Mai! —Corre hacia mí, sosteniendo mi espada, pero al mismo tiempo, un impuro se dirige a ella. Me libero del agarre de Alain y corro en su dirección a pesar de la protesta de él. No voy a permitir que le ocurra nada.

—Dámela —pido frenética—. ¡Lánzala! —Dudosa la arroja. Logro cogerla antes de que el vampiro llegue a ella—. ¡Al suelo! —grito. Mai se agacha a tiempo para que consiga cortar su pecho, aunque es solo un corte horizontal. El impuro sonríe mostrándome sus colmillos, preparándose para atacarla. No

le doy oportunidad de contraatacar, corto su cabeza de un golpe.

—¡Ah! —Mai deja escapar un grito de sorpresa, pero no se aparta de mí.
—Quédate junto a mí —ordeno ayudándola a ponerse de pie. Todo es un caos. Necesito encontrarlos.
—Gema. —Alain me toma del brazo y tira de mí—. Tie- nes que escapar.
—¿Qué? —¿Está hablando en serio?
—Nadie se dará cuenta de que no estás. Tienes que irte. —No puedo, sencillamente no puedo verlos morir.

—Intentan entrar —señala Mai hacia la sala de entrena - mientos. Miro a Alain, sacudiendo la cabeza indicándole que no me iré. Hace una mueca de disgusto, pero asiente.

—De acuerdo.

Corremos hacia la entrada del edificio donde varios im - puros intentan entrar. Golpean con fuerza las enormes puertas de metal. Uno de ellos se gira y nos observa. Se lanza en mi dirección, pero antes de que logre llegar a mí, Pen lo intercepta. Le atraviesa el pecho. Me mira un instante y de nuevo se lanza sobre ellos ignorando que estoy libre. Sujeto la mano de Mai con fuerza y con la otra la espada.

—Solo mantente detrás de mí —le ordeno aun inquieta, asiente con valentía y se pega a mí.

Enfrentar a los repudiados no es complicado, pero esquivar los golpes de los impuros sí que lo es. Sobre todo con ella detrás de mí, pero no puedo dejarla. No voy a perderla. Logro asesinar a dos de ellos y miro a Alain, quien termina con otro.

—¡Despejado! —indica mirando la puerta que aún per - manece cerrada. No resistiría otro ataque y los impuros no dejan de moverse, aunque ahora hay más repudiados y ellos no parecen tener un objetivo fijo.

—Quédate —digo a Alain, Pen se encuentra a unos me - tros. También me observa interrogante. No tengo tiempo de ex- plicarle—. Mai —La miro indicándole que nos moveremos.

—¿A dónde vas? —pregunta Alain.
—A la puerta principal. —Tengo que encontrarlos.

—Ahí está peor —asegura Pen mirando a mi hermana. Ella se aferra con más fuerza y niega, indicándome que no quiere quedarse.

—Lo sé —contesto echando a correr con ella de la mano. Hay más cuerpos mientras nos acercamos, incluso hay re- pudiados aun sobre los cuerpos tendidos.

Algunos simplemente nos ignoran mientras avanzamos, otros intentan atacarnos, pero no representan peligro, no ahora que tengo un objetivo en mente. Logro aniquilarlos y continuar. ¡Por favor que estén bien!

—¡Gema! —exclama Mai asustada cuando uno intenta alcanzar su pie. Ni siquiera lo había visto.

—Cuidado. —Alain aparece y le corta la mano, para des - pués clavar su espada en su cuerpo. Lo miro agradecida, pero los disparos me alertan. Tiro de Mai y corro de nuevo. «¡Tienen que estar bien! Es solo un sueño, solo un sueño», repito una y otra vez.

Veo el umbral del pasillo que conduce hacia la puerta principal del muro, algunos hombres entran corriendo, otros salen con las armas cargadas. No les presto atención, corro con Mai.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Alain.
—Se han llevado a algunos —contesta uno de los hom- bres.
—¿Qué quieres decir? —cuestiona desconcertado.

—Han dejado de intentar entrar. No sé qué demonios pla - nean. —El corazón me late de prisa y siento la adrenalina reco- rrer mis venas. Los sonidos se hacen más intensos y sin perder tiempo cruzo la puerta.

Hay algunos hombres detrás de sacos y cajones de ma - dera, que han improvisado como barrera, disparando a la oscuridad. Puedo sentirlos, pero como dijo ese hombre, no hacen nada. ¿Por qué? ¿Qué están esperando?

—¡No! —Se escucha un disparo, seguido por la voz de mi padre. ¿Dónde está?

Lo encuentro a unos metros de nosotros. ¿Qué está ha - ciendo? Está a mitad de la calle, expuesto. ¡Dios mío! Solo alcanzo a ver su espalda y como parece apuntarle a algo.

—Quédate con él —pido a Mai, empujándola hacia Alain, quien ha llegado a donde estamos. No espero una respuesta, salto sobre los sacos y corro.

—¡Gema, no! —exclama al verme correr hacia mi padre. También escucho a Mai llamarme, pero toda mi atención está en su figura. Que comienza a retroceder lentamente mientras sus hombros tiemblan. Espera papá, puedo llegar.

Los noto al acercarme. Están inmóviles, mirándonos desde lo alto de los techos. Solamente viéndonos. ¿Por qué?

—¡Papá! —grito cuando estoy cerca de él—. ¡Papá! —re - pito tocando su hombro. Esta pálido y llora. Miro hacia donde él lo hace y siento como la sangre abandona mi rostro.

¡No! ¡¡NO!!

Mis piernas pierden fuerza y caigo al suelo de rodillas. La escena de mi pesadilla esta delante de mí. Mi madre sostiene a mi hermano, mientras muerde su cuello.

¡No, esto tiene que ser una pesadilla! Tengo que estar soñando.

Es ella, mi madre. Tiene el cabello enredado, su ropa está sucia y sus uñas ahora son garras que se aferran al cuerpo de Taby, sus ojos están desenfocados, tiene una mirada desquicia- da. ¡Es un repudiado!

Me llevo la mano a la boca para no gritar. Viendo con horror como desprende la carne de su cuerpo y la traga. ¡No!

—¡No lo hagas! —susurra mi padre—. ¡Por favor! —Sus manos tiemblan, sosteniendo un arma—. ¡Detente! —repite desesperado. Esta fuera de sí.

Las lágrimas no dejan de caer por mis mejillas. Esto es una pesadilla, quiero despertar. Que alguien me despierte. El golpe de su cuerpo contra el suelo, me hace volver la mirada hacia ella. Ha dejado caer a Taby. Quien no se mueve. ¡Está muerto!

Los ojos de mi madre se centran ahora en mi padre. Quien pide a gritos que no lo haga, sin mostrar intenciones de escapar o atacarla.

Su cuerpo agazapado se prepara para lanzarse sobre él, como un animal salvaje. No es ella, ya no lo es. No puede escucharnos, no nos entiende.

Está demasiado cerca. No se defenderá, para él sigue siendo mi madre, su esposa.
Todo ocurre a cámara lenta. Mi madre deja escapar un sonido estremecedor y se arroja sobre él.

«Debes protegerlos, Gema… Lo prometiste», su voz se repite en mi cabeza. No quiero hacer esto, no quiero hacerlo. «¿Lo harías, Gema? Si me convierto en un repudiado, ¿me matarías?».

Es como si no fuera yo. Como si todo se detuviera. Me incorporo y le arrebato el arma de las manos a mi padre.

«¡Perdóname, mamá!».
Miro de nuevo su rostro. «No es ella», repito de nuevo. Apunto y disparo.

Todo parece quedarse en silencio. Solo dos sonidos lo rompen. Dos cuerpos cayendo, mi padre devastado por lo que acabo de hacer y el cuerpo de mi madre con un disparo en la cabeza. ¡La he matado!

Dejo que el arma caiga de mis manos y de nuevo mis rodillas se impactan contra el suelo. Hay voces, cuerpos que se acercan, pero no siento nada.

Pronto nos veremos, mi pequeña Gema.

Esa voz... Dirijo la mirada hacia la oscuridad distinguiendo sus ojos carmesí, son los mismos que he visto antes. Están ocultos en la oscuridad, me miran fijamente. «¿Quién eres?».

Pronto, Gema. Pronto.

ISELA REYES

Capítulo 37



No sé en qué momento perdí el sentido. Lo último que recuerdo son esos ojos observándome desde la oscuridad, mis gritos desesperados cuando sentí unas manos intentando sujetarme. Creo que se trataba de Alain o quizás Pen, no lo sé. También recuerdo los sollozos de Mai y los lamentos de mi padre, quien parecía haber perdido la razón. Después todo fue oscuridad.

Ahora me encuentro en una cama, no es la misma que había estado ocupando anteriormente, así que debo suponer que ahora estamos dentro del muro. El olor a humo y sangre aún se percibe en el aire, lo que me hace rememorar lo ocurrido anoche. Una aguja se encuentra adherida a mi brazo izquierdo, mientras que Mai sostiene mi mano derecha con fuerza. No sé por qué está aquí, ella debería odiarme, como seguramente lo hace mi padre, pero no lo parece. Me mira con ternura, como si de pronto los papeles se hubieran invertido y ahora ella adoptara el de la hermana mayor. Las lágrimas resbalan por mis mejillas a intervalos, ahora son silenciosas, lastimeras. ¿Qué hora es? No estoy segura, el tiempo ha perdido el sentido, muchas cosas lo han hecho.

—¿Por qué no vas a comer algo con Dena? —sugiere Pen mirando a Mai, quien a su vez me mira a mí. Me obligo a esbozar una sonrisa y a mover la cabeza en señal de asentimiento. Lleva todo el día junto a mí, debe tener hambre y yo no quiero ser una molestia—. Yo la cuido —asegura. Mi hermana titubea, pero finalmente se pone de pie y sale de la habitación, acompa- ñada por esa chica que he visto en otras ocasiones.

Pen se acerca a la ventana y se sienta sobre el borde, mira hacia el horizonte donde pronto el sol se ocultará. Parece no saber qué decir. Parece cansado y su ropa está sucia, supongo que hay muchas cosas afuera que requieren ser ordenadas y aun así, continúo aquí, inmóvil. Mai ha dicho que Gibran ha ordenado que descanse, porque aparentemente me deshidraté los días que estuve dentro de la celda y con la pérdida de sangre las cosas son peores. Es cierto que no he comido bien, pero enfermar es lo último que necesito en estos momentos. No sé nada de mi padre y en las dos ocasiones que he preguntado, Mai ha cambiado de tema. Temo que me odie, que me culpe.

—Hemos conseguido cerrar la puerta trasera y la prin - cipal se encuentra bloqueada —comienza a explicar aun sin mirarme—. Al parecer, el muro que se estaba construyendo en la zona central de la ciudad, fue perforado y estar fuera no es seguro para nadie en estos momentos. —Hace una pausa para mirarme. Al notar mi indiferencia suspira y sus hombros se hunden—. Sé cómo te sientes... —¿De verdad lo sabe? No, no tiene idea de lo que siento en estos momentos. Eso es lo peor que puede decirme. ¿Cómo se atreve?

—¡No! —respondo con brusquedad—. ¡No lo sabes! — Me mira confuso. Es verdad que él perdió a sus padres cuando se convirtieron en repudiados, pero…—. Tú no tuviste que ma- tarlos. —Se muerde el labio y desvía la mirada por la ventana. La rabia y el dolor emergen de mi interior, aprieto los puños con fuerza mientras las lágrimas brotan de nuevo—. Si no hubiera estado dormida... si solo... —sollozo.

No dejo de pensar en ello. ¿Detener el ataque? ¿De verdad creía que lo habría podido hacer? Nunca debió sedarme. Podría al menos haberla buscado durante esos dos días que estuve inconsciente.

Agacha la cabeza con expresión culpable, sabe que tengo razón y eso me hace sentir más molesta.

—Lo siento...

—¡No! ¡No puedes sentirlo! —espeto furiosa—. No te atrevas a decir que lo sientes… —Callo para no decir algo de lo que puedo arrepentirme—. Quiero irme.

—¿Qué? —Levanta con rapidez el rostro mirándome con los ojos como platos, mientras niega. Lo he pensado todo el día. Ahora no hay nada que me detenga aquí. Lo que intentaba salvar lo he perdido y no deseo perder lo que me queda. Le fallé a mi madre y a Taby, no puedo hacerlo de nuevo.

—Estoy en mi derecho. No puedes retenerme, voy a lle- vármelos.
—Gema no puedes...

—¡No me digas qu é puedo o no hacer! —grito exaspera- da—. He intentado escucharte, hacer las cosas correctamente y nada ha salido bien. Así que no te atrevas a decirme que no puedo. Porque no voy a escucharte. Si soy una traidora, si les he fallado, no sé porque me quieren tener aquí. Simplemente dejen que me marche y se acabó. —Me mira admirado, por una vez me parece estar viendo al Pen que conocí de niña, ese que siempre estaba orgulloso de mí cuando hacía algo bien.

—Si de algo sirve, salvaste muchas vidas. —Niego. Aun- que hubiera salvado un millón, no pude salvar a quienes amaba. —Yo no hice nada.

—Respetaré tu decisión. Pero descansa al menos por esta noche. —Cierro los ojos y asiento muy a mi pesar. Salir del muro a esta hora tampoco parece algo viable y necesito hablar con ellos.

—De acuerdo.

—Tu padre está bien. Afectado como es normal, pero se repondrá, es fuerte, Gema. Eso lo heredaste de él. —No hay iro- nía en sus palabras, sino verdadero afecto. Me gustaría volver a ser como antes, cuando nuestros planes de derrotar a los vampiros eran meros sueños. Cuando éramos ajenos a todo esto.

—Gracias, Pen —digo con sinceridad.

No lo culpo y nunca lo haré, él ha tomado su camino y es hora de que tome el mío. Aun cuando sean opuestos.
—¿Cómo te sientes? —inquiere el médico mientras revi- sa mis signos vitales.
—Bien —murmuro mirándolo con recelo. Retira con cui- dado la intravenosa y me coloca un pequeño parche. —Creo que deberías descansar otro poco. Aun estas débil, Gema. —Niego de inmediato.

Hoy quemar án los cuerpos de mi madre y Taby, puesto que ni mi padre ni yo deseamos sepultarlos aquí. Ya que no po- dríamos visitar sus tumbas, eso y el temor de encontrarnos con algo indeseable.

Algunas personas han decidido enterrar a sus seres queridos, otras los han quemado, al igual que los cadáveres de los repudiados e impuros que quedaron tendidos. Desde luego son muchos menos que los de nosotros. Mi padre ha conseguido que le permitan hacerlo de manera separada.
—Estoy bien —insisto calzándome las botas.

Hablé con mi padre anoche antes de dormir, aún parece un tanto afectado como Pen mencionó, pero en general sigue siendo el mismo. Cosa que me alivia, pues ahora solo somos nosotros tres y debemos cuidar de Mai. Le he contado sobre marcharnos de la ciudad y aunque al principio no parecía estar muy de acuerdo, es consciente de que quedarse significa estar reviviendo lo ocurrido. Mai por su parte se ha mostrado más que dispuesta. «Confío en ti», es lo que ha dicho.

—Lamento lo de tu madre —susurra Gibran. Aparto la mirada de mis pies y lo observo.

—¿Por qué mintió? —lo cuestiono con dureza. Parece sorprendido ante la severidad de mi voz—. El virus no solo se contrae por las modificaciones que se realizan para obtener el sustitutivo, también por otros medios. Como el contacto con personas infectadas. —Abre la boca y la cierra de nuevo. Re- cuerdo que Armen lo aseguró y su expresión lo confirma, con lo que descarto el hecho de que mi madre haya sido utilizada por ellos.

—Bueno... —dice con nerviosismo.

—Usted revis ó su expediente. Tuvo que haberse dado cuenta de que ella nunca estuvo sometida a experimentación. —No cambia nada que lo acepte, pero tampoco me parece co- rrecto que los culpe de todo.

—Yo...

—Esas personas podrían infectarse porque ahora creen que están a salvo y han dejado de tener precauciones, sin contar el hecho de que anoche muchos repudiados estuvieron aquí. Es bueno decir la verdad, siempre y cuando se cuente como debe ser. —Me pongo de pie y salgo de la habitación.

Alain, Pen, Dena, así como un par de hombres de Aquiles nos acompañan fuera del muro para quemar los cuerpos de mi madre y Taby. Improvisamos una fogata cerca del que fue- ra nuestro hogar y colocamos sus cuerpos sobre los trozos de madera. Mai evita mirar, pero mi padre se mantiene firme, lo mismo que yo. Permanecemos inmóviles frente a las llamas, hasta que se convierten en cenizas. Cierro los ojos y evoco sus rostros, los cuales no volveré a ver nunca.

«Descansa, mamá. Perdóname Taby por no haberte protegido».

Esto es algo difícil y doloroso, el llanto de mi hermana me lo recuerda, sin embargo, ahora más que nunca debo mantenerme fuerte. Por ellos.

El trote de caballos captan nuestra atención, Aquiles con un grupo de hombres acaban de cruzar los límites de la ciudad. Se dirigen a toda prisa hacia el muro. Nos miran de reojo y siguen su camino. ¿Adónde han ido?

—Hablare con él —susurra Pen acercándose a mí—. Ser á mejor avisarle de tu partida. —Asiento ligeramente, porque soy consciente de que ellos aun desconfían de mí. ¿Acaso creen que si estuviera con ellos hubiera permitido que murieran? Absurdo. ¿Cuándo aprenderán a ver más allá de sus narices?

Alain me ha explicado que iremos hacia el norte, justo hacia el cruce del río que se encuentra al otro lado de las faldas de la montaña. Es casi medio día de viaje y puede que la noche nos encuentre, pero no quiero seguir aquí. Tendremos que desviar- nos de ruta establecida, para evitar que nos sigan y descubran en donde se encuentran Armen y los demás.

Es casi medio día y aun no tengo noticias de Pen. Prometió hablar con Aquiles y pedirle que nos deje ir, pero aún no sé nada de él y por alguna razón me siento inquieta. Mi padre y Mai han ido a recoger sus pocas pertenencias después de regresar al muro y por mi parte, solo tengo la espada que Uriel me entregó, así que espero dentro de la habitación donde me quedé anoche.

La puerta se abre y Aquiles acompañado de varios hombres irrumpe.
—¿Qué ocurre? —pregunto sorprendida.
—Sáquenla —ordena Aquiles. Los hombres me despojan de la espada y me sujetan con fuerza de los brazos.
—Tengo derecho a una explicación —digo intentando re- sistirme.

—Tienes derecho a guardar silencio y no hacer difíciles las cosas —farfulla lanzándome una mirada envenenada. No comprendo de qué va todo esto.

—Pero... —Gibran aparece en la puerta de la casa y mira sorprendido la escena—. ¿Qué está pasando?
—No intervengas —advierte Aquiles, indicándoles a los hombres que salgan.

—Ella aún no está bien —objeta sin obtener respuesta—. ¿A dónde la llevan?
—No responde. Aquiles camina al fren- te, parece dirigirse al patio central. No hay prácticamente nadie fuera de los edificios, algo extraño considerando la hora que es.

—¿Qué estás haciendo? —Alain se cruza en nuestro ca - mino, bloqueándole el paso a Aquiles, quien se lleva la mano al arma que porta en la cintura. Tal como lo noté, aparte de Alain y Pen, son pocos quienes prefieren espadas que armas y él parece ser uno de ellos. Puede que para los repudiados sean efectivas, pero para los impuros no y eso los deja en desventaja.

—Salvando a todos —responde muy seguro de sí mis - mo—. Así que a un lado. —Los hombres que me conducen, continúan avanzando ante la mirada reprobatoria de Alain.

—Esto no nos salvará —replica con malestar. —Sí que lo hará.

—¿De verdad crees eso? —cuestiona sujetándolo del bra - zo, obligándolo a

frenar—. En este momento estamos acabados y será peor cuando esos sangre pura vengan.

—Te equivocas, ellos han accedido a firmar un tratado de paz a cambio de la chica.
Me quedo pasmada. ¿Qué han hecho que? Alain sonríe con ironía y mueve la cabeza.
—No sé porque eso me suena conocido —murmura con tono socarrón.
—Esta vez es distinto —refuta Aquiles molesto—. Aun cuando lo que piden sea lo mismo que nosotros pedimos.

—No pueden hacer eso —gruñe Alain levantando su es - pada. Los hombres le apuntan con sus armas, lo mismo que Aquiles.

—¡No! —grito sobresaltada. Quiero irme, pero no a costa de la vida de otros, muchos menos de él.

—Te repito, no está en discusión. La mayoría de la gente está de acuerdo en que la entreguemos. —¿Qué? Ahora entien- do porqué ninguno da la cara.

—¿Después de lo que hizo ella anoche? —cuestiona Alain—. Si no hubiera intervenido, habrían asesinados a mu- chos. ¡No lo puedo creer! —exclama mirando a todos lados.

—¡Por favor, Alain! Fue ella quien los trajo, así que tiene que hacerse responsable.

—¡De ninguna manera! —Pen aparece detrás de Aquiles, amenazándolo con su espada. El rostro de él palidece y todos sus hombres le apuntan. Esto no está bien—. Tú no vas a hacer nada.

—Pen, baja esa espada —dice con voz ahogada. —No —niega acercándola más a su cuello—. Sobre mi cadáver lo harán.
—Sé razonable, Pen —insiste sin apartar la mirada del filo que está a nada de tocar su piel.

—He dicho que no. Ella no es un objeto, ya una vez nos equivocamos al utilizarla, no podemos hacerlo de nuevo. —Lo miro sorprendida y

agradecida.

—La mayoría...
—¿Y qué? Ella es un ser humano, nadie puede decidir sobre ella.

—Además —interviene Alain, acercándose a mí—. Es evidente que es una trampa. ¿Qué te garantiza que cumplirán su palabra? —cuestiona frunciendo el ceño.

—El hecho de que es su mujer —farfulla mirándome con una sonrisa burlona—, y ellos la quieren para llegar a él. —¡Has estado con ellos desde el principio! —lo acuso molesta.
—Solo hago lo correcto —argumenta fingiéndose inocen- te.
—¡Mientes! —Farah aparece del otro lado del patio, don- de se ubica la puerta trasera.
—¿Tu quién rayos eres? —cuestiona Aquiles. Farah son- ríe avanzando.

—Mientes sobre lo que has dicho —repite apuntando con su espada a Aquiles—. Lo que hiciste y haces es porque te ofrecen poder. Y una vez que la entregues, piensas irte con ellos. Abandonando a todas estas personas. —Su cara palidece, balbucea sin poder emitir sonido alguno. Todo lo que Farah ha dicho es verdad.

—¿Quién demonios eres?

—La voz de tu conciencia —dice con sarcasmo—. Admí - telo. Ese es tu plan. Traicionarlos. —Todos lo miran con des- confianza y comienzan a bajar sus armas.

—¡No le crean! ¡Ellos son los enemigos! —exclama des- esperado.

—Puede ser —murmura Farah—, pero dime, ¿es men - tira lo que he dicho? No deberían creer todo lo que dice, ustedes lo vieron, tiene bastante familiaridad con los seres que jura odiar. ¿No les parece? —Ahora toda la atención está puesta en Aquiles. Farah aprovecha para acercarse a mí y tomarme del brazo—. Ella viene conmigo. ¡Corran! —grita mirando a Pen y Alain, quienes no dudan y nos siguen.

—¡No! —grita Aquiles. Algunos disparos se escuchan y siento las balas pasar muy cerca de nosotros—. ¡No disparen! ¡Aella no! Síganlos —ordena desesperado, pero Farah práctica- mente ha llegado a la puerta, donde un hombre alto, también de cabello largo y rubio, más musculoso, nos espera con algunos caballos.

Espera que Alain y Pen crucen y bloquea la puerta. —¡Suban! —indica.
—Mi padre y mi hermana —gimoteo resistiéndome.

—Alain ya se ha hecho cargo de ellos, a esta hora deben estar llegando al río. —Miro a Alain, quien asiente con una son- risa mientras sube con agilidad a su caballo—. Ahora sube, no tenemos tiempo que perder. —Dejo que me coloque sobre el lomo del animal, después trepa detrás de mí—. Solo tenemos cuatro caballos. —Dice mirando a Alain y Pen—. Ytengo órde- nes de protegerte —explica rodeándome con sus brazos—. Su- jétate con fuerza. —Pen permanece inmóvil, parece pensarlo—. Si quieres vivir, será mejor que vengas. Aquiles te ve como una amenaza y estaba considerando eliminarte. Tú decides.

—Él puede leer la mente —explico. Lo que me hace en - tender como ha sabido los planes de Aquiles. Pen maldice en voz baja y acepta las riendas del caballo.

—Vamos a la montaña. ¡Deprisa!
Los caballos son rápidos, así que en poco tiempo logramos acercarnos a la montaña.
—¿Subiremos la montaña? —inquiere Alain.
—No, la rodearemos. —Señala un costado—. Es más rá- pido.
—Y más peligroso, por ahí están los despeñaderos —re- plica Pen incómodo.

—Tranquilo. Conocemos una ruta —dice el otro rubio. Quien para mi sorpresa, parece ser también un híbrido. Sus ojos miel son idénticos a los de Farah.

El camino es peligroso y los caballos lo resienten, pero no paramos.
—Solo un poco más —susurra Farah acariciando el lomo del animal.

Vuelvo la mirada al detectar su olor.

—Ya vienen —murmuro alarmada.
—¡Mierda! ¡Aceleren! —exclama poniéndose el primero. —¿Qué pasa? —pregunta confundido Alain.
—Subalternos —respondo—. Nos siguen.

—Es la gente de Abdón —dice Farah con una mueca—. Vienen por ti, Gema.

—¿Por qué? —cuestiona Pen.
—Por Armen —respondo en voz baja.

—¡Exacto! —grita Farah antes de aumentar la velocidad del galope.

Miro al frente, a los robles que indican la cercanía del río, pero mientras se vuelven más cercanos también el aroma a subalternos aumenta.
—Están cerca —murmuro angustiada. Son demasiados.

—Lo sé. Pero descuida, lo lograremos —dice muy segu - ro—. ¡Vamos! —exclama mirándolos de reojo—. Tenemos que cruzar el río.

—¡Son muy rápidos! —señala el otro híbrido, volviendo la mirada.

—¡Maldición! —Están sobre nosotros—. ¡Vamos! —re - pite agitado. Pero incluso ahora puedo verlo moviéndose detrás de nosotros.

—¡No lo lograremos! —grita Alain. Su caballo parece agotado y ha comenzado a rezagarse. ¡Dios mío, no!

Uno de los vampiros se adelanta y se lanza directamente sobre él. Grito horrorizada, pero antes de que pueda tocarlo, alguien impacta contra el vampiro enviándolo varios metros a un lado.

—¡Mueve tu trasero!

«¡Irina!». La miro sorprendida. Ella me sonríe, después sube detrás de Alain y pone en marcha el caballo—. Falta poco. Vamos.

Algunos intentan derribarla, pero de nuevo demuestra cuán hábil es. El amigo de Farah también lo es, logra esquivarlos y repeler sus ataques. Pen hace lo propio, mientras que Farah y yo vamos delante de ellos sin que nos alcancen.

Pero no somos lo suficientemente rápidos, cada vez llegan más de ellos. Puedo sentir la brisa del río, siento un enorme alivio. Un sonido me hace volver la mirada. Miro horrorizada como la pata delantera del caballo de Pen se ha quebrado y él cae dando tumbos. ¡No!

Se pone en pie empuñando su espada con coraje, pero uno de ellos lo golpea y otro se lanza sobre su cuerpo tendido.

—¡No! —intento forcejar, pero Farah me lo impide. Irina se ocupa de otros vampiros, lo mismo que el otro híbrido. No pueden ayudarlo. ¡Pen!

Anisa aparece y aniquila al vampiro que se disponía a atacarlo. Pen la mira desconcertado, pero ella ya se ocupa de otro de ellos y le grita que se ponga en pie.
—¡Llévala! —dice Irina mirando a Farah.

—Nosotros nos haremos cargo —exclama Anisa mirán - dolo. Irina también ha bajado del caballo, lo mismo que el amigo de Farah y Alain.

—De acuerdo. —Farah acelera el caballo y nos alejamos un par de metros.

—¡No podrán! Son demasiados, no podemos dejarlos. —Confía en ellos —escucho la voz de Uriel.

Miro al frente, donde el borde del río se extiende. «Lo logramos». Ahí también estánArmen, Rafael y Kassia.

Farah hace que el caballo entre en el agua justo cuando aparecen ellos. Alain e Irina cabalgan juntos, seguidos por el amigo de Farah. Anisa lleva en brazos a Pen. Los vampiros que los siguen comienzan a arder y otros se evaporan cuando se aproximan a ellos. Armen y Uriel utilizan sus poderes y noto como los vampiros que se percatan de ello se quedan inmóviles.

Bajo del caballo apenas toca el suelo firme y me acerco a Armen, quien me envuelve con un brazo, mientras el otro continua desvaneciendo a los vampiros que intentan evitar que Pen y el resto crucen el río. Un vampiro sobresale del resto. Es alto y su atuendo de la guardia es distintivo, nos mira de un modo peculiar. Es un fundador. ¿Abdón?

—Braxton, la mano derecha de Abdón —dice Uriel en voz alta. El vampiro sonríe al escucharlo.

Ninguno de ellos ni de nosotros se mueve. Nos estudiamos con la mirada. Braxton levanta el brazo y todos comienzan a retroceder.

—¡Se van! —exclama sorprendido Alain.
—Por ahora —comenta Anisa con expresión seria. —¿Qué significa eso? —Pen la mira interrogante.

—Que no se atreven a cruzar el río —dice Kassia—. Por precaución. Así que podemos regresar.
—Volverán —afirma Rafael sacudiendo la cabeza.

—Y estaremos preparados —asegura Armen. Quien se gira y sujeta mi rostro entre sus manos mirándome con ternura—. Lo siento —dice con sinceridad. Niego y sonrío. Por primera vez en días me permito disfrutar de la sensación de seguridad que solo él me hace sentir. Me abrazo con fuerza a su cuello.

ISELA REYES

Capítulo 38



Mis ojos surcan las ramas de los viejos robles aledaños a la orilla del río, el viento agita mi pelo, el brazo de Armen me mantiene pegada a su costado. No hay rastro de ellos, ni siquiera su olor se percibe desde donde estamos, se ha desvanecido. Ellos parecen tranquilos, como si de verdad creyeran que no volverán. ¿Se han marchado? ¿Tanto le temen a Armen y a los demás? ¿O es solo un engaño para que nos confiemos? Hay demasiadas preguntas, sin embargo, ahora de nuevo esta- mos juntos y eso es un alivio. A pesar de no saber qué es lo que nos espera, me queda claro que van en contra de Armen y ahora saben que pueden llegar a él a través de mí. Por eso usaron a Aquiles y la gente de la ciudad.

Veo cada uno de los rostros, diez personas que se encuentran junto a mí. Ahora que ha pasado la tensión respecto al enemigo, se miran incómodos. Es una mezcla muy peculiar, que ni siquiera en mis más fantasiosos sueños hubiera podido imaginar. Vampiros, humanos e híbridos juntos. Algo digno de admirar.

—Hora de las presentaciones —Uriel rompe el silencio, mientras coloca sobre su mano una especie de guante negro, intentando cubrir la herida que el fuego ha causado—. ¿Quiénes son ustedes? —inquiere señalando al par de híbridos, los cuales se giran hacia él con expresiones divertidas más que ofendidos.

Ambos resultan imponentes y difíciles de ignorar. Deben medir casi 2 metros de altura, son rubios con largas cabelleras, barbas abundantes, músculos bronceados que sobresalen de sus ligeras camisas, así como un par de ojos felinos de un color único miel.

—Si ya lo sabes, no creo que deba decírtelo, ¿o sí? —res - ponde Farah con una sonrisa de lado, mientras mueve la cabeza. Uriel lo fulmina con la mirada ante su evasiva.

—Tranquilos —pide Kassia colocando una mano sobre el brazo de su hijo—. Creo que todos estamos del mismo lado —afirma al notar la tensión que de pronto se ha formado entre Uriel y Farah, quienes se retan con la mirada como si en cualquier instante fueran a lanzarse sobre el otro.

—No lo creo —murmura Rafael observando con descon- fianza a Pen y a Alain—. Algunos no son amigos.

—Ellos nos ayudaron a llegar hasta aquí —declara Fa - rah—, y también evitaron que la entregaran a esos vampiros. —Rafael eleva una ceja de modo suspicaz. Es evidente que no confían en ellos después de lo que ha pasado.

—Yo también lo vi —confirma el otro híbrido al notar las miradas recelosas de los vampiros.

—¿Son mellizos o algo así? —Uriel con su típica forma satírica, capta de nuevo la atención de Farah, quien parece un poco más enfadado.

—¿Eso crees? —masculla dando un paso al frente, al mis- mo tiempo que Uriel también lo hace. ¡Oh no!

—¡Suficiente! —exclama Armen. Irina se coloca delante de Uriel, interponiéndose entre ambos, quienes no apartan la mirada—. Kassia tiene

razón, ahora todos estamos del mismo lado.

—Solo que del río —murmura Anisa mirando con des- contento a Pen y Alain. A ella tampoco le agradan.

—En eso estoy de acuerdo —apoya Uriel divertido. Esto parece ir de mal en peor—. Si no recuerdo mal —dice mirando a Pen—. Este tipo te apuntó con una espada cuando nos capturaron y se divirtió golpeándote mientras te conducían a las celdas.

—¡¿Qué?! —pregunto horrorizada. Pen desvía la mirada. ¿De verdad lo hizo? Miro a Armen, pero él mantiene el semblante sereno y sus dedos ejercen un poco de presión en mi cintura.

—¡Basta! —repite moviendo la cabeza—. Anisa, Uriel, es suficiente —los reprende sin alterarse—. Dejen las ironías para después. —Todos guardan silencio ante la voz autoritaria que emplea—. Es verdad que hay algunas cosas que aclarar —dice mirando a Farah—. La primera de ellas, efectivamente Farah y Knut son híbridos. —Alain y Pen ponen los ojos como platos.

Sus mandíbulas llegan al suelo observándolos de pies a cabeza.

—¡Vaya! —balbucea Alain con una sonrisa nerviosa, apartándose un poco más de ellos. No puede disimular su estupor, a pesar de que ya lo intuía. Por su parte Pen los mira con repulsión.

—¿No eran solo un mito? —pregunta Uriel sonriendo con malicia.

—Pues no lo somos —responde Farah con el mismo tono socarrón—. Puedes tocarnos o si prefieres puedo hacerlo yo — sugiere acariciando el filo de su espalda. Armen les dedica una mirada reprobatoria y continúa hablando, ignorando su actitud.

—Farah es hijo de Kassia y de mi padre. —Algunas ex - clamaciones de sorpresa se escuchan y todas las miradas se concentran en ella. Kassia parece ser una mujer fuerte, no se intimida ante el escrutinio por parte de quienes eran ajenos a la información. Tampoco parece avergonzada de su pasado,

mu- cho menos de su hijo—. Knut —prosigue Armen mirando al otro híbrido—. Es hijo de Sergey.

—¡¿Qué?! —exclaman al unísono Rafael y Uriel, verda- deramente sorprendidos.

—Pero él hace mucho tiempo que se marchó… —Uriel parece consternado y ahora mira con recobrado interés al rubio. No tengo ni idea de quién es ese vampiro, pero no parece ser alguien ordinario.

—Los mismos años que tengo de vida, supongo —respon - de Knut encogiéndose de hombros. Él es un poco más fornido que Farah, su rostro parece también más duro y la empuñadura de su espada tiene una joya azul que le da un aspecto personal.

—Vaya recuerdo —murmura Anisa con sarcasmo, sin pa - recer sorprendida como los demás vampiros. Parece que a ella tampoco le agradan demasiado ambos rubios.

—¡Un momento! —interrumpe Rafael con cara de pá - nico—. ¿Ustedes son los únicos o hay más? —«Ustedes». De nuevo refiriéndose a ellos con desprecio.

Es extraño y creo entender la razón por la que vivían ajenos a ambos grupos. Tanto los humanos como los vampiros parecen no aceptarlos. Debe ser algo difícil, sobre todo para Kassia, quien tuvo que criarlo sola. Y aun así, Farah parece una buena persona pues a diferencia de ellos, él no parece verlos con desagrado.

—Solo nosotros dos —contesta encogiéndose de hom- bros. Rafael chasquea la lengua y niega.
—Será un problema. —Farah y Knut intercambian una mirada.
—Pues problema o no, ellos vienen con nosotros —sen- tencia Armen mirando a Uriel y Rafael.

—No tengo problema con ello —asegura Uriel—, pero no creo que el consejo opine lo mismo. ¿Qué dices, Rafael? —Al parecer no desea que vengan con nosotros, pero eso sería injusto. Ahora los aliados de Abdón

saben que nos ayudaron.

—Será complicado, pero si tenemos en cuenta que Abdón tiene toda una horda de impuros y repudiados de su parte, tener a un par de híbridos no suena tan mal.

—No es él —digo en voz baja. Consiguiendo que me mi- ren extrañados.
—¿Qué quieres decir, Gema? —pregunta Armen. —Que el fundador que está con los impuros no es Abdón. —Ahora varios me observan con escepticismo.

—¿Cómo lo sabes? —cuestiona Uriel—. Ni siquiera co - noces a Abdón, ¿cómo puedes asegurarlo? —Niego. Tiene ra- zón, nunca he visto a ese vampiro llamado Abdón, pero...

—En realidad... —Ni siquiera sé cómo explicarlo, pero algo me dice que no es él—. Yo... —No tengo idea si creerán en mis palabras, es solo una corazonada y lo que he sentido en sueños.

—Díselo, Gema —pide Kassia—. Cuéntales lo que has escuchado en sus sueños.
—Señora... —dice Uriel.
—Guarda silencio —ordena Armen con brusquedad, mi- rándome preocupado—. ¿Qué has visto en tus sueños, Gema?

—Dile, Gema —insiste ella—. Cuéntale sobre tus pesadi - llas. —De pronto soy el centro de atención de todas las miradas. Pen y Alain saben de ellas, en algunas ocasiones han sido testigos, pero ahora sus expresiones se han tornado consternadas. Armen me mira inquieto y los demás expectantes.

Trago saliva, tratando de ordenar mis pensamientos. Esto es incómodo.

—Han estado ocurriendo desde que nos separamos —ex - plico en voz baja, él asiente, instándome a continuar—. En esos sueños, escucho su voz y... él estuvo presente en el ataque. Yo lo vi... —El recuerdo de su mirada, sus palabras me hace tem- blar—. Dijo: “Pronto, Gema. Pronto” —Armen mira a Anisa, quien cambia su expresión despreocupada por una tensa. Tam- bién le dedica una mirada a Irina y a Uriel, sé que están intercambiando palabras mentalmente, pero eso solo me hace creer que esto es más serio de lo que

creí.

—¡Joder! —masculla Rafael golpeando una pequeña pie- dra que rebota y cae en el río.
—¿Qué sucede? —pregunta Kassia al darse cuenta. Farah niega y le susurra algo.

—Tenemos que llegar cuanto antes a Cádiz —resuelve Armen. Su rostro expresa inquietud, lo que me hace deducir que él sabe acerca de ese vampiro, por eso Kassia me pidió que le contara sobre los sueños. ¿Quién es? ¿Qué relación tiene con él? ¿Y por qué ella lo conoce?

—¿Qué pasará con las personas de la ciudad? —cuestiona Pen, quien no se molesta en ocultar que no está de acuerdo.

—¿Aun te preocupas por ellos? —cuestiona Anisa con ironía. Pen la mira sin parecer intimidado por sus intensos ojos rojos o su actitud desafiante.

—Son de los míos, no puedo dejarlos —contesta con or- gullo. Ella en cambio sonríe con malicia.

—Según entendí, algunos querían tu cabeza, ¿no? ¿Aun así deseas ir? —Pen no responde, aprieta con fuerza la mano sobre su espada y la otra forma un puño. No le ha hecho gracia su comentario que desde luego era malintencionado.

—Por el momento no podemos hacer nada —contestaAr- men con tranquilidad.
—Pero...

—No somos suficientes —dice Uriel como si no resultara evidente—. Además, Braxton no ha venido por ellos. —Señala mirando hacia el horizonte.

—Pero lo hará, ¿cierto? —pregunta Alain frunciendo el ceño. Es extraño, pero hasta el momento se ha mantenido al margen de la conversación, parece únicamente evaluar la situación.

—S í —responde Irina con una expresión de melanco- lía—. Lo harán. —Sé que ella no se alegra por la situación y que si pudiera haría algo, yo también. Pero me temo que Uriel y Armen tienen razón, regresar ahora sería un error. No solo porque ellos desean entregarme, sino porque somos pocos. Y porque tengo que asegurarme de que mi padre y Mai están a salvo. Ahora son mi prioridad, ellos y Armen.

—Sin embargo, no podemos hacerles frente —admite Uriel con gesto serio.
—Hace un momento lo hiciste —lo acusa Pen con expre- sión molesta.

—Hace un momento no teníamos ni idea de lo que pasa - ba con Gema —explica Armen. Lo miro alarmada, ¿tan grave es?—. Ella es prioridad. —Pen me mira y deja caer los hombros, afectado ante la idea de no poder ayudarlos, pero consciente de que no puedo volver. Lo miro con gesto de disculpa, es lo único que puedo hacer—. Además, si no llegamos a Cádiz a tiempo, esto será solo en comienzo de una guerra.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Alain.

—Justo ahora se está discutiendo esclavizarlos o ayudar - los —informa Rafael con cierto deleite. Él sigue sin perdonarlos después de lo que ocurrió con Violeta.

—Claro que tú puedes volver si lo deseas —canturrea Anisa. Sus labios forman una sonrisa perversa al mirar a Pen, quien le lanza una mirada envenenada. Esto es malo. Anisa y Pen juntos después de ese enfrentamiento en la casa de Armen y con el temperamento que cada uno tiene podría ser peligroso—. Creo que nadie te echará de menos.

—¡Anisa! —la reprende Armen—. Les repito que ahora estamos juntos. Así que desde este instante les advierto que no quiero enfrentamientos. Ahora debemos ponernos en marcha.

—Vendrán tras nosotros —comenta Alain mirando hacia la montaña.
—Tal vez —concede Armen sin parecer preocupado por ello.

—Y casi es de noche —recalca incómodo. Aunque es va - liente, todo este tiempo siempre hemos estado protegidos durante la noche.

—Podemos ocuparnos de ellos —afirma Anisa con aire altivo—. Aunque no garantizo que quiera cuidar de ustedes. —¡Anisa! —Niega Irina.
—Si avanzamos toda la noche, es posible que mañana al mediodía estemos cerca de Cádiz —asegura Uriel pensativo.

—Eso es mala idea —niega Alain mirándome—. Gema está débil. —De nuevo todos me miran—. El médico dijo que no debía hacer sobresfuerzos.

—Estoy bien —digo agitando las manos—. Podemos...

—No —me interrumpe Armen—. Busquemos un lugar para pasar la noche, caminaremos al amanecer. Algunos tendremos que hacer guardia.

—No hay problema. —Uriel parece resuelto—. Aunque Braxton no es un tonto y no se atreverá a venir.
—No es tonto, pero quiere tu cabeza —comenta divertido Rafael.
—Que venga por ella. —Sonríe muy seguro. Armen sacu- de la cabeza y mira al resto.

—Andando. Tenemos que aprovechar lo que queda de luz —indica. Todos asienten y empiezan a alejarse del río. Todos menos nosotros dos.

—Armen —murmuro inquieta, no solo por ese extraño fundador, también por las personas que se quedarán. —Está bien —dice besándome, antes de tomarme en bra- zos.
—Puedo caminar.
—Será más rápido de esta forma. —Suspiro en su cuello y me abrazo con fuerza a él.
—Gracias. —Sonríe ligeramente y besa mi frente.

Caminamos un par de horas en silencio. La tensión e incomodidad siguen latentes, ninguno pierde detalle de los movimientos de los demás, hay distancias marcadas entre cada grupo. Uriel y Farah se mantienen en la cabeza, compitiendo por tener el liderazgo. Pen y Alain están en el centro del grupo, junto a Kassia y Knut. Anisa e Irina siguen detrás de Rafael, Armen y de mí. Esto es extraño. Sé que cada uno de ellos a su manera es bueno, todos han hecho tanto y sin embargo ahora mismo ninguno parece confiar en el otro. Los prejuicios que se han creado con el paso de los años nos han llevado

a odiarnos, a no ver más allá de nuestra terquedad y eso es una pena.

Nos detenemos en un claro rodeado por grandes rocas y árboles que crean una especie de bóveda. La temperatura ha descendido y ahora estamos reunidos en torno a una fogata que Irina y Alain han improvisado. Ellos no parecen tan cerrados como el resto, los he visto cruzar algunas palabras e incluso sonrisas, aunque al parecer a Uriel no le hace ninguna gracia pues no deja de fulminar con la mirada a Alain. Algo similar a Pen, quien no nos quita los ojos de encima a Armen y a mí. No obstante, Armen no se ha apartado de mi lado y justo ahora me mantiene sentada entre sus piernas, rodeándome con sus brazos y apoyando su barbilla en mi hombro derecho.

—No lo entiendo —dice Alain arrojando un par de ramas a las llamas. Él y Pen están sentados frente a nosotros; Farah, Kassia y Knut se encuentran un poco más a su izquierda y a la derecha Rafael y Anisa. Irina y Uriel hacen guardia en algún lugar cercano—. ¿Por qué no los quieren? —pregunta mirando a los dos híbridos.

—Vaya. —Sonríe divertido Farah, al comprender su co- mentario—. Alguien que sabe ser discreto.

—Lo pregunto, porque de verdad no lo comprendo. —Se apresura a aclarar, sonriendo incómodo—. Ustedes son mitad vampiros. ¿No?

—También mitad humanos —responde Knut con sarcas- mo.
—Sí, pero...
—Se supone que la naturaleza de los híbridos es cazar vampiros —contesta Armen completamente serio.
—¿Qué quieres decir? —cuestiona Pen con interés.

—Existen leyendas de grandes cazadores de vampiros que eran hijos de fundadores. Híbridos. Como ellos —explica Rafael con indiferencia.

—¿Quieres decir que por miedo prohibieron su concep- ción? —Alain intenta disimular una sonrisa.

—No por miedo —refuta Anisa a la defensiva—. Sino porque las cosas con dos razas ya eran demasiado complicadas, sumarle una más resultaría

desastroso. —Puedo hacerme una idea.

—Ya veo —asiente Alain—. ¿Y ustedes también beben sangre? ¿Tienen habilidades como ellos? —Lo fulmino con la mirada por no frenar su curiosidad, pero no parece importarle.

—Podemos —comienza a decir Farah—. Somos capaces de ingerir alimentos como ustedes y al menos nosotros lo preferimos.

—Pero no son normales, ¿verdad? —insiste Pen—. Us - tedes son más rápidos y fuertes que una persona normal, ¿correcto?

—Hay algo de eso —concede Farah sin resultar preten - cioso—. Aunque claro, si nos comparamos con un sangre pura, no tenemos oportunidad.

—Es bueno saber eso —comenta Rafael y Anisa sonríe con astucia.

—Ven conmigo —me susurra Armen al oído, mientras se pone de pie y toma mi mano. Algunos nos miran, pero ninguno comenta al respecto y continúan lanzándose indirectas.

—¿No crees que es peligroso dejarlos solos? —pregunto volviendo la mirada.

—No.
—¿Y si se pelean? —Niega avanzando.
—Tranquila. Tienen que aprender a tolerarse.

—Pero... ¿Y dónde están Uriel e Irina? —pregunto al no verlos mientras nos alejamos del grupo. Armen sonríe y niega sin detenerse.

—Están ocupados. —La imagen de ellos dos en aquel ca- llejón viene a mi mente y al instante me arrepiento de preguntar.

—¡Oh! —Lo que me recuerda que Armen también ne - cesita sangre. Avanza unos pasos más y se detiene debajo de un árbol. Mira hacia el cielo y alrededor, después acaricia mi rostro apoyando su espalda sobre el tronco y rodeándome con el brazo.
—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansada. ¿Y tú?

—Te tengo conmigo, no puedo estar mejor. —Sonrío como una tonta. Lo echaba tanto de menos. Apoyo la cabeza en su pecho y aspiro su olor.

—Te extrañ é.
—Lo sé, yo también.
—¿Sabes algo sobre mi padre?

—Deben estar próximos a Cádiz, nos llevan un día de ventaja. No te preocupes por ellos, viajan con la guardia y los donantes.

—Entiendo.
—Lo lamento —dice con sinceridad, acariciando mi ros- tro. Niego entendiendo a lo que se refiere—. Yo...

—Está bien —afirmo con una sonrisa forzada—. Creo que una parte de mí, lo sabía —confieso dejando escapar un suspiro. Levanto el rostro y lo miro a los ojos—. De hecho... lo vi en mis sueños.

—¿En tus sueños? —pregunta un tanto sorprendido.

—Sí. Veras, mi madre me hizo jurarle que si ella se con - vertía en un repudiado, yo lo haría, la libraría de sufrir y justo la noche anterior, tuve un sueño donde me recordaba que debía cumplir esa promesa o...

—¿O?

—O ella terminaría con la vida de mi padre y mis herma - nos. Así que tuve que hacerlo antes de que lo hiciera, como con Taby. —Frunce el ceño.

—¿Qué hay del resto de los sueños? —Suspiro. —En uno de ellos, me veo de niña como un vampiro. En otro, te lastimo y me odias.
—Nunca podría odiarte aunque lo hicieras —asegura es- trechándome—. Creí que podría tratarse de visiones. —¿Visiones?
—Sí, ver en tus sueños lo que ocurrirá, pero sobre tu ni- ñez y sobre mí, no parecen encajar.
—¿Crees que eso ocurrirá? Yo lastimándote... —Niego horrorizada de solo

pensarlo.

—No, todo irá bien —dice tranquilizándome—. Puede que sea algo más o que solo haya sido una coincidencia. No te preocupes, Gema. —Me aparto un poco y tomo el cuello de mi camisa.

—Debes...

—No. —Niega frenando mi mano. Frunzo el ceño—. Es - toy bien, Gema. —Es cierto que no tiene mal aspecto, pero sé que lo requiere.

—Usaste demasiado tu poder. —Sacude la cabeza. —Estás débil.
—No. —Me pega a él y sonríe ligeramente.
—De verdad, estoy bien, Gema.

—Yo también —aseguro apartándome y descubriendo por completo mi cuello—. Así que bebe.

—No sabes seguir órdenes, ¿sabías? —Sonrío ante la mención de las mismas palabras que pronuncié cuando tuvimos diferencias.

—Sí, alguien me lo ha dicho antes. —Avanza un paso y con un rápido movimiento, me coloca contra el árbol. Me mira un segundo y al no notar dudas en mi rostro, se inclina sobre mi cuello. Cierro los ojos y me aferro a sus hombros. Cuando sus colmillos penetran mi piel me pierdo en su agarre.

¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que ocurre? Todo parece moverse *a* cámara lenta, parece irreal. ¡Es un sueño! Uno muy extraño y caótico.

Incluso puedo verme a mí misma. Somos nosotros intentando repeler el ataque de los repudiados e impuros. Estamos en una ladera, junto a un profundo despeñadero, completamente rodeados de ellos. Uriel no tiene buen aspecto, lo mismo que Armen, han usado demasiado su poder y ahora están demasiado débiles. Miro con impotencia como son golpeados por los impuros. Farah parece incansable, lo mismo que Knut, pero no es suficiente. Pen intenta ayudar, pero Alain está herido. Irina y Anisa tratan inútilmente de protegernos a Kassia y a mí. Yo... yo no puedo pelear, miro aterrada a los impuros que cada instante aumentan. No puedo hacerlo. Me recuerdan a mi

madre y soy incapaz de atacarlos. No hay suficientes espadas, no hay a donde escapar, y ellos no dejan de aparecer. ¡Es inútil! Moriremos...

—¡Shh! —Abro los ojos de golpe y me encuentro con el rostro preocupado de Armen, quien me pega a su pecho y acaricia mi espalda con ternura—. Es solo un sueño, tranquila —su- surra intentando reconfortarme. Asiento recostándome sobre su brazo. Cierro los ojos y dejo que mi respiración se normalice.

—Lo siento —me disculpo apenada.

—Está bien —responde con amabilidad. Miro alrededor, aún estamos en el claro, el alba apenas ha comenzado a emerger y algunos están dormidos todavía. Mi mirada se detiene en Pen, quien apoyado en una de las rocas, nos observa. También se ha percatado de mi pesadilla—. Intenta descansar de nuevo. —Asiento obligándome a cerrar los ojos.

Con las primeras luces del amanecer nos ponemos en marcha, de nuevo Uriel y Farah toman la delantera. Los ánimos no han cambiado, pero al menos ahora son menos evidentes.

—¿Qué fue esta vez? —pregunta Kassia acercándose a mí, aprovechando que Armen conversa con Rafael. Niego. Ha sido un sueño distinto. Nunca antes me había visto a mí misma dentro de ellos, no al menos de esa forma y...

Me detengo al llegar al borde del sendero.
—Reconozco este sitio —susurro mirando la pendiente.

Es el lugar que vi en mi sueño, el sitio donde todos morimos. ¡No puede ser!

ISELA REYES

Capítulo 39



De nuevo observo el camino de la ladera, no hay duda, este es el lugar que vi en el sueño.
—¿Gema? —Kassia me mira con preocupación, sacu- diéndome ligeramente del brazo—. ¿Estás bien?

—¿Qué pasa? —Armen se acerca alarmado al escucharla. Lo veo sintiendo una opresión en el estómago. Las imágenes del sueño donde veía a mi madre y de lo que viví en carne propia, me turban. ¿De verdad he visto lo que ocurrirá? ¿Moriremos?—. ¿Gema? —Todos me miran desconcertados.

Me aclaro la garganta, obligándome a contestar y mantener la calma.

—¿No hay otro camino? —pregunto señalando el va - cío—. ¿Realmente tenemos que ir por aquí? —Uriel regresa hasta donde estamos, viéndome extrañado.

—¿Otra ruta? —Asiento esperanzada. Da un vistazo ha - cia abajo y luego de nuevo a mí—. Sí, pero nos tomaría algunas horas más y terminaríamos

llegando de noche a Cádiz. Es demasiado arriesgado. —No puedo ocultar mi angustia—. No me digas que le tienes miedo a las alturas —murmura con ironía. ¡Ojala fuera eso!

—¿Qué ocurre, Gema? —insiste Armen, sabe que algo no está bien.
—Puede que sea solo una tontería... —comienzo a decir con nerviosismo—, pero... dime algo, Uriel.
—¿Qué cosa?

—Si seguimos este sendero, encontraremos un pequeño santuario justo a la mitad del camino, ¿cierto? —Parece confun- dido, pero asiente con un movimiento de cabeza.

—¿Has estado aquí antes? —Niego observando el vacío.

—No, yo... lo vi en mis sueños. —Todos se quedan en si - lencio. Seguramente creen que he perdido la razón, yo comienzo a creer lo mismo.
—¿En tus sueños? —pregunta sin ocultar su incredulidad.

—¿Qué viste? —Armen es el único, además de Kassia, que parece creerme. Debe recordar lo que hablamos anoche sobre mi madre y su teoría de las visiones.

—En ese sitio, nos atacarán impuros y repudiados. Son demasiados y... Nosotros no lo logramos...

—Gema... —comienza a decir Uriel, con la misma expre - sión indiferente, pero Armen levanta la mano indicándole que guarde silencio.

—Sus sueños se hacen realidad —declara con seriedad, recibiendo miradas incrédulas—. Ella vio lo que sucedió con su madre. —La expresión de todos cambia al instante. Sobre todo la de Pen y Alain.

—¿Visiones? —murmura Kassia pensativa.
—Eso parece.

—Vaya —suspira Farah observando el sendero—. Enton- ces... ¿Todos vamos a morir?

—Un momento —interrumpe Uriel, quien ahora parece tomárselo en serio—. ¿Qué más viste? —Miro a Armen, quien me indica que responda.

—Armen y tú... no pueden usar sus habilidades —respon - do evocando lo que vi—. No tenemos armas suficientes, así que ni tú, ni yo podemos pelear. —Veo a los demás, que escuchan atentos—. Todos hacen su mejor esfuerzo, pero cuando Alain resulta herido...

—¿Por qué yo? —pregunta él con un mohín. Pen le da un codazo y me indica que continúe.

—Luchamos, pero son demasiados, el cansancio y la des - ventaja numérica termina siendo determinante. No sé qué ocurre exactamente después, pero... este lugar es como en mi sueño.

—¿Es en serio? —cuestiona Anisa con una mueca de dis - gusto—. No tiene sentido. Un humano no puede predecir el fu- turo.

¿Un humano? ¿Qué se supone que significa eso? —Lo tiene —responde Irina muy seria—. Algunos tienen la habilidad de ver el futuro o el pasado dentro de sus sueños. —No en humanos —masculla Anisa, con el mismo gesto agrio.

—No podemos descartarlo.
—¿Y si no es así? —Rafael sigue mostrándose incrédulo.

—No correremos el riesgo —dice Uriel con determina - ción, intercambiando una mirada con Armen—. Hagamos esto, Irina dame tu espada. —Ella asiente y se la entrega sin decir nada—. De esta forma puedo pelear sin tener que usar el fuego. —Hace una mueca mirando su mano y levanta la vista hacia Anisa—. Tú entrégale la tuya a Rafael.

—¿A mí? —pregunta con una sonrisa inc ómoda. Es cierto, nunca he visto pelear a Rafael y ahora que lo pienso, tampoco sé si tiene alguna habilidad como Armen y Uriel.

—¡Por supuesto, señor Zayn! Usted también tendrá que pelear y mancharse las manos como los demás. Su vida está en juego, ¿no?

—De acuerdo, señor Haros —responde con ironía, mien - tras sujeta la espada que Anisa le entrega. Comprendo que ellas pueden pelear aun sin armas, son de las mejores guerreras de la guardia.

—Kassia, ¿te importaría entregarle tu arma a Gema? — Ella niega, pero Farah se interpone.
—¿Y qué pasará con ella? —pregunta un tanto inquieto. —Ella estará cubierta por los demás. No lo tomes a mal, pero creo que será más útil si la usa Gema.
—Yo tampoco estoy de acuerdo —interviene Armen. —No discutas, Armen —lo reprende Uriel—. Tienes que admitir que ella es mucho mejor que tú con la espada.

—No hay problema —responde Kassia. Armen me mira de modo reprobatorio, pero acepto la espada, mentalizada para pelear.

—¡Genial! —Uriel observa a Pen y a Alain—. Ustedes… solo traten de no morir.

—Te aseguro que no lo har é dos veces —responde Alain con una sonrisa juguetona, que es correspondida por Irina. Uriel gruñe fulminándola con la mirada pero sus labios se curvan aún más.

—Tenemos tres caballos —dice Farah. Uriel asiente re - corriéndonos con la mirada—. Sugiero que Gema y mi madre vayan en ellos.

—Me parece bien —coincide de buena gana Uriel, pare - ce que han decidido olvidarse un poco de su rivalidad y hacer equipo—. Nos queda uno.

—Ese puede llevar las cosas —sugiere Alain mirando el escaso equipaje que portamos.

—Buena idea. —Dirige la mirada hacia el camino y sus - pira—. Quien no pueda luchar debe permanecer dentro del san- tuario, tratando de evitar su ataque.

—Te recuerdo que es un espacio de solo un par de metros. —Rafael tiene razón. Es un pequeño monumento de un par de metros, rodeado por cuatro

torres.

—Olvídalo. Tú tienes que luchar, Zayn. —Rafael pone los ojos en blanco—. ¿Algo que se nos escape, Gema?

—El primer grupo viene de abajo, de entre las salientes del abismo. —Asiente—. El segundo ataca desde la parte de arriba y el tercero viene de ambos lados de la brecha.

—En otras palabras, nos acorralan —concluye haciendo una mueca de disgusto.
—Sí.
—Entonces debemos tener un plan alternativo —sugiere Farah golpeando el mango de la espada.
—¿Un segundo plan? —pregunta Alain frunciendo la frente.

—Sí —coincide Uriel—. Si las cosas se complican, ten - dremos que movernos. No es un buen sitio para pelear y eso es algo de lo que deben ser conscientes. Manténganse lejos del borde e intenten derribarlos, al menos eso les dará algo de tiempo.

—¿Y no podemos evitarlos? —insisto.

—De todos modos irán tras nosotros —afirma Armen—. Están intentando evitar que lleguemos a Cádiz, así que, aunque nos desviemos, nos seguirán.

—Por ahora tenemos una ventaja —comenta Uriel con una pequeña sonrisa—. Sabemos que nos esperan. Así que tran- quila, Gema, confía en nosotros. No moriremos hoy. —Asiento intentando parecer segura—. Escuchen, hay un saliente a unos dos o tres kilómetros, después del final de la cuesta. Para llegar ahí es necesario cruzar el valle y algo de zona boscosa. Podemos reunirnos ahí en caso de que algo suceda y lleguemos a dispersarnos.

—Esa es una buena idea —concuerda Alain.
—Lo sé —responde Uriel con orgullo—. Solo no se inter- nen demasiado en el valle, es traicionero y hay muchas bestias. —Suena perfecto —responde con ironía Pen—. Pero no creo que nos dejen ir tan fácilmente.

—No lo harán, pero nosotros nos aseguraremos de que quienes no puedan pelear logren escapar.
—Completamente de acuerdo —dice Farah mirando a Rafael y Uriel—. ¿Listos?
—Sí, no hay problema —asegura Alain colocándose so- bre el hombro su espada.
—¿Quieres que cuide de ti? —le pregunta Irina con tono socarrón.
—Ya verás que seré yo quien cuide de ti —responde de modo coqueto, haciéndola reír.
—¿Pueden concentrarse? —gruñe malhumorado Uriel—. Esto es algo serio.

—Estamos concentrados, señor Haros —murmura ella sonriendo. Uriel desvía la mirada enfadado y camina hacia la delantera del grupo.

—Suban a los caballos, yo iré al frente —ordena sin mi - rarnos. La sonrisa de Irina se desvanece en cuanto Uriel nos da la espalda. ¿Pasa algo entre ellos? Anoche parecía que estaban bien, pero ahora parecen disgustados.

—No es necesario —interviene Farah—. Yo tomaré la delantera.

—De eso nada —niega Uriel—. Seré yo.
—Ninguno de los dos —gruñe Anisa empujándolos—. A un lado, lo haré yo.
—Ambos la miran cautelosos, sin atreverse a protestar ante la mirada asesina que les dedica.

—Entonces vamos —dice Armen mirándome. —No se separen —indica Uriel—. Ycuiden la espalda de los demás, si pueden hacerlo.

La primera parte del camino es demasiado inclinada e irregular, por lo que avanzamos a paso lento. Todos miran cau- telosos hacia los laterales del sendero. Anisa seguida por Uriel y Farah caminan al frente. Los siguientes somos quienes vamos a caballo, acompañados por Armen y Rafael; más atrás nos siguen Alain y Pen, por ultimo Irina y Knut. Estamos a unos me- tros del santuario cuando su olor comienza a detectarse y todos parecen ponerse alerta.

—Están aquí —anuncia Uriel en voz baja, empuñando su espada. Me preparo para bajar del animal, pero Armen se sitúa a mi lado antes de que pueda

hacerlo y niega.

—Quédate arriba —ordena con severidad. Miro al frente, ahora Rafael camina junto al caballo de Kassia, Pen y Alain conducen el otro caballo; Irina y Knut se han acercado también. La tensión aumenta y de pronto todos los sonidos propios del lugar cesan.

—¡Son ellos! —exclama Farah justo antes de que un par de impuros salten de entre las rocas directo hacia ellos. —¡Son míos! —grita Uriel desplazándose con rapidez, consiguiendo cortar sus gargantas de un golpe.
—¡Vaya! No eres malo —murmura Farah con una sonri- sa.

—Y no has visto nada.
—¡Vienen más! —anuncia Anisa.

El primer grupo llega justo como lo anuncié. Anisa, Rafael y Uriel se encargan de ellos mientras los demás continuamos moviéndonos, acercándonos al santuario, donde bajamos de los caballos y los atamos a las torres. Armen se mantiene junto a mí, Alain y Pen cerca de Kassia, y Farah, Knut e Irina expec- tantes junto al borde. Unos minutos después llega el segundo grupo, ahora es Farah y Knut quienes los encaran. Ascienden un par de metros, impulsándose sobre las rocas, evitando que nos alcancen.

—Ya vienen —dice Armen antes de que aparezcan los re - pudiados por ambos lados de la cornisa. Claro, ellos son menos ágiles que los impuros.

Irina y Alain bloquean el lado derecho de la brecha, mientras que Pen y yo hacemos lo propio con el izquierdo. La mayoría son repudiados, pero esta vez no es como en mi sueño. Sé que la vida de todos corre peligro y más importante, sé que estas personas no desearían ser en lo que se han convertido. Así que esto es bueno para sus almas, liberarlos de su sufrimiento.

Los sonidos del combate llenan el ambiente. Gruñidos furiosos. Gritos de alerta o desesperación. Golpes de todo tipo. Cuerpos cayendo. Todo es caótico. Todos peleamos con todas nuestras fuerzas. Armen no aparta los ojos de mí, noto como intenta ayudarme cada vez que me veo rodeada por ellos, pero me anticipo evitando que actúe y se debilite innecesariamente. «Solo

cuando sean demasiados puedes hacerlo». Ese es el trato, pero parece no estar dispuesto a cumplir su promesa.

—¡Cuidado! —Mi distracción provoca que uno de ellos casi me alcance, Pen lo bloquea y lo arroja al precipicio. —¡Gema! —Armen tira de mí y me observa con deteni- miento.

—¡Estoy bien! —aseguro liberándome de sus manos. Suspira aliviado al ver que ni siquiera me ha rozado, pero me dedica una mirada molesta.

—¡No se distraigan! —grita Irina golpeando un par de re - pudiados. Es increíble cómo sin un arma, logra hacerles frente. Asiento empujando a Armen para que regrese con Kassia.

—Me quedo contigo.
—No... —Niega.

—Vienen más —dice señalando alrededor. Pen sigue su mirada y su rostro refleja la impresión que provoca la panorámi- ca. Nunca antes, ni siquiera durante el ataque al muro vi tantos de ellos. Armen pega su espalda a la mía—. Quédate a mi lado, Gema —susurra apuñando su mano derecha. Comenzará a usar su poder. Asiento y miro al frente. Es todo o nada.

En unos minutos estamos completamente rodeados por ellos, son tantos que no se distingue nada más que sus cuerpos. Logramos derribarlos o cortarlos, pero continúan apareciendo. Todos se repliegan, acortando el espacio para pelear y compli- cando las cosas.

—¡Esto apesta! —grita Farah arrojando la cabeza de un impuro y saltando sobre otro.
—¿Ya te cansaste? —bromea Uriel mirándolo de reojo, sin descuidar a sus oponentes.
—No, aún tengo para más, pero... —Mira alrededor y Uriel asiente.

—¿Hora del plan B? —inquiere sin dejar de moverse. Fa - rah y Armen asienten sin dudarlo—. Ya sabes qué hacer Armen. —Sin que lo espere Armen me toma en brazos.

—¿Qué...? —Me coloca sobre el lomo del caballo antes de que me resista—. No...

—Yo iré contigo —dice mirando hacia arriba, donde va - rios impuros pelean con Knut. Con un movimiento de su mano desaparecen. Gira su mano hacia donde esta Anisa y Rafael, de nuevo se convierten en nada. Pen y Knut no puede ocultar su admiración ante lo que hace.

—Nosotros despejaremos el camino —anuncia Farah llegando a donde estamos—. Ve con ellos, madre —dice gol- peando su caballo, que sale disparado cuesta abajo—. Su turno —Armen sube detrás de mí y tomando las riendas lo pone en marcha. Irina y Alain se encargan de eliminar los repudiados que bloquean el camino, lo mismo que Anisa.

—¿Realmente los dejaremos? —pregunto sin creerlo. La pendiente está repleta de ellos, no podrán solos. Son demasiados.

—Harán más sin nosotros, además —dice abrazándome con fuerza—. Tenemos nuestros propios problemas. —Miro ha- cia el frente, un grupo de impuros persigue de cerca el caballo de Kassia—. Prometí mantenerla a salvo —murmura aumen- tando el ritmo del caballo.

—Sí. —Sostengo con fuerza la espada—. Déjamelos a mí.

—No, aún no —dice agitando su mano.
—Armen...
—Estoy bien, Gema.

Es inútil, el caballo de Kassia ha tomado demasiada ven - taja, a pesar de que Armen no deja de acelerar el nuestro, pero no lograremos llegar a ella a tiempo. No tiene un arma y no parece haberse percatado de que la siguen. Tenemos que hacer algo o...

—Sujeta las riendas —indica al mismo tiempo que toma la espada de mi mano y baja de un salto del caballo. —¡No!

—¡No te detengas, Gema! —ordena saltando entre las rocas a toda prisa hacia Kassia. Apresuro el paso del caballo intentando alcanzarlos.

Veo como un par de impuros saltan desde la montaña hacia Armen, al mismo tiempo que el otro se lanza sobre Kassia. Armen se mueve logrando cortarlo antes de que la toque, pero en un segundo tiene al par de impuros sobre él.

¡Dios mío!

Agita su mano y desaparecen, sin embargo, delante de ellos más repudiados aparecen. A ellos no los puede hacer desaparecer. ¡No! ¡No!

—¡Por favor! —suplico al caballo como si pudiera enten- derme.

—¡Toma el caballo! —grita una voz detrás de mí. ¡Rafael! Logro sujetar las riendas que me extiende y sin perder tiempo, salta por la brecha hacia Armen. Claro, son mucho más rápidos que yo.

Rafael se une a Armen y para mi sorpresa logra aniquilar a los repudiados con destreza. Armen hace lo propio, pero ha usado demasiado poder y su rostro lo denota.

—¿Están bien? —pregunto al llegar a donde están, miran- do a Armen y Kassia. Ambos parecen estar bien y es un alivio. —Sí —responde Armen intentando parecer normal. Su rostro está mucho más pálido que antes.

—Sube —le ordena Rafael, empujando hacia donde es - toy. Lo ayuda a subir detrás de mí y después sube al otro caballo—. Vienen más, tenemos que irnos.

Todos ponemos en marcha los caballos. Vuelvo la mirada hacia lo alto de la montaña, solo puedo ver una enorme mancha negra cubrir el lugar donde se encuentra el santuario.

—Estarán bien —susurra Armen, abrazándose a mi cin - tura. Asiento volviendo la mirada al frente. Estamos al final de la ladera.

—Debemos perderlos —dice Kassia señalando un grupo que se desplaza por la brecha hacia nosotros.
—Podemos hacerlo. —Rafael parece resuelto. Otro que no es lo que aparenta.

Cabalgamos por el valle a toda velocidad, siguiendo las indicaciones que Uriel nos dio. Algunos logran alcanzarnos, pero no representan problema ni para Rafael, ni tampoco para mí. Armen se ha quedado quieto y me preocupa. Pero más aún, los demás. ¿Habrán logrado bajar? ¿Estarán todos bien?

Un par de horas después damos con el lugar que Uriel nos señaló. Es una enorme roca plana, que sobresale de una de las montañas. Dejamos descansar los animales y nos refugiamos debajo de ella.

A pesar de la negativa de Armen, logro convencerlo de que beba y después de unos minutos su rostro comienza a volver a la normalidad. Kassia y Rafael también están agotados, pero bien. Eso es bueno, sin embargo, nadie del resto del grupo aparece.

—¿No deberíamos hacer algo? —pregunto mirando el ca - mino por donde llegamos. Las luces del ocaso han comenzado a teñir el cielo y aún no sabemos nada de ellos.

—No sabemos si están con vida —dice Kassia de for - ma fría. La miro con los ojos desorbitados. ¿Cómo puede decir algo así?—. Tenemos que admitir que es una posibilidad. Eran demasiados para ellos. —Quiero decirle que se equivoca, pero Farah también estaba ahí y a pesar de eso, ella ha aceptado la situación.

Sin duda es una mujer muy valiente y fuerte.
—Recuerden que vienen a pie —dice Rafael con tranqui- lidad. Miro a Armen, quien mantiene los ojos cerrados. Está apoyado en la roca, inmóvil.

—Alguien viene —anuncia en voz baja.
Todos miramos hacia el camino, distinguiendo dos silue- tas.
¡Farah y Knut!

Kassia corre al encuentro de su hijo. Quien sostiene a Knut, parece tener una pierna herida. Rafael los ayuda a llegar y yo busco algo con que curarlo.

—¿Qué pasó? —pregunta Rafael sentándose cerca de ellos—. ¿Saben algo del resto? —Ambos intercambian una mi- rada.

—Algunos venían detrás de nosotros —se limita a res - ponder encogiéndose de hombros, pero con la inquietud marcada en su rostro.

—Los esperaremos —dice Armen—. Hagamos una foga- ta.
—Ya no tenemos alimento —anuncia Kassia con expre- sión incomoda.
—Buscaré algo —se ofrece Rafael tomando una espada e internándose entre los árboles.

La noche ha caído por completo. La luz que la fogata proporciona es lo único que nos ilumina. Nadie dice nada. La inquietud y la espera son desesperantes.

—Deberías descansar —susurra Armen, abrazándome por detrás. Niego sin decir nada. No puedo dormir mientras sé que en alguna parte de esa montaña están los demás. Quizás heridos o... me estremezco ante el pensamiento. Armen besa mi mejilla y me abraza con fuerza.

—¡Desconsiderados! —grita una voz entre la oscuridad. Mi corazón da un salto al tiempo que busco de dónde proviene. Veo tres figuras que al acercarse distingo. ¡Irina, Alain y Uriel!

Están desaliñados y cansados, pero todos caminan por su propio pie. Corro y abrazo a Irina, quien sonríe.
—Me alegro que estén bien —digo emocionada.

—Te dije que no moriríamos —farfulla Uriel. Los demás salen al encuentro. Rafael y Uriel se dan un abrazo e intercambian palabras. Kassia ayuda a Alain y le tiende una manta. Irina mira alrededor y su rostro se torna preocupado. Ha notado que solo faltan Anisa y Pen.

—¿Qué ocurre? —Armen y Uriel me miran preocupa- dos—. ¿Qué?

—Pen cayó al barranco. —Me llevo la mano a la boca mientras las lágrimas escuecen mis ojos—. Anisa se lanzó para ayudarlo, pero ninguno volvió.

—Pensamos que quizás estarían aquí —dice Irina en voz baja, denotando preocupación.
—¿Están muertos?

—No —niega de inmediatoArmen—. Ella aún está viva. —Lo miro extrañada, pero ahora recuerdo que ellos tienen un vínculo y puede darse cuenta.

—El problema es que Anisa no consumió sustitutivo esta mañana... —¡No! —. Y que están solos en algún lugar de la montaña.

«Nosotros podemos contener la sed, pero los subalternos no pueden hacerlo. Se vuelven frenéticos, como los impuros, si no lo consumen». ¡Dios mío! ¡Pen!

ISELA REYES

Capítulo 40



No es que crea que Anisa hará algo a propósito contra Pen, o que sea capaz de abandonarlo, cuando nos perseguían los aliados de Abdón lo rescató, aunque ahora las circunstancias son distintas. En aquel momento, Armen fue quien le dio la orden de rescatarlo y llevarlo a donde nos encontrábamos. Además, el hecho de que sus caracteres choquen demasiado complica más las cosas. Cada uno defiende su causa y odia al otro. Apesar de eso, espero de verdad que ambos estén bien y puedan regresar.

—Debes descansar —susurra Armen besando mi cabeza mientras sus manos acarician mis brazos, me giro y lo miro negando. Aunque el resto esté aquí, no puedo ignorar que ellos aún siguen en alguna parte y que quizás estén heridos o siendo perseguidos por los impuros y repudiados.

—No...

—Estas débil, Gema. Tienes que descansar —dice muy serio, a manera de orden. No discuto, dejo que me conduzca a donde el resto se encuentra.

De nuevo están reunidos en torno a una fogata. Conversan sobre lo que ocurrió después de que nos marchamos. Armen me ayuda a sentarme sobre una manta y se coloca a mi lado.

—Se supone que no debían quedarse mucho tiempo — comenta Farah con tono de reproche. Él parece estar completa- mente bien, no tiene heridas graves.

—Ese era el plan —afirma Uriel dedicándole una mirada de reojo a Alain—, pero...

—Yo me retras é —confiesa avergonzado—. No quería dejarlo —admite con una expresión decaída que me estruja el corazón. Pen y él han sido amigos desde niños, un poco antes de que yo lo conociera. Puedo imaginarme lo complicado que fue para él dejarlo—. Sin embargo...

—Comenzaron a aparecer más impuros y tuvimos que obligarlo a venir con nosotros —explica Irina con una expre- sión de disculpa, que Alain responde con una tímida sonrisa.

De nuevo todos guardan silencio, mientras las llamas consumen las ramas con un repiqueteo característico. Cada uno parece sumido en sus pensamientos, es evidente que todos la han pasado mal y están agotados. Esto demuestra una vez más que a pesar de que ellos no tienen la obligación de protegernos lo hacen, sin distinción. Sujeto con fuerza la mano de Armen, quien corresponde el gesto. Si él no estuviera conmigo, no sé qué habría hecho.

—Nosotros haremos la primera guardia —anuncia Ra - fael poniéndose de pie y mirando a Kassia, quien al instante lo acompaña—. Ustedes descansen un rato.

Sin decir más se alejan un poco de la fogata. Algunos se apoyan en las rocas, otros se recuestan en el suelo. De alguna u otra forma, todos están preocupados por Anisa y Pen, eso es evidente.

—Ven. —Armen me tumba sobre la manta y me cubre—. Duerme un poco, si ocurre algo te despertaré. —Asiento tirando de su ropa para que me

acompañe. Sonríe un poco y se acomoda a mi lado envolviéndome con uno de sus brazos—. Estarán bien —repite besando mi frente.

—Ser á una noche larga —murmura Uriel mientras mis parpados traicioneros se cierran, a pesar de que mi cerebro se resiste a desconectarse de la realidad.

Parpadeo varias veces antes de lograr enfocar su rostro. Armen me mira con ternura, mientras su mano suspendida sobre mi rostro, bloquea los rayos del sol que inciden justo sobre mi cara.

—¿Qué hora es? —pregunto sobresaltada al notar una te- nue claridad alrededor.

—Tranquila, aún es temprano. —Me ayuda a sentarme y descubro que todos parecen haberse levantado. Algunas mantas aún están tendidas en el suelo y se observan los restos humeantes de la fogata.

—¿Dónde están todos? —digo mientras intento ordenar mis ideas. Lo primero que noto es que esta vez no hubo sueños, ninguno. Quizás el cansancio o... Viene a mi mente lo ocurrido con Anisa y Pen. No parecen haber vuelto, de lo contrario ya me lo hubiera dicho.

—Buscando agua y algunas provisiones —responde se- ñalando arriba de la pendiente—. Necesitan comer algo. —¿Y...? —interrumpo.

—No. —Niega intuyendo lo que estoy a punto de pre - guntar—. Aún no sabemos nada —termina en voz baja, confir- mando mis pensamientos. Fuerzo una sonrisa y asiento. Esto es difícil y debe serlo también para él.

Llevan solos prácticamente todo un día. Anisa no ha bebido sustitutivo, es posible que estén heridos y también que aun sean perseguidos. Si algo le pasara a Pen, no podría perdonármelo. No debimos dejarlos.

Empuño las manos con impotencia ante la idea de repetir lo vivido con mi madre y mi hermano. No quiero perder a nadie más.

—Gema —susurra tomando mis manos entre las suyas, reclamando mi atención. Lo miro esta vez sin ocultar mi preocupación. Sé que ambos son

fuertes, pero pueden pasar muchas cosas.

—Y si... —Niega atrayéndome hacia su pecho. —¡Shh! —susurra acariciando mi espalda—. No pasará$_{nada.}$
—¡Se odian! —admito exaltada.

—Tendrán que trabajar juntos. —Eso es imposible. Am - bos son demasiado orgullosos—. Tú has visto como Uriel y Fa- rah lo hicieron. Cuando la vida está en riesgo, se deben olvidar las diferencias.

—Pero...
—Si alguien es capaz de traerlo de regreso, es Anisa. Créeme. Lo hará.

Desliza sus dedos por mi mano derecha, deteniéndose en el contorno de mi muñeca, justo sobre una de mis cicatrices. Cosa que me toma por sorpresa. ¿La ha notado?

—Nunca te pregunte como te hiciste esta marca. —Ob - servo la casi imperceptible línea que sus yemas recorren. Es una fina recta que atraviesa mi muñeca y que prácticamente es invisible a menos que observes con detenimiento. Lo que significa que en algún momento mientras dormía estuvo haciéndolo.

—No lo sé —confieso inquieta—. Creo que cuando era pequeña me la hice, no lo recuerdo. —Mantiene la mirada en mi mano.

—Es un poco peculiar —comenta con expresión ausente.

—S í—concuerdo sin mucho ánimo—. Mi madre dice que era muy inquieta y que tuve muchos accidentes. —Las voces de Farah y Uriel irrumpen y al vernos, nos miran incómodos.

—¿Interrumpimos? —pregunta Farah con una sonrisa burlona.

—No —responde Armen sin dejar de abrazarme y sin cambiar su expresión. Ambos se acercan a la fogata, dándonos la espalda. Veo como Farah sostiene alguna clase de animal, mientras Uriel enciende de nuevo el fuego.

—¿Qué es?

—El desayuno —contesta Irina colocándose junto a ellos—. Necesitan comer. —Claro, ellos no lo hacen. Pero Kas- sia y Alain también lo necesitan. Detrás de los arboles emergen las figuras de Knut, siendo ayudado por Alain.

—Ya estoy mejor —dice al notar mi expresión—. Es solo una pequeña torcedura y prácticamente estoy bien. —Alain me dedica un ligero movimiento de cabeza a manera de saludo, sin detenerse hasta que deja sobre una de las rocas a Knut y se sien- ta junto a él.

—Encontramos agua —anuncia Kassia portando varios frascos, Rafael la sigue sosteniendo otro más. Todos parecen haber adoptado un rol, dejando de lado sus diferencias como Armen lo dijo antes.

Todos comen en silencio, pero sin poder ocultar su ape - tito. Farah se despacha con una de las piernas de lo que parece ser un jabalí, Knut toma otra, Kassia y Alain son más mesurados tomando pequeñas porciones. Armen prácticamente me obliga a comer.

—Esperaremos hasta el mediodía —decide Uriel con voz seria—. Si para entonces no sabemos nada de ellos, nos pon- dremos en marcha. —Armen me pega contra su pecho y besa mi oído intentando infundirme fuerza. Dejo de lado la comida y miro las pequeñas piedras a mis pies.

—Si avanzamos a paso rápido, llegaremos a Cádiz maña- na al mediodía —explica Rafael. Los demás guardan silencio.

Alain, quien también mantiene los ojos en el suelo, agarra con fuerza con su mano derecha el pantalón mientras su mandíbula tiembla. Es horrible pensar en ello, puedo entenderlo.

Prácticamente hemos dejado atrás el valle y nos aproximamos al cruce que indicaron. El silencio reina, solo el trote de los caballos se escucha.

Todos levantan de golpe el rostro, cuando una ligera brisa golpea nuestras caras. El aroma de Anisa está impregnado en el aire. La busco con la mirada

acelerando mis pasos. Alain y Kassia parecen ajenos a lo que ocurre, pero el resto ahora ha cambiado su semblante.

—Llegan tarde —gruñe ella con su típica voz demandan- te.

¡Son ellos! A unos metros de ella, sentando bajo la sombra de un árbol se encuentra Pen. Ambos tienen algunos golpes, su ropa está sucia y rasgada, pero caminan por sí mismos.

Pen me mira un instante, mientras se pone de pie y da la vuelta.
—¿Debemos ir por ahí? —pregunta dándonos la espalda.

—S í —responde Uriel de inmediato. Todos estamos sor- prendidos y emocionados de verlos, pero ellos parecen no desear tocar el tema. Están incómodos y evitan el contacto visual con nosotros. Pen se aleja a paso rápido, manteniendo la distancia con nosotros.

—Eviten hacer cualquier tipo de comentario al respecto —advierte ella recorriéndonos con la mirada.

Un momento… ¡Lo hizo! Bebió su sangre.
—Pero...

—Te lo advierto grandullón —gruñe fulminando con la mirada a Farah—. No dudaré en cortarte el cuello si no cierras la boca.

—De acuerdo —contesta levantando las manos en señal de rendición. Da la vuelta y sigue el mismo camino que Pen.

Pen la alimentó. Anisa tiene el olor a su sangre impregnado. Ellos también se han dado cuenta, por eso ella no desea que lo mencionen. No debe ser sencillo admitir que han tenido que recurrir a eso. Me siento culpable y mal por él. Recuerdo la primera vez que Armen lo hizo, fue desagradable y me sentí fatal durante varios días.

—Acamparemos aquí —anuncia Uriel mirando un espa- cio al pie de un risco.

—Deberíamos seguir —protesta Anisa.

—No. Ustedes y el resto necesitan descansar. —Niega. —Pero...

—No, Anisa —interviene Armen. De mala gana se deja caer al suelo y se cruza de brazos.
—Esta vez yo haré la guardia —dice Uriel.
—Yo te acompaño —se ofrece Farah. Uriel mira a Irina, quien ya se ha instalado junto a Anisa.
—De acuerdo —murmura y ambos se alejan.

Los demás nos acomodamos y veo como Alain se aproxima a Pen, quien ahora parece menos renuente que hace unas horas.

—¿Estás bien? —pregunta entregándole una manta y dándole una palmada en la espalda. Pen sonríe ligeramente y asiente.

—No te preocupes. Estoy bien.
—Creí que habías muerto. —Pen golpea el suelo con la punta del zapato y ríe nerviosamente.

—Yo también lo creí. —Mira hacia donde se encuentra Anisa, quien para mi sorpresa, también lo observa—. Y lo ha- bría hecho —confiesa tenso—, de no ser por ella. —Esta vez ella no dice nada, solamente desvía el rostro.

—Fue raro —comenta de pronto Anisa. Todos la miramos intrigados—. Todos se disiparon.
—Supongo que estaban siguiéndonos —interviene Knut, pero ella niega.
—No lo parecía. A nosotros nos persiguieron por todo el barranco, pero cuando salimos simplemente desaparecieron.

—Anisa tiene razón —Uriel se aproxima a nosotros con expresión seria—. Fue como si de pronto hubieran perdido el interés.

—Como si estuvieran jugando —dice Rafael mirando a Armen.

—Exactamente —concuerda Anisa—. Eso hicieron con nosotros. Nos persiguieron hasta que cayó la noche y luego desaparecieron.

—¿Crees que solo fue una distracción? —pregunta Irina. —No, creo que solo

jugaron con nosotros.

—Eso es imposible —dice Alain—. Nadie puede contro- lar a esas cosas.
—Al parecer alguien puede y eso nos perjudica a todos —afirma Uriel.
—¿Qué clase de loco podría mantener a esas criaturas a su lado y usarlas como ejército? —cuestiona Alain negando. Armen, Uriel y Rafael intercambian una mirada silenciosa. Ellos lo saben. Conocen a ese fundador.
—¿Creen que esté con Abdón? —pregunta Irina. —No —responde de inmediato Armen—. Abdón no es de ese tipo.
—Pero ambos intentaban detenernos, ¿no? —sugiere Kassia—. Por alguna razón no desean que lleguemos a Cádiz. —Es lógico. No pueden entrar y no podrían con ellos. —Yo no estaría tan seguro —murmura Uriel pensativo—, pero por ahora debemos ser cautelosos y llegar.
Uriel regresa con Farah, Kassia y Alain se recuestan y Armen hace lo propio conmigo. Lo miro interrogante.

—¿Qué pasa?
—¿Quién es? —pregunto directamente.
—Aún no.
—Pero...
—No te preocupes, Gema.
—Armen.

—Una vez que estemos en Cádiz, te lo contaré. Confía en mi —pide besando mi mejilla—. Ahora descansa.

Las primeras luces del día nos acompañan, mientras recorremos el sinuoso camino. Todos se mantienen alerta, pero lo cierto es que el aire está libre del olor de impuros y repudiados. Algo poco común. Desde que las ciudades fueron creadas, muchos impuros se establecían en los alrededores, a la espera de alguna víctima, lo mismo en el caso de los repudiados. La diferencia entre las tierras de Cádiz y Jericó, es que no hay grandes asentamientos de árboles o montañas que sirvan de refugio a ellos. Es posible que se deba a eso la usencia.

Hemos comenzado a dejar atrás la zona escarpada, mien - tras subimos la cuesta que deja al descubierto la ciudad. Aún estamos a unos kilómetros, pero desde aquí se puede observar la imponente Cádiz. La principal de las

ciudades. Es el doble de grande que Jericó y sobre todo, es más moderna. Los enormes edificios situados en el corazón de la ciudad, reflejan los rayos del sol dándole un aspecto místico. Cádiz no tiene un muro interno. La muralla que ellos utilizan se encuentra en los límites de la ciudad, resguardando completamente todo el lugar.

—Bienvenidos a Cádiz, ciudad de Danko —dice Uriel de forma teatral.

Todos la contemplan fijamente unos segundos. No sé qué nos espera en ese lugar. Hemos venido en busca de una espe- ranza. Noto la inquietud en el rostro de Pen y Alain, también en Kassia, quien mira a su hijo.

Rafael lo mencionó antes, ellos desconocen la existencia de los híbridos y no tenemos idea de cómo reaccionarán ante su presencia. Aun así, Armen y Uriel se mantienen tranquilos. Sé que si corriéramos peligro no nos llevarían a ese lugar. Sin embargo, es el único al que podemos ir y eso nos deja en desventaja.

—No se separen del resto —advierte Armen tomando mi mano—. Adelante.

Todos nos movemos al mismo tiempo. Con la incertidum - bre reflejada en el rostro. Incluso Irina y Anisa parecen inquie- tas.

—¿Debemos hacer algo o mejor dicho, no hacer algo? — pregunta Alain un poco nervioso.
—Mantenerse alejados de ellos —responde Irina—. Tie- nen un extraño sentido respecto a los humanos.
—¿Qué quieres decir? —cuestiono frunciendo el ceño. Ella sonríe y sacude la cabeza.
—Son muy dados a probar a los visitantes —contesta Anisa con una mueca de desagrado.
—Solo no se aparten del grupo —reitera Armen—. Nadie los tocará si no lo hacen.

Unos metros antes de llegar a la muralla, observamos un grupo de vampiros que parece estar esperándonos. Todos visten impecables atuendos de color azul marino, un uniforme similar al que siempre utilizaban Anisa e Irina. Un vampiro joven y con traje negro da un paso hacia nosotros.

—Armen —saluda con una reverencia. Sus ojos tienen el característico color carmesí, indicando que se trata de un sangre pura.

—Mires —dice Armen, correspondiendo al saludo. Ahora lo recuerdo. Fue uno de los vampiros que estuvo en su casa durante una de las reuniones previas al ataque.

—Bienvenidos. —Hace una señal y los vampiros que lo acompañan, se acercan ofreciéndonos ropas limpias—. Las ne- cesitarán para no llamar la atención en la ciudad —explica al ver nuestras expresiones de desconcierto.

—Gracias por el detalle —responde Armen con su acos- tumbrado aire de superioridad y tranquilidad.

—Tengo habitaciones preparadas para todos en mi casa... —dice recorriendo con la mirada el grupo—. Sin excepción — afirma mirando con cierta sorpresa a Farah y Knut, quienes se mantienen tranquilos.

—Me temo que eso no será posible, señor Mires. —Un vampiro de aspecto tosco aparece detrás de ellos, acompañado por otro grupo. Guardias—. El señor Danko me ha pedido es- coltarlos directamente a su residencia. —Mires sonríe y asiente.

—Entonces, creo que por el momento es todo lo que pue - do hacer por ustedes. —Sonríe a Armen—. Vasyl desea verte en cuanto te sea posible, Regan. —Él asiente y tras una última mirada, se marcha con sus acompañantes.

—Señor Regan —se presenta el vampiro—. Soy Abiel, jefe de la guardia y desde este instante me pongo a sus órdenes. —Gracias, Abiel —contesta Armen.

Nos escoltan al interior de la cuidad, que resulta aún más impresionante. Las calles y los edificios están construidos de hormingón, pintados de un color gris uniforme. Los humanos utilizan ropas sencillas, pero uniformes, algo similar al que utiliza la guardia. Todos parecen convivir de manera armónica. Humanos y vampiros interaccionan y charlan. Algunos nos mi- ran con curiosidad y otros simplemente siguen en sus asuntos.

—Por aquí —Abiel señala el interior de un enorme edifi- cio. Impresionados miramos el entorno.

Nos conducen a una amplia sala, donde se encuentra una vampiresa que sonríe mostrando su perfecta dentadura al vernos entrar.

—Elina —gruñe Anisa al verla. Ella sonríe de modo en - cantador, pero el gesto no llega a sus ojos. No es como Irina, a pesar de intentar desbordar alegría.

—¡Bienvenidos! —exclama extendiendo sus brazos. Usa un ligero vestido blanco sin mangas que hace lucir aún más pálida su piel. Su cabello rubio cae en una cascada desde lo alto de su cabeza.

—Elina —saluda Armen y ella le dedica una mirada de - masiado intensa. La misma que se mueve entre los hombres del grupo.

—Vaya. Cuando me dijeron que tendríamos visitas, no imaginé que serían tan gratas —dice mirando descaradamente a Pen y a Alain.

—No son comida —masculla Anisa, captando la atención de la rubia.

—¿De verdad? —dice con sarcasmo—. No creo que seas la más indicada, ya los probaste. —Anisa empuña las manos fulminándola con la mirada.

—¿Dónde se encuentra Danko? —interviene Rafael. —Está ocupado, pero me ha pedido recibirlos e instalar- los. Deben de estar cansados, él se reunirá con ustedes más tarde.

—¿Te has percatado? —inquiere Uriel mirándola diverti- do. Ella hace un mohín, mientras sus ojos se sitúan sobre Knut.

—El hijo de Sergey, mi padre de sangre, ¿no? —dice tranquila—. Algo de eso escuché, pero ya habrá tiempo para eso. Por ahora... —Chasquea los dedos y varios vampiros apa- recen—. Es mejor que descansen. Será una jornada complicada. Su mirada se detiene en mí—. ¿Tu mujer? —pregunta mirando a Armen.

—Sí —responde sin titubear, lo que provoca que su son- risa se ensanche.

—Es linda. Supongo que quieres compartir habitación con ella, ¿verdad? —Armen asiente—. Perfecto. ¿Ustedes tam- bién quieren compartir? —pregunta mirando a Irina y Uriel.

—S í —contesta él antes de que ella pueda negarse. Inter- cambian una mirada que provoca una risilla en la rubia y una mueca en Rafael, quien sacude la cabeza.

—De acuerdo. Ella es tuya —dice divertida—. ¿Tú? — pregunta observando a Farah.
—Con mi madre —contesta él. Ella asiente y dirige sus ojos hacia Pen.

—¿Y tú? ¿Quieres compartir conmigo? —Pen no puede evitar una expresión desconcertada—. Mi cama es bastante am- plia.

—Parece que no has cambiado nada —farfulla Anisa mo- viendo la cabeza.
—¡Oye! No deberías ser tan egoísta, Anisa.
—Y tú no deberías estar tan dispuesta —responde moles- ta.
—Nosotros tres compartiremos —interviene Alain, antes de que continúen.

—¡Maravilloso! —canturrea falsamente juntando las pal - mas de las manos—. Entonces, mi trabajo ha terminado. Nos veremos en la cena. —Sonríe a Armen y se dirige a la puerta.

—No deberías seguirle la corriente —murmura Uriel mi - rando a Anisa, quien parece estar a punto de salir corriendo detrás de ella.

—¿Debemos soportarla? —masculla sin quitarle los ojos de encima.
—A pesar de su forma de ser —comienza a decir Ar- men—. Es de suma confianza.
—Yo no confió en ella —debate Anisa malhumorada. —Armen tiene razón. Puede ser difícil, pero es de fiar — apoya Uriel.
—¿De verdad? —cuestiona Farah divertido—. No parece que le hayamos agradado.
—Créanlo, el señor Haros la conoce muy bien —dice con sarcasmo Irina desafiando a Uriel con la mirada.
—¡Suficiente! —exclama Rafael con expresión de fasti- dio—. ¿Quieren dejar de lanzarse

indirectas? Es molesto.

—Tienes razón —concuerda Uriel acercándose a Irina—. Nosotros nos vamos. —La toma del brazo y la conduce hacia la puerta. Un par de vampiros los siguen. Es evidente que entre ellos ocurre algo, aunque ella no parece muy feliz.

—Nosotros también nos vamos —dice Alain, mirando a Pen. Quien me mira a mí antes de salir de la estancia. Knut se une a ellos y desaparecen con otros vampiros. Kassia mira a Farah, indicándole que ellos también deben marcharse.

—¿Seguros que podemos cerrar los ojos y despertar com - pletos? —pregunta con tono socarrón, que logra robarle una li- gera sonrisa a Armen.

—Por supuesto —responde seguro—. Nos vemos en la cena. —Con un ligero movimiento de cabeza se despide. —Yo tengo un asunto que atender —explica Rafael, antes de salir.
—Insisto en que deberíamos tener más cuidado —mur- mura Anisa con gesto severo.

—Tu habitación est á junto a la de ellos. Te pido que los vigiles. —Lo miro con cierta sorpresa—. Cuento contigo — concluye tomándome de la mano para que salgamos.

—¿Vigilar? —pregunto inquieta, pero la sonrisa que veo en su rostro me descoloca por completo.
—APen —contesta en voz baja. Dejándome igual de per- pleja. ¿Qué fue lo que realmente pasó entre Anisa y Pen? La habitación es amplia y todo está perfectamente limpio. Armen prepara el baño y me ofrece una toalla.

—¿Quieres ducharte antes de dormir? —Lo miro un poco apenada. Es la primera vez en semanas que estamos completamente solos, sin sentir la presión de que algo malo ocurrirá en cualquier instante o de que alguien nos escuchará. Tomo la toalla, pero no la retiro de su mano, tiro de él acercándolo a mí. Me pongo de puntitas rozando sus labios.

—¿Podemos hacerlo juntos? —Sonríe pegándome a él. —Sí —responde

antes de tomarme en brazos y caminar hacia el baño. Lo necesito.

ISELA REYES

Capítulo 41



Las gotas de agua tibia cubren con rapidez nuestros cuerpos desnudos. Mis ojos recorren con detenimiento su alta y perfecta figura, de la cual, han desaparecido por completo las marcas que provocaron los golpes que recibió y las cadenas que lo ataron cuando estuvo cautivo. La imagen de alguien lastimándolo me hace estremecer. Deslizo mi mano por su pecho y noto como se contrae al sentir mi tacto. Levanto el rostro, descubriendo que me observa con detenimiento. Sus ojos carmesí me miran con adoración, agitando mi corazón como la primera vez que nos vimos. Aunque en aquel instante creí que era debido al desagrado o temor que me provocaba, ahora comprendo que fue por la atracción que sentí sin ser consciente.

—Lo siento —digo un poco avergonzada por mi atrevi - miento. Intento retirar mi mano, pero se anticipa, sujetándola para colocarla de nuevo sobre su piel.

—¿Qué pasa? —inquiere acariciando mi mejilla. Siento el rubor extenderse sobre mi cara. No podría expresar con palabras lo hermoso que me resulta.

Me siento un poco fuera de lugar por pensar en ello ahora, pero al mismo tiempo sé que soy afortunada de poder contemplarlo de esta forma, de estar cerca de él. En algún momento creí que no volvería a verlo y eso me aterró—. ¿Gema? —Niego intentando cambiar el rumbo de mis pensamientos.

—¿Sabes si están bien? —Soy consciente de que lo pri - mero es encontrarnos con ese vampiro llamado Danko, el gobernante de Cádiz. Pero quiero verlos y asegurarme de que están completamente bien. Necesito hablar con ellos, debe haberles tomado por sorpresa que los trajeran aquí, ni siquiera sé cómo hizo Alain para convencer a mi padre.

—S í —asiente comprendiendo a quienes me refiero, sin necesidad de mencionar sus nombres—. Más tarde podrás ver- los. Por ahora necesitas descansar. —Hago un gesto de incon- formidad, pero él sonríe ligeramente—. Sé que te lo he repetido muchas veces en las últimas horas, pero he estado bebiendo demasiado y no has comido correctamente.
—Me siento bien.

—También veras al médico. —Abro la boca para protes - tar, pero niega—. Por favor, Gema. Necesito asegurarme de que estás bien. —No puedo discutir.

—De acuerdo —digo dándome por vencida. Toma la es - ponja comenzando a deslizarla con suavidad por mis hombros, sin apartar sus ojos de los míos.

—No quiero perderte —susurra dejándome pasmada. Sé que me quiere, sus ojos, sus besos, todo lo que ha hecho por mí me lo demuestran, pero esta es una de las pocas veces que lo exterioriza en palabras, de un modo tan sutil y al mismo tiempo tan significativo que mi corazón late desbocado y mis ojos se humedecen, sin deberse al agua que nos baña—. Eres lo más importante para mí. No vuelvas a apartarte de mi lado.

—No lo haré —prometo llena de convicción.

Tengo muchas preguntas saturando mi mente. Armen pro - metió que en cuanto llegáramos hablaríamos sobre ese extraño fundador que puede controlar a impuros y repudiados, y que es capaz de entrar en mis sueños. Él

conoce su identidad y estoy segura de que Kassia también, por eso mostraron esa extraña actitud. Sé que no se trata de una persona agradable o al menos su actitud así lo ha dejado entrever. La urgencia con la que ordenó que viniéramos a este lugar y las miradas que intercambió con Uriel y Rafael. Todo me pone inquieta. Sin embargo, sé que no me dirá nada, no por ahora, me lo ha advertido mientras terminábamos de vestirnos.

Resignada permito que me lleve a la cama. Tras cerrar las persianas, dándole un aspecto nocturno a la habitación, se une a mí, rodeándome con ambos brazos y besando mi pelo, mientras repite que descanse.

No creo que ahora mismo necesite descansar, pero mi cuerpo opina todo lo contrario. Quizás se debe a la comodidad de la cama, la cual llevo días sin probar. O a su compañía, que siempre me hace sentir segura. Mis párpados se cierran y caigo en un profundo sueño.

Abro los ojos sobresaltada al escuchar golpes y voces. Desorientada me incorporo sobre la cama. Me toma unos segundos recordar donde estoy, pero al notar que Armen no está a mi lado, el pánico se apodera de mí. ¿Dónde está? ¿Ha pasado algo? Con el corazón latiendo deprisa, bajo de la cama y corro hacia la sala, pero me detengo al verlo en la puerta del pasillo.

—Señor Regan —dice el mismo vampiro que nos reci - bió y que nos condujo a este lugar. Abiel—. Me envía el señor Danko. Quiere reunirse con usted ahora.

—Dígale que en unos minutos estaré con él —responde con seriedad. El vampiro hace una reverencia y desaparece del umbral. Armen cierra la puerta y me mira—. ¿Todo bien? —in- quiere acercándose a donde me encuentro. Me siento como una tonta por mi ataque de pánico. Trato de parecer normal y fuerzo una sonrisa.

A pesar de que él ha asegurado que no hay nada de qué preocuparse, aún me parece extraño no estar alerta. Supongo que después de lo que ha pasado los últimos días, me resultará difícil no hacerlo.

—Sí. —Me mira con una expresión de disculpa tomán - dome de los hombros y se inclina ligeramente para mirarme a los ojos.

—Lo siento. Tendremos que bajar antes de lo previsto. —Lo miro extrañada—. Quiero que me acompañes —explica antes de que pueda formular la pregunta.

—¿No hay problema en que vaya contigo? —En Jericó no fue bien visto que estuviera con él. Recuerdo las miradas que todos los vampiros me lanzaron en aquella cena al vernos llegar juntos y como cuchicheaban.

—Por supuesto que no. Quiero que lo conozcas. —Asien - to intentando no delatar mi inquietud. Lo cierto es que tampoco deseo apartarme de su lado—. Vamos.

Me conduce de regreso a la habitación. Abre el enorme armario indicándome que elija un atuendo. Miro un poco sorprendida la enorme cantidad de ropa que nos han proporcionado. No sé cómo lo han hecho, pero hay ropa para ambos, la cual es demasiado elegante. Aunque supongo que se ajusta al lugar.

Opto por un ligero vestido de color claro, que me llega por debajo de las rodillas y no es demasiado llamativo. Me recojo el cabello en un improvisado moño y pongo un poco de brillo en los labios.

Mientras espero que Armen me indique que salgamos, contemplo la ciudad desde el ventanal. Ahora que he podido descansar y con la luz del atardecer bañando el lugar, noto lo impresionante que resulta desde aquí arriba. Es completamente diferente a Jericó, no solo en aspecto y estructura, sino en el ambiente que lo rodea. Las diferencias entre ambas razas no parecen tan marcadas, aunque desde luego no existe una igualdad. Me pregunto qué clase de persona es Edin Danko.

Vuelvo la mirada al sentir su presencia a mi espalda. Armen ha recobrado su aspecto imponente. No es que antes no lo tuviera, pero ahora que se ha cambiado de ropa, parece el mismo que vi la primera vez. Lleva un traje negro y el cabello peinado perfectamente. Sonríe al notar que lo miro embelesada.

—¿Lista? —pregunta tomando mi mano.

—Sí. —Sus ojos se fijan en el cristal. La expresión de añoranza que se instala

unos segundos en su cara, me indica que piensa en Jericó, justo como lo he hecho antes. Cualquiera podría pensar que solo extraña su poderío, tener el control, pero sé que no es así. Para él significa más que solo un trono.

—La recuperaremos —dice con firmeza, dejando escapar un suspiro. Armen es muy humano, a pesar de su aspecto frío e indiferente, en instantes como este lo deja ver. Coloco mi mano sobre su mejilla y él me mira con cariño.

—Sé que lo harás. —Sonrío. Niega y se acerca más a mí.

—Juntos —murmura antes de rozar mis labios—. Lo ha - remos juntos, Gema —repite estrechándome con fuerza. «Jun- tos». Me encantaría que fuera posible permanecer juntos, aunque sé que no durará para siempre.

Creo que es la primera vez que pienso en ello. Envejeceré y moriré, pero Armen no lo hará. La idea me hace sentir un vacío en el estómago.

—¿Vamos? —pregunta interrumpiendo mis pensamien - tos. Asiento con una sonrisa incómoda—. No tienes nada de qué preocuparte —asegura interpretando mi expresión como nerviosismo y no como lo que realmente es. Temor.

En cuanto salimos de la habitación, un grupo de vampiros nos conducen por un largo pasillo. Noto como algunos miran con respeto y admiración a Armen, quien no suelta mi mano en ningún momento. Lo que provoca otro tipo de reacción. Desconcierto y rechazo. Apesar de ello, me mantengo firme. Armen me quiere a su lado, así que esto es por él.

El lugar es enorme, realmente impresionante, tiene ese toque apagado y característico de los vampiros, justo como el que tenía el muro. Las paredes son lisas, con escasa decoración; todo parece muy sombrío. Uno de los vampiros nos conduce a la misma sala de cuando llegamos. Apenas entramos en la estancia, percibo su aroma y su presencia que resulta intimidante, la cual es tan fuerte como la de Armen.

—¡Armen! —dice denotando aut éntico afecto, algo completamente inesperado. Sus gestos y su voz son tan naturales, tan... humanos. Tanto como los de Irina.

—Edin —responde, mirándome a manera de disculpa, an - tes de liberar mi mano y avanzar hacia él. Me quedo inmóvil, observando atenta a uno de los tres fundadores que gobiernan, Edin Danko.

Danko es alto y delgado, parece un poco más joven que Armen. Su sonrisa parece genuina, lo mismo que el abrazo que intercambian. Me sorprende un poco la efusividad con la que Armen responde. Es la primera vez que veo esta faceta de él, quien le devuelve la sonrisa con el mismo afecto. He visto son- reír antes a Armen, pero no con los demás vampiros, ni siquiera con Uriel o Rafael, con quienes siempre se mantiene sereno a pesar de sus comentarios fuera de lugar.

—No sabes cuánto me alegra tenerte aquí y más aún, que estés bien —comenta apartándose y mirándolo de pies a cabeza. Parece que son realmente muy cercanos.

Lo que me hace pensar que en realidad no sé mucho sobre Armen. Es verdad que ha compartido algunas cosas conmigo y que he visto otras a través de los sueños. Pero sobre amistades u otros detalles de su vida, en realidad no sé nada.

—Gracias —responde Armen sin dejar de sonreír—. ¿Creíste que había muerto? —El vampiro suelta una risilla di- vertida.

—¿Qué te digo? —Se encoje de hombros con aire des - preocupado—. Corrieron todo tipo de rumores sobre lo ocurri- do en Jericó. Todo el mundo te dio por muerto y a la ciudad por perdida, no puedes culparme por ello. —Sus ojos reparan por primera vez en mí y esboza una extraña sonrisa.

—Ella es Gema —dice Armen regresando a mi lado y to - mando mi mano—. Está conmigo. —Danko asiente, sin dejar de observarme con curiosidad.

—Interesante —murmura golpeando con el dedo su bar - billa—. Muy interesante. —Armen se mueve incómodo y ca- rraspea, sacándolo de sus pensamientos—. ¡Oh! Lo siento. ¿En qué estábamos?

—Hablando sobre lo que ocurrió en Jericó —contesta ahora más serio.

—¡Oh es verdad! —exclama señalando los sillones, al mismo tiempo que se acomoda con elegancia en uno de ellos. Armen me conduce al que se encuentra del otro extremo de la habitación y se sienta a mi lado, sin dejar de sostener mi mano. Cosa que no le pasa inadvertida al vampiro—. El consejo está enterado de la situación —explica desviando la atención de nuestras manos y mirando a Armen.

—¿Y qué piensan hacer? —inquiere Armen con expre- sión serena. El vampiro suspira y niega.

—Por el momento, nada. —Noto el disgusto en el rostro de Armen, el mismo que siento al escuchar sus palabras. ¿No harán nada? ¿Por qué?—. Se supone que no ha violado ninguna ley.

—¿Qué no ha violado ninguna ley? —La voz de Uriel interrumpe. Está en la puerta de la sala, mirándolo con un gesto de incredulidad y furia—. Tienes que estar bromeando, Danko.

—Haros. ¿Nunca te han dicho que debes llamar antes de entrar? —Uriel ignora su comentario y entra en la estancia dan- do grandes zancadas.

—Este tema también me concierne a mí —asevera apo - yándose en el respaldo de uno de los sillones—. ¿Quieres re- petir lo que acabas de decir? ¿No harán nada? —Danko niega poniendo los ojos en blanco.

—Se supone que Armen había caído en manos de los re - beldes y que él intentaba rescatarlo. No va en contra de ninguna ley —explica Danko. Uriel suelta una carcajada irónica.

—¡Esa es la mentira más grande que haya escuchado! — se mofa Uriel. Danko levanta las manos y se encoge de hombros.

—Es lo que han dicho.

—Nos quedó claro que esa nunca fue su intención —ex - presa Armen con serenidad—. Él buscaba algo más. —El vam- piro asiente lanzándome una fugaz mirada.

—Lo sé. Ahora que est ás aquí, podremos refutar esa versión. No obstante, algunos están de su lado e incluso apoyan su idea —expone con gesto severo.

—¿Cómo es posible? —cuestiona Uriel molesto. Más que molesto, sus ojos brillan como si despidiera fuego—. Ese tipo solo intenta acabar con Armen. ¿No se dan cuenta? —Danko suspira con un gesto de fatiga.

—Yo lo sé. Pero te repito que algunos partidarios…

—Valencia y Nicola están con ellos —afirma Armen. ¿Esa vampiresa está aquí? Claro, todos los vampiros que vivían en el muro fueron traídos aquí y ella es uno de ellos.

—Debí suponerlo —farfulla Uriel malhumorado—. Apuesto a que intentan convencerlos de que lo mejor es aplicar la esclavitud y olvidarse de los problemas con los humanos. ¿No?

—Algo parecido —confirma Danko—. También debo de- cirte que tú no sales muy bien parado, Haros.
—¿Qué? —pregunta incrédulo.

—La guardia estaba a tu cargo y dejaste que se hicieran del muro. Se supone que eres el mejor. Ahora tu prestigio se ha puesto en tela de juicio. —Uriel aprieta las manos y tensa la mandíbula, pero no debate—. ¿No dices nada?

—Yo fui quien le pidió que no se opusieran —dice Ar- men—. Yo soy el responsable.

—Ni siquiera se te ocurra decir eso de nuevo —interrum - pe Elina con voz tensa, ingresando en la estancia—. O todos estaremos en problemas. —Su expresión no es la misma que la de antes—. Tú hiciste lo que debías, Regan. Salvaste a los re- sidentes del muro e intentaste minimizar las muertes humanas. Punto —dice muy segura.

—Eso no suena mal —aprueba Rafael uniéndose a ella, quien está de pie en el umbral de la puerta.
—¿Puedo saber qué hacen todos aquí? —pregunta con un gesto de agobio Danko, llevando la mano a la cabeza.

—No puedes dejarnos fuera —protesta Rafael mientras cierra la puerta y camina detrás de Elina hasta el centro de la estancia.

—No planeaba hacerlo—argumenta Danko—. Solo que - ría saludar a un viejo amigo y darle los pormenores de la situación.

—Puedes hacerlo con nosotros también —gruñe Uriel. —Pensaba hacerlo después de la reunión que se llevará a cabo esta noche. Pero olvidaba lo complicados que son ustedes. —No te quejes. Apuesto a que nos extrañaste —dice Uriel, ganándose una mirada molesta por parte de Danko. —No.

—Señor. —La puerta se abre, pero ahora es Abiel quien entra—. Es hora de la reunión. —Danko asiente mientras se pone de pie y nos mira rápidamente.

—Me temo que debo retirarme. Espero que disfruten de la cena y puedan recuperar las horas de sueño. Sin falta, mañana nos reuniremos “todos” —dice haciendo énfasis mirando a Ra- fael y Uriel—. Vamos, Elina.

—Yo no quiero ir. —Niega recostándose a lo largo del sillón—. Todos son aburridos. Además, me gustaría cenarme a los invitados, digo, acompañarlos a cenar —murmura adoptan- do el mismo comportamiento que esta tarde. Danko pone los ojos en blanco, lo mismo que Rafael, quien mueve la cabeza en señal de desaprobación.

—No podrás cenarte a nadie —dice Rafael muy serio—. Es mejor que vayas. —Ella le lanza una mirada asesina. —Tienes que estar presente —asevera Danko. Ella hace una mueca de disgusto, pero se incorpora.
—Si no tengo más remedio —murmura resignada.

—Nos vemos. —Sale seguido de mala gana por Elina, quien parlotea sin parar, manifestando sus pocos deseos de asistir. Ella es un poco peculiar. Es como una niña pequeña.

—Parece que las cosas están un poco complicadas —co- menta Uriel con expresión tensa.
—Así es —concuerda Rafael con gesto pensativo.

—Lo que no comprendo es porqu é esa bruja sigue lanzando su veneno.

Debiste dejarla en el muro —dice mirando a Armen. No hace falta que diga su nombre para saber a quién se refiere. Y sí, por primera vez estoy de acuerdo con Uriel, debió dejarla. Pero...

—¿Qué pasa, Gema? —pregunta Armen al notar mi ex- presión. Los tres me observan interrogantes.

—Ella no quiere que est é contigo —susurro preocupada. No es que me importen sus deseos, pero recuerdo perfectamente lo que me contó Irina sobre ella. Pertenece a una de las familias vampíricas más importantes y tiene muchos contactos. La ocasión anterior dejó claro que quería Armen para ella y que a cambio lo ayudaría. Continúan en silencio, esperando que termine—. ¿Creen que lo hace a propósito?

—En realidad, ya no importa lo que ella quiera —asegura Uriel—. No estamos en Jericó, aquí no tiene la misma influen- cia y nosotros tenemos a Danko.

—Él no ha dicho aun nada —le recuerda Rafael. Uriel le pone mala cara y mira a Armen.
—También está Elina —sugiere.

—No creo que a Irina le guste la idea. —Uriel lo fulmina con la mirada—. ¿Qué? —Se mofa Rafael mirándolo con ma- licia.

—¿Elina es de las familias importantes de la ciudad? — inquiero rompiendo la tensión entre los dos.

—Ella es la segunda al mando —responde Armen. ¿La segunda?—. Cádiz está gobernada por dos familias, aunque Danko esté a la cabeza. Pero sí, ella es importante.

—Insisto en que a Irina no le gustará —comenta con ma- licia Rafael. Uriel resopla.

—¿Quieres dejar eso?
—¿Qué? —pregunta con gesto inocente—. Solo hago una observación. No creo que sea buena idea que retomes tus amoríos con Elina mientras ella esté

aquí. ¿No crees?

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien habló de no hacer indirectas. —Rafael sonríe y niega, encogiéndose de hombros. —No lo recuerdo.
—Que conveniente —masculla Uriel con gesto molesto. La puerta de abre y uno de los vampiros del servicio entra. —La cena está lista.

El comedor es enorme. En la mesa se pueden disponerse al menos cincuenta sillas. Al llegar ya se encuentra ahí el resto de nuestro grupo. Armen ocupa la punta, a su derecha me indica que me instale, junto a mí ubica a Irina, seguida por Anisa, Kassia y Farah. Frente a mí se encuentra Rafael, a su lado Uriel, Pen, Alain y Knut. Todos tenemos mejor aspecto, pero es obvio que no todos se sienten cómodos.

—Adelante —indica Armen una vez que han colocado los platos de comida, frente a nosotros. Obviamente, para ellos han dispuesto unas copas con un líquido rojo, que no parece ser vino (despide una mezcla de olor dulce y salado, contiene sangre sin duda) y que provoca una reacción de descontento en Pen y Alain. Kassia, Farah y Knut no parecen prestarle atención.

Alain es el primero en tocar su plato, come despreocupado; no así Pen, quien se muestra receloso. Su mirada se mantiene sobre Anisa, quien responde con la misma actitud arisca y quien parece provocarlo al darle sorbos a su copa. Sea lo que sea que haya pasado en el barranco parece haber empeorado las cosas entre ellos.

Irina parece ausente e incluso podría asegurar que triste, cosa que no le pasa desapercibida a Uriel, quien la observa desde el otro lado de la mesa.

No me gusta la tensión que de nuevo se ha instalado entre todos, es como si hubiéramos regresado al punto de partida. Justo a aquel instante en el río, cuando nos reunimos todos por primera vez.

—¿Qué sigue? —pregunta Pen en cuanto la mayoría ha dejado de comer.
—Esperar —responde Rafael con un suspiro. Pen hace una mueca de disgusto.
—¿Esperar? —cuestiona como si fuera un insulto su res- puesta.

—Han enviado rastreadores a Jericó, para saber cuál es la situación —explica Armen—. Y justo ahora el consejo mantie- ne una reunión...

—¿Reunión? ¿Y tú porque no estás ahí?
—¿Quieres medir tu tono de voz? —gruñe Anisa, pero Armen la mira con gesto reprobatorio.
—Porque es asunto interno de la ciudad —responde Ar- men sin cambiar expresión.
—Necesitan reunirse primero ellos y luego lo harán con el resto —explica Rafael—, y entonces....
—¿Entonces? —interrumpe Pen de mala manera. —Tienes que cerrar la boca —advierte Farah—. Nosotros solo somos huéspedes, no estamos en posición de ordenar.

—¡Alguien que lo entiende! —canturrea Anisa con iro - nía. Cosa que desata una batalla de miradas poco agradables entre ella y Pen.

—Si las cosas no son favorables es posible que esto termi - ne en una guerra. —Las palabras de Armen captan el interés de todos los presentes—. Abdón no parece dispuesto a ceder y eso significaría un nuevo enfrentamiento. Deben entender que no es fácil para ellos arriesgar la tranquilidad de Cádiz.

—¿Tranquilidad? —escupe Pen golpeando la mesa con las palmas de las manos—. ¡Aquí también somos sus sirvien- tes! —Un segundo golpe sacude por completo la mesa. ¡Anisa!

—¿Al menos has visto las condiciones en las que viven? ¡No sabes nada! —Le grita a la cara a Pen, quien no parece intimidarse.

—¡Anisa! —reprende Armen, pero ella lo ignora. Está muy molesta.
—Por si no te quedó claro, te repito que solo somos invitados...

—No necesito que me lo repitas —protesta Pen—. Sí, me queda claro que estamos aquí, comiendo cómodamente mientras ellos están...

—¡¿Quieres callarte de una buena vez?! —grita comple - tamente furiosa, inclinándose más sobre la superficie de ma- dera. Acortando la distancia entre sus rostros—. ¿Sabes todo lo que hemos arriesgado salvándolos, trayéndolos

aquí? ¡No! ¡No lo sabes! Tu pequeño cerebro no te permite ver más allá de tus narices. ¡Tú eras el líder de los rebeldes! ¿Sabes lo que eso significa? Ahora mismo quieren tu cabeza, no les importa si lo hiciste todo o si fuiste solo su peón, ellos buscan un culpable. El señor Regan está arriesgándose para protegerte ¿y qué haces tú? Ponerte a gritar y exigir. Si no te gusta estar aquí, entonces L-Á-R-G-A-T-E. —Empuja la silla y desaparece.

Todos permanecemos en silencio un largo rato. Pen se ha quedado petrificado en el sitio. Parece bastante afectado por sus palabras. Y sé que ahora mismo se debate entre marcharse y quedarse. Pero no es tonto y sabe que ella tiene razón.

—No debiste hacerla enfadar —susurra Farah dándole un sorbo a su copa—. Puede que cuando estés durmiendo, entre a tu habitación y te corte la cabeza.

—Tu comentario es de mal gusto —dice Rafael molesto. —¡Perdóname! —se burla Farah.

—Suficiente —interviene Armen y todos bajan la cabe- za—. Retírense. Mañana será un largo día.

Kassia arrastra a su hijo a la puerta y Knut los sigue. Alain me mira con disculpa y tira de Pen llevándolo fuera. Rafael se deja caer en el respaldo de la silla.

—¿Qué demonios te ocurre? —le reprocha Uriel—. “No entrar en las indirectas” ¿Recuerdas?

—Lo siento —se disculpa mirando a Armen.
—Vayan a descansar. Todos estamos un poco nerviosos.

—Ustedes no. —Señala Uriel mirándome, pero de golpe gira el rostro hacia su lado—. ¡¡Tú no digas nada!! —advierte fulminando a Rafael. Quien sonríe con malicia.

—Yo también me retiro, señor —susurra Irina incómoda poniéndose de pie y abandonando deprisa el comedor. —¡Eres un idiota, Rafael! ¡Maldito idiota! —exclama Uriel saliendo detrás de Irina. ¿Qué ha pasado?

—Rafael —habla muy serio Armen—. Evita ese tipo de comentarios.

—No lo har é de nuevo —asegura poniéndose de pie y tambaleándose. ¿Está borracho? ¿Los vampiros pueden emborracharse?—. ¡Lo siento! —dice arrastrando las palabras, mien- tras un par de sirvientes lo sostienen y lo llevan.

—Creí que comenzaban a llevarse bien —murmuro ago- biada.
—Creo que aún es pronto.
—¿Estará bien dejarlos solos esta noche? —Sonríe y se pone de pie, tirando de mi mano.
—Necesitan pensar. Quizás mañana vean las cosas de ma- nera distinta. No te preocupes.

—Pero...
—Tampoco te preocupes por lo que Anisa ha dicho.

—Pero es la verdad. Armen, no quiero que de nuevo ten- gas problemas por mi culpa. No es justo... —Niega— quizás...

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no voy a dejarte? Esta vez no, Gema. No importa lo que digas, te quedarás conmigo.

—Armen...
—Aunque Pen haya sido el líder, fue quien te salvó la vida y por ese simple hecho, yo salvaré la suya. Fin del asunto.

Lo miro con admiración. Y me abrazo a su cuello. Difí - cilmente alguien haría lo que él hace por ayudarnos. Por mí. Aunque suene pretencioso.

—Jamás podría pagar todo lo que haces por nosotros. —Lo haces —asegura con una ligera sonrisa—. Créeme que lo haces.

ISELA REYES

Capítulo 42



Apoyo la mano sobre la superficie de cristal y observo de nuevo la ciudad. La noche ha caído por completo, las luces de la ciudad se han encendido, así como también las de la muralla que la rodea. Puedo distinguir el movimiento de los guardias a lo largo de la parte superior. La muralla debe medir al menos 20 metros de altura, en el borde tiene lo que parecen ser sensores de movimiento, los cuales emiten una luz intermitente de color verde que crea un efecto hipnótico. Sin duda todo lo que hay en este lugar es mucho más avanzado. He podido ver cámaras en los pasillos y en algunas partes de la ciudad mientras nos conducían hacia aquí. Las armas y vestimentas de la guardia también son mucho más modernas.

Un profundo suspiro escapa de mi pecho al evocar la última imagen del muro, antes de escapar de Aquiles y sus hombres. ¿Ese hombre los habrá traicionado como aseguró Farah? ¿Cómo estarán las personas que se quedaron? ¿Los impuros habrán atacado de nuevo? ¿Los aliados de Abdón habrán regresado? Puedo comprender la preocupación de Pen, quizás no de la misma forma en la que lo hace él, pero tampoco he dejado de pensar en ellos,

aún cuando estuvieron dispuestos a entregarme a ese vampiro. No los culpo, se trataba de su supervivencia, de proteger a sus familias y a la cuidad. Y por proteger a los que amamos somos capaces de hacer muchas cosas, incluso ir en contra de tu propia sangre. Como lo hice yo.

Trago saliva mientras mis dedos se deslizan sobre el cris - tal hasta que forman un puño que hago impactar ligeramente. El recuerdo de mi madre y lo sucedido esa noche está grabado en mi memoria y jamás se borrará. Me pregunto cómo estará mi padre y Mai, cómo lo estarán llevando. Cierro los ojos y apoyo la frente en el ventanal, permitiendo que el frío refresque mi piel.

«Cumpliré mi promesa, mamá. Voy a protegerlos. Esta vez no dudaré».

El sonido de la puerta abriéndose me saca de mis pensamientos. Abro los ojos y vuelvo la mirada. Armen acaba de entrar en la estancia y tras cerrar la puerta, se dirige a donde me encuentro. Después de que todos se marcharan del comedor de un modo brusco, decidió hablar a solas con ellos. En particular con Anisa y Rafael. Él no suele perder la compostura, nunca lo vi comportarse de ese modo, pero desde que llegamos ha actuado de un modo distinto.

—¿Todo bien? —pregunto en voz baja. Sé que todos he - mos pasado por momentos complicados y que la personalidad de cada uno puede chocar con las de los demás. Pero lo que más me preocupa es lo mal que se llevan Anisa y Pen.

—Sí —responde abrazándome—. Deberías estar acostada ya. —Sonrío ligeramente y sacudo la cabeza.
—Preferí esperarte.
—Vayamos. —Asiento dejándome conducir a la habita- ción.

Armen es muy bueno ocultando sus emociones, pero poco a poco empiezo a ver a través de sus silencios y su serenidad. Ha estado inquieto desde que hablamos con Danko y después de la cena parece haber aumentado su intranquilidad. No es para menos. Las cosas no van bien, ni entre nosotros, ni en la ciudad. Sé que no quiere que me preocupe y que no desea que toque el tema ahora. No lo haré, no quiero aumentar su inquietud, solo espero que la

situación no empeore. Aunque las palabras de Anisa me han dado mucho en que pensar. Quisiera poder ser de ayuda. Sin embargo, aquí no hay mucho que pueda hacer y eso me llena de impotencia.

La noche ha pasado tranquila. Hoy tampoco he tenido ningún sueño y aunque en parte me alivia, sigo sin comprender cuál es el detonante de ellos. Las primeras veces que ocurrieron fue después de que Armen bebiera, pero luego sucedían sin que lo hiciera. ¿Cuál es su verdadero significado? ¿De verdad pue- do ver el futuro? Lo he visto en dos ocasiones pero, ¿habrá una tercera? ¿Tienen alguna relación con ese vampiro?

Armen me explica que no podrá estar conmigo gran parte del día, puesto que tiene que reunirse con el consejo de la ciudad y atender varios asuntos. Le preocupa la idea de dejarme sola. Soy consciente de que no puedo estar pegada a él a todas horas. Aun así, él parece haber pensado en todo. Me indica que Irina se quedará conmigo y me llevará a ver a mi familia.

Nos preparamos y abandonamos la habitación unos minutos después. La enormidad del sitio y la ausencia de sonidos hacen que mis pasos resuenen con fuerza sobre la superficie de mármol, a pesar de mis intentos por ser cuidadosa, creando incomodidad en el vampiro que nos acompaña. Puesto que ellos se mueven con elegancia y destreza sin emitir sonido alguno, debe resultarle molesto. El sirviente nos despide con una reverencia antes de que las puertas se cierren, dejándonos solos.

—Kassia y los demás las acompañar án —dice girándo- se hacia mí. Espero poder conversar con Pen. No quisiera que estuviera considerando la idea de marcharse, sería muy arriesgado, pero lo conozco y sé que es demasiado obstinado. Eso lo aprendí de él, aunque sin duda, me supera por mucho.

—Está bien. Espero que todo vaya bien —digo con since - ridad—. Recuerda que aún tenemos una conversación pendien- te, Armen. —Me observa con expresión inquieta. Por alguna razón continua postergando el asunto y eso me alarma.

—Nos encontraremos para la hora de la comida. —Roza mi mejilla con suavidad—. No tienes nada de qué preocuparte, Gema.

—Sí —contesto con poca convicción.

—Ninguno corre peligro aquí, te lo aseguro —afirma jus - to antes de que las puertas se abran y Anisa e Irina aparezcan. Ahora llevan los mismos trajes que la guardia de la ciudad. Armen me dedica una mirada y se aleja con Anisa y un grupo de vampiros.

—¿Nos vamos? —pregunta con suavidad Irina. Asiento y permito que me tome del brazo guiándome.

—¿Estás bien? —No puedo evitar formular la pregunta. No parece la misma de siempre. Ayer durante toda la cena estuvo ausente y cabizbaja, sé que no debería importunarla, pero de verdad me preocupa. Desvía la mirada y al seguir el rumbo de sus ojos, descubro que a unos metros de nosotros se encuentra Uriel. Ambos se miran con intensidad, pero ella es la primera es apartar la mirada. Me sonríe y palmea mi brazo.

—Te lo contare más tarde, ¿vale? —Sonríe guiñándome el ojo, evidentemente incómoda y ansiosa porque salgamos de aquí—. Vamos.

No hay duda de que algo está pasando entre ellos, pero también me queda claro que no desea tocar el tema.

Al llegar a la entrada del edificio, ellos ya se encuentran ahí. Irina nos indica que la sigamos y que no nos apartemos de ella. Alain parece tomárselo muy en serio y se coloca a su lado sonriéndole de modo alegre. Irina responde, pero está claro que lo hace por cortesía.

—¿A dónde vamos? —pregunta Farah mientras camina- mos por la fachada del lugar. Irina frunce el ceño mirándolo.

—Iremos a ver a sus amigos y a la familia de Gema —ex - plica ella sin detenerse—. Se encuentran instalados en uno de los asentamientos de la ciudad.

—Entonces también estamos apartados de vosotros como en Jericó —comenta con malicia Pen. Irina sonríe ante su co- mentario en lugar de molestarse.

—Tienen su propio espacio, por supuesto —responde con normalidad—. Los humanos que no tienen un protector viven en apartamentos cuya ubicación depende de su trabajo.

—¿Protector? —inquiere Alain.

—Sí. Un vampiro que los tome como donantes permanen - tes. —Se detiene y mira de frente a Pen—. Yantes de que hagas algún comentario, todos lo hacen por voluntad propia, a cambio de dinero o comodidades.

—No cambia el hecho —farfulla. Ella suspira y retoma la marcha.
—Lo sé —admite sin alterarse—. Y no voy a justificarlo. —¿Por qué el sistema es diferente aquí? —pregunta Alain mirando alrededor—. ¿Por qué no están divididos?

—Cada ciudad tiene sus normas internas. Por desgracia, los vampiros más moralistas se encontraban en Jericó. —Hace una mueca de disgusto—. Aquí prefieren tener más libertades. Aun así, siguen las mismas normas. La mayoría usa el sustitutivo y solo quienes lo desean toman donantes. Cada quien tiene sus motivos para hacerlo, claro está.

—Sustitutivo —murmura Pen mirándome de manera sig - nificativa. Dejo escapar un suspiro al entender lo que está pen- sando: en las personas que utilizan para generarlo.

Mientras nos movemos por la ciudad captamos las miradas de algunos vampiros. No pierden detalle del par de híbridos que caminan como si estuvieran en su propio elemento y no fueran conscientes de que los miran. El resto de nosotros parece pasar desapercibidos, excepto yo. Supongo que captan el aroma de Armen en mí.

El complejo se encuentra un poco retirado de la residencia de Danko. Ubicado al este de la ciudad, está formado por una serie de edificios que tienen tres plantas y exactamente el mis- mo aspecto. Lo único que los diferencia es una serie de números grabados en la parte superior.

El ambiente que se respira aquí me llama bastante la atención. Los humanos pasean con normalidad y hay niños correteando por la calle. No hay tensión,

ni miedo reflejado en sus rostros. Es un poco extraño. Me recuerda a quienes vivían en la parte intermedia de Jericó y servían directamente a los vampiros. Nada comparado con donde vivíamos nosotros. Puedo ver también el desconcierto en el rostro de Pen y Alain.

—Es aquí —Irina señala la entrada de uno de los edifi - cios. La seguimos por la escalinata hasta una de las puertas de la segunda planta. Llama un par de veces y al abrirse la puerta aparece Mai.

Avanzo sin dudarlo y sostengo sus mejillas entre mis manos mirándola con atención.

—¿Estás bien? —Asiente mirando detrás de ella, sigo sus ojos y encuentro a mi padre. Lo miro pidiéndole que se acerque. Titubea pero lo hace y nos abraza a ambas.

—Los dejamos solos un momento —anuncia Irina cerran- do la puerta.
—Me alegra que estés bien, hija —dice mi padre con emoción.

—Yo también me alegro de verlos. Lamento no haber po - dido hacerlo antes, pero... —Mi padre mueve la cabeza mien- tras me conduce a un pequeño mueble, donde me hace sentar.

—Eso no importa. ¿Por qué no viniste con nosotros?

—Es una larga historia —digo con una mueca, recordan - do lo que tuvimos que pasar al dejar la ciudad—. Pero ya estoy aquí.

—Estás pálida —susurra Mai, expresando en voz alta lo que seguramente mi padre ha notado también. Le dedico una mirada de reproche, pero ella me mira con severidad—. De ver- dad, incluso te ves más delgada.

—¿No estás comiendo bien? —cuestiona con preocupa- ción mi padre.

—No es eso. El viaje fue un poco complicado, pero estoy bien. —No tiene sentido abrumarlos con detalles—. ¿Vosotros estáis bien? ¿Cómo los han tratado?

—Bien, Gema. Dena se está quedando con nosotros y también esas personas

que vinieron de Cádiz. —Los donan- tes—. Todos han sido muy buenos.

Sonrío mirando a mi padre, quien confirma las palabras de mi hermana.

—Nos sorprendimos mucho cuando Alain dijo que tenía - mos que irnos de la ciudad —confiesa mi padre—. Y más aún, cuando dijo que no vendrías con nosotros. Aseguró que tú lo habías decidido así y que nos alcanzarías. Pero no teníamos noticias tuyas y estábamos muy preocupados.

—Lo lamento. Fue algo inesperado.

Tras conversar con ellos y explicarles que por el momen - to nos quedaremos en la ciudad, me reúno con los demás en la entrada del edificio. Farah y Kassia aun charlan con algunos donantes e Irina no se ve por ningún lado. Aprovecho que Pen se encuentra un poco apartado de Knut y Alain y me acerco a él. Me mira con recelo, sabe que quiero que hablemos.

—Pen —digo colocándome a su lado.
—¿Cómo están? —murmura sin mirarme a los ojos. Lo ha estado evitando desde que nos encontramos en el cruce.

—Bien. ¿Quieres verlos? —Niega rápidamente con un movimiento de cabeza. Cosa que me toma por sorpresa—. Mi padre me preguntó por ti. —Baja la cabeza.

—Te puse en peligro, Gema —dice dejándome atónita. —¿Q...?

—No he olvidado que por mi culpa Aquiles intent ó utilizarte. —No habíamos tenido oportunidad de hablar, pero no esperaba que se responsabilizara de lo ocurrido.
—Pen, tú no lo sabías.

—Debí suponerlo —replica metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón y golpeando el suelo con el pie—. No puedo ver a tu padre ahora, le prometí que cuidaría de ti, pero no lo he hecho. Ni antes, ni ahora. —Veo el dolor reflejado en sus ojos.

—Claro que sí lo has hecho. Arriesgaste tu vida, no solo en la ciudad para

salvarme de Aquiles, sino durante todo el viaje.

—Eso fue para salvarme a mí mismo —masculla con una sonrisa amarga—. No me concedas un mérito que no merezco. —Eres un poco duro contigo —hablo con más seriedad.

—Así es como son las cosas. —Suspira y mira al cielo con expresión abatida—. Solo me usó, ¿no? Es lo que ese tipo ha dicho —comenta mirando a Farah, quien le dedica una mira- da fugaz y regresa la atención a su conversación. Me muerdo la boca—. ¿De verdad puede leer la mente?

—Sí.
—Es un poco extraño. —Me mira de reojo. Sé lo que piensa, yo creo lo mismo.

—También lo son mis sueños —me anticipo. No respon - de—. Últimamente todo es extraño, Pen. —Nos quedamos en silencio unos momentos. Mientras las risas de los niños y las charlas animadas de Farah y un par de donantes llenan el ambiente.

—Aun así... —empieza a decir.

—Lo sé —lo interrumpo—. Hay inocentes. —Su mandí - bula se tensa—. Sé que te resulta difícil de creer, pero de verdad quieren ayudarnos. —Me mira con una expresión extraña—. No puedo pedirte que confíes en mí, sé que te he fallado demasiadas veces, pero ahora son nuestra única esperanza. Nosotros solos no podríamos con ellos. Lo has visto, ellos son mucho más fuertes.

—Odio tener que admitirlo —masculla moviendo la ca - beza—, pero... tú no tienes por qué hacerlo, Gema. Ya no. —Lo miro desconcertada. ¿Qué no tengo que hacer?

—Te equivocas. Son de los míos —Asiente un tanto sor - prendido por la determinación que expreso—. No voy a dejar- los. —Seguramente pensaba que ahora que estaba con Armen me olvidaría de todo, pero se equivoca. No lo haré.

—Dime algo. —Me muevo inc ómoda ante el tono de voz que utiliza—. ¿Qué sentiste la primera vez que lo hizo? —Par- padeo sorprendida. ¿Por qué quiere saberlo? Me aclaro la voz, desviando la mirada.

—Lo siento, Pen —me disculpo apenada.
—No fue tu culpa, Gema.
—Pero...

—No te estoy reprochando nada —asegura—. Solo me gustaría saber lo que sentiste. —Me tomo unos segundos para pensarlo, evitando mirarlo a la cara.

—Llor é —recuerdo la sensación al despertar—. Fue muy perturbador. Durante varios días no pude comer, ni dormir. — Frunce el ceño y me mira de un modo extraño—. Sé que es muy difícil y lamento que hayas tenido que pasar por eso... —Niega.

—Yo no sentí nada de eso, Gema. —Sus palabras me de - jan pasmada. ¡Imposible! Él los odia, debería haber experimen- tado el desagrado que sentí yo—. Nada de lo que acabas de decir. —Abro la boca y la cierro de nuevo.

¡Anisa! Ahora lo entiendo. Ella utilizó su domino para evitar que fuera desagradable para él. No puedo evitar la expresión de desconcierto. Esto es malo.

—No todas las personas reaccionan de la misma manera —explica Irina acercándose a nosotros—. Incluso a algunos les gusta la experiencia —dice con una pequeña sonrisa—. Es algo normal. —Pen frunce el ceño, pero no responde.

Cuando un vampiro usa su dominio, la sensación es tan placentera que no deseas que pare e incluso anhelas que lo haga de nuevo. Eso es lo que ha pasado con Pen.

—Creo que es hora de irnos —anuncia Irina sin dejar de observar a Pen, quien parece ausente. ¡Le gustó! No hay duda de ello.

—¿Por qué le dijiste eso? —pregunto mientras nos dirigi- mos a mi habitación. Irina sonríe de manera traviesa.

—Porque ha estado portándose como un cretino. —Se en - coje de hombros—. Lo siento, Gema, pero es la verdad. Anoche lo pasé por alto porque Anisa se encargó de ponerlo en su lugar, pero hoy no se ha cansado de lanzar indirectas. Tengo un límite también.

—Pero... podría haberle gustado. —Su sonrisa se amplía más.

—Es posible, pero no le pasará nada.
—Irina...

—Escucha. —Se detiene y me mira fijamente—. Anisa es demasiado orgullosa para volverlo a hacer y por lo visto él también lo es. Esto ha sido solo un pequeño escarmiento por ser grosero con el señor Regan. —Abro la boca sorprendida y ella ríe—. No me veas así, Gema. No es tan malo.

Creo que tiene razón. Aunque a Pen le hubiera afectado, si no ocurre de nuevo no pasará nada. Además, ahora es cuando menos podría suceder. Se odian.

—¿Me dirás qu é te ocurre? —digo de pronto, tomándola por sorpresa. La sonrisa se borra de su cara y mira incómoda alrededor.

—No es nada —Intenta parecer tranquila, pero noto en sus ojos la misma expresión que esta mañana cuando vimos a Uriel.

—Es por Uriel. —No es una pregunta, sino una afirma- ción.
—Ha estado insoportable —responde con una risa nervio- sa que la termina de delatar.
—Te gusta. —Sus ojos se abren demasiado, pero no lo desmiente—. ¡Es eso!
—Preferiría no tocar el tema. —Niega empujado la puerta de mi habitación—. No tiene importancia.

—Pero...
—De verdad, Gema. Es solo una tontería.

—¿Por qué? —Me mira unos segundos, hasta que deja caer los brazos y suspira de manera teatral—. ¿Por qué es una tontería? Me he dado cuenta de cómo os miráis. —Su expresión se vuelve seria y su mirada parece perdida.

—Él es un fundador y yo solo soy una subalterna. Nunca pasará.
—Soy una humana —señalo como si no fuera evidente. Ella sonríe y tira de mí para que entre en la estancia.

—Lo eres, pero el señor Regan es diferente y tú... eres especial. —Quiero protestar, pero niega—. Fin de la conver- sación, Gema. —Analizo sus palabras, pero no tienen lógica. ¿Por qué razón estaría mal vista la relación entre ellos? Ambos son vampiros, a pesar de que no sean de la misma clase. ¿No es peor la relación con un humano? ¿Uriel piensa de esa forma?—. Deja de darles vueltas al asunto. ¿Quieres algo de comer antes de que regrese el señor?

—Una reunión —murmuro mirándolo atenta.

—Sí. Es algo importante y necesitamos que todos estén presentes. —Armen me conduce a uno de los salones del edi- ficio. No ha dicho nada sobre la reunión que tuvieron con el consejo, pero nos vamos a encontrar con Danko.

Al entrar en la sala descubro que además de Danko, Elina y Abiel, se encuentra otro vampiro. Es un poco más alto que ellos y muy delgado, sus facciones son demasiado formales, me recorre con la mirada de un modo discreto. Kassia, Alain, Pen y Knut se encuentran de pie en un extremo de la sala, solo Farah está sentado tranquilamente junto a Uriel y Rafael en uno de los sillones. Irina y Anisa permanecen junto al ventanal.

—Ahora ya estamos todos —dice Danko con expresión seria.

Armen me conduce hasta el único sillón libre. Se acomoda sobre la superficie de terciopelo y para mi sorpresa, me coloca sobre sus piernas pasándome el brazo por la cintura y pegándome a su pecho. Elina sonríe de modo perverso, Rafael pone los ojos en blanco y Farah intenta ocultar una sonrisa. Es evidente que me pierdo lo que mentalmente comparten. Pen también nos observa incómodo, aunque Armen permanece sereno.

—Los he convocado —comienza a decir Danko—, por - que parece que no solo tenemos un problema, sino tal vez otro de mayores proporciones.

—¿Qué quieres decir? —inquiere el vampiro que no co- nozco.

—Se refiere a Darius —responde Elina con actitud seria. —¡¿Qué?! —exclama incrédulo—. Está muerto. —El desconcierto se manifiesta en los que desconocemos el tema. —Eso creíamos todos, pero parece que no es así —expli- ca Danko con una mueca.

—Imposible. —Niega el desconocido—. Hace casi un siglo que nadie sabe de él. Sergey y Alón se encargaron de aniquilarlo, Regan estuvo con ellos.

—Lo siento —interrumpe Farah—, pero creo que los de- más nos estamos perdiendo algo. ¿Quién es Darius? —Es cierto —concede Elina—. Ellos no conocen la his- toria.
—¿De dónde han sacado que Darius podría estar vivo?

—Relájate, Bail —susurra Elina con voz cantarina—. Ellos están de cierta forma relacionados con el asunto. Se enfrentaron al ejército de impuros y repudiados que atacó Jericó y que creemos que Darius manipula. —El vampiro nos recorre con la mirada, evidentemente sorprendido. Pero lo que capta la atención de nosotros es lo que ha mencionado ella. Darius es quien manipula los impuros—. Además, por si no te habías dado cuenta, algunos llevan sangre pura en sus venas. ¿Uriel? —pregunta sonriéndole—. ¿Serías tan amable de explicarles un poco a nuestros invitados? —Él la fulmina con la mirada, pero se pone de pie.

—De acuerdo —responde caminando hacia el ventanal—. Actualmente existen cinco principales familias de fundadores: Regan, Abdón, Danko, Zeling y Yasse. Son quienes mantienen intacto su linaje y quienes tienen habilidades fuera de lo común. Las demás familias de fundadores comenzaron a surgir a lo largo de los años, cuando se mezclaron y convirtieron sin un debido control. Sin embargo, hubo un sexto linaje que en realidad nunca fue reconocido como tal, puesto que estaba formado por un único vampiro. Darius.

—¿Un solo vampiro? —pregunta Alain.

—Sí. Asesin ó a todos los integrantes de su familia. —La sorpresa se manifiesta en algunos rostros—. A pesar de eso, no se involucró con las demás familias y por ello nadie intervino. Pero los problemas comenzaron cuando empezó a romper las reglas. Eso fue antes de que la guerra estallara,

por lo que todos vivían en las sombras, sin delatar su existencia, pero él se exponía y convertía a personas solo por diversión. Los mayores intentaron razonar con él, pero se enfrentó a ellos y luego huyó. —Hace una pausa y mira a Armen—. Durante siglos lo buscaron.

—Mi padre y Sergey, el padre de Elina y Knut eran los encargados de detenerlo —explica Armen—. Pero él era hábil y siempre lograba escapar.

—¿Y lograron detenerlo? —Alain mantiene el interés. —Sergey se enfrentó a él y murió, pero creímos que lo había aniquilado.
—Lo aniquiló —asegura Bail—. Regan lo vio con sus propios ojos. ¿No es así, Armen?

—Ya antes lo habían asegurado —interviene Danko—. Eso mismo ocurrió cuando mi padre luchó contra él y murió, pero después apareció de nuevo. Por eso no podemos descartar que se trate de él.

—Quien manipule a los impuros debe ser alguien pode - roso —explica Elina—. Y los únicos que utilizaban el control mental eran Regan, Sergey y Darius. Si no es él. ¿Entonces quién? Sergey está muerto y... —Mira a Armen—. De Regan no sabemos nada desde hace más de 10 años.

—Creo que os estáis anticipando —replica el vampiro in- quieto. Ya no parece tan seguro como antes.

—Quizás —concede Armen—, pero una cosa puedo ase - gurarte, no es mi padre quien está con ellos y si es Darius, las cosas se pondrán peor.

—Yo creo que deberíamos cenar y dejar esta charla para después —sugiere Farah—, él tiene razón en algo, no tenemos garantía de que se trate de ese vampiro. Si es tan poderoso, ¿por qué utiliza a esas cosas? Eso no tiene sentido.

—En eso concuerdo —dice Bail.
—Lo ven. —Sonríe Farah—. Debemos cenar. —Danko pone los ojos en blanco.
—De acuerdo. Creo que debemos esperar que regresen los rastreadores y nos informen.

—¿Qué pasa con Jericó? —cuestiona Pen.

—Es lo que acabo de decir —responde Danko arrugando el ceño—. Los rastreadores han ido a la ciudad y nos informarán acerca de la situación. En base a eso se decidirá cómo proceder.

—De manera que siguen sin decidirse a actuar —mascu- lla Pen—.No les importan ellos.
—Este chico no me agrada —señala Danko arrugando la nariz.

—A mí me encanta —canturrea Elina. Antes de que pue - da ponerse de pie, Anisa toma del brazo a Pen y lo saca de la estancia—. Lástima que alguien más ya le haya hincado el dien- te. —Suspira dramáticamente.

—Eso nunca te ha detenido —le recuerda Rafael con sar- casmo.
—¿Me estás dando autorización? —pregunta divertida. —Solo te lo recordaba, pero no creo que debas, a menos que quieras salir herida. —Ella ríe divertida.
—¿Tú crees? Sería divertido. —Rafael gruñe, mirándola molesto.

—Déjalo, Elina —dice Danko poniéndose de pie—. Id a cenar. —Mira a Farah, quien sonríe—. Mañana hablaremos sobre el asunto. Buenas noches.

Danko y Elina en compañía de Abiel y el otro vampiro salen de la estancia. Los demás nos miramos incómodos. Farah, Kassia, Alain y Knut son los primeros en dirigirse al comedor.

—¿Qué pasará si es él? —pregunta Uriel con expresión pensativa.

—Si es él, tendremos que hacerle frente —contesta Ar - men sin dudarlo. Noto la tensión en sus rostros y el miedo se agolpa en mi pecho. El padre de Armen fue uno de los vampiros que se enfrentó a Darius, lo que significa que él tendría que hacerlo de nuevo.

—¿Qué pasó con los demás fundadores? —pregunto re - cordando que no se mencionó al resto de ellos—. Con el padre de Abdón y con Yasse.

—Todos ellos murieron al combatir contra él —responde Irina con una

mueca.

—Gema —dice pasando su brazo por mis hombros. No he podido dejar de pensar en esa conversación. Vuelvo la mirada—. No debes preocuparte. —Niego.

—No quiero que te pase nada.
—No pasará nada —afirma pegándome a su pecho—. No voy a dejarte. Nunca.

Esto ya lo he visto antes, lo he sentido. La sensación de te - rror, de angustia y de impotencia que me oprime el pecho. No poder moverme. Escucho la puerta abrirse y veo reflejada en la pared su silueta. Me muerdo la lengua y empuño mi mano izquierda que parece ser la única que responde.

Se acerca con paso lento, torturándome, disfrutando del miedo que se refleja en mi rostro. Con la punta del pie me hace mo- verme, de manera que mi espalda queda contra la superficie y miro el techo.

—Tanto tiempo —dice inclinándose sobre mi cabeza.

Puedo ver su cara. Sus ojos son del característico color carmesí, que indica que es un fundador, pero... hay algo distinto en ellos. Amargura, odio, maldad. Con una sonrisa burlona me toma del cuello y en un segundo me impacta contra la pared. Es inútil, no puedo defenderme. Prácticamente todos los huesos de mi cuerpo están rotos. Él lo sabe y goza con ello.

—¿Qué pasa? —se mofa—. ¿No suplicar ás *por tu vida? — Me obligo a no mostrar emoción alguna. Sabía que este día llegaría y no temo por mí, sino por ella. Por mi madre—. Eres igual de orgulloso que tu padre. Él tampoco suplicó en sus últimos instantes. —No sé cómo lo hago, pero logro mover mi mano izquierda y golpear su mejilla.*

Gira ligeramente el rostro al recibir el golpe, pero sé que prácticamente no ha sentido nada. Mi mano cae sin vida a mi costado, mientras la impotencia por no poder hacerle frente me consume. Permanece en la misma postura unos segundos y de pronto comienza a reír ruidosamente.

—Vaya —canturrea mirándome de nuevo—. Tienes agallas.

Es una lástima que no pueda compartir mi sangre contigo, pero lo cierto es que serías una amenaza. Pero no te preocupes, serás mi sirviente para la eternidad. Un gran honor ¿no? —Su sonrisa se desvanece—. Ese será el peor castigo para tu madre... —Ante la mención de ella, noto como una sombra de tristeza cruza su cara, pero casi al instante desaparece.

Gira mi rostro, de forma que mi cuello queda a su merced. Lu - cho por moverme, pero es inútil. Sus colmillos rozan mi piel. Siento repulsión. No deseo esto, no quiero ser como él, como ellos. No quiero que mi madre me tema. No quiero perder mi humanidad. No quiero.

—Bienvenido a la eternidad, Armen —murmura antes de en - terrar sin piedad sus colmillos. Mi mano inútilmente intenta apartarlo, miro a todas partes como si alguien pudiera ayudarme.

Un ardor se extiende por mi cuello, alcanzando mi cara, mis brazos. ¿Qué es esto? ¡No! ¡No!

Se aparta dejándome caer. ¡Quema! Siento como si todo mi cuerpo estuviera ardiendo. Él sonríe burlón, mientras camina alrededor de mí.

—Está ocurriendo —anuncia—. Deja que suceda, no te resis- tas, ven conmigo...
Abro los ojos y trato de respirar. No puedo hacerlo. Parpadeo varias veces. Estoy temblando y me cuesta respirar.

— ¡Gema! —Sus manos sujetan mis hombros, intentando tran - quilizarme—. Gema ¿qué ocurre? —Me mira con ansiedad. Fue así como lo convirtió. Armen no deseaba ser un vampiro... y no fue Regan quien lo convirtió.

ISELA REYES

Capítulo 43



Tengo el rostro empapado. «Estoy llorando». Lloro de impotencia, por la tristeza que siento producto de ese sueño. Así fue como ese vampiro convirtió a Armen. Se burló de él, de su dolor y de su desesperación, disfrutó haciéndolo sufrir. «¿Por qué? ¿Solo por venganza? ¿Por qué su madre no pudo amarlo? ¡Es horrible!».

Veo el desconcierto en sus ojos, pero lo único en lo que puedo pensar es en todo lo que tuvo que pasar esa noche. Me lanzo sobre él, aferrándome con fuerza a su cuello, dejando que los sollozos inunden la habitación. No puedo evitar llorar. Los sentimientos que experimenté en esa visión y los propios son demasiado intensos, tan reales y muy vívidos.

Armen no pregunta nada, me abraza con ternura. Sus manos se deslizan con suavidad por mi espalda en un intento por tranquilizarme. No puedo contener las lágrimas, es demasiado inhumano, demasiado cruel.

—Gema… —susurra al notar que poco a poco he dejado de llorar.

—Es él, ¿verdad? —interrumpo aun abrazada a él—. El vampiro de los sueños, el que te convirtió… es el mismo que estaba enamorado de tu madre. —Siento como su cuerpo se ten- sa ante mi afirmación. Levanto despacio el rostro tratando de interpretar el suyo. La tenue luz que ilumina la habitación me permite ver como su expresión serena ha desaparecido. Sé que le duele, que no debe resultarle sencillo hablar sobre eso. Siempre ha evadido el tema. Y ahora que he podido experimentar su miedo y su angustia entiendo por qué, pero al mismo tiempo necesito respuestas—. Armen…

—Sí —responde con el dolor marcado en sus facciones y reflejado en sus ojos carmesí. ¡Sus ojos!

Como si todas las piezas de pronto encajaran en el lugar correcto, lo comprendo. Las imágenes que he visto en los sueños y todo lo que he escuchado esta tarde me muestran la relación que existe. La familiaridad que no podía explicar al escuchar su voz llamándome, al ver sus ojos ahora lo entiendo. No hay duda, es él.

Trago con dificultad y despacio retrocedo, para mirarlo a los ojos.

—¿Ese vampiro… es…? —Tomo aire, armándome de va - lor para formular la pregunta que me quema—. ¿Ese vampiro es quién controla los impuros?

—Eso creo. —Exhalo abruptamente. «Darius. Es él»—. ¿Gema? —Sujeta mi rostro mirándome con preocupación. Me he quedado callada, pero mi mente intenta procesarlo todo.

Esa mirada fría, llena de odio y maldad es exactamente la misma que he visto esta noche. El vampiro que fue capaz de aniquilar a su propia familia, que asesinó a los fundadores principales y que odia a Armen, es el mismo que aparece en mis sueños. Es quien me llama con insistencia.

—¿Quién es exactamente él? —Mi voz es un mero su - surro, pero Armen me ha escuchado perfectamente. Y también comprende a lo que me refiero, lo que él ha estado intentando evadir estos días. «Él lo sabía. Descubrió la relación».

Me mira unos segundos percatándose de la confusión que mi rostro debe

transmitir. Él fue quien lo convirtió, ¿por qué lleva el apellido Regan? Y, ¿qué relación tiene conmigo? ¿Por qué lo escucho? ¿Por qué vi a través de sus ojos esos recuerdos? No comprendo.

Se levanta de la cama y enciende las luces, iluminando por completo la estancia. Su rostro no puede ocultar la inquietud. Así que me queda claro que no es un vampiro ordinario, ya lo escuché antes, pero sé que hay más en todo esto. Incluso me da la impresión de que Armen intenta mantenerlo oculto. ¿Por qué motivo?

—Como ya sabes —comienza a decir con voz tranqui - la—, es uno de los fundadores principales y a su vez, el mayor enemigo de los vampiros —dice mirando por la ventana. Per- manece inmóvil de espaldas a mí, sumido en sus pensamientos. No me atrevo a decir nada, dándole tiempo para pensar, sé que esto es difícil para él. Y también que soy una imprudente, no debería estar hurgando en sus heridas, pero necesito saber, sobre todo encontrarle sentido—. Darius tenía un gusto enfermizo por las mujeres humanas. No solo se alimentaba de ellas, sino que… —De nuevo hace una pausa, exhalando—. Usaba todo su dominio para hacerlas completamente suyas, aún en contra de su voluntad. Las tomaba y luego las abandonaba o asesinaba, para buscar más. Así fue como conoció a mi madre. —Detecto el desagrado en su voz y aunque quisiera correr y abrazarlo, permanezco quieta—. Ella era joven y bonita, así que la utilizó como su donante por algún tiempo y luego la abandonó. Entonces conoció a mi padre y se enamoró de él.

—¿Regan? —Mueve ligeramente la cabeza, descartando la opción.
—No. Él era uno de los rastreadores que intentaban cazar a Darius, un subalterno bajo las órdenes de Henryk.

—¡Eras un híbrido! —exclamo sorprendida. Armen se gira hacia mí y asiente. Ahora sé porque cuando conoció a Farah no parecía sorprendido como los demás, ni porqué tampoco parece sentir repulsión hacia ellos. Él sabía que era posible su existencia porque fue uno de ellos.

—Sí. —Da un par de pasos hacia la cama escrutando mi rostro. No tiene nada que buscar, el hecho de que fuera un híbrido y no un humano no cambia nada. Sin embargo, no debería estar preguntando sobre su pasado.

—No tienes que seguir si no lo deseas. —Niega.

—Es necesario que escuches toda la historia, Gema — afirma al mismo tiempo que su acostumbrado semblante sereno cubre su perfecto rostro—. Regan y el resto de los fundadores intentaban frenar desesperadamente a Darius, él había exterminado dos pueblos y no paraba de convertir a humanos por diversión, quienes a su vez, desataban el terror. A sabiendas de sus gustos, decidieron vigilar a las mujeres que solía frecuentar. Porque él tenía la manía de buscarlas y luego desaparecer por un tiempo, pero siempre regresaba o al menos lo hacía con algunas de ellas. Así fue como mi padre encontró a mi madre. Durante meses la estuvo vigilando, a la espera de que regresara y poder pillarlo por sorpresa, pero ella descubrió que era un vampiro también y terminaron enamorándose. Sin embargo, Darius no había dado por terminada su relación con ella, y regresó a buscarla varios meses después. Al saber que ella estaba con mi padre y esperaba un hijo de él, se enfureció e intentó asesinarlos.

—¿Qué ocurrió? —pregunto conteniendo la respiración. Ahora entiendo porqué ella le tenía tanto miedo.

—Mi padre estaba preparado para enfrentarse a él, a pesar de que sabía que no tenía muchas oportunidades, pero… Darius simplemente se marchó. No entendieron si lo hizo porque no consideraba que valía la pena, porque la guardia iba en camino o porque ella se lo suplicó. Creyeron que no volvería, pero se equivocaron. Al poco tiempo después de yo nacer regresó para intentar llevársela, pero ella no aceptó. Ni siquiera su poder mental funcionó para lograr convencerla. Mi padre sabía que no se daría por vencido, así que durante años, estuvieron huyendo de él, aunque él conseguía encontrarlos una y otra vez. Parecía disfrutar atormentándolos y persiguiéndolos como un cazador. Esa es su especialidad —dice apretando los puños. «Que horri- ble ser. Ni siquiera soy capaz de imaginar todo lo que tuvieron que pasar»—. La noche que cumplí 12 años apareció en nuestra casa. Esta vez fue diferente, estaba dispuesto a todo con tal de llevársela. Mi padre se enfrentó a él y tal como temía, no pudo vencerle y murió. Creí que se saldría con la suya, pero no ocurrió. Darius dejó que mi madre y yo huyéramos. —Sonríe con amargura—. Lo hizo a propósito para continuar cazándonos. —¡Maldito! —. Pasaron varios años sin saber nada de él, hasta la noche que me mordió.

—Cierra los ojos y a través de su silen- cio puedo ver los recuerdos que cruzan por su mente en este instante, los mismos que he visto en sueños—. Mi madre había en- vejecido y él perdió el interés en ella, pero su odio por nosotros persistía. Así que la obligó a ver cómo me rompía los huesos y luego me arrastró a esa habitación oscura. Discutió con ella varios minutos en los que temí lo peor, pero ella seguía llorando cuando él entró. No la asesinaría porque deseaba que lo hiciera yo, una vez que me transformara y necesitara alimentarme. Se lo dejó saber durante su discusión. Yo intenté evitarlo, pero fue inútil, así que sentí su ponzoña correr por mis venas y poco a poco comenzar a cambiar, pero entonces Regan apareció. Para mi sorpresa, Darius parecía temer a las habilidades de Regan y simplemente huyó. Henryk descubrió al instante que yo era el hijo de su sirviente y me dio su sangre antes de que cambiara por completo. Es por eso, que aunque Darius me transformó, llevó la sangre de Regan y soy un fundador.

Intento no llorar. Jamás creí que la vida de Armen hubiera sido tan difícil y que, a pesar de todo, él no haya endurecido su corazón. Porque a pesar de lo que todos dicen, los vampiros sí tienen corazón y uno muy grande. Especialmente él.

—¿Qué pasó con tu madre? —Mueve ligeramente la ca- beza, con una expresión llena de melancolía.

—Para mi madre era tarde. —Me llevo la mano a los la - bios para no sollozar—. Antes de marcharse, Darius la asesinó rompiéndole el cuello. Regan no puedo hacer nada por ella. Su corazón había dejado de latir cuando la encontró. —«¡Dios!». Salto de la cama y me abrazo con fuerza a su cuerpo. No tengo palabras que puedan expresar lo que siento, ni tampoco creo que puedan consolarlo. Solo puedo pensar una cosa: ¡Maldito Darius!—. Aún hay más. —Sujeta mi rostro entre sus manos, mirándome con preocupación. ¿Más? Me resulta difícil creerlo. ¿Se puede sufrir más después de todo lo que le hizo?

Me trago el nudo que tengo en la garganta y le pido que continúe.

—Creí que no sabría nada más de él, pero después de eso comenzó a intentar manipularme, de entrar en mi mente y obligarme a obedecerlo. Lo intentó muchas veces, pero no consiguió hacerlo pues el lazo de sangre que tenía con

Henryk era más fuerte y lo impedía. También intentó hacerlo a través de los sueños. —Me estremezco. «Es justo lo que pretende hacer conmigo»—. Durante mucho tiempo lo intentó, a pesar de que habían pasado muchos años.

—Por eso te diste cuenta de que era él. —Asiente.

—Kassia me lo contó. Ella sabía lo de Darius y sobre los sueños, porque mi padre se lo explicó. Cuando nos encontramos me lo mencionó, creí que eran solo sueños sobre mis recuerdos. —Niego un poco apenada—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? —Se inclina y frunce el ceño. No hay reproche en su voz, solo preocupación y eso aumenta mi culpa.

—No hubo un momento oportuno —admito arrepentida. Si no era la presencia de Pen, era algo más, pero nunca pude hacerlo—. Pero no lo ha vuelto a hacer, no ahora que estoy con- tigo.

—Lo hará de nuevo —asegura con una mueca de disgus- to.
—¿Por qué?

—Ese es Darius. Un ser cruel que ama jugar con los sen - timientos y mentes de los demás, pero creo que hace esto por mí. Él no ha olvidado el odio que sentía por mi madre y sabe lo importante que eres para mí, por eso intenta controlarte.

—Pero…
—Su poder no se limita a vampiros, Gema. No funciona de ese modo, desgraciadamente. A mi madre la persiguió durante mucho tiempo, no se dará por vencido. —Eso lo explica, pero… ¿y esa sensación de familiaridad que tengo siempre que lo escucho?

—Hay algo que no comprendo… —susurro agitando la cabeza.
—¿Qué es? —inquiere intrigado.

—Cada vez que me habla, siento como si lo conociera de alguna parte, no sé cómo explicarlo. —Suspira sujetándome por los hombros.

—Necesito que me digas algo.
—Por supuesto.

—¿Tuviste alguna vez un encuentro con un vampiro cuan - do eras niña? No me refiero a un subalterno de la ciudad, sino a un fundador. —Lo miro pasmada. ¡Ese vampiro!—. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.
—Cuéntame.

—Tenía 6 años, recuerdo la extraña sensación que me provocaban sus ojos, que eran como los tuyos. —Sus manos au- mentan ligeramente la presión y se inclina, colocando sus ojos al nivel de los míos.

—¿Te hizo algo? —Niego rápidamente, ante su expresión inquieta.
—No, solo dijo que mi sangre sería un banquete para cualquier vampiro.
—¿Solo eso? —Parece extrañado. ¿Qué intenta insinuar? —Sí. Después de eso se fue. —Toma mi mano derecha y acaricia mi extraña cicatriz.
—¿No tienen relación? —«¿Relación? No lo creo. En realidad, no tengo idea».
—No… no estoy segura. ¿Por qué? —Mueve la cabeza, sin apartar la mirada de mi mano.

—No es nada. —Nos quedamos en silencio. Armen pare - ce incómodo y yo no sé muy bien que decir. Solo puedo pensar en ese vampiro, que es un monstruo—. ¿Tienes miedo?

—¿Miedo? —Su pregunta me toma por sorpresa.

—Sí. Ahora que sabes que él te busca y que es por mi culpa. —Parpadeo atónita—. Lo siento, Gema —dice atormen- tado—. Es mi culpa. Soy consciente de que no debí acercarme a ti, ni desearte, pero… —Pongo mi mano sobre sus labios y niego. ¿Por qué dice eso?

—No digas eso, Armen. Tú no eres culpable de nada. —Lo soy —dice lleno de convicción.

—No —repito con firmeza—. Tú no tienes la culpa de que ese vampiro esté loco y te recuerdo que no me obligaste a nada. Todo lo que he hecho ha sido por voluntad propia.

—Pero has sufrido demasiado por mi culpa.

—¿Qué? —De nuevo sus palabras me descolocan. ¿De verdad cree que todo es su culpa?—. No, Armen. Lo que ocu- rrió con la ciudad y con mi madre no podías evitarlo. No soy tan importante para mover a todo el mundo, créeme —digo con una sonrisa desganada.

—Para mí, lo eres —asegura estrechándome con fuerza en sus brazos—. Lamento que estés en peligro. —Suspiro en- tendiendo un poco todo lo que ocurre detrás de su máscara de tranquilidad. «¿Cuánto has pasado solo, mi amor?».

—Prometiste que me protegerías —susurro recordando las palabras que muchas veces ha repetido, tratando de aliviar un poco la tensión.

—Lo haré. —Me aparto y sacudo la cabeza.

—No es una exigencia. —Sonrío ligeramente—. Y yo también te protegeré. Sé que no soy de ayuda pero… —Me en- cojo de hombros—. Haremos esto juntos, ¿de acuerdo?

—Gema… —Con la punta del dedo dibujo el contorno de sus labios bloqueando sus palabras.
—No me arrepiento de haberte conocido, ni de estar con- tigo. Y jamás te culparía, te lo aseguro.
Deposita un beso en mi frente y tomándome en brazos, me deposita sobre la cama, pegándome a su pecho.

Intentar dormir es inútil, mi mente no deja de darle vueltas a todo lo que Armen me ha contado. Ese vampiro me quiere, solo para lastimarlo y para torturarlo como lo hizo con sus padres. Eso es horrible. ¿Por qué no lo deja en paz? ¿Qué es lo que quiere? Aquella vez se salió con la suya porque Armen estaba solo, pero ahora es distinto. Sé que Anisa, Uriel y los demás no lo permitirán, yo tampoco puedo dejar que me controle. No sé cómo lo evitaré, pero hallaré la manera.

—¿Sabes por qué no pudo controlar a tu madre? —digo en voz baja, sé que tampoco está dormido a pesar de que se mantiene quieto.

—No. Ella alguna vez dijo que era por el amor que sentía por mi padre y posiblemente también por el lazo conmigo. — Eso explicaría porqué Darius odiaba a Armen—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no voy a permitir que entre en mi cabeza. — Pega más su pecho a mi espalda y besa mi cuello.
—Gracias por quedarte conmigo. —Sujeto sus manos, entrelazando nuestros dedos.
—Siempre, Armen. Siempre.

Armen parece más tranquilo, pero confirmar lo que temía sin duda lo ha puesto en alerta y después de una larga noche en vela ambos salimos de la habitación en busca de Danko.

—Necesitamos hablar con los demás sobre Darius —dice muy serio guiándome por el pasillo.

—¿Confirmarles que es él? —Me mira de reojo y asiente. Le he contado lo que vi en cada uno de los sueños y eso parece confirmar las pequeñas dudas que tenía al respecto.

Darius es el vampiro que vi en Jericó la noche que murió mi madre.

Levanto la mirada, a unos metros de nosotros aparece Danko en compañía de Elina y un grupo de vampiros. Ella luce radiante y camina despreocupadamente. Agita la mano en señal de saludo y despliega una coqueta sonrisa.

—¡Hola! —Le dedico una media sonrisa y ella me guiña el ojo, pero Armen ni la mira.
—¡Armen! —saluda Danko con voz amigable. —Necesitamos hablar contigo —contesta con voz seria, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—Eso es bueno —afirma Danko poniéndose un poco más serio—. Yo también quiero hablar con vosotros. Vamos. —Sin decir nada caminamos por el largo pasillo. Elina me mira con curiosidad y Armen parece tenso al percatarse.

—Por aquí —indica uno de los vampiros abriendo una enorme puerta.

Danko es el primero en entrar en el salón donde se encuentran los demás reunidos. Elina sonríe al ver a Pen sentando en uno de los sillones, pero antes de que pueda acercarse Anisa se deja caer junto a él y ella suelta una risilla. Irina y Alain se encuentran alejados de los demás y noto como Uriel no les quita los ojos de encima. Kassia, Farah y Knut están de pie detrás Rafael y del otro vampiro, Bail.

—Me alegro que todos sean madrugadores —comienza a decir Danko acomodándose en su sillón—. Hay varias cosas sobre las que debo informarles. Abiel. —El vampiro se coloca junto al ventanal y nos observa.

—Anoche un grupo de impuros intentó cruzar la muralla. —Miro alarmada a Armen, quien mantiene su rostro inexpresi- vo. Uriel y Anisa no pueden ocultar su malestar—. No penetra- ron, pero estuvieron durante varias horas rondando.

—¿Eso es malo? —inquiere Farah despreocupado.

—Es evidente que buscaban algo —responde Abiel. Me estremezco al saber qué es lo que buscan. Armen sujeta con fuerza mi cintura, infundiéndome valor—. Además de que hace meses que no veíamos ninguno. Por esa razón, resulta relevante.

—Vienen tras nosotros —murmura Anisa apretando los puños.
—Eso parece —concuerda Danko con expresión pensati- va—. Y era de esperarse, ¿no?

—Hay algo que tienen que saber —anuncia Armen po - niéndose de pie—. No hay duda de que se trata de Darius. —El desconocido parece sobresaltado, lo mismo que Uriel y Rafael.

—¿Por qué dices eso? —cuestiona Bail. Armen me mira y luego a Danko.

—Está intentando manipularla. —Ahora todos me obser - van interrogantes. Danko me recorre con la mirada de un modo extraño, cauteloso—. Ella lo ha visto y escuchado en sueños.

—Interesante —susurra el vampiro entrecerrando los ojos.
—Quizás mi pregunta suene impertinente, pero, ¿por qué motivo le interesaría una humana? —pregunta Bail. —Porque ella es especial —musita Elina dedicándome una ligera sonrisa. ¿Especial? No, no lo soy.
—Lo es —confirma Danko desviando su mirada a Armen.

—Danko es capaz de percibir hasta los más ligeros soni - dos —explica Armen, acomodándose de nuevo junto a mí. Las palabras que mencionó anteriormente respecto al vampiro que controla los impuros, me hacen sentir inquieta.

—Sí, pero no lo digo porque haya espiado su conversa - ción, es evidente que es diferente. Tienes un aire distinto —co- menta sujetándose la barbilla.

—Sí y parece que alguien está interfiriendo en tu mente —coincide Elina ladeando la cabeza.
—Darius —confirma Armen en voz alta, apretando la mandíbula.

—Ya veo —murmura Danko—. La pregunta es: ¿por qué no puede acercarse a ella si puede controlarla? —Un escalofrío me recorre el cuerpo—. ¿Por qué solo limitarse a entrar en sus sueños?

—Un momento… —interrumpo exaltada—. ¿Quieren decir que está controlando mi mente? —Se apoya en sus rodi- llas inclinando el cuerpo hacia delante.

—Escucha, Gema —dice entrecerrando los ojos—. Al - guien está ejerciendo control sobre tu mente y si no lo ha logrado aún, lo intentará de nuevo. La mayoría de las mentes humanas son débiles y Darius no es un principiante. A diferencia de Elina —dice mirándola de reojo—. Quien puede manejarlas un poco, él puede obligarte incluso a terminar con tu propia vida. Su control no tiene límites y podemos confirmarlo con los im- puros. Esas criaturas salvajes están bajo sus órdenes.

—Dime —interviene Elina—. ¿Te ha hablado alguna vez estando despierta?
—Niego, pero recuerdo aquella ocasión en que no estuve segura si lo imaginé.

—Una vez lo hizo durante el día. —Armen se tensa y me mira preocupado. No se lo he mencionado antes.
—¿Qué dijo? —Me muerdo los labios y miro incómoda a todos.
—*Mátalos*.
—¡Vaya! —exclama Danko ante el silencio del resto—. No hay duda que es su estilo.

—Abdón también la quiere —menciona Irina—. Intenta - ban intercambiarla con las personas de la ciudad. ¿No creen que sea demasiada coincidencia?

—No estarás pensando que se han aliado, ¿verdad? — cuestiona Elina a la defensiva.
—Es una posibilidad —comenta ella encogiéndose de hombros.
—No lo sé —murmura Danko—. Ese es un cretino, pero no creo que sea capaz. Él odia a Darius tanto como nosotros. —Desde luego. Fue Darius quien asesinó a su padre —se- ñala Elina—. No lo creo.

—Entonces —dice Bail—, sabemos que Darius está vivo y que por alguna razón la quiere a ella, ¿correcto? —pregunta mirándome con expresión serena—. ¿Por eso ha desplegado un ejército de impuros? Solo por una humana. —No hay burla, ni desdén en sus palabras.

—Es un poco exagerado, es cierto, Bail —concuerda Danko con expresión severa—. Pero supongo que para él, esto es algo serio. ¿No lo has entendido?

—Me cuesta creerlo.
—No tenemos dudas de que se trata de él —afirma Eli- na—. Y te repito que ella es especial.
—Puedo darme cuenta. —A pesar de ser el tema de con- versación, me siento ajena. ¿En qué sentido lo soy? —Parece que ella tiene ciertas habilidades —asegura Danko estudiándome con detenimiento.
—¿Habilidades? —inquiere Bail aun con expresión cu-riosa.
—Sí —responden Rafael y Uriel.
—Al parecer es una vidente —afirma Armen con expre- sión seria.
—¿Vidente? Pero…

—Bueno, no sería la primera vez que hubiera un humano con habilidades. Y no debemos olvidar que estas pueden desa- rrollarse aún más cuando nos

convertimos en vampiros, pero vienen dadas desde el nacimiento —Danko habla de forma tran- quila.

—Esa podría ser la razón por la cual él la quiere —sugiere Elina sin dejar de mirarme—. Sabemos que él siempre ha bus- cado las habilidades de otros vampiros para hacerse de ellas.

—Entonces querrá convertirla —susurra Irina preocupa- da.
—¿Por qué? —cuestiona alarmado Pen.

—Porque así podría controlar el futuro y ser ía indestructible. Es lo que intenta. ¿No lo entendéis? —cuestiona exaspe- rada Elina. Todos permanecen en silencio, observándome como si fuera algo peligroso.

—Y por venganza —susurra Armen—. Él odiaba a mi madre y a mí. Esto también es algo personal.
—Pues personal o no, ella es valiosa y querrá tenerla — asegura Elina.

—Pero no es todo —dice Danko con expresión de ago - bio—. También tenemos el hecho de que Abdón parece no estar dispuesto a ceder.

—¿Qué quieres decir? —De nuevo interviene Pen exalta- do. Danko lo mira entrecerrando los ojos sin responder. —Quiere decir que no está dispuesto a devolver la ciudad. Al parecer ahora la tiene bajo su poder —explica Elina.
—¿Los han esclavizado? —Alain no puede evitar mostrar el desagrado ante la posibilidad.
—Sí —responde Danko—. A todos.
—¿No harán nada? —cuestiona Pen, quien parece furio- so.

—El consejo ha emitido la orden para que la libere, pero no ha obtenido respuesta aún. Tiene una semana de plazo para hacerlo o nosotros intervendremos.

—¿Una semana? ¿Están bromeando? —Anisa sujeta el brazo de Pen, obligándolo a permanecer sentado.

—¿Quieres calmarte? No solo tenemos que lidiar con eso, también está el asunto de Gema. —Sus palabras parecen frenar- lo y de mala gana se deja

caer en el respaldo.

—Él no hará nada por ahora y lo más seguro es que termi - ne cediendo. El consejo no aprueba sus actos y ha ordenado que el poder regrese a manos de Armen. —Pen le dedica una mirada envenenada a Armen que no cambia su expresión tranquila.

—Es eso o que Abdón continúe en el mando —le recuer- da Anisa, Pen se sacude su mano y le da la espalda.

—Anisa e Irina —nombra Armen—. Quiero que les ense - ñen a pelear. —Alain y Pen lo miran desconcertados, así como ellas también—. Si Abdón no acepta la orden, tendremos que intervenir e ir a Jericó. Vosotros tendréis que ayudar a recuperar la ciudad.

—¿Qué pasarácon las personas de Erbil? —pregunta Pen. Anisa y Uriel sueltan una risa irónica y Armen sacude la cabeza.

—Respecto a eso aún no se ha acordado nada —expli - ca—. Hay quienes se oponen y quienes están a favor, por ahora la prioridad es Jericó.

—Un paso a la vez, Pen —susurra Farah.

—Sobre Gema —dice Danko—. No podrá quedarse sola un solo instante. Elina estará con ella cuando Armen no pueda hacerlo y si escuchas algo o tienes algún sueño, tendrás que informarnos de inmediato. —Se pone de pie y agita las manos—. Ahora todos tenéis cosas que hacer, fuera. Me duele la cabeza y ese chico me pone de mal humor. ¡Largo!

Anisa es la primera en salir llevando consigo a un molesto Pen. Después Irina, seguida por Alain y Uriel, y el resto de ellos.

—También ver ás a una vidente para saber más sobre tus habilidades —informa Danko antes de que salgamos—. He es- cuchado lo que hiciste en el barranco y fue verdaderamente impresionante, Gema. No me queda duda de porqué Darius intenta capturarte.

—No voy a permitirlo —asegura Armen. Danko sonríe colocando su mano

sobre el hombro de Armen.
—No lo haremos, Armen. Recuerda que estoy contigo.

Armen asiente y tomándome de la mano me guía por el pasillo. Todo es inquietante, pero saber que no estamos solos ayuda.

ISELA REYES

Capítulo 44

«Dos enemigos».



Ese despiadado vampiro, que convirtió a Armen, asesinó a sus padres y a los fundadores principales. ¿De verdad está haciendo todo esto porque quiere mis visiones? ¿O solo intenta lastimar de nuevo a Armen? La idea me resulta horrible, pero lo ha hecho antes. Durante años se dedicó a perseguirlo para aumentar su desesperación y después consumar su venganza. «Su especialidad: jugar con la mente y los sentimientos». Ese podría ser su auténtico propósito, jugar con nosotros.

Abdón, uno de los tres gobernantes, quiere ahora hacerse con el control de Jericó y también desea asesinar a Armen.

Lo que me recuerda a aquel vampiro que ayudó a Violeta a abrir las puertas del muro para que los impuros entraran. Un traidor. ¿Será uno de los aliados de Darius o de Abdón? ¿Es posible que se encuentre aquí? No, tal vez se haya marchado durante el ataque al muro, pero, ¿cómo estar seguro de ello?

¿Y si ha venido a Cádiz?

De nuevo hay demasiadas interrogantes, pero por el momento no podemos hacer nada. Solo esperar.
—La llevaré con el médico —informa Armen a Danko, quien asiente retrocediendo un par de pasos para observarme.

—Por supuesto, ocúpate de tu mujer. Aún está un poco pálida y tú también necesitas alimentarte, Armen. Usaste demasiado tu poder. —Levanta una mano y la agita frunciendo el ceño—. Solo espero que estén teniendo cuidado. Con dos de ellos ya tenemos más que suficiente. —Me quedo de piedra al comprender a que se refiere. Farah y Knut, los híbridos. Siento el rostro arder y escucho como Elina ríe.

—Yo los veo encantadores —afirma ella con una risilla, pero Danko la fulmina con la mirada.

—Tú ves a todos encantadores, Elina. Así que no inter - vengas —farfulla con una mueca de disgusto, cosa que provoca que se ría a carcajadas. Si no estuviera tan apenada posiblemente haría lo mismo. Su risa es contagiosa y agradable—. No tienes vergüenza. —Danko parece siempre rabiar ante sus co- mentarios, pero a ella parece no importarle. Ambos tienen expresiones muy humanas que denotan cariño mutuo. Aún cuando al principio me pareció un poco falsa.

—Nos retiramos —anuncia Armen agarrándome por la cintura y pegándome a su torso—. Me reuniré más tarde con vosotros. —Sin esperar una respuesta de su parte, me hace salir de la sala.

Avanzamos un par de metros en silencio, escuchando aún la risa de Elina y las protestas de Danko. ¿Por qué ha dicho eso? Es vergonzoso. Armen deposita un beso en mi cabeza y suspira.

—No le prestes mucha atención —susurra. Le dedico una rápida mirada y me muerdo los labios nerviosamente. ¿Qué no le preste atención? ¡Dios! Pero ha hecho alusión a algo que no había pensado.

«¿Un hijo?».

Lo cierto es que ahora mismo no estoy cuidándome, pero es poco probable ya que solo hemos estado juntos una vez. No obstante, la idea me resulta inquietante. No porque no lo desee, sino por lo que implica. He visto como los miran y la manera en que los excluyen. Tal como lo aseguró Anisa, si es complicado convivir dos razas, con una tercera lo es todavía más. Además, ahora sé lo difícil que ha sido la vida de Armen. Pero sobre todo, aún existen normas que lo prohíben y quizás sea el principal motivo por el que a Danko le preocupa el hecho. Armen perdería sus derechos si yo estuviera embarazada, incluso podría ser exiliado.

—No lo hace con mala intención —insiste Armen, sin comprender el verdadero rumbo de mis atormentados pensamientos. Sacudo la cabeza, intentado apartarlos y le dedico una ligera sonrisa.

—Lo entiendo. Pero… —Me detengo y lo miro a los ojos. Hay algo más importante de lo que quiero hablarle, ya que no estoy segura si han pensado en ello—. ¿Recuerdas el vampiro que ayudó a Violeta a abrir las puertas del muro? —Me mira confundido, pero asiente.

—Nunca supimos quién era —comenta sin comprender a donde quiero llegar.
—Lo sé. Y tampoco sabemos si era uno de los aliados de Darius o de Abdón.
—Darius no es de los que tienen aliados —murmura más para sí mismo.

Quizás no lo sea, pero ahora están de su lado los impuros y los repudiados, aunque ellos parecen ser solo sus marionetas. Por otro lado, a Abdón le beneficiaba la inestabilidad de la ciudad para poder actuar y justificar su intervención, así que es probable que haya sido él quien enviara a ese vampiro o, mejor dicho, quien lo mantenía dentro del muro.

—¿Crees que podría estar aquí? —Acaricia mi mejilla con ternura y mueve la cabeza.

—No importa si es así, no podrá hacerte daño, Gema. — Niego rotundamente. No es mi seguridad la que me preocupa, porque en realidad me queda claro que solo soy el medio para hacerle daño y al parecer sus enemigos ahora lo saben.

—No era yo su objetivo, Armen, ¿recuerdas? —Me ob - serva un tanto

admirado y me abraza con fuerza, sin importar que tengamos testigos—. Deberíamos contárselo.

—Ahora lo sabe Danko —dice apartándose un poco, to - mando de nuevo mi mano—. Gracias por preocuparte por mí. —Sonrío permitiendo que me conduzca por el pasillo.

A veces siento que solo soy una carga. En realidad, no hay mucho que pueda hacer por él. Aun así, haré lo que este en mis manos, sin importar lo que sea.

Las instalaciones del centro médico de Cádiz son impresionantes. El edificio es uno de los más grandes de la ciudad. Las paredes son altas y el suelo es de color blanco, los pasillos y estancias espaciosas son únicos, sin mencionar el impecable aspecto de quienes lo habitan. Guapas enfermeras pálidas de ojos rojos y expresiones inmutables que caminan de un lado a otro con el característico porte vampírico. Perfección. En cuanto nos acercamos al enorme recibidor, un par de ellas saludan a Armen con una reverencia y sin esperar, nos conducen hasta un elegante consultorio. Es evidente que todos lo conocen.

—¡Armen! —saluda un vampiro de aspecto mayor, vesti - do completamente de blanco, acercándose a Armen. Él también parecer ser un fundador.

—Koller —responde Armen con voz neutra ofreciendo su mano derecha. El vampiro la estrecha y sonríe de modo ensayado, mientras me observa disimuladamente.

Hay una notoria diferencia en su expresión y también en la que muestran los vampiros que hemos visto en este lugar. Sus sonrisas no parecen ser auténticas, no como las de Irina, Elina o Danko. No llegan a sus ojos, los cuales continúan reflejando apatía. Sin embargo, Armen parece confiar en él.

—Poneos cómodos, por favor —pide señalando el par de asientos frente a su escritorio—. Justo ayer me enteré de que estabas por aquí. Pensaba hoy pasar a saludarte, pero hemos estado un poco ocupados y ya sabes que siempre se me olvidan las cosas —explica agitando las manos distraídamente regresando a su asiento.

—Pensé que Melnik estaría aquí —comenta Armen reti- rando la silla para mí y permaneciendo de pie.

—Por el momento se encuentra en los laboratorios. Está trabajando en lo que pediste. —Miro de golpe a Armen, quien le dedica una mirada de reproche al vampiro—. ¡Oh! Tú eres Gema, ¿cierto? —dice cambiando rápidamente de tema—. He escuchado mucho sobre ti… —Armen se aclara la voz y él pa- recer darse cuenta que ha cometido de nuevo una indiscreción.

—Quisiera que le hicieras un chequeo —dice Armen aun sin mirarme.
—Desde luego. —Me dedica su fría sonrisa—. ¿Has es- tado comiendo correctamente? —pregunta tomando una pluma. —No —responde Armen antes de que lo haga—. Y he bebido con regularidad.

—Entiendo. —Me observa con expresión concentrada—. Haremos una prueba de sangre y lo de rutina. —Al instante la puerta se abre y una de las enfermeras aparece—. Llévala para que le tomen una muestra de sangre y la revisen.

—Por supuesto, doctor —responde ella mirándome—. ¿Sería tan amable de acompañarme? —Aunque se esfuerza por parecer amable, es evidente que no le agrado. Tiene la misma mirada que tenía Anisa cuando llegué al muro.

—Gema. —Armen toma mi mano y me dedica una mira - da cómplice, indicándome que atienda. Esto es un poco extraño y no me gusta—. Todo está bien —afirma como si intuyera lo que estoy pensado. Asiento no muy convencida y a regañadientes libero su mano, para acercarme a la puerta, no sin antes dirigirle una mirada interrogante. «¿Qué es lo que ha pedido a ese medico?».

Ignoro las miradas que me dedican las vampiresas al vernos caminar por el pasillo. ¿Acaso soy la única humana que ha venido a este lugar? ¿O se debe a quien me acompaña? Supongo que es complicado romper los prejuicios. Para todos soy solo una simple humana que ahora se encuentra con un fundador.

—Adelante.

Dentro de la estancia, para mi sorpresa, hay algunos humanos, quienes

parecen ser los encargados de tomar y procesar las muestras sanguíneas. Desde luego que estar directamente en contacto con la sangre debe resultarles un poco abrumador a ellos. Tiene sentido.

La enfermera me indica que me acomode en una silla frente a una mesita y una mujer de aspecto joven se acerca con una aguja en la mano. No puede evitar mirarme sorprendida, pero rápidamente se concentra en extraer la muestra de sangre. Me abstengo de formular las muchas preguntas que me vienen a la mente. Su presencia me hace acordarme de Gibran, el hombre que trabajaba en los laboratorios en Jericó y el que informó a Pen y a los demás sobre la fabricación del sustitutivo. Aunque supongo que es evidente que se realiza el mismo procedimiento aquí. Pero… ¿qué es lo que Armen le ha pedido a ese medico?

No desconfió de él, ya no. No obstante, me gustaría sa- berlo.

—Todo está en orden, Armen —informa el vampiro, de - jando sobre la mesa la hoja de resultados de los análisis—. Con un suplemento y la dieta adecuada podrás tomar tus dosis regulares sin problemas. Gema es joven y muy saludable —asegura con un brillo extraño en la mirada. El mismo que tenía el anterior médico cada vez que lo visitaba.

—Te agradezco que nos hayas recibido —dice Armen po- niéndose de pie y tendiéndole la mano.
—Ni lo menciones. Estamos para servirte —responde es- trechándola.

—Me pondré en contacto con vosotros más tarde. —Inter - cambian una mirada silenciosa y Armen me rodea con el brazo, dispuesto para salir.

—Por supuesto —asiente acompañándonos a la puerta—. Saluda de mi parte a Danko.
—Lo haré.

Dejamos el lugar, acompañados por los guardias de Danko, quienes permanecen a unos metros de nosotros. Es medio día, pero el sol brilla por su ausencia. Cádiz se encuentra ubicada cerca de lo que anteriormente era conocido como Rusia, así que el clima es un poco más frío. Esto me hace añorar Jericó, donde a esta hora, el sol golpearía con fuerza nuestros rostros.

Observo a Armen, quien mantiene el semblante sereno. No ha dicho nada respecto a los comentarios del médico y desde luego tampoco he tocado el tema, puesto que no estamos solos. Tendré que esperar un poco.

Me quedo de pie a mitad de la estancia y me giro, mientras él cierra la puerta. Nuestras miradas se encuentran.

—Se trata del sustitutivo —comienza a decir antes de que formule la pregunta. Ahora estamos en nuestra habitación, solos y tal como lo esperaba, me lo contará—. Están intentando en- contrar una alternativa para su fabricación.

No puedo evitar mostrarme sorprendida. ¿Alternativa? —Pero… —Él mismo explicó que no han dado resultados otras fuentes.

—Me refiero a las personas que utilizan para el procedi - miento. —Las personas que duermen y modifican para obtener grandes cantidades de sangre. A partir de la cual se fabrica el sustitutivo que los alimenta.

—Entiendo.

—He hablado con Danko sobre usar donantes para el pro - ceso y que de esa manera no queden dañados de forma permanente.

—Te aseguro que resultaría mucho mejor —digo anima- da.

—No se pierde nada con intentarlo. —¿Puedo preguntarte algo?
—Adelante.
—¿Aquí también realizan las modificaciones?

—Han dejado de realizarlas. Y también… Melnik intenta encontrar una cura para el virus.
—¿De verdad? —Eso sí que es inesperado. Una cura. Se- ría maravilloso aunque ella ya no esté aquí—. Pero…

—Aún es un poco precipitado para contárselo a los de - más. —«Tiene razón»—. No hay garantía de que funcione, pero al estudiar más a fondo su mecanismo, podrían desarrollar una vacuna o la manera de revertirlo con

mayor eficacia antes de que los cambios ocurran. Al parecer, ese ha sido el mayor problema hasta ahora, no logran actuar a tiempo para evitar que los transforme.

—¿No se suponía que eso era imposible? —Recuerdo que aseguró cuando le pregunté sobre el tema.

—Me temo que en realidad nunca se interesaron dema - siado por el asunto, Gema —dice con pesar. ¡No puede ser!—. Solo nos hicieron creerlo. La gente que se encargaba de eso, al parecer, desvió la atención a otro sector. —Eso es un poco injusto.

Intento conservar la calma, Armen no tiene la culpa de eso.
—¿Y ahora? —digo en voz baja—. ¿Lo harán?

—Por supuesto. Los equipos y el personal de Cádiz están más capacitados, además Danko ha dado su autorización para que comiencen a trabajar en ello.

«Danko». Sé que Armen hace esto porque sabe que preocupa al resto de nosotros, pero Danko debe hacerlo por el aprecio que le tiene.

—Parece bueno. —Sonríe ligeramente y asiente. —Como habrás podido ver, tiene sus momentos. Pero es neutral y hará lo que considere necesario para evitar conflictos.

—¿Qué ha pasado en la ciudad? ¿No han surgido proble - mas por nuestra presencia? Por favor, sé sincero. —Sonríe de modo dulce y se acerca a mí.

—Créeme que soy sincero, Gema —dice en forma de bro - ma. Me gusta verle así. Relajado y auténticamente tranquilo—. Y hasta el momento no ha ocurrido nada. Los rumores respecto a lo sucedido, desde luego que han circulado, pero el hecho de que estés conmigo les ha hecho saber que no estamos intentando esclavizarlos.

—¿Te refieres a las personas? —Asiente—. ¿Y qué pasa con los fundadores? ¿Qué opinan?

—Han comenzado a darse cuenta de lo que podría ocurrir si se desata una

guerra. Ellos no desean eso y mucho menos ahora que están al tanto de la presencia de Darius. Además, saben que no pienso permitir que esclavicen a nadie. —Lo miro con admiración.

—Nunca dejas de sorprenderme —confieso con una pe- queña sonrisa. Se inclina ligeramente y roza mis labios. —¿Eso es bueno?

—Sin duda —aseguro rodeando su cuello. Sus manos su - jetan mi cintura, manteniéndome pegada a él, mientras profundiza el beso. Suspiro ante la gentileza de su boca y la firmeza de su agarre.

—Me temo que debo irme —dice frunciendo el ceño, an - tes de que llamen a la puerta—. Llegaron. —Asiento y deposito un beso casto en su boca.

—Te quiero. —La puerta se abre y Elina aparece, mirán- donos con una enorme sonrisa.
—¿Interrumpo? —pregunta con tono risueño, Armen la mira serio, pero ella ríe divertida.

Armen se marcha en compañía de Uriel y Rafael. Dejándome a cargo de Irina y Anisa, Elina nos conduce al resto de nosotros, hacia la parte trasera del edificio, donde se encuentra la sala de entrenamientos.

—Por supuesto la guardia tiene sus propias instalaciones —explica sin detenerse—, pero de vez en cuando Danko o yo hacemos un poco de ejercicio y entenderás que es mucho más cómodo tenerlo disponible. Ya sabes —dice con aire despreo- cupado.

En realidad, no puedo imaginarla practicando, ni siquiera corriendo. Elina es como una pequeña muñeca de porcelana. Es bajita y delgada. Su rostro, sus uñas y su elegante atuendo le dan un toque frágil y sofisticado, nada que pueda resultar agresivo.

—Sí, claro, ejercicio —masculla Anisa lo suficiente alto para que la escuche, sin embargo, Elina ni siquiera la mira.

—Llegamos —dice empujando la enorme puerta, la cual parece como si fuera de papel, la desplaza sin esfuerzo alguno, lo que confirma su naturaleza

sobrehumana.

La sala de entrenamientos es una enorme estancia rectangular y alta. La pared del fondo parece ser toda hecha de rocas y presenta algunos golpes. El resto es de hormigón. Al lado derecho se encuentran los vestidores, armas y un sinfín de objetos de batalla.

Pen, Alain, Farah y Knut observan con asombro el arsenal de armas que penden de la pared.
—Vengan conmigo —pide Elina guiándonos al lado con- trario, donde han instalado una mesa con un par de asientos.

Kassia es la primera en acercarse. Nos sonríe tomando la pequeña tetera para servir el té, a pesar de las protestas de una de las sirvientas.

—¿Té? —pregunta animada.

—Yo prefiero vino. —Niega Elina. Sin perder tiempo, una de las chicas sirve una copa y se la ofrece—. Siéntanse como en casa —dice en voz alta, llamando la atención de ellos, que continúan revisando las armas—. Aquí podrán entrenar y disponer de todo. —Se acomoda en uno de los sillones.

—¿De todo? —pregunta emocionado Alain, sujetando una pistola de las que emplea la guardia de la ciudad. —Completamente de todo —asegura ella con una sonrisa perversa, evidentemente no solo refiriéndose a las armas. —¿Les parece si comenzamos? —interrumpe Irina diver- tida, acercándose a ellos.

—Quita esa cara mujer —murmura Elina dándole un sor - bo a su copa—. No es como si fuera a venir en cualquier instan- te y llevarte. Desde luego que no es tan tonto para hacer eso y estás con nosotros. No lo permitiríamos.

—No creo que eso ayude —comenta Anisa con gesto re- probatorio.

Elina pone los ojos en blanco y la ignora, volviendo de nuevo su mirada a donde se encuentran los hombres, pero específicamente sobre Alain y Pen, quienes practican con Farah.

—No creo que en una semana logren aprender lo que a ti te llevó casi tres

meses —murmura Anisa, de pie junto a mí. —Ellos son buenos —debate Elina.
—Pero no son rápidos y en esta ocasión no se van a en- frentar a impuros, sino a subalternos.

Cierto. El enemigo en esta ocasión estará entrenado y posiblemente preparado para recibirnos. Ojala pudiera saber qué ocurrirá, si Abdón cederá o continuará negándose. Pero lo cierto es que sigo sin entender cómo funcionan mis sueños o si fueron solo coincidencias, aun cuando todos han dado por hecho que puedo ver el futuro.

—Sigo pensando que se podrían hacer muchas cosas inte- resantes con ellos —ronronea Elina.
—Claro, tú harías muchas cosas —gruñe Anisa sacudien- do la cabeza.
—¡Uy, sí! Sobre todo con ese chico… ¿Pen? —Ambas se miran fijamente, de un modo poco amistoso.
—Yo también quiero entrenar —digo rompiendo la ten- sión.

—No creo que le haga ninguna gracia a Armen —asegura Elina desviando la mirada de Anisa, quien también parece relajarse—. Ahora quiere tenerte lo menos expuesta posible.

—Precisamente por eso. Yo s é pelear y...
—No lo dudo, pero…

—Tendrás que preguntárselo tu misma, Gema —dice Anisa.

—Hay algo que yo no entiendo —comenta Alain acercán - dose a nosotras—. Si vosotros sois lo más importante, ¿qué pasa con ese par que siempre está con Regan?

—¿Uriel y Rafael?
—Sí.

Elina sonríe y se incorpora, camina contoneándose hasta colocarse a su lado.

—De acuerdo, te lo explicaré —susurra encantada—. Verás, después de las cinco familias principales de fundadores, porque no contaremos a ese —dice

con un gesto de desagra- do—, existen las familias de segunda y tercera clase o rango. Supongo que te preguntarás cuál es la diferencia, ¿verdad? — Él asiente automáticamente—. Estas familias provienen de las principales, ¿cómo te lo puedo explicar? —comenta con expre- sión concentrada—. ¡Lo tengo! —Fija su atención sobre la copa y la agita—. Es como el vino. Si sirves directo de la botella a la copa, es puro, pero sí de la copa diluyes dentro de otra que contiene agua, perderá el sabor y el color, cada vez que lo hagas.

—Creo que entiendo —Alain no parece muy convencido. Cosa que la hace reír.

—Me refiero a que nosotros tenemos la sangre directa de los primeros vampiros, pero las siguientes clases no. Por ejemplo, Danko dio su sangre a otros tres vampiros, quienes forman familias de segunda clase, porque su sangre no viene directa de su padre. ¿Comprendes?

—¡Ya! —exclama asintiendo con la cabeza—. ¿Ycuántas familias son?

—Creo que son veinte de segunda clase y cincuenta de tercera, porque Armen no tiene ningún descendiente directo. Rafael, Uriel, creo que conocen a Nicola… —Desde luego—, Mires y Valencia son algunos de segunda clase. Y ellos son quienes forman el consejo.

—¿Por ser los segundos? —Elina asiente.

—Sí y también los terceros. Se decidió incluirlos y crear una especie de “democracia”. Nosotros llevamos las riendas de las ciudades, pero ellos pueden asegurase de que no perdemos la cabeza y abusamos del poder. —Arruga la nariz y niega—. Aunque en realidad, creo que son ellos quienes la pierden. ¡En fin!

—¿Todos tienen habilidades? —pregunta Pen con inte - rés. Elina se mueve rodeándolo por detrás. Noto como Anisa empuña las manos y se crispa ante el gesto, pero no pierde la compostura.

—No todos —susurra en su oído mirando directamente a Anisa—. De las segundas castas prácticamente nadie posee ha- bilidades, el único es Uriel. Una particularidad. Y de nosotros, Bail no tiene ninguna.

—¿De qué depende eso? —inquiere Knut.

—Qui én sabe. —Se encoje de hombros—. No siempre se produce, llámalo suerte o destino. Todos los vampiros tenemos cierto control mental y podemos comunicarnos entre nosotros. Pero son pocos los que tenemos algo extra que se da al momento de transformarnos. —Me mira—. Tengo curiosidad por saber que pasará contigo, Gema.

—Ella no se convertirá —protesta Pen apartando con brusquedad sus brazos.
—Tranquilo —pide levantando las manos—. Era solo un comentario.

—De mal gusto —afirma él sin dejar de mirarla con cara de pocos amigos—. Creo que no tengo que recordarte que trans- formar va contra las leyes.
—Elina sonríe coquetamente, pasán- dole el dedo por el pecho.

—Me encanta tu temperamento explosivo. ¿No piensas lo mismo Anisa?
—Ella no contesta y Pen retrocede rompiendo el contacto—. Me pregunto cómo serás en la cama, guapo. —Kas- sia se atraganta con el té y todos nos quedamos en silencio—. ¿Qué? —pregunta encogiéndose de hombros, con aire inocen- te—. Es solo una duda. ¿Qué opinas Anisa?

—Que puedo romper la botella de vino en tu linda cara y hacerles un favor a todos. —Ella suelta una carcajada intentan- do acercase a Pen, quien se aparta.

—¡Uy! No creo que puedas hacerlo, Anisa —murmura provocándola.

—Pruébame —la reta lanzándole una mirada envenenada. —¡Basta! —La puerta se abre y Rafael aparece.

—Qué bueno que llegaste —canturrea Elina dirigiéndose hacia él.
—Tus comentarios siempre son de mal gusto, Elina —re- crimina con gesto severo.

—Eres demasiado serio, Rafael —dice ella juguetona - mente intentando tomarlo del cuello, pero él la sujeta del brazo y la aparta.

—Llámalo como quieras.

—¿De nuevo peleando? —Danko cruza el marco de la puerta, sacudiendo la cabeza negando—. Ahora entiendo por- que vosotros dos no pueden estar juntos. —Se lleva la mano a la cabeza con gesto agobiado—. Demasiado drama.

Armen entra y de inmediato se acerca a mí.
—Recordad que habéis venido aquí para entrenar —dice con voz tranquila.
—Creo que si ella está aquí eso será imposible —farfulla Rafael. Elina lo mira sorprendida.

—¿Ser á posible que tú también estés considerando hacerlo? —pregunta entusiasmada. Él pone los ojos en blanco—. ¡¿De verdad?!

—No, si tú estás aquí —masculla Rafael.
—No tienes opciones, no hay otro lugar —canta victo- riosa.
—Es imposible tratar con vosotros —se queja Danko dando media vuelta—. Hagan lo que quieran.

—¿Y bien? ¿Cuándo comenzamos? —pregunta Elina—. Yo también entrenaré con vosotros —dice mirando a Rafael. Es evidente que algo pasa entre ellos.

ISELA REYES

Capítulo 45



La idea de entrenar en grupo no parece agradar a todos, no obstante, sus expresiones demuestran que son conscientes de lo que podría esperarnos si no hay una respuesta favorable por parte de Abdón. Un enfrentamiento o, incluso, el inicio de una guerra. En la cual, por ironía del destino, ahora los humanos estamos en medio. Un grupo desea esclavizarnos y someternos de un modo que no se podría comparar a los quinientos años que hemos vivido bajo su mandato. El otro grupo quiere volver a como las cosas eran antes. Prácticamente toda mi vida he creído que no podía existir algo peor a la vida que llevaba y desesperadamente anhelaba un cambio. Pero tengo que aceptar, que ahora prefiero volver al punto de partida, antes que ver una nueva guerra. No quiero más muertes. Ya no.

—Entrenar án —advierte Danko con voz severa, que se encuentra prácticamente del otro lado de la puerta de la sala de entrenamiento—. Nada de juegos o disputas absurdas. ¿Queda claro? —Elina le dedica una enorme sonrisa y asiente como si fuera una niña pequeña.

—¡Por supuesto, Edi! —exclama dando un pequeño sal - tito que agita sus cabellos. Danko mira al techo y sale seguido por un par de vampiros.

Los demás permanecemos en silencio unos segundos.

Es un poco particular ver a estas personas reunidas en busca de un mismo fin. Entrelazo mis dedos con los de Armen y él me mira de reojo con curiosidad. Seguramente mi cara debe reflejar la esperanza que me provoca saber que todos ayudarán.

—Entonces… —Irina es quien toma la palabra y se co - loca en el centro de la sala. Indicándonos a qué hora y como debemos presentarnos para entrenar.

Todos asienten, incluso Kassia, aunque Farah no muestra entusiasmo por el hecho de que su madre esté interesada en las prácticas. Sin embargo, me queda claro que ella no es para nada débil y tampoco es de las que se quedan de brazos cruzados. Rafael y Anisa no parecen muy conformes, pero no replican, en tanto que Pen y Alain parecen demasiado entusiasmados con la idea. Es evidente que este lugar les parece increíble. Nuestra sala de entrenamiento era una casucha vieja y un par de espadas oxidadas. Puedo entender su reacción ante todo lo que hay aquí. Yo lo experimenté cuando comencé dentro del muro.

—No —responde de modo tajante, apenas termino la fra- se. ¡Lo esperaba!

Me incorporo del sillón y me acerco a él. He preferido no tocar el tema en presencia de los demás, pero ahora que nos encontramos solos, en nuestra habitación, desde luego que le hecho saber que quiero participar. Cosa que no parece gustarle. Sigue pensando que no es necesario.

—Armen —digo de forma tranquila. Niega cruzando los brazos sobre el pecho y moviendo la cabeza a los lados. Tal como anticiparon Anisa y Elina, no desea que entrene con los demás, pero eso es una locura—. Necesito mejorar.

—No irás. —Su declaración me toma por sorpresa. ¿No iré a Jericó? ¿Por qué?

Imito su gesto, cruzando los brazos y avanzo hasta detenerme frente a él. Tengo que levantar el rostro para mirarlo directamente a los ojos, puesto que es más alto que yo, pero mantengo firme la expresión y la barbilla elevada de manera retadora.

Nos miramos fijamente, sin mediar palabra. Lo que me recuerda las primeras disputas que tuvimos cuando llegué a su casa y no deseaba acatar sus órdenes. Doblegarme a la voluntad de un vampiro me enfermaba y siempre intentaba llevarle la contraria, a pesar de imaginar que podría castigarme por mi actitud. Ahora es diferente, sé que jamás lo haría y que actúa de este modo porque le preocupo. Sin embargo, no puede pedirme eso. Estudio su rostro, el cual se mantiene rígido. Sus ojos me indican que está hablando totalmente en serio, pero yo también lo hago. Tengo que ir a Jericó, es mi deber.

—Iré —digo con firmeza—. Es mi gente… —hace una mueca, pero me apresuro a terminar la frase— y estamos juntos en esto, Armen. Lo prometiste. ¡Juntos!

—Gema.
—Por favor, Armen. Si me quedo aquí no estaré tranquila.

—No solo por no saber qué ocurre con esas personas, sino por - que tendría miedo de que algo les ocurriera—. Tú me has visto, he mejorado y si quieres, puedo permanecer en todo momento a tu lado. Pero… no me pidas que me quede sentada, esperando. No pude hacer nada cuando os apresaron, cuando te lastimaron… —niego intentando apartar las imágenes de los golpes que tenía cuando lo vi dentro de esa celda— no lo haré de nue- vo. No voy a apartarme de ti. —Me alegra que mi voz mani- fieste más determinación de la que siento ahora mismo. Sé que no será sencillo. Esos vampiros son rápidos y quizás no pueda hacer mucho, pero la incertidumbre no me dejaría tranquila y no quiero volver a separarme de él—. ¡Por favor! —ruego en voz baja, mirándolo suplicante.

Armen me observa unos segundos sin inmutarse, deja escapar un suspiro y cierra los ojos con una expresión titubeante.

—No puedo convencerte de quedarte, ¿verdad? —Niego de inmediato—. Está bien. Irás —sonrío ligeramente—, pero no entrenarás.

—¿Qué? —Eso no tiene sentido.

—No te has recuperado del todo, tienes que descansar. —Me muerdo el labio, pensando cómo debatir su afirmación. Es cierto que estoy aun un poco débil, pero no es algo que me impida entrenar con ellos—. Irina y Anisa estarán contigo, así que no necesitas entrenar.

—Te equivocas, quiero ayudar y no ser una carga —me apresuro a aclarar. Mi comentario le roba una ligera sonrisa. —Tú no eres una carga. —Pongo los ojos en blanco y niego.
—Por favor. Al menos puedo practicar, aunque no partici- pe. ¿Por favor? —Relaja los brazos y sujeta mis hombros.

—De acuerdo. —No puedo evitar sonreír—. Pero no vas a apartarte de mi lado, ¿entendido? —Retrocedo mirándolo con alegría.

—Por supuesto. De todos modos, quizás no haya nece - sidad —digo intentando convencerme a mí misma de algo que está prácticamente dado por hecho. Armen no responde, confir- mando mi teoría. Abdón no aceptará, no se rendirá y tendremos que pelear. No solo por una ciudad, como tal, sino por las personas que se encuentran en ella. Por esos niños, mujeres e incluso esos hombres. Tenemos que evitar que esclavice dos ciudades o quizás, al resto de la humanidad.

La cena pasa lenta y monótona, siguiendo el patrón de la noche anterior. La tensión entre ellos sigue presente, aunque me da la impresión de que ahora está inclinada a otro tipo de sentimiento. Anisa no ha ocupado la mesa, permanece de pie junto a Armen, con la mirada perdida, mientras Pen le lanza miradas furtivas que ella se dedica a ignorar. Irina mira la silla vacía de Uriel, de quien no he sabido nada desde esta mañana. Sin embargo, parece que las cosas entre ellos no han mejorado. Rafael también parece tenso, juguetea con su copa y mantiene el ceño arrugado. Farah y Knut charlan en voz baja con Alain y Kassia se une a ellos de vez en cuando. Armen acaricia mi rodi- lla exhortándome a comer un poco más, cosa que provoca que le dirija miradas agobiadas. Las cuales responde con “si quieres entrenar, debes comer”. Suspiro y tomo otro trozo de pan que me llevo a la boca. Ese ha sido el trato, debo reponerme, solo así me permitirá participar.

—¿En qué piensas? —pregunta acercándose a la cama. Niego moviendo ligeramente la cabeza.

—No lo sé —respondo encogiéndome de hombros y sus - piro—. En lo extraño que resulta estar aquí. —Me mira confun- dido—. Me refiero a todos juntos y a la espera. —Se sienta a mi lado y toma mi mano.

—Gema —dice muy serio, cosa que me alerta—. Hay algo sobre lo que tengo que hablarte. —Intento no denotar mi inquietud y me arrodillo sobre la cama, quedando de frente a él.

—Dime. —Sus dedos acarician la palma de mi mano y su mirada se dirige a la ventana.

—Ellos creen que sería conveniente transformarte. —Lo miro anonadada. ¿Transformarme?—. De esa manera podrías defenderte del poder de Darius. —No respondo. Mi cerebro intenta procesar lo que acaba de decir. ¿Por qué quieren que me convierta en uno de ellos? ¿Quiénes? ¿Danko? Elina desde luego, pero ella parece solo tener curiosidad—. No quiero que hagas nada que no desees, Gema. —Sus palabras son auténti- cas, lo puedo ver en sus ojos, pero no deja de resultar desconcertante.

—No había pensado en eso —murmuro evitando su mira - da. Claro que lo he pensado un par de veces, sobre todo después de que mencionara a su madre y el hecho de que Darius perdió el interés en ella porque había envejecido. Sin embargo, era solo un pensamiento lejano y que por el momento no tenía relevancia, puesto que no era nada que estuviera determinado.

«Transformarme. Ser un vampiro».

Ambos permanecemos en silencio por varios minutos. Los únicos sonidos que se escuchan en la habitación son mi respiración, que ahora es un tanto acelerada, y mi corazón, que también parece inquieto. Esto es un poco inesperado, a pesar del comentario que esta tarde hizo Elina. Posiblemente ella ya estaba al tanto.

Observo su mano, que aun acaricia la mía. Suspiro y le - vanto el rostro para

mirarlo a los ojos. No tengo nada claro y aunque sé que es el único modo de estar a su lado, me resulta un poco apresurado. Más aun, por el hecho de que hay alguien que influye en la decisión y porque no creo estar aún mentalizada. Si acepto, ¿qué pasaría con Mai y mi padre?

—No lo sé —susurro finalmente.

—No es algo que debas decidir ahora. Es solo que el tema ha surgido y no deseaba que te tomara por sorpresa si escuchabas comentarios al respecto. —En realidad, a pesar de las pala- bras de Elina, sigue resultando un tanto abrumador—. Quiero que sepas que si decides negarte, no cambiará nada entre nosotros. —Sacudo la cabeza con una risa nerviosa.

—Envejeceré. —Sus labios se curvan sutilmente mientras se inclina hasta rozar mi nariz.

—Te quiero tal como eres, Gema. Y aunque los años transcurran, seguirás siendo hermosa. —No, no lo seré. Por el contrario, él si lo será. No cambiará—. Además, no es algo de lo que sea partidario. A diferencia de lo que la mayoría pretende aparentar, gran parte de ellos se arrepiente de lo que son.

—¿Por qué? —pregunto perpleja. Ninguno parece hacer - lo. La mayoría, por no decir todos, presumen de su inmortalidad y aspecto.

—No es sencillo el cambio.

—Duele, ¿verdad? —Irina lo mencionó y lo sentí en el sueño. El calor que se extendía por su cuerpo después de que ese vampiro le mordiera, era como si algo quemara.

—No me refiero solo al proceso, sino a lo que viene des - pués. Tienes que asimilar que no cambiarás nunca y las personas que conoces lo harán y morirán. —Es justo lo que temo—. Tus sentimientos, vivencias, recuerdos… todo se diluye con el paso del tiempo. —Asiento bajando la mirada.

Es por eso que parecen tan frívolos e indiferentes. Su lado humano desaparece mientras pasan los años.

—Entiendo —digo en voz baja.

—Mírame. —Sujeta mi cara entre sus manos y busca mis ojos—. No haremos nada que tú no quieras y no tienes que pen- sar en eso ahora. No quiero que te preocupes.

—Quiero estar contigo —aseguro sin pensarlo.

—Y lo estarás. Ven aquí. —Me levanta sin esfuerzo y me coloca sobre sus piernas—. ¿Recuerdas lo que te dije? No voy a dejarte, Gema.

—Te amo, Armen —digo abrazándome con fuerza a su cuello.

—Y yo a ti, Gema. —Besa mi pelo y rodea mi dorso—. Amo cada parte de ti. —Los ojos se me humedecen ante lo emo- tivo de sus palabras.

Me ama. Armen me ama.
Me aparto ligeramente, sonriendo como una tonta y él me observa fijamente.

Acaricio su barbilla y desplazo mis dedos hasta su boca. Sus labios tienen un aspecto un tanto pálido y su piel también se siente menos tibia. No ha bebido y tanto el médico como Danko aseguraron que lo necesita. Deposito un pequeño beso en sus labios y retrocedo.

—Necesitas beber —digo mientras me tumbo, tirando de su mano.
—Aun no es urgente. —Estoy segura que aunque lo fuera no lo diría directamente. Niego y vuelvo a tirar de él.

—Por favor. —Despacio sube a la cama y suspende su cuerpo sobre el mío—. Estoy bien —lo reconforto tocando con suavidad su mejilla. Gira el rostro, besando la palma de mi mano y con un suspiro, se inclina sobre mí.

Ladeo el rostro dándole acceso a mi cuello. Su aliento golpea mi piel y me provoca un estremecimiento. Siento como desliza su lengua por mi clavícula y sube despacio.

—Te quiero, Gema. —El ligero dolor penetrando mi piel, anticipa la placentera sensación de sus labios succionado. Cierro los ojos y abrazo su cabeza pegándolo más a mí. Suspiro, hundiendo mis dedos en sus cabellos.

Se parta y casi al instante sus labios encuentran los míos.

Percibo el sabor de mi sangre en su boca, pero lo ignoro y disfruto de la calidez de sus labios. Sus manos desprenden los tirantes de mi camisón y su rodilla separa mis piernas. Se aparta ligeramente, dejándome sin aliento. Abro los ojos, encontrándome con su penetrante mirada carmesí llena de deseo. Tiro de su nuca y uno de nuevo nuestras bocas.

Despierto abrazada a él, que me mira con adoración, mientras sus dedos acarician mi hombro. Con un extraño gruñido, froto perezosamente mi rostro sobre su pecho y sonrío al escuchar brotar una ligera risilla de sus labios ante mi gesto. Me gusta despertar de esta forma, viendo su rostro relajado. Y aunque no siempre será de esta forma, algo que me queda claro es que definitivamente no podría estar sin él.

—Llegamos —indica señalando la enorme reja negra.

Se trata de una enorme residencia que contrasta con el resto de los edificios aledaños. Rodeada por una tapia de piedra y una fachada, el edificio es muy particular. El arco de la entra- da está adornado con algunas esculturas de ángeles y extraños grabados sobre la roca. Nunca había visto nada parecido.

Aquí vive la vampiresa que puede ver el futuro. La misma que mencionara Danko y que se supone puede ayudarme a entender los sueños. Aquellos que son confusos y también en los que aparece ese vampiro, Darius.

Un vampiro subalterno de aspecto mayor aparece en la reja y, tras abrirla dándonos acceso, nos indica que lo acompañemos al interior de la residencia. El aroma de flores mezclado con tierra húmeda resulta agradable, así como también la brisa que impregna el ambiente. Es un lugar mágico y que resulta cautivante. Ralentizo mis pasos, observando con detenimiento las distintas plantas que cubren prácticamente en su totalidad el lugar.

—Lo siento —me disculpo al notar que nos hemos retra- sado y que el subalterno nos espera frente a la puerta de la casa. Armen asiente y avanzamos hasta llegar a él.

El olor de su fragancia reemplaza el aroma del jardín en cuanto pongo un pie dentro del lugar. Es un tanto particular, pero no el único que puede percibirse. Ella sin duda es una fundadora y el vampiro que vive con ella, también.

El interior mantiene el mismo toque misterioso que la fachada. La alfombra es de un color rojo intenso y una serie de muebles antiguos llenan el espacioso salón al que nos conduce el vampiro. Cuadros, candelabros y jarrones decoran las paredes y los muebles.

Sentada en una enorme silla de madera se encuentra la vampiresa. Sus rizos rojizos, sus labios y sus grandes ojos carmesí le dan un toque aún más pálido a su semblante. Se pone de pie y me mira con detenimiento.

—Ella es Vasyl —dice Armen sin soltar mi mano. Le de- dica una ligera sonrisa y una rápida mirada.

—Han venido —murmura mirándome de nuevo. Sus ojos se tornan curiosos en cuanto nota nuestras manos unidas y la forma en que Armen me mantiene pegada a él—. Me da gusto verte, Armen. —Señala el sillón frente a ella— Por favor, pón- ganse cómodos. —Su voz tiene un ligero acento que le da un toque melódico a sus palabras.

—A mí también me da gusto, Vasyl —contesta Armen mientras nos acomodamos sobre la suave superficie. —¡Armen! —exclama un vampiro entrando en la estan- cia. Es el mismo que nos recibió al llegar a la ciudad. —Mires —saluda con un movimiento de cabeza, mien- tras él se acerca a ella.

—Me alegra verte y sobre todo, saber que estás mejor — asegura mirando disimuladamente mi cuello. Claro, después de haber bebido, ahora Armen tiene mejor aspecto.

Me remuevo incómoda, pero Armen sujeta con fuerza mi mano, intentando infundirme tranquilidad. Me resulta abrumador este sitio, ambas presencias son intimidantes, en especial la de ella, quien no deja de observarme. No puedo interpretar la expresión que mantiene, ni la mirada que me dirige. ¿Repulsión? ¿Interés? No estoy segura.

—Gracias —susurra Armen, volviendo sus ojos a ella. Quien de inmediato lo mira y sonríe de modo cariñoso. —Fue un alivio que pudieran salir de Jericó —comenta manteniendo su sonrisa.
—Fue gracias a tu ayuda, sin duda. Debo darte las gracias de nuevo. —Miro un tanto sorprendida a Armen. ¿Su ayuda?

—No es nada. Sabes que tengo una deuda con Henryk y que nunca te abandonaría. Aunque debo reprocharte que te expusieras de esa manera. Debiste dejar la ciudad cuando lo hicieron los demás. —Armen esboza una sonrisa forzada y niega.

—No podía dejarla. —Sus finos labios rojos se curvan de un modo fingido. Al parecer no le agrado, como lo creí. —Escuché que ella también vino contigo —comenta con una mueca de desagrado. ¿Ella?
—Así es.

—Y su hijo —dice con desdén. Armen asiente, pero noto la incomodidad que le produce el tema. ¿Hablan de Kassia y Farah? ¿Ella los conoce?

—Ellos nos ayudaron.

—Supongo que por los mismos motivos que lo hice yo, ¿cierto? —inquiere Vasyl. Su expresión se torna incómoda. Al parecer no tienen buena relación.

—Aun así, tener ese tipo de aliados es conveniente —comenta Mires con tono desenfadado—. ¿Son fuertes? Escuché que los híbridos pueden llegar a heredar ciertas características de nosotros.

—Son rápidos y fuertes —confirma Armen. El vampiro asiente y mira a Vasyl, quien continua con expresión ausente.

—Tal como lo escuch é —dice de pronto, mirándome—, ella es algo… especial. —Acaricia el enorme anillo que lleva puesto en la mano derecha—. Y al parecer, Darius se ha dado cuenta de ello. —La mención de su nombre me crispa.

—Elina no puede ver nada. —Ella asiente como si no le resultara inesperado.

—Por supuesto que no podría. Su control mental es limi - tado. Además, es como si alguien hubiera bloqueado su mente o jugado con ella, pero es muy extraño —murmura pensativa—. Ella parece normal a simple vista. —Sus ojos se entrecierran como si intentara ver con detalle algo en mí—. Dime —dice in- clinándose ligeramente al frente—, ¿lo has escuchado recientemente? —Niego—. ¿Qué tal en tus sueños? —De nuevo muevo la cabeza.

Lo cierto es que no he tenido nuevos sueños, ni siquiera anoche que Armen se alimentó.
—No. —Suspira y se deja caer en el respaldo del asiento.

—Creo que no hay mucho que pueda decirles, que no se - pan ya. Pero sí te explicaré algunas cosas sobre esas visiones que has tenido. —Miro a Armen, quien mantiene la expresión serena. Ella no me gusta del todo, pero él parece tranquilo—. Existen dos tipos de videntes. Uno de ellos son los llamados inalterables. Pueden ver el futuro, pero no pueden modificarlo a pesar de que intenten hacerlo. Yo soy una de ellos —asegura llevándose la mano al pecho—. El otro tipo son los alternativos, quienes tienen la capacidad de cambiar el rumbo de los hechos, es decir, modifican el futuro. Tú eres una de ellos, Gema. Lo has hecho, ¿cierto? —Su afirmación me toma por sorpresa, pero tiene razón.

—Sí, pero…

—¿Cómo lo es? —interrumpe, sus ojos brillando—. Por - que yo vi lo que ocurriría en ese barranco. Vi la muerte de Armen y de todos los que viajaban, después fui testigo de cómo el futuro fue alterado.

—¿En sus sueños? —Mueve la cabeza y sonríe de lado.

—Yo puedo ver el futuro despierta, pero he escuchado acerca de las visiones de sueños. Aunque tengo que admitir que nunca escuché algo similar a lo que haces. —De nuevo jugue- tea con su anillo y clava sus ojos en uno de los cuadros—. En mi caso, son pequeños destellos los que vislumbro. Fragmentos que toman forma al irse acumulando, por lo que no son tan precisos. A veces, logro entenderlos cuando prácticamente ocurren.

—Entiendo —afirmo.

—Desde mi punto de vista —dice mirando a Armen—, transformarla podría ser un gran error. Sabemos que Darius asesinó a su familia para hacerse con su poder, razón por la cual su control mental es más fuerte que el de cualquier vampiro. Si la convierten y sus visiones se desarrollan aún más, haría todo para tenerla.

—Es justo lo que intenta. —Ella niega.

—Tiene control sobre su mente, pero no ha actuado, por - que sabe que no los controla por completo. Además, no es a la única que quiere y lo sabes, Armen. —¡Quiere la habilidad de Armen!—. Ahora mismo, eres el único que significa una ame- naza real para él, si dejamos de lado un poco a Danko. Eso y lo que ya sabemos sobre tu madre. —Armen no responde, mantie- ne la mirada perdida—. Creo que deberían considerarlo. Puede que en lugar de mejorar, empeoren la situación.

Armen no dice mucho mientras regresamos a la residencia de Danko. Su mirada permanece perdida en el horizonte, a pesar de que su mano no se aparta de mi cintura. Le preocupa lo que ha dicho Vasyl. Existen muchas razones por las que Darius es peligroso para los vampiros, pero en especial para Armen. Él forma parte de su pasado y ahora mismo, en cierto modo está ligado a mí, pero, ¿cómo? No logro comprenderlo. Nunca antes lo había visto. Estoy segura de que no era aquel fundador que vi cuando era niña… ¿o manipuló mi mente?

Al llegar, Armen se marcha en compañía de Anisa. Irina me acompaña a la sala de entrenamiento, donde Elina y Alain practican aún. Entreno un par de horas y después de darme un baño me reúno con ellos en el comedor para la cena, donde la rutina se repite en un completo silencio. Al parecer el entrenamiento no ha ido del todo bien y los golpes que presenta Knut y Pen lo denotan. Pero nadie hace mención al respecto.

Permanezco recostada sobre la mullida cama con la mirada perdida en el techo de la habitación. Mientras escucho el agua del grifo correr. Lo cual me indica que Armen aún permanece en dentro del baño. El sonido cesa y siento su presencia llenar la estancia.

—¿Has hablado con ellos sobre lo que Vasyl mencionó? —inquiero sin

apartar la mirada de la blanca superficie. Siento el peso de su cuerpo junto a mí. Giro el rostro para mirarlo, mientras su mano acaricia mi brazo.

—Sí —responde sin dudar. No esperaba que hablaran del tema de inmediato.
—¿Qué han dicho? —pregunto incorporándome de gol- pe. Mueve la cabeza.
—Como te dije antes, no es algo que debas decidir ahora. Sobre todo, después de su comentario.

—Oh. —Ya veo, no se arriesgar án a complicar la situación. Bueno, en parte me alivia. No he podido considerarlo, ni tampoco he tenido oportunidad de hablar con mi padre, ni con Mai al respecto. ¿Qué dirían? ¿Aceptarían o me repudiarían?

—Sobre Vasyl —dice captando mi atención—. Ella fue la compañera de mi padre durante varios años y siempre estuvo enamorada de él. Pero Henryk era una persona complicada y no pudo corresponderle. Sin embargo, cuando Kassia se convirtió en su donante, las cosas cambiaron un poco y concibieron a Farah. A Vasyl no le agradó saberlo e intentó que tomaran represalias contra ella. —Eso me recuerda a esa vampiresa que me odiaba. Nicola—. Después de eso, mi padre mantuvo oculta a Kassia y alejó de su lado a Vasyl, es por eso que ella le guarda cierto resentimiento.

—Entiendo —susurro moviéndome sobre la cama hasta rodear su espalda.

Apoyo la mejilla sobre su piel y sonrío. Ha sido él quien lo ha mencionado, no deseo importunarlo y he aprendido a esperar sus palabras. Está inquieto, pero sabe que no está solo y confía en mí. Sujeta mis manos y las lleva a sus labios.

—Todo irá bien, Gema. —Asiento colocando un beso en su espalda y cierro los ojos. Confió en que irá bien.

Salvo Armen y Uriel, el resto nos reunimos en la sala de entrenamiento al mediodía. Me sorprende encontrar a Irvin, uno de los subalternos de Uriel y con quien llegué a practicar en Jericó. El ambiente es incómodo, pero Irina e Irvin se las ingenian para llevar las cosas de modo tranquilo. Aunque no funciona con Anisa y Pen, quienes parecen estar a punto de sacarse los ojos cada minuto. Rafael entrena con Farah, a pesar de las protestas de Elina,

quien tiene que practicar con Knut. Irvin de nuevo es mi compañero. En tanto que Irina se encarga de Alain y Kassia.

—Parece que no se llevan bien —comento mirando a

Elina. Ella sonríe con una expresión que no logro descifrar y sacude la cabeza. Sus ojos los siguen mientras intenta esquivar los golpes que Farah lanza. Ahora los demás observamos el enfrentamiento.

—Es más que eso —musita llevándose la copa a los la - bios. A pesar de las protestas de los demás, ha pedido que instalen un sillón y sirvan vino para ella—. Estar aquí lo pone in- quieto y supongo que verme también.

—¿Por qué? —su expresión se torna melancólica y gira el rostro mirándome directamente a los ojos. Algo hubo entre ellos. Cuando llegamos no lo noté, pero cada día aumentan las indirectas y actitudes esquivas por parte de él.

—Porque aquí vivió la mujer que amaba… y que yo dej é morir. —Baja la mirada a su regazo e intenta sostener sus ma- nos, las cuales tiemblan ligeramente. Es la primera vez que su expresión despreocupada se rompe y deja ver tristeza. Busco la mirada de Rafael, quien permanece tumbado sobre una colchoneta, mientras sus ojos fulminan a Elina, quien continúa con la cabeza gacha. Evidentemente esquivando su mirada—. Supon- go que no cree que intenté protegerla.

—¿Te culpa? —murmuro a pesar de que estoy segura que él me ha escuchado. Estamos alejadas del resto, pero los ojos de Rafael siguen fijos en ella.

—¡Arriba! —exclama Farah ofreciéndole la mano a Ra - fael. Quien tarda unos segundos en atender su gesto mientras se frota la barbilla. Al parecer Farah le ha dado un golpe.

—No, y eso es peor —responde Elina dejándome sin pa - labras. Rafael sale dando un portazo que hace temblar el lugar y ella suspira—. Aunque ahora parece que desea demostrar lo contrario. Pero no lo culpo por odiarme. Yo tengo la culpa.

—Lo siento. —Niega dedicándome una ligera sonrisa.

—No te preocupes. El problema es conmigo. —Su sonri - sa titubea y de nuevo se lleva la copa a los labios, esta vez dando un largo sorbo hasta que queda vacía. La sirvienta al instante se acerca y le ofrece más, pero ella niega—. Fue durante un ataque de impuros. Hace casi trescientos años, justo cuando las ciudades se formaron —explica con la mirada perdida—. Todo fue demasiado inesperado y caótico. En ese momento, la ciudad no era como ahora. La guardia era un grupo de vampiros inexpertos que no supieron manejar las cosas. Él formaba parte del con- sejo y su relación con ella se mantenía en las sombras. Cuando ocurrió todo, él me pidió que la protegiera, pero desapareció mientras intentaba evitar que entraran en el edificio donde nos refugiábamos. Nunca encontramos su cuerpo, así como tampoco el de muchas otras personas.

—¿No intentaron buscarla? —Una risa ahogada escapa de sus labios.

—No necesitábamos hacerlo, todos sabíamos lo que ocu - rría una vez que se iban. —De nuevo baja la mirada a sus ma- nos—. “De nada sirven tus poderes”, eso dijo antes de marchar- se de la ciudad. —Trago saliva, sin estar segura de qué decir. Ahora comprendo la actitud de él desde que llegamos. Este lugar le recuerda su pasado. La mujer que amó y veía en Violeta—. Al parecer, aun no la ha olvidado.

—¿Por eso no los usas? —Levanto la mirada de golpe. Uriel está a unos pasos de ella que también lo mira un poco sorprendida—. Tus poderes —Ella esboza una sonrisa desganada.

—Es agotador. —Uriel resopla y tira de su muñeca.

—Entonces deberías practicar más. —La arrastra hasta donde se encuentran los demás. Noto la mirada dolida de Irina ante la manera en que Uriel sujeta la mano de Elina, pero no dice nada, continua practicando con Kassia, dándoles la espal- da.

—Vuelvan a practicar en parejas —ordena Irvin. Sus ojos se dirigen a la puerta, donde se encuentra Armen. Sonrío mientras se aproxima a mí.

—¿Todo bien? —inquiere mirándome. Le dedico una sonrisa incómoda.

Anisa y Pen se encuentran de nuevo al fondo del lugar, veo las muecas de él y las miradas furibundas que ella le dedica. Pero al menos no parecen estar a punto de asesinarse y eso ya es una mejora entre ellos.

En cambio, ahora Irina parece irritada mientras intenta darle indicaciones a Kassia y Alain, puesto que Uriel ahora se encuentra con Elina. Esto será demasiado complicado y apenas es el segundo día de entrenamiento. No quiero imaginar cómo serán los siguientes si las cosas continúan de esta manera. Esperar, así estamos: esperando. Al principio parecía sencillo, pero no lo es. Los días trascurren en medio de los entrenamientos y la tensión generada por los roces. Anisa y Pen siempre terminan a punto de golpearse, incluso más el día que ella lo acusó de tocarla y mucho peor cuando él afirmó que ella lo había querido besar. ¡Dios! Farah prácticamente se la pasa riéndose todo el rato y Knut ha tomado el rol de mediador junto con Irvin. Rafael no ha regresado y por lo tanto, Elina tampoco. Irina, Alain y Uriel han armado otro grupo de disputa. Al principio ella entrenaba con Alain y Kassia, pero Uriel designó a Irvin como el entrador de Alain. Sin embargo, Uriel pareció el cuarto día y se enfrentó a Alain. Quien terminó con el labio partido y un enorme ojo morado. Evidentemente no fue coincidencia.

Todos parecen haber armado sus propios líos y resulta en - tre divertido y preocupante lo que ocurre, puesto que Anisa cada día parece más dispuesta a arrancarle la cabeza a Pen, mientras que Irina y Uriel parecen más distanciados.

—Supongo que saben porque les he pedido que vengan —dice Danko sin mirarnos. De nuevo estamos reunidos en la sala, hoy se cumple el plazo que se estableció para la respuesta de Abdón.

—¿La respuesta? —susurra con tono socarrón Farah. Ga - nándose una mirada de reproche por parte de los demás. No creo que sea momento para bromear, Danko está más serio de lo normal, lo mismo que Elina, quien permanece con la mirada ausente. Armen también parece tenso. Puedo imaginar lo que dirá.

—Ha dicho que no cederá Jericó —anuncia dándose la vuelta— y que si

deseamos recuperarla, nos estará esperando. Así que no tengo que decirles lo que procede. ¿Cierto?

Todos intercambiamos miradas. Lo sabemos. Tendremos que luchar.

ISELA REYES

Capítulo 46



Un enfrentamiento. Esto era prácticamente un hecho, ahora ya no hay dudas, está confirmado. Puedo notar la inquietud en sus rostros ante las palabras de Danko. ¿Preparados? Supongo que nunca se puede estar lo suficientemente listo, pero todos lo hemos asimilado y estamos dispuestos.

—¿Cuándo partimos? —pregunta resuelto Pen. Su sem- blante lleno de determinación.

Danko ignora su pregunta y avanza hacia el ventanal. Su mirada se pierde en la lejanía. Las cosas no son sencillas y él tiene la responsabilidad de proteger Cádiz, pero tal como dijo Armen, parece dispuesto a ayudarnos.

—¿Hoy? —inquiere Rafael. Danko niega y se da la vuelta para mirar a Uriel.
—Es evidente que ellos esperan que partamos de inme- diato, así que no lo haremos.
—¿Por qué no? —cuestiona Pen de manera abrupta, ga- nándose una mirada reprobatoria por parte de Anisa.

Ha sido una espera desesperante, sobre todo para él, que desea más que nadie ayudar a esas personas. Estoy segura que si por él fuera, hace mucho que hubiera partido. No le ha resultado sencillo tener que seguir las órdenes de ellos, en especial de Anisa. Con quien sigue sin llevarse bien.

—¿No lo entiendes? —cuestiona Danko fulminándolo con la mirada—. Estarán preparados, sería algo estúpido ir y entregarnos. —Pen abre la boca, pero él levanta una mano ha- ciéndolo callar y prosigue—. Uriel tiene un plan que ha estado desarrollando estos días, así que eso es lo que haremos.

Todos centramos la atención en Uriel. Se muestra tranqui - lo mientras se incorpora y se coloca en el centro de la estancia recorriéndonos con la mirada.

—Ellos nos esperan en Jericó, así que Erbil quedara prác - ticamente sola —Los rostros de Anisa y Rafael se iluminan—. Así que enviaremos un grupo allí con la finalidad de intentar recuperar ambas ciudades.

—¿Eso no nos debilitará? —cuestiona Alain.

—No. Los rastreadores que se enviaron a vigilar las ciu - dades nos han confirmado que la mayoría de la guardia de Erbil se encuentra en Jericó. Los que custodian la ciudad son menos de cien. Así que bastará con enviar un grupo pequeño. De manera que mantendremos la mayoría aquí—explica Uriel con formalidad a lo que Alain parece de acuerdo.

—¿Qué pasa con el consejo? —pregunta Elina con expre - sión completamente seria—. ¿Lo aprueban? —Cuando se trata de asuntos que competen a la ciudad ella se toma las cosas con responsabilidad.

Aunque tampoco parece estar muy bien. Después de lo ocurrido durante el entrenamiento, ella y Rafael no han cruzado palabra, ni siquiera se han mirado y parecen evitarse a toda costa, lo que resulta incómodo para el resto.

—Abdón ha dado la espalda a la ciudad, así que práctica - mente nos ha declarado la guerra —responde Danko—. Por lo que ellos están de acuerdo en que recuperemos ambas ciudades, sin importar el precio. —Ella hace una mueca de disgusto y se muerde el labio. La última vez me di cuenta de que su

relación con Abdón no parece que fuera tan mala. Lo defendió argumentando que no podría estar con Darius ya que este asesinó a su padre. Justo ahora parece no aprobar su decisión, no obstante permanece en silencio.

—Me gusta la idea —susurra Farah con una sonrisa ma- lévola.

—Repito que los que vayamos a Jericó no partiremos mañana —aclara Danko mirando a Pen—. Lo haremos pasado mañana al amanecer.

—¿Por qué? —cuestiona Pen moviendo la cabeza.

—¿Quieres guardar silencio, niño? —Lo fulmina con la mirada y la desvía hacia el resto de los presentes—. Como de- cía. El grupo que irá a Erbil partirá en unas horas puesto que el viaje llevará unos siete días. Usarán los caballos y los trasportes de los que disponemos.

—¿Quiénes irán? —pregunta Alain.
—Abiel estará a cargo. —El vampiro asiente sin cambiar su fría expresión—. Farah y Knut irán con él. —Miro al par de rubios que no parecen sorprendidos, a diferencia de Kassia—. Espero que sean de utilidad —farfulla Uriel con una sonrisa.

—No somos máquinas, pero como ya viste, sabemos pe - lear —contesta Farah con tono socarrón. Adiferencia del resto, ellos parecen haber limado asperezas. Incluso me da la impresión que ya lo habían discutido antes.

—Nosotros retrasaremos nuestra partida, todo con el fin de aumentar la tensión —comienza a explicar Danko mirando al resto de nosotros—. Nos esperan en dos días, máximo tres. Así que llegaremos en cuatro o cinco días, de ese modo estarán ansiosos y cansados por la espera. Ese será un punto a nuestro favor.

—No es una garantía —interviene Alain con expresión pensativa—. Quizás estén dando por hecho que haremos eso.

—Nada es una garantía, pero es una forma de no poner - les las cosas fáciles —afirma Uriel—. Formaremos dos grupos, el primero se encargará de neutralizar los guardias que seguramente intentarán bloquearnos el camino a

la ciudad y el segundo liberará a los humanos.

—¿Qué haremos con ellos? —pregunta Anisa—. ¿Los traeremos?

—No —niega Danko.
—¿Por qué no? —cuestiona Pen.

—De verdad que eres una molestia —murmura llevándose la mano a la cabeza y fingiendo agotamiento.
—Sería muy arriesgado —interviene Irina—. Podrían tendernos una emboscada.

—Exactamente —responde Uriel, intercambiando una mirada fugaz con Irina—. Únicamente deben sacarlos de la ciu- dad y mantenerlos a salvo. Después, dependiendo de las condiciones en las que la ciudad se encuentre, se decidirá si los traemos o los instalamos de nuevo.

—Hay algo que no deben olvidar —comenta Danko—. Es posible que nuestro "amigo" Darius aparezca. Así que debemos estar atentos y no quitarle los ojos de encima a ella —dice señalándome.

—¿No sería mejor dejarla? —sugiere Anisa con gesto de desagrado, pero él sacude la cabeza.

—Sería peor. La ciudad no estará desprotegida, pero ten - drá pocos guardias. Si alguien decidiera entrar, no podrían hacerle frente. Así que Elina…

—¡No! —exclama furiosa poniéndose de pie—. Ni si - quiera lo pienses, Danko —advierte apuntándolo con el dedo—. No voy a quedarme.

—No es una pregunta, Elina. Tú te quedas.
—Pero… —Danko sacude la cabeza y el pálido rostro de ella se torna rojizo y sus labios forman una línea rígida.

—No entrenaste lo suficiente, además necesito que al - guien se ocupe de todos los asuntos aquí. —Sus manos se cris- pan y sus ojos parecen arder, es como si fuera a arrojarse sobre él.

—Danko… —insiste pero él niega de nuevo.

—Es mi última palabra. Y sabes lo que eso significa. — Sin decir nada sale furiosa dando un portazo. Danko suspira y cierra los ojos—. Ustedes prepárense para partir y el resto, descanse lo que puedan. Sean conscientes de que quizás no regresen, así que si alguno desea no participar es libre de hacerlo. No pienso obligar a nadie.

—Eso deberíamos decidirlo nosotros —aclara Alain. Danko le sonríe y mueve la cabeza.

—También es nuestra pelea. Es uno de nosotros quien ha causado todo este revuelo, así que es nuestro deber hacerlo entrar en razón o eliminarlo. —Sus palabras son frías y con- tundentes. Como era de esperarse de un gobernante que antepone el bienestar común al propio—. Por último, si tienen algún asunto pendiente, resuélvanlo.

—Hablas como si fuéramos a morir —masculla Pen y Danko le sonríe de modo malévolo.
—Siempre hay que considerarlo, niño.
—¿Y tú? ¿Eres inmortal? —Anisa y Abiel se tensan ante la osadía de Pen, pero Danko no se inmuta.

—¿Yo? Te recuerdo que soy el gobernante, tengo quién me proteja. —Con aspecto triunfante sale dejando perplejo a Pen, que aprieta con fuerza las manos.

—Solo bromea. No necesita que lo protejan, sabe cómo defenderse —asegura Rafael con una expresión divertida. —Parecía decirlo en serio —murmura Alain con el ceño fruncido, cosa que le roba una sonrisa a Uriel y Farah.

—Haced lo que él ha dicho —dice Armen acercándose a Farah, quien se pone de pie—. Suerte y tómate las cosas con calma.

Farah sonríe y le da un golpe en el hombro, cosa que provoca que Anisa gruña. Pero él ríe con ganas.

—¿Te preocupa tu hermano pequeño? —bromea Farah, Armen sonríe ligeramente y sacude la cabeza—. No te preocu- pes, regresaré. Aún tenemos

muchas cosas que hablar, hermano. —Estrecha con fuerza su mano.

Asienten observándose en silencio, seguramente hablando mentalmente. Farah sonríe mirando de reojo a su madre, quien permanece inmóvil en una de las esquinas de la estancia. Evidentemente no le ha gustado que él vaya a Erbil, pero parece resignada a la decisión de su hijo.

Nos despedimos de ellos y Armen me conduce al comedor donde ahora solo estamos presentes Kassia, Pen y Alain. Come- mos en silencio y después cada uno se retira a su habitación. Sin duda será una larga noche. No sabemos que nos espera y ahora ni siquiera los sueños han hecho acto de presencia. Es extraño.

—¿Por qué no le cae bien Pen a Danko? —pregunto rom- piendo el silencio. Armen sonríe como si recordara algo. —Porque él era exactamente igual de obstinado.

—¿Igual? —repito incrédula. Danko se muestra huraño con la mayoría, excepto con Elina y Armen, con quienes incluso bromea.

Armen asiente, tomando mi mano.

—Sí, cuando era humano. Él fue convertido mucho antes que yo, en una época en la que los vampiros eran perseguidos por cazadores. Su padre era uno, así que Danko siguió sus pasos. Por lo que sé, se enfrentó en varias ocasiones a Alón, su creador e incluso estuvo a punto de morir, hasta que decidió convertirlo.
—¿Y qué paso?

—Al principio se resistió e intentó dejarse morir. Pero cuando trató de contactar con los suyos, lo atacaron y repudiaron. Alón lo salvó y lo hizo entender su nueva naturaleza y el hecho de que ya no podría formar parte de los humanos.

—¿Es por eso que hace esto? —pregunto refiriéndome a ayudarnos.

Aunque Danko finge malestar, nos trata de un modo ama - ble. Anisa estaba en lo cierto. Si bien no somos iguales, las personas de Cádiz tienen una vida

estable.

—Sí. Él no los ve como enemigos porque aun añora su lado humano. Y porque conoce lo que es estar del otro lado. Pen le recuerda a su antiguo yo y por ello finge que le molesta, pero en realidad envidia su coraje y determinación para con los suyos.

Que equivocada estaba. Siempre los he juzgado mal. Creí, al igual que todos, que ellos eran seres sin sentimientos, sin escrúpulos e incapaces de preocuparse por nada. Pero lo cierto es que cada uno parece tener su propia historia, una que no es sencilla. Irina, Armen, Uriel, Rafael y ahora Danko. Todos pasaron por algo difícil para ser lo que ahora son.

—Insisto en que deberías quedarte.
Sonrío y niego señalando el techo con la espada que sostengo.

—No. —Me mira frunciendo el ceño pero no insiste—. ¿Puedo preguntarte algo? —Asiente. Finjo mirar el filo de la espada mientras lo digo—. Si yo acepto convertirme, ¿lo harías tú? —No obtengo respuesta, por lo que tengo que mirarlo. De- tecto la sorpresa en sus ojos. Me aclaro la voz y dejo caer los hombros—. Quiero decir…

—Sí, Gema. Lo haría yo, y serias un fundador. —Trago de golpe ante la idea de él dándome de beber su sangre. Lucho por no reflejar el desconcierto que siento.

—¿Qué ocurre cuando cambias? ¿Puedes controlar la sed o intentas atacar a las personas? —Sus labios se curvan ligera- mente.

—La sed es la parte más complicada del cambio —admi - te—. Tu cuerpo tiene una necesidad imperiosa de sangre, por lo que resulta complicado pensar en otra cosa. Hace mucho que no se transforma a nadie, pero anteriormente, el transformado debía permanecer custodiado mientras se adaptaba. Desde luego que yo me quedaría contigo, pero como te dije antes, no tienes que hacerlo si no quieres. Sé que tu padre no está de acuerdo.

Suspiro y bajo la mirada, observando nuestras manos. Es cierto. Hace dos días estuvo aquí, justo después de que Pen le hablara de ello. ¡Pen! ¿Por qué

tenía que hacer eso? Creí que ya lo había asimilado, pero no, él también sigue negándose. Por otro lado, entiendo que mi padre tenga miedo después de lo que pasó con mi madre. «No quiero perderte a ti también», eso fue lo que dijo. Lo quiero, pero he tomado una decisión.

—Armen... —Niega con la cabeza, retirando la espada de mi mano.
—Pensaremos en ello cuando estemos de regreso, ¿de acuerdo? —Tiene razón. Ahora eso es lo menos importante. —Sí.

Hay un camino. Es pequeño y r ústico, *no hay nada más. Avanzo despacio, acompañada por una profunda negrura. ¿Dónde me encuentro? ¿Adónde me dirijo? Mantengo los ojos fijos en la superficie irregular, hasta que el camino termina. Levanto la mirada y descubro que ahora tiene dos rutas. Y en cada una de ellas, hay alguien esperándome. No puedo ver sus rostros, los cuales permanecen ocultos bajo capuchas negras, pero sus manos pálidas y delgadas me indican que ambos son vampiros.*

—Tienes que elegir, Gema. —La voz que se escucha me eriza la piel e instintivamente retrocedo, pero el suelo desaparece y mi pie resbala. ¡¿Qué?!

Miro detrás de mí y descubro que ahora hay un profundo vacío, un precipicio. No hay nada más. El camino ha desaparecido por completo. Estoy atrapada.

—Decide —repite la voz—. Solo un camino es el correc- to.

Entiendo. Tengo que decidir, no hay vuelta atrás. Un camino. Observo de nuevo las manos, pero no hay mucho que pueda saber, ambas parecen iguales. ¿Cuál es el correcto? ¿Qué camino debo tomar?

Un camino. Que sueño tan extraño, claro y difícil de in - terpretar al mismo tiempo. Más aun, en este instante en el que partiremos. ¿Exactamente sobre qué debo decidir?

—Puede tener un sentido metafórico o real —explica Ar - men intentando parecer tranquilo, pero puedo notar la intranquilidad en sus ojos.

Consideré no contárselo, pero tal como él lo pidió debo hacerle partícipe de mis sueños. Además, lo notó cuando desperté sobresaltada, como hacía varios días no ocurría.

—Una ruta —aventuro. Asiente.

Seguramente pasan muchas cosas por su mente en estos momentos, como en la mía. Esto podría significar elegir quedar- me o ir, cambiar de vía o alguna otra cosa. Pero tanto él, como yo no deseamos separarnos. Una decisión equivocada podría suponer un desastre.

—Espero que hayan descansado —dice Danko mientras nos observa. Ha dejado de lado su elegante atuendo y ahora luce un traje similar al que utiliza la guardia. Es ligero y de un material cómodo y flexible. Justo como los que utilizan Armen, Uriel y Rafael. El de los demás es igual al de Irina y Anisa—. Como les comenté ayer, formaremos dos grupos. En el primero, estarán al frente Anisa, Uriel y tú. —Señala a Alain—. En el otro, Irina, Rafael y el chico molesto.

—Pen —murmura él, pero de nuevo su voz pasa desaper- cibida para Danko.

—Señor —interrumpe Anisa dando un paso al frente—, ¿sería posible que él estuviera en mi grupo? —pregunta seña- lando a Pen que abre los ojos sorprendido.

Ella no parece cómoda ante las miradas sorprendidas que todos le dirigimos, pero su semblante es firme. Danko la obser- va y luego mira a Alain.

—Entonces él puede estar con Irina…
— ¡No! —protesta Uriel avanzando hasta ellos—. Es me- jor si Rafael…
— ¿Qué? —dice el mencionado negando.
—Sí, llévate mejor a Rafael —confirma Uriel pasando por alto la mirada iracunda de él.
—No, él estará con Irina —debate Anisa—. Solo cambia- remos a ellos —explica mirando a Pen y Alain.
—No —insiste Uriel con terquedad—. Llévate tú a Ra- fael.
—¿Qué hay de malo conmigo? —gruñe Rafael fulminán- dolos con la mirada.

—Jensen viene conmigo —insiste ella.
—No —repite Uriel.

—Oigan —farfulla Danko, pero ellos no parecen escu - charlo—. ¡Oigan! —exclama y ambos guardan silencio—. Ha- gan lo que quieran. Solo les aviso que partimos en una hora. —Abandona la sala en compañía de un par de guardias.

Anisa y Uriel se observan fijamente como si estuvieran debatiendo qué hacer. Rafael niega y resopla, Armen sonríe ligeramente dando un ligero apretón a mi mano. No comprendo qué ocurre pero parece que los divierte.

—De acuerdo —dice ella colocando los brazos en la cin - tura con expresión satisfecha—. Jensen irá en mi grupo y Rafael también. Alain irá con vosotros dos.

—Me parece bien —concuerda Uriel mirando a Irina, quien pone los ojos en blanco pero que evidentemente parece alegre ante el gesto.

Es obvio que Alain y Pen no podían estar en el mismo grupo, porque los dejaría en desventaja. Al cambiarlos, Irina y Alain hubieran quedado juntos, es por eso por lo que Uriel quería que Rafael cambiara de grupo. Pero debo suponer que como iban en el grupo de adelante tenía que ir Uriel. ¿Qué habrán acordado? ¡No tienen remedio! Y parece que entre Anisa y Pen ocurre algo. No se me ha pasado por alto la mirada que se han dedicado al llegar.

—Les recuerdo que no estamos en un sorteo —sisea Alain mirándolos acusadoramente—. No han tenido nuestra opinión en cuenta.

—Lo que sea —masculla Uriel encogiéndose de hombros. —Llegó la hora. Olviden sus diferencias y juegos —sen- tencia Armen, con expresión severa—. El enemigo es uno y es en quien deben poner toda su atención. No descuiden su espalda y lo dicho, cubran su posición. Si no están en condiciones de pelear busquen ayuda y no intenten hacerse los héroes.

—Por supuesto —contestan Uriel y Anisa al mismo tiem- po.
Aspiro con fuerza, dirigiéndole una mirada a Pen y Alain, que ajustan las fundas de sus espadas.

Llegó la hora de partir.

ISELA REYES

Capítulo 47



Las primeras luces del alba iluminan los pálidos rostros. La tensión se respira en el ambiente. Algunos vampiros y también humanos se han reunido en torno a la puerta principal de la ciudad, donde la guardia está lista para partir rumbo a Jericó.

Armen besa mi pelo y acaricia mi espalda, tratando de infundirme valor. Está inquieto, puedo percibirlo, más aun después de ese extraño sueño que he tenido. Intentó contactar con Vasyl, pero no fue posible. Aun así, Danko parece confiado en salir victorioso, pero por lo que he escuchado de Uriel, Abdón es uno de los mejores estrategas y también un buen combatiente, así que podríamos llevarnos una sorpresa. Por ese motivo, ha pedido que Armen se quede en el segundo grupo, como elemento sorpresa y al mismo tiempo resguardándolo.

—Debes permanecer a mi lado —susurra aferrándome contra su pecho, asiento dedicándole una ligera sonrisa.

No será algo sencillo, me lo ha repetido de nuevo intentando persuadirme. A diferencia de lo que piensa Danko, él hubiera deseado que me quedara, pero no puedo, ellos son de los míos. A pesar de lo que ocurrió no puedo dejarlos. Recordar los rostros de esos pequeños y de las mujeres que permanecían ahí me hace pensar en mis hermanos y en mi madre. No podemos abandonarlos.

—Sí —respondo justo antes de que la voz de Danko rom- pa los murmullos de la multitud.

—¡En marcha! —exclama dando la señal de partida al primer grupo, dirigido por Anisa, Pen y Rafael. Doscientos miembros lo conforman, los mejores en batalla. Ellos tienen la tarea más difícil, abrir la brecha para que entremos a la ciudad.

El segundo grupo está formado por ciento cincuenta individuos, incluidos nosotros y Danko.

Noto como Rafael vuelve la mirada hacia lo alto de la muralla donde se encuentra Elina en compañía de un par de sirvientes. Ella parece serena y le dedica una mirada significa- tiva antes de que él mire al frente y comience a moverse. No me equivoqué, ella le quiere o al menos, es la impresión que me da. A pesar de sus comentarios y su actitud despreocupada con la mayoría de los varones, solo a él lo mira de esa forma. Supongo que anoche hablaron y por eso ella no ha insistido en acompañarnos.

Pero no es la única que parece más tranquila en estos momentos, la mayoría de nuestro grupo ha cambiado de actitud. A diferencia de los días anteriores, ahora Pen y Anisa caminan cerca sin parecer que se golpearán en cualquier momento y eso es un alivio. Tal como dijo Armen, todos estamos unidos por una misma causa: recuperar la ciudad y rescatar a esas personas. No han querido darnos detalles de lo que ocurre con ellos, pero es evidente que no puede ser nada bueno. Lo que dijeron los rastreadores solo Danko, Uriel y Armen lo saben.

La marcha se detiene al caer la noche ya que se intenta que todos lleguen en buenas condiciones para luchar. La atmosfera es silenciosa, los vampiros son demasiados callados, al menos externamente. Salvo las charlas de Uriel y Danko, el resto del grupo permanece en sigilo. Algunos como Pen y Alain

practican, otros parecen dormir o intentar ocupar el tiempo en algo ya que los vampiros no duermen demasiado.

Retomamos la marcha antes del amanecer para poder estar en el valle antes del atardecer, el mismo que está cerca del barranco en el cual nos enfrentamos a los impuros y repudiados.

—Haremos un descanso en este lugar —anuncia Uriel—, aliméntense y descansen. En unas horas estaremos llegando al río que marca el inicio del territorio de Jericó. Deben estar alerta, puede que nos den una calurosa bienvenida —murmura con una sonrisa burlona, como si la idea lo emocionara.

Se acerca a dónde nos encontramos y se deja caer a un lado de Irina.

—¿Cuál es el plan? —inquiere Alain, mirando de reojo a Uriel que desliza una mano por el muslo de Irina. Lo hace a propósito para que él lo vea.

—Partiremos mañana al mediodía y acamparemos en el río aprovechando que ocultará nuestro olor. Ahí esperaremos toda la noche y al amanecer atacaremos la ciudad.

—Atacar no es un término que me agrade —farfulla Pen de pie frente a Danko quien le dedica una sonrisa irónica. —No me interesa que te agrade, niño. Ya deberías saberlo. —No vamos a atacar a las personas —gruñe Pen ponién- dole mala cara.

—No he dicho en ningún instante eso. Deberías escuchar bien antes de protestar. Pero dime algo, ¿no has pensado en la posibilidad de que ellos estén de su lado? —Su pregunta nos deja pasmados. ¿Ayudando a ese vampiro? Danko sonríe triunfal—. No lo has hecho. Y tampoco puedes refutarlo —agrega con evidente malicia.

—Basta —interviene Anisa, sujetando a Pen del brazo. Él empuña las manos y tensa la mandíbula. Está furioso. No es para menos, su comentario está fuera de lugar. ¿Cómo puede decir eso?—. Hasta donde sabemos ellos son prisioneros de Abdón —afirma ella. Danko se encoje de hombros, disfrutando el desasosiego de Pen, el cual continúa inmóvil.

—Hay que prever todos los posibles resultados.

—Entonces, ¿solo hemos venido a recuperar la tierra? —pregunto molesta. Danko me mira sorprendido y Armen me rodea con el brazo intentando tranquilizarme—. ¿O es también para saldar deudas? —Uriel ríe.

—Te dije que tenía carácter —murmura divertido y Ar - men lo fulmina con la mirada. Danko entrecierra los ojos y me estudia con detenimiento.

—Eso parece.

—Ellos podrían ser obligados a luchar —dice Armen mi - rando a Pen—. Es una posibilidad, pero desde luego que son prioridad. Hemos venido por ellos —reafirma mirando a Danko, quien levanta las palmas de las manos y se encoje de hombros con gesto despreocupado. Niego y desvío la mirada. Es como si no lo tomaran en serio.

Me pongo de pie y me alejo de la fogata. ¿Cómo puede tomarse las cosas a la ligera? “Estar de su lado”. No, no lo creo. Actuaban intentando sobrevivir, pero… ¿Y si Aquiles los con- venció? Entonces, ¿qué pasaría? ¿Habríamos venido en vano? Me detengo debajo de un árbol y me abrazo a mí misma al sentir una ráfaga de viento helado golpear mi cuerpo. «Tienes que elegir, Gema».

—Solo estaba molestándolo —susurra Armen abrazándo- me por detrás. Suspiro y me apoyo contra su pecho.

—Es un poco cruel. Él no sabe lo importante que es esto para ellos —digo refiriéndome a Pen y Alain. Entre esas perso- nas se encuentran amigos y conocidos de toda la vida que, para bien o para mal, forman parte de nuestras experiencias.

—Está cansado del temperamento de Pen. —Me giro y lo miro extrañada—. No te enfades —pide acariciando con suavi- dad mi rostro. Desde luego que no estoy molesta con él, pero…

—¿Hay algo que deba saber? —Solo hay una razón por la cual él haría ese comentario y quizás es algo que no han querido decirnos—. ¿Ha pasado algo

con ellos?

—Gema…
—Por favor, Armen. Necesito saberlo.

—No hay nada que estemos ocultando —asegura soste - niéndome la mirada—. Como dije antes, puede que los utilicen para pelear en nuestra contra, pero todos tienen órdenes de no hacerles daño. Confía en mí.

Asiento abrazándolo con fuerza.
—Claro que confió en ti —digo besando su cuello. Me sujeta por los hombros y me hace mirarlo.
—Te quiero, mi dulce Gema. —Sonrío y me alzo de pun- tillas para besarlo.

El alba de nuevo anuncia que comenzaremos a movernos. El primer grupo ahora toma una considerable distancia, mientras nosotros nos preparamos para cruzar el río. Siguiendo el plan de Danko.

Uriel dirige nuestro grupo indicando que partamos. La mano de Armen se aferra a la mía e Irina se coloca a mi otro lado. Ella y Alain se quedarán conmigo también.

Puedo ver el muro y los alrededores de la ciudad. Estamos a unos trescientos metros, pero el primer grupo prácticamente ha llegado a la entrada. Sin embargo, algo no parece ir bien. Se han detenido y miran a todos lados.

—¿Dónde están todos? —gruñe Uriel dando varios pasos al frente.
El viento sopla ligeramente y todo permanece en silencio, un silencio desconcertante.
Esto no está bien.
De nuevo se ponen en marcha, entrando directamente a la ciudad la cual parece desierta. ¿Dónde están todos? —Ya deberían haberlos visto —asegura Danko inquieto.

Desde luego que deberían haberlos visto. Prácticamente están en el corazón de la ciudad. Incluso desde la distancia resultaría absurdo no distinguirnos.

—Ni siquiera se percibe su olor —señala Irina. Es cierto, no hay nada más

que olor a azufre como el aroma que Aquiles tenia… ¡Azufre!
—¡Están en la refinería! —grito con todas mis fuerzas.

Un fuerte golpe se escucha antes de que las enormes puertas del edificio se abran y los subalternos aparezcan de golpe. Puedo distinguir a Anisa, quien salta sobre uno de ellos mientras grita al resto del grupo.

—¡Era una trampa! —exclama Alain mirando sorprendi- do como son rodeados—. Debemos ayudarlos.
—Tenemos nuestros propios oponentes —gruñe Danko desenfundado su espada y volviéndose.
Ocultos por el intenso aroma a metal, los vampiros emer- gen de las cercanías aproximándose a donde nos encontramos. —Intentan rodearnos —se burla Uriel levantando su arma—. ¡Maldito Abdón!
—Creo que no les ha quedado claro de qué va esto —afir- ma Danko moviendo la cabeza.
—Eso parece —concuerda Uriel, adoptando una postura de combate.

—Envíalas al frente —susurra Danko mirándome. Armen me mira titubeante, no quiere que nos separemos. Pero necesito sacar a las personas de ahí y ahora que ellos están ocupados no podrán hacerlo.

—Estaré bien —afirmo dando un apretón en su mano. —Cuídala —dice mirando a Irina, quien asiente tomán- dome del brazo.
—Vamos —me indica. Alain y un par de guardias nos si- guen.

Vuelvo la mirada y veo a Armen listo para pelear. Sus ojos están fijos en un vampiro que se acerca. Abdón. Es él, no hay duda. Tiene una presencia que resulta desagradable y avanza rodeado por varios vampiros. Parece muy joven, pero su expresión y su mirada son frías, atemorizante.

—Gema. —Irina tira de mí—. No te detengas, él intentará capturarte. ¡Vamos! —La miro sorprendida. ¿Es por eso que Danko me ha enviado al frente?

—Tendrá que pasar por encima de mi cadáver —asegura Alain empuñando su espada. Ella sonríe y niega.

—Serias de más ayuda vivo —bromea y él asiente si - guiendo su broma—. Las personas están en los túneles, entre las celdas y los depósitos de agua —nos informa volviendo la vista al frente.

—No podemos entrar por la puerta principal —señala Alain, los cuerpos que se mueven de un lado a otro.

Tiene razón, justo ahora es un caos. El enfrentamiento es justamente delante del muro. Puedo ver a Rafael cortar la cabeza de uno de ellos y a Pen librarse de otro, cerca de él se encuentra Anisa.

—Por la parte trasera —digo y ambos asienten. —Vamos.

Corremos en línea hasta llegar a la pared, rodeamos el muro hasta detenernos en la enorme puerta.
—Está bloqueada —indica Alain tras empujarla un par de veces.

—No por mucho —dice Irina—. A un lado —ordena re - trocediendo un par de pasos. Los mismos que el resto de nosotros.

Alain obedece y ella se lanza sobre la puerta golpeándola con su hombro. La enorme superficie tiembla, pero no cede.

—¡Maldición! —gruñe retrocediendo nuevamente. Ladea la cabeza hacia los lados y de nuevo impacta contra la puerta. El sonido del golpe es duro, pero la puerta continúa cerrada. Irina maldice en voz baja y se acaricia el hombro—. Inteligentes — masculla.

—Hay impuros del otro lado —dice una voz conocida a nuestras espaldas. Los cinco volvemos el rostro y encontramos a Elina que sonríe.

—¡¿Qué haces aquí?! —exclama Irina mirándola con re- proche.
—Ayudar —responde campante—. Aun lado —pide agi- tando la mano. Irina sonríe y con gesto teatral se aparta.

Elina observa la puerta con expresión concentrada y mueve sus dedos antes de extender las manos. De la nada una ráfaga de viento azota la puerta. Las cerraduras crujen.

—¿Qué diablos pusieron del otro lado? —musita chas - queando los dedos. Elina maneja el viento. Pequeñas remolinos envuelven sus dedos y luego los lanza sobre la puerta. ¡Increíble!

—Has perdido práctica —murmura Irina divertida.

—Tú tampoco fuiste muy efectiva —responde con una sonrisa e Irina se encoje de hombros. De nuevo Elina agita las manos y esta vez la puerta cede. Dejando ver la enorme pila de objetos que bloqueaban la puerta.

—La batalla se desarrolla del otro extremo —le informa Irina, empujando los trozos de madera.
—¿Podrán hacerse cargo? —inquiere Elina mientras sus dos sirvientes se colocan a su lado—. No están solos. —No hay problema —afirma Irina tomando su espada—. Ve a por él. —Elina sonríe y asiente.
—Suerte con eso —dice echando a correr seguida por las dos vampiresas que la acompañaban.

—¿Listos? —pregunta Irina mirándonos —. Les abrire - mos el camino y ustedes tendrán que sacarlos. Tienen que ser rápidos, no sabemos cuánto tardaran.

—¿En darse cuenta? —cuestiona Alain, pero ella niega. —No, en intentar detenerlos. Apuesto a que ya saben que estamos aquí. Prepárense.

Ella y los dos guardias avanzan y al instante aparecen algunos subalternos. Vestidos con una variante de nuestro atuendo. Los guardias de Erbil, soldados de Abdón.

—¡Vamos! —exclamo corriendo en dirección a los tú - neles que ha indicado Irina. Recuerdo vagamente haber visto un mapa de ellos. Alain me sigue mientras Irina contiene a los guardias.

—Espera —me indica Alain al llegar al borde de uno de los edificios. Tras comprobar que está despejado, corremos de nuevo—. ¿Aquí? —Asiento mirando la puerta gris que parece no llamar la atención y un tanto oculta entre dos edificios pe- queños.

—Yo entro primero.

—No, lo har é yo —Niega, pero se adelanta—. Cúbreme. —No tenemos tiempo para discutirlo, así que afirmo y me pre- paro para empujar la puerta y darle acceso. Me mira un instante y me da la señal. Abro la puerta y él corre al interior—. Despe- jado —dice y entonces entro.

El lugar es reducido, Alain tiene que inclinarse ligeramente. Todo huele a humedad y carece de luz. Intercambiamos una mirada preparándonos y él avanza por el estrecho pasadizo. Vigilo a nuestras espaldas. No hay sonidos, ni su olor se detecta, al menos no reciente. Pero no puedo estar segura después de lo que hicieron al ocultar su aroma con el azufre. Alain se detiene frente a otra puerta. La cual tiene candado. Agita su espada y los corta de un golpe.

Con el pie abre la puerta, dejando al descubierto sus figu- ras, arrinconadas al fondo del lugar.

—Somos nosotros —anuncia Alain en voz alta. Examino el lugar, no parece haber ningún vampiro con ellos. Nadie atiende a la voz de y me mira preocupado.

—Venimos a salvarlos —pruebo poco convencida de que sea de ayuda. Ellos me consideran una traidora. No sé qué pensaran cuando sepan que he decidido convertirme.

Los golpes y gruñidos se pueden escuchar desde aquí, cosa que nos hace recordar la advertencia de Irina. No hay tiempo.

—Tienen que salir, venir con nosotros. Queremos ayudar - los —ordena Alain con voz desesperada. Despacio una mujer se mueve.

—¿Eres tú, Alain? —dice con voz ahogada. Parece mayor y se aproxima despacio a nosotros. Entrecierro los ojos intentando reconocerla.

—S í —contesta inseguro dando un paso hacia ella. La poca claridad que entra a través de la puerta permite ver su rostro. Me llevo las manos a la boca para no gritar.

¡Dios mío! ¡Sus ojos! Parpadeo varias veces intentando no ponerme a llorar. ¡Le han sacado los ojos! Está ciega.

Avanzo y compruebo que todos parecen haber sufrido lo mismo. Algunos aun llevan un vendaje. Alain parece tan perplejo como yo. Niego horrorizada. ¡Esto es terrible! ¡Horripilante!

—Tiene que salir —dice Alain intentando mantener la calma. La toma del brazo y coloca su mano sobre la pared—. Siga derecho, hay una puerta a unos metros.

Ella asiente y comienza a moverse con paso inseguro. Las personas junto a mí, al escucharlo, comienzan a incorporarse torpemente. Las guío y se mueven con torpeza.

—Solo son los adultos —murmura Alain acercándose a mí. Asiento aun afectada por la escena que presencio, pero noto que una mujer parece habernos escuchado.

—Están en las celdas —balbucea tirando de mi brazo—. Los niños están en las celdas. Ayúdenlos.
—Yo lo hago. —No le doy tiempo de replicar corro por el pasadizo y salgo.

Irina se encuentra más retirada, uno de los guardias que nos acompañaban yace en el suelo, muerto. El otro continúa peleando y veo que alrededor de ella hay al menos cinco cuerpos de guardias enemigos. Me mira fugazmente, justo al tiempo que la mujer emerge. Sus ojos expresan el horror que le provoca la imagen. El subalterno la golpea en el rostro aprovechando su descuido, pero con rapidez se recompone y corta de tajo su cabeza.

—¡Los niños! —grito corriendo hacia las celdas.

Empujo la puerta y desciendo a toda prisa las escaleras. La segunda puerta no tiene seguro, cosa que me alerta, empuño la espada y abro. Pero no hay nadie, solo los pequeños dentro de las celdas. Me alivia ver que se encuentran a salvo.

—Vamos —digo mientras entro y corto las cerraduras. Me miran temerosos y

no acatan mi orden de inmediato—. ¿Qué hacéis? Tenemos que irnos.

—Gema. —Tiemblo involuntariamente al escuchar su voz. Me giro lentamente, intentando no soltar mi espada. Darius. Está delante de mí.

Puedo escuchar mi corazón golpear con fuerza contra mi pecho. No puede ser. Avanza y automáticamente retrocedo. Entra en la estancia acompañado por una vampiresa. Me observa con detenimiento y esboza una sonrisa perversa que me revuelve el estómago.

—Mi pequeña Gema. —Algo se mueve dentro de mí al escuchar esa frase. «Mi pequeña Gema». Como en mi sueños—. Es hora de volver a mí.

Niego dando un par de pasos hacia atrás. ¿Volver? ¿De qué está hablando?
—Vamos. —Mis piernas tiemblan y avanzan involunta- riamente. ¡No! ¡No! Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

Pero no puedo hacerlo. Un dolor invade mi cabeza, nublando mis pensamientos, es como si estuviera a punto de explotar.

—Ven pequeña —repite con voz cariñosa. No, no puedo. Miro a los niños, quienes tienen las miradas perdidas.

—Los est ás manipulando —afirmo con rabia. La vampi- resa sonríe con maldad. Ella me recuerda a alguien, pero no estoy del todo segura.

—S í —responde captando mi atención—. Y podría orde- narles que te ataquen. —Lo miro sorprendida, provocando que su sonrisa crezca—. Pero no lo haré si vienes conmigo.

No puedo. Es una trampa. Esas personas me necesitan, así como estos pequeños, pero sobre todo Armen.

—Sí, quizás sea una trampa, pero si no lo haces, también esas personas y él morirán. —Lo miro con los ojos desorbita- dos—. Es justo lo que piensas, ¿no? —¿Puede leerme la men- te?—. Desde luego que puedo —asegura—. Te conozco mejor que nadie, Gema. Cada pensamiento, cada sentimiento.

—No —balbuceo confundida.

—Ven conmigo y ellos vivirán —dice señalando a los ni- ños. «Solo un camino es el correcto».
Solo un camino.
Miro mi mano derecha, que sostiene el mango de la espada. No, no voy a ir con él.
—Antes de ir contigo —digo colocando el filo en mi gar- ganta—. Prefiero morir. —Sonríe irónico y mueve la cabeza. —Tan terca como de costumbre, Gema —murmura con cansancio.
—¡Gema! —Alain aparece detrás de la vampiresa y ob- serva la escena.

—¿Quieres dejar de jugar? —protesta un poco más se - rio—. ¿Por qué mejor no te deshaces de él? —Señala a Alain y algo golpea mi mente. Mi mano tiembla y una voz interna me pide que corte la garganta de él. Incluso la imagen se proyecta en mi cabeza. ¿Qué es esto? ¿Este es el poder del que hablaban?

—No —niego sintiendo el filo contra mi piel. Tanto Da - rius como la vampiresa me miran alarmados—. No lo haré — declaro llena de convicción.

—Temo decirte que es inútil que te resistas. Tú no per - teneces a este lugar, ni a donde crees. Tu lugar está conmigo, Gema. A mi lado.

Aumento la presión contra mi piel, sintiendo un aguijonazo de dolor. En un segundo ambos desaparecen. Alain mira confundido el lugar y avanza. Dejo caer la espada y me apoyo en la pared detrás de mí. «Tu lugar está conmigo». ¿Qué signi- fica eso? ¿Cuál es el verdadero lazo que me une a ese vampiro?

—¿Gema? —Alain me mira preocupado y pasa su mano por mi cuello—. Estas sangrando.

—¡Gema! —Irina entra y nos observa—. ¿Qué paso? —No estoy seguro —confiesa Alain mirándonos.

—Estás herida —dice ella horrorizada. Toco la herida y compruebo que es solo un pequeño corte.
—Estoy bien —afirmo con una débil sonrisa—. Tenemos que salir de aquí. Hay que sacarlos.
Ambos asienten y empezamos a conducir al exterior a los pequeños, los

cuales parecen ajenos a la realidad.
—¿Dónde están las personas? —inquiero mirando el pa- tio principal del muro.

—Afuera, con Neriah —responde ella y mira fijamente a la distancia—. ¡Maldición! Tenemos que salir ahora mismo — miro a donde ella lo hace y entonces lo veo. ¡Fuego!

Imposible, no lo lograremos. Tenemos con nosotros a más cincuenta niños que no parecen escucharnos y las llamas empiezan a rodear el lugar. No lo lograremos.

—No vamos a morir aquí —afirma Irina con voz severa. Toma en brazos a dos niños y nos mira—. Ya saben qué hacer.

Alain la imita, pero desde luego no puede llevar a dos niños al mismo tiempo. Mientras ellos intentan sacarlos, trato de hacerlos reaccionar, pero no atienden a mi voz. Los empujo y guío hacia la puerta, pero es inútil. El humo comienza a invadir el aire, los gritos y sonidos de la pelea fuera continúan. Irina me observa desesperada.

—Le han prendido fuego a todo el lugar —dice Alain, tomando en brazos a otro de los pequeños.

Sabían que perderían, pero han querido asegurarse que no conseguiríamos recuperar ni la ciudad, ni a sus habitantes. ¿Qué clase de monstruo haría algo así?

—Por favor —digo intentando hacer caminar a un par de niños. Solo quedan diez, pero el fuego prácticamente está sobre nosotros. Cada vez resulta más complicado respirar.

—¿Estás bien? —pregunta Irina tomando a otro par de ellos como si fueran solo simples cajas de cartón.
—Sí, sí. Estoy bien —Sin decir nada más, corre hacia la puerta. Un gruñido capta mi atención. ¡No!
Uno de los guardias se acerca, llevando como rehén a uno de los niños. Sonríe mostrando sus colmillos.

—¿Lo quieres? —pregunta con tono burlón. Moviéndose hacia una de las casas que arden. ¿Lo piensa arrojar? —Por favor, no lo hagas. —Ríe ante mi ruego y niega. Levanta al niño y acerca sus colmillos a su cuello.
—¡Braxton! —exclama Irina llegando a donde estoy. El vampiro sonríe—. Déjalo ir. Es solo un niño.
—¿Por qué debería hacerlo? —Irina me mira un segundo. Por alguna razón puedo intuir lo que hará.

La veo arrojarse sobre el vampiro, quien a su vez arroja al niño al fuego. No lo pienso, corro y lo intercepto. Ruedo por el suelo y justo un fragmento de la estructura en llamas se precipita sobre mí.

—¡Gema! —escucho el grito de Irina, pero como por arte de magia todo se detiene. Miro confundida alrededor. Encontrándome con sus ojos.

Salgo de mi estupor y me aparto, la superficie cae al suelo muy cerca de mí, pero no lo suficiente para alcanzarnos. Me levanto y corro con el pequeño en brazos. Irina parece aliviada, pero Braxton asesta un golpe en su estómago que la hace golpear uno de los muros.

—Eres débil —murmura el vampiro, listo para atacarla de nuevo, pero antes de que pueda hacerlo su cuerpo comienza a arder.

—No te atrevas a tocar a mi mujer —gruñe Uriel avan - zando. Con un grito desgarrador el vampiro se convierte en cenizas—. ¿Estás bien? —inquiera ayudándola a ponerse de pie.

—¿Tu mujer? —pregunta divertida.

—Gema —Armen aparece y corre hacia mí. Me quita al niño de los brazos y me estrecha con fuerza—. Estás bien — murmura aliviado. No respondo, mi mente no termina de comprender lo que ha ocurrido. ¿Por qué me ha salvado? ¿Por qué Darius ha salvado mi vida?

ISELA REYES

Capítulo 48



No hay manera de que Darius y yo tengamos un vínculo. ¡Eso es imposible! Soy humana, completamente humana, mis padres también lo son. Antes de que los sueños comenzaran, nunca lo había visto. Estaba segura de que él no es aquel fundador que vi cuando era una niña, hoy lo he comprobado, pero entonces, ¿por qué ha dicho todo eso? ¿Por qué me ha dejado ir? ¿Y por qué me ha salvado? No tiene sentido. «Tu lugar está conmigo». ¿Qué significa eso? No, eso no puede ser.

—¿Gema? —Miro a Armen, quien parece alarmado al no obtener una respuesta de mi parte. Sin embargo, la idea de tener un lazo con el vampiro que tanto lo odiaba y que le destruyó la vida me aterra. Si Armen lo supiera, ¿afectaría a sus sentimientos hacia mí? ¿Seguiría viéndome del mismo modo? — Estás herida —dice levantando ligeramente mi barbilla—. Por fortu- na, no parece serio. —Sus ojos interrogantes escrutan los míos, pero estoy demasiado confundida para decir algo.

—Tenemos que salir de aquí —anuncia Uriel mirando alrededor. Las

estructuras de los edificios han comenzado a de- rrumbarse, el fuego envuelve prácticamente todo el lugar.

—¿Y los niños? —pregunto confusa.
—¡Todos están afuera! —grita Alain corriendo hacia don- de estamos—. Vamos, salid.

Armen me sujeta con un brazo de la cintura y me conduce. Alain me observa y acercándose, toma al pequeño que Armen sostiene. Él comprende que no estoy bien y sabe que he visto a Darius. Intercambiamos una mirada, trago con dificultad espe- rando que mencione el asunto, pero sin decir nada se adelanta. Uriel ayuda a Irina, quien parece lastimada después del golpe que le diera ese vampiro. Con paso apresurado nos dirigimos hacia la puerta. No puedo evitar volver la mirada, inconscientemente buscando sus ojos, pero es evidente que no está aquí. ¿Quién era esa vampiresa que estaba con él?

Logramos cruzar la puerta antes que las llamas la cubran por completo. Enormes lenguas de fuego abrazan las estructuras, tiñendo de rojo el sitio. Veo a Alain reunirse con las personas de la ciudad, quienes guiadas por los guardias, se alejan del muro. Humanos y vampiros trabajando juntos. Es un sentimien- to agridulce.

El aire está impregnado con el olor a sangre y humo. La sangre de vampiros y las cenizas de la ciudad donde crecí.

Sus manos se apoyan sobre mis hombros y su pecho se pega a mi espalda. Cierro los ojos y dejo escapar un profundo suspiro.

—¿Se acabó? —inquiero en voz baja. Armen me estrecha con fuerza contra su pecho y hunde el rostro en mi cuello.

—Sí, Gema. Ha terminado —murmura.
«Terminado». ¿De verdad esto terminó?

Nos quedamos en silencio, contemplado la nube negra que poco a poco reemplaza el fuego y se eleva cubriendo el cielo. Escucho las voces de Irina, Alain y Uriel dando indicaciones para reagrupar a los supervivientes. Los sonidos de la batalla han cesado por completo y ahora quedan los lamentos de

los heridos y de quienes han perdido su hogar.

«Ven conmigo».

Sus palabras resuenan en mi mente, como una especie de eco interno. Tiemblo involuntariamente y los brazos de Armen aumentan la presión de su agarre. Seguramente creyendo que se debe al viento helado que golpea mi cuerpo.

No importa lo que ha dicho ese vampiro, jamás iría con él. Ya una vez me equivoqué alejándome de Armen, pensando que era lo mejor y solamente compliqué las cosas. Esta vez no lo haré. No pienso dejarlo. He elegido un camino y es él. Me quedaré a su lado porque este es mi lugar.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta por segunda vez.

—Sí, pero, ¿sabes algo de los demás? —Me doy la vuelta y lo miro con preocupación. Pen, Anisa, Rafael y Elina. No he visto a ninguno de ellos desde que salimos del muro. Aún hay caos al otro lado de la ciudad. Solo veo cuerpos moverse de un lado a otro en un mar de cadáveres y escombros que el enfrentamiento ha dejado. Armen me ha pedido que no me mueva de su lado, pero necesito confirmar que están bien—. ¿Qué pasó con Abdón? —He dado por hecho que murió, pero…

—Abdón huyó —responde Danko acercándose a noso - tros. Su traje está manchado de sangre y tierra. Su pelo rubio cenizo, ahora luce prácticamente oscuro y desaliñado—. Como era de esperarse —afirma sacudiendo su espada. Incluso él pe- leó.

—Los demás están ayudando a traer a los heridos —dice Irina.

La mirada de Danko se clava detrás de mí y su expresión se descompone. Me giro y sigo el rumbo de sus ojos descubriendo a Pen, que avanza llevando en brazos a Elina. Está cubierta de sangre y su rostro está aún más pálido que de costumbre. Anisa y Rafael los siguen, ambos tienen un aspecto desastroso, pero no parecen heridos de gravedad.

—¡Elina! —exclama Danko llegando en un segundo a ellos. Pen se inclina y

con cuidado la deja sobre el suelo. Sus manos descansan sobre su vientre y mantienen los ojos cerrados.

—Ha perdido mucha sangre, pero su herida ha comenza- do a cerrarse —informa Anisa removiéndose incómoda.

—Pero… —balbucea confuso Danko observando a Eli - na—. ¿Qué demonios hace ella aquí? ¿Y qué fue lo que pasó? ¿Fue uno de los hombres de Abdón? —cuestiona furioso.

—Fue mi culpa —declara Rafael detrás de él—. Yo tuve la culpa de que la hirieran —Danko se incorpora al instante, lis- to para lanzarle un golpe, pero Elina sujeta con firmeza su pie.

—Fue un descuido mío, no es su culpa —asegura abrien - do los ojos. El semblante de Danko se relaja al instante—. Estoy bien, Edi —susurra intentando sentarse.

—No te muevas —la reprende inclinándose de nuevo a su lado. Ella niega y con su ayuda, consigue sentarse.

—Atravesó mi estómago con la espada —explica tocan - do el borde de la tela. A través de la tela rasgada, veo la herida en su estómago. Una línea rosada que contrasta con su pálida piel—. Si fuera humana, no estaría contándolo, pero descuida, no moriré —afirma como si fuera cualquier cosa. No puedo evi- tar la expresión de incredulidad, pero olvidaba que ellos solo mueren si les cortan la cabeza o les atraviesan el corazón.

—Muy graciosa —farfulla Danko frunciendo el ceño y pasando la mirada de Armen a Anisa. Hay algo que no han dicho en voz alta, puedo darme cuenta de eso. Noto como intercambian miradas, conversando silenciosamente. ¿Se trata de quién la ha herido? Elina no es alguien ordinario—. Necesitas sangre.

—Él ya me dio —contesta mirando a Rafael, quien se cu - bre el cuello y desvía el rostro, carraspeando—. Ya que Anisa no quiso que Pen lo hiciera. —Anisa la ignora y se aleja a gran- des zancadas de donde nos encontramos. Pen la sigue con la mirada, tiene una expresión que no parece de malestar.

—Aun así… —niega Danko—, necesitar ás más sangre. No ha sido un rasguño. —Su comentario provoca que ella son- ría.

—Puedo esperar a que volvamos. Bastará con un poco de sustitutivo. Créeme, estoy bien —repite con mayor convic- ción—. No pensaste que te ibas a librar tan fácilmente de mí… ¿O sí? —musita con una débil sonrisa. Él mueve la cabeza, aun con una mueca de disgusto en el rostro.

—Desobedeciste mis órdenes, Elina —dice muy serio—. Tendré que castigarte por ello.

—No tengo objeciones —asiente divertida—. Pero antes debemos llevar a estar personas a un lugar seguro y curarlos. —Sus ojos se clavan en los mayores que permanecen inmóviles sentados sobre el suelo. Su aspecto es verdaderamente deplorable. Están demasiado delgados y sucios. ¿Hace cuánto tiempo que estaban ahí abajo? ¿Los alimentaban?—. Ellos realmente necesitan atención.

—También nuestros hombres —responde él llevándose la mano a la barbilla.
—Ellos no morirán y sus heridas sanarán pronto —inter- viene Armen con gesto severo. Danko agita la mano y asiente.

—Lo sé, lo sé. El problema es que estas personas no pa - recen confiar en nosotros. —Está en lo cierto. Todos se abrazan a sí mismos y tiemblan—. Será complicado ayudar a quien no lo desea.

—No puedes culparlos. Después de lo que les han hecho, es lógico que tengan miedo —dice Pen apretando los puños—. ¿Qué esperabas? —Danko lo mira, no muy contento, pero no replica. Simplemente vuelve la mirada a Elina, quien acaricia su mano mirándolo suplicante.

Elina tampoco parece odiarnos. Realmente estábamos equivocados, no todos son iguales.
—¿Creéis que confiarán en vosotros? —pregunta Uriel mirando a Alain y a Pen—. No podemos dejarlos aquí.

—Están asustados, pero parecen haber comprendido la si - tuación y que no deseamos hacerles daño —responde Alain—. Hablaré con ellos.

—Cuanto antes mejor, si hacen el favor —apremia Danko moviendo la cabeza—. Puede que regrese ese cretino o que ten- gamos visitas imprevistas.
—No, él se ha marchado. Su presen- cia ha desaparecido por completo después de que saliéramos del muro.

Se siente extraño. Es como si ahora pudiera sentirlo dentro de mí.

—Por supuesto —asiente Alain, tirando del brazo de Pen—. Lo haremos.
—Lo empuja hacia a donde se encuentran las personas y comienzan a acercarse a ellos.

—¿Qué haremos con los heridos y los niños? —inquiere Irina—. Aun parecen desorientados. No creo que puedan cami- nar por ellos mismos.

—Traje tres carruajes —dice Elina con voz animosa—. ¿Ves? No soy tan inútil como piensas, Edi —afirma mirándolo divertida.

—Quizás —concede él—. Pero uno lo usaremos para transportarte, así que no eres tan genial como crees. —Su ex- presión malhumorada provoca que ella haga un mohín.

—Nada de eso —asegura poniéndose de pie—. Yo puedo caminar.
—No puedes caminar, Elina —replica Danko.

—Rafael puede llevarme en brazos… —canturrea alegre - mente, pero al notar que él parece ajeno a la conversación, sacude la cabeza intentando ocultar su expresión compungida— o tal vez no.

—Lo haré —responde Rafael—. Yo la llevaré.

Nadie replica, ni siquiera Danko, aunque lo fulmina con la mirada. Algo ha pasado entre ellos. ¿Qué quiso decir con que fue su culpa?

Todos comienzan a prepararse para volver a Cádiz. Es más de mediodía y según los planes de Uriel, tenemos que ponernos en marcha antes de que caiga la noche. No ha pasado lo más difícil, al contrario, tenemos un largo camino por recorrer en el que pueden ocurrir muchas cosas.

—No volveremos, ¿verdad? —pregunto observando de nuevo la ciudad o lo

que queda de ella. Armen asiente dedicándome una mirada llena de tristeza.

Es cierto. Él también le tenía cariño. Por su padre y su anhelo de lograr una convivencia entre ambas razas. En cierta forma ha ocurrido, aunque no de la mejor de las maneras. Aun así, ahora mismo ellos han salvado a estas personas sacrificando a los suyos.

Avanzar con los heridos y los incapacitados es difícil. El cansancio comienza a hacer estragos en la mayoría y el hambre también. Acampamos cerca del río y los que nos encontramos en condiciones buscamos alimentos.

Por fortuna Elina ha traído reservas de sustitutivo y la sed de ellos no es problema. Además, el número de vampiros ha disminuido considerablemente. Ahora somos un solo grupo, incluyendo los que se han rendido después de que Abdón los dejara atrás.

Observo a Pen y a Alain, los cuales se encuentran debajo de a un árbol, un tanto apartados de nosotros. Tienen algunos golpes, pero afortunadamente están bien. Alain me mira de manera inquisitiva. Sabe que no he mencionado lo que ocurrió en las celdas, pero por ahora prefiero no hacerlo. Solo inquietaría más a Armen.

Elina tiene mejor semblante, pero parece preocupada por Rafael, quien continúa ausente. La razón se debe a la vampiresa que acompañaba a Darius, la misma que hirió a Elina: Jadel, la humana que Rafael amó hace muchos años.

—Es imposible que sea ella —murmura Danko con ex - presión concentrada, después de escuchar el relato de Anisa—. Ella murió durante el ataque.

—En realidad nunca encontramos su cuerpo —comenta Uriel golpeando su rodilla.

—Es ella —afirma Rafael, captando las miradas de to - dos—. No hay duda. Es ella, Jadel. —Todos guardan silencio, evitando mirarlo.

La mujer que amó. Ahora comprendo porque me pareció conocida, por Violeta.

—Lo que no entiendo es, ¿por qu é la ha mantenido oculta todos estos años? ¿Por qué aparecer justo ahora? —exclama irritado Danko agitando los brazos.

—Para fastidiar —gruñe Elina—. Darius sabía que no podrías enfrentarte a ella —deja escapar una risa irónica y nie- ga—. Quería que lo asesinara.

Esa vampiresa apareció mientras peleaban y Rafael, al verla, se quedó tan sorprendido que no vio venir su ataque. Así que Elina tuvo que intervenir y terminó herida.

Él la mira, pero no rebate sus palabras.

Elina tenía razón, Rafael no ha podido olvidarla. Imagino que volver a ver a la mujer que amaba no debe ser sencillo. Muchos menos, convertida en uno de ellos y con la intención de asesinarlo.

¡Qué clase de juegos perversos le gustan a ese vampiro! Eso es demasiado cruel, pero tal como dijo Armen, parece que disfruta haciéndolo.

—¡Desgraciado! —exclama Uriel molesto—. Es un mal- dito.
—Me resulta difícil de creer que Abdón esté con él — murmura Elina.

Miro sin comprender del todo su comentario. Creí que era una coincidencia que Abdón estuviera ahí o que solo había estado esperando.

—Al parecer Abdón está aliado con Darius —explicaAr- men—. Había algunos impuros ayudando a la guardia.

—Es por eso que lograron mermar nuestro número —pro - testa Danko golpeando una piedra con la punta del pie—. ¡Cre- tino!

—Pero, ¿en qué momento lo hizo? ¿Desde cuándo está con él? —cuestiona Elina.
—¿Quién sabe? —Se encoge de hombros Danko—. Sin embargo, Abdón está acabado.
—Huyó —le recuerda Uriel.

—Sí, pero ya no hay nada que pueda hacer. Los que so - brevivieron a la batalla se rindieron y Abiel me ha informado que Erbil también está en

nuestro poder.

—¿La tienen? —pregunta sorprendido Uriel.

—Sí. Hubo algunas bajas, pero tanto la gente como el lugar están asegurados. En cuanto regresemos tendremos que ocuparnos de ese asunto. Pero como entenderás, Abdón no tiene a quien dirigir.

—Te equivocas —refuta Armen con gesto serio—. Ahora tiene un ejército de impuros y repudiados que puede manejar. —Todos guardan silencio, comprendido el peso de sus palabras.

Impuros y repudiados. Eso es malo. Ya hemos sido testi- gos de lo que pueden hacer.

¿Por qué me quiere? ¿Para lastimar a Armen? ¿Por las visiones? No lo entiendo del todo, pero algo está claro, sea cual sea su propósito, me necesita con vida. Esa debe ser la razón por la cual me ha salvado.

«Darius ¿qué es lo que deseas?».

—El tiempo… el tiempo… el tiempo… —Hay una voz, que es más un incómodo susurro—, el tiempo… el tiempo… —¿Por qué no se detiene? ¿El tiempo? ¿Qué tiempo? ¿Qué significa eso?

Abro los ojos y miro alrededor. Estoy en una habitación de paredes altas y blancas; está vacía, no hay nadie, solo yo. ¿Dónde están todos? ¿Adónde han ido? Me incorporo y camino alrededor, no hay puertas, ni ventanas ocultas, solo paredes. ¿Qué lugar es este?

—El tiempo… —repite la voz, que parece monótona, hueca, sin vida—, el tiempo… —Se escucha nuevamente, pro- vocando que un escalofrió recorra mi espalda. Sigo movién- dome en torno a las paredes, tocándolas, intentando descubrir de dónde proviene esa voz, pues continuo estando sola—, el tiempo…

—¡¿Qué tiempo?! —exclamo exasperada mirando al te- cho, a todos lados.
—El tiempo se acaba. —Me giró de golpe al escuchar con más claridad la

voz. ¡Ya no estoy sola!

Una figura encorvada se encuentra en una de las esqui - nas. Noto mis labios resecos. Mi corazón golpea con fuerza y el miedo me corta la respiración. ¿Por qué tengo tanto miedo?

—¿A qué se refiere? —inquiero mirándola. Sin incorpo - rarse, se da la vuelta. Me cubro la boca con una mano para no gritar, observándola horrorizada. ¡No tiene ojos! Son dos huecos negruzcos los que los reemplazan.

—El tiempo para decidir se ha agotado. —Su voz ha cambiado, así como su apariencia. Ya no es un anciano… es un vampiro… es Darius—. Ven a mí, Gema. No hay tiempo, no hay elección.

Me cubro el rostro mientras un grito escapa de mi boca. ¡No otra vez!

—¡Gema! —Armen me sacude ligeramente, sujetándome por los hombros. Su rostro expresa inquietud y preocupación. «Un sueño, solo un sueño», repito intentando regular mi respiración y disipar el pavor que seguramente mi rostro expresa. Miro alrededor notando que algunos vampiros se han acercado y nos observan alarmados. Armen les indica que se retiren y centra de nuevo su atención en mí—. ¿Estás bien? —Asiento débilmente y me abrazo a su cuello—. ¿Un sueño?

—Sí —respondo en voz baja, intentando no temblar. Con delicadeza, me coloca sobre su regazo.

—Tranquila. —Acaricia con suavidad mi espalda y besa mi pelo—. Fue un sueño, ya pasó. —No, parece que aún no ha pasado. No ha terminado.

¿Por qué he soñado de nuevo con él? Cierro los ojos y aspiro su aroma, reconfortándome, recordándome que estoy con él. Trato de despejar mis pensamientos y miro alrededor.

Es de día, han levantado las mantas y los restos de la fogata están completamente extintos. Todos parecen prepararse para retomar la marcha.

—¿Nos vamos? —pregunto intentando parecer normal.

—Sí, pero primero relájate y cuéntame que has visto. — ¿Visto? No ha sido una visión. ¡No tiene sentido! Me froto el rostro con las palmas de las manos y niego—. Gema —Armen sujeta con suavidad mis manos, retirándolas de mi cara—. ¿Qué has visto? —Su voz no es demandante, es más una súplica. Tra- go y suspiro.

No estoy segura de qué es lo que he visto. El sueño puede tener muchas interpretaciones. El encierro, una habitación sin salidas, el anciano. Bueno, quizás eso sea por las personas que dejaron ciegas. Pero su presencia y esa frase molesta: *el tiempo*.

«No hay elección».

—Realmente, no sé lo que significa —confieso—. Creí que ya había tomado una decisión… —farfullo atropelladamen- te. Me mira esperando que continúe—. Sobre quedarme contigo o… —hago una pausa y lo miro directo a los ojos— irme con él. —Su semblante no cambia, retira un mechón de cabello de mi rostro y lo coloca detrás de mi oreja.

—Lo viste ayer, ¿verdad? —Asiento con un movimiento de cabeza. No tiene sentido mentirle al respecto. Lo sabe—. ¿Qué fue lo que te dijo? —Inspiro con fuerza y elijo las pala- bras.

—Que iría con él aunque no lo quisiera. —Pasa su pulgar por mi cuello y noto como su mandíbula se tensa. Está enfadado. ¿Acaso Alain le contó lo que pasó?

—Fuiste muy valiente. —No me mira, mantiene los ojos en mi piel—. Yo no tuve la voluntad para enfrentarme a él. No pude hacerlo. —Su confesión me deja sin palabras.

—Tú no tuviste elección —le recuerdo colocando mi mano sobre su mejilla. No me gusta verlo afligido—. No fue tu culpa, Armen. —Niega con una sonrisa amarga.

—Quizás. Pero… —levanta el rostro y veo en sus ojos reflejada la

determinación— ahora que te tengo a ti, hare lo que sea para protegerte. No voy a permitir que se salga con la suya.

He sentido en los sueños el dolor y la culpa por la muer - te de su madre, así como la impotencia y el odio que siente por Darius. Es por eso que Armen siempre parece tan distante, porque su corazón está lleno de resentimiento. No me gusta la expresión de su rostro. No quiero que le pase nada, no por mi culpa.

Rodeo con ambos brazos su cuello y acaricio su pelo.

—Estoy contigo y siempre lo estaré —afirmo con con - vicción—. Quiero que me conviertas. —Me aparta ligeramente y me observa sorprendido. Sonrío un tanto nerviosa—. Sí, Armen. Lo he decidido.
—Gema…

—Es lo que deseo, Armen —repito inclinándome sobre sus labios—. Quiero estar contigo siempre. Sé lo que pasará y lo he asumido. —Toma mi rostro entre sus manos y me dedica una mirada que no logro descifrar—. ¿No quieres? —cuestiono temerosa.

—No es eso.
—¿Entonces? —pregunto desconcertada.

—Es solo que tú has hecho muchas cosas por mí. —Son- río y lo beso de nuevo.
—Te equivocas. Tú has hecho aún más por mí. Pero no hago esto por eso, sino porque te amo.
Desliza la punta de su dedo por mi mejilla, bajándolo despacio por mi cuello.
—De acuerdo. En cuanto lleguemos a Cádiz hablaré con el consejo. Mientras tanto, puedes reconsiderarlo.
—No voy a cambiar de parecer —aseguro.
—¡Hey! —exclama Uriel—. No es por ser inoportuno, pero es hora de partir.
Armen asiente, poniéndose de pie y colocándome delante de él.

—Ya vamos —responde sin mirarlo. Uriel pone los ojos en blanco y se aleja, murmurando algo que no entiendo. Armen me atrae hacia él y me besa con pasión, tomándome por sorpresa—. Te amo, Gema —susurra sobre mis

labios y mi corazón responde agitanándose, lo que hace que sonría—. ¿Te he di- cho que me gusta tu corazón? —Asiento con una sonrisa tonta. Toma la manta, sobre la que dormía, y sujeta mi mano con fir- meza—. Vamos.

Desde luego que no tengo dudas. Hablar é con mi padre y con Mai, pero antes tengo que saber algunas cosas. Tengo que hablar con alguien en cuanto estemos en Cádiz. Tengo que saber por qué Darius dijo eso. ¿Realmente existe un lazo entre nosotros?

ISELA REYES

Capítulo 49



Llegar a Cádiz nos ha llevado dos días más. Los descansos han sido cortos y la marcha diligente, no solo debido a la poca cantidad de reservas para humanos y vampiros con las que contamos y a la gravedad de los heridos, sino también a la inquietud que nos ha dejado lo ocurrido. Somos conscientes de que, como Armen dijo, ahora Abdón tiene de su lado al grupo de impuros y repudiados que controla Darius, el vampiro más temido por los fundadores y quien intenta controlarme. No ha habido más sueños, ni tampoco han ocurrido ataques en el trayecto. Esto mantenía inquieto a Danko, pues comenzaba a creer que tal vez Darius había decidido atacar Cádiz aprovechando su ausencia. Sin embargo, mientras nos acercamos, todo parecen estar en orden. Bail, el quinto de los fundadores principales, se encuentra en las puertas de la muralla acompañado por un gran grupo de subalternos. Vienen a nuestro encuentro, pero principalmente al de Danko y Elina, quien aún continua en brazos de Rafael.

Ella tiene mejor aspecto, pero sin duda el sustitutivo no le ha sido de mucha ayuda después de la herida que sufrió y tampoco ha querido beber más sangre

de Rafael. Pues aunque él no quiera demostrarlo, también parece fatigado. Pen y Alain son quienes se muestran más cansados, sobre todo porque no han comido mucho. Anisa, Irina y Uriel están bien y son quienes se han mantenido vigilando y guiándonos a todos. Armen tampoco ha querido beber, a pesar de mi insistencia, no quiere debilitarme. Aunque es un alivio que ahora no tenga tan mal aspecto como la ocasión anterior.

Del enfrentamiento no se ha comentado mucho, pero Pen me ha dicho que tuvo que enfrentarse a Aquiles, que como Farah anunció, estaba con la gente de Abdón, así como un grupo de humanos que lucharon a su favor.

No ha sido un viaje sencillo, pero lo hemos conseguido, ahora estamos en Cádiz. Mientras nos abrimos paso noto que no solo se encuentra la guardia. Mires, Valencia y Nicola son algunos de los rostros que puedo distinguir entre los curiosos que se han reunido. También veo a mi padre y mi hermana que corren en mi dirección.

—¡Lleven a los heridos a la clínica y a los demás instálen - los en uno de los refugios! —ordena Danko—. Que la guardia tome un descanso y repórtense más tarde.

Un par de subalternos repiten sus órdenes y rápidamente todos se ponen en movimiento.

—Hija. —Desvío la mirada y miro a mi padre, justo antes de que me estreche con fuerza contra su pecho al mismo tiempo que Mai se une a nuestro abrazo. Es un alivio poder abrazarlos. Me fundo en su abrazo y me permito sonreír. Al ver a esas personas heridas, imaginé lo que les habría ocurrido de haber estado ahí. Sin duda, esa es una de las tantas cosas que tengo que agradecerle a Armen—. ¿Estás bien? —inquiere apartándo- se ligeramente—. ¡Dios! Mírate, estás pálida —murmura obser- vándome de pies a cabeza, buscando algún indicio de heridas.

—Estoy bien, papá —aseguro dedicándole una ligera sonrisa. Suspira aliviado y de nuevo me abraza.

—Me alegro de que estés a salvo. —se opuso a que fuera, pero sabía que no podría detenerme y en parte, también estaba preocupado por las personas de

Jericó, por lo que también se ofreció a acompañarnos. Jamás habría permitido que él o Mai hubieran ido.

—¿Qué les ha pasado? —pregunta Mai señalando a los mayores. Quienes ahora tienen los ojos cubiertos por improvi- sadas vendas, tal como lo sugirió Irina, para evitar alterar más a las personas de la ciudad al ver lo que les ha ocurrido.

—Es un poco complicado, Mai —digo mirando a mi pa - dre que asiente con la cabeza. Se ha dado cuenta y me mira con preocupación.

—Gema. —Armen se acerca a mí, dedicándole una incli - nación en forma de saludo a mi padre—. Señor. —Esta es una de las pocas ocasiones en las que han estado cara a cara, y al parecer mi padre sigue teniendo recelo hacia él pues ni siquiera lo mira. ¿Qué dirá cuando le cuente lo que he decidido?

—Supongo que necesitas descansar, cariño —dice seca- mente sin mirar a Armen.
—Papá…

—Volveremos después. Vamos, Mai. —Sin esperar una respuesta de ella, la toma del brazo y se aleja. Dejándome perpleja. ¡Oh Dios!
—Lo siento —digo apenada.

—No te preocupes. —Armen me dedica una mirada com- prensiva, pero yo estoy muy avergonzada.
—De verdad que lo siento —insisto torpemente. Sonríe negando con la cabeza y me hace avanzar.
—No pasa nada. Vamos, tienes que descansar.

Quiero decirle algo, pero no es el momento. Nos alejamos de la multitud en dirección a la residencia de Danko. Puedo sentir unos ojos taladrándome, al volver la mirada veo a Nicola, la cual me dedica una mirada envenenada. Evidentemente sigue odiándome.

—No le prestes atención —susurra Armen, rodeándome con el brazo por la cintura, pegándome a su dorso.

—¿Ella sabe lo de la transformación? —Asiente. —Sí.

—¿Qué fue lo que dijo? —No es que me importe, pero sé que ella es una de las integrantes del consejo y una de las más influyentes.

—No importa lo que ella diga —responde con firmeza—. La mayoría está a favor.

—¿Y las personas? —No había pensado en ello, pero al igual que en Jericó, existe un representante de los humanos en el consejo. Y el no transformar es una de las normas que tienen mayor importancia.

—Aún no hemos hablado con él. Les pedí que primero decidieras tú y luego haríamos los preparativos, en caso de que aceptaras.

—¿Habrá problemas?
—¿Te has arrepentido? —pregunta con una ligera sonrisa.

—No. —Pero no puedo evitar preocuparme por él o por lo que podría pasar. Ya he sido demasiada carga y no quiero que eso continúe. Menos con ese vampiro interesado en mí.

Aunque parece que esto será complicado. Hace más de cuatrocientos años que nadie ha sido transformado, al menos no por los fundadores de las ciudades, ya que eso mantiene el control sobre el número de vampiros. Y también me preocupa lo que diga mi padre, esto parece más serio.

Me envuelve con sus brazos, manteniendo mis piernas aprisionadas entre las suyas, mi rostro permanece escondido en su pecho y su barbilla apoyada en mi cabeza.

—Descansa —susurra con voz dulce colocando un beso en mi pelo.

—Tú también. —Siento como su pecho se mueve, indi - cándome que ríe. Pero mis ojos han comenzado a cerrarse. Nos hemos aseado y alimentado, ahora nos disponemos a dormir.

Aún es temprano, pero estos días no hemos podido conciliar el sueño correctamente y es imposible persuadirlo.

Siento sus labios moverse sobre mi oído, provocando un delicioso cosquilleo que recorre mi espalda. Está detrás de mí, sus manos permanecen en mi vientre, manteniéndome pegada a su pecho. Abro los ojos y me giro para verlo. Mantiene la expresión serena, pero puedo ver una chispa de diversión en su mirada. No dice nada, yo tampoco lo hago. Acaricio su mejilla, Armen cierra los ojos y suspira. Tomándolo de la nuca acerco su boca a la mía y lo beso.

Sus suaves labios ahora están un poco fríos, necesita beber. Sin romper el beso, se mueve hasta colocarse sobre mí. El contacto es mesurado, pero conforme los segundos trascurren se torna apasionado. Su lengua acaricia la mía y me agita. Mis dedos tocan sus hombros y suben hasta su pelo.

Rompe el beso, al mismo tiempo que su mano desplaza mi ropa y comienza a besar mi hombro dejando un sendero de besos a lo largo de la línea de mi clavícula y por mi cuello, hasta alcanzar mi barbilla. Echo la cabeza hacia tras, indicándole que lo haga.

—Estoy bien —afirmo atrayéndolo hacia mí. No duda.

—Mi dulce Gema —susurra besando de nuevo mi cuello. Sus manos se aferran a mi cintura y sus colmillos penetran mi piel. Cierro los ojos, al mismo tiempo que mi respiración se agita un poco ante la sensación placentera.

Cesa la presión de sus labios y su lengua lame, estimulándome. Siento como sonríe y se mueve hasta encontrar de nuevo mi boca. Esta vez no se detiene. Su mano se cuela por mi ropa, desnudándome, mientras su beso me hace perderme.

Recorre despacio mi cuerpo, ahora sus labios son tibios y me estremecen. Me agito al sentirlo entre mis piernas, besando el interior de mis muslos, mi feminidad. Me muerdo los labios y me aferro a las sabanas disfrutando de lo que me provoca. Él me hace sentir de mil maneras. Él, el fundador que me robó el aliento cuando lo conocí y también el corazón.

Sonrío acunando sus mejillas entre las palmas de mis manos. Beso la punta

de su nariz y suspiro.

—Te amo —digo mirándolo a los ojos.
—Te amo, Gema —dice antes de entrar en mí.

Nuestros cuerpos son uno solo, el sudor y el calor me invaden, mientras la bruma de placer llena mi mente. Escucho como susurra mi nombre en mi oído y aumenta la cadencia de sus movimientos. Me aferro a sus hombros y busco su boca, antes de sentir como mi mundo colapsa, como mi cuerpo se vuelve lívido, como me pierdo en él.

Suspiro mientras observo la ciudad. Lo difícil no ha terminado. Los hemos traído, pero aún es necesario reconfortarlos, no solo a ellos que han tenido que experimentar algo tan horrible como lo que les hicieron, sino también a quienes viven aquí y que, seguramente, ya se habrán enterado. Por otra parte, aún no sabemos qué ha ocurrido con la gente de Erbil: Farah, Knut y Abiel, el líder de la guardia. Danko comentó que hubo bajas y por ese motivo Kassia está muy preocupada. Elina ha sido cas- tigada permaneciendo en su habitación hasta que esté completamente repuesta. Aunque ha protestado, Danko se ha mostrado enérgico. Al resto los he visto poco, salvo a Irina, quien ahora es mi acompañante.

—Fuiste descortés con él, papá —comento intentando no sonar acusadora. No me mira, finge remover el contenido de su plato. Mai me mira apenada y se encoge de hombros. He venido a visitarlos después de lo que ocurrió cuando llegamos. Armen aseguró que no me preocupara por ello, pero el trato que mi padre le dio no está bien. Además necesito hablar con ambos—. Papá…

—No puedo prohibirte que est és con él —dice mirándo- me a los ojos—. Ya no eres una niña, Gema. Pero no me pidas que lo apruebe. —Su actitud arisca me toma por sorpresa—. Pen me contó lo que hicieron en esos laboratorios y…

—¡No! —exclamo al instante—. Mi madre no fue uno de ellos…

—Pero fue consecuencia de ello. ¿No es así? —«Conse - cuencia». Aunque el virus surgió al alterar a las personas para obtener una mayor cantidad de

sangre, es cierto que las cosas se salieron de control y que el virus comenzó a infectar a otras personas que no estaban siendo manipuladas, como mi madre.

—Papá, Armen nos salvó y a esas personas también — digo sin ánimos de pelear. Suspira y niega.

—Ha hecho mucho y desde luego que se lo agradezco, pero tú eres mi hija. No quiero perderte como perdí a tu madre, Gema. No quiero que te conviertas en uno de ellos. ¡Eso no puedo aceptarlo! —Me muerdo el labio.

—Papá —protesta Mai agitando los brazos—. Es su de- cisión.

—No, Mai. ¿Te gustaría que tu hermana fuera un vampi - ro? ¿Por qué no puedes quedarte con Pen? —cuestiona mirán- dome con reproche.

—Porque no lo amo. —Suspira y sale de la estancia, dan- do un portazo.
—No le hagas caso, Gema —susurra Mai, tomándome de la mano.
—Pero…

—Entiéndelo. Aún no ha podido superar lo que pas ó con Taby y mamá —dice con una expresión compasiva—. Cada no- che tiene pesadillas sobre ella.

—¿Pesadillas? —pregunto con interés. ¿Será posible?

—Sí, repite el instante y siempre grita su nombre y el de Taby. —Sus pesadillas son distintas, pero me entristece saberlo. Ellos tampoco lo han pasado bien.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien. No fue sencillo lo que pasó, pero soy consciente de que ya no era ella. No después de asesinar a Taby. Además, habría hecho daño también a papá si no lo hubieras hecho. —La miro admirada.

—Has madurado, Mai. —Niega apenada.

—He tenido un buen ejemplo —afirma—. Tú estuviste dispuesta a sacrificarte por nosotros. Apesar de que los odiabas. No debió ser fácil,

Gema.

—No al principio.
—Él parece bueno y te mira de un modo especial —dice sonrojada.
—Es bueno y me quiere —confirmo. Se inclina sobre la mesa y sonríe de modo cómplice.

—Hazlo. Si es que lo deseas, que no te importe lo que papá diga. Seguirás siendo mi hermana, eso no cambiará. ¿Cierto?

Me levanto y rodeo la silla para abrazarla.
—Gracias, Mai. Te quiero, hermana.
—Te quiero, Gema.

La claridad del nuevo día ilumina la estancia, parpadeo varias veces y percibo el sonido de voces. Salgo de la cama, cojo la bata y mientras me la coloco corro hacia la salita de nuestra habitación. Me detengo al ver a Armen en compañía de Farah y Kassia.

— Hola, Gema —saludan ambos.
—Hola —respondo torpemente. Ajusto la bata y me acer- co a donde se encuentra sentado Armen.

—¿Te despertamos? —pregunta divertido Farah. Niego, aunque es más que evidente que miento. Él intenta esconder una sonrisa y Kassia le da un ligero golpe en el brazo. Armen se aclara la voz y toma mi mano entre las suyas.

—Acaban de regresa de Erbil —explica Armen con su acostumbrado tono de voz sereno.

—Me alegro saber que estás bien —digo sinceramente. Él sonríe y asiente—. ¿Y Knut? —pregunto extrañada de no verlo aquí.

—Tiene algunos golpes y el m édico ha dicho que tiene que quedarse un par de días en cama, pero no es nada serio — afirma con aire despreocupado. Es un alivio. Farah también tie- ne un moretón en el pómulo derecho y rasguños en los brazos.

—Vaya que tienen resistencia —comenta con tono bur - lón, Danko desde la puerta. Farah se encoje de hombros y le regala una enorme sonrisa.

—Te lo dije. Quizás no somos tan buenos como vosotros, pero algo podemos hacer, ¿no? —Danko entra seguido de un par de sirvientes y de Uriel. Quien se encoje de hombros, cuan- do Armen lo mira interrogante.

—Necesitamos discutir algunas cosas —explica Danko acomodándose en uno de los asientos.
—¿No pueden esperar? —cuestiona Armen no muy con- tento. Danko ladea el rostro y arruga la frente.

—Solo será un momento, después… —Me observa y agi - ta las manos— podrás seguir haciendo lo que estabas haciendo. —Me muevo incómoda ante la insinuación de sus palabras y tiro del extremo de la prenda. Uriel y Farah ríen, en tanto que Danko se encoje de hombros.

—Tu chico acaba de decir que solo estaban durmiendo —explica Farah mirándome. Claro, él puede seguir sus conver- saciones mentales. Me ruborizo aún más ante su comentario.

—De acuerdo. Dejad eso para después —los interrumpe Uriel poniéndose serio—. ¿Qué haremos con Erbil?

—Enviaremos algunos hombres a Erbil —comienza a ex - plicar—, el problema es que ahora que el consejo sabe que Ab- dón está con Darius, están un poco inquietos. No desean dejar desprotegida la ciudad.

—Tampoco podemos olvidarnos de esas personas —de- bate Armen.
—Lo sé. El asunto es que nos estaríamos convirtiendo en un blanco fácil.
—No podemos cubrir dos blancos —murmura Uriel.

—¡Exacto! —exclama Danko—. Justo ahora se está dis - cutiendo la posibilidad de traerlos a Cádiz. Pero estaríamos un poco saturados. Se han acondicionado espacios para la gente de Jericó, aunque no son los mejores y eso se tiene que resolver cuanto antes. Porque ahora que el chico molesto lo sabe, no dejará de asediarme…

—Por supuesto que no —asegura Pen abriendo la puerta. —¿No os lo he dicho? —pregunta con gesto agobiado Danko—. ¡Ya apareció!

Entra en compañía de Alain y Anisa. Desde que regresamos, ella no se aparta de él, aunque sea solo para discutir. Creí que ya habían superado eso. Puesto que durante la segunda noche de regreso, noté el olor de ella en la ropa de Pen y también la marca fresca en su cuello. Pero parece que no es así.

—¿En qué estaba? —inquiere Danko.

—Hablando de la gente de Erbil. —Ahora es Rafael quien aparece. Armen niega, mirándolo con reproche, pero al igual que el resto, entra despreocupadamente.

—¡Oh cierto! —dice Danko aclarándose la voz—. Temo que es un poco complicado traer a las personas de Erbil. Por los espacios.

—¿Entonces qué harán? —interroga Pen. Danko pone los ojos en blanco.

— ¿Acabas de llegar y ya estas preguntando? —Anisa le tira de la oreja como si fuera un niño pequeño y por un instante su imagen fría cambia. ¿Hay algo entre ellos?

—Continúe, señor —dice incómoda, al darse cuenta de que todos la están mirando sorprendidos.

—Controla a tu mascota, ¿quieres? —farfulla Danko. —Él no…

—No importa. Solo mantenlo callado —la interrumpe Danko—. Para terminar, por ahora los protegeremos. Hemos analizado la propuesta de Armen, crear una ciudad conjunta donde puedan residir los humanos. —Kassia, Alain, Pen y yo lo miramos sorprendidos. ¿Él ha pedido eso? ¿Por qué no me había dicho nada?—. Ya que mientras él este rondando por ahí fuera, nadie estará seguro.

—¿No creen que se puedan rebelar como la vez anterior con el refugio? —comenta Anisa mirando con reproche a Pen que ahora parece apenado.

—Desde luego que existe la posibilidad, pero como están las cosas en estos

momentos podría ocurrir también si no les damos su lugar.

—Su lugar —susurra Rafael pensativo—. ¿Quieres de- cir…?

—Quiero decir, darles una vida digna —aclara Danko con seriedad—. Es lo que debimos hacer desde hace más de qui- nientos años. Los tiempos han cambiado, aun cuando nosotros no lo hagamos, así que es hora de hacerlos amigos, no esclavos.

—Nunca ser ía tu amigo —declara Pen. Todos nos que- damos en silencio, mirando sorprendidos y desconcertados—, pero te respetaría si hicieras posible lo que acabas de decir.

Danko sonríe de lado y lo observa con aire altivo. —Sería un avance, aunque nunca te dejaría al mando. Te convertirías en una molestia aún mayor de la que ya eres.

Lo observo fijamente mientras todos abandonan la estan - cia. Estoy tan emocionada y al mismo tiempo preocupada. Una ciudad para los humanos. ¿Sería posible? ¿Y qué pasaría con la sangre?

—Es solo una posibilidad —dice mirándome desde la puerta. Sabe lo que estoy pensando.
—Pero…

—No quiero que te hagas ilusiones aun —explica acer - cándose a mí—. Algunos han sugerido que también esté dirigida por nosotros, pero que ustedes se encarguen de la distribución de trabajos y demás cosas.

—Aun así, seria increíble. ¿Por qué no me lo habías di- cho?
—Porque aún no es un hecho —responde encogiéndose de hombros. Niego conmovida por su humildad.
—Es maravilloso lo que haces por nosotros. —Baja la mi- rada tirando de mi cintura para pegarme a su cuerpo. —No, ahora solo lo hago por ti —ronronea sobre mis la- bios.

—Gracias. — ¿Estás segura? —inquiere moviéndose incómoda.

—S í —contesto mirando a Irina, que no parece estar de acuerdo con mi petición—. Por favor. Solo hablaremos con ella. —Suspira y niega, pero sé que aceptará.

Anisa se encuentra con Armen y Uriel en una reunión con el consejo, Elina aún está confinada en su habitación por orden de Danko. Así que de nuevo Irina es quien cuida de mí. He que- rido verla desde que regresamos, pero con Armen a mi lado y el asunto de mi padre no había podido hacerlo, sin embargo, es algo que necesito hacer.

—De acuerdo. —Suspira dejando caer los hombros. —Yo asumiré toda la responsabilidad —aseguro. Ella sonríe y niega.
—¡Ay, gema! Mejor démonos prisa y vayamos a ver a Vasyl. Anda.

ISELA REYES

Capítulo 50



Es casi medio día, el sol se asoma entre las nubes grises que cubren la ciudad. Un viento helado sopla, agitando nuestros cabellos y provocando que me estremezca ligeramente. El invierno se acerca, y aun no me acostumbro del todo al clima de la ciudad. Observo los edificios y mis ojos reparan en algunos vampiros, quienes en compañía de sus sirvientes caminan a lo lejos.

Hace ya una semana desde que regresamos a Cádiz. La posibilidad de crear una ciudad para los humanos se debate en el consejo de vampiros; así como también la opción de fusionar Erbil y evitar que Abdón y Darius puedan atacarla. Sé que es difícil la convivencia, puesto que siguen existiendo muchos prejuicios, pero después de lo que ocurrió en Jericó, queda claro que no es imposible. Los vampiros nos necesitan para poder existir y nosotros requerimos de su protección contra el resto de vampiros. La razón por la que no se ha decidido aún, es porque a los fundadores les preocupa el número de humanos que ahora los supera por mucho, y los últimos acontecimientos. Me pregunto si las personas estarán dispuestas a cooperar o si podría ocurrir lo mismo que en Jericó, donde la ambición por el poder pudo más y terminó

complicando las cosas hasta tal punto que ahora ya no existe.

—Entonces —dice Irina sacándome de mis pensamien - tos—. ¿Ya es un hecho? —La miro sin comprender su pregun- ta—. Tu transformación.

—S í —respondo dando un suspiro. Ella sonríe ligeramen- te—. No se ha fijado una fecha, pero Armen les ha comunicado que he aceptado, así que hablarán con quien representa a los humanos para explicarle que lo hago por voluntad propia y que en teoría no se están rompiendo las reglas.

—¿Y tu padre? —Sonrío incómoda. Sabe que se opone, como Armen también—. ¿Sigue oponiéndose?

—Sí. Discutimos de nuevo ayer —digo intentando con - tener mis emociones. Fue algo realmente doloroso escucharle decir eso—. Dijo que no volvería a verme si lo hacía. Que con- sideraría que estaba muerta.

Sé que tiene sus razones y que si Mai me hubiera dicho eso hace algunos meses habría reaccionado del mismo modo. Él y yo somos muy parecidos, pero ahora las cosas han cambiado. Por mucho que intente explicarle mis motivos, no piensa cambiar de parecer. Y eso me deja en una posición difícil. Quiero a Armen y a ellos también los amo, pero no solo se trata de eso, sino también de ese vampiro. Como humana no puedo hacer mucho, en realidad nada, necesito protegerlos. Él no se deten- drá.

—Lo siento —susurra acariciando mi brazo.
—Está bien —aseguro fingiendo una sonrisa—. Es decir, ya lo he decidido y mi hermana me apoya.

—Parece una chica muy inteligente y valiente, como tú. —Niego. Mai es aún mejor que yo. Tampoco ha tenido una vida sencilla y a pesar de eso, sigue siendo la misma niña amable y trabajadora.

—No, ella es aún más valiente y madura —admito.

—No te quites tu mérito, Gema. No cualquiera habría resistido todo lo que has pasado. Además, ninguna persona es perfecta y tú has hecho lo que has considerado mejor para ellos.

—Gracias. —Siento que no he podido hacer mucho. Sus- piro y miro a lo lejos.

—¿Hay algo más que te preocupe? —inquiere mirándo - me fijamente. Sí, la seguridad de las palabras de Darius. He tratado de convencerme de que solo intentaba engañarme, pero sé que no es así.

—Estoy nerviosa por la transformación —miento. Por ahora las únicas personas que saben lo que ocurrió en aquella celda, son Alain y Armen, tal vez Danko.

—Descuida, Gema. No estarás sola, el señor Regan cui- dará de ti y será menos complicado.

—Lo sé —afirmo. Para Armen y ella no fueron fáciles las cosas cuando los transformaron. Pero saber que él estará conmigo me reconforta de cierta forma—. ¿Y cómo están las cosas entre vosotros? —pregunto intentando no parecer demasiado interesada. Ella niega y noto un brillo especial en su mirada al entender a qué me refiero.

—Digamos que estamos bien, pero… —Su voz se apaga y desvía la mirada.
—¿Pero? —Suspira y se encoje de hombros con expre- sión melancólica.
—Parece que el señor Haros no es partidario de las frases de amor.

—Oh… creo que sé a lo que te refieres —digo recordan - do el carácter de Armen y lo complicado que fue interpretar al principio lo que sentía por mí. Uriel tampoco parece muy dado a expresar ese tipo de emociones—. Pero él ha dicho que eres su mujer. —Suelta una risilla nerviosa. Me gusta verla así, ex- trañaba a la Irina que conocí.

—Sí, es verdad.

—Él te quiere, Irina —aseguro. Parecía muy preocupado por ella cuando apareció y durante el viaje de regreso no se apartó un solo momento de su lado.

—Eso creo, pero…
—No creo que le importe que seas una subalterna. —Me mira de un modo

que no comprendo.
—El problema es que aún parece tener dudas —dice son- riendo con amargura.
—¿Dudas?
—Sí. Creo que no está del todo seguro dónde se encuentra su corazón.
—¿Qué quieres decir? —Se encoje de hombros.

—Nada en particular, no me hagas caso. Vamos. —Tira de mi brazo, haciendo que avance más de prisa, dando por terminado el asunto.

¿Uriel tiene a alguien más? ¿Es por eso que ella estaba triste?
Nos detenemos frente a la elegante reja negra. Irina llama un par de veces y en esta ocasión es Mires quien aparece. —Gema —saluda observándome con curiosidad, igno- rando completamente a Irina.
—Queremos hablar con la señora Vasyl —dice Irina con formalidad, manteniendo gacha la cabeza.

—Por supuesto —asiente sin mirarla—. Adelante. —In - dica con la mano, cediéndonos el paso por el sendero que conduce a la casa. Irina me mira y asiente.

Este lugar tiene algo enigmático y mágico, no puedo evitar inspirar con fuerza y deleitarme con la fragancia mientras avanzamos por el camino. Me gusta la mezcla de aromas que impregnan el ambiente. Noto como Irina arruga la nariz y mueve la cabeza.

—Demasiado intenso —explica. Mires se adelanta y nue- vamente abre la puerta de la casa.
—Por favor.
Entramos y esperamos que él nos indique que lo sigamos. Irina parece incómoda y se mantiene junto a mí, alerta.

—Has venido —dice Vasyl en cuanto aparecemos en el marco de la puerta—. Te esperaba, Gema. —Su afirmación me provoca un nudo en el estómago. ¿Lo vio? ¿Lo sabe? Sin duda ella es la única persona que podría darme respuestas—. Vamos, pasa —me exhorta, pues me he quedado inmóvil. Avanzo segui- da de Irina, quien recorre con la mirada el lugar.

—¿Sabías que vendría? —inquiero mirando sus grandes ojos rojos. Asiente poniéndose de pie—. ¿Sabes por qué? —De nuevo afirma con un ligero movimiento de cabeza.

—Haremos algo para ver en tus recuerdos, porque los has perdido, ¿correcto?
—Es algo sobre lo que he estado pensando los últimos días. Hay algunas cosas que no logro entender. Sé que era una niña y que es normal no recordar, pero hechos como la cicatriz de mi mano y aquel encuentro son algo que no parecen reales.

—Algunos —confirmo.
—Es porque alguien los ha obstruido intencionalmente. —¿Darius?

—Eso me temo. —Trago saliva, intentando controlar mi respiración—. Recuéstate ahí —dice señalando el sillón gran- de—. Intentaré acoplar nuestras mentes para ver en tus recuerdos.

Irina da un paso al frente, colocándose delante de mí con actitud protectora. Mires se separa de la pared, donde permanecía apoyado, pero Vasyl levanta el brazo, indicándole que no haga nada.

—¿Es peligroso? —cuestiona Irina—. ¿Qué pasar á con ella? —Vasyl la mira con desdén y agita la mano, ordenándole que retroceda. Noto una mueca en el rostro de Irina, quien permanece junto a mí.

—No es nada malo, no tienes nada de qué preocuparte. Jamás haría algo para lastimar a Armen, chica. Ahora, a un lado.

—Está bien —digo a Irina, quien me mira con recelo—. No pasa nada —insisto, retrocede despacio sin dejar de ver a Vasyl.

—Gema —musita señalando el sillón. Suspiro y me acuesto, mirando el elaborado techo que tiene una extraña pintura de ángeles desnudos.

Vasyl se acerca a mí, sosteniendo un frasco de color ámbar.

—Necesitaremos un poco de ayuda para lograrlo —ex - plica retirando la tapa y esparciendo la sustancia en sus manos. Tiene un olor dulce. Que logro

identificar como la mezcla de algunas plantas del jardín. Sonríe de lado y mueve la cabeza—. No me mires así.

—¿Así como? —pregunto sin comprender. Es cierto que me parece un tanto extraño, no lo puedo evitar.

—Ver ás. —Deja el frasco sobre la mesa de centro y co- mienza a frotar sus manos—. Así como nosotros, los vampi- ros existimos, la magia y hechicería también —explica con una sonrisa burlona. —. Obviamente no somos brujos, pero sé algunos trucos que alguien como nosotras empleaba.

—¿Otra vidente? —Asiente con un movimiento de cabe- za.

—Posiblemente la mejor que haya conocido. —¿Era un vampiro?

—No, ella era una humana, lo fue hasta sus últimos mo - mentos. —Su mirada se pierde, como si lo estuviera rememo- rando—. No eres la primera que tiene la habilidad de cambiar el destino con sus visiones, Gema. Ni tampoco eres la primera a la que Darius quiere. —Sus palabras me intrigan. ¿Ella? Quiero preguntar, pero al sentir sus pulgares tocar mis sienes, mi cuerpo se vuelve rígido—. Cierra los ojos y relájate. —Obedezco. Cierro los ojos—. Intenta recordar tu niñez.

Siento como las yemas de sus dedos de mueven por mi frente, el olor impregna mis fosas nasales y mi mente se siente extraña.

—Recuerda, Gema. —Su voz ahora suena lejana, mien- tras una intensa oscuridad se cierne sobre mí.

El aire me falta. Siento como si golpearan mi cuerpo. Veo algo. Es una imagen borrosa. Soy yo cuando tenía 5 o 6 años, mi madre tomándome de la mano. Está llorando. Ahora ya no es ella quien sujeta mi mano. ¿Quién es? Sangre, hay sangre y miedo.

Abro la boca e inhalo desesperada aire. Irina está junto a mí, me mira con preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta tocándome el rostro. Vasyl está a unos pasos de

nosotras, sus ojos están muy abiertos y parece confundida.

—Es demasiado fuerte —murmura moviendo agitada- mente la cabeza. Retrocede tambaleándose.

—¡Vasyl! —exclama Mires llegando hasta ella—. ¿Es - tás bien? —pregunta observando su pálido rostro, que ahora es prácticamente blanco.

—Hay algo dentro de ti. Es lo que Darius está buscan - do —dice mirándome horrorizada, llevándose las manos a la nariz. ¡Está sangrando!— ¿Quién eres, Gema? ¿Quién eres en realidad?

La miro sin saber que responder. ¿Quién soy? —Soy una humana —balbuceo. Ella niega.
—Eres más que eso.

—Será mejor que se marchen —dice con brusquedad Mi- res. Tomándola en brazos—. Conocen la salida.
Desaparece con ella sin decir más. Confundida miro a Irina, quien parece también desconcertada.

—¿Puedes ponerte de pie? —Asiento apoyándome en el respaldo del sillón. Respiro hondo y siento como las sensaciones de lo que vi, se diluyen poco a poco—. Vamos. Salgamos de aquí.

—¿Qué crees que significan sus palabras? —pregunto una vez que cruzamos la reja y comenzamos a alejarnos de la casa. —No tengo ni idea —responde—. Pero Vasyl no es un vampiro ordinario.
—¿Qué quieres decir?
—Eso. ¿Viste su expresión? —Desde luego que la vi y no comprendo por qué me miraba como si pudiera hacerle daño. —Sí, miedo.

—Exacto. Ella no es alguien que intimide fácilmente. ¿Sa - bes? Sobre lo que dijo antes de que comenzara. Darius estuvo a punto de asesinarla y a pesar de eso, ella no pareció afectada.

Era eso. También quería su habilidad. ¿Realmente es lo que quiere de mí? Esto es confuso.

—¿Qué fue lo que pasó?
—El señor Henryk la salvó. —Henryk Regan. Sonríe ante mi expresión.
—De nuevo él —murmuro.
Él salvó a Irina y también a Armen, e intentó detener a Darius.

—Era una buena persona, Gema. Pero el verdadero moti - vo por el que siempre intentó frenar a Darius… —Mira alrede- dor y se acerca un poco más a mí—, es porque ellos eran her- manos biológicos. —No puedo evitar la expresión de sorpresa. ¿Hermanos?—. Por eso el señor Henryk sentía la obligación de detenerlo.

—Entonces —murmuro procesando lo que acaba de de - cir—, ¿qué crees que haya pasado? Elina dijo que él desapare- ció hace más de diez años. —Una expresión de tristeza enmarca su rostro.

—Lo más probable es que lo asesinara o al menos es lo que la mayoría cree.
—Pero eran hermanos.

—A Darius nunca le import ó el hecho de que fueran hermanos y siempre vio al señor Henryk como su enemigo, le te- mía a sus poderes, por eso siempre huía de él.

—¿Él tenía la misma habilidad que Armen?

—No, él manejaba la mente, entre otras cosas que nadie conoce con precisión. El problema es que como Darius fue su creador, los poderes del señor Armen no funcionan en él. —Sí, Armen me lo explicó. Su habilidad para desaparecer a los vampiros no surte efecto en él. Por eso nunca pudo enfrentarlo.

—¿Qué es lo que quiere? —pienso en voz alta. —Su poder, Gema. Y él tuyo. Aunque…
—Venganza —susurro.

—Sí, eso también parece. Escuchaste lo que hizo con Ra- fael.
—Fue muy cruel.
—Maquiavélico. Diría yo. Ese vampiro está loco, pero lo detendremos. Ya verás.

¿De verdad podremos hacerlo?
La visita a Vasyl solo me ha dejado más inquieta. No logro entender sus palabras. ¿Algo dentro de mí? ¿Qué es?

—Debiste esperar a que yo fuera contigo —dice Armen sin que su voz suene a reproche. Levanto la mano y acaricio ligeramente su mejilla. Nos encontramos en la sala de nuestra habilitación, mi cabeza descansa sobre sus piernas y sus dedos acarician mi cabello.

—No pasó nada —aseguro sonriéndole.

Le he contado todo lo que ocurrió. Evidentemente no le ha gustado lo que vi, ni lo que dijo Vasyl. Aun cuando intenta parecer tranquilo, sus ojos lo traicionan.

—Gema… —dice tomando mi mano derecha y lleván - dosela a los labios. Lo miro intrigada—. Mañana por la noche habrá una fiesta en la ciudad.
—¿Una fiesta?

—Sí. Pensé que lo sabías. —Niego—. Es la celebración de la creación de la ciudad.

—¡Oh! —Ya veo porque todos parecían muy liados esta tarde. Pero entre la actitud de mi padre, las personas de Jericó y el asunto de Darius no he prestado mucha atención a lo que ocurre.

—Y… el consejo ha decidido que mañana también sea tu transformación. —Me incorporo de golpe.

—¡¿Mañana?! —¿Tan pronto? No lo esperaba. —Sí. Después de la fiesta.

Me aparto un poco de él y desvío la mirada por el lugar. Mañana. No puedo evitar estrujarme las manos con nerviosismo. ¡Mañana!

—Por supuesto puedes cambiar de parecer…
—¡No! —niego al instante y él sonríe ligeramente.

—No tienes que hacerlo, Gema —asegura acariciando mi mejilla.
—Está bien —digo llena de convicción—. No cambiaré de opinión, Armen.

Quiero que lo hagas.

Tira de mí, hasta colocarme sobre sus piernas. Sé que él no lo desea, pero esta es la única manera de estar juntos y de poder evitar que ese vampiro se salga con la suya. La mente de un vampiro es más fuerte que la de un humano, además compartiríamos un lazo y eso también evitaría su influjo.

—De acuerdo. —Sonrío y asiento abrazándome a su cue- llo.
¿Jericó?

No, esta ciudad es Cádiz. Es de noche y el viento golpea mi cuerpo con furia. Camino por una de las calles, todo parece desierto. Las acostumbradas luces permanecen apagadas. Aun así, la luz de la luna ilumina las estructuras dándoles un toque lúgubre, siniestro. No sé adónde voy, tengo la impresión de bus- car a alguien.

Mis ojos escrutan entre las sombras. Mi cabello suelto se agita y mi cuerpo se estremece. Desesperada comienzo a correr por las calles. Un miedo terrible me oprime el pecho. «¡Armen!». Ese es mi único pensamiento. Miro en todas partes, sin encontrarlo. ¿Dónde está?

Me detengo al llegar a un cruce. No sé qué camino tomar. De entre la oscuridad, emerge Armen. No lo dudo, corro en su dirección.

Siento alivio al ver su rostro. Levanta las manos pidién - dome que vaya, pero algo gotea de sus brazos. ¡Sangre! Me detengo de golpe y comienzo a retroceder. Mi espalda golpea con algo. ¿Vasyl?

— ¡Huye, Gema! ¡Huye! —Su voz suena apagada, forza- da. Me llevo las manos a la boca. Está completamente llena de sangre—. Es tarde, Gema —dice con voz distorsionada, antes de que su cuerpo caiga al suelo, permaneciendo inerte. Está muerta.

¿Tarde?
Miro hacia donde se encuentra Armen, quien sonríe de un modo enfermo, no parece él.
—No hay vuelta atrás… mi pequeña Gema.

Abro de golpe los ojos, estoy empapada en sudor y jadeo pesadamente. Miro la estancia, Armen no está. Salgo a trompicones de la cama y entro al baño. El corazón me late con fuerza y las manos me tiemblan. ¿Qué ha sido eso?

—¿Gema? —La voz de Armen del otro lado de la puerta me sobresalta. Evoco su mirada y la sangre que sus manos tenían. ¡No! Él jamás me lastimaría, a nadie. Doy un par de pasos y abro la puerta, arrojándome a sus brazos—. ¿Estás bien? — pregunta alarmado, tomándome en brazos.

Se sienta en el borde de la cama, conmigo en brazos. Acaricia mi rostro, asegurándose de que me encuentro bien. —Estoy bien —aseguro sujetando sus manos—. Fue solo una pesadilla.
—Pero…
—Hoy terminará todo, ¿verdad? —inquiero esperanzada. Suspira y me estrecha contra su pecho.
—No es una garantía, pero…
—Está bien —balbuceo. De todos modos, ya no podrá entrar en mi mente.
—Podemos posponerlo.
—¡No! —exclamo mirándolo a los ojos—. No quiero es- perar, Armen.
Me mira fijamente y asiente. Tiene que ser esta noche.

La fiesta se celebra en el salón principal de la residen - cia de Danko. Las mesas han sido dispuestas para los vampiros más importantes de la ciudad, entre ellos Nicola. Esperaba ver a Vasyl, pero ni ella ni Mires parecen estar presentes. A pesar de que se negaron al principio, Pen y Alain han asistido. Los veo en compañía de Farah y Knut en una de las mesas. Uriel y Rafael están en la mesa principal, en compañía de Danko.

—¿Pasa algo? —pregunta Elina mirándome extrañada. Danko le ha levantado el castigo, parece haber vuelto a la normalidad, salvo que ahora ya no intenta coquetear con los chicos. No sé en qué punto se encuentran las cosas con Rafael, pero él no ha dejado de estar pendiente de ella.

—No —respondo dedicándole una sonrisa fingida. —Estás nerviosa —afirma.

—Un poco, creo —confieso. Entrelaza su brazo con el mío y me arrastra por el salón.

—Tranquila —dice dando golpecitos en mi mano—. Es - toy segura que Armen hará que no sea tan difícil. Aunque no es sencillo, tú eres valiente, Gema.

—Supongo. —Ladea el rostro y niega.

—Ven conmigo. —Sin esperar una respuesta de mi parte me conduce fuera del salón—. Siempre que estoy tensa, vengo aquí e intento relajarme. —Agita sus dedos y una enorme puerta de metal se abre, dejando a la vista un amplio balcón iluminado por la luz de la luna.

—¡Es hermoso! —exclamo anonadada. Hay una mesa en el centro y algunas flores alrededor. Avanzo acercándome al borde, un poco más allá de la mesa.

—Lo sé —responde acercándose a mí—. Y el viento es muy refrescante.

—¿Gema? —Vuelvo la mirada al escuchar la voz de Pen. —¡Guapo! —chilla con alegría Elina.

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —dice mirándome incómodo.
—Lo siento, pero no puedo dejarlos —explica Elina—. Le he prometido a Armen que cuidaría de su chica.

—No hay problema —responde Pen. No hemos hablado mucho en estos días. Él y Alain prácticamente permanecen todo el día en el refugio con las personas de Jericó. Han ayudado a acondicionar espacios para ellos y también visitan a los que continúan en la clínica—. Solo quería decirte, que aunque hayas tomado la decisión…

—Pen… —lo interrumpo. No quiero discutir de nuevo sobre el asunto.

—Por favor, Gema. Déjame terminar —pide—. Sé que me opuse y que es mi culpa que tu padre esté molesto contigo. Lo lamento. Solo creí que hacía lo correcto, pero ahora comprendo que sabes lo que haces y que es lo que deseas. Así que solo te diré que puedes contar conmigo. —Sonrío. Ahí está mi amigo.

—Gracias, Pen. ¿Amigos? —pregunto ofreciéndole la mano. Esboza una

sonrisa y la estrecha.

—Amigos.
—¡Qué lindos! —exclama Elina abrazándose a Pen.

—¿Qué crees que haces? —cuestiona Anisa fulminándola con la mirada. Pen nervioso la aparta de él.

—Nada. Compartíamos un momento emotivo —responde Elina encogiéndose de hombros. Pen se aleja de ella y para mi sorpresa, Anisa lo toma del brazo.

—Compártelo sin él —farfulla y lo hace caminar hacia la puerta.

—¡Oigan! —gimotea Elina—. No tardo —dice guiñándo - me el ojo y comenzando a seguirlos—. ¡No seas egoísta, Anisa! ¡Préstamelo un poco!
Sonrío mientras los veo alejarse, la puerta se cierra y desaparecen de mi vista. Inspiro el aroma y me apoyo en el borde del balcón, observando la ciudad. Esta noche me convertiré en uno de ellos. Mai me ha asegurado que una vez que a mi padre se le pase el enfado me perdonará, pero no estoy del todo segura.

—Así que te has salido con la tuya. —¡Nicola! Me doy la vuelta y la veo en compañía de su sirviente a unos pasos de donde me encuentro. ¿Qué es lo que quiere? La he visto obser- varme toda la noche, pero no creí que nos seguiría—. Te con- vertirá —dice con desagrado. No respondo. No deseo caer en sus provocaciones—. ¿Sabes que a pesar de eso nunca serás como nosotros? —“Como nosotros”. No todos son como ella.

—No quiero ser como tú —respondo un tanto molesta por su actitud. La furia brilla en sus ojos. Da un paso al frente empuñando las manos.

—Eres muy ingenua, niña. Pero lo es aún más Armen. —Debí imaginarlo. No tengo un arma, pero no voy a dejar que se salga con la suya—. No permitiré que lo haga, antes acabaré contigo. Me temo que ahora nadie podrá salvarte… —Su voz se convierte en un quejido. La mano de su sirviente perfora su pecho y le arranca el corazón.

El cuerpo inerte de Nicola cae al suelo en medio de un charco de sangre. Me quedo paralizada observando la escena. Con la fuerza de su mano reduce el corazón de ella a nada. Sus ojos rojos me miran fijamente. Nunca antes había reparado en él, pero reconozco esa mirada. ¡Es él! El vampiro que ayudó aquella noche a Violeta. ¡Es el traidor!

—¿Quién eres? —pregunto apartándome del borde, ten - go que llegar a la puerta. No responde. Sacude despreocupadamente su mano y tomando un pañuelo de su bolso, comienza a limpiarse. Aprovecho para correr, pero la puerta se abre—. ¡Irina! —exclamo aliviada—. Él es… —Algo no va bien con ella. Sus ojos parecen vacíos. Veo como pone seguro a la puerta y se aproxima a mí.

—Es mejor si no te resistes, Gema —dice dando otro paso. ¿Qué está pasando?
—Irina…

—Date prisa —ordena el vampiro y ella asiente, arroján - dose sobre mí. Intento esquivarla, pero su puño impacta mi rostro. Mi visión se vuelve borrosa y todo da vueltas, me tambaleo pero ella me sostiene. Quisiera decirle que no me toque, pero estoy demasiado confusa—. Él las espera.

¿Él? ¿Darius? ¡No puede ser!
—Entendido —responde ella. No puedo creerlo. ¿Irina está con Darius?
—Yo me ocuparé de lo otro antes de marcharme. ¿Otro? ¿Armen? ¡No! ¡No!

ISELA REYES

Capítulo 51



El ligero escozor en el rostro me devuelve poco a poco la consciencia. «¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?». Me siento mareada, completamente desorientada. Parpadeo varias veces mientras intento moverme, pero no puedo hacerlo. Mis manos y pies están inmovilizados por cuerdas que lastiman mi piel al intentar liberarme. Estoy tumbada bocabajo, sobre el frío suelo. Mis brazos están firmemente atados a mi espalda. Mi mejilla derecha descansa de lleno en la rustica superficie; por lo que mi aliento levanta partículas de tierra que me dificultan respirar. A pesar de eso, noto lo distinto que es el ambiente, está impregnado de humedad y de un fuerte olor a impuros.

Los recuerdos de lo sucedido antes de perder el conocimiento vienen a mi mente al instante. La cena en la residencia de Danko, mi charla con Elina y Pen, el encuentro con Nicola y su muerte, pero sobre todo, la extraña actitud de Irina y ese vampiro.

Levanto la cabeza intentando despejar el cabello que cae sobre mi cara, veo la

silueta de alguien a unos metros de mí. ¿Quién es? Los ojos me arden, tengo la vista nublada. No creo que se deba solo al golpe que recibí. ¿Qué me han hecho? Cie- rro los ojos, tratando de recobrar la visibilidad. Después de un par de intentos, mi visión se restablece y consigo contemplar el lugar donde me encuentro. Sin duda alguna es una cueva, la cual está ligeramente iluminada por un par de antorchas clavadas en las paredes rocosas. Estamos en un espacio circular que solo tiene un sendero, justo donde está la presencia que percibí antes. Mis peores temores se confirman al reconocerla. No es otra que la misma que provocó el dolor que siento en el rostro. Irina.

La observo en silencio. Aun me cuesta creer lo que pasó. Irina. La misma que tantas veces me escuchó y aconsejó cuando tuve problemas con Armen; quien se arriesgó en más de una ocasión por salvarme. No, ella no puede ser una traidora. Mi corazón se acelera al recordar su expresión y actitud con Seren, el vampiro que asesinó a Nicola. ¿Realmente está con él? El miedo me hace temblar, no por saber dónde me encuentro, ni por lo que pueda pasarme, sino ante la idea de que podría haberle hecho daño a Armen o alguien más. «*Yo me ocupare de lo otro*», eso dijo. No, no. Armen y los demás tienen que estar bien…

—Él es mi creador, Gema —dice sin volver la mirada. ¿Su creador? ¿Qué? ¿Acaso…? ¡No!

Proceso las palabras de Irina, recordando cómo fue su transformación. ¡No puede ser!

Darius fue aquel vampiro que la atacó y que después simplemente la abandonó a su suerte. De quien nunca supo nada. ¡Maldito! Ahora todo cobra sentido. Porque sus ojos parecían vacíos, porque actuaba como si no tuviera voluntad. ¡No!

Observo su figura inmóvil. No tiene armas. Aun lleva puesto el vestido negro de tirantes que usaba para la cena, su cabello está un poco despeinado y sus zapatos tienen restos de tierra.

—Lo siento —dice en voz baja.

A pesar de que no puedo ver su rostro, detecto el dolor en su voz. De repente lo entiendo, ella no haría algo así por voluntad propia, jamás nos hubiera

traicionado. No ella.

«*No puedes ir en contra de las ordenes de tu amo. Ni si quiera si te pide que mueras*».
Siento un enorme nudo en la garganta y las lágrimas agolparse en mis ojos. ¿Por qué tenía que ser él?
—Gema. —Su voz me provoca un escalofrió y una sensa- ción de vacío en el estómago.
¡Darius!

Aparece entre la oscuridad del túnel acompañado por la vampiresa que fue la mujer de Rafael, Jadel. Irina se mueve, colocándose a mi lado, gesto que provoca que él sonría con sorna.

—Nos vemos de nuevo —murmura deteniéndose justo donde antes se encontraba Irina. Sus ojos brillan de un modo siniestro y siento como si una fuerza invisible golpeara mi cabeza. Es la misma sensación abrumadora que percibí cuando nos vimos en Jericó. Intenta entrar en mi mente—. ¿No te lo dije? —pregunta con ironía—. No tienes opciones, finalmente estás a donde perteneces. —Me muerdo los labios para no responder a sus burlas.

¡Maldito! Necesito concentrarme, no permitir que me controle.
Camina por el lugar y sus ojos se desplazan hacia Irina, quien mantiene una postura de defensa, sin perderlo de vista. —¿Qué es lo que quieres? —digo apretando los dientes, conteniendo la rabia que siento.

—¿Qu é quiero? —repite sujetándose la barbilla. Darius es un poco mayor, quizá no tanto como mi padre, mantiene esa belleza sobrenatural que caracteriza a los vampiros. Su piel pálida, cabello rubio ligeramente ondulado, grandes ojos rojos que tienen una mirada maligna, junto a una sonrisa maléfica, todo eso le confiere un aspecto perturbador. Su presencia es realmen- te fuerte—. Es muy sencillo, Gema. —Algo ha cambiado en su actitud. Ahora no se muestra tan cariñoso como anteriormente. «Mi pequeña Gema». No lo ha dicho. ¿Por qué? Claro, ahora ya no necesita fingir que le importo. ¿Es eso?—. Supongo que estás al tanto de los lazos que me unen a tu querido Armen, ¿verdad? —¡Maldito!—. Él y yo tenemos cuentas pendientes y tú, además de ser un medio de tortura, tienes algo que necesito.

—¿Qué es? —No puede ser otra cosa que mi habilidad para predecir el futuro.
No responde. Sonríe de lado y niega, mirándome con detenimiento.
—Veo que aún no lo recuerdas, pero no importa. Es mejor así, aun no es tiempo de que lo hagas.
—Tú borraste mis recuerdos —lo acuso.
—Primero esperaremos que venga —dice ignorando mis palabras—, porque vendrá a rescatarte.
De eso se trata.
—¡Es una trampa! —Deja escapar una risa burlona y asiente, complacido ante mi desesperación.

—Por supuesto que lo es —habla sin remordimientos—. Los tendré donde yo quiero. El escenario está más que dispuesto —dice señalando alrededor.

—¿Por qué? —pregunto inútilmente, a pesar de saber que no obtendré una respuesta autentica.

—No lo entenderías, aunque intentara explicarlo. Así que por ahora confórmate con saber que podrás despedirte de tu amor. Me encantaría ver su cara al verte morir, pero…

—Me necesitas con vida —declaro.

—Es cierto —responde divertido—. Eres astuta, Gema. Aun así, todo será perfecto. ¿No es algo bueno de mi parte permitir que se despidan? —pregunta como si de verdad lo creyera.

—¿Qu é le hiciste a Irina?
Ella se tensa ante su mención, pero permanece en silencio.

—¡Oh! Eso… nada, la ironía del destino. —Se encoje de hombros—. Jamás imaginé que esta pequeña pudiera llegar a ser útil —dice mirándola con desdén—. Pero te ha traído a mí.

—La has obligado —debato.

—Un poco. Es verdad —afirma con una fingida expresión de pesar—. Así

que no la odies, eso es lo único que le preocupa. Que puedas odiarla. —Miro a Irina, quien tiembla ligeramente. ¡Irina!

—¡Eres un maldito! ¿Por qué lo haces?
—Ya te dije que solo fue coincidencia. Irina es solo uno de mis tantos juegos, una de las marionetas de las que dispongo. —¿Hay más? —pregunto horrorizada.

—Claro. Por ejemplo, Aquiles, que provoc ó que atacaran el muro y ayudo a Abdón. O… —hace una pausa dando un par de pasos al frente, que tensan de inmediato a Irina— el enfer- mero que te llevó al muro.

—¡¿Qué?! —balbuceo incrédula. ¿El enfermero? ¿Ese hombre? No, eso no puede ser verdad. Darius ríe divertido ante mi expresión.

—Desde luego que no fue una simple coincidencia que tu sangre terminara con Armen, Gema. —¡Imposible! Aunque ahora que lo pienso, era raro. Es verdad que su actitud me pareció extraña, pero creí que era solo por lo que ganaría al llevarme.

—¿Lo planeaste todo? —cuestiono consternada.

—En realidad, las cosas se dieron sin preverlo —dice en - cogiéndose de hombros—. Hacía tiempo que te buscaba, en- tonces resultó que tú querías ser donante. Phil era un hombre ambicioso que trabajaba para mí, cuando analizó tu sangre de inmediato me lo hizo saber. En ese momento pensé en hacerme de ti, pero justamente Armen también buscaba un donante. ¡Menuda coincidencia! —exclama con una risa—. ¿No lo crees? Él nunca antes había recurrido a eso. Aún recuerdo como se negaba a beber sangre humana y todo el drama que armaba — habla con expresión ausente—. Una auténtica vergüenza para los nuestros. En fin, supe que resultaría mucho más entretenido juntarlos y luego jugar con ustedes.

¡No! Eso es demasiado...

—Pedí que le entregaran tu sangre directamente a él y se dio cuenta de que no eras ordinaria. Aunque es evidente que al pequeño Armen aún le queda mucho por aprender. Sabe que tu sangre tiene algo diferente, pero no

entiende qué es ni porqué. A pesar de eso, para mi sorpresa, ustedes tenían una conexión, la misma que comenzó a despertar tu naturaleza. Sin embargo, cometió el peor error que un vampiro puede permitirse, se enamoró y así me dio las armas para destruirlo. —¡No!—. ¿Sabes lo que sentirá al perder por segunda vez a la mujer que tanto le importa? Supongo que sabes que no pudo hacer nada por su madre, ¿verdad? —«¡Maldito! ¡Maldito! ¿Cómo puede hacerle eso? ¿No le ha bastado todo el daño que le hizo?». Darius suspira y extiende los brazos con aire autosuficiente—. Todo salió mejor de lo que pensaba. Armen no ha aprendido nada en todos estos años. ¿Sabes? Ahora mismo solo puede pensar en salvarte. Ya debería saber que no podrá hacerlo, él no puede ir en mi contra, ni ella tampoco —señala a Irina—, y el resto no implica un peligro para mí. A cada uno le he preparado una sorpresa.

—¡Eres despreciable! —susurro furiosa. ¿Cómo es posi- ble que tenga una mente tan retorcida?

—¿Qué ocurre, pequeña? —se mofa al notar mis lágri - mas. Lágrimas de impotencia ante la crueldad de sus palabras. Me cuesta creer que todo esto lo planeó solo para llevar a cabo su venganza contra Armen. Solo para atormentarlo porque su madre no pudo corresponderlo.

—¿Es porque ella prefirió a otro? —digo sin tapujos. Sus ojos se llenan de furia y avanza con expresión amenazante, pero Irina se coloca delante de mí.

Darius se detiene. Respira pesadamente y cierra los ojos, su expresión indiferente aparece de nuevo. Pero he comprobado que le afecta.

—Tú no sabes nada. Así que no perderé el tiempo con - tigo. De todos modos no puedes hacer nada. Es mejor que te prepares para verlo morir. —Desaparece por donde vino.

La vampiresa me observa unos segundos y después se marcha.
Irina deja escapar un suspiro de alivio y relaja su postura.

—No deberías hacer eso —me reprende, inclinándose para ayudarme a sentarme, apoyando mi espalda contra la pared—. No siempre lo dejará pasar, Gema. No lo provoques.

No respondo. Desvío el rostro. Ella aparta su mano y sin decir nada se incorpora, ocupando el mismo lugar donde se encontraba antes.

¡Perdóname Irina! Pero ahora mismo Darius sabe todo lo que ella piense. Sé que no tiene la culpa, que todo es por ese maldito vínculo, pero… Cierro los ojos intentando mantener la calma pero es inútil. Lo que ha asegurado y todo lo que está pasando… simplemente no puede salirse con la suya, pero Armen vendrá y entonces… ¿Qué hago? ¿Qué debería hacer?

Los minutos parecen eternos, más aun ante el silencio que reina en la cueva. La humedad del lugar comienza a causar estragos en mi cuerpo. A pesar de ello lucho contra la pesadez y cansancio que implica permanecer en la misma posición. No dejo de pensar en encontrar la manera de poder evitar que ocurra lo que Darius ha dicho, pero, ¿cómo?

Miro el techo, recordando su rostro y todo lo que había planeado, si esto no hubiera ocurrido a esta hora yo estaría transformada. Pero eso no importa, no ahora que ese vampiro quiere matarlo. No quiero que le haga daño, no de nuevo, no por mi culpa.

De nuevo Irina se acerca a donde me encuentro y entonces aparece otro vampiro, a quien Darius sigue.

—¿Así que esta es la humana que tanto te interesa? —pre - gunta con tono mordaz. Él es más joven, tiene el cabello negro y lacio. Un par de incrustaciones extrañas en su ceja y oído; su atuendo esta hecho de piel negra y lleva una espada en la mano derecha. Tiene que ser Abdón—. Por la que Regan perdió la ca- beza —dice mirándome con desprecio—. Para mí, es solo una humana más.

Darius sonríe burlón ante su comentario.
—No tienes ni idea —asegura mirándome fijamente.

—¿De verdad? —cuestiona incrédulo, negando con un movimiento de cabeza—. ¿No me vas a decir qué es lo que quieres de ella?

—Algo importante —se limita a responder. Abdón chas- quea la lengua y se acerca un par de pasos.

—Por mucho que pueda observarla, sigue siendo una sim - ple humana. Es bonita, pero nada del otro mundo. Incluso Jadel es mucho más atractiva.

—No lo entenderías —contesta Darius cambiando su ex - presión—, pero tampoco tiene porqué importarte. De lo único que debes hacerte cargo es de Danko. —Abdón lo mira con una expresión maliciosa.

—Por supuesto. Eso no tienes que pedirlo. Me hubiera en- cantado deshacerme del altanero de Regan, pero sé que es tuyo. —No te preocupes, te aseguro que me divertiré en tu ho- nor.

Abdón asiente satisfecho. ¿Cómo puede traicionarlos, darles la espalda? Él no está siendo manipulado. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué?

—Tienes que comer, Gema —pide Irina en voz baja.

No sé cuánto tiempo ha pasado, ni si es de día o de noche y aunque mi cuerpo pide a gritos que tome la fruta que ella me ofrece, mantengo los labios cerrados. Confío en Irina, pero no en Darius, así que no estoy segura de lo que debería hacer. ¿Qué pasaría si muero? ¿Sus planes se arruinarían? ¿Podría conseguir lo que quiere de mí? Miles de ideas descabelladas se cruzan en mi mente ante la ansiedad de no saber lo que pasa.

La guardia de Cádiz aún no se ha repuesto después de lo ocurrido en Jericó y justo estaban planeando trasladar a las personas de Erbil.

Noto como las manos de Irina tiemblan al no obtener una respuesta de mi parte. Su rostro muestra una mueca de dolor.

—Los matar án —digo conteniendo un sollozo. Cierra los ojos y empuña las manos con fuerza—. Tú eres fuerte, Irina — susurro esperanzada. Me mira a los ojos y mordiendo sus labios, mueve ligeramente el rostro hacia los lados.
—Lo siento tanto —dice poniéndose de pie—. No puedo.

A pesar de que intento resistirme, el cansancio poco a poco vence mis párpados. Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos.

¡Armen! Ojala pudieras escucharme y saber que es una trampa.

Abro alarmada los ojos al sentir que alguien me toca.

—Irina —balbuceo confundida. Me indica que guarde si - lencio llevándose un dedo a los labios. Me separa de la pared y comienza a aflojar el agarre de mis manos. Ya ha liberado mis piernas. La miro completamente desconcertada. ¿Acaso piensa dejarme ir?

—Vete —dice sujetándome del brazo y ayudándome le - vantarme—. Tienes que irte, Gema —insiste mirando nerviosa- mente hacia todas partes.

—Irina, ven conmigo. —Niega de inmediato.

—No puedo. Es mejor que te vayas sola. Ahora, ¡no hay tiempo! —Me empuja hacia el sendero—. ¿Puedes correr? — Asiento sin detener mis pasos—. ¡Vamos!

Me toma de la mano y corre conmigo. Este lugar parece un laberinto, hay demasiados túneles, pero ella se mueve con destreza. Escucho el sonido de gruñidos. ¡Repudiados!

—¡Maldición! —gruñe sin soltar mi mano. Veo la luz al final del camino y con todas mis fuerzas corro, pero Irina de pronto tira de mi mano, haciendo que me detenga de golpe.

—¿Adónde vas Irina? —Ella se sitúa frente a mí, hacién- dome retroceder. Entonces veo a ese vampiro.
—Seren —murmura Irina apretando la mandíbula.

—Vaya, eres demasiado necia. —La voz de Darius se es - cucha detrás de nosotros. No hay salida. La mano de Irina libera la mía, tiembla y deja escapar un sollozo al mismo tiempo que cae de rodillas. Llevándose las manos a la cabeza, su cuerpo se sacude con violencia—. Tienes que aprender a obedecer.

—¡No! —grito al ver como Seren la toma del pelo y la lanza contra el techo de la cueva—. ¡Irina! —No logro dar un paso, Darius sujeta mi muñeca obligándome a quedarme donde estoy—. ¡Suéltame! —gimoteo intentando golpear su cara, pero es más rápido que yo y logra detener mi ataque.

—Esto es tu culpa, Gema —me echa en cara—. Deja de gritar o será peor para ella. —Horrorizada veo como el vampiro la levanta y sujetando su cuello la pega a la pared, de manera que sus pies no tocan el suelo. Irina ni siquiera emite sonido, no se queja, ni solloza. Hay sangre en su frente, pero ella mantiene la expresión serena—. Deja de intentar morir, ¿o acaso quieres que ellos cuiden de ella? —pregunta señalándome, Irina nie- ga con la cabeza de inmediato y él sonríe complacido—. Eso pensé. —Seren la deja caer y se acerca a donde estoy, retroce- do intentando alejarme, pero Darius le ofrece mi mano y él la toma—. Llévala a donde estaba y átala. Irina y yo tendremos una pequeña charla.

—¡No le hagas daño! —grito mientras soy arrastrada por Seren, Darius me observa con una risa contenida y luego se acerca a Irina, quien aún permanece en el suelo—. ¡Irina!

—Deja de gritar —farfulla Seren aumentando ligeramen - te la presión de su agarre. Es inútil, no puedo con él. ¡Ni siquiera puedo defenderme!

Irina regresa después de un rato. Ahora se queda un poco más retirada y evita mirarme. Ha dejado de sangrar, pero su rostro indica que no está bien. No debe ser sencillo intentar ir contra a las órdenes que recibe, pero puedo ver la lucha interna que está librando. ¡Maldito, Darius! ¿Por qué le hace esto?

—¡No! —exclama corriendo hacia mí, el olor a impuros y repudiados responde mis interrogantes. Se aproximan—. ¡Mal- dito!

Un par de impuros aparecen y se lanzan sobre nosotras. Irina se mueve con rapidez y golpea a uno de ellos, de inmediato se encara al otro y comienza a luchar con él. Los gruñidos anuncian su presencia. Al menos cuatro repudiados se dejan ver entre los sombras. Lucha desesperada al darse cuenta de que han aparecido. Son demasiados para ella sin un arma. Arranca sin miramientos la cabeza de un impuro y la arroja contra uno de los repudiados, logrando derribarlo. Los otros tres se dirigen hacia mí. Torpemente intento incorporarme, pero estoy atada, no puedo moverme.

—¡Gema! —grita Irina al ver como uno me toma del pie y acerca su rostro al mío. ¡No! ¡No!

Doblo las piernas y logro asestar un golpe que lo aparta lo suficiente, pero tengo a otro de ellos sobre mi cabeza. Irina lo aparta antes de que pueda atacarme, pero el impuro aprovecha y la golpea, haciendo que ruede varios metros. De nuevo el repudiado se acerca a mí. Abriendo su hocico, mostrándome sus enormes dientes y garras, de su lado humano prácticamente no queda nada. Tiro de las cuerdas, sin importarme el dolor que provocan en mi piel. Golpeo inútilmente su rostro, mientras se cierne sobre mí. ¡No!

—¡No! —Irina lo aparta y perfora su cuerpo, dejando caer su cuerpo inerte. No sé cómo lo ha logrado, pero ha acabado con ellos. Está cubierta de sangre y respira agitada. Tiene rasgu- ños y más golpes en el rostro. El sonido de aplausos se escucha y ambas miramos hacia donde está Darius.

—¡Bravo! ¡Bravo! Eso ha sido entretenido. Ya sabía que no eras ordinaria, Irina —dice complacido. Irina no responde, lo mira con odio—. Confiaba en que podrías defenderla.

—¿Por qué? —cuestiona ella mirándolo con reproche.

—Es solo para demostrarte lo que tu falta de obediencia puede llegar a provocar. No vuelvas a hacerlo. ¿Entendido? — Ella aprieta la mandíbula—. ¿Entendido?

—S í —responde a regañadientes. Darius suelta una risa y de nuevo desaparece. Veo la sangre gotear de las manos de Irina. Se ha clavado con tanta fuerza las uñas en las palmas que se ha hecho daño.

Ella no puede desobedecerlo, aun cuando lo intenta con todas sus fuerza. ¡Ay Irina! Lo que debes estar sufriendo. ¡Maldito Darius!

Muevo levemente mis manos esperando encontrar las cuerdas que me mantienen aprisionada, pero no ocurre así. Ahora están libres, lo mismo que mis pies. Sin pensarlo, me incorporo. Busco a Irina, pero no está, además de que ahora todo está en una completa oscuridad. ¿Qué es lo que ha pasado?

Escucho voces y la sombra de alguien que se proyecta en las paredes de la cueva. Corro por instinto y veo que se trata de la luz de antorchas que alguien sostiene. ¡Alain! ¿Qué hace aquí?

—¡Alain! —grito su nombre, pero sigue corriendo, como si no me hubiera escuchado.

Lo sigo mientras grito su nombre, pero es inútil, no pare - ce notar mi presencia. Se detiene y al acércame más veo a Irina. Quien sostiene una espada llena de sangre. ¡No puede ser! Uriel y Farah yacen en el piso, sin vida. Alain grita su nombre e intenta avanzar, pero Irina clava sus ojos en él. ¡Lo matará! Descifro su movimiento y me interpongo, la espada me atraviesa y a él también. Alain cae al suelo, muerto. Irina llora y cae el suelo, lamentándose por lo que ha hecho.

¿Qué es esto? ¿Un sueño?

Vuelvo la mirada al escuchar mi propia voz en alguna parte. Confundida camino hasta que encuentro el lugar. Armen esta de rodillas delante de Darius, quien sonríe de modo siniestro. En el otro lado de la estancia, se encuentra esa vampiresa, con la cabeza de Rafael en sus manos. Elina permanece inmóvil a sus pies. ¿Qué ha pasado?

—Dime, Armen —dice Darius con voz burlona—. ¿Estás dispuesto a sacrificarte por ella? —pregunta sarcástico. Grito desesperada, rogándole que no lo haga, pero Armen asiente.

Extiende sus manos al frente y Seren se acerca llevan - do un recipiente y una daga, que le entrega a Darius y corta las muñecas de Armen provocando que su sangre gotee. Estoy inmóvil, horrorizada. ¿Por qué no hago nada? ¿Por qué sigo sin poder hacer algo por él? ¿Realmente voy a dejar que lo asesine?

—Tienes mi sangre —susurra Armen. Su rostro pierde cada vez más el color, mientras el recipiente se llena—. Ahora déjala ir —dice tambaleándose. ¡No, Armen!

—Por supuesto —responde con ironía Darius—. Claro que la dejaré ir. —Deja caer el cuchillo y con un movimiento rápido corta la cabeza de Armen. Su cuerpo cae al suelo y yo grito fuera de control. Darius toma el recipiente que Seren le entrega y bebe la sangre de Armen.

—¡Armen! —grito arrastrándome por el piso, intentando llegar a donde se encuentra. Pero es inútil, Darius sujeta mi brazo—. ¡Maldito! ¡No!

—Ahora es tu turno, pequeña Gema. —Lucho, me resis - to, pero es inútil—. Sostenla —le ordena a Seren, quien sin per- der tiempo me toma de los hombros y me pone de rodillas. Me agito con todas mis fueras y eso enerva a Darius—. ¡Quédate quieta! —Las manos de esa vampiresa me retienen, tirando de mi pelo y dejándole mi cuello expuesto.

Darius sonríe y se inclina sobre mí. Grito desesperada, a pesar de saber que nadie vendrá. Mis ojos observan los ojos sin vida de Armen. Sin él nada tiene sentido, todo lo he perdido. Siento como hunde sus colmillos en mi piel, poco a poco dejo de resistirme al sentir el control que ejerce sobre mí. Pero no puede terminar así. Me veo a misma. Deslizo mi mano por el suelo y consigo coger el cuchillo, no lo dudo y lo hundo en mi pecho. Veo la mirada horrorizada de Darius, escucho sus gritos y apenas percibo como sacude mi cuerpo, gritando algo que ya no comprendo. Una sonrisa se instala en mis labios, al saber lo que ha ocurrido.

—No lo has conseguido —digo llena de orgullo, justo an- tes de que todo se vuelva oscuridad.
Abro los ojos completamente aterrada. Estoy en medio de la oscuridad.
—Gema —Irina se encuentra delante de mí, me mira con preocupación—. ¿Estás bien?

Niego mientras las lágrimas mojan mi rostro. No ha sido un sueño ordinario, era una visión. Es lo que ocurrirá. ¡Todos morirán! Quisiera decirle lo que he visto, lo que pasará, pero eso significaría que Darius también lo sabría. ¿Qué debo hacer?

«¡Armen! ¿Qué hago? ¡Ojala pudieras escucharme!», pienso deseando con todos mis fuerzas que pudiera escuchar mis pensamientos.

“¿Gema?”.
Me paralizo al escuchar su voz en mi cabeza. ¡No puede ser!
“¿Farah? ¿Eres tú?”, respondo atónita. ***“Si, Gema. Soy yo”.***

ISELA REYES

Capítulo 52

¡¡Farah!!



Apenas soy capaz de dar crédito a lo que escucho. Había olvidado por completo la habilidad que Farah tiene. El poder de proyectar su voz dentro de mi mente y viceversa. Justo como ocurrió la primera vez que lo vi en el bosque, cuando intentaba regresar a Jericó y fui atacada por impuros. Fue algo desconcertante y que me tomó por sorpresa. Aunque había escuchado hablar sobre ello, nunca había podido escuchar las charlas de Armen con los demás.

Lo primero que cruza mi mente ante la emoción que me invade, es decirle a Irina, no solo lo que he visto en el sueño, sino también que acabo de escuchar a Farah y que eso podría ser una salida, pero como si ella adivinara lo que pienso hacer, niega y retrocede un poco, separándose de mí.

—Es mejor que no me digas nada —dice en voz baja, mientras su cabeza se sacude ligeramente a los lados—. No puedo mantener mis pensamientos

fuera de su alcance. No me digas nada, Gema. Por favor. —Hay dolor e impotencia en su pálido rostro.

A pesar de que sus heridas han desaparecido por completo, parece débil y desesperada, nada comparado con la Irina alegre y optimista que conozco. Odio verla de esta manera. Ni siquiera sé si se ha alimentado mientras duermo o si se ha quedado todo el tiempo conmigo. ¡Maldito Darius!

Asiento y de nuevo me concentro en la voz de Farah. Un atisbo de esperanza emerge dentro de mí, al escucharlo. Ahora puedo advertirle, contarle lo que he visto y así evitar que ocurra.

"Gema…", comienza a decir pero me anticipo. Tengo que hacerle saber.
"Farah escúchame. Todo es una trampa. No deben venir…".

"¿Qué?".
"Lo que he dicho. No deben venir", repito alterada. No puedo permitir que mueran, ni tampoco Armen. Pero sobre todo, que Darius se salga con la suya. No solo busca venganza, quiere su sangre.

"Espera un segundo, Gema…".

"Por favor, no lo hagan", repito llevándome la mano a la boca. Jamás creí que diría esto, pero es lo mejor. "¡No vengan! No deben venir". No quiero que nadie muera, mucho menos por mi culpa. No de nuevo.

Un par de lágrimas silenciosas resbalan inevitablemente por mis mejillas, al saber que ellos han llegado aquí y que las imágenes que el sueño me reveló podrían hacerse realidad de un momento a otro. ¡No, no puede ocurrir!

"Gema, mantén la calma", pide intentando parecer tranquilo, pero me es imposible. Vi morir a mi hermano y tuve que matar a mi propia madre por no hacer las cosas a tiempo. No quiero que se repita. "***Claro que sabemos que es una trampa".***

Por supuesto, Uriel y Anisa son demasiado astutos y ni decir de Armen, pero él no dudaría en venir. Lo conozco y es justo por eso que Darius ha hecho esto. Para atraerlo y matarlo.

“Eso no supondrá ninguna diferencia. No deben venir”.

Observo a Irina, quien permanece inmóvil, mirándome con preocupación, pero aun con la negativa escrita en su cara. Ella tiene razón, es mejor mantenerla al margen y de esa manera evitar que Darius se dé cuenta de lo que ocurre. No puede entrar en mis pensamientos, al menos no por ahora.

Intento aparentar normalidad, inspiro con fuerza y cierro los ojos apoyando la cabeza en la pared fingiéndome agotada. Aunque el hecho de no poder dormir y la zozobra de saber lo que viene comienza a mermar mis fuerzas.

“Escúchame”, pienso luchando con las emociones, pero sin poder evitar que mi cuerpo se estremezca. ***“No pueden venir… Si lo hacen, todos morirán”.***

“Eso no puedes saberlo”, refuta con tu típica actitud despreocupada. ¡Oh Dios! Claro que lo sé.

“Te equivocas, Farah, lo sé”. Puedo sentir el desconcierto que mis palabras le provocan. ***“Lo he visto, Farah. Todos moriremos. ¡No deben venir!”.***

Se produce un largo silencio, que comienza a alarmarme. ¿Se ha ido? ¡Oh Dios no!
“¿Farah?” No hay respuesta y el pánico crece. ¿Acaso no ha entendido lo que dije? No pueden hacerlo. ¡Oh no!

“¿Cómo?”. Su pregunta me toma por sorpresa y al mismo tiempo me alivia saber que aún sigue ahí. Por instante he pensado en la posibilidad de que estuvieran dirigiéndose hacia aquí, eso sería terrible. ***“Dime como ocurren las cosas. Podemos cambiar lo que has visto”.***

“Farah…”, titubeo ante la emoción que percibo. Es verdad que funcionó, pero, ¿y si Darius logra entrar en mi cabeza? ¿Y si lo usa en su contra?

“Lo has hecho antes, Gema”.

«Tú tienes la habilidad de cambiar el futuro». La afirmación de Vasyl viene a mi mente, dándome confianza. Es cierto, lo hice en aquella ocasión.

“Al menos podemos intentarlo. Dime, ¿qué es lo que has visto?”, insiste.

"Está bien", respondo recordando lo primero que vi, el ataque de Irina y la muerte de Alain. ***"Escucha, primero Irina…",*** comienzo a decir, pero me interrumpe.

"Lo sé. Ella esta con Darius. Lo sabemos". Su voz parece indiferente, incluso con cierto resentimiento. Tal como ella aseguró, ahora todos creen que es una traidora. Incluso yo lo hice cuando recobré la consciencia, pero ahora no tengo dudas, Irina está lejos de serlo. No es más que otra víctima de ese maldito.

"¡No!", niego de inmediato. ***"Ella no nos traicionó, Farah".*** De nuevo guarda silencio, como si estuviera meditando mis palabras. Desde luego que duda, es lógico. ***"Farah"***, pienso con un poco más de severidad. ***"Ella me ha protegido, de verdad lo ha hecho. Incluso la han lastimado, pero…"***

"Ella te sac*ó* ***de la ciudad, Gema. Te trajo con él. ¿Me equivoco?".***
Tomo aire, escogiendo las palaras correctas. Tengo que convencerlo de que está equivocado.

"No te equivocas, lo hizo, pero fue porque no tuvo alternativa. Darius es el vampiro que la convirtió. Él controla su mente, pero… ¡Sabes que no puede ir en contra de sus órdenes, por el vínculo que los une!". Casi puedo imaginar su expresión de incredulidad y eso me atormenta. No quiero que los lastime, pero tampoco a ella, no lo merece. ***"Uriel tiene que hacer algo, Armen o Anisa, ellos la conocen desde hace muchos años. Deben saber que es cierto lo que digo. Darius la está utilizando. Ella está sufriendo, tienen que ayudarla. ¡Créeme!".***

"De acuerdo, lo hablar é ***con ellos. Ahora explícame qué es exactamente lo que ocurrirá".*** Suspiro, manteniendo toda la atención en su voz.

"Irina se enfrentará a ti y Uriel y…" . Me resulta demasiado absurdo explicarle lo que vi, después de que intente que crean en ella. ***"Ella los asesina, a ambos, después a Alain que intenta detenerla, pero no puede hacerlo".***

"¡Rayos! Moriré…".

“¡Farah! Por favor”, protesto al detectar la ironía en sus palabras.
“Lo siento. Prosigue”, dice un poco más centrado. ***“Jadel asesinará a Rafael y también a Elina, no sé cómo, eso no pude verlo, pero le cortar****á* ***la cabeza a él”.***
“Entiendo”.
“Darius engaña a Armen. Haciéndole creer que una vez que le entregue su sangre me dejara ir, pero…”
“No lo hará”, afirma con rotundidad.

“Exactamente. Todo es un truco. Armen no puede caer en su juego. Él quiere la sangre de ambos y no me dejar*á* ***ir aunque se entregue”.***

“Lo tengo. ¿Qué más? Necesito que me digas todo lo que recuerdes”.

Rememoro de nuevo el sueño, tratando de encontrar algo que haya pasado por alto. Detalles, debo darle todos los que pueda.

“Seren, el vampiro que era el guardián de Nicola, es el traidor. Fue él quien la asesinó y es el mismo que abrió las puertas cuando los impuros atacaron el muro en Jericó. Estaba aliado con Violeta”.

“Un segundo, ¿no lo hizo Irina? ¿No fue ella quien mató a esa vampiresa?”.
“¿Qué? ¡No! No fue ella”. Debí suponer que lo creerían. ***“Fue él”.***
“Está bien. Continua”, pide con cierto titubeo.

“Abdón esta con ellos, pero no sé qué ocurre con él. Sin embargo, Darius le ha pedido que se ocupe de Danko. Él será quien se enfrente a Danko y no creo que sea bueno, parece odiarlo demasiado”.

“Lo imaginamos. Entonces, Irina ira por Uriel, Alain y yo. Jadel por Rafael y Elina. Y Abdón por Danko. ¿Es correcto?”

“S*í****, así es como ocurre”.***
“¿Qué sucede con Pen, Knut y Anisa? ¿Lo viste?”. Muerdo mis labios.

“No, no lo sé. Ellos lucharán contra los impuros y repudiados, pero están fuera de la cueva y no pude verlo.” “Mmm… ¿Y qué me dices del otro

vampiro? ¿Seren? ¿Él que hace?”.
No se le ha pasado nada, parece estar tomándoselo en serio. Eso me da esperanzas.
“Se queda todo el tiempo con Darius y lo ayuda a asesinar a Armen”. Incluso pensarlo resulta perturbador. ***“Ya veo. Por lo que dices, ese miserable parece tener todo planeado”.***

“Es lo que ha dicho. Para él esto es un espectáculo que ha montado a consciencia. Farah, tal vez es posible cambiar el futuro. ¿Recuerdas lo que hicimos en el barranco? ¿La forma en que nos dividimos y cambiamos lo que vi?”. Sus palabras me han hecho pensarlo. Quizás es posible hacerlo si invertimos las situaciones.

“Claro que lo recuerdo. Nos salvaste el pellejo”. “Sí, creo que se puede cambiar si alteramos su presencia. Así que ustedes tienen que evitar enfrentarse a Irina. Lo mismo que Rafael y Elina a Jadel. Darius utiliza las emociones para conseguir sus propósitos. Sabe que Uriel y Rafael no podrán hacerles frente a ellas, que no las lastimarían y es justo por eso que las piensa enfrentar a ellos”.

“Ese maldito es demasiado astuto”.

“Y Armen no debe venir. No permitas que venga. Darius no puede salirse con la suya. Si obtiene la sangre de Armen nadie podrá detenerlo”.

Armen tiene la habilidad de desintegrar a los vampiros, no solo fundadores, también impuros y subalternos, eso es lo que él quiere. Si lo consigue, no tendría enemigos, pues controla a los repudiados.

Aunque es una habilidad asombrosa, por el lazo que los une, Armen no es capaz de usarlo en su contra. No puede destruir a su creador, es una regla no escrita entre los vampiros.

“Esa es buena idea, pero dudo mucho que me haga caso”. Lo sé, pero tenía la esperanza de que pudiera detenerlo. ***“Escucha Gema, solo Pen y yo estamos cerca de Jericó en este momento. Los demás se encuentran a unas millas. Nosotros nos adelantamos para ver si podíamos contactar contigo y saber si estabas bien, además de localizar donde se encuentran”.***

“En la montaña, del otro lado del bosque”.
“Sí, lo sabemos”.
“No debieron arriesgarse. Podrían atacarlos”.

“Tranquila. Ellos no pueden detectar nuestra presencia”.
¡Claro! El olor de Farah no es como el de un vampiro y el de Pen es aún menos perceptible.
“Gema. El plan original era solo intervenir nosotros, pero creo que habrá que modificar un poco las cosas”. “¿Qué quieres decir?”, cuestiono inquieta ante la amenaza de sus pensamientos.

“Quizá sea mejor que no lo sepas aún. Pero necesito que me digas algo más. ¿Pudiste ver si era de día o noche? En tu sueño, me refiero”. Inspiro con fuerza e intento recordar de nuevo.

Recuerdo que Alain portaba una antorcha cuando lo vi, pero pudo deberse a que dentro de la cueva hay poca luz.

“Era de día”, digo segura al recordar los leves rayos de luz que provenían de donde emergió Alain, justo de donde provenían las voces de Anisa y Pen.

“Muy bien, Gema. Ahora tengo que dejarte. Trata de mantenerte a salvo, sé que es complicado, pero bueno, te puedes hacer una idea de cómo esta Armen de desesperado”.

¡Armen! De solo pensarlo me duele. Se supone que no nos separaríamos, que todo iría bien. Pero debo ser fuerte, no estoy sola.

“Estoy bien y te repito, Irina está conmigo. Tengan cuidado. Por favor Farah, no lo dejes solo. Por favor”. “No te preocupes. Confía en nosotros. Vamos a rescatarte y nadie morirá.”
«Eso espero», pienso para mí misma.

Su voz se desvanece y de nuevo me siento perdida. Por ahora tengo que confiar en ellos, desde aquí no puedo hacer mucho.

Abro los ojos y observo a Irina, quien se ha alejado aún más. Parece inquieta. Sabe que tuve otro sueño y seguramente intuye que no ha sido nada bueno. Si

al menos pudiera ponerla sobre aviso, decirle lo que ocurrirá con Uriel. Pero no puedo, Darius lo sabría también y podría intentar averiguar el resto. Tengo que esperar.

El tiempo parece trascurrir aún más despacio después de hablar con Farah. Observo el lugar, a la espera de que algo ocu- rra. ¿El qué? No lo sé. Irina continúa sin mirarme, pero noto la ansiedad en sus movimientos. Ninguno de los demás vampiros ha aparecido, ni siquiera Darius para burlarse. ¿Qué está pla- neando? ¿Se habrá percatado de nuestra conversación o de su presencia? No, no lo creo. Aunque no puedo estar segura, pero si lo supiera, ¿no habría venido ya? ¿No habría intentado evitar que hablara con Farah? Esto es raro.

Continúo dándole vueltas a su comportamiento. Quiere mi sangre, eso me queda claro, pero me da la impresión de que no es solo por las visiones. Pero eso sería imposible. ¿Qué más puede haber en mí que él quiera?

"¡Gema!".
¡Farah! Percibir su voz me da un enorme alivio. La inquietud comenzaba a resultar insoportable.
"Te escucho".
"Atacaremos al anochecer". Asiento como si pudiera verlo, pero al instante me doy cuenta de algo.
"Farah, aquí dentro no tengo idea si es de día o noche, he perdido la noción del tiempo".

"Lo supuse. Knut ha estado ahí, o al menos eso cree. Quiero que observes con detenimiento alrededor y me digas si ves algo".

"¿Algo?", pregunto sin comprender. El espacio donde nos encontramos está completamente cerrado. No hay ni un rayo de luz, nada. Solo la luz del par de antorchas lo ilumina.

"S í***, algo particular".***
"Pero…".
"Trata".

Mis ojos recorren despacio el lugar. Son solo rocas diversas… ¡Un momento! Entrecierro los ojos al notar un pequeño charco de agua al fondo del lugar.

Está ubicado en el rincón más apartado y debido a la oscuridad es casi imperceptible. Hay una gota de agua que desciende del techo, la cual ha erosionado la superficie del suelo convirtiéndola en un hoyo.

"Una gota de agua", digo insegura.
"Muy bien. ¿Cómo es ahora su flujo?".

Sus preguntas me desconciertan. ¿Por qué es importante eso? Pero sin protestar, observo la caída de agua.

Contesto, manteniendo al margen mis emociones. " ***Poco frecuente y escaso. Cae cada 5 o 6 segundos más o menos".*** De hecho ni siquiera me había percatado de ello.

"Bien. Seguro se debe al riachuelo que atraviesa la montaña. Así que cuando el sol se ponga, en teoría la frecuencia de la gota debería aumentar, porque el sol no evaporar*á* ***el agua de la superficie. ¿Entiendes lo que quiero decir?".***

"S*í",* digo emocionada.
"Nosotros atacaremos un par de horas después de que la noche caiga".
"Armen no debe venir", insisto.

"Lo siento, Gema. Pero él no piensa cambiar de parecer. De hecho, me ha pedido que te diga algo. Te quiere y todo irá bien".

Siento un nudo en la garganta. La voz de Farah es tan nítida que incluso puedo identificar su emoción. En este instante desearía poder hacer lo mismo con Armen.

"Yo también lo quiero". Escucho la risa de Farah, percibiendo su incomodidad. ***"Lo siento".***

"Está bien. Se lo har é ***saber".***
"Gracias, Farah. Por favor, tened cuidado". "Tranquila, Gema. Ya verás que saldremos de esta". "No mueras".
"No lo har*é, te lo prometo".*

De nuevo su voz desaparece, sumiéndome en el silencio que ahora se rompe por el sonido del agua. Ahora que soy consciente de su existencia puedo percibirla.

Mi mirada esta fija en la gota de agua. Estoy inquieta y alerta. Poco a poco la caída ha ido aumentando, tal como lo aseguró Farah y eso significa que el sol se ha puesto. Irina también parece más incómoda y no deja de mirar hacia el conducto por el que entran.

Los gruñidos y pisadas se escuchan, justo antes de que Seren aparezca. Irina se tensa de pies a cabeza y se coloca frente a mí. Seren tiene aspecto maduro, cabello castaño y sus ojos son tan fríos e indiferentes como los de Darius.

—A un lado —ordena de mala forma, pero Irina niega. —Yo la llevaré —responde sin atender. Él sonríe con ma- licia y sacude la cabeza.
—Tú te ocuparás de algo más —dice con tono burlón.

Irina empuña las manos a sus costados. La impotencia está marcada en sus facciones, pero también el miedo. Ella lo sabe, sabe que tendrá que enfrentarse a Uriel.

—Anda. —Seren avanza para alcanzarme. Por instinto me pego a la pared y él ríe ante mi vano intento—. No intentes oponerte, no quiero hacerte daño.
—No creo en sus palabras. Tengo grabada la imagen de él atravesando el pecho de Nicola y después limpiando su sangre como si no hubiera sido nada. Es tan despiadado como Darius. Se inclina y sin problema rompe las cuerdas de mis pies, para tomarme del brazo y obligarme a ponerme de pie, sin esfuerzo alguno—. Camina —ordena en voz baja.

Irina me mira apenada.

—Uriel —gesticulo antes de salir. Su rostro muestra la sorpresa, pero al entender lo que quiero decir, noto como sus ojos se cristalizan, antes de perderla de vista. Seren camina a paso lento, sin mirarme. Trato de concentrarme, tiene que haber una manera de evitar esto. No he podido hablar de nuevo con Farah y es posible que no lo haga antes de que todo ocurra, así que no tengo idea de qué está pasando.

Reconozco el lugar aun antes de entrar por completo. La parte de arriba está descubierta. El cielo luce completamente despejado, la luna brilla en lo alto y el viento helado sopla con fuerza, provocando que tiemble. Darius se encuentra sentado sobre una roca, en el centro de la cueva, se frota los labios con el pulgar de manera distraída.

—No entiendo a qu é están jugando —murmura mirándo- me directamente a los ojos, haciendo que me paralice—, pero de todos modos es inútil, todos morirán. —Ladea el rostro y entrecierra los ojos—. ¿No dirás nada? ¿Tan pronto se te ha acabado el valor?

En realidad quisiera decir muchas cosas, pero no ahora, eso solo podría alterar las cosas.

—¿Por qué? —digo en voz baja, sin poder evitarlo. Sus ojos delatan el interés que le provoca mi pregunta. Está jugando conmigo—. ¿Por qué actuaste como si nos conociéramos? ¿Por qué me querías tener? —Sus labios se curvan aún más, dejando al descubierto sus finos colmillos. No responde, solo se encoge de hombros—. Si yo hubiera venido contigo aquel día, ¿algo habría cambiado?

—Quizás —responde sarcástico—. No puedo negar que eres especial, pero comprobar lo importante que eres para él, lo cambia todo.

¡Lo sabía! La venganza es el principal motivo, el odio que siente por Armen no ha desaparecido a pesar de que ha pasado tanto tiempo.

—¿Por qué lo odias tanto? —No puedo evitar la pregunta, aunque en parte tengo idea del porqué.

—No debería responderte, pero da igual. —Se frota las manos en los pantalones y mira al cielo—. Aunque no lo creas, no todo es mi culpa. ¿Sabes? Evelyn era una bruja. Ella sabía lo que sentía por ella, siempre lo supo y a pesar de eso, se enredó con aquel miserable subalterno. Ni siquiera recuerdo su nombre. —No cabe duda, aun siente algo por ella. La amargura que su voz transmite y la mirada nostálgica que tiene lo delatan. Darius le entregó su corazón a la madre de Armen y nunca fue capaz de olvidarla—. No obstante... Ella me amaba, así que pensó en volver conmigo, pero

entonces se enteró que estaba preñada y todo cambió. Fue por ese bebé que nunca pudo volver a mi lado y prefirió quedarse con él.

—Tú la mataste —le recuerdo. Sonríe de modo irónico y levanta las manos restándole importancia.

—Es cierto, lo hice —responde sin mostrar culpa—. Pero el único que me obligó a hacer eso fue Armen y también ese maldito de Henryk. Todo esto es por su culpa. Incluso tú.

—¿Qué quieres decir? —cuestiono sintiendo una extraña sensación en el pecho.

—Eso. Si no fuera por él, tú no estarías aquí. —Se pone de pie y camina hacia mí. Seren me sujeta con fuerza evitando que retroceda—. Es cierto que yo te puse en el camino de Ar- men, pero alguien más ya había movido los hilos y predispuesto las cosas. Aunque me costó entenderlo, es un hecho. —Eso no tiene sentido—. Dime, ¿estás segura de que Josef es tu verda- dero padre, Gema?

Me quedo helada ante la insinuación de sus palabras. ¡No! ¡Imposible!

Suelta una carcajada y sacude la cabeza.
—No, no estoy diciendo que yo lo sea —dice sin dejar de reír. Su sonrisa desaparece de repente. Seren se mueve llevándome con él, entonces lo veo.

¡Armen!

Sus ojos me observan con detenimiento y luego se dirigen a Darius. Nunca antes había visto esa mirada de odio en Armen. Su mandíbula esta tensa y a sus costados sus puños cerrados con demasiada fuerza, tanta que noto los músculos de sus brazos marcarse. Farah aparece a su lado, sosteniendo una espada. También me observa y después a Seren.

—¡Llegaste! —canturrea Darius mirando divertido a Ar- men.
—Déjala ir —gruñe dando un paso al frente. De nuevo Darius comienza a reír de forma irónica.
—Armen, Armen. Mi pequeño hijo...

—¡Yo no soy tu hijo! ¡No lo digas! —vocifera él, lazán- dole una mirada envenenada.

—Aunque no te guste y aunque el miserable de Henryk intervino en mis planes, sigues siendo mi creación. ¿O es que acaso puedes atacarme? —Abre los brazos y saca el pecho dan- do un paso al frente—. Vamos, intenta desintegrarme. No. ¡No puedes hacerlo! —se mofa—. Porque aunque no te guste, soy tu creador. —Sin que lo espere, Armen arremete contra él.

Darius no se intimida y responde a su ataque. El sonido de sus golpes y gruñidos llenan el ambiente. Horrorizada observo como ambos se enfrentan.

—¡Si te acercas le rompo el cuello! —amenazada Seren al percatarse de que Farah intentaba llegar a nosotros. Se queda inmóvil muy a su pesar, mirando a Armen y a mí.

Siento las manos de Seren en mi cuello, pero mi atención está fija en Armen y Darius, quienes no dejan de moverse por el lugar.

—¡No puedes! —Ríe Darius al lograr golpear el rostro de Armen, consiguiendo arrojarlo al suelo—. Deberías dejar de ser tan obstinado y unirte a mí.

—Eso nunca —responde Armen con firmeza, lanzando otro golpe.

—Estúpido niño —murmura esquivando su ataque—. ¿Nunca aprenderás? —inquiere esquivando los embates de Ar- men.

Es evidente que Darius lo supera en habilidad en combate, ni siquiera parece hacer esfuerzo alguno.
De nuevo lo derriba, consiguiendo herir su pómulo.

—No puedo creer que aún no puedas resignarte al hecho de que ella nunca te amó —sisea Armen, consiguiendo que el rostro de Darius se deforme.

—¡No sabes nada! —exclama antes de lanzarse contra Armen. Ahora parece realmente furioso.

Todo es caótico, la velocidad a la que se mueven, como sus cuerpos impactan

contra las superficies de la cueva, los so- nidos estridentes de sus extremidades golpeándose. No es la primera vez que presencio algo como esto, sin embargo, ahora no se trata de cualquier persona, es Armen.

—Te repito que es inútil —declara Darius con soberbia, mientras se aparta haciendo una pausa.
—¿Qué hiciste con mi padre? —inquiere Armen. Jadea y noto un hilillo de sangre en sus labios.
La sonrisa de Darius se ensancha de forma maquiavélica.

—Te has dado cuenta, ¿eh? —murmura divertido—. Sí, tal como lo estás pensando. Hace tiempo que nos encontramos y como era de esperarse, también bebí su sangre. Aunque el muy cretino tenía preparado un as bajo la manga. Aun así, ha sido inútil. —Sus ojos se encuentran un instante con los míos y de nuevo observa a Armen—. Todo lo que hizo, como intentar mantenerte lejos de mí. ¿Quién diría que ese pequeño se con- vertiría en mi única amenaza? Aunque en realidad, no lo eres. Mírate. Ni siquiera has logrado darme un verdadero golpe. Eres una decepción.

—¡Maldito! —exclama Armen tratando de golpearlo, pero Darius es más rápido. Ni siquiera parece agitado. Esto no está bien.

Horrorizada veo como lo arroja contra la pared. Armen se incorpora, pero se tambalea apoyándose en las rocas. Darius lo mira burlón y de nuevo lo ataca. Armen no es rival para él. Puedo notar el esfuerzo que le implica esquivar sus golpes y más aún, lanzarlos. Se debe a que está luchando contra el vínculo.

—¡Armen!

—No te muevas —repite Seren, esta vez tirando de mi cabello y acercando el filo de su arma a mi cuello. Farah al igual que yo se ha dado cuenta de que Armen está muy lastimado y que no podrá solo.

El sonido de algo rompiéndose hace que deje escapar un sollozo. Observo caer a Armen en medio de una lluvia de pe- queñas rocas que se desprenden de la pared. Permanece ahí, tumbado sin moverse y el miedo me invade.

—¡Armen! —gimoteo sintiendo la presión de las ma - nos de Seren en mi

cuello. ***“¡Farah!”,*** digo mentalmente, desesperada por la situación.

“Lo sé, pero...”.
“Por favor, ayúdalo”, suplico desesperada.
“Gema... Pero tú…”.

“Yo estaré bien. Él no puede lastimarme, me necesita con vida”.

“¿Estás segura?”.
“Sí, sí, ayúdalo”.

—¿Aun no lo entiendes? —pregunta irónico Darius—. Si no entiendes por las buenas, lo harás por las malas —dice acer- cándose a Armen.

Farah bloquea su ataque, pero tampoco es rival para Darius. Es un vampiro viejo, demasiado experimentado y por lo visto más poderoso debido a que ha bebido la sangre de muchos vampiros, incluido Henryk Regan.

Farah es derribado, pero de inmediato se incorpora y retoma la lucha.

—¡Eres un estorbo! —gruñe Darius, golpeando su rostro y arrojándolo contra las rocas. Farah no se mueve. ¡Oh no! Con- tengo el aliento al ver como Darius toma del cuello a Armen. Exactamente como lo hizo aquella noche. Las lágrimas nublan mi vista.

—¡Por favor, detente! —suplico desesperada, intentando zafarme de Seren, quien tira con fuerza de mi pelo.
Darius me mira divertido.

—No, Gema. —Escucho la débil voz de Armen, quien con su mano izquierda, intenta liberarse del agarre de Darius—. No le ruegues a este maldito. —Su brazo derecho cuelga a su costado. ¡Está roto!

—Al contrario, Armen —se burla Darius—. Ella es un poco más sensata que tú. Sabe lo que le conviene, es lo que deberías hacer.

—¡Maldito! —gruñe Armen. Darius ríe de forma sarcás- tica y lo deja caer al suelo.
—Tráela —ordena a Seren, quien me empuja hacia ellos. Quisiera abrazar a

Armen, pero aún tengo las manos ata- das y la mano de Seren se aferra con fuerza a mi brazo. —¡Déjala en paz! —demanda Armen, intentando incor- porarse.
Darius lo ignora, rompe las cuerdas que me aprisionan y sujeta mi rostro. Sus ojos se clavan en los míos.

—Mi pequeña Gema —susurra con voz suave, casi tier - na—. Harás lo que yo te pida, ¿verdad? —De nuevo esa extraña sensación que empuja dentro de mi cabeza hace presencia. Intenta manipularme—. Sostén esto —pide colocando la espada de Seren en mis manos. La sostengo aun contra mi voluntad—. ¿Por qué no liberas a tu amado del dolor? —Abro los ojos y nie- go retrocediendo. ¡No! Jamás le haría daño a Armen—. Vamos. Te doy la oportunidad de ser tú quien haga los honores.

—¡No! —Mi voz suena ahogada y eso provoca que él se burle.
—¿Que dices, Armen? ¿Quieres que sea Gema o yo? — pregunta como si fuera cualquier cosa.

Seren se sitúa detrás de Armen, colocándolo de rodillas delante de mí, inmovilizándolo. El aspecto de Armen es desastroso, tiene sangre y golpes en el rostro, su ropa está sucia y rota en algunas partes. Darius toma mis manos, rodeándome por la espalda.
—Vamos, mi pequeña Gema. Sé buena y obedece.

—¿Por qué? —cuestiono entre lágrimas, sacudiendo fre- nética la cabeza.

—¿Quieres que siga sufriendo? ¿Quieres que vea como mueres? —susurra en mi oído, provocando una oleada de nau- seas.

—No… —sollozo mirando el rostro lastimado de Armen.

—Tienes que hacerlo —dice de manera exigente. Sacudo la cabeza intentando resistirme a la sensación abrumadora que nubla mis sentidos.

—Su sangre —balbuceo desesperada por encontrar algo para evitarlo. Darius niega y empuja mis manos, de manera que la punta de la espada queda en el pecho de Armen.

—Ya no es relevante. Te repito, si no lo haces tú, lo haré yo y no será tan sencillo como esto. —Afloja la presión en mis manos y retrocede un poco—. Y ni siquiera pienses en atacar- me. Lo has visto, es inútil.

Lo sé, pero tiene que haber una manera. Miro hacia el túnel, esperando que alguien aparezca, sin embargo, quizás no he logrado cambiar las cosas. Tal vez es tarde para todos. Tiemblo y sollozo de forma ruidosa. Esto no puede acabar así, ¡no puede! No es así como debería ser. ¿Es este aquel sueño en que mis manos estaban manchadas de su sangre?

—¡Vamos, Gema! —grita empujando mi espalda—. Deja el drama y perfora su pecho, arráncale la vida y, ¡listo! Todo habrá acabado —dice exasperado.

—¡No puedo! —chillo negando—. ¡No quiero! —Tira de mi cabello obligándome a mirarlo.

—¡Suéltala! —demanda Armen intentando ponerse de pie, pero Seren lo sujeta con fuerza, obligándolo a permanecer quieto. Tampoco puede eliminar a Seren, porque él comparte el lazo con Darius.

—Hazlo —repite Darius apretando los dientes, fulminán- dome con la mirada.
¡Dios mío!

Desesperada agoto todas las opciones. Mis dedos recorren la empuñadura de la espada y mis pensamientos viajan a los entrenamientos con Uriel. ¡La empuñadura!

“Farah...”, digo mentalmente, pero no hay respuesta. —No tengo mucha paciencia, Gema —masculla golpean- do mi espalda—. ¡Hazlo!

—Está bien —murmuro. Los ojos de Armen expresan el dolor e impotencia. Tengo al menos que intentarlo. Levanto la cabeza y sujeto la espada con ambas manos—. Lo siento, Ar- men —sollozo intentando parecer convincente—. Perdóname.

«Nunca, prefiero morir».
—Hazlo —responde mirándome con amor, sin rastro de reproche.

Solo tengo una oportunidad, una sola. Si fallo, ambos moriremos, pero al menos debo intentarlo.

Muevo el brazo hacia tras, como si tomara impulso para asestar el golpe, pero en lugar de desplazarlo al frente, giro lanzándolo sobre su pecho. Tal como lo he previsto, la mano de Darius golpea la hoja de metal y sonríe apartando la espada. Creyéndome rendida. Pero ha hecho justo lo que deseaba, empujo la empuñadura de la espada sobre su pecho. Dando en el blanco. El corazón. Tengo unos segundos antes de que se recu- pere.

—¡Farah! —grito esperanzada. El metal de su espada per - fora el pecho de Darius, quien me mira con los ojos desorbitados. Sonrío ligeramente.

¡Lo ha logrado!
El alivio desaparece tan rápido como ha llegado.

Todo ocurre a cámara lenta. La mirada colérica de Darius, el grito desgarrador de Armen y el dolor que traspasa mi vientre. Bajo la mirada y veo la mano de Darius perforando mi cuerpo.

—¡Gema! —La espada escapa de mis manos, justo en el instante en que las manos de Armen tiran de mis hombros, apartándome de Darius—. ¡No! ¡Gema!

ISELA REYES

Capítulo 53



Sus manos tiran de mí, hasta que me encuentro recostada sobre su pecho. Todo se ha vuelto borroso, demasiado confuso. Levanto el rostro, encontrándome con su expresión descompuesta por el dolor, sus ojos están inyectados en sangre y sus labios dicen mi nombre con desesperación. Escucho a Farah decir algo, pero solo puedo ver a Armen. No quiero dejar de hacerlo.

«Armen, cuanto te amo», pienso sintiendo las lágrimas mojar mis mejillas.
—¡Gema! —La desolación empaña su hermoso rostro, casi como aquella noche en que perdió a su madre.

No quiero verlo así, pero soy incapaz de responder, ni siquiera puedo moverme. El dolor es demasiado intenso, siento la sangre resbalar por mi vientre, dejando una sensación de tibieza y letargo que nubla mis sentidos. Tengo un nudo en la garganta y mi vista comienza a perder nitidez.

¿Lo ha conseguido Farah?

—Mírame, Gema —pide desesperado.

¿Este es el adiós? Tengo mucho miedo. No volveré a verlo, no volveré a besarlo. ¡Armen! No es la mejor manera, pero me alegra escuchar su voz, ver sus ojos y saber que estará bien.

—Te... —Lucho por ser capaz de expresar las palabras que se concentran en mi pecho.

—¡No, Gema! —Armen niega, acariciando desespera - damente mi rostro. Parece fuera de sí. Sus manos tiemblan, al igual que sus labios y sus ojos se mueven sin parar. Aun así, sigue siendo tan apuesto. Como la primera vez que lo vi.

—Te... amo —Mis párpados pesan y aunque sus manos sacuden mi cuerpo tratando de mantenerme consciente, poco a poco todo se vuelve oscuridad.

Los sonidos se diluyen y el sentimiento de la perdida me consume.
«¡Armen! No llores por favor», pido deseando que pudiera escucharme. Este es el fin…

Una extraña sensación toma control de mí. Es como caer en un profundo abismo, el dolor ha desaparecido, ahora mi cuerpo se siente ligero. No hay nada alrededor, todo es oscuridad. Como la que muchas veces he visto en mis sueños, solo que ahora resulta mucho más densa, más fría.

¿Es así como se siente la muerte? Caer y caer, oscuridad y frío.

—¡Gema! —Alguien dice mi nombre—. ¡Gema! —¿Ar - men?—. ¡Gema! —No, no es él quien me llama. ¿Quién es?—. Mi pequeña... —¿Darius? ¡No es posible! ¿No murió?

Frente a mí, emerge una imagen, es como una especie de proyección borrosa en medio de la negrura que me rodea. Puedo verlo claramente. ¡Soy yo cuando era niña! Estoy en el salón de clases. Reconozco las desgastadas mesas y desteñidas paredes. La campana ha sonado. Todos se incorporan con ra- pidez de sus asientos. Tomo mi bolso de prisa y corro hacia la calle, pero...

—Lo siento. —Acabo de chocar con alguien.

Esto lo he visto antes. Ahora lo recuerdo perfectamente. Es la primera vez que vi un fundador. Ese desconcertante encuentro.

—Tu sangre es fresca, eres joven... —¿Por qué recuerdo eso ahora?—. Tu sangre sería un banquete...
¿Quién es él?

Veo su espalda desaparecer al final de la calle, pero aún me siento abrumada por su misteriosa presencia. Tomo aire y echo a correr en dirección a mi casa.

La imagen cambia. Soy yo de nuevo, pero no sé qué inten - to hacer. Estoy fuera de la ciudad, da la impresión de que deseo alejarme aún más. ¿Voy hacia el bosque? ¿Por qué haría algo así? Eso eso no lo recuerdo, pero no debería estar haciéndolo.

Un gruñido se escucha a mi espalda. Me detengo, girándome lentamente, mientras contengo la respiración. Descubro una figura encorvada a unos metros de mí. Sus ropas están su- cias y maltrechas; su cabello es largo y también está muy sucio, ni siquiera estoy segura si es castaño o negro. No veo muy bien su cara, pues su pelo la oculta. Solo puedo distinguir su ojo derecho y sus colmillos. No es un impuro. Sus ojos son de un tenue color rojo. ¿Un subalterno? Un impuro no estaría afuera a plena luz del día, pero...

Emite un sonido que me eriza la piel. No lo pienso, corro intentando huir, pero es mucho más rápido que yo. Tira de mi pelo y me arroja contra el suelo. El golpe me deja sin aliento, pero aun así, mi instinto de supervivencia me obliga a intentar alejarme. Me arrastro entre las ramas secas, no obstante, sujeta mi pie y tira hacia él. Lloro angustiada pidiendo ayuda, a pesar de que una parte de mi sabe que es inútil. Su rostro está sobre el mío.
¡¿Seren?! ¿Cómo...?

—¡Gema! —Otro vampiro lo golpea, aparándolo de mí. Los veo rodar por la tierra, en medio de golpes y gruñidos escalofriantes.

Me pongo de pie y de nuevo emprendo la huida. Estoy aterrada, completamente desubicada. Solo quiero escapar. Ni siquiera sé por dónde voy.

—¡Gema! —El suelo desparece debajo de mis pies. Un precipicio. ¡Oh no! Un grito escapa de mi garganta antes de caer e impactar contra las rocas.
¿Qué es esto? ¿Realmente ocurrió? ¿Por qué no lo recuerdo?

Estoy inerte en el fondo del barranco. En una mala posición, mi pierna y brazo parecen rotos, pero aun respiro. Algo in- creíble ya que desde esa altura debería hacer muerto al instante. Sin embargo, todo el cuerpo me duele y no puedo moverme. Observo el cielo despejado, antes de que un rostro aparezca.

—¡Dios! —Es el vampiro que me ha salvado, ahora que veo su cara no puedo creerlo. Es el mismo vampiro que vi antes. El mismo fundador—. Pequeña —susurra tomándome en brazos. Sus ojos transmiten compasión y la manera en que me habla expresa cariño—. Mi pequeña Gema. —¿Qué ha dicho?

De un salto sale del barranco. No hay rastro del otro vampiro. Se inclina y retira el pelo de mi rostro.
¿Por qué me ha llamado así? ¿Cómo sabe mi nombre?
—¡Shh! —susurra limpiando mis lágrimas—. Tranquila, mi pequeña niña.
¡Esto...! ¿Es él quien siempre me llamaba? ¿No era Darius? No entiendo nada.

Observa mi lastimado cuerpo, hay demasiada sangre pero él ni siquiera se inmuta. Toma mi mano derecha y me mira fijamente.

—Por... p... —Tengo miedo. «Sé lo que hacen los vampi - ros y aunque todo duele, no quiero que lo haga. Quiero vivir». Esos son los pensamientos que cruzan por mi mente.

—No hables, pequeña.

—Por favor —sollozo luchando para que las palabras salgan—, tengo... tengo que protegerlos. —Sonríe de manera afable.

—¿A quiénes? —pregunta acariciando con su pulgar mi muñeca.
—A... mis... hermanos. —Asiente sin dejar de mirarme—. No... no... me... mate.

—No morirás. —Acerca mi mano a sus labios—. No hoy, Gema. —Me estremezco al ver y sentir como uno de sus colmi- llos traza un corte en mi muñeca. ¡Es la marca que tengo!—. Sé que tú, algún día, harás lo mismo por mí, mi pequeña Gema. — Deja mi mano sobre mi vientre y ahora lleva la suya a su boca y realiza el mismo corte. Ante mi mirada atónita, une nuestras manos. Su sangre resbala por mi herida.

¿Por qué hace eso? ¿Por qué está poniendo su sangre en mi herida? ¿Qué significa?
Lo miro con los ojos desorbitados, sollozando mientras inútilmente trato de apartar mi mano. Tengo miedo.

—No pasa nada.
—No... —gimoteo débilmente.

—Gema —dice con ternura—. Estoy salvándote la vida y entregándote mi poder. —¿Su poder? Un momento. ¿Las vi- siones? ¿Es eso?—. No recordarás nada hasta que sea el momento. —Fue él quien alteró mis recuerdos. Darius lo sabía, por eso preguntó si recordaba. Estaba intentando engañarme, hacerme creer que era él, pero, ¿cómo es que Darius lo sabía? Esto es tan confuso—. He hecho todo, pero mi tiempo se ha terminado. No seré capaz de detenerlo, pero sé que vosotros lo haréis. Él cuidara de ti. Tiene buen corazón y me gustaría que fueras tú su compañera. —No comprendo nada—. Lo harás — afirma como si pudiera leer mi pensamiento—. Lo entenderás cuando debas. Confió en ti, mi pequeña Gema.

Cierro los ojos, abrumada por sus palabras y por lo que mi cuerpo experimenta. Puedo sentir como su sangre fluye por mis venas, una sensación cálida se extiende por todo mi cuerpo. Mis huesos rotos regresan a la normalidad, veo como mi mano que parecía lánguida, recobra la firmeza. No puedo creerlo. El dolor desaparece lentamente.

Ese fundador me salvó la vida dándome su sangre. Más que su sangre, su

poder. ¿Era esto lo que Darius buscaba?

«Hay algo dentro de ti que él quiere». Vasyl también lo dijo. Pero ninguno de ellos pudo desc*ubrir lo que era, puesto que él había bloqueado mi mente y de alguna manera mantuvo oculta su sangre. Ahora comprendo por qué Darius nunca pudo controlarme.*

Nuevamente la imagen desaparece y emerge una nueva que tampoco recuerdo. Se trata de mi madre. Está de pie en el umbral de nuestra habitación. Se da la vuelta al sentir nuestra presencia. Sus ojos se abren desmesuradamente.

—¡Henryk! —balbucea llevándose las manos a la boca. ¡Henryk! Tal como lo intuí, él es el padre de Armen, Henryk Re- gan—. ¡Gema! —Mi madre se acerca y me toma en brazos—. ¡Dios mío! ¿Qué te pasó? —pregunta horrorizada al ver mi ropa llena de sangre.

Esto es lo que vi aquel día en casa de Vasyl. Las voces, el rostro desesperado de mi madre, la sangre. No era uno de ellos, pero su sangre estaba en la mía. Es por eso que podía reconocer su aroma y tener esa conexión con Armen. ¡Dios! De esto hablaba Darius cuando dijo que alguien más había dispuesto mi destino.

—Ella estará bien —afirma él. Mi madre llora estrechán- dome contra su pecho.
¿Ellos se conocen? Mi madre ni siquiera parece temerle. ¿Por qué?
«*¿Estás segura de que Josef es tu padre?». No. ¡No puede ser!*
—Otra vez —solloza mi madre, sacudiendo la cabeza. ¿Otra vez?
—No volverá a hacerlo —asegura él acariciando mi frente—. Pero...

—Lo sé, lo sé. Ella es especial.
—Sí —dice tocando el hombro de mi madre.

—Mi hija sufrirá por mi culpa, ¿verdad? —Él niega y aumenta ligeramente el agarre de su hombro.

—No tienes nada de qué preocuparte, Elena. Ella ha ol - vidado todo, ellos no podrán encontrarla, a ninguno. No por ahora.

—Henryk...
—Confía en mí, Elena. —Mi madre asiente y él desapa- rece.

Eso es tan inesperado, tan confuso. Es decir, ¿por qué mi madre lo conocía? Eso significa que... ¿Él es mi verdadero padre? ¿Y mi padre? ¿Él también lo sabía?

Siento una punzada en mi mano derecha, es la misma sensación que sentí cuando Henryk rasgó mi piel.

Ahora lo recuerdo. Las imágenes y las sensaciones de ese instante. Hay muchas cosas que no logro entender. Como el he- cho de internarme en el bosque. ¿Adónde iba? ¿Por qué estaba ahí? ¿Quién me buscaba? ¿Qué hacia Seren ahí?

Mis pensamientos se interrumpen bruscamente. Hay algo que me oprime el pecho. ¡No puedo respirar! Hace mucho ca- lor. Es como si mi cuerpo estuviera expuesto al fuego. Es una sensación sofocante. Escucho murmullos que poco a poco se transforman en voces. Pero no puedo distinguir lo que dicen.

Más que las voces, percibo un latido.
Tump, tump, tump...
Tump, tump, tump…
Parece un tambor. Sí, es un sonido estridente que resulta

desagradable. Es como cuando corres demasiado y escuchas a tu propio corazón retumbar en tus oídos. No debería escuchar- lo, estoy muerta, ¿no?

Sigue escuchándose, es una sensación abrumadora, que poco a poco se apaga.
Tump… tump… tump...

Nada. Se ha desvanecido. Ahora todo es silencio, un ex - traño silencio. El frío y la oscuridad lentamente desaparecen. ¿Qué está pasando?

No sé cuánto tiempo ha pasado. Mi cuerpo se siente distinto, el silencio ahora está lleno de sonidos.

¿Qué es? ¿Agua? ¿Un rí o? Sí, parece el sonido del agua fluyendo. ¿Pisadas? Creo que se trata de algún animal. ¿Aves? También hay otros sonidos, como el viento que agita las ramas de los árboles. Vaya. ¿Cómo...? ¿Cómo puedo saber eso?

Abro los ojos y no creo lo que veo. Su rostro. ¡Armen! ¿Estoy soñando?

—Gema. —Su voz es suave. Siento su mano en mi rostro. Cierro los ojos extasiada por el leve roce. Nunca había sentido algo igual. Sujeto su mano y escucho exclamaciones de sorpresa que decido ignorar. Me llevo su mano a los labios inspirando su aroma que ahora me resulta más intenso y agradable.

—Eres tú —murmuro sin creerlo. ¿Qué ha pasado? —Sí, Gema. Soy yo.

Sonrío depositando un beso en la palma de su mano. No puedo creerlo.
—Armen —susurro acariciando su mejilla.

Noto como deja escapar el aire de sus pulmones. Aun me encuentro sobre sus piernas. Armen se inclina y besa mi frente. Curioso. Su cuerpo en este momento me resulta cálido, me aferro a su cuello e inspiro su olor. Esto parece demasiado bueno para ser verdad.

—¡Gema! —suspira aliviado, abrazándome.
No comprendo nada. ¿Qué pasó?
Escucho a Farah golpear el hombro de Danko y decir algo

parecido a “lo logró”. También se encuentran aquí Pen y Anisa. Ellos tienen heridas y el olor de los impuros impregnado, pero se mantienen alejados.

—¿Estoy muerta? —pregunto desconcertada, recordando el dolor y la sangre cubrir mi cuerpo. Toco mi estómago en re- petidas ocasiones, pero salvo la ropa rota y manchada, mi piel parece normal. ¿Usó su sangre como lo hizo su padre? No, esto se siente diferente.

—Hipotéticamente, sí —contesta Danko acercándose. «Hipotéticamente».

Miro sorprendida a Armen. Ahora que pongo atención, percibo el olor a mi sangre en sus labios. ¡Lo hizo!

—Lo siento, Gema —dice en voz baja—. Era la única manera —se disculpa. ¿Por qué se disculpa?

Levanto frente a mis ojos mi mano derecha. Sorprendiéndome con el tono aún más pálido que tiene mi piel. Observo la cicatriz que Henryk realizó, la cual ahora tiene otra a un lado. Su marca. No hay duda. Soy una de ellos.

Miro alrededor. Pen tiene una expresión que me resulta difícil interpretar. Anisa pareciera estar protegiéndolo. ¿De qué? Farah me sonríe ligeramente y Danko me mira con curiosidad.

Aún estamos en la cueva y todavía es de noche, así que debo suponer que no ha pasado demasiado tiempo. El olor a sangre impregna el ambiente. Demasiada sangre. La mayoría parece ser de impuros.

—¿Y Darius? —inquiero en voz alta al reconocer su olor entre la mezcla de aromas que capta mi nariz. Intento incorporarme.

—Tranquila. —Armen me detiene, colocando su mano en mi pecho—. No tienes que preocuparte más por eso. —Lo miro inquisitiva. ¿Qué no me preocupe? ¿De verdad lo hizo Farah? ¿Logró? Todo es muy confuso.

—Se ha ido —responde Danko encogiéndose de hom - bros, pero intercambia una mirada con Armen que no me pasa desapercibida.

"Por ahora no", expresa mentalmente Armen. —¿Por ahora no? —Ambos me miran sorprendidos. ¡Ahora puedo escucharlo!—. Los escuché —explico admirada. Farah sonríe.

—No olviden que ahora es una de vosotros. Ya no podrán charlar a sus espaldas —dice con tono socarrón.

Sonrío, pero aún no dejo de pensar en Darius. ¿Se ha ido? ¿Qué significa eso? ¿Huyó? Quiero preguntar, pero la expresión de Armen me indica que no desea tocar el tema.

Intento ponerme de pie, pero mi cuerpo me resulta ajeno.

—Te llevará algo de tiempo acostumbrarte —afirma Ar - men inclinándose

ligeramente. Me muerdo el labio. Mi mirada está fija en sus labios. Tiro de su cuello y lo beso. Es tan recon- fortante la fricción de sus labios con los míos que prácticamente me lanzo sobre él, devorando su boca.

—¿Pueden dejar la intimidad para después? —pregunta Danko de mala gana. Armen sonríe y se aparta ligeramente. ***"Más tarde. Lo prometo".*** Sonrío de modo tonto al escucharlo.

Armen me ayuda a ponerme de pie y me rodea con el brazo, manteniéndome pegada a su cuerpo. Aun me resulta extraño todo esto. Puedo percibir todo con mayor intensidad: el aroma de las cosas, la textura, los sonidos. Observo el lugar, maravilla- da con lo que mi vista me proporciona.

—¿Y los demás? —pregunto recordando que solo esta- mos nosotros.

—Parece que todos están bien —asegura Armen eviden - temente aliviado. No es para menos, pensé que no seríamos capaces de cambiar el futuro.

—Tenemos que irnos —comenta Danko mirando el cie- lo—. Hay que regresar cuanto antes a Cádiz.

—Necesitaremos bloqueador —reflexiona Armen, ob - servando mi atuendo. Que ahora es un verdadero desastre. Su mano cubre el lugar donde Darius me hirió, a pesar de que no muestra demasiado.

—Tengo un frasco —responde Anisa sin dejar de mante- ner la postura de alerta.

—En realidad necesitamos otro. —Elina aparece seguida por Knut, quien ayuda a caminar a Alain—. Él también necesita bloqueador.

Todos observamos atónitos a Alain. Quien también ha sido convertido. Pen deja escapar un sonido extraño y abre demasiado los ojos. Esto no lo esperaban, definitivamente no.

—¡Elina! —La voz de Danko suena dura—. ¡¿Qué demo - nios hiciste?! —vocifera furioso. Ella titubea y lo mira temero- sa, encogiéndose de hombros.

—Bueno...
—¿Por qué...?

—Un segundo —interviene Knut, ayudando a Alain a sentarse junto a la pared. No tiene buen aspecto. Está pálido y sus ojos ahora tienen el ligero tono rojo de los subalternos—. Ella solo hizo lo que era necesario. No había otra forma de salvarlo. El impuro nos tomó por sorpresa, fue inesperado —ase- gura completamente serio. Danko se pasa las manos por el pelo y nos mira a Alain y a mí.

—Tendrás que hacerte cargo —declara muy serio, miran- do a Elina.

—Por supuesto —contesta ella con determinación. —Esto es un desastre —gruñe él sacudiendo la cabeza.

—Es uno de los nuestros —responde ella con tranquili - dad—. No podía dejarlo morir después de todo lo que nos ha ayudado. —El semblante de Danko se suaviza un poco. Far- fulla algo inaudible, incluso para mí y se dirige hacia la parte posterior del lugar dando manotazos al viento. Elina sonríe y se acerca a mí.

—Gema —susurra con una media sonrisa, mientras se desprende de su capa negra—. Toma. La necesitarás, al menos en lo que tu cuerpo se adapta al bloqueador. —Armen la recibe y me la coloca.

—Puedes usar la mía para tu mascota —murmura Danko arrojándole su capa negra. Ella pone los ojos en blanco y se acerca a Alain—. Como he dicho, tenemos que volver cuanto antes. ¿Qué paso con los repudiados? ¿Aún están afuera? —pre- gunta mirando a Anisa.

—No —responde —. Se fueron. Simplemente de pronto dejaron de luchar y se alejaron.

—Eso también nos tomó por sorpresa a nosotros —ex - plica Knut sujetándose la barbilla—. Como si tuvieran miedo o perdieran el interés.

—Al morir Darius su control desapareció —explica Ar - men. Lo miro asombrada. ¿Morir? Parece que de verdad Farah lo consiguió. Doy una rápida

mirada al lugar, pero no veo su cuerpo. ¿Qué fue lo que pasó realmente? ¿YSeren también mu- rió?

—¿Dónde está Irina? —pregunto inquieta. Si su control sobre los impuros terminó, ¿qué pasó con ella?

—Aquí —responde Uriel llevándola en brazos. Parece un poco cambiada, sus ojos tienen ahora la intensidad de un fundador. Uriel le ha dado su sangre.

Irina me mira y me dedica una pequeña sonrisa. —Creo que todos están bien —murmura Danko. —Falta Rafael —Elina de pronto parece tensa.

—Ya no —responde él. Ella lo mira fijamente, pero él se detiene y observa a Alain—. ¿Tú también? —pregunta con un gesto que pasa de la sorpresa a la molestia.

—También me da gusto verte —bromea Alain con una mueca.

—Esto será interesante —farfulla desviando la mirada a Elina, quien ahora parece incómoda. Danko pone los ojos en blanco y Farah ríe.

"¿Celoso?", cuestiona Uriel mentalmente.
"¡Púdrete, Haros!", responde Rafael de mala gana.

"Dejen de pelear y larguémonos de este sitio", los interrumpe Danko.

Es extraño poder escucharlos y sentir lo que piensan. Aunque sus expresiones no cambian, lo que expresan mentalmente refleja su estado emocional. ¡Es increíble!

Armen besa mi cabeza con ternura al percatarse de que los observo atenta. Levanto el rostro y él me dedica una ligera sonrisa. Aun no puedo creer que esté aquí, junto a él y que Darius se haya ido.

"Te quiero", digo emocionada.
—Eso yo también lo escuché —dice Farah, provocando que algunos rían.

—Tardar ás un poco en dirigir tus pensamientos —explica Elina—. Para que solo quien desees los reciba y tengas un poco de intimidad —asegura con un

guiño.

Tras unos minutos de disputas mentales, todos nos dirigi - mos hacia la entrada de la cueva. El hedor a sangre es aún más intenso. La sangre de los impuros y repudiados tiene un olor desagradable que me obliga a cubrirme la nariz. Nada comparado con el olor de la sangre humana. Hay cadáveres por todas partes. Alain parece enfermo e incluso vomita. No está llevando las cosas nada bien. Farah y Knut hablan sobre la lucha, Anisa y Pen intervienen un par de ocasiones, así como Danko. Pero el resto se mantiene en silencio. Rafael parece ausente y se ha alejado de Elina. Irina y Uriel también se concentran en ellos mismos, sin hacer comentarios sobre lo que ocurrió.

Cruzamos el bosque y entramos a lo que antes era Jericó. Resulta melancólico ver lo desierto que está, es desolador observar la ciudad en ruinas. Sin embargo, por alguna razón, ahora me resulta desconocido. Es como si acabara de despertar de un letargo. No estoy segura que otros recuerdos fueran alterados o si realmente ocurrieron. Sigo sin entender del todo lo que vi. Necesito hablar con Armen.

—¡Mierda! —exclama Farah, corriendo adelantándose hasta donde se encuentran los caballos.

—¿Qué pasa? —inquiere Pen avanzando.
—Faltan dos caballos —dice con una mueca de disgusto.

—¿Cómo que faltan dos? —cuestiona Uriel—. ¿No los amarraron? —Farah pone los ojos en blanco.
—Lo hicimos, pero...
—Si hubieran sido impuros se los hubieran llevado todos —señala Anisa moviéndose alrededor—. Esto es raro. —No tenemos tiempo de seguir su rastro —protesta Danko—. Solo larguémonos de este sitio.
Nadie se queja. Sin embargo, me he percatado de la actitud de Farah y Armen, hay algo que no le han dicho a los demás.

Elina se encarga de darnos el protector y también el sustitutivo. Su sabor no es agradable. Ahora comprendo porque prefieren la sangre.

El trayecto me parece más corto de lo que pensé, cuando nos detenemos

estamos cerca del cruce que conduce a Cádiz. Armen me sostiene todo el tiempo. Es irónico como tu cuerpo resulta desconocido. No escuchar tu corazón latir, no tener sueño o frío. La intensidad de los sonidos y olores es abrumadora, así como la vista desarrollada que permite ver a varios metros. Por otro lado, es incómodo el ardor que provoca el sol y tampoco es sencillo lidiar con la sed, sobre todo con algunos corazones latiendo cerca de ti.

Ahora entiendo por qué Anisa se ha encargado de mantener a Pen lejos de nosotros y porque también Farah se muestra cauteloso. Knut en cambio permanece con nosotros, mostrán- dose despreocupado, como si ya hubiera pasado por esto. Armen no deja de estar pendiente de mis reacciones y mi estado. Me siento bien, pero me descubrió mirando fijamente a Pen. El sonido de su corazón y el olor de su sangre me desconcentró y me hizo perderme en mis pensamientos unos segundos. Aunque solo bastó que aumentara ligeramente la presión de su agarre para que recobrara el sentido. No comentó nada, pero estoy segura de que sabía lo que pasaba por mi mente.

No obstante, con Alain no ha resultado del mismo modo. Estuvo a punto de atacar a Knut y todos entraron en tensión. Eli- na pudo controlarlo con ayuda de Rafael y no ocurrió nada. En teoría, la fuerza de un recién convertido es elevada, pero suele estar descontrolada y no puede superar a la de un fundador. Pero no deja de ser peligroso, por lo cual todos se mantienen cautelosos.

—¿Y ahora qué haremos? —pregunta Farah al llegar a la colina que precede Cádiz.

Justo esa es la pregunta que me he estado formulando todo el camino. ¿Qué pasara ahora? Veré a mi padre y Mai como al- guien distinto. Ni siquiera sé si podre estar cerca de ellos sin desear arrojarme sobre sus cuellos. Tengo miedo. Armen ha dicho que estaré bien y lograré hacerlo una vez que pase la etapa de adaptación. Eso espero.

—De acuerdo. Les daré primicias —anuncia Danko. Da un par de pasos al frente y se gira para mirarnos—. Vienen al- gunos cambios para la ciudad. Como ya habrán escuchado, las personas y vampiros de Erbil se mudaran aquí en unos días.

—Seremos demasiados —comenta pensativo Rafael.

—No realmente. El consejo aprobó construir la ciudad para los humanos. —Todos lo miramos sorprendidos y él esbo- za una sonrisa arrogante—. Es un hecho.

—¿De verdad? —pregunto mirando a Armen, quien asiente con un movimiento de cabeza.

—Sí, aunque habrá algunas condiciones —aclara Danko—. ¡Hey! No pongas esa cara, que eres el menos indi- cado para replicar —dice señalando a Pen, quien hace un gesto de disgusto, pero no habla—. Además, no será tanto como una imposición, sino una sociedad. Ustedes harán algunas tareas y nosotros proveeremos otras.

—Sangre —murmura Pen.

—Por supuesto —contesta Danko fulminándolo con la mirada—. Haremos que ambas ciudades subsistan. Obviamente eso llevará algún tiempo, pero creo que es posible.

—No suena mal —comenta Knut animado.

—Desde luego que no. Por otro lado, Koller parece haber desarrollado una vacuna contra el virus R. Todos tendrán que recibirla para evitar nuevos brotes y la presencia de repudiados.

—¿Qué hay de los infectados? —cuestiona Pen.

—Comenzaba a preocuparme que no hicieras tu acostum - brada intervención —farfulla moviendo la cabeza—. Para eso aún falta. Si resulta complicado erradicar el virus porque modifica demasiado rápido su mecanismo de acción, una vez que ingresa en el cuerpo es aún peor.

—Pero...
—Un paso a la vez, Jensen. No me hagas arrepentirme de no haberte dejado en Jericó.
Esto es tan típico de ellos que me hace sentir normal. En casa.

Aunque aún quedan muchas preguntas por resolver, es bueno estar de regreso.

ISELA REYES

Capítulo Final



En esta ocasión no hay nadie esperándonos en la entrada de la ciudad. En cuanto cruzamos las puertas, Abiel y la guardia nos escoltan hasta la residencia de Danko. Todos centran su atención en Alain y en mí, los recién convertidos.

Es Bail quien nos recibe, conduciéndonos al salón principal. Cierra la puerta denotando su inquietud. Nada de esto era planeado, así que todos parecen sorprendidos y precavidos.

—Por el momento tendrán que permanecer alejados de los humanos —anuncia Danko con voz estricta, volviendo a to- mar el mando.

Intercambio una mirada inquieta con Alain y luego con Armen. Resulta desconcertante ser tratado como alguien peligroso. Solo Elina permanece tranquila.

—Jamás lastimaría a una persona —afirma Alain, lleván - dose a los labios

otro frasco de sustitutivo. Tiene mejor aspecto, pero aún se le ve inquieto. Elina no se ha apartado de su lado. Ahora es como si fuera su madre o algo parecido.

—Es complicado manejar la sed para los recién converti - dos. No lo tomen como algo personal —explica encogiéndose de hombros—. Nosotros pasamos por ello y sabemos cómo son las cosas. Pero debemos tener en cuenta que ahora habrá más personas alrededor, no podemos arriesgarnos.

—Entiendo —responde él limpiándose los labios. Pen lo mira con una mezcla de desagrado y tristeza. Sé cuánto lo aprecia y por lo mismo no debe ser sencillo ver que ahora es un vampiro. Que ambos lo somos.

Hay viejas costumbres que son difíciles de erradicar, to- mará tiempo la relación entre vampiros y humanos.

—Me encargaré de hacer partícipe al consejo de los úl - timos acontecimientos. No solo de ustedes, sino también de la situación de Irina.

Irina.
—Ella no... —comienza a decir Uriel, pero lo frena levan- tando la mano.

—Lo sé, Haros —asegura Danko—. Sé que ella no asesi - nó a Nicola. Pero ahora que lleva tu sangre, pasará a ser uno de nosotros y eso también se tiene que anunciar.

—Por supuesto.
—Elina tendrás que...

—No —interviene Rafael—. Yo me haré cargo de Alain. —Danko eleva una ceja mirándolo incrédulo.
—¿De verdad? —cuestiona mirando a Elina. Quien se mantiene serena.
—Sí —afirma Rafael—. ¿Tienes algún problema con eso? —pregunta a Alain, quien mueve ligeramente la cabeza. —De acuerdo —concede Danko.

—¿Cuánto tiempo tendremos que… estar supervisados? —pregunto incómoda. Me gustaría ver a mi familia, pero sé que no es posible.

—Al menos por un año tendrán que mantenerse lejos de las personas —responde Armen. Noto el descontento en Alain. Un año. Es demasiado tiempo.
—Después de eso no tendrán que preocuparse —asegura Elina, dedicándome una media sonrisa.

Un año para poder verlos de nuevo, pero es lo mejor. No podría perdonarme lastimarlos. Y aunque en este momento me siento bien, solo ellos conocen lo que es la sed.

—Por ahora vayan todos a descansar. Les asignar é nuevas habitaciones para su estancia después —anuncia Danko dispo- niéndose a marcharse.

—Gracias —susurro antes de que cruce la puerta. Se de- tiene y mira por encima de su hombro.
—No tienes nada que agradecer, ahora eres de la familia, Gema —responde mirando a Armen.
«De la familia». Uno de ellos.
Vaya, aún no lo creo.

Sentada en el borde de la cama, observo de nuevo mi mano, acariciando el contorno de la vieja cicatriz, esa que ahora sé hizo el padre de Armen. Por mucho que intente encontrar una explicación a lo que vi, a lo que escuche, no logro hacerlo del todo. Hay tantos secretos, tantas cosas que mi madre se llevó con ella y que posiblemente nunca sabre.

—¿Qu é pasó con Seren? —Estamos en la que era nuestra habitación, he tenido que esperar a que estuviéramos solos para preguntar. Armen niega mientras busca ropa limpia para cambiarnos—. Armen, ¿qué pasó allí mientras estuve inconsciente? —Deja de moverse y suspira.

En ningún momento mencionaron que Seren hubiera muerto como Darius y su cuerpo tampoco estaba en la cueva.

—Escapó.
Eso creí.

—¿Fue quien se llevó los caballos? —Faltaban dos, lo que significa que

estaba con alguien más. ¿Darius?
—Es posible, pero estaba solo —asegura adivinando lo que pienso.
—Farah y tú lo dejaron ir a propósito, ¿verdad? —Por eso intercambiaban miradas y parecían extraños.
—Se lo debíamos —contesta girándose por completo. —¿Qué quieres decir?
—Le miro confundida, porque Se- ren estaba del lado de Darius.
—Fue él quien le dio la espada a Farah para que atacara a Darius y quien evitó que lo asesinara.
—¿Qué? —Pero eso es imposible, él sujetaba a Armen y...—. ¿Por qué haría algo así?
—No estoy seguro —responde acercándose a mí.

—Él no es alguien ordinario, Armen. —Si lo que vi era verdad, conocía a Henryk y significa que intentaba capturarme desde que era una niña. A eso se refería mi madre.

—No, no lo es.
—Pero, ¿por qué traicionarlo después de todo lo que hizo? —Incluido lastimar a Irina.

—Al parecer no estaba del todo con él o simplemente tuvo miedo. —¿Quién es en realidad? No dejo de darle vueltas a lo que vi. Tal vez solo lo imaginé, pero estoy casi segura de que su rostro era el mismo. Quizás el aspecto no, pero sus ojos, esa mirada...—. No debes preocuparte, no creo que él regrese o intente hacer algo. Ahora está solo.

—¿YAbdón?
—Danko se hizo cargo.
—¿Jadel? —Hace una mueca.
—Rafael dijo que también murió.

—¿Y qué ocurrió con Darius? —Su mandíbula se ten- sa—. ¿También escapó?
Inspira y se inclina frente a mí, sujetando mi mano.

—No. Él... ya no existe. —Lo miro en silencio. ¿No exis - te? ¿Lo desintegró? Pero no podía atacarlo por el vínculo—. Rompí el vínculo, Gema —explica en voz baja, desviando la mirada hacia nuestras manos—. Perdí el

control cuando creí que habías muerto. Había demasiada sangre... y... —Cierra los ojos y mueve la cabeza—. Solo lo hice, lo ataqué y funcionó, desapareció.

Parece demasiado atormentado. Esta es una de las pocas veces que su rostro apacible desaparece. Me inclino y lo abrazo con fuerza.

—Estoy aquí —susurro.

—Pensé que te había perdido. No escuchaba tu corazón latir, no podía pensar con claridad. No quería que fuera de ese modo —murmura escondiendo el rostro en mi cuello—. Danko apareció y dijo que aún respirabas, entonces lo hice.

—Gracias. —Tomo su rostro entre mis manos y lo beso en los labios.
—No debiste hacerlo —reprocha frunciendo el ceño. Sé que no esperaba que me enfrentara a Darius.
—Jamás te hubiera herido, Armen. —Niega y suspira. —Nunca actúas como se espera, ¿verdad? —Sonrío y pruebo de nuevo sus labios.

—Te lo dejé claro el primer día que llegué a tu casa. —Lo sé. —La comisura de su boca se curva ligeramente. —Es complicado cuando se trata de ti. Te amo, Armen. —Yo más, Gema. Eres mi vida.

—¿Para la eternidad? —pregunto sonriendo, apoyando mi frente en la suya.
—Para la eternidad. Afortunadamente.

De pie frente al espejo, veo la ausencia de mi reflejo, me gustaría verme, pero no es posible, así que simplemente miro mis manos, el tono pálido de mi piel. Mis ojos ahora tienen ese color rojo carmesí y lo sé porque Elina lo ha dicho.

Deslizo mis manos por mi vientre y busco la marca, pero prácticamente ha desaparecido. Es increíble cómo puede sanar mi nuevo cuerpo. Las imágenes de ese instante vienen a mi mente y me estremezco. Pude haber muerto. Sacudo la cabeza intentando dejar de pensar en ello. Darius ya no existe y eso es un alivio. No solo para Armen, sino para todos. Por otra parte, ya no puedo obtener respuestas, aunque sinceramente dudo mucho que hubiera sido sincero. De alguna manera él sabía lo que Henryk me había hecho, por eso

intentaba manipularme para obtener la sangre de él y su poder.

Su poder.

Ahora que lo medito, fue cuando conocí a Armen que comencé a experimentar los cambios. Los sueños y percibir el aroma de los vampiros. Es posible que todo se deba a su sangre.

Es extraño. Mi madre siempre me repetía que era especial, como si intentara hacer que lo creyera. Lo hizo incluso cuando me marché, es posible que supiera a donde iba. ¿Mi padre lo sabrá? No logro entenderlo. Mi padre siempre me ha querido mucho, salvo cuando se enteró que deseaba convertirme, pero antes nunca se mostró indiferente. Soy su hija. Mi madre y el padre de Armen no parecían tener ese tipo de relación y, sin embargo, se conocían. Sabían sus nombres, se hablaban con familiaridad. Necesito respuestas.

—Me gustaría hablar con Vasyl —digo mientras aliso mi cabello. Armen me mira, desde la cama. Su expresión parece sombría—. ¿Qué pasa?
—Me temo que eso es imposible.

—¿Por qué?
—Seren la asesinó la misma noche que te llevaron. ¡¿Qué?!
«*Tengo que ocuparme de lo otro*». ¡Lo otro!

Miro mis manos, evitando la mirada de Armen. Me cuesta creerlo, pero tiene sentido. Darius quería controlar el destino y Vasyl también podía ver el futuro. Por eso la asesinó.

Ella era la única que podía responder mis dudas. ¿Y aho - ra? Quizás ahora el único que pueda saber la verdad sea mi padre.

—Gema... ¿Qué ocurre?

—Tengo que contarte algo —susurro avanzado hacia la cama. Armen me mira expectante, intentando parecer tranquilo, pero sus ojos lo traicionan.

—Te escucho —dice al notar mi concentración.

—S é quién era el fundador que vi cuando era niña. — Elevo mi mano derecha, mostrándole mi cicatriz—. Y sé qué significa esta marca.

Se mueve hasta el borde de la cama y toma mi mano, pidiéndome que me acomode junto a él.
—¿Quién?

—Tu padre, Henryk Regan. —Sus ojos se abren demasia - do—. Lo hizo para salvarme la vida. —La confusión se refleja en su rostro, mientras clava sus ojos en mi piel, como si pudiera encontrar ahí las respuestas—. Caí a un barranco, cuando intentaba escapar de un vampiro. Estaba muy herida, no iba a sobrevivir, así que él me dio su sangre.

Abre la boca, pero la cierra de nuevo.
—Entonces, ¿fue él quien bloqueó tu mente? —Asiento lentamente—. ¿Por qué?
—No lo sé. Hay muchas cosas que no recuerdo o que no logro comprender.
—¿Por eso querías hablar con Vasyl?
—Sí. Cuando fui a verla, mencionó algo sobre lo que lle- vaba dentro y que Darius quería.

—La sangre de mi padre —afirma pensativo.
—Eso creo.

Suspira y se pasa la mano por el rostro. Esto es inesperado para él, aunque explica el interés de Darius en mí.

—Qui én lo diría.
—¿Tu padre podía ver el futuro? —Frunce la frente. —No, Gema.

—¡¿No?! ¿Estás seguro? —Eso no puede ser. Había dado por hecho que era eso lo que buscaba obtener Darius. —No, Gema. Él controlaba la mente, pero no podía predecir el futuro. No que yo sepa.
—Pero…

—Aunque confiaba en mí, tenía ciertas reservas. Por ejemplo, nunca me habló de Farah, como tampoco de ti. Y solo por casualidad me enteré de que era hermano biológico de Darius.

Dejo caer los hombros, sintiéndome más confundida. Si él no podía ver el futuro, ¿por qué yo sí?
—Entonces, ¿por qué yo puedo hacerlo? ¿Por qué puedo ver el futuro?
—Quizás sea algo innato. —Niego descartando la idea. Me rodea, pegándome a su costado—. No te preocupes por eso. —Pero... —Debo decirle todo—, tu padre conocía a mi madre.

—¿Estás segura?
—Sí. Ella lo llamaba por su nombre y él a ella. Pero...

—Lo sé. Tu madre nunca fue donante y en ese tiempo Kassia debía serlo. No es posible que sea por eso.

—¡Exacto! —exclamo aliviada—. ¿Por qué se conocían? —¿Crees que tu padre lo sabe?

—No estoy segura —admito en voz baja—. Lo he pensa - do mucho, pero nunca hubo algo extraño en su relación. Ysalvo ese recuerdo en el que se encontraban, nunca vi a tu padre en mi casa. Además, él dijo que yo era especial.

—Lo eres.
—¿Por su sangre? —Sacude la cabeza.

—No, Gema. No es solo eso. Tú, Gema Eder, con o sin la sangre de mi padre eres especial. Yo lo supe, porque desde que te conocí me hiciste decidir qué te quería para siempre. —Son- río. Levanta mi barbilla y me besa despacio. Él no parece darle importancia a mis palabras, pero yo sigo sin obtener respuestas—. No importa lo que signifiquen las palabras de mi padre o lo que Darius quería, él ya no está y ahora estás conmigo.

Armen tiene razón. Ahora el pasado no importa. Mi madre y su padre están muertos. Darius y Vasyl también. Solo ellos conocían esa verdad, que, en este momento, es solo un secreto que perdurará quizás para siempre.

—Será duro —susurra besando mi frente—, pero yo esta- ré contigo en todo momento.
—Lo sé, puedo hacerlo contigo a mi lado. —Me dedica la más bella de las

sonrisas y me besa de nuevo en los labios.

Armen tenía razón. La sed es algo muy difícil de llevar. Más aun cuando lo único que bebemos es sustitutivo que no termina de saciarnos, es más una especie de alivio momentáneo, un bocadillo. Pero beberlo es mejor que drenar a una persona. Danko ha estipulado que ahora solo se obtendrá sangre de los donantes voluntarios para fabricarlo y disminuir el consumo de sangre directamente de los humanos.

Irina y Elina nos han contado que antes era mucho más complicado adaptarse y sobrevivir. Que ellas llegaron a beber la sangre de inocentes. Siempre intentan darnos ánimos a Alain y a mí, especialmente cuando es un mal día.

He tenido un par de episodios en los que he perdido en control, pero Armen ha sabido detenerme. Ha sido tan bueno y paciente. Lo amo.

Alain también se ha esforzado. Ha tenido ataques de furia, pero Rafael es bastante tolerante con él, aunque da la impresión de que solo lo hace porque intenta mantenerlo alejado de Elina. Curioso. Rafael y Elina no han dado un paso, siguen distantes. Ambos se encuentran centrados en cuidar de Alain, pero no parecen tener intenciones de entablar una relación. Creo que algo más pasó en aquella cueva y no es solo el hecho de que ella transformara a Alain.

En el ámbito sentimental, Anisa y Pen ya no ocultan lo que sienten el uno por el otro. Elina me contó que cuando decidieron enviarlo a Jericó con Farah para buscarme, Anisa se molestó y discutieron delante de ellos. Ella pensaba que él aún sentía algo por mí, pero para sorpresa de todos, incluida la propia Anisa, Pen la besó y le dijo que solo le interesaba ella, pero que yo era parte de su familia y no podía abandonarme. Después de eso, han estado juntos, aunque siempre parecen estar discutiendo. Supongo que es su forma de demostrarse cariño. Irina y Uriel son una pareja oficial y tampoco ocultan su relación. Duermen juntos y él siempre está pendiente de ella. Me alegra mucho verla sonreír después de los momentos difíciles que pasó. Hablando con ella me contó que estuvo a punto de cortar- se el cuello para no lastimarlo, pero que Uriel le quitó la espada y mordiendo su labio la besó y le dio su sangre contra su voluntad. De esa forma debilitó el control de Darius, demostrándole al mismo tiempo que verdaderamente la quiere.

Impresionante.

Todos tienen una historia, incluyéndome a mí. Una que no ha sido sencilla, que ha estado llena de lágrimas y tristezas, pero también de amor.

Estoy feliz, aunque en este tiempo me he dado cuenta de algo importante. No podré tener hijos. No he tocado el tema con Armen, pero no estoy segura si pueda afectar en algún momento nuestra relación. Llegué a considerarlo, pero la vida de un híbrido no es algo sencillo y ahora que sé que mi sangre no era del todo humana, creo que tal vez es lo mejor así. Que el poder de Henryk muera con mi cambio.

Un año después

—¡Oh, Gema! —exclama Mai abrazándome con fuerza.

Instintivamente contengo el aliento. Aunque ha pasado un año desde que me convertí en vampiresa, aun me resulta desconcertante el hecho de poder escuchar el latido de su corazón y oler su sangre.

—Mai —digo con tranquilidad. «Ella es mi hermana, jamás podría lastimarla». Miro a Armen, quien asiente, animándome a que corresponda el abrazo. Lentamente rodeo su frágil cuerpo y me permito inspirar el aroma de su pelo.

Esto es tan reconfortante. Creí que nunca sería capaz de volver a abrazarla.
—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta mirándome llena de curiosidad.
Aunque solo ha pasado un año, ha cambiado, noto cada uno de los cambios en su figura.
—Es un poco complicado —admito tirando de su mano para que se acomode en el sillón.
Sonríe cubriéndose el rostro con las manos.
—¡Te ves tan bonita! —exclama con una enorme sonrisa, que irremediablemente me contagia.
—Me gustaría hablar con papá. —Suspira y niega, pare- ciendo abatida.

—No está de buen humor últimamente —comenta enco - giéndose de hombros—. Para él ha sido complicado desde que supimos lo de tu transformación.

—No fue premeditado.

—¡Lo sé! —asegura con una expresión avergonzada—. Pero él no ha superado lo de mamá y ahora cree que te ha perdido también.

Armen se encargó de organizar el encuentro, pero solo ella ha aceptado venir. Él fue tajante respecto a cambiar y puesto que la última vez que hablamos las cosas no fueron muy bien, creo que esperaba esto.

—Sigo siendo la misma.
—No tengo dudas de eso.

—Necesito verlo —insisto un poco ansiosa. Puedo com - prender su postura, pero necesito salir de dudas. En este tiempo no he dejado de pensar en todo lo que vi y lo que dijo Darius. Tengo que comprobar si él sabe algo de la relación de Regan y mi madre.

—¡Aquí están! —Mai desvía la mirada hacia la puerta, donde aparece Farah—. ¡Hola, Mai! —saluda sonriéndole. Ella le dedica una tímida sonrisa.
—¿Se conocen? —pregunto confusa. Farah ríe y pone los ojos en blanco.
—Sí, Gema —responde Mai conteniendo una risilla—. ¿Ya olvidaste que fue él quien nos trajo a Cádiz?

—En realidad, fue mi madre. Yo solo los acompañé un poco —comenta Farah con aire despreocupado—. Por cierto, ¿qué opinas de tu hermana? —dice con tono sacarrón—. ¿No le tienes miedo?

—¡Farah! —lo reprende Armen, pero él solo se ríe y para mi sorpresa, Mai también lo hace.
—Gema no da miedo —responde siguiéndole el juego—, pero si la haces enfadar, entonces sí puede resultar aterradora. —¡Mai! —exclamo con una risa nerviosa.
Farah suelta una carcajada y levanta los pulgares hacia Mai.
—Me agradas, Mai —dice y ella enrojece.
—¿Qué has decidido, Farah? —interrumpe Armen. Lo que hace que deje de reír de golpe—. ¿Te quedarás en Cádiz? Se pasa la mano por la nuca.

—Te lo agradezco, pero no puedo —dice con expresión seria—. Tengo una madre que cuidar y prefiero ayudar a la construcción de la ciudad.

Jaim, es la nueva ciudad para los humanos que ha comenzado a construirse. Se encuentra a unos setecientos metros de Cádiz. Para sorpresa de todos, Danko ha elegido a Pen como el encargado, aunque Knut y Farah también han ayuda- do. Lógicamente, las personas temen menos a ellos que a los vampiros.

—Entiendo, pero sabes que si necesitas algo... —Armen no termina la frase,

Farah lo abraza con fuerza, palmeando su espalda y separando sus pies del suelo.

Observo emocionada una de las pocas muestras de afec - to que tienen los hermanos Regan. Porque, aunque de distinta forma, ambos llevan la sangre de Henryk y fueron como hijos para él.

—Entonces —susurra Mai—, ¿es un hecho lo de la ciu- dad? —Parece emocionada con la idea.

—Sí, Mai. —Ella suspira y baja la mirada. Mai ha co - menzado a cambiar. Ahora es una adolescente. Sus facciones de niña poco a poco parecen más maduras. Aunque mentalmente siempre lo ha sido—. ¿Qué pasa? —inquiero al notar su tristeza.

—Lo más probable es que papá desee mudarse. —Sí, es justo lo que pensé. Aunque no puedo forzarlo a quedarse. —Podrás visitarme. Estaremos a nada de distancia. — Asiente con una ligera sonrisa.
—Tienes razón —responde intentando parecer segura. —No te preocupes, Gema —dice Farah tocando su hom- bro—. Yo cuidaré de ella.
—Yo sé cuidarme sola —protesta Mai a la defensiva. Fa- rah levanta las manos y retrocede.

—No lo dudo, señorita. Tiene de donde sacar ese lado guerrero, pero nunca está de más tener un caballero que la proteja. —Mai pone los ojos en blanco y ríe.

—Pues ya que lo mencionas, quizás necesite uno para que me ayude con la mudanza —dice divertida. Niego, sorprendida de la buena química entre ambos. Saber que él estará cerca de ellos me alivia.

Debo darle un poco más de tiempo a mi padre. Esto no debe ser fácil para él, que siempre ha odiado a los vampiros. ¿Tendrá algo que ver el que mi madre conociera a Henryk?

—¿Crees que estarán bien? —pregunto a Armen, mien - tras observo desde el ventanal de nuestra alcoba los cimientos de la nueva ciudad.

Ha ido demasiado rápido, ya no solo los humanos han ayudado, también parte de la guardia.
Sus manos rodean mi cintura y apoya su barbilla en mi hombro. Cierro los ojos un segundo, disfrutando del contacto.

—¿Quiénes? ¿Tu padre y Mai?
—Todos.

—Lo estarán. Por ahora no han ocurrido ataques de impu - ros ni repudiados que retrasen la construcción, así que llevará menos tiempo del previsto.

Eso es bueno, pero una oportunidad como esa de obtener alimento no deberían desaprovecharla.
—¿No te parece extraño su ausencia?
—No suelen venir mucho por aquí. Eso lo que ha dicho Danko.

—Pero no es normal. —Ríe ligeramente, besando mi me - jilla. Sé lo que piensa, que siempre tengo que ser pesimista. Es solo que tanta tranquilidad me resulta irreal.

—No olvides que ellos acabaron con muchos en la mon- taña.

Cierto.
—Puede ser.

—Además, la muralla que rodea Cádiz en mucho más re - sistente que la de que Jericó y por eso no se arriesgan. Y es la misma que protegerá a Jaim. Estarán a salvo.

—Pero en algún momento necesitarán alimento. Vendrán. No existe otro lugar donde haya humanos. Ya no. Jericó y Erbil ahora están vacías. Así que vendrán.
—Estaremos preparados, Gema. No volverá a suceder lo mismo que en Jericó. Te lo prometo.
Besa mi cuello, haciéndome temblar.
—Armen —digo incómoda. Nota mi cambio de actitud y me hace girar, para mirarme a los ojos.

—¿Qué ocurre? —Acaricio su mejilla. Nunca dejará de maravillarme lo guapo que es. Ni tampoco dejará de ejercer ese efecto cautivador en mí, aunque ahora sea uno de ellos.

—Nunca te lo he preguntado, pero... —Hago una pausa, buscando las palabras adecuadas—. ¿Te hubiera gustado ser pa- dre? —Se queda perplejo unos segundos.

—¿A qué viene eso? —pregunta arrugando la frente. Ju - gueteo con el cuello de su camisa, intentando escapar a su mirada interrogante. Tarde o temprano tenía que saberlo.

—A que no podré darte un hijo. —Suspira y la tensión desaparece de su rostro.

—Eso no es problema y lo sabes.
—Pero... —Levanta mi barbilla y hace una mueca.

—Gema, de lo único que me arrepiento es de haber per - mitido que sufrieras y que las cosas fueran apresuradas. Era consciente de lo que vendría después de tu transformación y además... Sé lo complicado que es ser un híbrido.

Cierto. A veces olvido lo que tuvo que pasar él para sobrevivir.
Me abrazo a su cuello. Me alivia saber que no hay reproche de su parte.
—¿Nunca te vas a arrepentir? —inquiero en voz baja.

—Eso no puedo saberlo. Aunque si te soy sincero, Farah es como un niño pequeño al que tengo que vigilar. Creo que es bastante con él. —Sonrío ante su expresión cómica.

—Lo quieres.

—Sí, pero no más que a ti. Te lo aseguro. —De nuevo rio. Poco a poco con la presencia de todos, él ha cambiado. Ahora expresa un poco más sus sentimientos. Aunque delante del resto de fundadores sigue mostrándose serio.
—¿Realmente se ha acabo?

—Yo diría, que es solo el inicio. Tengo una eternidad para amarte. Tú y yo, Gema.
—Tú y yo —repito enamorada más que nunca—. Te amo, Armen.
—Y yo a ti, mi donante. Mi dulce Gema.